

THE HEROES



OF OLYMPUS

# THE MARK OF ATHENA



NEW YORK TIMES #1 BEST-SELLING AUTHOR

# RICK RIORDAN

# Indice

Capítulo I Annabeth  
Capítulo II Annabeth  
Capítulo III Annabeth  
Capítulo IV Annabeth  
Capítulo V Leo  
Capítulo VI Leo  
Capítulo VII Leo  
Capítulo VIII Leo  
Capítulo IX Piper  
Capítulo X Piper  
Capítulo XI Piper  
Capítulo XII Piper  
Capítulo XIII Percy  
Capítulo XIV Percy  
Capítulo XV Percy  
Capítulo XVI Percy  
Capítulo XVII Annabeth  
Capítulo XVIII Annabeth  
Capítulo XIX Annabeth  
Capítulo XX Annabeth  
Capítulo XXI Leo  
Capítulo XXII Leo  
Capítulo XXIII Leo  
Capítulo XXIV Leo  
Capítulo XXV Piper  
Capítulo XXVI Piper  
Capítulo XXVII Piper  
Capítulo XXVIII Piper  
Capítulo XXIX - Percy  
Capítulo XXX - Percy  
Capítulo XXXI - Percy  
Capítulo XXXII - Percy  
Capítulo XXXIII - Annabeth  
Capítulo XXXIV - Annabeth

Capítulo XXXV - Annabeth  
Capítulo XXXVI - Annabeth  
Capítulo XXXVII - Leo  
Capítulo XXXVIII - Leo  
Capítulo XXXIX - Leo  
Capítulo XL -Leo  
Capítulo XLI - Piper  
Capítulo XLII - Piper  
Capítulo XLIII - Piper  
Capítulo XLIV - Piper  
Capítulo XLV - Percy  
Capítulo XLVI - Percy  
Capítulo XLVII - Percy  
Capítulo XLVIII - Percy  
Capítulo XLIX - Annabeth  
Capítulo L - Annabeth  
Capítulo LI - Annabeth  
Capítulo LII - Leo  
Glosario

# Capítulo I

## Annabeth

HASTA QUE CONOCIÓ A LA ESTATUA EXPLOSIVA, Annabeth creía que estaba preparada para todo. Paseaba por la cubierta del Argo II comprobando y volviendo a comprobar las balísticas para asegurarse de que estuvieran bien puestas. Confirmó que la bandera blanca ondeara en el mástil. Repasó el plan con el resto de la tripulación. Y el plan B, y el plan B del plan B.

Lo más importante, mantuvo entretenida a su enloquecida carabina de guerra, Gleeson Hedge, animándole a tomarse la mañana libre en su camarote viendo reposiciones de campeonatos de artes marciales.

Lo último que necesitaban, volando con un trirreme griego en un campamento romano potencialmente hostil, era un sátiro de mediana edad vestido con chándal de gimnasio ondeando una vara mientras grita: “¡MORID”.

Todo parecía estar en orden. Incluso esa extraña sensación fría que había estado notando desde que despegaron parecía haber desaparecido. Al menos hasta entonces.

El barco de guerra descendió de las nubes pero Annabeth no pudo dejar de recuestionarse varias cosas: ¿Qué pasaría si aquello era mala idea? ¿Qué pasaría si los romanos entraban en pánico y les atacaban nada más verlos? Definitivamente, el Argo II no parecía muy amistoso: sesenta metros de largo, con el casco cubierto de bronce y la cabeza de un flamante dragón metálico como mástil de proa, armado con varias ballestas que podrían disparar proyectiles explosivos con poder suficiente para atravesar el hormigón. Bueno, no era el mejor transporte para conocer y caerle bien a tus vecinos.

Annabeth había intentado darles a los romanos un aviso. Le había pedido a Leo que enviara uno de sus inventos especiales, un pergamino holográfico, para alertar a sus amigos en el campamento romano. Con suerte, el mensaje había llegado. Leo había querido pintar un mensaje gigantesco en la pared del casco: “¿Qué pasa, tíos?” con una gran cara sonriente, pero Annabeth había vetado la idea. No estaba segura de si los romanos tendrían demasiado sentido del humor.

Ya era demasiado tarde para dar la vuelta. Las nubes pasaron cerca del casco, revelando la gran alfombra dorada y verde de las colinas de Oakland por debajo de ellos. Annabeth asió con fuerza uno de los escudos de bronce que estaban

alineados en el pasamanos de cubierta. Sus tres compañeros de tripulación ocuparon sus puestos.

En el alcázar de popa, Leo daba vueltas como un loco, comprobando los indicadores y las palancas. Muchos timoneles habrían estado satisfechos con un timón normal y corriente pero Leo había instalado un monitor con un panel de aviación de un avión a reacción, una minicadena y los mandos remotos sensoriales de una Nintendo Wii. Podía disparar a los enemigos pulsando el acelerador, escuchando un CD o izar las velas zarandeando sus mandos de la Wii muy rápido. Incluso para ser un semidiós, Leo tenía un TDA muy fuerte.

Piper se paseaba de un lado a otro tras el mástil principal, ensayando su frase:

—Bajad vuestras armas—murmuraba—,sólo queremos hablar.

Su hechizo oral era tan poderoso que las palabras flotaron por encima de Annabeth, llenándola con el deseo de dejar caer su daga y tener una larga y bonita charla con ella. Para ser una hija de Afrodita, Piper intentaba fuertemente ocultar su belleza. Hoy iba vestida con unos tejanos desgastados, unas raídas deportivas y una camiseta sin mangas con dibujitos rosas de Hello Kitty. ¿Quizá fuera una broma? Aunque Annabeth jamás habría podido saberlo por parte de Piper. Su pelo castaño encrespado estaba trenzado hacia la derecha dónde tenía la pluma de un águila.

Y también estaba el novio de Piper, Jason. Él estaba de pie en proa en una plataforma junto a una ballesta dónde los romanos pudieran avistarlo fácilmente. Tenía los nudillos blancos de tanto apretar el mango de su espada. Aún así, estaba muy tranquilo para ser un chico que hacía de objetivo. Por encima de sus pantalones y su camiseta naranja del Campamento Mestizo, se había puesto una toga y una capa morada, símbolos de su antiguo rango de pretor. Con su pelo rubio ondeando al viento y sus ojos tan azules como el hielo, parecía ásperamente hermoso y parecía tenerlo todo bajo control, como debe de hacerlo un hijo de Júpiter. Había crecido en el Campamento Júpiter, por lo que, con suerte, su cara familiar haría que los romanos vacilaran al querer volarles en pedazos.

Annabeth había intentado no hacerlo, pero no se fiaba del todo de aquél tipo. Actuaba de una manera demasiado perfecta, siempre siguiendo las normas, siempre haciendo lo honorable. Incluso parecía demasiado perfecto. En el fondo de su mente, no dejaba de pensar: “Quizá sea un truco y nos traicione. ¿Qué pasaría si aterrizáramos en el Campamento Júpiter y dijera: ¡Hola, romanos! Mirad los prisioneros y este barco tan chulo que os he traído”.

Aún así, Annabeth tampoco creía que fuera a hacer eso. No podía mirarle sin evitar tener un gusto amargo en su boca. Había sido parte del programa forzoso de intercambio de Hera entre los dos campamentos. Sin avisar, Hera había abducido a Percy Jackson, el novio de Annabeth, borrado su memoria y le había

enviado a aquél campamento romano. A cambio, los griegos habían recibido a Jason. Nada de aquello era culpa de Jason, pero cada vez que Annabeth le miraba, recordaba lo mucho que echaba de menos a Percy.

Percy, quién seguramente estaría debajo de ellos ahora mismo.

Oh, dioses. El pánico creció en su interior.

—Soy hija de Atenea— no dejaba de repetirse—. Tengo que ceñirme al plan y no distraerme.

Entonces lo volvió a sentir, aquél cosquilleo familiar, como si un muñeco de nieve maléfico se hubiera puesto justo detrás de ella y le estuviera soplando en la nuca. Se giró de golpear, pero no había nadie. Debían ser sus nervios. Annabeth deseó poder rezarle a su madre en busca de ayuda, pero era imposible. No desde aquél último mes cuando tuvo aquél horrible encuentro con su madre y había recibido el peor regalo de su vida.

El frío parecía estar más cerca. Creyó escuchar una voz en el viento, riéndose. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron. Sabía que algo estaba a punto de ir terriblemente mal. Estuvo a punto de ordenarle a Leo de dar marcha atrás. Y entonces, en el valle debajo de ellos, los cuernos sonaron. Los romanos les habían avistado.

Annabeth pensaba que sabía qué esperarse. Jason le había descrito el Campamento Júpiter al detalle. Aún así, le costó creerse lo que le decían sus ojos. Rodeado por las colinas de Oakland, el valle era al menos el doble del tamaño del Campamento Mestizo. Un pequeño río serpenteaba colina abajo e iba hasta el centro como una G mayúscula, desembocando en un brillante lago azul.

Justo debajo del barco, apostada a las orillas del lago, la ciudad de Nueva Roma refulgía a la luz del día. Reconoció los sitios de los que le había hablado Jason: el circo romano, el anfiteatro, los templos y los jardines, el barrio de las Siete Colinas con sus anchas calles, sus *domi* coloridas y sus jardines con pórticos llenos de flores.

Vio los restos de la última batalla de los romanos contra el ejército de monstruos. Había una cúpula con un gran agujero en lo que supuso que sería la Casa del Senado. La plaza central, el foro estaba llena de cráteres. Algunas fuentes y estatuas estaban en ruinas.

Docenas de chicos vestidos con togas salían de la casa del Senado para conseguir una vista mejor del Argo II. Más romanos salían de las tiendas y las cafeterías, mirando boquiabiertos y señalando mientras el barco descendía.

A unos ocho cientos metros al oeste, dónde los cuernos sonaban, un fuerte romano se alzaba en una colina. Parecía las ilustraciones que Annabeth había visto en los libros de historia militar, con una zanja defensiva de troncos, altas paredes y torres de vigilancia con ballestas de escorpión. En su interior, unas

hileras perfectas de barracas blancas estaban alineadas al camino principal, la Via Principalis.

Una columna de semidioses salía de las puertas, con sus armaduras y lanzas brillando mientras corrían hacia la ciudad. Entre sus filas había un elefante de guerra de verdad.

Annabeth quería hacer aterrizar el Argo II antes de que aquellas tropas llegaran, pero el suelo estaba aún a unas decenas de metros por debajo de ellos. Miró la multitud, esperando ver a Percy. Entonces algo detrás de ella explotó.

La explosión casi la hace caerse de cubierta. Se dio la vuelta de golpe y se encontró cara a cara con una estatua enfadada.

—¡Inaceptable!—chilló.

Aparentemente había aparecido de la nada con una explosión, justo en cubierta. Un humo amarillo sulfúrico le salía de los hombros. Le caía ceniza de su pelo rizado. De cintura para abajo, no era nada más que un pedestal cuadrangular de mármol. De cintura para arriba, era una escultura con forma de figura humana musculada en una toga.

—¡No permitiré que hayan armas dentro del *pomerium*!—dijo con una estridente voz de profesor—. ¡Y mucho menos griegos!

Jason le lanzó una mirada como diciendo “Yo me encargo”.

—Término—dijo—. Soy yo, Jason Grace.

—Oh, ¡me acuerdo de ti, Jason!—refunfuñó Término—. ¡Creía recordar que tenías el suficiente criterio como para juntarte con los enemigos de Roma!

—Pero no son enemigos...

—Es cierto—saltó Piper—. Sólo queremos hablar. Si pudiéramos...

—¡JA!—espetó la estatua—. No intente hechizarme con la voz, jovencita. ¡Y baja esa daga antes de que te la arranque de tus manos inertes!

Piper miró su daga de bronce, la cual aparentemente había olvidado que sujetaba.

—Eh... vale. ¿Pero cómo vas a arrebatármela? No tienes brazos.

—¡Impertinente!—hubo un agudo POP y un fogonazo. Piper gritó y soltó la daga, que humeaba y echaba chispas.

—¡Tenéis suerte de que acabo de estar en una batalla!—anunció Término—. Si tuviera toda mi fuerza, ¡habría sacado a esta monstruosidad voladora del cielo hace rato!

—Espera, espera— Leo se adelantó, moviendo su mando de la Wii—. ¿Acabas de llamar a mi barco una monstruosidad? ¿No lo has hecho, verdad? ¿Verdad que no?

La idea de que Leo pudiera atacar a la estatua con su mando fue lo necesario para sacar a Annabeth de su sorpresa.

—Tranquilicémonos todos un momento. —levantó sus manos para dejar claro que no tenía ninguna arma—. Supongo que tú eres Término, dios de las fronteras. Jason me dijo que eras el protector de la ciudad Nueva Roma, ¿verdad? Soy Annabeth Chase, hija de...

—¡Oh, ya sé quién eres!—la estatua la miró con sus ojos blancos—. Una hija de Atenea, la forma griega de Minerva. ¡Escandaloso! Los griegos no tenéis sentido de la decencia. Nosotros, los romanos conocemos el puesto adecuado para esa diosa.

Annabeth apretó su mandíbula. Le estaba costando ser diplomática con aquella estatua.

—¿A qué te refieres con “esa diosa”? ¿Y qué es eso de escandaloso...?

—¡Una cosa!—le interrumpió—. De cualquier manera, Término, estamos aquí en son de paz. Nos gustaría tener permiso para aterrizar para que podamos...

—¡Imposible!—chilló el dios—¡Bajad vuestras armas y rendíos! ¡Abandonad mi ciudad de inmediato!

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Leo—. ¿Rendirnos o irnos?

—¡Ambos!—dijo Término—. Rendiros, después irnos. ¡Te voy a abofetear la cara por esa pregunta tan inútil, chico ridículo! ¿Lo notas?

—Guau—Leo estudió a Término con un interés personal—. Estás muy, pero que muy tenso. ¿Necesitas que afloje algún engranaje por ahí dentro?

Cambió el mando de la Wii por un destornillador

—¡Deténte!—insistió Término. Otra pequeña explosión hizo que Leo soltara el destornillador—. Las armas no están permitidas en el territorio romano del pomerium.

—¿El qué?—preguntó Piper.

—Los límites de la ciudad— tradujo Jason.

—¡Y este barco entero es un arma!—dijo Término—. ¡No podéis aterrizar!

Abajo, en el valle, los refuerzos de la legión estaban a medio camino de la ciudad. La multitud en el foro se había multiplicado. Annabeth miró entre las caras y... ¡por los dioses! Le vio. Caminaba hacia el barco con los brazos alrededor de otros dos chicos (una chica negra con un casco de caballería romana y un chico con el pelo negro rapado) como si fueran sus mejores amigos. Percy parecía tan aliviado, tan feliz... Vestía una capa morada como la de Jason, la marca del pretor.

El corazón de Annabeth se puso a cien.

—Leo, para el barco—ordenó.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Déjanos justo dónde estamos.

Leo movió el mando y tiró para arriba de él. Los noventa remos se pararon de golpe. El barco se detuvo.



—Término—dijo Annabeth—, ¿no hay ninguna norma en contra de atracar encima de Nueva Roma, verdad?

La estatua frunció el ceño.

—Bueno, no...

—Podemos mantener el barco atracado—dijo Annabeth—. Usaremos una cuerda para alcanzar el foro. De esa manera, el barco no estará en territorio romano. No técnicamente.

La estatua pareció aprobarlo. Annabeth se preguntó si estaría apretando su garganta con sus manos imaginarias.

—Me gustan los tecnicismos—admitió—. Aún así...

—Todas nuestras armas se quedarán a bordo—le prometió Annabeth—. Supongo que los romanos, incluso los refuerzos marchando hacia nosotros, también tendrán que honrar las reglas dentro del pomerium, ¿verdad?

—¡Por supuesto!—dijo Término—. ¿Te doy la sensación de que tolere los que infringen las reglas?

—Eh... Annabeth...—dijo Leo—. ¿Estás segura de que esto es buena idea?

Cerró sus puños para evitar que tiemblen. Esa sensación de frío seguía allí. Flotaba a su alrededor, y cuando Término dejó de gritar y provocar explosiones, creyó haber oído la presencia reírse, como si estuviera encantada de las malas elecciones que estaba tomando.

Pero Percy estaba allí abajo... estaba muy cerca. Tenía que llegar hacia él.

—Estaremos bien—dijo—. Nadie estará armado. Podremos hablar en paz. Término se asegurará de que todo el mundo obedezca las normas—miró a la estatua de mármol—. ¿Hay trato?

Término resopló.

—Supongo. Por ahora. Baja por tu cuerda hacia Nueva Roma, hija de Atenea. Por favor, intenta no destruir mi ciudad.

## Capítulo II

### Annabeth

Un mar de apresurados semidioses abrió paso mientras Annabeth caminaba hacia el foro. Algunos parecían tensos, otros nerviosos. Algunos estaban vendados por su reciente batalla contra los gigante, pero nadie estaba armado. Nadie atacó.

Familias enteras se habían reunido para ver a los recién llegados. Annabeth vio parejas con bebés, niños pequeños agarrados a las rodillas de sus padres, incluso algunos ancianos vestidos con ropas romanas y ropas modernas. ¿Todos ellos eran semidioses? Annabeth sospechó que así era, a pesar de que nunca había visto un lugar como aquél. En el Campamento Mestizo la mayoría de los semidioses eran adolescentes. Si sobrevivían lo suficiente como para graduarse del instituto, o se quedaban como jefes de cabaña o marchaban para comenzar sus vidas lo mejor que pudieran en el mundo mortal. Allí había una comunidad multigeneracional entera.

Al final de la multitud, Annabeth avistó al cíclope Tyson y al mastín del infierno de Percy, la señorita O'Leary, que habían sido el primer equipo de exploración del Campamento Mestizo en llegar al Campamento Júpiter. Parecían estar de buen humor. Tyson saludaba con la mano y sonreía. Vestía un estandarte del SPQR como si de un babero gigantesco se tratara.

Parte de la mente de Annabeth observaba lo hermosa que era la ciudad: los olores de las panaderías, las fuentes gorjeantes, las flores en los jardines. Y su arquitectura, dioses, su arquitectura... columnas de mármol bañadas en oro, mosaicos deslumbrantes, arcos monumentales y villas con terrazas.

Delante de ella, los semidioses abrían camino hasta una chica vestida con una completa armadura romana y una capa morada. Su pelo oscuro caía sobre sus hombros. Sus ojos eran tan negros como la obsidiana. Reyna... Jason la había descrito bastante bien. Incluso sin Jason, Annabeth habría sabido que era la líder. Las medallas decoraban su coraza. Se paseaba por allí con tanta confianza que los otros semidioses retrocedían a su paso y evitaban su mirada. Annabeth reconoció algo más en su rostro: por la forma cómo apretaba los labios y cómo levantaba la barbilla como si estuviera dispuesta a aceptar cualquier desafío. Reyna se forzaba a parecer valiente, mientras se debatía entre la esperanza, la preocupación y el miedo que no podía demostrar en público. Annabeth conocía aquella expresión. La veía cada vez que se miraba en el espejo.

Las dos chicas se observaron la una a la otra. Los amigos de Annabeth la franqueaban a los lados. Los romanos murmuraban el nombre de Jason, mirándole, sorprendidos. Entonces alguien apareció de entre la multitud, que hizo que la mirada de Annabeth se obsesionara por ello.

Percy la sonreía, esa sonrisa sarcástica y problemática que le había preocupado durante años pero que al cabo del tiempo se había vuelto en algo atractivo. Sus ojos verdes del color del océano eran tan hermosos como los recordaba. Su pelo oscuro estaba peinado hacia un lado, como si acabara de venir de dar un paseo por la playa. Tenía mejor aspecto que hacía seis meses, más moreno y alto, más delgado y más musculoso.

Annabeth estaba tan patidifusa que no se podía mover. Se sintió como que si se acercaba un poco más a él todas las moléculas de su cuerpo entrarían en combustión. Había estado enamorada de él en secreto desde que tenían doce años. El último verano, se lo había confesado. Habían sido una pareja feliz durante cuatro meses, y entonces él desapareció.

Durante su separación, algo le sucedió a los sentimientos de Annabeth. Habían crecido dolorosamente, como si se hubiera visto forzada a mantenerse con vida con algún tipo de medicamento doloroso. No estaba segura de qué era más espantoso: vivir con esa terrible ausencia o estar con él de nuevo.

La pretor Reyna se enderezó. Con una aparente desgana se giró hacia Jason.

—Jason Grace, mi antiguo colega...—pronunció la palabra colega como si fuera algo peligroso—. Te doy la bienvenida a tu hogar. Y a estos, tus amigos...

Annabeth no quiso hacerlo, pero se adelantó. Percy corrió hacia ella al mismo tiempo. La multitud se tensó. Algunos pusieron sus manos sobre sus espadas que no estaban allí.

Percy puso sus brazos a su alrededor. Se besaron, y por un momento nada importó. Un asteroide pudo haber destruido el planeta y haber barrido toda la vida de la tierra y a Annabeth no le habría importado.

Percy olía a aire del océano. Sus labios estaban salados. Sesos de alga... pensó, aturdida. Percy se apartó y estudió su cara.

—Dioses, creí que nunca...

Annabeth agarró su muñeca y le lanzó por encima de su hombro. Le lanzó contra el pavimento de piedra. Los romanos gritaron. Algunos se adelantaron, pero Reyna gritó:

—¡ESPERAD, RETROCEDED!

Annabeth puso su rodilla sobre el pecho de Percy. Puso su brazo contra su garganta. No le importó lo que los romanos pensarán. Una sensación de furia se extendió por su pecho, un tumor de preocupación y amargura que había estado dentro de ella desde el otoño pasado.

—Si me vuelves a dejar—dijo, con sus ojos llenos de lágrimas—. Juro por todos los dioses que...

Percy rió. De repente, el tumor de emociones de odio se derritió en el interior de Annabeth.

—Me considero advertido—dijo Percy—. Yo también te he echado de menos.

Annabeth se levantó y le ayudó a ponerse en pie. Quería volver a besarle de nuevo, pero se contuvo. Jason se aclaró la garganta.

—Así que... sí... Es genial estar de vuelta.

Presentó Reyna a Piper, que parecía un tanto ofendida por no haber tenido que decir las frases que tanto había ensayado, entonces presentó a Leo, que sonreía y hacía con la mano un signo de la paz.

—Y esta es Annabeth—dijo Jason—. Eh... normalmente no hace llaves de judo a la gente.

Los ojos de Reyna brillaron.

—¿Estás segura de que no eres romana, Annabeth? ¿O una amazona?

Annabeth no supo si aquello era un cumplido, pero le tendió la mano.

—Sólo ataco a mi novio de esta forma—prometió—. Encantada de conocerte.

Reyna agarró su mano firmemente.

—Parece que tenemos muchas cosas que discutir. ¡Centuriones!

Unos cuantos campistas romanos se adelantaron, aparentemente los oficiales. Dos chicos aparecieron a los lados de Percy, los mismos que Annabeth había visto a su lado antes. El corpulento chico asiático con el pelo corto debía tener unos quince años. Era mono igual que un oso panda de tamaño gigantesco. La chica parecía más joven, quizá unos trece, con los ojos del color del ámbar y la piel del color del chocolate y un largo pelo rizado. Su casco de caballería colgaba debajo de su brazo.

Annabeth pudo decir por su lenguaje corporal que se sentían cercanos a Percy. Estaban a su lado de forma protectora, como si hubieran compartido varias aventuras. Sintió un latigazo de celos. ¿Era posible que Percy y aquella chica...? No. La química que había entre ellos tres no era de aquél tipo. Annabeth se había pasado toda su vida aprendiendo a leer a la gente. Era una técnica de supervivencia. Si hubiera tenido que apostar, habría dicho que el grandullón asiático era el novio de la chica, a pesar de que sospechaba que no habían estado juntos durante demasiado tiempo.

Había algo más que no entendía: ¿qué estaba mirando la chica? Seguía frunciendo el ceño a Piper y Leo, como si reconociera a alguno de los dos y los recuerdos fueran dolorosos.

Mientras tanto, Reyna estaba dando órdenes a sus oficiales:

—...dile a la legión que se quede en su sitio. Dakota, dile a los espíritus de la cocina que preparen un festín de bienvenida. Y, Octavian...

—¿Estás dejando que estos intrusos penetren en el campamento? —un chico alto y rubio se abrió paso—. Reyna, los riesgos de seguridad...

—No los vamos a llevar al campamento, Octavian—Reyna le lanzó una mirada de odio—. Comeremos aquí, en el foro.

—Oh, mucho mejor—murmuró Octavian. Parecía ser el único que no trataba a Reyna como su superior, a pesar de que era delgado y pálido y por alguna razón tenía ositos de peluche colgando de su cinturón—. Quieres que nos relajemos a la sombra de su barco de guerra.

—Son nuestros huéspedes—Reyna pronunció cautelosamente cada sílaba—. Les daremos la bienvenida, y hablaremos con ellos. Como augur, tú deberías quemar alguna ofrenda para agradecer a los dioses por haber traído de vuelta a Jason sano y salvo.

—Buena idea—añadió Percy—. Ve a quemar tus osos, Octavian.

Los oficiales se dispersaron. Octavian le lanzó una mirada de aversión a Percy. Entonces repasó a Annabeth de arriba abajo y se alejó con grandes zancadas.

Percy le dio la mano a Annabeth.

—No te preocupes por Octavian—dijo—. Casi todos los romanos son buena gente: como Frank y Hazel aquí, y Reyna. Estaremos bien.

Annabeth sintió como si alguien hubiera colocado un colgante helado alrededor de su cuello. Escuchó de nuevo la risa silenciosa de nuevo, como si la presencia la hubiera perseguido desde el barco.

Miró hacia el Argo II. Su casco gigantesco de bronce brillaba con la luz del sol. Parte de ella quería secuestrar a Percy allí mismo, subir a bordo y salir de allí mientras pudieran.

No podía evitar tener la sensación de que algo estaba a punto de ir terriblemente mal. Y no podía permitirse el lujo de poder volver a perder a Percy de nuevo.

—Estaremos bien—repitió, intentando creerlo.

—Excelente—dijo Reyna. Se giró hacia Jason, y Annabeth creyó haber visto algún tipo de destello hambriento en su mirada—. Hablemos, y podremos tener una reunión más adecuada.

## Capítulo III

### Annabeth

ANNABETH DESEÓ TENER APETITO, porque los romanos sabían cómo comer.

Montones de divanes y mesas bajas fueron repartidos por el foro hasta que pareció una exposición de mobiliario. Los romanos se amontonaban en grupos de diez o veinte, hablando y riendo mientras los espíritus del viento, las *aurae*, se paseaban por encima de ellos, trayendo un sinfín de pizzas, sándwiches, patatas fritas, bebidas frías y galletas recién horneadas. Paseándose por entre la multitud habían fantasmas morados, los lares, vestidos con togas y armaduras de legionarios. Por los bordes del festín, los sátiros (no, son faunos, pensó Annabeth) trotaban de mesa en mesa, mendigando comida y haciendo trueques. En los campos cercanos, el elefante de guerra jugueteaba con la señorita O'Leary y los niños jugaban al escondite alrededor de las estatuas de Término que rodeaban los límites de la ciudad.

La escena era tan acogedora y tan extraña que le dio vértigo a Annabeth. Todo lo que quería hacer era estar con Percy, a ser posible a solas. Sabía que tendría que esperar. Si quería que su misión tuviera éxito, necesitaban a aquellos romanos, lo que significaba conocerles y trabar amistad con ellos.

Reyna y unos cuantos oficiales (incluyendo el chico rubio llamado Octavian, que había vuelto de quemar ositos de peluche en honor a los dioses) estaban sentados con Annabeth y su equipo. Percy estaba con ellos y sus dos nuevos amigos, Frank y Hazel.

Mientras un tornado de platos de comida era colocado en la mesa, Percy se inclinó y le susurró:

—Quiero enseñarte la ciudad de Nueva Roma. Sólo tú y yo. Este lugar es increíble.

Annabeth debería de haberse sentido emocionada. “Sólo tú y yo” era exactamente lo que ella quería. En vez de eso, se le atragantó el resentimiento. ¿Cómo podía Percy hablar tan alegremente de aquél lugar? ¿Qué pasaba con el Campamento Mestizo, su campamento, su hogar?

Intentó no mirar las nuevas marcas en el antebrazo de Percy, un tatuaje del SPQR como el de Jason. En el Campamento Mestizo, los semidioses obtenían cuentas de collares para conmemorar años de entrenamiento. Ahí, los romanos quemaban su piel con tatuajes, como diciendo: Nos perteneces. Para siempre.

Se tragó algunos comentarios y digo:

—Vale, claro.

—He estado pensando—dijo, nervioso—. Tuve la idea de...

Se detuvo cuando Reyna reclamó su atención.

Después de las presentaciones, los romanos y el equipo de Annabeth comenzaron a intercambiar historias. Jason les explicó cómo llegó al campamento Mestizo sin recuerdos, y cómo había ido en una misión con Piper y Leo para rescatar a la diosa Hera (o Juno, da igual cómo la llamabas era igual de molesta en griego o en romano) de su cárcel en la Casa del Lobo en el norte de California.

—¡Imposible! —interrumpió Octavian—. Ese es nuestro lugar más sagrado. Si los gigantes han encarcelado a una diosa ahí...

—Eso la habría destruido—dijo Piper—. Y nos habrían echado la culpa a los griegos, y eso habría iniciado una guerra entre campamentos. Ahora, cállate y deja que Jason termine.

Octavian abrió su boca, pero no emitió ningún sonido. Annabeth adoraba el hechizo vocal de Piper. Notó que Reyna miraba a Piper y a Jason con la ceja levantada, como si comenzara a darse cuenta de que ambos eran una pareja.

—Así que—continuó Jason—, así es cómo supimos lo de la diosa Gea. Sigue medio dormida, pero es la que está liberando los monstruos del Tártaro y haciendo crecer a los gigantes. Porfirión, el gran líder contra el que luchamos en la Casa del Lobo, dijo que iban a volver a los antiguos lugares, Grecia en sí. Planea despertar a Gea y destruir a los dioses... ¿cómo lo dijo? Ah, sí. Cortándoles de raíz.

Percy asintió, pensativo.

—Gea ha estado también ocupada por aquí. Tuvimos nuestro encuentro con la Reina de la Cara de Polvo.

Percy contó su parte de la historia. Explicó su despertar en la Casa del Lobo sin recuerdos, sólo con un nombre: Annabeth.

Cuando escuchó eso, Annabeth tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no llorar. Percy explicó cómo habían viajado hasta Alaska con Frank y Hazel, cómo vencieron al gigante Alcioneo, liberaron al dios de la muerte Tánatos, y devolvieron el estandarte del águila dorada perdida al campamento romano para poder repeler el ataque del ejército del gigante.

Cuando Percy acabó, Jason silbó, asombrado.

—No me extraña que te hayan nombrado pretor.

Octavian gruñó:

—¡Lo que significa que ahora tenemos tres pretores! ¡Las reglas establecen claramente que sólo podemos tener dos!

—Mira el lado bueno, Octavian—dijo Percy—, tanto Jason como yo somos sus superiores. Por lo que ambos podemos hacerte allar.

Octavian se volvió tan morado como una camiseta romana. Jason chocó nudillos con Percy.

Incluso Reyna sonreía, aunque sus ojos denotaban otro sentimiento.

—Tendremos que arreglar el problema del pretor extra más adelante—dijo—. Ahora mismo, tenemos problemas más serios que resolver.

—Apoyaré a Jason—dijo Percy—. No me importa.

—¿No te importa? —se atragantó Octavian—. ¿El pretoriado de Roma no te importa?

Percy le ignoró y se giró hacia Jason.

—¿Eres el hermano de Thalía Grace, verdad? Guau. No os parecéis en nada.

—Sí, ya me he dado cuenta—dijo Jason—. De todas maneras, gracias por ayudar a mi campamento mientras estaba fuera. Has hecho un trabajo increíble.

—Lo mismo te digo—dijo Percy.

Annabeth le dio un golpe en la pierna a Percy. Odiaba tener que interrumpir aquella bonita amistad, pero Reyna tenía razón: tenían cosas más serias que discutir.

—Deberíamos hablar sobre la Gran Profecía. Parece que los romanos también estáis enterados de ella.

Reyna asintió.

—La llamamos la Profecía de los Siete. Octavian, ¿te la sabes de memoria?

—Por supuesto—dijo—. Pero, Reyna...

—Recítala, por favor. En inglés, no en latín.

Octavian suspiró.

—Siete mestizos deberán responder a la llamada. Bajo el fuego o la tormenta, el mundo caerá...

—Un juramento que mantener con un último aliento—siguió Annabeth—. Y los enemigos en armas frente a las Puertas de la Muerte.

Todo el mundo la miró: excepto Leo que había construido un molinete de los envoltorios de aluminio de los tacos y se lo pegaba a los espíritus del viento que pasaban.

Annabeth no estaba segura de porqué había dicho los últimos versos de la profecía. Se sintió obligada a ello.

El grandullón, Frank, estaba sentado mirándola fascinado, como si le hubiera crecido un tercer ojo.

—¿Eres de verdad hija de Min... quiero decir, Atenea?

—Sí—dijo, sintiéndose a la defensiva—. ¿Por qué tanta sorpresa?

Octavian tosió.

—Si eres de verdad hija de la diosa de la sabiduría...

—Basta—espetó Reyna—. Annabeth es lo que dice ser. Ha venido en son de paz. Además...—le lanzó una mirada de respeto ferviente—. Percy ha hablado mucho de ti.

El tono de Reyna dio que pensar a Annabeth. Percy bajó la mirada, concentrado de repente en su hamburguesa con queso.

Annabeth se sintió acalorada. Oh, dioses... Reyna había intentado algo con Percy. Eso explicaba el tinte de dureza incluso celos en su voz. Percy había preferido a Annabeth.

En aquel momento, Annabeth perdonó a su ridículo novio por todas las cosas que había hecho mal. Quería lanzarse a sus brazos y rodearle, pero se contuvo a sí misma.



—Eh, gracias—le dijo a Reyna—. De cualquier manera, parte de la profecía se vuelve más clara poco a poco. Enemigos en armas frente a las Puertas de la Muerte. Eso habla de los romanos y los griegos. Tenemos que combinar nuestras fuerzas para cerrar esas puertas.

Hazel, la chica con el casco de la caballería y el pelo largo y rizado, cogió algo cerca de su plato. Parecía un gigantesco rubí, pero antes de que Annabeth se asegurara, Hazel se lo metió en el bolsillo de su chaqueta tejana.

—Mi hermano, Nico, ha ido en busca de esas puertas—dijo.

—Espera—dijo Annabeth—. ¿Nico di Angelo? ¿Él es tu hermano?

Hazel asintió como si fuera obvio. Una docena de preguntas asaltaron la cabeza de Annabeth, pero daba tantas vueltas como el molinete de Leo. Decidió dejarlo pasar.

—Vale. ¿Qué decías?

—Ha desaparecido. —Hazel apretó los labios—. Tengo miedo... no estoy segura, pero creo que algo le ha pasado.

—Le encontraremos—le prometió Percy—. Tenemos que encontrar las Puertas de la Muerte, de todas maneras. Tánatos nos dijo que encontraríamos ambas respuestas en Roma, ya sabéis, la Roma original. Eso está de camino a Grecia, ¿no?

—¿Tánatos os dijo eso? —Annabeth intentó aceptar aquello—. ¿El dios de la muerte?

Había conocido a varios dioses. Incluso había estado en el Inframundo, pero la historia de Percy sobre liberar a la reencarnación de la muerte la asustaba un tanto.

Percy dio un mordisco a su hamburguesa.

—Ahora que la Muerte es libre, los monstruos se desintegrarán y volverán al Tártaro como han hecho siempre. Pero mientras las Puertas de la Muerte estén abiertas, seguirán volviendo.

Piper cogió una pluma de su pelo.

—Como el agua saliendo por una presa—sugirió.

—Sí—sonrió Percy—. Hay un agujero en la presa.

—¿Qué? —preguntó Piper.

—Nada—dijo—. Una broma interna. La cosa es que tenemos que encontrar esas puertas y cerrarlas antes de llegar a Grecia. Es la única manera que tenemos de poder tener una oportunidad para vencer a los gigantes y asegurarnos de que se queden vencidos.

Reyna cogió una manzana de una bandeja de fruta. La hizo girar sobre su mano, estudiando su superficie roja.

—Proponéis una expedición hasta Grecia en vuestro barco. ¿Os dais cuentas de que las tierras antiguas, y el Mare Nostrum, son peligrosos?

—¿Mary quién?

—Mare Nostrum—explicó Jason—. Nuestro mar. Es como los antiguos romanos llamaban al Mediterráneo.

Reyna asintió.

—El territorio que en su día fue el antiguo Imperio Romano no es únicamente el lugar de nacimiento de los dioses. También es el hogar ancestral de los monstruos, los titanes y los gigantes... y cosas peores. Viajar es peligroso para los semidioses aquí en América, allí es diez veces peor.

—Dijiste que Alaska sería malo—le recordó Percy—. Hemos sobrevivido a ello.

Reyna negó con la cabeza. Sus uñas marcaban pequeñas muescas en la piel de la manzana mientras la giraba.

—Percy, viajar por el Mediterráneo es un nivel diferente de peligros. Ha estado fuera de los límites de los semidioses romanos durante siglos. Ningún héroe en sus cabales iría allí.

—¡Entonces vamos bien! —sonrió Leo sujetando otro molinete—. Porque todos estamos locos, ¿no es así? Además, el Argo II es un barco de guerra de última generación. Nos ayudará.

—Tenemos que darnos prisa—añadió Jason—. No sé exactamente qué están planeando los gigantes, pero Gea está creciendo más consciente día a día. Invade nuestros sueños, aparece en lugares extraños, convoca monstruos más y más poderosos. Tenemos que detener a los gigantes antes de que la despierten del todo.

Annabeth tuvo un escalofrío. Ya había tenido sus propias pesadillas.

—Siete semidioses responderán a la llamada—dijo—. Tiene que ser una mezcla de nuestros campamentos. Jason, Piper, Leo y yo hacemos cuatro.

—Y yo—dijo Percy—. Junto con Hazel y Frank. Somos siete.

—¿Qué? —Octavian se puso de pie—. ¿Se supone que tenemos que aceptar eso? ¿Sin someterlo a voto en el senado? ¿Sin un debate válido? ¿Sin...?

—¡Percy! —el cíclope Tyson llegó trotando junto a ellos con la señorita O'Leary pisándole los talones. Sobre la espalda del mastín había la harpía más delgada que Annabeth había visto nunca: una chica de mirada lunática y pelirroja, vestida con la tela de un saco y unas alas de plumas rojas.

Annabeth no sabía de dónde había venido la harpía, pero su corazón se relajó al ver a Tyson con sus pantalones de franela y vistiendo de camiseta el estandarte del SPQR. Había tenido algunas malas experiencias con los cíclopes, pero Tyson era un amor. Era medio hermano de Percy (una larga historia), lo que le hacía como de la familia.

Tyson se detuvo cerca de su diván y saludó con sus grasientas manos. Su gran ojo marrón estaba lleno de preocupación.

—Ella tiene miedo—dijo.

—No... no... no más barcos...—murmuraba la harpía, arrancándose nerviosamente las plumas—. El Titanic, el Lusitania, el Pax... los barcos no son para las harpías.

Leo entrecerró los ojos. Miró a Hazel, que estaba sentada a su lado.

—¿Esta chica pollo acaba de comparar mi barco con el Titanic?

—No es un pollo—Hazel evitó su mirada, como si Leo la pusiera nerviosa—. Ella es una harpía. Lo único que es... un poco hiperactiva.

—Ella es guapa—dijo Tyson—. Y asustada. Necesitamos llevárnosla, pero no irá en barco.

—Barcos no—repitió Ella. Miró a Annabeth—. Mala suerte. Ahí está. La hija de la diosa de la sabiduría anda sola...

—¡Ella! —dijo Frank de repente—. Quizá no sea momento para...

—La Marca de Atenea arde a través de Roma—continuó Ella, poniendo sus manos sobre sus orejas y alzando la voz—. Los gemelos sofocan el aliento del ángel. Aquél que sujeta las llaves de la muerte infinita. La perdición de los gigantes se mantiene dorada y pálida. La victoria a través del dolor de una jaula tejida.

Fue como si alguien hubiera lanzado una granada en la mesa. Todo el mundo miró a la harpía. Nadie hablaba. El corazón de Annabeth le latía con fuerza. La Marca de Atenea... Se resistió a comprobar su bolsillo, pero podía notar cómo la moneda de plata ardía, el regalo maldito que le había dado su madre. “Sigue la Marca de Atenea. Véngame.”

A su alrededor, los sonidos del festín siguieron, pero enmudecidos y distantes, como si el pequeño grupo de divanes hubieran entrado en una dimensión más silenciosa.

Percy fue el primero en recuperarse. Se puso de pie y cogió el brazo de Tyson.

—¡Ya sé! —dijo con un entusiasmo fingido—. ¿Por qué no te llevas a Ella a dar una vuelta a que le dé el aire fresco? Tú y la señorita O’Leary...

—Esperad—Octavian agarraba uno de sus ositos de peluche, agarrándolo con manos temblorosas. Sus ojos estaban fijos en Ella—. ¿Qué acaba de decir? Sonaba como si...

—Ella lee un montón—dijo apresuradamente Frank—. La encontramos en una biblioteca.

—¡Sí! —dijo Hazel—. Probablemente es algo que leyó en un libro.

—Libros—murmuró Ella, cooperando—. A Ella le gustan los libros.

Ahora que había dicho su texto, la harpía parecía mucho más relajada. Estaba sentada a lo indio en la espalda de la señorita O’Leary, agarrándose las alas.

Annabeth le lanzó una mirada inquisitiva a Percy. Obviamente, él, Frank y Hazel ocultaban algo. Igual de obvio que Ella había recitado una profecía, una profecía que le concernía a ella.

La expresión de Percy decía: Ayuda.

—Eso era una profecía—insistió Octavian—. Sonaba como una profecía.

Nadie respondió.

Annabeth no estaba muy segura de lo que pasaba, pero entendió que Percy estaba metido en un gran problema.

Forzó una risa:

—¿De verdad, Octavian? Quizá las harpías sean distintas aquí, en el lado romano. Las nuestras tienen la inteligencia suficiente como para limpiar las cabañas y cocinar las comidas. ¿Las vuestras ven el futuro? ¿Las consultas para tus augurios?

Sus palabras tuvieron el efecto intencionado. Los oficiales romanos rieron nerviosamente. Algunos miraron a Ella, después a Octavian y se rieron. La idea de una mujer pollo diciendo profecías parecía tan ridículo para los romanos como para los griegos.

—Yo... eh—Octavian soltó su osito de peluche—. No, pero...

—Habrás recitado los versos de algún libro—dijo Annabeth—, como ha sugerido Hazel. Además, ya tenemos una profecía de verdad por la que preocuparnos.

Se giró hacia Tyson.

—Percy tiene razón. ¿Por qué no te llevas a Ella y a la señorita O'Leary y viajáis por las sombras a algún lugar durante un tiempo? ¿Está Ella de acuerdo con ello?

—Los perros grandes son buenos—dijo Ella—. Fiel amigo, 1957, guión de Fred Gipson y William Tunberg.

Annabeth no estaba segura de cómo tomarse aquella respuesta, pero Percy sonrió como si el problema estuviera resuelto.

—¡Genial! —dijo Percy—. Os enviaremos un mensaje Iris cuando hayamos acabado y os recogeremos más adelaten.

Los romanos miraron a Reyna, esperando para su aprobación. Annabeth contuvo el aliento.

Reyna tenía una cara de póquer perfecta. Estudiaba a Ella, pero Annabeth no podía saber qué estaba pensando.

—Claro—dijo la pretor, al final—. Marchad.

—¡Yuju! —Tyson dio una vuelta por los divanes dando un abrazo a todo el mundo, incluso a Octavian, que no estuvo demasiado contento con ello. Entonces se subió a la espalda de la señorita O'Leary junto a Ella, y el mastín salió corriendo del foro. Corrieron hacia una sombra en la pared de la casa del Senado y desaparecieron.

—Bueno—dijo Reyna mientras dejaba su manzana sin comer—. Octavian tiene razón en algo. Debemos tener la aceptación del senado antes de que dejar que ninguno de nuestros legionarios parta hacia una misión, especialmente una tan peligrosa como la que sugerís.

—Todo esto huele a traición—murmuró Octavian—. ¡Ese trirreme no es un barco de paz!

—Sube a bordo, tío—le ofreció Leo—. Te daré un tour. Podrás hacer virar el barco y si eres lo suficientemente bueno te daré un pequeño gorro de papel que te identifique como capitán junior.

Las aletas de la nariz de Octavian se hincharon.

—¿Cómo osas...?

—Es una buena idea—dijo Reyna—. Octavian, ve con él. Observa el barco. Nos reuniremos en senado en una hora.

—Pero...—Octavian se detuvo. Aparentemente pudo deducir por la expresión de Reyna que discutirlo no sería nada bueno para su salud—. Bueno.

Leo se levantó. Se giró hacia Annabeth y su sonrisa cambió. Sucedió tan rápido, que Annabeth creyó habérselo imaginado, pero por un momento alguien parecía estar en el lugar donde estaba Leo, sonriendo fríamente con una luz cruel en sus ojos. Entonces Annabeth parpadeó y Leo era el viejo Leo de siempre, con su sonrisa impoluta de siempre.

—Volveremos pronto—prometió—. Esto va a ser épico.

Le recorrió una sensación extraña por todo el cuerpo. Mientras Leo y Octavian iban hacia la escalerilla de cuerdas, pensó en llamarles para que volvieran, pero ¿cómo podría explicarlo? ¿Tendría que decirle a todo el mundo que se estaba volviendo loca, que veía cosas y sentía frío?

Los espíritus del viento comenzaron a limpiar los platos.

—Eh, Reyna—dijo Jason—, si no te importa, me gustaría enseñarle un par de cosas a Piper antes de la reunión senatorial. Nunca ha visto Nueva Roma.

La expresión de Reyna se endureció.

Annabeth se sorprendió de lo ciego que podía estar Jason. ¿Era posible que nunca hubiera percibido lo mucho que le gustaba a Reyna? Era tan obvio para Annabeth. Pedirle permiso para enseñarle la ciudad de Reyna a su nueva novia era como echarle sal en la herida.

—Por supuesto—dijo Reyna, fríamente.

Percy cogió la mano de Annabeth.

—Sí, a mí también. Me gustaría enseñarle a Annabeth...

—No—espetó Reyna.

Percy levantó las cejas.

—¿Perdón?

—Me gustaría intercambiar un par de palabras con Annabeth—dijo Reyna—. A solas. Si no te importa, mi querido compañero pretor.

Su tono dejó claro que no aceptaba discusión. La extraña sensación bajó por la espalda de Annabeth. Se preguntó qué tramaba Reyna. Quizá a la pretor no le gustaba la idea de

que dos chicos que la habían rechazado les dieran un tour por su ciudad. O quizá había algo que le querría decir en privado. De cualquier manera, Annabeth no quería estar sola y desarmada con la líder de los romanos.

—Ven, hija de Atenea—Reyna se levantó de su diván—. Pasea conmigo.

## Capítulo IV

### Annabeth

ANNABETH QUERÍA ODIAR NUEVA ROMA. Pero como arquitecta aspirante, no podía evitar admirar las terrazas y los jardines, las fuentes y los templos, las amplias calles de mármol con las brillantes y blancas villas. Después de la guerra del Titán del verano pasado, había tenido su trabajo soñado rediseñando los palacios del Monte Olimpo. Ahora, mientras caminaba por aquella ciudad en miniatura, no dejaba de pensar: *Me gustaría tener una cúpula como esa o Me encanta la forma en la que esas columnas llevan a la parte delantera de la casa.* Quienquiera que hubiera diseñado Nueva Roma había vertido mucha dedicación y mucho amor al proyecto.

—Tenemos a los mejores arquitectos y constructores del mundo—dijo Reyna, como si leyera sus pensamientos—. Roma siempre los tuvo, en la Antigüedad. Muchos semidioses se quedan a vivir después de su estancia en la legión. Estudian en nuestra universidad. Establecen aquí sus familias. Percy parecía estar interesado en ello.

Annabeth se preguntó qué significaba aquello. Debió de haber puesto una cara bastante rara porque Reyna se rió.

—Eres una guerrera, eso está claro—dijo la *pretor*—. Tienes fuego en tus ojos.

—Perdón—Annabeth bajó la mirada.

—No hay de qué. Soy hija de Belona.

—¿La diosa romana de la guerra?

Reyna asintió. Se giró y silbó como si estuviera llamando a alguien. Un momento después, dos perros metálicos corrieron hacia ellos: sabuesos autómatas, uno plateado y el otro dorado. Rodearon las piernas de Reyna y miraron a Annabeth con unos ojos de rubí brillantes.

—Mis mascotas—explicó Reyna—. *Aurum y Argentum*. ¿Te importa si vienen con nosotros?

De nuevo, Annabeth tuvo la sensación de que no estaba pidiendo permiso. Notó que los sabuesos tenían los dientes tan afilados como cuchillas de acero. Quizá las armas no estaban permitidas en la ciudad, pero las mascotas de Reyna podían hacerla pedazos si querían.

Reyna la llevó hasta la terraza de un café, donde el camarero la conocía. Le sonrió y le dio un vaso para llevar, entonces le ofreció uno a Annabeth.

—¿Quieres un poco? —preguntó Reyna—. Hacen un chocolate caliente maravilloso. Ya sé que no es exactamente una bebida romana...

—Pero el chocolate es universal—dijo Annabeth.

—Exacto.

Era una templada tarde de junio, pero Annabeth aceptó la taza con un gracias. Ambas caminaron con los perros metálicos de Reyna siguiéndolas de cerca.

—En nuestro campamento—dijo Reyna—, Atenea es Minerva. ¿Estás familiarizada con su forma romana y lo distinta que es de la griega?

Annabeth no había pensado en ello. Recordó cómo Término había llamado a Atenea “aquella diosa”, como si fuera escandaloso. Octavian había actuado como si la existencia de Annabeth fuera un insulto.

—Supongo que Minerva no es..., ¿demasiado respetada aquí?

Reyna bebió un sorbo de su bebida.

—Sí la respetamos. Minerva es la diosa de las artes y la sabiduría... pero no es exactamente una diosa de la guerra. No para los romanos. Es también una diosa casta y

virgen, como Diana... la que vosotros llamáis Artemisa. No encontrarás hijos de Minerva aquí. La idea de que Minerva pueda tener hijos es... francamente, un tanto chocante para nosotros.

—Oh—Annabeth se sintió avergonzada. No quería entrar en detalles de los hijos de Atenea, cómo nacían a través de la mente de la diosa, igual que Atenea misma había nacido de la cabeza de Zeus. Hablar sobre ello siempre hacía sentirse un tanto avergonzada a Annabeth, como si fuera un bicho raro. La gente normalmente le preguntaba si tenía ombligo, ya que había nacido por arte de magia. Por supuesto que tenía ombligo. No podía explicar cómo. Tampoco no quería saberlo.

—Entiendo que vosotros, los griegos, no veáis las cosas de la misma manera—continuó Reyna—. Pero los romanos se toman votos de castidad en serio. Las vírgenes vestales, por ejemplo, si rompían sus votos y se enamoraban de alguien, eran enterradas vivas. Por lo que la idea de que una diosa casta pueda tener hijos...

—Lo entiendo—de repente el chocolate de Annabeth sabía a polvo. No era extraño que los romanos le hubieran lanzado tantas miradas sorprendidas—. Se supone que no debo existir. E incluso aunque vuestro campamento tuviera hijos de Minerva...

—No serían cómo tú—dijo Reyna—. Serían artesanos, artistas, quizá consejeros, pero no guerreros. Ni líderes de misiones peligrosas.

Annabeth comenzó a objetar que ella no era la líder de la misión. No oficialmente. Pero se preguntó si sus amigos del Argo II coincidirían con ella. Los días anteriores todos habían seguido sus órdenes, incluso Jason que podía haber exigido respeto al ser hijo de Júpiter, o el entrenador Hedge, que no aceptaba órdenes de nadie.

—Hay más—Reyna chasqueó sus dedos, y su perro dorado, *Aurum*, se acercó. La pretor acarició sus orejas—. La harpía Ella... era una profecía lo que ha recitado. Ambas lo sabemos, ¿verdad?

Annabeth tragó saliva. Algo en los ojos de rubí de *Aurum* la hizo sentirse incómoda. Había oído que los perros podían oler el miedo, incluso detectar cambios en la respiración de los humanos y los latidos del corazón. No sabía si aquello también se aplicaba a los perros metálicos mágicos, pero decidió que sería mejor decir la verdad.

—Sonaba a una profecía—admitió—. Pero nunca había conocido a Ella antes, y nunca había oído esos versos.

—Yo sí—murmuró Reyna—. Al menos, parte de ellos.

A unos metros, el perro plateado ladró. Un grupo de niños salió corriendo de un callejón cercano y rodeó a *Argentum*, acariciando al perro y riendo, sin tener miedo de sus colmillos afilados.

—Deberíamos movernos—dijo Reyna.

Subieron por la colina. Los sabuesos las siguieron, dejando atrás a los niños. Annabeth seguía mirando la cara de Reyna. Un vago recuerdo comenzó a asaltarle, la forma en la



que Reyna se peinaba el pelo detrás de sus orejas, el anillo de plata que llevaba con una antorcha y una espada grabadas.

—Nos hemos conocido antes—se aventuró Annabeth—. Tú y yo éramos más jóvenes, creo.

Reyna le dedicó una sonrisa seca.

—Muy bien. Percy ni siquiera me recordaba. Por supuesto, tú hablaste más con mi hermana mayor Hylla, que ahora es la reina de las Amazonas. Se ha ido justo esta mañana, poco antes de que llegárais. De cualquier manera, cuando nos vimos por última vez, yo era una simple criada en la casa de Circe.

—Circe...—Annabeth recordó su viaje a la isla de la hechicera. Tenía trece años. Percy y ella habían navegado por el Mar de los Monstruos. Hylla les había dado la bienvenida. Había ayudado a limpiar a Annabeth y le había dado un bonito vestido nuevo y la había maquillado. Entonces Circe le había ofrecido quedarse en la isla para que pudiera entrenarse con la magia y tener un poder increíble. Annabeth había estado tentada, quizá un poco, hasta que se dio cuenta de que aquel lugar era una trampa y de que Percy había sido convertido en un conejillo de indias (aquello había sido divertido, pasado un tiempo, pero entonces, había sido aterrador). Y en cuanto a Reyna... había sido una de las sirvientas que habían peinado el pelo de Annabeth.

—Tú...—dijo Annabeth, asombrada—. ¿Y Hylla es reina de las Amazonas? ¿Cómo vosotras dos habéis...?

—Es una historia muy larga—dijo Reyna—. Pero te recuerdo bastante bien. Fuiste valiente. Nunca había visto a nadie rechazar la hospitalidad de Circe, y mucho menos vencerla. No me extraña que le importes a Percy.

Su voz sonaba nostálgica. Annabeth pensó que sería mejor no responder. Llegaron a la cima de la colina, donde, desde una terraza se podía ver todo el valle.

—Este es mi rincón preferido—dijo Reyna—. El jardín de Baco.

Unas viñas entrelazadas daban sombra en un baldaquín. Las abejas zumbaban entre las madreselvas y los jazmines, que llenaban el aire de la tarde con una mezcla de perfumes. En el medio de la terraza se alzaba una estatua de Baco en un tipo de postura de ballet, vistiendo un taparrabos, con sus mejillas hinchadas y poniendo morritos mientras expulsaba agua de su boca hacia una fuente.

A pesar de sus preocupaciones, Annabeth casi se rió. Conocía al dios en su forma griega, Dioniso o el señor D, como le llamaban en el Campamento Mestizo. Ver al viejo director del campamento inmortalizado en piedra, vistiendo un taparrabos y escupiendo agua de su boca, le hizo sentir un poco mejor.

Reyna se detuvo al borde de la terraza. La vista merecía la pena toda la subida. La ciudad entera se extendía bajo ellas como un mosaico tridimensional. Al sud, bajo el lago, un grupo de templos poblaban una colina. Al norte, un acueducto corría por entre las colinas

de Berkeley. Equipos de construcción estaban reparando una sección rota, quizá dañado en la batalla reciente.

—Quería oírlo de tus labios—dijo Reyna.

Annabeth se giró.

—¿Oír qué?

—La verdad—dijo Reyna—. Convénceme de que no estoy cometiendo un error por confiar en ti. Háblame de ti. Háblame de ese Campamento Mestizo. Tu amiga Piper tiene magia en sus palabras. He pasado el suficiente tiempo con Circe como para reconocer el hechizo vocal cuando lo oigo. No puedo confiar en lo que dice. Y Jason... bueno, ha cambiado. Parece distante, ya no parece para nada un romano.

El dolor en su voz era tan afilado como un cristal roto. Annabeth se preguntó si ella sonaba así, en todos los meses en los que había estado buscando a Percy. Al menos ella había encontrado a su novio. Reyna no tenía ninguno. Era la responsable de controlar un campamento entero ella sola. Annabeth podía percibir que Reyna quería que Jason la amara. Pero había desaparecido y para volver con una novia nueva. Mientras tanto, Percy que había sido nombrado pretor, también había rechazado a Reyna. Ahora Annabeth había venido para llevárselo. Reyna estaría sola de nuevo, llevando a cabo un cargo hecho para dos personas.

Cuando Annabeth llegó al Campamento Júpiter, se había estado preparando para negociar con Reyna o incluso luchar contra ella si era necesario. No se había preparado para lamentarse por ella.

Mantuvo ese sentimiento oculto. Reyna no parecía ser una de esas personas a las que les gustara dar pena. En vez de eso, le habló a Reyna sobre su vida. Le habló sobre su padre y su madrastra y sus dos hermanastros de San Francisco, y cómo se sentía ella misma una extraña en su propia familia. Le habló de cómo había huido cuando tenía siete años, encontrando a sus amigos Luke y Thalía y cómo llegaron al Campamento Mestizo en Long Island. Describió el campamento y los años que creció allí. Le habló de cuando conoció a Percy y las aventuras que tuvieron juntos.

Reyna era una buena oyente.

Annabeth estuvo tentada de contarle sus problemas más recientes: la discusión con su madre, el regalo de la moneda de plata, y las pesadillas que había estado teniendo, sobre un miedo tan paralizador, que estuvo a punto de decidir no ir en aquella búsqueda. Pero no podía abrirse tanto con ella.

Cuando Annabeth acabó de hablar, Reyna miró a Nueva Roma. Sus sabuesos metálicos olisquearon el jardín, asustando a las abejas. Finalmente Reyna señaló al grupo de templos en la colina.

—El pequeño edificio rojo—dijo—, en el lado norte. Ese es el templo de mi madre, Belona —Reyna se giró hacia Annabeth—. A diferencia de tu madre, Belona no tiene equivalente

griego. Ella es completa y absolutamente romana. Es la diosa de la protección de la patria.

Annabeth no dijo nada. Sabía muy poco acerca de la diosa romana. Deseó haber estudiado más, pero el latín nunca le venía con tanta facilidad como el griego. Un poco más abajo, el casco del Argo II brillaba mientras flotaba sobre el foro, como un gigantesco globo metálico.

—Cuando los romanos vamos a la guerra—siguió Reyna—, visitamos primero el Templo de Belona. En su interior hay un terreno simbólico de tierra que representa el territorio enemigo. Lanzamos una lanza en ese terreno, indicando que ahora estamos en guerra. Ya ves, los romanos siempre hemos creído que una ofensa es la mejor defensa. En la antigüedad, siempre que nuestros ancestros se sentían amenazados por sus vecinos, los invadían para protegerse a ellos mismos.

—Conquistaron a todos a su alrededor—dijo Annabeth—. Cartago, la Galia...

—Y Grecia—Reyna dejó caer el comentario—. Mi punto de vista es, Annabeth, que no está en la naturaleza de los romanos cooperar con sus poderes. Cada vez que los semidioses griegos y romanos se han encontrado, hemos luchado. Los conflictos entre ambos lados iniciaron las más terribles guerras de la historia de la humanidad, sobre todo guerras civiles.

—No tiene que ser así esta vez—dijo Annabeth—. Tenemos que trabajar juntos, o Gea nos destruirá a ambos.

—Coincido—dijo Reyna—. ¿Pero es la cooperación posible? ¿Qué pasa si el plan de Juno falla? Incluso las diosas pueden cometer errores.

Annabeth esperó a que Reyna fuera destruida por un rayo o convertida en un pavo real. No pasó nada.

Por desgracia, Annabeth compartía las dudas de Reyna. Hera había cometido errores. Annabeth no había tenido más que problemas por enfrentarse a la diosa, pero nunca perdonaría a Hera por haberse llevado a Percy, aunque fuera por una causa noble.

—No me fio de la diosa—admitió Annabeth—. Pero sí que lo hago en mis amigos. esto no es un truco, Reyna. Podemos trabajar juntas.

Reyna se acabó su copa de chocolate. Dejó la taza encima de la balaustrada y observó el valle como si se imaginara líneas de batalla.

—Te creo—dijo—. Pero si vais a los antiguos territorios, especialmente la misma Roma, hay algo que debes saber acerca de tu madre.

Los hombros de Annabeth se tensaron.

—¿Mi... mi madre?

—Cuando viví en la isla de Circe—dijo Reyna—, tuvimos muchos visitantes. Una vez, quizá un año antes de que tú y Percy llegaraís, un joven naufragó hasta nuestra orilla.

Estaba medio loco de sed y calor. Había estado nadando durante días. Sus palabras no tenían demasiado sentido, pero dijo que era hijo de Atenea.

Reyna se detuvo en espera de una reacción. Annabeth no tenía ni idea de quién podía ser aquel chico. No estaba al tanto de si algún otro hijo de Atenea que había ido en una misión al Mar de los Monstruos, pero aún así, se sintió mal. La luz filtrándose entre las viñas hacía extenderse la sombra de ésta como un enjambre de gusanos.

—¿Qué la pasó a ese semidiós? —preguntó.

Reyna hizo un gesto con su mano como si fuera algo trivial.

—Circe le convirtió en un conejillo de indias, por supuesto. Le convirtió en un pequeño y alocado roedor. Pero antes de eso, no dejó de balbucear acerca de una misión fallida. Dijo que había ido a Roma, siguiendo la Marca de Atenea.

Annabeth se agarró a la balastrada para no perder el equilibrio.

—Sí—dijo Reyna, viendo su incomodidad—. Siguió murmurando que era hijo de la sabiduría, acerca de la Marca de Atenea, y sobre la perdición de los gigantes manteniéndose pálida y dorada. Las mismas palabras que Ella acaba de recitar. Pero, ¿dices que no las habías oído nunca?

—No... no, de la forma en la que Ella las ha dicho—la voz de Annabeth era débil. No mentía. Nunca había oído aquella profecía, pero su madre le había encargado que siguiera la Marca de Atenea, y pensó en la moneda en su bolsillo y una terrible sospecha comenzó a crecer en su interior. Recordó las palabras de su madre. Pensó en las extrañas pesadillas que había estado teniendo últimamente.

—¿Este semidiós explicó su búsqueda?

Reyna negó con la cabeza.

—Por aquél entonces, no tuve ni idea de lo que hablaba. Mucho después, cuando me convertí en pretor del Campamento Júpiter, comencé a sospechar.

—¿Sospechar, qué?

—Hay una vieja leyenda que los pretores del Campamento Júpiter hemos mantenido a través de los años. Si es verdad, explicaría por qué ambos grupos de semidioses nunca han sido capaces de trabajar juntos. Puede ser la causa de nuestra hostilidad. Hasta que, finalmente, hagamos las paces, los romanos y los griegos nunca podrán estar en paz. Y la leyenda se centra en Atenea....

Un sonido desgarrador llenó el aire. Una luz brilló en el rabillo del ojo de Annabeth.

Se giró justo en el momento en el que una explosión abrió un nuevo cráter en el foro. Un diván en llamas voló por los aires. Los semidioses gritaron, asustados.

—¿Gigantes? —Annabeth agarró su daga, la cual, por supuesto no estaba allí—. ¡Creía que su ejército había sido vencido!

—No son los gigantes—los ojos de Reyna brillaban de rabia—. Habéis traicionado nuestra confianza.

—¿Qué? ¡No!

En cuando lo dijo, el Argo II disparaba por segunda vez. Su ballesta lanzaba una gigantesca lanza bañada de fuego griego, que se clavó directamente en la cúpula rota de la casa del Senado y explotó en su interior, encendiendo el edificio como una calabaza de Halloween. Si alguien había estado allí dentro...

—Dioses, no—una oleada de náuseas hizo que Annabeth perdiera el equilibrio—. Reyna, no es posible. ¡Nunca os haríamos esto!

Los perros de metal corrieron al lado de su ama. Gruñeron a Annabeth pero se pasearon intranquilos, como si no quisieran atacar.

—Dices la verdad—juzgó Reyna—. Quizá no estabas al tanto de esta traición, pero alguien debe pagar.

En el foro, el caos se extendía. Las multitudes se empujaban y se pisaban. Había pequeñas luchas por todas partes.

—Es un baño de sangre.

—¡Tenemos que detenerlo!

Annabeth tuvo un horrible presentimiento: quizá aquella era la última que Reyna y ella actuaban cordialmente, pero corrieron juntas colina abajo.

Si las armas hubieran estado permitidas en la ciudad, los amigos de Annabeth habrían estado muertos. Los semidioses romanos en el foro se habían unido en una masa enfurecida. Algunos lanzaban platos, comida y piedras al Argo II, que era inútil, ya que todo lo que lanzaban caía a la multitud.

Varias docenas de romanos habían rodeado a Piper y a Jason, que estaba intentando calmarles sin demasiada suerte. El hechizo oral de Piper era inútil contra tanto griterío y semidioses enfadados. La frente de Jason sangraba. Su capa morada había sido hecha jirones. No dejaba de decir:

—¡Estoy de vuestro lado! —pero su camiseta naranja del Campamento Mestizo no ayudaba demasiado, ni tampoco el barco de guerra encima de su cabeza, disparando lanzas en llamas hacia Nueva Roma. Una aterrizo cerca de allí e hizo explotar una tienda de togas.

—¡Por las espinilleras de Plutón! —maldijo Reyna—. Mira.

Legionarios armados corrían hacia el foro. Dos equipos de artillería habían instalado dos catapultas justo en el exterior de la línea pomeriana y estaban apuntando hacia el Argo II.

—Eso solo empeorará las cosas—dijo Annabeth.

—Odio mi trabajo—gruñó Reyna. Corrió hacia los legionarios, con sus perros a su lado.

*Percy, ¿dónde estás?* pensó Annabeth, buscando por el foro desesperadamente.

Dos romanos intentaron agarrarla. Se hizo paso a través de ellos, adentrándose en la multitud. Como si los romanos furiosos, los divanes en llamas y los edificios explotando no

fueran bastante confusos, cientos de fantasmas morados se paseaban por el foro, pasando a través de los cuerpos de los semidioses y agitando las manos. Los faunos también habían tomado ventaja del caos. Se paseaban por entre las mesas, agarrando comidas, platos y copas. Uno trotó cerca de Annabeth con los brazos llenos de tacos y una piña entera en su boca.

Una estatua de Término se materializó justo delante de Annabeth. Le gritaba en latín, sin duda llamándola mentirosa y creadora de problemas, pero empujó a la estatua y siguió corriendo.

Finalmente avistó a Percy. Él y sus amigos, Hazel y Frank, estaban en medio de la fuente mientras Percy repelía a los furiosos romanos con chorros de agua. La toga de Percy estaba hecha jirones, pero parecía intacto.

Annabeth le llamó mientras otra explosión resonaba en el foro. Esta vez la luz vino de encima de sus cabezas. Una de las catapultas romanas había disparado y el Argo II crujió y se zarandeó, con las llamas ardiendo cerca de su mascarón de proa con la forma del dragón.

Annabeth vio una silueta colgando desesperada por la escalerilla, intentando bajar. Era Octavian, con su ropa ardiendo y su cara negra de hollín.

Por la fuente, Percy chorreó a la masa romana con más agua. Annabeth corrió hacia él, esquivando el puño de un romano y una bandeja de sándwiches.

—¡Annabeth! —llamó Percy—. ¿Qué...?

—¡No lo sé! —le gritó.

—¡Yo os lo diré! —gritó una voz de arriba. Octavian había llegado al final de la escalerilla—. ¡Los griegos nos han disparado! ¡Vuestro chico Leo ha introducido sus armas en Roma!

El pecho de Annabeth se llenó con hidrogeno líquido. Se sintió como si se hubiera congelado un millar de veces.

—Mientes—dijo—. Leo nunca...

—¡Yo estaba allí! —gritó Octavian—. ¡Lo vi con mis propios ojos!

El Argo II devolvió el fuego. Los legionarios del campo se apartaron mientras una de sus catapultas era destrozada.

—¿Veis? —gritó Octavian—. ¡Romanos, matad a los invasores!

Annabeth gritó, frustrada. No había más tiempo para hacer ver la verdad a nadie. La tripulación del Campamento Mestizo era superada en número cien a uno, y aunque si Octavian se las había arreglado para hacer algún tipo de truco (lo que creía más normal), nunca serían capaces de convencer a los romanos antes de que ser vencidos y asesinados.

—Tenemos que irnos—le dijo a Percy—. Ahora.

Asintió.

—Hazel, Frank, tenéis que elegir. ¿Venís?

Hazel parecía aterrorizada, pero se puso su casco de caballería.

—Por supuesto que sí. Pero nunca llegaréis hasta el barco si no os damos un poco de tiempo.

—¿Cómo? —preguntó Annabeth.

Hazel silbó. Al instante, un borrón de color beige cruzó el foro. Un caballo majestuoso se materializó cerca de la fuente. Relinchó, haciendo apartar a la masa. Hazel se subió a su espalda como si hubiera nacido para cabalgar. Atada a la silla de montar había una espada romana. Hazel desenfundó su hoja dorada.

—Enviadme un mensaje Iris cuando estéis a salvo, lejos de aquí y nos reencontraremos— dijo—. ¡Arión, arre!

El caballo corrió a través de la multitud con una velocidad increíble, empujando a los romanos y causando el pánico entre el gentío.

Annabeth sintió un brillo de esperanza. Quizá pudieran salir de allí con vida. Entonces, a mitad de camino del foro, oyó un grito de Jason.

—¡Romanos! —gritó— ¡Por favor!

Él y Piper estaban siendo apedreados con platos y piedras. Jason intentó proteger a Piper, pero un ladrillo le dio en la frente. Se derrumbó y la multitud se le vino encima.

—¡RETROCEDED! —gritó Piper. Su hechizo oral hizo que toda la masa retrocediera, haciéndoles vacilar, pero Annabeth sabía que el efecto no duraría demasiado. Percy y ella no llegarían a ellos a tiempo de ayudarles.

—Frank—dijo Percy—, depende de ti. ¿Puedes ayudarles?

Annabeth no entendía cómo Frank podía hacerlo él solo, pero él tragó saliva, nervioso.

—Oh, dioses—murmuró—. Vale, claro. Subid por las cuerdas. Ahora.

Percy y Annabeth subieron por la escalerilla. Octavian seguía colgando del final, pero Percy le cogió por la capa y le lanzó a la masa.

Comenzaron a subir mientras un montón de legionarios armados inundaban el foro. Las flechas pasaban zumbando cerca de la cara de Annabeth. Una explosión casi la dejó sin sentido y la hizo caer de la escalerilla. A mitad de camino, oyó un rugido por debajo de ella y miró hacia abajo.

Los romanos gritaron y salieron corriendo mientras un dragón gigantesco atacaba el foro, una bestia incluso más terrorífica que el mástil de proa con forma de dragón de bronce en el Argo II. Tenía una dura piel gris como un dragón de Komodo y unas alas de murciélago. Las flechas y las rocas le impactaban sin efecto alguno mientras bajaba hacia Piper y Jason, agarrándoles con sus garras delanteras, y les cargó por el aire.

—¿Ese es...?—Annabeth no pudo ni decirlo.

—Frank—confirmó Percy, unos metros por encima de ellos—. Tiene unos cuantos talentos ocultos.

—Entendido—murmuró Annabeth—. ¡Sigue subiendo!

Sin el dragón y el caballo de Hazel distraendo a los arqueros, nunca habrían llegado a lo alto de la escalerilla, pasaron por una hilera de remos aéreos rotos y llegaron a bordo. La jarcia estaba en llamas. El trinquete estaba partido por la mitad y el barco estaba virado ligeramente hacia estribor.

No había ninguna señal del entrenador Hedge, pero Leo estaba en medio de cubierta, recargando la ballesta tranquilamente. Annabeth se atragantó, aterrorizada.

—¡Leo! —gritó—. ¿Qué estás haciendo?

—Destruirles...—miró a Annabeth. Sus ojos eran vidriosos. Sus movimientos eran robóticos—. Destruirles a todos...

Se giró hacia la ballesta, pero Percy le placó. La cabeza de Leo golpeó con fuerza la cubierta, y sus ojos se pusieron en blanco.

El dragón gris planeó y se quedó a la vista. Rodeó el barco y aterrizó en proa, dejando a Jason y a Piper, que se derrumbaron.

—¡Vamos! —gritó Percy—. ¡Sácanos de aquí!

De golpe, Annabeth se dio cuenta de que le hablaba a ella. Corrió al timón. Cometió el error de mirar por encima del pasamanos y vio legionarios armados formando filas en el foro, preparando flechas en llamas. Hazel espoleó a Arión, y salieron de la ciudad con una masa persiguiéndoles. Más catapultas fueron colocadas en fila para atacar. Por toda la línea pomeriana, las estatuas de Término brillaban de color morado, como si estuviera cargando energía para algún tipo de ataque.

Annabeth miró los controles. Maldijo a Leo por hacerlos tan complicados. No había tiempo para maniobras, pero sí que conocía una orden básica: Arriba.

Agarró el controlador de aviación y lo empujó hacia atrás. El barco entero rugió. Proa se inclinó en un ángulo aterrador. Las amarras chasquearon y el Argo II salió disparado hacia las nubes.



## Capítulo V

### Leo

LEO DESEÓ HABER PODIDO INVENTAR una máquina del tiempo. Habría vuelto dos horas atrás y deshacer todo lo que había pasado. O por lo contrario, habría inventado una máquina de pegarle en la cara a Leo para castigarse a sí mismo, a pesar de que dudó de si dolería tanto como la mirada que Annabeth le lanzaba.

—Repítemelo de nuevo—dijo—. Exactamente, ¿qué ha pasado?

Leo se desplomó contra el mástil. Le seguía doliendo la cabeza de habérsela golpeado contra la cubierta. A su alrededor, su bonito barco era un caos. Las ballestas en popa eran montones de astillas. El trinquete estaba destrozado. Las antenas parabólicas que otorgaban de Internet y televisión al barco estaban fundidas, lo que había hecho al entrenador Hedge enloquecer. El mascarón de proa con la forma de la cabeza de su dragón metálico, Festus, tosía humo como si fuera una pelota llena de polvo, y Leo podía decir que por los crujidos de babor que algunos de los remos aéreos habían sido desalineados o rotos por completo, lo que explicaba que el barco estuviera escorado y estremeciéndose mientras volaba, el pitido del motor sonaba como una locomotora asmática.

Leo ahogó un sollozo.

—No lo sé. Está borroso.

Había demasiada gente mirándole: Annabeth (Leo odiaba hacerla enfadar; aquella chica le daba miedo), el entrenador Hedge con sus peludas patas de cabra, su polo naranja y bate de beisbol (¿tenía que llevarlo a todas partes?) y el recién llegado, Frank.

Leo no estaba seguro de qué hacer con Frank. Parecía un luchador de sumo jovencísimo, aunque Leo no era lo suficientemente estúpido como para decirlo en voz alta. La memoria de Leo era difusa, pero mientras había estado consciente a medias, estaba bastante seguro de haber visto un dragón aterrizar en el barco, un dragón que se había convertido en Frank.

Annabeth se cruzó de brazos.

—¿Quieres decir que no te acuerdas?

—Yo...—Leo se sintió como si intentara tragar mármol—. Me acuerdo, pero es como si me viera a mí mismo hacer las cosas. No podía controlarlo.

El entrenador Hedge daba golpecitos con su bate contra cubierta. Vestido con su ropa de deporte, con su gorra por encima de sus cuernos, parecía el mismo de la Escuela de la Salvajería, donde había pasado un año en cubierto como profesor de Educación Física de Jason, Piper y Leo. La forma en la que el viejo sátiro tenía el ceño fruncido, Leo casi estuvo a punto de pensar que el entrenador le iba a ordenar hacer flexiones.

—Mira, chico—dijo Hedge—, destrozaste algunas cosas. Atacaste a los romanos. ¡Maravilloso! ¡Excelente! ¿Pero has atascado nuestros canales por satélite? Estaba viendo un combate de lucha libre en una jaula.

—Entrenador—dijo Annabeth—, ¿por qué no va a asegurarse de que todos los incendios están apagados?

—Pero si lo acabo de hacer.

—Hazlo de nuevo.

El sátiro se alejó trotando, murmurando cosas. Incluso Hedge no era lo suficientemente loco como para desafiar a Annabeth.

Ella se arrodilló junto a Leo. Sus ojos grises eran tan duros como unos rodamientos metálicos. Su pelo rubio le caía por sus hombros, pero Leo no la encontraba atractiva. No tenía ni idea de dónde venían los estereotipos de las rubias tontas. Desde que conoció a Annabeth en el Gran Cañón el último invierno, cuando se le acercó con aquella expresión de “Dame a Percy Jackson o muere”, Leo pensó que las rubias eran más listas y más peligrosas de lo que se piensa normalmente.

—Leo—dijo, con calma—, ¿te engañó Octavian de alguna manera? ¿Te tendió una trampa o...?

—No—Leo podría haber mentido y haber culpado al estúpido romano, pero no quería empeorar la situación—. El chico era un capullo, pero no disparó al campamento. Yo lo hice.

El chico nuevo, Frank, frunció el ceño.

—¿A propósito?

—¡No! —Leo entrecerró los ojos—. Bueno, sí... me refiero, no quería hacerlo. Pero al mismo tiempo, me sentí como si lo quisiera. Algo me hizo hacerlo. Tuve una sensación de frío en mi interior...

—Una sensación de frío...—el tono de Annabeth cambió. Sonaba casi... asustada.

—Sí—dijo Leo—. ¿Por qué?

De debajo de la cubierta, Percy llamó:

—Annabeth, te necesitamos.

Oh, dioses, pensó Leo. Por favor que Jason esté bien.

En cuando llegaron a bordo, Piper se había llevado a Jason al interior. El corte en su frente tenía muy mala pinta. Leo conocía a Jason más que nadie en el Campamento Mestizo. Era su mejor amigo. Si Jason no sobrevivía...

—Estará bien—la expresión de Annabeth se suavizó—. Frank, ahora vuelvo. Vigila a Leo, por favor.

Frank asintió.

Si era posible que Leo se sintiera peor, lo consiguió. Ahora Annabeth confiaba en un semidiós romano que había conocido hacía tres segundos más que en Leo.

Una vez se hubo ido, Leo y Frank se miraron el uno al otro. El tipo grande parecía extraño en su toga hecha con sábanas, con su jersey con capucha y sus tejanos, y su arco y su carcaj de la armería del barco colgando de su hombro. Leo recordó cuando conoció a las cazadoras de Artemisa, un grupo de ágiles y monas jovencitas con ropas plateadas, todas armadas con arcos. Se imaginó a Frank correteando por ahí con ellas. La idea era tan ridícula, que casi le hizo sentirse mejor.

—Así que...—dijo Frank—, ¿no te llamas Sammy?

Leo frunció el ceño.

—¿Qué tipo de pregunta es esa?

—Nada—dijo Frank, rápidamente—. Yo solo... nada. Sobre lo de bombardear el campamento... Octavian podría estar detrás de ello, digamos, mágicamente o algo. No quería que los romanos nos lleváramos bien con vosotros, chicos.

Leo quería creer aquello. Le agradecía a aquél chico que no le odiara. Pero sabía que no había sido Octavian. Leo había caminado hasta la ballesta y había comenzado a disparar. Necesitaba hacer algo productivo. Sus manos necesitaban trabajar.

—Mira—dijo—, tendría que hablar con Festus y tener un informe de daños. ¿Te importaría...?

Frank le ayudó a levantarse.

—¿Quién es Festus?

—Mi amigo—dijo Leo—. Y tampoco se llama Sammy, por si te lo preguntabas. Vamos. Te lo presentaré.

Afortunadamente el dragón de bronce no estaba dañado. Bueno, a parte del hecho de que el último invierno había perdido todo menos su cabeza, pero Leo no contaba eso.

Cuando llegaron a la proa del barco, el mástil de proa se giró ciento ochenta grados para mirarles. Frank gritó y retrocedió.

—¡Está vivo! —dijo.

Leo se habría reído si no se encontrara tan mal.

—Sí. Frank, este es Festus. Solía ser un dragón de bronce completo, pero tuvimos un accidente.

—Tú tienes un montón de accidentes—notó Frank.

—Bueno, algunos no podemos convertirnos en dragones, por lo que tuve que construirme el mío propio—Leo levantó las cejas y miró a Frank—. De todas maneras, le reviví en forma de mascarón de proa. Es como el punto de contacto con el barco. ¿Cómo van las cosas, Festus?

Festus bufó humo e hizo una serie de sonidos chirriantes y crujidos. Durante los últimos meses, Leo había aprendido a interpretar el lenguaje de las máquinas. Otros semidioses podían entender latín o griego. Leo podía hablar Crac y Clang.

—Uf—dijo Leo—. Podría ser peor, pero el casco está dañado en varios lugares. Los remos aéreos tienen que ser reparados antes de poder ir a toda velocidad. Necesitamos materiales de reparación: bronce celestial, brea, cal...

—¿Para qué necesitas sal?

—Tío, cal. Carbonato de calcio, usado en el cemento y en un montón de... Ah, bueno, da igual. La cosa es, que el barco no va a ir muy lejos si no podemos repararlo.

Festus hizo otro sonido metálico que Leo no reconoció. Sonaba como Ey-Zel.

—Ah, Hazel—describió—. Esa es la chica del pelo rizado, ¿verdad?

Frank tragó saliva.

—¿Está bien?

—Sí, está bien—dijo Leo—. Según Festus, su caballo corre por debajo de nosotros. Nos sigue.

—Tenemos que aterrizar, entonces—dijo Frank.

Leo le estudió.

—¿Ella es tu novia?

Frank se mordió el labio.

—Sí.

—No sueñas seguro.

—Sí. Sí, definitivamente. Estoy seguro.

Leo levantó las manos.

—Vale, de acuerdo. El problema es que nosotros sólo podemos apañar un solo aterrizaje. La forma en la que están el casco y los remos, no seremos capaces de despegar de nuevo hasta que lo hayamos reparado, así que tendremos que asegurarnos de que aterricemos en algún lugar con las herramientas adecuadas.

Frank se rascó la cabeza.

—¿De dónde obtienes el bronce celestial? No puedes ir a cualquier tienda y pedirlo.

—Festus, haz un escaneo.

—¿Puede escanear en busca de bronce mágico? —se maravilló Frank—. ¿Hay algo que no pueda hacer?

Leo pensó: Deberías haberle visto cuando tenía el cuerpo entero. Pero no dijo nada. Era demasiado doloroso, recordar la forma en la que Festus era antes.

Leo se asomó por encima de la proa del barco. El valle de Central California pasaba por debajo de ellos. Leo no tenía muchas esperanzas de que encontrarán lo que necesitaban en un solo lugar, pero tenían que intentarlo. Leo también quería alejarse todo lo posible de Nueva Roma. El Argo II podía cubrir varias distancias en poco tiempo, gracias a su motor mágico, pero Leo se preguntó si los romanos tendrían otros métodos de viaje mágico.

Detrás de él, las escaleras crujieron. Percy y Annabeth subieron, con caras de desaliento. El corazón de Leo le dio un vuelco.

—¿Jason está...?

—Estás descansando—dijo Annabeth—. Piper sigue vigilándole, pero debería de estar bien.

Percy le lanzó una mirada severa.

—Annabeth dice que tú disparaste la ballesta.

—Tío, yo... no entiendo cómo sucedió. Lo siento mucho...

—¿LO SIENTES? —gruñó Percy.

Annabeth puso una mano sobre el pecho de su novio.

—Lo averiguaremos más adelante. Ahora mismo, tenemos que reagruparnos y hacer un plan. ¿Cuál es la situación del barco?

Las piernas de Leo le temblaron. La forma en la que Percy le había mirado le hizo sentir de la misma manera que cuando Jason convocaba relámpagos. La piel de Leo se puso de punta, y todos los instintos de su cuerpo gritaban: ¡ESQUIVA!

Le habló a Annabeth sobre los daños y las cosas que necesitaban. Al menos se sintió mejor hablando sobre algo reparable. Se estaba lamentando de la escasez de bronce celestial cuando Festus comenzó a zumbar y crujir.

—Perfecto—suspiró Leo, aliviado.

—¿Qué es perfecto? —dijo Annabeth—. Nos vendría bastante bien algo perfecto ahora mismo.

Leo consiguió sonreír.

—Todo lo que necesitamos en un único lugar. Frank, ¿por qué no te conviertes en un pájaro o algo? Baja volando y dile a tu novia que nos encontraremos en el gran Lago Salado de Utah.

Una vez llegaron allí, no fue un aterrizaje cómodo. Con los remos dañados y el trinquete roto, Leo pudo controlar un descenso a duras penas. Los otros se aseguraron en el interior de cubierta, excepto por el entrenador Hedge, que insistió en colgarse del pasamanos, gritando:

—¡VAMOS! ¡DÁNOSLO TODO, LAGO!

Leo estuvo de pie en popa, solo en el timón, y apuntó tan bien como pudo.

Festus chirrió y zumbó señales de advertencia, que eran comunicadas por un interfono al puesto de mando.

—Lo sé, lo sé—decía Leo, apretando sus dientes.

No tuvo mucho tiempo para apreciar el paisaje. Al sudeste, una ciudad se acurrucaba en la falta de una sierra, bañada de azul y morado con las luces del atardecer. Un paisaje de un llano desértico se extendía hacia el sud. Directamente debajo de ellos el gran Lago Salado brillaba como una lámina de aluminio, con la línea de la costa bañada de pantanos de sal blanca que a Leo le recordaban las fotos aéreas de Marte.

—¡Espere, entrenador! —gritó—. ¡Eso va a doler!

—¡Yo nací para el dolor!

¡BUM! Una oleada de agua salada bañó la proa, empapando al entrenador. El Argo II escoró peligrosamente hacia estribor, entonces se irguió él solo y atracó en la superficie del lago. La maquinaria zumbaba mientras las hojas aéreas que seguían funcionando cambiaban al modo náutico.

Tres bancos de remos robóticos se introdujeron en el agua y comenzaron a llevarle hacia adelante.

—Buen trabajo, Festus—dijo Leo—. Llévanos hacia la costa sud.

—¡Sí! —el entrenador Hedge agitaba sus puños en el aire. Estaba empapado de cuernos a pezuñas, pero sonreía como una cabra loca.

—¡Hazlo de nuevo!

—Eh... quizá después—dijo Leo—. Mantente en cubierta, ¿vale? Puedes vigilar, en caso de que, ya sabes, el lago decida atacarnos o algo.

—Pues claro—prometió Hedge.

Leo hizo sonar la campana de “Todo seguro” y fue hacia las escaleras. Antes de que llegara, un sonido de clop, clop, clop golpeó el casco. Un semental moreno apareció en cubierta con Hazel Levesque a su espalda.

—¿Cómo...?—la pregunta murió en la garganta de Leo—. ¡Estamos en medio del lago! ¿Esta cosa puede volar?

El caballo relinchó, furioso.

—Arión no puede volar—dijo Hazel—. Pero puede correr a través de casi cualquier cosa. Agua, superficies verticales, pequeñas montañas, nada de eso le importa.

—Oh.

Hazel le miraba, extrañada, igual que durante el festival en el foro, como si estuviera buscando algo en su cara. Estuvo a punto de preguntar si se habían conocido antes, pero estaba seguro de que no. Se acordaría de una chica que le prestaba tanta atención. Eso no sucedía demasiado.

Es la novia de Frank, se recordó a sí mismo.

Frank seguía abajo, pero Leo deseó que el grandullón subiera a cubierta. La forma en la que Hazel estudiaba la cara de Leo le hacía sentirse incómodo.

El entrenador Hedge se acercó con el bate de beisbol alzado, mirando al caballo mágico de manera sospechosa.

—Valdez, ¿esto cuenta como invasión?

—¡No! —dijo Leo—. Eh, Hazel, será mejor que vengas conmigo. He construido un establo bajo cubierta, si Arión quiere...

—El es un espíritu libre—Hazel desató la silla de montar—. Pastará alrededor del lago hasta que le llame. Pero quiero ver el barco. Guíame.

El Argo II estaba diseñado igual que un antiguo trirreme, lo único que era el doble de grande. La primera cubierta tenía un pasillo central con camarotes para la tripulación a cada lado. En un trirreme normal, la mayor parte del espacio habría sido ocupada por tres hileras de barcos para unos cuantos cientos de tipos sudorosos que harían el trabajo manual, pero los remos de Leo eran autómatas y retractables, por lo que ocupaban muy poco espacio dentro del casco. El poder del barco venía de la sala de máquinas en la segunda cubierta, en la que también había el almacén, los establos y la enfermería.

Leo la guió por la escalera principal. Había construido el barco con ocho camarotes, siete para los semidioses de la profecía, y una habitación para el entrenador Hedge (en serio, ¿de verdad que Quirón le consideraba un responsable adulto?). En popa, había una sala de estar, que era donde iba Leo.

De camino, pasaron por la habitación de Jason. La puerta estaba abierta. Piper estaba sentada junto a la litera, sujetando la mano de Jason mientras él roncaba con una bolsa de hielo en su frente.

Piper miró a Leo. Puso un dedo en sus labios para pedir silencio, pero no parecía enfadada. Eso era algo. Leo intentó ocultar su culpa y siguieron caminando. Cuando llegaron a la sala de estar, se encontraron con los demás: Percy, Annabeth y Frank, sentados y desalentados alrededor de la mesa.

Leo había hecho la sala lo más acogedora posible, ya que supuso que pasarían mucho tiempo allí. El armario estaba lleno de tazas y platos mágicos del Campamento Mestizo, que se llenarían con cualquier comida o bebida que pidieras. Había también un cofre de hielo mágico con latas de refresco, perfecto para hacer picnics en la costa. Las sillas eran acolchadas y reclinables con masaje de dedos, cascos instalados, y una espada y sujeta-bebidas para todas las necesidades de todo el semidiós que se sentara en ella. No habían ventanas, pero las paredes estaban encantadas para mostrar imágenes a tiempo real del Campamento Mestizo: la playa, el bosque, los campos de fresas, a pesar de que ahora Leo se preguntaba si esto traería morriña más que alegría a la gente.

Percy tenía la mirada perdida en un atardecer con la colina Mestiza en él, donde el vellocino de oro brillaba en las ramas del alto pino en lo alto de la colina.

—Así que hemos aterrizado—dijo Percy—. ¿Ahora qué?

Frank tensó la cuerda de su arco.

—¿Descubrir qué quería decir la profecía? Me refiero... era una profecía lo que Ella dijo, ¿vale? Del libro de la Sibila.

—¿El qué? —preguntó Leo.

Frank explicó cómo su amiga harpía era buena memorizando libros. En algún punto del pasado, había leído una colección de profecías antiguas que se supone que se destruyeron con la caída de Roma.

—Es por eso por lo que no se lo dijisteis a los romanos—supuso Leo—. No queréis que la capturen.

Percy siguió mirando la imagen de la colina Mestiza.

—Ella es sensible. Era una captiva cuando la encontramos. Yo sólo no quise que...—apretó el puño—. Eso no importa ahora. Le he enviado un mensaje Iris a Tyson y le he dicho que lleve a Ella al Campamento Mestizo. Estarán seguros allí. Leo dudó de que si alguno de ellos estuvieran seguros, ahora que había enardecido un campamento de romanos cabreados además de ya tener bastantes problemas con Gea y los gigantes, pero se quedó callado.

Annabeth cruzó sus dedos.

—Dejadme pensar acerca de la profecía... pero ahora mismo tenemos más problemas inmediatos. Tenemos que arreglar el barco, Leo, ¿qué necesitamos?



—Lo más fácil es la brea—Leo se alegró de cambiar el tema de la conversación—. Podemos obtenerlo en la ciudad, en una tienda de suministros o algún lugar parecido. Además, necesitamos bronce celestial y cal. Según Festus, podemos encontrar ambos en esa isla en el lago, al oeste de aquí.

—Tenemos que darnos prisa—advirtió Hazel—. Conozco a Octavian y sé que nos está buscando con sus augurios. Los romanos enviarán una legión detrás de nosotros. Es cuestión de honor.

Leo se sintió observado por todos.

—Chicos... no sé qué ha pasado. De verdad, yo...

Annabeth levantó su mano.

—Hemos estado hablando. Estamos de acuerdo en que no has podido ser tú, Leo. Esa sensación fría de la que hablaste... Yo también la he sentido. Debe de haber sido algún tipo de magia, o bien Octavian o Gea o alguno de sus subalternos. Pero hasta que entendamos lo que ha pasado...

Frank resopló.

—¿Cómo podemos estar seguros de que no volverá a pasar?

Los dedos de Leo se calentaron de tal manera que parecía que estuvieran manipulando fuego. Uno de sus poderes como hijo de Hefesto era que podía controlar el fuego a su voluntad; pero tenía que tener cuidado de no hacerlo por accidente, especialmente en un barco lleno de explosivos y artefactos inflamables.

—Estoy bien—insistió, a pesar de que deseó estar seguro—. Quizá podamos usar el truco del compañero. Nadie va solo a ninguna parte. Podemos dejar a Piper y al entrenador Hedge a bordo con Jason. Y enviamos un equipo a la ciudad a por brea. Otro equipo puede ir a por el bronce y la cal.

—¿Separarnos? —dijo Percy—. Eso suena realmente mal.

—Iremos rápido—dijo Hazel—. Además, hay una razón por la que las misiones están normalmente limitadas a tres semidioses, ¿verdad?

Annabeth alzó las cejas, como si estuviera revaluando los méritos de Hazel.

—Tienes razón. Por la misma razón por la que necesitamos el Argo II... en el exterior del campamento, siete semidioses en un mismo lugar atraerían demasiado la atención de los monstruos. El barco está diseñado para ocultarnos y protegernos. Deberíamos bastante seguros a bordo; pero si vamos de excursión, no deberíamos viajar en grupos más grandes que tres personas. No tiene sentido que alertemos a más subalternos de Gea de los que sea necesario.

Percy seguía sin parecer feliz con ello, pero agarró la mano de Annabeth.

—Tú mientras seas mi compañera, estaré bien.

Hazel sonrió.

—Oh, eso es fácil. Frank, has estado increíble, al convertirte en un dragón. ¿Podrías hacerlo de nuevo y llevar volando a Annabeth y a Percy hacia la ciudad a por la brea?

Frank abrió su boca como si quisiera protestar.

—Su...supongo. ¿Pero qué hay de ti?

—Yo montaré a Arión junto a Sa... con Leo—daba golpecitos en el mango de su espada, lo que le hacía sentir incómodo a Leo. Ella era incluso más nerviosa que él—. Conseguiremos el bronce y la cal. Podemos encontrarnos todos aquí cuando se haga oscuro.

Frank frunció el ceño. Obviamente, no le gustaba la idea de que Leo fuera con Hazel. Por alguna razón, la desaprobación de Frank hizo que Leo quisiera ir. Tenía que demostrar que merecía la pena confiar en él. No iba a comenzar a disparar ballestas al azar de nuevo.

—Leo—dijo Annabeth—, si conseguimos los suministros, ¿cuánto tardaremos en reparar al barco?

—Con suerte, un par de horas.

—De acuerdo—decidió—. Nos encontraremos de nuevo lo antes posible, pero manteneos a salvo. A ver si podemos usar esa suerte. Aunque eso no significa que las tengamos todas de nuestro lado.

## Capítulo VI

### Leo

CABALGAR ARIÓN FUE LO MEJOR que le había pasado a Leo en todo el día, algo que no era demasiado, ya que su día había sido horrible. Las pezuñas del caballo convertían la superficie del lago en niebla salada. Leo puso su mano sobre el costado del caballo y sintió los músculos trabajando como una máquina bien engrasada. Por primera vez, entendió por qué los motores de los coches se medían por caballos. Arión era un Maserati de cuatro patas.

Delante de ellos había una isla, una línea de arena tan blanca, que podría haber sido una tabla de pura sal. Detrás se alzaba una expansión de dunas de hierba y rocas erosionadas.

Leo estaba sentado detrás de Hazel, un brazo alrededor de su cintura. El contacto le hacía sentir un poco incómodo, pero era la única forma de mantenerse a bordo (o lo que fuera que lo llamaran encima de un caballo).

Antes de que se fuera, Percy le había apartado para contarle la historia de Hazel. Percy hizo que sonara como si le estuviera haciendo un favor a Leo, pero entre líneas pudo leer “Si le haces algo a mi amiga, te daré de comer personalmente a un gigantesco tiburón blanco”.

Según Percy, Hazel era hija de Plutón. Había muerto en 1940 y había sido devuelta a la vida hacía unos meses. Leo encontró aquello difícil de creer. Hazel parecía tan cálida y bastante viva, no como los fantasmas o otras formas revividas con las que había tratado.

También parecía ser buena con la gente, no como Leo, que se sentía más cómodo con las máquinas. ¿Pero seres vivos, como caballos y chicas? No tenía idea de cómo hacerlos funcionar.

Hazel también era la novia de Frank, así que Leo debía mantener distancias. Aún así, su pelo olía tan bien, y cabalgar con ella le hacía acelerar su corazón contra su voluntad. Tenía que ser la velocidad del caballo.

Arión irrumpió en la playa. Pisó fuertemente sus pezuñas y relinchó, triunfante, como el entrenador Hedge gritando en un campo de batalla. Hazel y Leo desmontaron y Arión pifó la arena.

—Necesita comer—explicó Hazel—. Le gusta el oro, pero...

—¿Oro? —preguntó Leo.

—Se contentará con la hierba. Vamos, Arión. Gracias por el viaje. Ya te llamaré.

Y así, el caballo se fue, nada más que una estela de humo por el lago.

—Un caballo rápido—dijo Leo—, y caro de alimentar.

—No demasiado—dijo Hazel—. Se me da bien el oro.

Leo alzó las cejas.

—¿Cómo puede dársete bien el oro? Por favor dime que no estás emparentada con el Rey Midas. No me gusta ese tipo.

Hazel apretó sus labios, como si se arrepintiera de sacar el tema.

—No importa.

Eso le hizo sentir más curiosidad a Leo, pero decidió que sería mejor no presionarla. Se arrodilló y agarró con la mano un puñado de arena blanca.

—Bueno, un problema arreglado, de cualquier manera. Esto es cal.

Hazel frunció el ceño.

—¿La playa entera?

—Sí. ¿Ves? Los granos son perfectamente redondos. No es realmente arena. Es carbonato de calcio—Leo sacó una bolsita de plástico de su cinturón de herramientas y cavó su mano en la cal.

De repente se quedó muy quieto. Recordó todas las veces que la diosa de la tierra Gea se le había aparecido en el suelo: su cara durmiente hecha de polvo o arena o tierra. Le

encantaba provocarle. Se la imaginó con los ojos cerrados y su sonrisa durmiente arremolinándose en el calcio.

“Aléjate, pequeño héroe” dijo Gea. “Sin ti, el barco no puede repararse”.

—¿Leo? —preguntó Hazel—. ¿Estás bien?

Respiró entrecortadamente. Gea no estaba allí. Comenzaba a imaginarse cosas.

—Sí—dijo—. Estoy bien.

Comenzó a llenar la bolsa. Hazel se arrodilló a su lado y le ayudó.

—Deberíamos haber traído un cubo y unas palas.

La idea le alegró a Leo. Incluso sonrió.

—Podríamos haber hecho un castillo de arena.

—Un castillo de cal.

Sus ojos se encontraron por un segundo demasiado largo.

Hazel apartó la mirada.

—Te pareces mucho a...

—¿Sammy? —supuso Leo.

Se cayó de espaldas.

—¿Lo sabes?

—No tengo ni idea de quién es Sammy. Pero Frank me preguntó si estaba seguro de que ese era mi nombre.

—¿Y no lo es?

—¡No! ¡Caray!

—¿No tienes ningún hermano gemelo...?—se detuvo Hazel—. ¿Tu familia es Nueva Orleans?

—No. Houston. ¿Por qué? ¿Sammy es un chico al que conocías?

—Yo... no es nada. Te pareces mucho a él.

Leo supo que ella estaba aún más avergonzada. Pero si Hazel era una chica del pasado, eso significaba que Sammy también era de 1940. Y si eso fuera cierto, ¿cómo podía Frank saber del chico? ¿Y por qué Hazel podría creer que él era Sammy, todas esas décadas después?

Acabaron de llenar la bolsa en silencio. Leo la metió en su cinturón de herramientas y la bolsa se desvaneció, sin peso, sin volumen, sin ocupar espacio, a pesar de que Leo sabía que estaría ahí en cuanto él alargara el brazo. Todo lo que pudiera caber en sus bolsillos, Leo lo guardaría en ellos. Le encantaba aquél cinturón. Deseó que sus bolsillos fueran más grandes para que pudiera caber una sierra eléctrica o quizá un bazooka.

Se puso de pie y oteó la isla, dunas de color blanco, parterres de hierba, rocas con sal incrustada como si fuera hielo.

—Festus ha dicho que había bronce celestial por aquí cerca, pero no estoy seguro de dónde...

—Por ahí—Hazel señaló a la playa—. A unos cien metros.

—¿Cómo has...?

—Metales preciosos—dijo Hazel—. Es algo de Plutón.

Leo recordó lo que le había dicho sobre que se le daba bien el oro.

—Un talento útil. Tú la llevas, señorita Detector de Metales.

El sol comenzaba a ponerse. El cielo se convirtió en una extraña mezcla de morado y amarillo. En otro momento, Leo habría disfrutado de un paseo por la playa con una chica guapa, pero cuanto más caminaban, Leo se volvía más tenso. Finalmente Hazel se giró hacia el interior de la isla.

—¿Estás segura de que es una buena idea? —preguntó.

—Estamos cerca—le prometió ella—. Vamos.

Por encima de las dunas, vieron a la mujer.

Estaba sentada en una roca en medio de un campo de hierba. Una moto negra y metálica estaba aparcada cerca de allí, pero cada una de las ruedas tenía un gran triángulo arrancado de las llantas, por lo que parecían Pac-Mans. No era posible de que aquella moto fuera conducible en aquellas condiciones.

La mujer tenía el pelo negro y rizado y una cara huesuda. Vestía unos pantalones de motorista negros de cuero, unas botas altas de cuero, una chaqueta de cuero del color de la sangre, parecía sacada de un videoclip de Michael Jackson. Alrededor de sus pies, el suelo estaba lleno de lo que parecían las conchas de ostras rotas. Estaba encorvada, sacando nuevas de una bolsa y abriéndolas. ¿Chupando ostras? Leo no estaba seguro de que hubiera ostras en el Gran Lago Salado. No lo creía.

No tuvo ninguna prisa por acercarse a ella. Había tenido malas experiencias con mujeres extrañas. Su antigua niñera, la Tía Callida, resultó ser Hera y tenía la molesta costumbre de cambiarle los pañales en una chimenea encendida. La diosa de la tierra Gea había matado a su madre en el incendio de su taller cuando Leo tenía ocho años. La diosa de la nieve Quíone había intentando convertirle en una bonita estatua de hielo en Sonoma.

Pero Hazel caminó hacia ella, por lo que no tuvo más opción que seguirla.

Mientras se acercaban, Leo notó algunos detalles molestos. Atado al cinturón de la mujer había un látigo doblado. Su chaqueta de cuero rojo tenía un sutil diseño en él, ramas rotas de un manzano con pájaros esqueléticos. Las ostras que estaba chupando eran en realidad galletas de la fortuna.

Un montón de galletas rotas descansaban por todas partes a su alrededor. Seguía sacando nuevas de su bolsa, abriéndolas, y leyendo la fortuna. La mayor parte las rechazaba. Unas pocas la hacían murmurar, enfadada. Repasaba las letras sobre la tira

de papel como si intentara emborronarla, entonces repararía la galleta mágicamente y las dejaba en una cesta cercana.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Leo antes de que pudiera detenerse.

La mujer levantó la cara. Los pulmones de Leo se llenaron tan rápidamente, que creyó que iban a explotar.

—¿Tía Rosa? —preguntó.

No tenía sentido, pero aquella mujer parecía su tía. Tenía la misma nariz ancha con un lunar a un lado, la misma expresión de asco y los ojos oscuros. Pero no podía ser Rosa. Nunca vestiría ropas como aquellas, y ella seguía allí en Houston, por lo que sabía Leo. No estaría abriendo galletas de la fortuna en medio del Gran Lago Salado de Utah.

—¿Eso es lo que ves? —preguntó la mujer—. Interesante. ¿Y tú, Hazel, querida?

—¿Cómo has...?—Hazel retrocedió, alarmada—. Tú... tú pareces la señorita Leer. Mi profesora de tercero. Te odiaba.

La mujer se rió socarronamente.

—Excelente. ¿Tienes resentimiento con ella, eh? ¿Te juzgó injustamente?

—Tú, ella me golpeó los dedos contra el escritorio por portarme mal—dijo Hazel—. Llamó a mi madre una bruja. Me culpó por todo lo que no hice y... No. Ella tiene que estar muerta. ¿Quién eres tú?

—Oh, Leo lo sabe—dijo la mujer—. ¿Cómo te sientes contra la tía Rosa, mijo?

Mijo. Así era como la madre de Leo siempre le había llamado. Después de que su madre muriera, Rosa había renegado de Leo. Le había llamado hijo endemoniado. Le había culpado del incendio que había matado a su hermana. Rosa había vuelto su familia en contra de él y le había abandonado, convirtiéndole en un huérfano enclenque de ocho años, a merced de los servicios sociales. Leo había ido de una casa de acogida a otra hasta que finalmente encontró un hogar en el Campamento Mestizo. Leo no odiaba demasiada gente, pero después de todos aquellos años. La cara de la tía Rosa le hacía hervir la sangre lleno de resentimiento.

¿Cómo se sentía él? Quería devolvérselo. Quería venganza.

Sus ojos fueron hasta las llantas de PacMans de la moto. ¿Dónde había visto algo parecido antes? Cabaña 16, en el campamento Mestizo, el símbolo encima de la puerta era una llanta rota.

—Némesis—dijo—. Eres la diosa de la venganza.

—¿Ves? —la diosa sonrió a Hazel—. Me reconoce.

Némesis abrió otra galletita y arrugó la nariz.

—“*Tendrás mucha suerte cuando menos te lo esperes*”—leyó—. Eso exactamente el tipo de sinsentido que odio. Alguien abre una galletita, y ¡obtienen de repente una profecía

que les dice que les hará ricos! Todo es culpa de la tramposa de Tique. ¡Siempre repartiendo buena suerte a la gente que no se lo merece!

Leo miró al montón de galletitas rotas.

—Eh... ¿no son profecías de verdad? Son galletitas rellenas en alguna fábrica...

—¡No intentes excusarla! —le espetó Némesis—. Es Tique, que anima a la gente. No, no. Yo tengo que contrarrestarla. —Némesis pasó el dedo por el papel y las letras se volvieron rojas—. “*Morirás dolorosamente cuando más te lo esperes.*” ¡Ahora! Mucho mejor.

—¡Eso es terrible! —dijo Hazel—. ¿Si dejas a alguien que lea eso en su galletita de la fortuna, se hará realidad?

Némesis sonrió sarcásticamente. Era aterrador, viendo la expresión en la cara de la tía Rosa.

—Mi querida Hazel, ¿nunca has deseado cosas terribles a la señorita Leer por cómo te trató?

—¡Eso no significa que quisiera que se hicieran verdad!

—Bah—la diosa selló de nuevo la galletita y se la metió en la cesta—. Para ti, Tique es Fortuna, supongo, al ser romana. Igual que los demás, está de capa caída. En cambio, ¿yo? No estoy afectada. Me llaman Némesis en ambos lados, griego y romano. No cambio, porque la venganza es universal.

—¿De qué hablas? —preguntó Leo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Némesis abrió otra galleta.

—Números de la suerte. ¡Ridículo! ¡Ni siquiera es un pronóstico! —aplastó la galletita bajo sus pies—. En cuando a tu pregunta, Leo Valdez, los dioses están en un estado terrible. Siempre pasa cuando hay una guerra civil entre vosotros, los romanos y los griegos. Los Olímpicos están divididos entre sus dos naturalezas, llamados a ambos lados. Eso les hace ser un tanto esquizofrénicos, me temo. Dolores de cabeza y desorientación...

—Pero no estamos en guerra—insistió Leo.

—Eh, Leo—Hazel hizo una mueca—. Exceptuando el hecho de que has estado bombardeando recientemente parte de Nueva Roma.

Leo se la quedó mirando, preguntándose de qué lado estaba.

—¡No a propósito!

—Lo sé...—dijo Hazel—, pero los romanos no se dan cuenta de ello. Y nos perseguirán en busca de represalias.

Némesis se rió socarronamente.

—Leo, escucha a la chica. Se acerca la guerra. Gea nos ha llevado a ello, con tu ayuda. ¿Y a que no adivinas a quién culpan los dioses?

La boca de Leo sabía a carbonato de calcio.

—A mí.

La diosa rió.

—Bueno, no te creas el ombligo del mundo. Tú eres sólo un peón en el tablero, Leo Valdez. Me refería al jugador que ha puesto en marcha esta ridícula búsqueda, juntando a los griegos y a los romanos. Los dioses culpan a Hera, o Juno, cómo queráis. La reina de los cielos ha huido del Olimpo para escapar de la ira de su familia. ¡No esperéis mucha más ayuda de vuestra patrona!

A Leo le dolía la cabeza. Tenía sentimientos cruzados por Hera. Había estado de por medio en su vida desde que era un bebé, moldeando para servir su destino en aquella gran profecía, pero al menos había estado de su lado, más o menos. Si ahora estaba fuera de juego...

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —preguntó.

—¿Por qué? ¡Para ofreceros mi ayuda! —Némesis sonrió maliciosamente.

Leo miró a Hazel. Parecía como si le acabaran de ofrecer una serpiente gratis.

—Tu ayuda—dijo Leo.

—¡Por supuesto! —dijo la diosa—. Me encanta hacer caer a los orgullosos y a los poderosos, y no hay nadie que se lo merezca más que Gea y sus gigantes. Aún así, debo advertiros que no sufriré de éxito desmerecido. La buena suerte es una farsa. La rueda de la fortuna es un esquema de Ponzi. El éxito verdadero requiere de sacrificio.

—¿Sacrificio? —la voz de Hazel era dura—. He perdido a mi madre. He muerto y he vuelto a la vida. Ahora mi hermano está desaparecido. ¿No es suficiente sacrificio para tí? Leo se sintió identificado. Quería gritar que también había perdido a su madre. Su vida entera había sido una miseria detrás de otra. Había perdido a su dragón; Festus. Casi se había matado a sí mismo intentando construir el Argo II. Ahora había bombardeado medio campamento romano, iniciando una guerra y quizá hubiera perdido la confianza de sus amigos.

—Ahora mismo—dijo, intentando controlar su enfado—, todo lo que quiero es bronce celestial.

—Oh, eso es simple—dijo Némesis—. Está pasada esa duna. Lo encontrarás junto a los corazoncitos.

—Espera—dijo Hazel—. ¿Qué corazoncitos?

Némesis se introdujo una galleta en la boca y se la tragó, con el papel y todo.

—Ya veréis. Quizá os enseñen una lección, Hazel Levesque. La mayor parte de los héroes no pueden escapar a su naturaleza, aunque les hayan dado una segunda oportunidad—sonrió—. Y en cuanto a tu hermano Nico, no tienes demasiado tiempo. Veamos... ¿Hoy es 25 de junio? Sí, además de hoy, seis días más. Entonces morirá, junto con toda la ciudad de Roma.

Los ojos de Hazel se abrieron de par en par.



—¿Cómo...? ¿Qué...?

—Y en cuanto a ti, hijo del fuego—se giró a Leo—. Tu peor adversidad está por venir. Siempre serás un extraño, la séptima rueda. No encontrarás un lugar entre tus hermanos. Muy pronto, te enfrentarás a un problema que no podrás resolver, a pesar de que te podría ayudar... por un módico precio.

Leo olió a humo. Se dio cuenta de que sus dedos estaban en llamas, y Hazel le miraba, alarmada.

Se introdujo la mano en el bolsillo para extinguir las llamas.

—Me gusta resolver mis propios problemas.

—Muy bien—Némesis se limpió las migajas de las galletas de su chaqueta.

—Pero... ¿de qué tipo de precio estaríamos hablando?

La diosa se encogió de hombros.

—Uno de mis hijos cambió un ojo por la habilidad de marcar la diferencia en el mundo.

El estómago de Leo se revolvió.

—¿Quieres... un ojo?

—En tu caso, quizá sea mejor otro tipo de sacrificio. Pero algo igual de doloroso. Aquí. —le pasó una galleta de la fortuna sin romper—. Si necesitas una respuesta, rompe esto. Resolverá tu problema.

La mano de Leo le temblaba mientras cogía la galleta.

—¿Qué problema?

—Lo sabrás a su debido momento.

—No, gracias—dijo Leo, firmemente. Pero su mano, parecía tener vida propia, porque metió la galleta en su cinturón de herramientas.

Némesis cogió otra galleta de su bolsa y la abrió.

—“*Tendrás que reconsiderar tus elecciones próximamente*”. Oh, me gusta esta. No hacen falta que cambie nada.

Volvió a sellar la galleta y la lanzó a la cesta.

—Muy pocos dioses os podrán ayudar en esta búsqueda. La mayoría están incapacitados, y su confusión sólo irá a peor. Una cosa podrá traer unidad al Olimpo de nuevo, un viejo error finalmente vengado. Ah, de hecho, eso sería maravilloso, ¡las balanzas finalmente equilibradas! Pero eso no sucederá a no ser que aceptes mi ayuda.

—Supongo que no nos dirás de qué estás hablando—murmuró Hazel—. O por qué mi hermano Nico tiene seis días de vida. O por qué Roma va a ser destruida.

Némesis se rió. Se levantó y se colgó la bolsa de galletitas sobre el hombro.

—Oh, está todo encadenado, Hazel Levesque. Y en cuanto a mi oferta, Leo Valdez, piénsatelo. Eres un buen chico y trabajado. Podríamos hacer negocios. Pero os he

entretenido demasiado. Deberías ir a ver el estanque reflectante antes de que se vaya la luz. Mi pobre chico maldito se vuelve... nervioso cuando se hace de noche.

A Leo no le gustó cómo sonaba aquello, pero la diosa se subió a su moto. Aparentemente, era conducible, a pesar de aquellas ruedas con la forma de Pac-Man, porque Némesis encendió el motor y desapareció en una humareda oscura. Hazel se agachó. Todas las galletitas y los papeles habían desaparecido excepto por una tira de papel. La cogió y la leyó.

—*Te verás a ti misma reflejada, y tendrás razones para estar desesperada*—.

—Fantástico—dijo Leo—. Vamos a ver qué significa.

## Capítulo VII

### Leo

—¿QUIÉN ES TÍA ROSA? —PREGUNTÓ HAZEL.

Leo no quería hablar sobre ella. Las palabras de Némesis aún seguían resonando en sus oídos. Su cinturón de herramientas parecía ser más pesado desde que había metido la galleta de la fortuna: algo que era imposible. Sus bolsillos podían llevar cualquier cosa sin añadir peso extra. Incluso las cosas más frágiles nunca podrían romperse. Aún así, Leo creyó poderla sentir allí, arrastrándole, esperando a ser rota.

—Es una historia muy larga—dijo—. Me abandonó después de que mi madre muriera y me dio en acogida.

—Lo siento.

—Oh, bueno...—Leo quería cambiar de tema desesperadamente—. ¿Y tú? ¿Qué ha dicho Némesis sobre tu hermano?

Hazel parpadeó como si le hubiera entrado un poco de sal en los ojos.

—Nico... me encontró en el Inframundo. Me traje de vuelta al mundo mortal y convencí a los romanos del Campamento Júpiter para que me aceptaran. Le debo mi segunda oportunidad en la vida. Si Némesis está en lo cierto y Nico está en peligro... tengo que ayudarlo.

—Claro—dijo Leo, aunque la idea le hacía sentirse incómodo. Dudó que la diosa de la venganza diera alguna vez un consejo de todo corazón—. ¿Y qué ha dicho Némesis acerca de que tu hermano tiene seis días de vida y que Roma sería destruida? ¿Tienes alguna idea de lo que ha querido decir?

—Ninguna—admitió Hazel—. Pero tengo miedo de que...

Fuera lo que fuera lo que estuviera pensando, decidió no compartirlo. Subió por una gran roca para obtener una mejor vista. Leo intentó seguirla y perdió el equilibrio. Hazel agarró su mano. Le empujó hacia arriba y se encontraron en lo alto de la roca, agarrados por las manos, cara a cara. Los ojos de Hazel brillaban como el oro.

“El oro es fácil”, había dicho. No le parecía así a Leo, no cuando la miraba. Se preguntó quién debía ser Sammy. Leo tenía una extraña sospecha de que debería saberlo, pero que no podía colocar el nombre. Quienquiera que fuera, tenía suerte ya que Hazel se preocupaba por él.

—Eh, gracias—le soltó la mano, pero siguieron estando tan juntos que podía notar el calor de su respiración. Definitivamente no parecía una persona muerta.

—Cuando estábamos hablando con Némesis—dijo Hazel, incómoda—, tus manos... vi llamas.

—Sí—dijo—. Es un poder de Hefesto. Normalmente puedo mantenerlo bajo control.

—Oh—puso una mano protectora en su chaqueta tejana, como si estuviera a punto de cantar el himno nacional. Leo tuvo la sensación de que quería apartarse de él, pero el pedrusco era demasiado pequeño.

Genial, pensó. Otra persona que cree que soy un friki aterrador.

Él miró por la isla. La costa opuesta estaba a unos cientos de metros de allí. Entre ellos y allí habían unas dunas y montones de pedruscos, pero nada que se pareciera a un estanque reflectante.

“Siempre serás el extraño” le había dicho Némesis, “la séptima rueda. Nunca encontrarás un lugar entre tus hermanos”.

También podría haber vertido ácido sulfúrico en sus oídos. Leo no necesitaba que nadie le dijera que era el que sobraba. Se había pasado meses solo en el Búnker

9 en el Campamento Mestizo, trabajando en su barco mientras sus amigos entrenaban juntos y compartían comidas y jugaban a capturar la bandera por placer. Incluso sus dos mejores amigos, Piper y Jason, a veces le trataban como a un extraño. Desde que habían comenzado a salir, su idea de “aprovechar el tiempo” no incluía a Leo. Su otro único amigo, el dragón Festus, había quedado reducido a un mascarón de proa cuando su disco de control se destruyó en su última aventura. Leo no tenía las habilidades técnicas para repararlo.

“La séptima rueda”. Leo había oído hablar de una quinta rueda, la sobrante, una pieza inútil en un equipo. Supuso que una séptima tenía que ser aún peor.

Creyó que quizá aquella búsqueda podía ser un nuevo inicio para él. Todo su trabajo en el Argo II merecería la pena. Tendría seis buenos amigos que le admirarían y le apreciarían e irían navegando al atardecer para luchar contra los gigantes. Quizá, había esperado Leo, incluso pudiera encontrar una novia.

“Haz los cálculos”, se dijo a sí mismo.

Némesis tenía razón. Podría formar parte de un grupo de siete, pero aún así seguía solo. Había disparado a los romanos y llevado a sus amigos nada más que a problemas. “Nunca encontrarás un lugar entre tus hermanos”.

—¿Leo? —le preguntó Hazel, amablemente—. No te tomes en serio lo que Némesis ha dicho.

Frunció el ceño.

—¿Y si es verdad?

—Es la diosa de la venganza—le recordó Hazel—. Quizá está de nuestro lado, quizá no; pero ella existe para extender el resentimiento.

Leo deseó poderse deshacer de los sentimientos así de fácil, pero no podía. Aún así, no era culpa de Hazel.

—Deberíamos ir—dijo—. Me pregunto qué quiso decir Némesis acerca de acabar antes del anochecer.

Hazel miró al sol, que estaba poniéndose por el horizonte.

—Y quién es el chico maldito que ella ha mencionado.

Debajo de ellos, una voz dijo:

—Chico maldito que ella ha mencionado.

A primera vista, Leo no vio a nadie. Entonces sus ojos se ajustaron. Se dio cuenta de que una joven estaba a cinco metros de la base del peñasco. Vestía una túnica al estilo griego del mismo color que las rocas. Su pelo ralo estaba entre el marrón, el rubio y el gris, por lo que se mezclaba con la hierba seca. No era invisible, pero estaba perfectamente camuflada con el entorno mientras se movía. Incluso entonces, Leo tuvo problemas para encontrarla. Su cara era bonita, pero no recordable. De hecho, cada vez que Leo parpadeaba, no podía recordar cómo era, y tenía que concentrarse a encontrarla de nuevo.

—Hola—dijo Hazel—. ¿Quién eres?

—¿Quién eres? —respondió la chica. Su voz sonaba cansada, como si estuviera cansada de responder aquella pregunta. Hazel y Leo intercambiaron miradas. Con el curro de semidiós, nunca sabías qué te podías encontrar. Cada nueve veces sobre diez, no era nada bueno. Una chica ninja camuflada con los tonos de la tierra no era algo con lo que Leo quisiera tratar justo entonces.

—¿Tú eres el chico maldito que Némesis mencionó? —preguntó Leo—. Pero tú eres una chica.

—Tú eres una chica—dijo la chica.

—¿Perdón? —dijo Leo.

—¿Perdón? —repitió la chica, triste.

—Estás repitiendo...—se detuvo Leo—. Oh. Espera. Hazel, ¿no había algún mito sobre una chica que repetía todo...?

—Eco—dijo Hazel.

—Eco—coincidió la chica. La chica se movió, con su vestido cambiando con el paisaje. Sus ojos eran del color del agua salada. Leo intentó memorizar sus rasgos, pero no pudo.

—No recuerdo el mito—admitió—. ¿Estabas maldita con repetir lo último que oías?

—Que oías—dijo Eco.

—Pobrecita—dijo Hazel—. Si recuerdo bien, ¿te lo hizo una diosa?

—Te lo hizo una diosa—confirmó Eco.

Leo se rascó la cabeza.

—Pero eso fue hace cientos de... Oh. Eres una de las mortales que ha venido de vuelta de las Puertas de la Muerte. Estaría bien que dejáramos de encontrarnos con gente muerta.

—Gente muerta—dijo Eco, como si le estuviera regañando.

Se dio cuenta de que Hazel tenía la mirada caída.

—Oh, lo siento—murmuró—. No me refería decirlo así.

—Así—Eco señaló hacia la costa opuesta de la isla.

—¿Quieres enseñarnos algo? —preguntó Hazel. Bajó del peñasco y Leo la siguió. Incluso estando cerca, Eco era difícil de ver. De hecho, parecía ser más invisible cuanto más te la quedabas mirando.

—¿Estás segura de que eres real? —preguntó—. Me refiero, ¿de carne y hueso?

—De carne y hueso—ella le tocó la cara a Leo y le hizo tener un escalofrío. Sus dedos eran cálidos.

—Así que... ¿tienes que repetirlo todo? —preguntó.

—Todo.

Leo no pudo evitar sonreír.

—Eso puede ser divertido.

—Divertido—dijo, infelizmente.

—Elefantes azules.

—Elefantes azules.

—Bésame, tonto.

—Tonto.

—¡Eh!

—¡Eh!

—Leo—pidió Hazel—, no te burles de ella.

—No te burles de ella—coincidió Eco.

—Vale, vale—dijo Leo, aunque tuvo que aguantarse las ganas. No todos los días te encontrabas con alguien que repitiera todo lo que decías—. Así que, ¿a qué estabas señalando? ¿Necesitas nuestra ayuda?

—Ayuda—coincidió Eco. Les hizo señales para que la siguieran y fueron hacia la costa. Leo pudo seguirla por el movimiento de la hierba y el movimiento de su vestido mientras cambiaba para confundirse con las rocas.

—Será mejor que nos demos prisa—dijo Hazel—. O la perderemos.

Encontraron el problema, si llamas problema a una masa de chicas guapas. Eco les llevó hasta una marisma de hierba con la forma de un cráter de meteorito, con un pequeño estanque en el centro. Reunidas alrededor del borde del agua había unas cuantas docenas de ninfas. Al menos, Leo supuso que debían ser ninfas. Como las del Campamento Mestizo, vestían vestidos tenues. Iban descalzas y tenían rasgos élficos, y su piel tenía un tinte ligeramente verde.

Leo no entendió qué estaban haciendo, pero estaban reunidas en un único lugar, mirando hacia el estanque y pegando saltitos para poder ver mejor. Algunas sujetaban móviles con cámaras, intentando hacer una fotografía por encima de las cabezas de las demás. Leo nunca había visto a ninfas con teléfonos. Se preguntó si estaban buscando a un cadáver. Si fuera así, ¿por qué estaban tan emocionadas y se reían tanto?

—¿A qué están mirando? —se preguntó Leo.

—Mirando—suspiró Eco.

—La única forma de saberlo es...—Hazel se encaminó hacia delante y comenzó a abrirse paso entre la multitud—. Perdón. Lo siento. Paso, por favor.

—¡Eh! —se quejó una ninfa—. ¡Estábamos aquí primero!

—Sí—dijo otra—. Él no estará interesado en ti.

La segunda ninfa tenía unos gigantescos corazones rojos pintados en sus mejillas. Por encima de su vestido, vestía una camiseta que leía: ¡¡¡OH DIOS MÍO, AMO A N!!!

—Trabajo de semidioses—dijo Leo, intentando sonar oficiales—. Haced espacio, gracias.

Las ninfas gruñeron, pero se apartaron para revelar a un joven arrodillado junto al borde del estanque, mirando constantemente el agua.

Leo normalmente no prestaba demasiada atención a la apariencia de los demás chicos. Suponía que eso venía de pasar tanto tiempo junto a Jason, alto, rubio, musculoso y básicamente todo lo que Leo nunca podría ser. Leo estaba acostumbrando a que las chicas no se fijaran en él. Al menos, nunca encontraría a una chica que se interesara en él por su físico. Esperó que su personalidad y su sentido del humor hicieran eso algún día, aunque aún no habían funcionado.

De cualquier manera, Leo no pudo ignorar el hecho de que el chico en el estanque era un tipo súper apuesto. Tenía la cara cincelada con unos labios y unos ojos que estaban entre la belleza femenina y la masculina. El pelo oscuro le caía sobre su frente. Debía de tener entre los diecisiete y los veinte, era difícil decirlo, pero tenía el cuerpo de un bailarín: brazos largos y gráciles y piernas musculosas, una postura perfecta y un aura de tranquilidad. Vestía una camiseta lisa y blanca y unos tejanos, con un arco y un carcaj atados a su espalda. Las armas, obviamente, no habían sido usadas en mucho tiempo ya que las flechas estaban cubiertas de polvo y una araña había tejido su red en lo alto del arco.

Mientras Leo se acercaba, se dio cuenta de que la cara del chico era extrañamente dorada. Con el atardecer, la luz incidía en un gran pedazo de bronce celestial que descansaba en el fondo del estanque, bañando los rasgos de Don Bellezón con un brillo suave.

El chico parecía estar fascinado con su reflejo en el metal.

Hazel tragó aire.

—Es guapísimo.

A su alrededor, las ninfas chillaron y aplaudieron, de acuerdo con ella.

—Lo soy—dijo el joven, débilmente, con su mirada fija en el agua—. Soy muy guapo.

Una de las ninfas enseñó la pantalla de su iPhone.

—Su último vídeo de Youtube tiene ya un millón de visitas en una hora. ¡Creo que yo soy la responsable de la mitad!

Las otras ninfas rieron, tímidamente.

—¿Vídeo de Youtube? —preguntó Leo—. ¿Qué hace en el vídeo ¿Cantar?

—¡No, tonto! —le reprendió la ninfa—. Antes era un príncipe, y un maravilloso cazador y todo eso. Pero eso no importa. Ahora él... bueno, ¡mira! —le enseñó a Leo el vídeo. Era exactamente lo que estaban viendo en la vida real: el chico mirándose a sí mismo en el reflejo del agua.

—¡Está tan bueno! —dijo otra chica. Su camiseta leía: Esposa de Narciso.

—¿Narciso? —preguntó Leo.

—Narciso—coincidió Eco, tristemente.

Leo se había olvidado de que Eco estaba allí. Aparentemente, tampoco ninguna de las ninfas la había notado.

—¡Oh, tú no otra vez! —la “Esposa de Narciso” intentó apartar a Eco, pero se equivocó y acabó empujando a un montón de ninfas.

—¡Ya tuviste tu oportunidad, Eco! —dijo la ninfa del iPhone—. ¡Te rechazó hace cuatro mil años! Ya te debería de haber quedado claro que no eres suficientemente buena para él.

—Para él—dijo Eco, amargamente.

—Esperad—Hazel tuvo obvios problemas para poder apartar la vista de aquél chico apuesto, pero finalmente pudo—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué Eco nos ha traído hasta aquí?

Una ninfa puso los ojos en blanco. Estaba sujetando un rotulador permanente y un póster doblado de Narciso.

—Eco era una ninfa como nosotras, tiempo atrás, ¡pero era una charlatana! No dejaba de cotillear y de bla, bla, bla, todo el rato.

—¡Por supuesto! —añadió otra ninfa—. Ya sabéis, ¿quién podría aguantar eso? Justo el otro día, le dije a Cleopeia, ¿la que vive en el peñasco a mi lado? Le dije: Deja de cotillear o acabarás como Eco. ¡Cleopeia es una bocazas! ¿Has oído lo que dijo acerca de la ninfa de las nubes y el sátiro?

—¡Por supuesto! —dijo la ninfa del póster—. Así que, de cualquier manera, como castigo por no dejar de hablar, Hera maldijo a Eco para que solo pudiera repetir cosas, lo que estuvo bien para nosotras. Pero entonces Eco se enamoró de nuestro apuestísimo joven, Narciso, como si él fuera a darse cuenta alguna vez de ella.

—¡Ni que fuera alguien! —repitieron una docena de ninfas.

—Ahora tiene la extraña idea de que necesita ser salvado—dijo la “Esposa de Narciso” —. Debería largarse.

—Largarse—le respondió Eco.

—Estoy muy contenta de que Narciso esté vivo de nuevo—dijo otra ninfa con un vestido gris. Tenía las palabras NARCISO + LAIEA escritas en sus brazos con rotulador negro—. ¡Es el mejor! ¡Y está en mi territorio!

—Eh, espera, Laiea—dijo su amiga—. Yo soy la ninfa del estanque. Tú sólo eres la ninfa de la piedra.

—Bueno, yo soy la ninfa de la hierba—protestó otra.

—No, obviamente, él está aquí por las flores—dijo otra—. ¡Esas son mías!

La multitud entera comenzó a discutir mientras Narciso miraba el lago, ignorándolas.



—¡Esperad! —gritó Leo—. ¡Señoritas, esperad! Tengo que preguntarle algo a Narciso.

Lentamente las ninfas se calmaron y volvieron a hacer fotos.

Leo se arrodilló junto al chico apuesto.

—Bueno, Narciso. ¿Qué tal?

—¿Podrías moverte? —le dijo Narciso, distraídamente—. Me estás arruinando la vista.

Leo miró el agua. Vio su propio reflejo junto al de Narciso en la superficie del bronce sumergido. Leo no quiso quedarse mirando su propio reflejo. Comparado con Narciso, parecía un trol subterráneo. Pero no había duda de que el metal era bronce celestial, un pedazo circular, de unos dos metros de diámetro.

¿Qué estaba haciendo en aquél estanque? Leo no estaba seguro. El bronce celestial aparecía en lugares extraños. Había oído que muchas partes venían de los talleres de su padre. Hefesto perdía su temperamento cuando sus proyectos no funcionaban y lanzaba aquellos pedazos al mundo mortal. Aquella pieza parecía haber estado hecha como para ser el escudo de algún dios, pero que no había quedado bien moldeada. Si Leo pudiera llevarla al barco, sería bronce suficiente como para poder reparar el barco.

—Claro, una buena vista—dijo Leo—. Es genial y eso, pero como no lo estás usando, ¿te importaría si me llevara este trozo de bronce?

—No—dijo Narciso—. Le amo. Es muy apuesto.

Leo miró para ver si las ninfas estaban riéndose. Aquello tenía que ser una gran broma. Pero estaban ovacionándole y asintiendo, estando de acuerdo. Sólo Hazel parecía estar consternada. Se rascaba la nariz como si hubiera llegado a la conclusión de que Narciso olía peor de lo que parecía.

—Tío—le dijo Leo a Narciso—. ¿Te das cuenta de que te estás viendo a ti mismo en el reflejo, verdad?

—Soy tan genial—suspiró Narciso. Alargó una mano hacia el agua, pero retrocedió—. No, no puedo hacer ondas. Eso arruina la imagen. Guau... soy tan genial.

—Sí—murmuró Leo—. Pero si me llevo el bronce, podrás seguir viéndote en el agua. O aquí...—metió su mano en el cinturón y sacó un espejo sencillo del tamaño de un monóculo—. Te lo cambio.

Narciso agarró el espejo, a regañadientes y se admiró a sí mismo.

—¿Incluso tú llevas una fotografía mía? No te culpo. Soy precioso. Gracias. —dejó el espejo en el suelo y volvió su atención al estanque—. Pero aquí tengo una vista mucho mejor. Los colores me pegan, ¿no crees?

—¡Oh, dioses, sí! —gritó una ninfa—. ¡Cásate conmigo, Narciso!

—¡No, a mí! —gritó otra—. ¿Me firmarás el póster?

—¡No, firma mi camiseta!

—¡No, firma mi frente!

—¡No, firma mi...!

—¡BASTA! —espetó Hazel.

—¡Basta! —coincidió Eco.

Leo había perdido de vista a Eco de nuevo, pero se dio cuenta de que estaba arrodillada al otro lado de Narciso, moviendo su mano delante de su cara como si intentara romper su concentración. Narciso ni parpadeó.

El club de fans de ninfas intentó apartar a Hazel a empujones, pero sacó su espada de caballería y las obligó a retroceder.

—¡Reacciona! —gritó.

—No se fijará en tu espada—se quejó la ninfa del póster.

—No se casará contigo—dijo la chica del iPhone—. ¡Y no os podéis llevar ese espejo de bronce! ¡Es lo que le mantiene ahí!

—Todas vosotras sois ridículas—dijo Hazel—. ¡Sólo se quiere a sí mismo! ¿Cómo os puede gustar?

—Puede gustar—suspiró Eco, mientras seguía moviendo su mano delante de la cara del chico.

Las otras suspiraron con ella.

—Estoy tan bueno—dijo Narciso, animado.

—Narciso, escucha—Hazel mantuvo la espada levantada—. Eco nos ha traído aquí para ayudarte. ¿Verdad, Eco?

—Eco—dijo Eco.

—¿Quién? —dijo Narciso.

—La única chica que le importa lo que le pase, al parecer—dijo Hazel—. ¿Te acuerdas de cuando moriste?

Narciso frunció el ceño.

—Yo... no. Eso no puede ser. Yo soy demasiado importante como para morir.

—Moriste por mirarte a ti mismo—insistió Hazel—. Ahora recuerdo tu historia. Némesis fue la diosa que te maldijo, porque rompiste demasiados corazones. Tu castigo fue enamorarte de tu propio reflejo.

—Me quiero mucho, mucho—coincidió Narciso.

—Y finalmente moriste—siguió Hazel—. No sé qué versión de la historia es la verdadera, si te ahogaste y te convertiste en una flor que flotaba en el agua o... Eco, ¿cuál era?

—¿Cuál era? —dijo ella, desesperanzada.

Leo se puso de pie.

—No importa. La cosa es que estás vivo de nuevo, tío. Tienes una segunda oportunidad. Es eso lo que nos está diciendo Némesis. Puedes levantarte y llevar

tu propia vida. Eco está intentando salvarte. O puedes quedarte aquí y seguir mirando tu reflejo hasta que mueras de nuevo.

—¡Quédate ahí! —gritaron todas las ninfas.

—¡Cásate conmigo antes de que te mueras! —gritó otra.

Narciso negó con la cabeza.

—Sólo quiero mi reflejo. No te culpo, pero no puedes tenerlo. Me pertenezco.

Hazel suspiró, exasperada. Miró al sol, que estaba poniéndose demasiado rápido. Entonces señaló con su espada al borde del cráter.

—Leo, ¿podemos hablar un minuto?

—Excúsanos—le dijo Leo a Narciso—. Eco, ¿quieres venir con nosotros?

—Venir con nosotros—confirmó Eco.

Las ninfas se reunieron alrededor de Narciso de nuevo y comenzaron a grabar nuevos vídeos y a hacer más fotos.

Hazel les guió hasta estar fuera del alcance de oídos ajenos.

—Némesis tenía razón—dijo—. Algunos semidioses no pueden evitar su naturaleza. Narciso va a quedarse ahí hasta que muera de nuevo.

—No—dijo Leo.

—No—coincidió Eco.

—Necesitamos ese bronce—dijo Leo—. Si nos lo llevamos, puede que le dé una razón a Narciso para reaccionar. Eco podría tener la oportunidad de salvarle.

—La oportunidad de salvarle—dijo Eco, animada.

Hazel clavó su espada en la arena.

—También podremos tener a unas cuantas ninfas bastante enfadadas con nosotros—dijo—. Y Narciso puede que siga sabiendo cómo disparar su arco.

Leo se planteó aquello. El sol estaba a punto de ponerse. Némesis había mencionado que Narciso se volvía “revoltoso” cuando oscurecía, probablemente porque ya no podía ver su reflejo. Leo no quería quedarse por allí lo suficiente como para saber a qué se refería la diosa por “revoltoso”. Ya había tenido experiencias con multitudes de ninfas alocadas y no quería repetir.

—Hazel—dijo—, tu poder con los metales preciosos, ¿puedes únicamente detectarlos o también puedes atraerlos hacia a ti?

Ella frunció el ceño.

—A veces puedo atraerlo hacia mí. Nunca lo he intentado con una pieza de bronce celestial tan grande. Puede que sea capaz de atraerlo a través de la tierra, pero tengo que estar bastante cerca. Me llevaría bastante concentración y no sería demasiado rápido.

—Sería demasiado rápido—advirtió Eco.

Leo maldijo. Había esperado poder volver al barco tranquilamente y Hazel podría teletransportar el bronce celestial a una distancia segura.

—Está bien—dijo—. Tenemos que intentar algo arriesgado. Hazel, ¿qué te parece atraer el bronce celestial desde aquí? Puedes hacerlo hundirse en la arena y atraerlo hacia ti haciendo un túnel, entonces lo cogerías y correrías hacia el barco.

—Pero Narciso se está mirando todo el rato—dijo.

—Todo el rato—repitió Eco.

—Ese será mi trabajo—dijo Leo, odiando su propio plan justo entonces—. Eco y yo seremos la distracción.

—¿Distracción? —preguntó Eco.

—Te lo explicaré—le prometió Leo—. ¿Estás dispuesta?

—Dispuesta—dijo Eco.

—Genial—dijo Leo—. Ahora, vamos a ver si no morimos.

## Capítulo VIII

### Leo

LEO SE VOLVIÓ LOCO para hacerse un cambio radical. Sacó del cinturón caramelitos de menta y un par de gafas de soldar. Las gafas no eran exactamente gafas de sol, pero tendrían que parecerlo. Se subió las mangas de su camiseta. Usó una máquina de aceite para engrasarse el pelo. Se metió una llave inglesa en su bolsillo trasero (aunque no supo por qué) e hizo que Hazel le dibujara un tatuaje en su bíceps con un rotulador: LO MEJOR DE TODO, con una calavera y huesos cruzados.

—¿En qué demonios estás pensando?—sonaba bastante nerviosa.

—Intento no pensar—admitió Leo—. Interfiere en mi locura. Concéntrate en atraer ese bronce celestial. Eco, ¿estás lista?

—Listo—dijo.

Leo respiró hondo. Marchó pavoneándose hacia el estanque, esperando que pareciera increíble y no un amasijo de nervios.

—¡Leo es el más guay! —gritó.

—¡Leo es el más guay! —repitió Eco.

—Sí, nenas, ¡venid a verme!

—¡Venid a verme!—dijo Eco.

—¡Dejad paso al rey!

—¡Al rey!

—¡Narciso es débil!

—¡Débil!

La multitud de ninfas se dispersaron, sorprendidas. Flexionó sus bíceps, a pesar de que no tuviera demasiado que flexionar, y enseñó su tatuaje de “LO MEJOR DE TODO”. Consiguió la atención de las ninfas, sólo porque estaban atendidas, pero Narciso seguía fijo en su propio reflejo.

—¿Sabéis lo feo que es Narciso? —preguntó Leo a la multitud—. Es tan feo, que cuando nació su madre creyó que era un centauro inverso, con trasero de caballo de cara.

Algunas de las ninfas dieron un grito ahogado. Narciso frunció el ceño, a pesar de estaba atento vagamente por un mosquito que le zumbaba alrededor de la cabeza.

—¿Sabéis por qué su arco tiene telarañas? —siguió Leo—. Lo usa para cazar chicas, ¡y aún así no tiene ninguna!

Una de las ninfas rió. Las otras rápidamente la hicieron callarse.

Narciso se giró y frunció el ceño mirando a Leo.

—¿Quién eres?

—¡Soy el Gran y Gigantesco Tío Genial, colega! —dijo Leo—. Soy Leo Valdez, el supremo malote. ¡Y las chicas adoran a los malotes!

—¡Adoran a los malotes! —dijo Eco, con un chillido convincente.

Leo sacó un bolígrafo y autografió el brazo de una de las ninfas.

—¡Narciso es un perdedor! Es tan débil, que no puede ni doblar un pañuelo de seda. Es tan patético, que cuando buscas patético en Wikipedia, sale una foto de Narciso, lo único que la foto es tan fea, que nadie la mira.

Narciso alzó sus apuestas cejas. Su cara estaba volviéndose del bronceo al rojo salmón. Por un momento, se había olvidado por completo del estanque y Leo pudo ver el pedazo de bronce hundiéndose en la arena.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Narciso—. Soy maravilloso. Todo el mundo lo sabe.

—Maravilloso de puro asco—dijo Leo—. Si yo diera tanto asco como tú, me ahogaría a mí mismo. Ah, espera que ya lo has hecho.

Entonces otra ninfa rió. Y luego otra. Narciso gruñó, lo que le hizo ser un poco menos guapo. Mientras tanto Leo sonrió y meneó sus cejas por dentro de sus gafas y movió sus manos, pidiendo un aplauso.

—¡Eso es! —dijo—. ¡El equipo Leo, el mejor!

—¡El equipo Leo, el mejor! —gritó Eco. Se había infiltrado en la multitud de ninfas, y como era tan difícil de ver, las ninfas aparentemente creyeron que era una de las suyas la que había gritado.

—¡Oh, dios mío! ¡Soy increíble! —gritó Leo.

—¡Increíble! —gritó Eco.

—Es gracioso—se atrevió una ninfa.

—Y mono, igual que un esqueleto—dijo otra.

—¿Esqueleto?—preguntó—. Cariño, yo inventé lo esquelético. Esquelético es lo más hoy en día. Y yo soy esquelético. ¿Pero Narciso? Es tan perdedor que ni siquiera el Inframundo le quería. No pudo conseguir que esas chicas fantasmas salieran con él.

—¡AJ! —dijo una ninfa.

—¡AJ! —dijo Eco, estando de acuerdo.

—¡Basta! —Narciso se levantó—. ¡Esto no es cierto! Esta persona no es, obviamente, increíble, así que tiene que... —rebuscó en su cabeza para las palabras exactas. Probablemente había pasado mucho tiempo desde que había hablado sobre algo que no fuera él—. Tiene que estar engañándonos.

Aparentemente Narciso no era estúpido. En su cara apareció la comprensión. Se giró hacia el estanque.

—¡El espejo de bronce se ha ido! ¡Mi reflejo! ¡Dadmelo!

—¡Equipo Leo! —gritó una de las ninfas. Pero las otras se giraron hacia Narciso.

—¡Yo soy el guapo! —insistió Narciso—. ¡Ha robado mi espejo y me voy a ir a no ser que me lo traiga de vuelta!

Las chicas aguantaron la respiración. Una señaló:

—¡Ahí!

Hazel estaba en lo alto del cráter, corriendo todo lo rápido que pudo mientras sujetaba un gran pedazo de bronce.

—¡Tráelo de vuelta! —dijo una ninfa.

Probablemente, en contra de su voluntad, Eco murmuró.

—Tráelo de vuelta.

—¡Sí! —Narciso se descolgó el arco y agarró una flecha de su carcaj polvoroso—. La primera que consiga ese bronce, me gustará tanto casi como me gusto a mí mismo. ¡Quizá pueda besarla, justo después de besar a mi propio reflejo!

—¡Oh, dioses! —gritaron las ninfas.

—¡Y matad a esos semidioses! —añadió Narciso, sonriendo apuestamente a Leo—. ¡No son tan geniales como yo!

Leo podía correr bastante rápido cuando alguien intentaba matarle. Y por desgracia, tenía mucha práctica.

Alcanzó a Hazel, algo que era fácil, ya que no había llegado muy allá cargando 23 kilos de bronce celestial. Cogió un lado del metal y miró hacia atrás. Narciso estaba cargando una flecha, pero era tan vieja y tan oxidada que se rompió en pedazos.

—¡Oh! —gritó, de forma muy atractiva—. ¡Mi manicura!

Normalmente las ninfas eran muy rápidas, al menos las del Campamento Mestizo lo eran, pero aquellas estaban cargadas con pósters, camisetas y otros productos de Narciso. Las ninfas tampoco no eran muy buenas trabajando en equipo. Seguían chocándose las unas con las otras, empujándose y pisándose. Eco empeoró las cosas entre ellas, empujando y placando todas las que podía.

Aún así, se acercaban rápidamente.

—¡Llama a Arión! —tosió Leo.

—¡Ya lo he hecho! —dijo Hazel.

Corrieron hasta la playa. Llegaron al borde del agua y podían ver el Argo II, pero no había forma de llegar hasta allí. Estaba demasiado lejos para nadar, incluso si no cargaran con el bronce.

Leo se giró. La multitud se acercaba por encima de las dunas, Narciso en cabeza, sujetando su arco como el sable de un general dirigiendo el ejército. Las ninfas habían conjurado otro tipo de armas. Algunas agarraban rocas. Otras tenían varas de madera pobladas de flores. Y unas ninfas acuáticas tenían pistolas de agua, algo que no era demasiado aterrador, pero aún así la mirada de sus ojos era cruel.

—Oh, colega—murmuró Leo, haciendo fuego con su mano libre—. La lucha cuerpo a cuerpo no es mi fuerte.

—Agarra el bronce celestial—Hazel alzó su espada—. ¡Ponte detrás de mí!

—¡Ponte detrás de mí! —repitió Eco. La chica camuflada estaba ahora al principio de la multitud. Se había detenido delante de Leo y se giró, abriendo sus brazos como si quisiera defenderle personalmente.

—¿Eco? —Leo apenas podía hablar porque le faltaba la respiración—. Eres una ninfa muy valiente.

—¿Ninfa valiente? —lo repitió en forma de pregunta.

—Estoy orgulloso de tenerte en el equipo Leo—dijo—. Si sobrevivimos a esto, deberías olvidarte de Narciso.

—¿Olvidarte de Narciso? —dijo, extrañada.

—Eres demasiado buena para él.

Las ninfas les rodearon en un semicírculo.

—¡Traición! —dijo Narciso—. ¡No me quieren, chicas! ¿Y todas me queréis, verdad?

—¡Sí! —las chicas gritaron, excepto una ninfa confusa con un vestido amarillo que gritó:

—¡Equipo Leo!

—¡Matadle! —ordenó Narciso.

Las ninfas se adelantaron, pero la arena delante de ellas explotó. Arión apareció de la nada, rodeando la multitud tan rápidamente que creó una tormenta de arena, bañando a las ninfas con sal blanca, haciéndoles cerrar los ojos.

—¡Me encanta este caballo! —gritó Leo.

Las ninfas se estremecieron, tosiendo y atragantándose. Narciso se giró, cegado, agitando su arco como si intentara golpear una piñata. Hazel se subió a la silla de montar, colocó el bronce encima de la espalda del caballo y le ofreció una mano a Leo.

—¡No podemos dejar a Eco! —dijo Leo.

—Dejar a Eco—repitió la ninfa.

Sonrió y por primera vez Leo pudo ver claramente su cara. Era muy guapa. Sus ojos eran más azules de lo que se había dado cuenta hasta entonces. ¿Cómo podía haberse pasado ese detalle?

—¿Por qué? —preguntó Leo—. ¿No creerás que aún puedes salvar a Narciso?

—Salvar a Narciso—dijo, confiada. Y aunque fuera sólo el eco, Leo diría que lo había dicho a propósito. Le habían dado una segunda oportunidad en la vida, y estaba lista para usarla para salvar al chico al que quería, aunque fuera tarado (guapo, eso sí) inútil.

Leo quiso protestar, pero Eco se inclinó y le besó en la mejilla, entonces le empujó hacia el caballo, cariñosamente.

—¡Leo, vamos! —le llamó Hazel.

Las otras ninfas comenzaron a recuperarse. Se sacaron la cal de los ojos, que ahora brillaban con un color verde llenos de furia. Leo miró a Eco de nuevo, pero se había disuelto con el paisaje.

—Sí—dijo, con la garganta seca—. Sí, vale.

Se subió detrás de Hazel. Arión cabalgó por el agua, con las ninfas detrás de ellos gritándoles y Narciso gritando:

—¡Traedme de vuelta! ¡Traedme de vuelta!

Mientras Arión corría hacia el Argo II, Leo recordó lo que Némesis le había dicho sobre Eco y Narciso: “Quizá te puedan dar una lección”.

Leo creyó que había hablado de Narciso, pero ahora supuso que la verdadera lección para él era Eco, invisible para sus hermanas, maldita por amar a alguien que no sabía que existía. “Una séptima rueda”. Intentó sacarse de encima aquel pensamiento. Se pegó al bronce como si fuera un escudo.



Estaba centrado en no olvidar nunca el rostro de Eco. Se merecía al menos una persona que la hubiera visto y supiera lo buena que era. Leo cerró sus ojos, pero el recuerdo de su sonrisa ya se estaba disolviendo.

## Capítulo IX

### Piper

PIPER NO QUERÍA USAR LA DAGA. Pero sentada en el camarote de Jason, esperando a que se despertara, se sentía sola e inútil.

La cara de Jason era tan pálida, que podría haber estado muerto. Recordó el horrible sonido del ladrillo chocando contra su frente, una agresión que había tenido lugar sólo porque intentó protegerla de los romanos.

Incluso con néctar y ambrosía que se las habían apañado para darle, Piper no podía estar segura de que estaría bien cuando se despertara. ¿Qué pasaba si había perdido sus recuerdos de nuevo, pero esta vez, los recuerdos sobre ella?

Eso sería el truco más cruel que los dioses hubieran hecho con ella, y ya habían hecho algunos bastante crueles.

Oía a Gleeson Hedge en su habitación, en la puerta de al lado, tarareando una canción militar, Bandas y estrellas, ¿quizás? Como la televisión por satélite había sido desactivada, el sátiro estaría en la cama de su camarote leyendo consejos en

la revista Pistolas y municiones. No era una mala carabina, pero era, probablemente, la cabra más belicosa que Piper hubiera conocido nunca.

Por supuesto, estaba agradecida con el sátiro. Había ayudado a su padre, el actor de cine Tristán McLean, después de que hubiera sido secuestrado por los gigantes el invierno pasado. Unas semanas antes, Hedge le había pedido a su novia, Mellie, que se encargara de vigilar a McLean en su casa para que pudiera ir con ellos a ayudar en la misión.

El entrenador Hedge había intentado hacer que todo aquello de volver al Campamento Mestizo era idea suya, pero Piper sospechaba que había más en todo aquello. Durante las últimas semanas, siempre que Piper llamaba a casa, su padre y Mellie le habían preguntado qué iba mal. Quizá algo en su voz se lo había advertido.

Piper no podía hablar de las visiones que había tenido. Eran demasiado molestas. Además, su padre había bebido una poción que había borrado todos sus recuerdos sobre los semidioses de su memoria. Pero aún así podía saber cuándo ella estaba preocupada y estaba bastante segura de que su padre había animado al entrenador para que la vigilara.

No debería levantar la daga. Sólo le haría sentirse peor.

Finalmente, la tentación fue demasiado. Desenfundó a Katoptris. No parecía demasiado especial, sólo una hoja triangular con un mango sin adornar, pero perteneció tiempo atrás a Helena de Troya. El nombre de la daga significaba: "cristal para mirar".

Piper miró la hoja de bronce. A primera vista, sólo vio a su reflejo. Entonces una luz cruzó el metal. Vio una multitud de semidioses romanos reunidos en el foro. El chico rubio que se parecía a un espantapájaros, Octavian, estaba hablando a la multitud, agitando su puño. Piper no podía oírle, pero el gesto era obvio: ¡Tenemos que matar a esos griegos!

Reyna, la pretor, estaba de pie a un lado, con su cara seria sin emoción alguna. ¿Resentimiento? ¿Enfado? Piper no estaba segura.

Se había preparado para odiar a Reyna, pero no pudo. Durante el festival en el foro, Piper había admirado la forma en la que Reyna se callaba sus emociones. Reyna había estado midiendo la relación de Piper y Jason desde un principio. Como hija de Afrodita, Piper podía saber cosas como aquellas. Aunque Reyna se mantuvo educada y bajo control. Puso las necesidades del campamento por encima de sus emociones. Les había dado a los griegos una oportunidad justa... hasta que el Argo II había comenzado a destruir su ciudad.

Casi la hizo sentir culpable por ser la novia de Jason, a pesar de que aquello era una estupidez. Jason nunca había sido el novio de Reyna, no de verdad.

Quizá Reyna no fuera tan mala, pero no importaba. La habían liado con la petición de paz. El poder de Piper de persuadir había, por primera vez, dado nada más que cosas malas.

¿Su secreto más profundo? Que quizá no lo hubiera intentado demasiado. Piper nunca había querido ser amiga de los romanos. Estaba demasiado preocupada de perder a Jason en post de su nueva vida. Quizá, inconscientemente, no había puesto toda la carne en el asador con sus hechizos orales.

Ahora Jason estaba herido y el barco casi había sido destruido. Y según su daga, aquél chico que destripaba ositos de peluche, Octavian, estaba animando a los romanos a una guerra frenética.

La escena en su hoja cambió. Hubo una serie de imágenes rápidas que había visto antes, pero seguía sin entenderla: Jason a caballo yendo a la batalla, con los ojos dorados y no azules; una mujer vestida con un vestido de *belle* sureña anticuado, de pie en un parque de palmeras junto al océano; un toro con la cara de un hombre barbudo, alzándose delante de un río; y dos gigantes con dos togas amarillas a conjunto izando una cuerda en un sistema de poleas, levantando un jarrón de bronce de una fosa.

Entonces vino la peor visión: se vio a sí misma con Jason y Percy, con el agua hasta la cintura en el fondo de una oscura cámara circular como el pozo de un gigante. Unas formas fantasmagóricas se movían a través del agua mientras el nivel subía rápidamente. Piper arañaba las paredes, intentando escapar, pero no había ningún lugar al que ir. El agua les llegaba por el pecho. Jason fue arrastrado hacia abajo. Percy tropezó y desapareció. ¿Cómo podía ahogarse un hijo del dios del mar? Piper no lo sabía, pero se vio a sí misma en su visión, sola y peleando en la oscuridad, hasta que el agua le llegó por encima de la cabeza.

Piper cerró sus ojos. “No me enseñes esto de nuevo” pidió, “enséñame algo útil”. Se obligó a volver a mirar la hoja de nuevo.

Aquella vez, vio una autopista vacía atravesando campos de trigo y girasoles. Un cartel decía: TOPEKA 50. En el arcén de la carretera había un hombre vestido con unos pantalones cortos caquis y una camiseta morada de campamento. Su cara estaba oculta entre las sombras de un sombrero de ala ancha, con ésta llena de hojas de viñas. Sujetaba una copa de plata y se la entregaba a Piper. De alguna manera ella sabía que le estaba ofreciendo algún tipo de regalo, una cura o un antídoto.

—Eh—dijo Jason con voz ronca.

Piper se sobresaltó tanto que dejó caer el cuchillo.

—¡Estás despierto!

—Que no suene demasiado sorprendida, por favor—Jason se tocó la cabeza vendada y frunció el ceño—. ¿Qué... qué ha pasado? Me acuerdo de las explosiones, y...

—¿Recuerdas quién soy?

Jason intentó reír, pero acabó siendo un gesto de dolor.

—La última vez que lo pude comprobar, eras mi increíble novia Piper. A no ser que nada haya cambiado mientras estaba fuera de juego.

Piper se sintió tan aliviada que casi sollozó. Le ayudó a incorporarse y le dio un poco de néctar para que lo sorbiera mientras le resumía lo que había pasado. Estaba explicándole el plan de Leo para arreglar el barco cuando oyó las pisadas de un caballo a través de la cubierta encima de sus cabezas.

Momentos después, Leo y Hazel se detuvieron en la puerta, cargando un gran pedazo de bronce entre los dos.

—Dioses del Olimpo—Piper miró a Leo—. ¿Qué te ha pasado?

Su pelo estaba engominado. Tenía unas gafas de fundición en su frente, una marca de pintalabios en su mejilla, tatuajes por sus brazos y una camiseta que leía “LO MEJOR DE TODO”, “CHICO MALO” o “EQUIPO LEO”.

—Es una historia muy larga—dijo—. ¿Han vuelto los otros?

—Aún no—dijo Piper.

Leo maldijo. Entonces vio a Jason incorporado, y su cara se iluminó.

—¡Eh, tío! Espero que estés mejor. Estaré en la sala de motores.

Fue hacia allí con el pedazo de bronce, dejando a Hazel en el umbral.

—Hemos conocido a Narciso—dijo Hazel, aunque en realidad, aquello no explicaba demasiado—. También a Némesis, la diosa de la venganza.

Jason suspiró.

—Me pierdo toda la diversión.

En la cubierta de encima, algo hizo PUM, como si una cosa pesada acabara de aterrizar. Annabeth y Percy bajaron corriendo. Percy cargaba con un balde de plástico de veinte litros que humeaba y olía fatal. Annabeth tenía un pegote de algo pegajoso y negro en el pelo. La camiseta de Percy estaba cubierta de ello.

—Nos hemos encontrado a un par de monstruos de brea—dijo Annabeth—. Eh, Jason, me alegro de que estés despierto. Hazel, ¿dónde está Leo?

Ella señaló hacia abajo.

—En la sala de motores.

De repente el barco entero se inclinó hacia babor. Los semidioses se tropezaron. Percy casi derramó su balde de brea.

—Eh, ¿qué ha sido eso? —preguntó.

—Oh...—Hazel parecía avergonzada—. Es posible que hayamos enfadado a unas cuantas ninfas que viven en este lago. Digamos... a todas.

—Genial—le pasó el balde de brea a Frank y Annabeth—. Chicos, id a ayudar a Leo. Yo entretendré a los espíritus del agua todo lo que pueda.

—¡De acuerdo! —prometió Frank.

Los tres salieron corriendo, dejando a Hazel en la puerta del camarote. El barco se inclinó de nuevo, y Hazel se apretó el estómago como si estuviera mareada.

—Yo sólo...—tragó saliva, señaló débilmente hacia el pasillo y salió corriendo.

Jason y Piper se quedaron allí mientras el barco iba de un lado a otro. Para ser una heroína, Piper se sentía completamente inútil. Las olas chocaban contra el casco y unas voces enfadadas venían de la cubierta superior: Percy gritando y el entrenador Hedge chillándole al lago. El mascarón de fuego Festus escupió fuego varias veces. En el vestíbulo, Hazel gemía tristemente en su camarote. En la sala de motor debajo de ellos, sonaba como si Leo y los otros estuvieran bailando un baile irlandés con yunques atados a los pies. Después de lo que parecieron horas, el motor comenzó a rugir. Los remos crujieron y gimieron, y Piper sintió cómo el barco despegaba.

El zarandeo y los golpes cesaron. El barco se quedó silencioso excepto por el zumbido de la maquinaria. Finalmente Leo salió de la sala de motores. Estaba bañado en sudor, polvo de cal y brea. Parecía como si su camiseta se hubiera quedado atrancada en unas escaleras mecánicas y hubiera sido hecha jirones. El EQUIPO LEO del pecho ahora decía PO LEO. Pero sonreía como un loco y anunció que ya estaban a salvo, en buena dirección.

—Nos vemos en el vestíbulo, en una hora—dijo—. ¿Un día muy loco, verdad?

Después de que todo el mundo se hubiera limpiado, el entrenador Hedge cogió el timón y los semidioses se reunieron para cenar. Era la primera vez que estaban todos juntos, sólo ellos siete. Quizá su presencia debió tranquilizar a Piper, pero viéndoles a todos en un único lugar le recordaba que la Profecía de los Siete estaba teniendo lugar al fin. No más esperar a que Leo terminara el barco. No más días sencillos en el Campamento Mestizo, haciendo ver que para el futuro, faltaba mucho. Estaban en camino, con un montón de romanos enfadados detrás de ellos y las tierras antiguas por delante. Los gigantes estarían esperando. Gea se está alzando. Y a no ser que tuvieran éxito en aquella misión, el mundo sería destruido. Los otros también deberían sentirlo. La tensión en el comedor era como si se estuviera haciendo una tormenta eléctrica, algo que era totalmente posible, teniendo en cuenta los poderes de Jason y los de Percy. En un momento incómodo, los dos chicos intentaron sentarse en la misma silla encabezando la mesa. Unas chispas saltaron literalmente de las manos de Jason. Después de un breve empate silencioso, en el que ambos estaban pensando “¿De verdad, tío?”, cedieron la silla a Annabeth y se sentaron en los lados opuestos de la mesa.

La tripulación comparó historias sobre lo que había pasado en Salt Lake City, pero incluso la ridícula historia de Leo sobre cómo había engañado a Narciso no fue suficiente para alegrar al grupo.

—¿Así que dónde vamos ahora? —preguntó Leo con la boca llena de pizza—. He hecho un trabajo rápido de reparación para sacarnos del lago, pero aún hay mucho que hacer. Deberíamos, en serio, pararnos en algún lado y arreglar las cosas correctamente antes de encaminarnos hacia el Atlántico.

Percy estaba comiéndose un pedazo de tarta, que por alguna extraña razón era completamente azul: el relleno, la corteza incluso la crema rellena.

—Necesitamos poner distancia entre nosotros y el Campamento Júpiter—dijo—. Frank ha avistado unas águilas por encima de Salt Lake City. Suponemos que los romanos no están demasiado lejos de nosotros.

Aquello no mejoró el ánimo en la mesa. Piper no quería decir nada, pero se sintió obligada... y un tanto culpable.

—¿No deberíamos volver atrás e intentar razonar con los romanos? Quizá... quizá no lo haya intentado de verdad con el hechizo oral.

Jason le cogió de la mano.

—No ha sido culpa tuya, Pipes. Ni la de Leo—añadió rápidamente—. Haya pasado lo que haya pasado, ha sido acción de Gea, para separar a ambos campamentos.

Piper se sintió agradecida por su apoyo, pero siguió sintiéndose incómoda.

—Quizá si podemos explicarles eso...

—¿Sin pruebas? —preguntó Annabeth—. ¿Y sin tener ninguna idea de lo que ha pasado de verdad? Aprecio lo que dices, Piper. No quiero que los romanos estén en nuestra contra, pero hasta que entendamos lo que está tratando de hacer Gea, retroceder sería un suicidio.

—Tiene razón—dijo Hazel. Seguía un tanto mareada por los vómitos, pero intentaba comerse unas galletitas saladas. El borde de su plato estaba lleno de rubíes, y Piper estaba segura de que no estaban allí al principio de la comida—. Reyna puede que nos escuche, pero Octavian no. Los romanos tienen el derecho de atacar sin pensar, han sido atacados. Es su modus operandi, atacar y luego preguntar.

Piper miraba su propia cena. Los platos mágicos podrían convocar una gran selección de cosas vegetarianas. A ella le gustaban especialmente las quesadillas de aguacate y pimientos a la parrilla, pero aquella noche no tenía demasiado apetito.

Pensó en las visiones que había visto en el cuchillo: Jason con los ojos dorados, el hombre con la cabeza humana, los dos gigantes en las togas amarillas subiendo

un jarrón de bronce de un pozo. Lo peor de todo, es que se acordó de ella misma ahogándose en el agua oscura.

A Piper siempre le había gustado el agua. Tenía buenos recuerdos de estar surfeando con su padre. Pero desde que había comenzado a tener visiones en Katoptris, había estado pensando más y más en una vieja historia Cherokee que su abuelo le contaba para alejarla del río que había cerca de su cabaña. Él le decía que los Cherokee creían en los buenos espíritus acuáticos, como las náyades griegas; pero también creían en los malos espíritus del agua, los caníbales acuáticos, que cazaban a los mortales con flechas invisibles y que les gustaba especialmente ahogar a niños pequeños.

—Tienes razón—decidió—. Tenemos que seguir. No por los romanos, sino porque tenemos que darnos prisa.

Hazel asintió.

—Némesis ha dicho que sólo tenemos seis días hasta que Nico muera y Roma sea destruida.

Jason frunció el ceño.

—¿Hablas de Roma, Roma o de Nueva Roma?

—De Roma, la original—dijo Hazel—. Pero si es así, eso no es mucho tiempo.

—¿Por qué seis días? —se preguntó Percy—. ¿Y cómo van a destruir Roma? Nadie respondió. Piper no quería añadir malas noticias, pero se sintió obligada.

—Hay más—dijo—. He estado viendo cosas en mi cuchillo.

El grandullón, Frank, se quedó quieto con un tenedor lleno de espaguetis a mitad de camino de su boca:

—¿Cosas como...?

—No tenían demasiado sentido—dijo Piper—, sólo imágenes confusas, pero vi a dos gigantes, vestidos iguales. Quizá fueran gemelos.

Annabeth miró el vídeo del Campamento Mestizo en la pared. Justo ahora mostraba el comedor de la Casa Grande: un fuego acogedor en la chimenea y Seymour, la cabeza de leopardo disecada, respirando lentamente por encima de la repisa.

—Gemelos, como los de la profecía de Ella—dijo Annabeth—. Si pudiéramos averiguar qué quieren decir esos versos, nos podría ayudar.

—*“La hija de la diosa de la sabiduría anda sola”* —dijo Percy—. *“La Marca de Atenea arde a través de Roma”*. Annabeth, eso habla de ti. Juno me dijo, bueno, me dijo que tenía un trabajo difícil para ti en Roma. Dijo que dudaba de que pudieras hacerlo. Sé que se equivoca.

Annabeth respiró hondo.

—Reyna estaba a punto de decirme algo justo antes de que el barco nos disparara. Dijo que había una antigua leyenda entre los pretores romanos, algo

que tenía que ver con Atenea. Dijo que podría ser la razón por la que los griegos y los romanos nunca podrían llevarse bien.

Leo y Hazel intercambiaron miradas nerviosas.

—Némesis mencionó algo similar—dijo Leo—. Habló de unas cuentas que había que saldar...

—Una cosa que puede traer las naturalezas de los dioses en armonía—recordó Hazel—. “*Y un gran error finalmente vengado*”.

Percy dibujó una cara triste en la nata azul de su pastel.

—Yo sólo he sido pretor durante dos horas. Jason, ¿has oído alguna vez sobre una leyenda como esa?

Jason seguía sujetando la mano de Piper. Sus dedos habían comenzado a sudar.

—Yo... eh... no estoy seguro—dijo—. Pensaré en ello.

Percy entrecerró sus ojos.

—¿No estás seguro?

Jason no respondió. Piper quería preguntarle qué iba mal. Podría decir que no quería discutir aquella vieja leyenda. Buscó su mirada, y le dijo en silencio: “*Después*”.

Hazel rompió el silencio.

—¿Qué pasa con los otros versos? —le dio la vuelta a su plato con rubies—. *Los gemelos sofocan el aliento del ángel, aquél que sujeta las llaves de la muerte infinita.*

—La perdición de los gigantes se mantiene dorada y pálida—añadió Frank—. La victoria a través del dolor de una jaula tejida.

—La perdición de los gigantes—dijo Leo—. Cualquier cosa que sea la perdición de los gigantes es bueno para nosotros, ¿verdad? Eso es probablemente lo que necesitamos encontrar. Si puede ayudar a los dioses a mantener sus actos esquizofrénicos bajo control, será bueno.

Percy asintió.

—No podemos matar a los gigantes sin ayuda de los dioses.

Jason se giró hacia Frank y Hazel.

—Creía que vosotros ya habías matado a un gigante en Alaska sin la ayuda de los dioses, sólo vosotros dos.

—Alcioneo era un caso especial—dijo Frank—. Él sólo era inmortal en el territorio donde había renacido, Alaska. Pero no en Canadá. Ojalá pudiéramos matar a todos los gigantes llevándoles a través de la frontera de Alaska y Canadá, pero...

—se encogió de hombros—. Percy tiene razón, necesitamos a los dioses.

Piper miró las paredes. Deseó que Leo no las hubiera encantado con imágenes del Campamento Mestizo. Era como un portal a casa que nunca podría atravesar.



Veía el fuego de Hestia arder en el centro del campo mientras las cabañas apagaban sus luces para dormir.

Se preguntó cómo se sentían los semidioses romano, Frank y Hazel, con aquellas imágenes. Nunca habían estado en el Campamento Mestizo. ¿Les parecía ajeno a ellos o injusto que el Campamento Júpiter no estuviera representado? ¿Les hacía echar de menos su propia casa?

Los otros versos de la profecía daban vueltas den la cabeza de Percy. ¿Qué era una jaula tejida? ¿Cómo podrían los gigantes sofocar el aliento del ángel? La llave de la muerte infinita tampoco no sonaba demasiado alegre.

—Así que...—Leo empujó su silla hacia atrás—. Lo primero es lo primero, supongo. Tendremos que aterrizar por la mañana para acabar las reparaciones.

—Algún lugar cercano a una ciudad—sugirió Annabeth—, en caso de que necesitemos herramientas. Pero en algún lugar alejado de los caminos, para que los romanos tarden más en encontrarnos. ¿Alguna idea?

Nadie habló. Piper recordó su visión en la daga: el extraño hombre de morado, sujetando una copa y tendiéndosela a ella. Estaba apoyado junto a una señal que decía: TOPEKA 50.

—Bueno—se atrevió Piper—. ¿qué pensáis de Kansas?

## Capítulo X

### Piper

PIPER TUVO PROBLEMAS PARA QUEDARSE DORMIDA.

El entrenador Hedge pasó la primera hora después del toque de queda haciendo su guardia nocturna, paseándose por el pasillo gritando:

—¡Las luces apagadas! ¡Acomodaos! ¡Intentad pegar una cabezada u os enviaré de cabeza a Long Island!

Golpeaba su bate de beisbol siempre que oía un ruido en algún camarote, gritando a todo el mundo que se durmiera, lo que hacía imposible que cualquiera pudiera dormirse. Piper se preguntó si era lo más divertido que había hecho el sátiro desde que había pretendido ser profesor de educación física en la Escuela de la Salvajería.

Miró las vigas de bronce del techo. Su camarote era bastante acogedor. Leo había programado sus camarotes para ajustar la temperatura automáticamente a las preferencias del ocupante, por lo que nunca hacía demasiado frío ni demasiado calor. El colchón y la almohada estaban rellenos de plumas de pegaso (ningún pegaso había sufrido daños durante la producción de aquellos productos, le había asegurado Leo), por lo que eran hiper-cómodos. Una lámpara de bronce colgaba del techo, brillando con la iluminación que Piper quisiera. Los lados de la lámpara estaban agujereados, por lo que de noche las constelaciones brillaban por las paredes.

Piper tenía tantas cosas en su cabeza, que creyó que nunca podría dormirse. Pero había algo tranquilo en el ir y venir del barco y el zumbido de los remos aéreos mientras paleaban a través del cielo. Finalmente sus párpados se volvieron más pesados y se durmió.

Parecieron haber pasado unos segundos hasta que se despertó con la campana del desayuno.

—¡Ey, Piper! —Leo llamó a la puerta—. ¡Estamos aterrizando!

—¿Aterrizando? —dijo, dormida.

Leo abrió la puerta y asomó la cabeza. Tenía una mano encima de sus ojos, lo que habría sido un gesto bonito sino hubiera estado espiando a través de sus dedos.

—¿Estás visible?

—¡Leo!

—Perdón—sonrió—. Eh, bonitos pijamas de los Power Rangers.

—¡No son los Powers Rangers! ¡Son águilas Cherokee!

—Sí, claro. De todas maneras, estamos aterrizando a unos kilómetros fuera de Topeka, como pediste. Y, eh...—miró hacia el pasillo, y se giró de nuevo—. Gracias por no odiarme, sobre eso de disparar a los romanos ayer por la mañana.

Piper se despezó los ojos. ¿El festival en Nueva Roma había sido sólo ayer?

—No pasa nada, Leo. No podías controlar tus actos.

—Sí, pero aún así... no tienes porqué defenderme.

—¿Bromeas? Eres como el hermano pequeño molesto que nunca tuve. Por supuesto que te defenderé.

—Eh... ¿gracias?

De arriba, el entrenador Hedge gritó:

—¡Arriar las velas! ¡Kansas a la vista!

—¡Santo Hefesto! —murmuró Leo—. Necesita mejorar bastante en su argot pirata. Será mejor que vaya a cubierta.

Cuando Piper se hubo duchado, cambiado y hubo agarrado un donut del comedor, pudo oír los engranajes de aterrizaje del barco funcionando. Subió a cubierta y se unió a los

demás mientras el Argo II aterrizaba en medio de un campo de girasoles. Los remos se retractaron y una plancha bajó de cubierta hasta el suelo.

El aire de la mañana olía a riego, plantas cálidas y tierra fertilizada. No era un mal olor. A Piper le recordaba a la casa del abuelo Tom en Thalequah, Oklahoma, allí en la reserva.

Percy fue el primero en darse cuenta de ella. Le sonrió, que por alguna razón sorprendió a Piper. Vestía unos tejanos desgastados y una camiseta limpia del Campamento Mestizo, como si nunca se hubiera alejado del lado griego. Sus nuevas ropas debían haber ayudado a su buen humor y por supuesto el hecho de que estaba de pie junto al pasamanos rodeando con su brazo a Annabeth.

Piper estaba contenta de ver a Annabeth con una chispa en sus ojos, porque Piper nunca había tenido una amiga mejor. Durante meses, Annabeth se había estado atormentando ya que con cada movimiento que daba era para buscar a Percy. Ahora, a pesar de la peligrosa misión a la que se enfrentaban, al menos ella tenía de vuelta a su novio.

—¡Y bien!! —Annabeth cogió el donut de la mano de Piper y le pegó un mordisco, aunque a Piper no le molestó. En el campamento, tenían una broma con robarse la una a la otra el desayuno—. Aquí estamos. ¿Cuál es el plan?

—Quiero mirar la autopista—dijo Piper—. Hay que encontrar la señal que diga TOPEKA 50.

Leo agitó su mando de la Wii en círculos y las velas se arriaron solas.

—No debemos de estar muy lejos—dijo—. Festus y yo hemos calculado el aterrizaje lo mejor que hemos podido. ¿Qué esperas encontrar en la señal?

Piper explicó lo que había visto en el cuchillo: el hombre de morado con una copa. Se calló otras imágenes, como la visión de Percy, Jason y ella misma ahogándose. No estaba segura de lo que significaban pero, de cualquier manera, todo el mundo parecía de mejor humor que el día anterior y no quería arruinárselo.

—¿Camiseta morada? —preguntó Jason—. ¿Viñas en su sombrero? Suena a Baco.

—Dioniso—murmuró Leo—. Si hemos venido hasta Kansas para ver al señor D...

—Baco no es tan malo—dijo Jason—. No me gustan demasiado sus seguidoras, pero...

Piper se estremeció. Jason, Leo y ella habían tenido un encuentro con unas ménades meses atrás que casi les hicieron pedazos.

—Pero el dios en sí es normal—siguió Jason—. Le hice un favor tiempo atrás, en California.

Percy parecía consternado.

—Si tú lo dices, tío... Quizá sea mejor cuando es romano. ¿Pero qué hace paseándose por Kansas? ¿No ha ordenado Zeus cesar todo el contacto con los mortales?

Frank gruñó. El grandullón llevaba un chándal azul aquella mañana, como si estuviera listo para salir a correr entre los girasoles.

—Los dioses no han sido muy buenos siguiendo esa orden—comentó—. Además, si los dioses están esquizofrénicos como ha dicho Hazel...

—Y como ha dicho Leo—añadió Leo.

Frank le frunció el ceño.

—¿Entonces quién sabe lo que está pasando en el Olimpo? Podría ser algo bastante peligroso.

—¡Sueno peligroso! —añadió Leo, alegremente—. Bueno, chicos pasadlo bien. Yo tengo que acabar las reparaciones del casco. El entrenador Hedge va a trabajar en las ballestas rotas. Y, ah, Annabeth... me vendría muy bien tu ayuda. Eres la única persona además de mí que entiende algo de mecánica.

Annabeth miró disculpándose a Percy:

—Tiene razón. Debería quedarme y ayudar.

—Volveré—le besó en la mejilla—. Te lo prometo.

Estaban tan fácilmente juntos, que le hacía doler el corazón a Piper.

Jason era genial, por supuesto. Pero algunas veces actuaba tan distanciamiento, como la otra noche, que se había negado a hablar sobre aquella vieja leyenda romana. Muy a menudo parecía estar pensando en su vieja vida en el Campamento Júpiter. Piper se preguntó si alguna vez sería capaz de romper aquella barrera.

El viaje al Campamento Júpiter, ver a Reyna en persona, no había ayudado. Tampoco lo hacía el hecho de que Jason hubiera preferido vestir una camiseta morada aquella mañana, el color de los romanos.

Frank se descolgó el arco de su hombro y lo apoyó junto al pasamanos.

—Creo que me convertiré en un cuervo o algo para dar una vuelta por el aire, vigilaré esas águilas romanas.

—¿Por qué un cuervo? —preguntó Leo—. Tío, te puedes convertir en un dragón, ¿por qué no te conviertes en un dragón siempre? Es lo más guay.

La cara de Frank parecía como si hubiera sido bañada con zumo de arándanos.

—Es como si me preguntaras porqué presas tu peso máximo cada vez que cambias de forma. Por eso es difícil, porque te haces daño a ti mismo. Convertirse en un dragón no es fácil.

—Oh—asintió Leo—. No lo puedo saber. No cambio de peso.

—Sí. Bueno, quizás deberías considerarlo, don...

Hazel dio un paso entre ambos.

—Yo te ayudaré Frank—dijo, lanzándole una mirada de situación a Leo—. Puedo llamar a Arión y dar una vuelta por ahí.

—Claro—dijo Frank, que seguía mirando a Leo—. Sí, gracias.

Piper se preguntó qué estaría pasando entre aquellos tres. Los chicos competían por Hazel y se medían el uno al otro, o al menos eso entendió ella. Pero era como si Hazel y Leo tuvieran una historia. Por lo que Piper sabía, se habían conocido por primera vez ayer. Se preguntó si había pasado algo más en su viaje al gran Lago Salado, algo que no habían mencionado.

Hazel se giró a Percy.

—Ten cuidado cuando vayas por ahí. Demasiados campos, demasiadas plantas. Podrían haber karpoi al acecho.—

—¿Karpoi? —preguntó Piper.

—Espíritus del grano—dijo Hazel—. Créeme, no quieres conocerles.

Piper no sabía cómo podía ser un espíritu del grano algo malo, pero el tono de Hazel la convenció de no preguntar más.

—Eso nos deja a nosotros tres para comprobar esa señal de tráfico—dijo Percy—. Jason, Piper y yo. No estoy demasiado emocionado por ver al señor D de nuevo. Ese tipo es un pesado. Pero, Jason, si tú estás en mejores condiciones con él...

—Sí—dijo Jason—. Si le encontramos, yo hablaré con él. Piper, es tu visión. Tú deberías guiarnos.

Piper sintió un escalofrío. Había visto a ellos tres ahogándose en un pozo oscuro. ¿Iba a pasar en Kansas? No tenía mucho sentido, pero no estaba demasiado segura.

—Por supuesto—dijo, intentando sonar animada—. Vamos a encontrar la autopista.

Leo había dicho que estaban cerca. Su idea de “cerca” necesitaba una revisión. Después de caminar casi un kilómetro a través de los calurosos campos, siendo picados por mosquitos y golpeados en la cara por girasoles secos, finalmente llegaron a la carretera. Un viejo cartel en la vieja gasolinera de Bubba indicaba que aún estaban a 64 kilómetros de la primera salida a Topeka.

—Corregidme si me equivoco—dijo Percy—, ¿pero eso no significa que quedan catorce kilómetros por caminar?

Jason observó a ambos lados de la carretera desierta. Parecía estar mejor aquella mañana, gracias a la curación mágica de la ambrosía y del néctar. Su cara tenía otra vez su color normal, y la cicatriz de su frente casi había desaparecido. La nueva gladius que Hera le había dado el invierno pasado colgaba de su cinturón. La mayoría de los chicos parecerían un tanto incómodos caminando con una espada atada a sus tejanos, pero Jason parecía completamente acostumbrado a ello.

—Ni un solo coche—dijo—. Pero supongo que tampoco no haríamos autostop.

—No—coincidió, mirando nerviosamente hacia el horizonte—. Ya nos hemos pasado bastante tiempo en tierra. Es el territorio de Gea.

—Hmmm...—Jason chasqueó los dedos—. Puedo llamar a un amigo para que nos lleve.

Percy levantó las cejas.

—¿Sí? Yo también. Veamos qué amigo viene antes.

Jason silbó. Piper sabía qué estaba haciendo, pero sólo había podido convocar a Tempestad sólo tres veces desde que habían conocido al espíritu de las tormentas en la Casa del Lobo el último invierno. Aquella mañana, el cielo era completamente azul que Piper supuso que no funcionaría.

Percy simplemente cerró sus ojos y se concentró.

Piper no le había estudiado de tan cerca antes. Si le hubiera visto en un centro comercial en algún lugar, ella habría pensado probablemente que era un patinador, mono igual que un chico desaliñado, un tanto salvaje y definitivamente un buscaproblemas. Ella se habría apartado de él. Ya tenía bastantes problemas en su vida. Pero podía ver por qué Annabeth le gustaba, y podía también ver definitivamente por qué Percy necesitaba a una chica como Annabeth en su vida. Si alguien podría mantener a aquel chico bajo control, era Annabeth.

Un trueno resonó en el cielo despejado.

Jason sonrió:

—Ya está aquí.

—Un poco tarde—Percy señaló hacia el este, donde una forma alada oscura se abalanzaba hacia ellos. A primera vista, Piper pensó que podría ser Frank convertido en cuervo. Entonces se dio cuenta de que era demasiado grande para ser un pájaro.

—¿Un pegaso negro? —dijo—. Nunca había visto uno como ese.

El semental alado aterrizó cerca de ellos. Trotó hacia Percy y le frotó la cara con el morro, entonces giró su morro hacia Piper y Jason.

—Blackjack—dijo Percy—, estos son Piper y Jason. Son amigos.

El caballo relincho.

—Oh, quizá después—respondió Percy.

Piper había oído que Percy podía hablar con los caballos, al ser el hijo del señor de los caballos, Poseidón, pero nunca le había visto en acción.

—¿Qué quiere Blackjack? —preguntó ella.

—Donuts—dijo Percy—. Siempre son donuts. Puede llevarnos a los tres y...

De repente, el aire se volvió frío. Las orejas de Piper se embotaron. A unos cincuenta metros, un ciclón en miniatura de tres pisos de altura se enroscaba entre los girasoles como si hubiera sido sacado de una escena de El Mago de Oz. Fue a parar justo al lado de Jason y adoptó la forma de un caballo, un corcel nebuloso con relámpagos a través de su cuerpo.

—Tempestad—dijo Jason, sonriendo ampliamente—. Ha pasado mucho tiempo, amigo mío.

El espíritu de la tormenta relincho. Blackjack retrocedió, incómodo.

—Tranquilo, chico—dijo Percy—. Él también es un amigo—le lanzó una mirada sorprendida a Jason—. Bonita montura, Grace.

Jason se encogió de hombros.

—Me hice amigo suyo durante nuestra lucha en la Casa del Lobo. Es un espíritu libre, literalmente, pero de tanto en cuanto acepta ayudarme.

Percy y Jason se subieron a sus respectivos caballos. Piper nunca había estado cómoda con Tempestad. Cabalgando a toda velocidad en una bestia que podría vaporizarse en cualquier momento le hacía sentirse incómoda. Aún así, aceptó la mano de Jason y se montó.

Tempestad corrió por la carretera con Blackjack volando por delante. Por suerte, no pasaron junto a ningún coche, o habrían causado bastantes problemas. En poco tiempo, llegaron al cartel de los 50 kilómetros, que se parecía exactamente al que Piper había visto en su visión.

Blackjack aterrizó. Ambos caballos golpearon el asfalto. Ninguno parecía contento de haber tenido que frenar tan rápido, justo cuando habían comenzado a acelerar.

Blackjack relinchó.

—Tienes razón—dijo Percy—. No hay rastro del tipo del vino.

—¿Perdón? —dijo una voz entre los campos.

Tempestad se giró tan rápido que Piper casi se cayó.

El trigo se dobló y el hombre de su visión entró en su campo de visión. Vestía un sombrero de ala ancha lleno de hojas de viña, una camiseta de manga corta morada, pantalones cortos color caqui y unas sandalias con calcetines blancos. Parecía tener unos treinta, con una ligera barriga, como un universitario que hubiera repetido unas cuantas docenas de veces.

—¿Alguien me acaba de llamar “el tipo del vino”? —preguntó, asombrado—. Es Baco, gracias. O señor Baco. O mi señor Baco. O algunas veces, Oh-Dioses-Por-Favor-No-Me-Mate-Señor-Baco.

Percy apremió a Blackjack hacia adelante, aunque el pegaso no parecía demasiado contento con acercarse.

—Pareces distinto—le dio Percy al dios—. Más delgado y tu pelo es más largo. Y no eres tan bajito.

El dios del vino le miró.

—¿De qué demonios me estás hablando? ¿Quién eres tú y dónde está Ceres?

—¿Qué series?

—Creo que habla de Ceres—dijo Jason—. La diosa de la agricultura. Vosotros la llamáis Deméter—asintió, respetuosamente hacia el dios—. Mi señor Baco, ¿se acuerda de mí? Le ayudé con el leopardo perdido en Sonoma.

Bacus se rascó la perilla.

—Ah, sí. John Green.

—Jason Grace.

—Lo que sea—dijo el dios—¿Te ha enviado Ceres?

—No, señor Baco—dijo Jason—. ¿Esperaba encontrarse con ella aquí?

El dios resopló.

—Bueno, no he venido a Kansas de fiesta, chico. Ceres me ha citado aquí para un consejo de guerra. Con Gea levantándose, los cultivos están revoltosos. Las sequías se extienden. Los karpoi se han rebelado. Incluso mis uvas no están seguras. Ceres quiere un frente unido en la guerra contra las plantas.

—La guerra contra las plantas—dijo Percy—. ¿Vas a armar a tus pequeñas uvas con unos rifles de asalto en miniatura?

El dios entrecerró los ojos.

—¿Nos hemos conocido antes?

—En el Campamento Mestizo—dijo Percy—. Yo te conozco como señor D, Dioniso.

—¡AGH! —Baco se estremeció y apretó sus manos contra sus sienes. Durante un segundo, su imagen parpadeó. Piper vio una persona distinta: más regordete, más alto y con una camisa de leopardos. Entonces Baco volvió a ser Baco—. ¡Detente! —pidió—. ¡Deja de pensar en mi forma griega!

Percy parpadeó.

—Eh, pero...

—¿Tienes idea de lo difícil que cuesta estar centrado? ¡Tengo dolores de cabeza todo el rato! ¡Nunca sé qué estoy haciendo o dónde estoy! ¡Siempre estoy de malhumor!

—Eso suena muy normal en ti—dijo Percy.

Al dios se le abrieron las aletas de la nariz. Una de las hojas de viña ardió.

—Si nos conocemos del otro campamento, no sé porqué aún no te he convertido en un delfín.

—Ha sido discutido—le aseguró Percy—. Creo que te dio demasiada pereza hacerlo.

Piper había estado observando con una fascinación aterrorizada, igual que habría visto un accidente de coche. Ahora se daba cuenta de que Percy no estaba poniendo las cosas mejor, y Annabeth no estaba allí para controlarle. Piper se preguntó si su amiga le podría perdonar si traía a su novio convertido en un mamífero marino.

—¡Señor Baco! —interrumpió, bajando de la espalda de Tempestad.

—Piper, cuidado—dijo Jason.

Le lanzó una mirada tranquilizadora: Lo tengo controlado.

—Discúlpeme por molestarle, mi señor—le dijo al dios—, pero de hecho hemos venido aquí en busca de su consejo. Por favor, necesitamos de su sabiduría.



Usó su tono más agradable, añadiendo respeto a su hechizo oral. El dios frunció el ceño, pero el brillo morado de sus ojos desapareció.

—Hablas muy bien, chica. ¿Consejo, eh? Muy bien. Intentad evitar los karaokes. Ah, y las fiestas temáticas ya están pasadas de moda. En tiempos más austeros, la gente busca un guateque más sencillo y de baja categoría con aperitivos locales producidos orgánicamente y...

—No sobre fiestas—le interrumpió Piper—. Aunque es un consejo increíblemente útil, señor Baco. Esperábamos que nos ayudara con nuestra misión.

Le habló del Argo II y de su viaje para detener a los gigantes que despertarían a Gea. Le dijo lo que Némesis había dicho: que en seis días, Roma sería destruida. Describió la visión en su cuchillo, dónde Baco le ofrecía a ella una copa de plata.

—¿Copa de plata? —el dios no parecía muy emocionado. Agarró una Pepsi sin azúcar de la nada y apretó la chapa de la lata.

—Tú bebes Coca Cola sin azúcar—dijo Percy.

—No sé de qué me estás hablando—le espetó Baco—. Y en cuanto a tu visión sobre mi copa, jovencita, no tengo nada para beber a no ser que quieras una Peps. Júpiter me ha puesto bajo órdenes estrictas el evitar dar vino a los menores, por alguna razón que desconozco. En cuanto a los gigantes, les conozco bien. Yo luche en la primera Gigantomaquia, ya sabéis.

—¿Puedes luchar? —preguntó Percy.

Piper deseó que no hubiera sonado tan incrédulo.

Dioniso gruñó. Su Pepsi sin azúcar se convirtió en un cayado de dos metros rodeado de hiedra y en la punta había una piña.

—¡Un tirso! —dijo Piper, esperando distraer la atención del dios antes de que lo usara contra Percy. Había visto armas como aquella en manos de unas ninfas alocadas, y no estaba demasiado emocionada por volverlas a ver, pero intentó sonar impresionada—. Oh, ¡menuda arma poderosa!

—Pues claro—coincidió Baco—. Me alegro de que alguien en vuestro grupo sea listo. ¡La piña como fruto del pino es un arma terrible de destrucción! Yo mismo era un semidiós durante la primera Gigantomaquia, ya sabéis. ¡El hijo de Júpiter!

Jason se estremeció. Probablemente no estaba demasiado emocionado de recordar que el Tipo del Vino era técnicamente su hermano mayor.

Baco zarandó su tirso por el aire, aunque su barriga casi le hizo perder el equilibrio.

—Por supuesto eso fue tiempo antes de que yo inventara el vino y me convirtiera en inmortal. Luché lado a lado con los dioses y otro semidiós... llamado... Harry Cleese, creo.

—¿Heracles? —sugirió Piper, educadamente.

—Lo que sea—dijo Baco—. De todas formas, maté al gigante Efialtes y a su hermano Otis. Unos groseros horribles, esos dos. ¡Golpe de piña en su cara para los dos!

Piper aguantó la respiración. De golpe, varias ideas se le vinieron a la cabeza: las visiones del cuchillo, los versos de la profecía que habían estado discutiendo la noche anterior... Se sintió como cuando hacía submarinismo con su padre, y se sacaba la máscara al salir del agua. De repente, todo se hizo más claro.

—Señor Baco—dijo, intentando controlar el nerviosismo de su voz—. Esos dos gigantes, Efialtes y Otis... ¿podría ser que fueran gemelos?

—¿Eh? —el dios parecía distraído con su zarandeo de tirso, pero asintió—. Sí, gemelos. Eso es.

Piper se giró hacia Jason. Sabía que le estaba leyendo el pensamiento: “Los gemelos sofocan el aliento del ángel”.

En la hoja de Katoptris había visto a dos gigantes con ropas amarillas, subiendo una vasija de un pozo profundo.

—Es eso por lo que estamos aquí—le dijo Piper al dios—. ¡Es parte de nuestra misión! Baco frunció el ceño.

—Lo siento, jovencita. Ya no soy un semidiós. No hago misiones.

—Pero los gigantes sólo pueden ser matados por un héroe y un dios trabajando juntos—insistió—. Ahora usted es un dios, y los dos gigantes con los que tenemos que luchar son Efialtes y Otis. Creo... creo que nos están esperando en Roma. Van a destruir la ciudad de alguna manera. La copa de plata que vi en mi visión, quizá signifique un símbolo de su ayuda. ¡Tiene que ayudarnos a matar a los gigantes!

Baco se la quedó mirando, y Piper se dio cuenta de que había escogido las palabras pobremente.

—Jovencita—dijo, fríamente—. No estoy obligado a hacer nada. Además, yo sólo ayudo a aquellos a los que me rinden honores, algo que nadie ha intentado en varios, varios siglos.

Blackjack relinchó, incómodo. Piper no le culpó. A ella tampoco le sonaba cómo sonaba aquello de “rendirle honores”. Recordó las ménades, las seguidoras locas de Baco, que hacían pedazos a los herejes con sus manos desnudas. Y aquello era cuando estaban de buen humor.

Percy dijo en voz alta la pregunta que estaba demasiado asustada para realizar:

—¿Qué tipo de honores?

Baco agitó su mano, quitándole importancia.

—Nada que puedas manejar, griego insolente. Pero os daré un consejo gratuito, ya que esta chica tiene unos pocos modales. Buscad al hijo de Gea, Forcis. Siempre ha odiado a su madre, no le culpo. Tampoco no es que adorara a los gemelos. Le encontraréis en la ciudad que bautizaron en honor a aquella heroína... Atalanta.

Piper vaciló.

—¿Habla de Atlanta?

—Esa.

—Pero este Forcis—dijo Jason—. ¿Es un gigante? ¿Un titán?

Baco rió.

—Nada de eso. Buscad por el agua salada.

—¿Agua salada? —dijo Percy—. ¿En Atlanta?

—Sí—dijo Baco—. ¿Eres duro de oído? Si alguien puede daros un consejo acerca de Gea y los gemelos, ese es Forcis. Id a buscarle.

—¿A qué se refiere? —preguntó Jason.

El dios miró el sol, que ya estaba en lo alto, marcando el mediodía.

—Es raro en Ceres que llegue tarde, a no ser que haya notado algo peligroso en la zona. O...—la cara del dios empalideció de golpe—. O una trampa. ¡Bueno, será mejor que me vaya! ¡Y si yo fuera vosotros, haría lo mismo!

—¡Señor Baco, espere! —protestó Jason.

El dios parpadeó y desapareció con el sonido de una lata de refresco siendo abierta.

El viento soplaba entre los girasoles. Los caballos se removieron, agitados. A pesar del día seco y caluroso que hacía, Piper se estremeció. Una sensación fría... Annabeth y Leo habían descrito aquella sensación...

—Baco tiene razón—dijo—. Tenemos que marcharnos...

—Demasiado tarde—dijo una voz durmiente, susurrando por entre los campos a su alrededor y resonando por el suelo bajo los pies de Piper.

Percy y Jason sacaron sus espadas. Piper estaba de pie en la carretera entre ellos dos, congelada de miedo. El poder de Gea estaba, repentinamente, en todas partes. Los girasoles se giraron de golpe para mirarles a ellos. El trigo se dobló hacia ellos como si fueran millones de hojas afiladas.

—Bienvenidos a mi fiesta—murmuró Gea. Su voz recordaba a Piper al trigo creciendo: un ruido crujiente, silencioso y persistente que estaba acostumbrada a escuchar en casa del abuelo Tom en aquellas noches silenciosas en Oklahoma.

—¿Qué ha dicho Baco? —murmuró la diosa—. ¿Un guateque sencillo y de baja categoría con aperitivos orgánicos? Sí, en cuanto a mis aperitivos. Sólo necesito dos: la sangre de una semidiosa y la de un semidiós. Piper, cielo, escoge qué héroe morirá contigo.

—¡Gea! —gritó Jason—. ¡Deja de esconderte entre el trigo! ¡Muéstrate!

—Qué valiente—siseó Gea—. Pero el otro, Percy Jackson, también tiene valor. Escoge, Piper McLean o lo haré yo.

El corazón de Piper se aceleró. Gea quería matarla. No era nada sorprendente. ¿Pero qué era aquello de escoger entre los dos chicos? ¿Por qué dejaría a uno de ellos vivir? Tenía que ser una trampa.

—¡Estás loca! —gritó ella—. ¡No voy a escoger nada por ti!

De repente Jason tosió. Se removió en su silla de montar.

—¡Jason! —gritó Pier—. ¿Qué pasa...?

La miró, con su expresión mortalmente calmada. Sus ojos no eran azules. Brillaban con oro sólido.

—¡Percy, ayuda! —Piper se apartó de Tempestad.

Pero Percy se apartó de ella. Se detuvo a cinco metros e hizo girar a su pegaso. Alzó su espada y apuntó hacia Jason.

—Uno morirá—dijo Percy, pero no era su voz. Era profunda y hueca, como alguien susurrando desde el fondo de un cañón.

—Yo escogeré—respondió Jason, con la misma voz hueca.

—¡No! —gritó Piper.

A su alrededor, los campos crujían y siseaban, riendo con la voz de Gea mientras Percy y Jason cargaban el uno al otro, con las armas preparadas.

## Capítulo XI

### Piper

SI NO HUBIERA SIDO POR LOS CABALLOS, PIPER PODRÍA HABER MUERTO.

Jason y Percy se atacaron el uno al otro, pero Tempestad y Blackjack se resistieron lo suficiente como para que Piper pudiera salir de la carretera. Se arrastró por el arcén y miró atrás, sorprendida y aterrorizada, mientras los chicos chocaban espadas: oro contra bronce. Volaron chispas. Sus hojas se volvieron borrosas: atacando y esquivando, y la carretera tembló. El primer intercambio apenas duró un segundo, pero Piper no podía creerse la velocidad que tomaron las espadas. Los caballos se apartaron el uno del otro, Tempestad tronando en protesta y Blackjack agitando sus alas.

—¡Basta! —gritó Piper.

Por un momento, Jason prestó atención a su voz. Sus ojos dorados se volvieron hacia ella, y Percy atacó, haciendo chocar su hoja contra Jason. Gracias a los dioses, Percy giró su espada, quizá a propósito o quizá accidentalmente, para que el mango golpeará el pecho de Jason; pero el impacto fue lo suficientemente fuerte como para derribarlo de la silla.

Blackjack retrocedió a medio galope mientras Tempestad se encabritó, confuso. El espíritu equino corrió hacia los girasoles y se disipó en un halo de vapor.

Percy espoleó a su pegaso para que se girara.

—¡Percy! —gritó Piper—. Jason es tu amigo. ¡Baja tu arma!

Percy bajó el brazo con el que llevaba el arma. Piper quizá pudiera ser capaz de ponerlos bajo control, pero por desgracia, Jason se puso de pie.

Jason rugió. Un relámpago brilló por el cielo azul. Rebotó en su gladius y derribó a Percy de su caballo.

Blackjack relincho y salió volando hasta los campos de trigo. Jason atacó a Percy, que estaba de espaldas, con sus ropas humeando del impacto con el relámpago.

Durante un terrible momento, Piper no tuvo voz. Gea parecía estar susurrándole:

—Debes escoger uno. ¿Por qué no dejas que Jason le mate?

—¡No! —gritó—. ¡Jason, para!

Se congeló, con su espada a escasos centímetros de la cara de Percy. Jason se giró, y la luz dorada de sus ojos parpadeó, extrañada.

—No puedo parar. Uno debe morir.

Había algo en su voz... no era la de Gea. No era Jason. Fuera el que fuera estaba hablando con voz entrecortada, como si el castellano fuera su segunda lengua.

—¿Quién eres? —preguntó Piper.

La boca de Jason se torció en una extraña sonrisa.

—Somos los eidolones. Volveremos a vivir de nuevo.

—¿Eidolones? —la mente de Piper se aceleró. Había estado estudiando todo tipo de monstruos en el Campamento Mestizo, pero aquél nombre no le era familiar—. ¿Sois... sois algún tipo de fantasma?

—Él debe morir—Jason devolvió su atención a Percy, pero Percy se había recuperado mientras ellos hablaban. Le pegó una patada que hizo que Jason cayera en redondo. La cabeza de Jason golpeó el asfalto con un sonido nauseabundo.

Percy se levantó.

—¡Basta! —gritó Piper de nuevo, pero no había ningún hechizo oral en su voz. Estaba gritando de pura desesperación.

Percy levantó a Contracorriente por encima del pecho de Jason. El pánico taponó la garganta de Piper. Quería atacar a Percy con su daga, pero sabía que aquello no ayudaría. Fuera lo que fuera lo que estaba controlándole, le controlaba con todas sus habilidades. No habría forma de que pudiera vencerle en un combate.

Se obligó a centrarse. Vertió toda su furia en su voz:

—Eidolón, detente.

Percy se congeló.

—Mírame—le ordenó Piper.

El hijo del dios del mar se giró. Sus ojos eran dorados y no verdes y su cara era pálida y cruel, no como la de Percy.

—Tú no has escogido—dijo—. Así que este morirá.

—Eres un espíritu del Inframundo—supuso Piper—. Estás poseyendo a Percy Jackson, ¿es eso cierto?

Percy soltó una risotada.

—Viviré de nuevo en este cuerpo. La Madre Tierra me lo ha prometido. Yo iré dónde me plazca, poseyendo a quién quiera.

Una ola de frío recorrió a Piper.

—Leo... eso es lo que he pasado a Leo. Ha sido poseído por un eidolón.

Lo que había dentro de Percy rió de nuevo.

—Demasiado tarde para darse cuenta. No puedes fiarte de nadie.

Jason seguía sin moverse. Piper no tenía ayuda, ninguna forma de protegerle. Detrás de Percy, algo se removió entre el trigo. Piper vio la punta de un ala oscura, y Percy comenzó a girarse hacia el sonido.

—¡Ignóralo! —gritó—. ¡Mírame!

Percy obedeció.

—No puedes detenerme. Mataré a Jason Grace.

Detrás de él, Blackjack salió de los campos de trigo, moviéndose con una velocidad sorprendente para un animal tan grande.

—No le matarás—ordenó a Piper. Pero no estaba mirando a Percy. Miraba fijamente al pegaso, vertiendo todo su poder en sus palabras y esperando que Blackjack le entendiera—. Le dejarás sin sentido.

El hechizo oral barrió a Percy. Cambió de peso, indeciso.

—¿Le dejaré sin sentido?

—Oh, perdón—sonrió Piper—. No estaba hablando contigo.

Blackjack se encabritó y le pegó un golpe de pezuña en su cabeza. Percy se derrumbó en la carretera junto a Jason.

—¡Oh, dioses! —Piper corrió hacia los chicos—. Blackjack, ¿no le habrás matado?

El pegaso resopló. Piper no podía hablar su idioma, pero creyó que debía de haber dicho algo como “Por favor, mido mi propia fuerza”.

Tempestad no estaba a la visa. Aparentemente el caballo de relámpago había vuelto del lugar en el que los espíritus de las tormentas vivieran en los días claros.

Piper miró a Jason. Respiraba entrecortadamente, pero los dos golpes en la cabeza en dos días no podían ser buenos para él. Entonces examinó la cabeza de Percy. No vio ningún rastro de sangre, pero un gran chichón estaba creciendo donde el caballo le había golpeado.

—Tenemos que llevarlos de vuelta al barco—le dijo a Blackjack.

El pegaso movió su cabeza, asintiendo. Se arrodilló para que Piper pudiera poner a Percy y a Jason en su espalda. Después de un duro trabajo (los chicos inconscientes eran muy

pesados), y después de haberlos asegurado, se subió a la espalda de Blackjack y despegaron hacia el barco.

Los demás estaban un tanto sorprendidos cuando Piper volvió en un pegaso con dos semidioses inconscientes. Mientras Frank y Hazel atendían a Blackjack, Annabeth y Leo ayudaron a Piper a llevar a los chicos a la enfermería.

—Con este panorama, se nos va a acabar la ambrosía en nada—gruñó el entrenador Hedge mientras les vendaba las heridas—. ¿Por qué resulta que nunca me invitan a los viajes violentos?

Piper se sentó al lado de Jason. Ella misma se sintió mejor después de un sorbo de néctar y un poco de agua, aunque aún seguía preocupada por los chicos.

—Leo—dijo Piper—, ¿estamos listos para zarpar?

—Sí, pero...

—Pon rumbo a Atlanta. Te lo explicaré después.

—Pero... vale. —salió corriendo.

Annabeth tampoco discutió con Piper. Estaba demasiado ocupada eximando el golpe con forma de pezuña en la cabeza de Percy.

—¿Qué le ha golpeado? —preguntó.

—Blackjack—dijo Piper.

—¿Qué?

Piper intentó explicarlo todo mientras el entrenador Hedge aplicaba poción curadora en las cabezas de los chicos. Nunca había estado demasiado impresionada con las artes curativas de Hedge, pero debía de estar haciendo algo bien. Además de eso, los espíritus que les habían poseído también les habían hecho más fuertes. Ambos gruñeron y abrieron los ojos de golpe.

En unos cuantos minutos, Jason y Percy estaban incorporados en sus camillas y eran capaces de decir frases completas. Ambos tenían recuerdos difusos sobre lo que había pasado. Cuando Piper describió su duelo en la autopista, Jason parpadeó.

—Me han dejado inconsciente dos veces en dos días—murmuró—. Vaya semidiós—miró, adormilado a Percy—. Lo siento, tío. No quería hacerte explotar.

La camiseta de Percy estaba llena de quemazos. Su pelo estaba aún más despeinado de lo normal. A pesar de eso, se las apañó para soltar una risita débil.

—No sería la primera vez. Tu hermana mayor ya me dio una buena en el campamento.

—Sí, pero... podría haberte matado.

—O yo podría haberte matado a ti. —dijo Percy.

Jason se encogió de hombros.

—Si hubiera habido un océano en Kansas, quizás.

—No necesito un océano para...



—Chicos—les interrumpió Annabeth—. Estoy segura de que habríais estado geniales matándoos el uno al otro, pero ahora mismo, necesitáis descansar.

—Primero quiero comer—dijo Percy—. ¿Por favor? Ah, y tenemos que hablar. Baco ha dicho cosas que no...

—¿Baco? —Annabeth levantó la mano—. Vale, bien. Tenemos que hablar. En el comedor en diez minutos. Se lo diré a los demás. Y por favor, Percy, cámbiate la ropa. Hueles como si te hubiera aplastado un caballo eléctrico.

Leo le dio el timón de nuevo al entrenador Hedge, después de hacerle prometer al sátiro que no les condujera hasta la base militar más cercana “por diversión”.

Se reunieron alrededor de la mesa, y Piper explicó qué había pasado a 50 kilómetros de Topeka, su conversación con Baco, la trampa que le había puesto Gea y los eidolones que habían poseído a los chicos.

—¡Por supuesto! —Hazel golpeó la mesa, lo que asustó a Frank tanto que dejó caer a su burrito sobre la mesa—. Eso es lo que le ha pasado a Leo.

—Así que no fue culpa mía—respiró Leo—. Yo no comencé la Tercera Guerra Mundial. Sólo me ha poseído un espíritu malvado. ¡Eso es un alivio!

—Pero los romanos no saben eso—dijo Annabeth—. ¿Y porqué deberían creernos?

—Deberíamos contactar con Reyna—sugirió—. Ella puede que nos crea.

Al oír cómo Jason pronunciaba su nombre, como si un sustento de su antigua vida, hizo que el corazón de Piper diera un vuelco.

Jason se giró hacia ella un con un brillo esperanzador en sus ojos:

—Podrías convencerla, Pipes. Sé que podrías.

Piper se sintió como si toda la sangre de su cuerpo estuviera huyéndole hacia los pies. Annabeth la miró, empáticamente como diciendo: Los chicos están ciegos. Incluso Hazel se estremeció.

—Podría intentarlo—dijo, con poco entusiasmo—. Pero Octavian es por el que nos tenemos que preocupar. En la hoja de mi daga, le vi tomando control de la multitud romana. No estoy seguro de que Reyna pueda detenerles.

La expresión de Jason se oscureció. Piper no obtenía nada por romperle su burbuja, pero los otros romanos, Hazel y Frank, asintieron, estando de acuerdo.

—Tiene razón—dijo Frank—. Esta tarde mientras estábamos vigilando, hemos visto águilas de nuevo. Están muy lejos, pero se acercan rápidamente. Octavian está de camino.

Hazel hizo una mueca.

—Esto es exactamente el tipo de oportunidad que Octavian siempre ha querido. Intentará apoderarse del poder. Si Reyna objeta algo, le dirá que es una blandengue con los griegos. Y en cuanto a esas águilas... es como si nos pudieran oler.

—Pueden—dijo Jason—. Las águilas romanas pueden cazar semidioses por su esencia mágica mejor que los monstruos. Este barco puede protegernos de alguna manera, pero no completamente, al menos no de ellas.

Leo repiqueteó sus dedos contra la mesa.

—Genial. Debería haber instalado una pantalla de humo que hiciera al barco oler como un nugget gigantesco de pollo. Recordadme que la próxima vez lo invente.

Hazel frunció el ceño.

—¿Qué es un nugget de pollo?

—Oh, tío...—Leo negó con la cabeza, sorprendido—. Es cierto. Te has perdido unos... setenta años. Bueno, mi joven aprendiz, un nugget de pollo es...

—No importa—le interrumpió Annabeth—. La cosa es, tendremos dificultades intentando explicárselo a los romanos. Aunque nos creyeran...

—Tienes razón—Jason se inclinó hacia adelante—. Deberíamos seguir adelante. Una vez estemos en el Atlántico, estaremos a salvo... al menos de la legión.

Sonaba tan deprimido, que Piper no estaba segura de si sentirse compadecida o resentida:

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó—. ¿Por qué no nos seguirán?

Negó con la cabeza.

—Ya oíste a Reyna hablar de las tierras ancestrales. Son muy peligrosas. Los semidioses romanos tienen prohibido ir allí durante generaciones. Incluso Octavian no puede romper esa norma.

Frank tragó un mordisco del burrito como si su boca se hubiera convertido en una caja de cartón:

—Así que, si vamos allí...

—Seremos forajidos y traidores—confirmó Jason—. Cualquier semidiós romano tiene el derecho de matarnos en cuanto nos vean. Pero no me preocuparía por ello. Si cruzamos el Atlántico, dejarán de perseguirnos. Asumirán que moriremos en el Mediterráneo, el Mare Nostrum.

Percy señaló a Jason con su pedazo de pizza.

—Tú, caballero, eres todo un rayo de sol.

Jason no discutió. Los demás semidioses miraban sus platos, excepto Percy, que seguía disfrutando de su pizza. ¿Dónde ponía toda su comida? Piper no lo sabía. El chico comía como un sátiro.

—Así que el plan es—sugirió Percy— asegurarnos de que no nos muramos. El señor D, Baco, eh, ¿tengo que llamarle señor B ahora? Bueno, da igual, mencionó a los gemelos en la profecía de Ella. Dos gigantes. Otis y, eh, ¿algo que comenzaba por E?

—Efíaltes—dijo Jason.

—Gemelos gigantes, como los que vio Piper en la hoja—Annabeth recorría su dedo por el borde de su copa—. Recuerdo una historia sobre gigantes gemelos. Intentaron alcanzar el Monte Olimpo juntando un montón de montañas.

Frank casi se atragantó.

—Bueno, eso es genial. Gigantes que pueden usar montañas como bloques de construcción. ¿Y decís que Baco mató a esos tipos con un palo y una piña?

—Algo así—dijo Percy—. No creo que debamos contar con su ayuda esta vez. Quería honores, y nos dejó bastante claro que sería algo que no podríamos manejar.

El silencio se extendió por la mesa. Piper podía oír al entrenador Hedge en cubierta cantando una saloma como era la de Blow the Man Down, aunque no se sabía la letra, por lo que cantaba algo así como Tatatarataataataatatarataa.

Piper no podía sacarse de la cabeza la sensación de que Baco quería ayudarles. Los gigantes gemelos estaban en Roma. Tenían algo que los semidioses necesitaban, algo que estaba en una vasija de bronce. Fuera lo que fuera, tenía la sensación de que guardaba la respuesta para sellar las Puertas de la Muerte, “la llave a la muerte infinita”. También estaba segura de que nunca podrían vencer a los gigantes sin la ayuda de Baco. Y si no lo podían hacer en cinco días, Roma sería destruida y el hermano de Hazel, Nico, moriría.

Por otro lado, si la visión de Baco ofreciéndole una copa de plata era falsa, quizá las otras visiones tampoco tenían que ser ciertas, especialmente la que ella, Percy y Jason se ahogaban. Quizá fuera simbólico.

“La sangre de una semidiosa” había dicho Gea, “y la sangre de un semidiós. Piper, cariño, escoge qué héroe muere contigo”.

—Quiere a dos de nosotros—murmuró Piper.

Todo el mundo se giró hacia ella.

Piper odiaba ser el centro de atención. Quizá fuera extraño para una hija de Afrodita, pero había visto a su padre, la estrella de cine, tener que sobrellevar la fama durante años. Recordaba cuando Afrodita la había reclamado en la hoguera delante del campamento entero, bañándola con su maquilla de reina de la belleza. Había sido casi el momento más vergonzoso de su vida. Incluso allí, con sólo seis semidioses, Piper se sintió observada.

Son mis amigos, se dijo a sí misma. Está todo bien.

Pero tenía aquella extraña sensación... como si más de seis pares de ojos la estuvieran observando.

—Hoy en la autopista—dijo—. Gea me dijo que necesitaba la sangre de sólo dos semidioses, una chica y un chico. Ella... ella me pidió que escogiera qué chico moriría.

Jason apretó su mano.

—Pero ninguno de los dos murió. Nos salvaste.

—Lo sé. Es sólo que... ¿por qué querría eso?

Leo silbó.

—Chicos, ¿recordáis en la Casa del Lobo? ¿A nuestra princesa del hielo preferida, Quíone? Habló de derramar la sangre de Jason y de cómo contaminaría aquél lugar durante generaciones. Quizá la sangre de los semidioses tengan algún tipo de poder.

—Oh...—Percy comenzó su tercer pedazo de pizza. Se reclinó y se quedó mirando a la nada, como si el golpe del caballo en su cabeza se lo acabaran de dar.

—¿Percy? —Annabeth agarró su brazo.

—Oh, eso es malo—murmuró—. Malo, malo, malo—miró a través de la mesa a Frank y a Hazel—. ¿Chicos, recordáis a Polibotes?

—El gigante que invadió el Campamento Júpiter—dijo Hazel—. La némesis de Poseidón que golpeaste en la cabeza con una estatua de Término. Sí, creo que me suena de algo.

—Tuve un sueño—dijo Percy—, cuando estábamos volando hacia Alaska. Polibotes estaba hablando con las gorgonas, y dijo... dijo que quería que me hicieran prisionero, no que me mataran. Dijo: "Le quiero encadenado a mis pies, para que pueda matarlo cuando sea necesario. ¡Su sangre bañará las piedras del Monte Olimpo y despertará a la Madre Tierra!"

Piper se preguntó si los controles de temperatura de la habitación estaban rotos, porque de repente no podía dejar de tiritar. Era la misma forma en la que se había sentido en la autopista en las afueras de Topeka.

—Crees que los gigantes podrían usar nuestra sangre... la sangre de dos de nosotros...

—No lo sé—dijo Percy—. Pero hasta que lo sepamos, sugiero que intentemos evitar ser capturados.

Jason gruñó.

—Estoy de acuerdo con ello.

—¿Pero cómo lo averiguamos? —preguntó Hazel—. La Marca de Atenea, los gemelos, la profecía de Ella... ¿cómo encaja todo?

Annabeth apretó sus manos contra los bordes de la mesa.

—Piper, le has dicho a Leo que pongamos rumbo a Atlanta.

—Sí—dijo Piper—. Baco nos ha dicho que tenemos que buscar a... ¿cómo se llamaba?

—Forcis—dijo Percy.

Annabeth parecía sorprendida, como si no estuviera acostumbrado a que su novio tuviera las respuestas.

—¿Le conoces?

Percy se encogió de hombros.

—No reconocí su nombre al principio. Entonces Baco mencionó agua salada y se encendió una bombilla. Forcis es un viejo dios del mar de antes de los tiempos de mi

padre. Nunca le he conocido, pero supongo que es hijo de Gea. Sigo sin entender qué hace un dios del mar en Atlanta.

Leo soltó una risita.

—¿Qué hacía un dios del vino en Kansas? Los dioses son raros. De todas formas, llegaremos a Atlanta mañana al mediodía, a no ser que algo más vaya mal.

—No digas eso—murmuró Annabeth—. Se está haciendo tarde. Deberíamos ir a dormir.

—Esperad—dijo Piper.

Una vez más, todo el mundo la miró.

Estaba perdiendo su coraje rápidamente, preguntándose si sus instintos estaban mal, pero se obligó a hablar.

—Hay una última cosa—dijo—. Los eidolones, los espíritus poseedores. Siguen aquí, en esta habitación.

## Capítulo XII Piper

PIPER NO PODÍA EXPLICAR CÓMO LO SABÍA.

Las historias de fantasmas y almas torturadas siempre la habían asustado. Su padre acostumbraba a bromear sobre las leyendas Cherokee del abuelo Tom en la reserva, pero incluso en casa en su gran mansión de Malibú, mirando hacia el Pacífico, siempre que su padre le explicaba historias de fantasmas, nunca podía sacárselas de la cabeza.

Los espíritus Cherokee eran siempre inquietos. A menudo perdían el camino hacia la Tierra de los Muertos, o se quedaban atrás para vivir por el resto de los tiempos en el mundo de los mortales. Algunas veces ni siquiera se daban cuenta de que estaban muertos.

Cuanto más aprendía Piper sobre ser una semidiosa, más estaba convencida de que las leyendas Cherokee y los mitos griegos no eran tan distintos. Aquellos eidolones actuaban muy parecido a como lo hacían los espíritus de las historias de su padre.

Piper tenía una sensación interna de que seguían allí, lo único que nadie les había dicho que se marcharan. Cuando acabó de explicarlo, los otros la miraban, incómodos.

En cubierta, Hedge cantaba algo parecido a *"In the Navy"*, mientras Blackjack le acompañaba con sus pezuñas, relinchando.

Finalmente Hazel respiró profundamente.

—Piper tiene razón.

—¿Cómo podéis estar seguras? —preguntó Annabeth.

—He conocido eidolones—dijo Hazel—. En el Inframundo, cuando estaba...ya sabéis.

Muerta.

Piper había olvidado que Hazel estaba en su segunda oportunidad. A su manera, Hazel también era un fantasma que había renacido.

—Así que...—Frank se pasó las manos por su pelo corto como si algunos fantasmas hubieran podido invadir su cabellera—. Creéis que esas cosas están merodeando por el barco, o...

—Posiblemente estén habitando en algunos de nosotros—dijo Piper—. No lo sabemos.

Jason apretó el puño.

—Si eso es cierto...

—Tenemos que tomar medidas—dijo Piper—. Creo que puedo hacerlo.

—¿Hacer qué? —preguntó Percy.

—Escuchadme, ¿vale? —Piper respiró hondo—. Todos, escuchadme.

Piper les fue mirando a los ojos, uno por uno.

—Eidolones—dijo, usando su hechizo oral—, levantad las manos.

Hubo un silencio tenso.

Leo se rió, nervioso.

—¿De verdad crees que vas a...?

Su voz murió. Su cara se volvió inexpresiva. Levantó su mano.

Jason y Percy hicieron lo mismo. Sus ojos se habían convertido en vidriosos y dorados. Hazel se quedó sin respiración, sorprendida. Al lado de Leo, Frank salió corriendo de su silla y pegó su espalda a la pared.

—Oh, dioses—Annabeth miraba a Piper, suplicante—. ¿Puedes curarles?

Piper quería lloriquear y esconderse bajo la mesa, pero tenía que ayudar a Jason. No podía creer que había estado cogida de la mano con un... No, evitó pensar en ello. Se centró en Leo porque era el menos intimidante.

—¿Hay más de vosotros en este barco? —preguntó.

—No—dijo Leo con una voz hueca—. La Madre de Tierra ha enviado a tres de nosotros. A los mejores y a los más fuertes. Viviremos de nuevo.

—Aquí no, no lo haréis—gruñó Piper—. Vosotros tres, escuchadme atentamente.

Jason y Percy se giraron hacia ella. Aquellos ojos dorados la ponían nerviosa, pero ver a los tres chicos de aquella manera canalizó la furia de Piper.

—Dejaréis esos cuerpos—ordenó.

—No—dijo Percy.

Leo soltó una risita suave.

—Debemos vivir.

Frank buscó a tientas su arco.

—¡Marte Todopoderoso, eso da miedo! ¡Salid de aquí, espíritus! ¡Dejad a mis amigos en paz!

Leo se giró hacia él.

—No puedes darnos órdenes, hijo de la guerra. Tu propia vida es frágil. Tu alma puede arder en cualquier momento.

Piper no estaba segura de qué quería decir, pero Frank retrocedió como si le hubieran pegado un golpe en el costado. Apuntó con una flecha mientras las manos le temblaban.

—Me he... enfrentado a cosas peores que vosotros. Si queréis luchar...

—Frank, no. —se levantó Hazel.

A su lado, Jason alzó su espada.

—¡Basta! —ordenó Piper, pero su voz se quebró. Estaba perdiendo fe rápidamente en su plan. Había hecho que los eidolones aparecieran, ¿pero ahora qué? Si no podía persuadirles de que se marcharan, cualquier baño de sangre sería culpa suya. En lo más hondo de su mente, podía oír a Gea riéndose.

—Escucha a Piper—Hazel señaló la espada de Jason. La hoja de oro parecía brillar y aumentar de peso en su mano. Se pegó a la mesa y Jason se hundió de nuevo en su silla.

Percy gruñó en una forma en la que el Percy de verdad nunca lo haría.

—Hija de Plutón, tú quizá puedas controlar las gemas y los metales, pero no controlas a los muertos.

Annabeth se levantó para controlarle con los brazos, pero Hazel le hizo un gesto para que no lo hiciera.

—Escuchad, eidolones—dijo Hazel severamente—, no pertenecéis aquí. Puede que no aceptéis mis órdenes, pero sí lo hacéis de Piper. Obedecedla.

Se giró hacia Piper, con su expresión clara: Inténtalo de nuevo. Puedes hacerlo.

Piper reunió todo su valor. Miró directamente a Jason: justo en los ojos de esa cosa que le estaba controlando.

—Dejaréis esos cuerpos—repitió Piper, incluso con más fuerza.

La cara de Jason se endureció. Su frente estaba bañada con sudor.

—Nosotros... nosotros dejaremos estos cuerpos.

—Juraréis sobre el río Estigio que nunca volveréis a este barco—siguió Piper—, y que nunca volveréis a poseer a nadie de esta tripulación.

Leo y Percy sisearon, protestando.

—Prometeréis sobre el río Estigio—insistió Piper.

Hubo un momento de tensión: podía notar sus voluntades luchando contra la suya. Entonces los tres eidolones hablaron al unísono:

—Lo prometemos sobre el río Estigio.

—Estáis muertos—dijo Piper.

—Estamos muertos—coincidieron los tres.

—Ahora, marchaos.

Los tres chicos se derrumbaron. Percy dejó caer su cara encima de su pizza.

—¡Percy! —Annabeth le agarró.

Piper y Hazel cogieron los brazos de Jason mientras se caía de la silla.

Leo no tuvo tanta suerte. Se cayó hacia Frank, que no hizo ningún intento de cogerle. Leo se dio un golpe contra el suelo.

—¡Au! —rugió.

—¿Estáis bien? —preguntó Hazel.

Leo se levantó. Tenía un trozo de espagueti con la forma de un 3 pegado a su frente.

—¿Ha funcionado?

—Ha funcionado—dijo Piper, sintiéndose lo bastante segura como para saber que estaba en lo cierto—. No creo que vuelvan.

Jason parpadeó.

—¿Eso significa que ya puedo dejar de tener heridas en la cabeza?

Piper rió, sacando todo su nerviosismo.

—Vamos, chico relámpago. Vamos a tomar un poco de aire fresco.

Piper y Jason pasearon por cubierta. Jason seguía un tanto grogui, pero Piper le animó a apoyarse en ella con un brazo.

Leo cogió el timón, hablando con Festus a través del interfono; sabía por experiencia que debía darles un poco de espacio a Jason y a Piper. Desde que la televisión por satélite había vuelto, el entrenador Hedge estaba en su camarote disfrutando de una mezcla de artes marciales con combates en jaulas. El pegaso de Percy, Blackjack se había ido volando a algún lugar. Los otros semidioses estaban poniéndose cómodos para irse a dormir.

El Argo II iba hacia el este, volando a varios cientos de pies por encima del suelo. Debajo de ellos unas ciudades pequeñas pasaban como pequeñas islitas iluminadas en un mar de oscuridad.

Piper recordaba el último invierno, volando sobre Festus, el dragón por encima de la ciudad de Quebec. Nunca había visto nada más bonito, o haberse sentido tan feliz por tener los brazos de Jason a su alrededor, pero aquello era incluso mejor.

La noche era cálida. El barco navegaba más suavemente que el dragón. Lo mejor de todo era que volaban alejándose del Campamento Júpiter tan rápido como podían. No importaba lo peligrosas que fueran las tierras ancestrales, Piper no podía esperar a ir allí. Esperaba que Jason tuviera razón de que los romanos no les seguirían a través del Atlántico.



Jason se detuvo a mitad de cubierta y se inclinó por el pasamanos. La luz de la luna convertía su pelo rubio en plateado.

—Gracias, Pipes—dijo—. Me has salvado de nuevo.

Puso su brazo alrededor de su cintura. Pensó en el día que habían caído por el Gran Cañón, la primera vez que había sabido que Jason podía controlar el aire. La había sujetado tan fuertemente, que podía sentir el pulso de su corazón. Entonces habían dejado de caer y habían flotado en medio del aire. El mejor novio del mundo.

Quería besarle en aquél momento, pero algo se lo impidió.

—No sé si Percy volverá a confiar en mí más—dijo—. No después de que dejase que su caballo le dejara inconsciente.

Jason rió.

—No te preocupes por ello. Percy es un buen tipo, pero tengo la sensación de que necesita un golpe en la cabeza de vez en cuando.

—Podrías haberle matado.

La sonrisa de Jason desapareció.

—Ese no era yo.

—Pero casi te dejo—dijo Piper—. Cuando Gea dijo que tenía que elegir, yo vacilé y...

Parpadeó, maldiciéndose a ella misma por llorar.

—No seas tan dura contigo misma—dijo Jason—. Nos has salvado a ambos.

—Pero si dos de nuestra tripulación tienen que morir, un chico y una chica...

—No aceptaré eso. Vamos a detener a Gea. Nosotros siete, todos, volveremos vivos. Te lo juro.

Piper deseó que no hubiera jurado. La palabra le recordó a la Profecía de los Siete: "*un juramento que mantener con el último aliento*".

Por favor, pensó, esperando que su madre, la diosa del amor, pudiera escucharla. "*No dejes que sea el último aliento de Jason. Si el amor significa algo, no te lo lleves*"

En cuando hizo el deseo, se sintió culpable. ¿Cómo podría soportar ver a Annabeth sufrir aquel tipo de dolor si Percy moría? De hecho, todos habían pasado por muchas cosas. Incluso los dos chicos nuevos romanos, Hazel y Frank, a los que Piper conocía a penas, los consideraba de la familia. En el Campamento Júpiter, Percy había hablado de su viaje a Alaska, lo que sonaba más angustioso que nada a lo que Piper se había enfrentado. Y por la forma en la que Hazel y Frank habían intentado ayudarla durante el exorcismo, podía decir que eran buena gente y bastante valientes.

—La leyenda que Annabeth mencionó—dijo—, sobre la Marca de Atenea... ¿Por qué no querías hablar de ello?

Tenía miedo de que Jason le dijera que se callara, pero bajó la cabeza como si hubiera estado esperando la pregunta.

—Pipes, no sé qué es cierto y qué no. Esa leyenda... podría ser bastante peligroso.

—¿Para quién?

—Para todos nosotros—dijo, con gravedad—. La historia habla de que los romanos robaron algo importante de los griegos, en la Antigüedad, cuando los romanos conquistaron las ciudades griegas.

Piper esperó, pero Jason parecía tener los pensamientos perdidos.

—¿Qué robaron? —preguntó ella.

—No lo sé—dijo—. No estoy seguro de que nadie en la legión lo sepa. Pero según la historia, lo que robaron se lo llevaron a Roma y allí sigue escondido. Los hijos de Atenea, semidioses griegos, nos han odiado desde entonces. Siempre han enviado a sus hermanos en contra de los romanos. Como he dicho, no sé qué es cierto...

—¿Pero por qué no se lo cuentas a Annabeth? —preguntó Piper—. No va a odiarte de repente.

Él parecía tener problemas en centrarse.

—Espero que no. Pero la leyenda dice que los hijos de Atenea han estado buscando este objeto durante milenios. Cada generación, unos pocos son escogidos por la diosa para encontrarlo. Aparentemente, son llevados a Roma a través de alguna señal, la Marca de Atenea.

—Si Annabeth es una de esas buscadoras... deberíamos ayudarla.

Jason vaciló.

—Quizás. Cuando nos acerquemos a Roma, le contaré lo poco que sé. De verdad. Pero la historia, al menos por la forma en la que la he oído, dice que si los griegos encuentran lo que se les ha robado, nunca nos perdonarán. Destruirán la legión y Roma entera, de una vez para todas. Después de lo que Némesis le ha dicho a Leo, sobre lo de Roma siendo destruida en cinco días a partir de hoy...

Piper estudió la cara de Jason. Era, sin lugar a dudas, la persona más valiente que había conocido, pero se dio cuenta de que tenía miedo. Aquella leyenda, la idea de que podría separar a su grupo y destruir una ciudad, le aterrizaba por completo.

Piper se preguntó qué habría sido robado de los griegos que fuera tan importante. No podría imaginarse nada que podría volver vengativa a Annabeth de repente. No podría imaginarse escogiendo la vida de un semidiós, y aquella mañana, en aquella carretera desértica, sólo por un momento, Gea la había tentado...

—Lo siento, de cualquier manera—dijo Jason.

Piper se secó la última lágrima de su cara.

—¿Lo sientes por qué? Fue el eidolón el que atacó...

—No sobre eso—la pequeña cicatriz en el labio superior de Jason parecía tener un brillo blanco a la luz de la luna. Siempre le había encantado aquella cicatriz. La imperfección hacía su cara mucho más interesante.

—Fui un estúpido por pedirte que contactaras con Reyna—dijo—. No estaba pensando.

—Oh—Piper miró hacia las nubes por encima de ellos y se preguntó si su madre Afrodita, estaba influenciándole de alguna manera. Su disculpa parecía demasiado buena para ser cierta. “*Pero no pares*” pensó.

—De verdad, no pasa nada.

—Yo sólo... nunca pensé en Reyna de esa manera—dijo Jason—, por lo que no pensé en que te pudiera hacer sentir incómoda. No tienes nada por qué preocuparte, Pipes.

—Quería odiarla—admitió Piper—. Tenía demasiado miedo de que te quedaras en el Campamento Júpiter.

Jason parecía sorprendido.

—Eso no sucederá nunca. A no ser que vengas conmigo, te lo juro.

Piper agarró su mano. Se las apañó para sonreír, pero estaba pensando: “Otro juramento. *Un juramento que mantener con un último aliento*”.

Intentó apartar esos pensamientos de su cabeza. Sabía que debía de disfrutar aquél momento de relax con Jason. Pero mientras miraba por el barco, no podía evitar pensar en lo que le recordaba la oscuridad el agua oscura, como la habitación donde se ahogaban en la visión de la hoja de su daga.

## Capítulo XIII

### Percy

NADA DE UNA PANTALLA DE HUMO CON OLOR A NUGGET DE POLLO. Percy quería que Leo inventara un gorro anti-sueños.

Aquella noche tuvo unas terribles pesadillas. Primero soñó que estaba de vuelta en Alaska en su misión buscando el águila de la legión. Estaba subiendo por una carretera de una montaña, pero en cuando salió del pavimento, fue tragado por una ciénaga, cieno pantanoso, lo había llamado Hazel. Se vio a sí mismo asfixiándose en el barro, incapaz de moverse, ver o respirar. Por primera vez en su vida, entendió qué era ahogarse.

*“Es sólo un sueño”, se dijo a sí mismo, “Me despertaré”.*

Pero aquello no lo hizo menos terrorífico.

Percy nunca había tenido miedo del agua. Era el elemento de su padre. Pero desde su experiencia en el cieno, había desarrollado un miedo que no dejaba de hacerle sudar la gota fría. Nunca se lo admitiría a nadie, pero incluso se había sentido nervioso por tener que meterse en el agua. Sabía que era una tontería. No podría ahogarse. Pero también sospechaba que si no controlaba el miedo, comenzaría a controlarle a él.

Pensó en su amiga Thalía, que tenía miedo de las alturas aunque fuera la hija del dios del cielo. Su hermano, Jason, podía volar controlando los vientos. Thalía no podía, quizá porque tuviera demasiado miedo como para intentarlo. Si Percy comenzaba a creer que podría ahogarse...

El cieno presionó contra su pecho. Sus pulmones comenzaron a arder.

*“Deja de tener miedo” se dijo a sí mismo, “esto no es real”.*

Justo cuando no podía respirar más, el sueño cambió.

Estaba de pie en un espacio gigantesco y sombrío como un garaje subterráneo. Hileras de pilares de piedra iban en todas direcciones, sujetando el techo a unos siete metros de altura. Unos braseros iluminaban el techo con una tétrica luz roja.

Percy no podía ver demasiado lejos en las sombras, pero colgando del techo había sistemas de poleas, sacos de arena e hileras de focos de teatro apagados. Amontonados por la cámara había cajas de madera etiquetadas con “ATREZZO”, “ARMAS”, y “TRAJES”. Uno decía: “SURTIDO DE LANZAMISILES”.

Percy oía maquinaria funcionar en la oscuridad, unos engranajes gigantescos girando y la presión del vapor sonando por entre las tuberías.

Entonces vio al gigante... o al menos Percy supuso que era un gigante.

Medía unos tres metros y medio (una altura respetable por un cíclope, pero sólo la mitad de alto que los demás gigantes contra los que Percy se había enfrentado). También parecía más humano que el resto de los gigantes, sin las patas de dragón de sus familiares más grandes. Aún así, su pelo morado estaba peinado en una coleta de rastas, llenas de monedas de plata y oro, por lo que Percy supuso que las rastas serían la última moda entre los gigantes. También tenía una lanza de casi tres metros atada a su espalda, también un arma muy común entre gigantes.

Vestía una gigantesca túnica negra de cuello alto que Percy había visto antes, pantalones negros y unos zapatos negros de cuero con unas puntas tan largas y giradas que podrían haber sido unas babuchas. Se paseaba de un lado a otro delante de una plataforma elevada, examinando un jarrón de bronce del tamaño de Percy.

—No, no, no—murmuraba el gigante para sí mismo—. ¿Dónde está la salpicadura? ¿Dónde está el valor? —gritó hacia la oscuridad—. ¡Otis!

Percy oyó algo removerse en la lejanía. Otro gigante apareció de entre las sombras. Vestía el mismo traje oscuro, justo con los mismos zapatos rizados. La única diferencia entre los dos gigantes era que el pelo del segundo era verde y no morado.

El primer gigante maldijo:

—Oto, ¿por qué me haces lo mismo cada día? Te dije que yo iba a llevar el traje negro con cuello alto hoy. ¡No podías vestir cualquier otra cosa que no fuera el traje negro de cuello alto!

Oto parpadeó como si se acabara de despertar.

—¡Creía que hoy ibas a vestir la toga amarilla!

—¡Eso fue ayer! ¡Cuando apareciste con la toga amarilla!

—Oh, claro. Lo siento, Efi.

Su hermano gruñó. Tenían que ser gemelos, porque sus caras eran idénticamente feas.

—Y no me llames Efi—pidió Efi—. Llámame Efiáltes, que para algo es mi nombre. ¡O puedes usar mi nombre artístico! ¡El gran F!

Oto hizo una mueca.

—Sigue sin gustarme ese nombre artístico.

—¡Da igual! Es perfecto. Ahora, ¿cómo van las preparaciones?

—Bien—Oto no sonaba demasiado entusiasmado—. Los tigres devoradores de hombres, las cuchillas pendulares... Aunque sigo creyendo que unas cuantas bailarinas lo arreglarían todo.

—¡Bailarinas no! —le espetó Efiálfes—. Y esta cosa—señaló hacia el jarrón de bronce, disgustado—. ¿Qué hace? No es emocionante.

—Pero es el punto central del espectáculo. Él muere a no ser que los otros le rescaten. Y si llegan siguiendo el horario...

—¡Oh, más les vale! —dijo Efiálfes—. El primero de julio, las calendas de julio, ¡dedicadas a Juno! Es entonces cuando Madre quiere destruir a esos estúpidos semidioses y hacerlo justo en los morros de Juno. Además, ¡no voy a pagar un día de más por esos gladiadores fantasma!

—Bueno, cuando, todos mueran—dijo Oto—, comenzaremos la destrucción de Roma. Justo como quiere Madre. Será genial. La multitud nos adorará. Los fantasmas romanos adoran este tipo de cosas.

Efiálfes parecía no estar convencido del todo.

—Pero el jarrón se queda aquí así. ¿No podríamos ponerlo encima de una hoguera, o disolverlo en un charco de ácido o algo?

—Le necesitamos con vida unos pocos días más—le recordó Oto a su hermano—. De otra forma, los siente no irán a por el cebo y correrán a salvarle.

—Supongo. Aún así me gustaría unos cuantos gritos más. Esta muerte lenta es aburrida. Ah, bueno, ¿qué pasa con nuestra amiga talentosa? ¿Está preparada para recibir a su visita?

Oto puso cara de pocos amigos.

—De verdad, no me gusta hablar con ella. Me pone nervioso.

—¿Pero está preparada?

—Sí—dijo Oto, a regañadientes—. Lleva lista durante siglos. Nadie se llevará esa estatua.

—Excelente—Efiálfes se frotó las manos—. Esta es nuestra gran oportunidad, hermano mío.

—Eso es lo que dijiste en nuestro último golpe—murmuró Oto—. Estuve colgando de un bloque de hielo por encima del río Lete durante seis meses, y ni siquiera conseguimos la atención de los medios.

—¡Esto es distinto! —insistió Efiálfes—. ¡Iniciaremos un nuevo tipo de entretenimiento! Si Madre está contenta con nosotros, ¡podremos fabricar nuestro propio billete hacia la fama!

—Si tú lo dices—suspiró Oto—. Aunque sigo pensando que esos disfraces de bailarina del Lago de los cisnes querían geniales...

—¡Nada de ballet!

—Lo siento.

—Ven—dijo Effaltes—. Vamos a ver a esos tigres. ¡Asegurémonos de que siguen hambrientos!

Los gigantes desaparecieron entre las tinieblas y Percy se giró hacia el jarrón.

“*Necesito ver su interior*” pensó.

Forzó a su sueño a ir hacia adelante, justo hacia la superficie del jarrón. Entonces la atravesó. El aire en la jarra olía a vino rancio y metal oxidado. La única luz que había era el suave brillo morado de una espada oscura, su hoja de acero estigio estaba apoyada a uno de los lados del contenedor. Acurrucado a su lado había un chico con aspecto desalentado vestido con tejanos hechos jirones, una camiseta negra y una vieja chaqueta de aviador. En su mano derecha, un anillo de plata con forma de calavera brillaba en la oscuridad.

—Nico—le llamó Percy. Pero el hijo de Hades no podía oírle.

El contenedor estaba completamente sellado. El aire se estaba volviendo venenoso. Los ojos de Nico estaban cerrados, respirando ligeramente. Parecía estar meditando. Su cara era pálida y estaba más delgado de lo que Percy recordaba.

En uno de los lados del jarrón, parecía como si Nico hubiera hecho tres marcas con su espada, ¿quizá fueran los tres días que llevaba allí encerrado?

Parecía imposible que hubiera sobrevivido tanto tiempo allí sin haberse asfixiado. Incluso en su sueño, Percy comenzaba a sentirse aterrorizado, respirando a bocanadas para conseguir más oxígeno.

Entonces vio algo a los pies de Nico, una pequeña colección de objetos brillantes no más grandes que unos dientes de leche.

Semillas, se dio cuenta Percy. Eran semillas de granada. Tres habían sido comidas y escupidas. Aún quedaban cinco metidas en su pulpa rojo oscuro.

—Nico—dijo Percy—, ¿qué es este lugar? Te salvaremos...

La imagen desapareció y la voz de una chica susurró:

—Percy...

Al principio, Percy creía que seguía soñando. Cuando perdió su memoria, se había pasado semanas soñando con Annabeth, la única persona que recordaba de su pasado. Mientras sus ojos se abrían y su visión se aclaraba, se dio cuenta de que ella estaba de verdad allí.

Estaba de pie ante su litera, sonriéndole.

Su pelo rubio caía sobre sus hombros. Sus ojos grises color tormenta tenían un brillo de diversión. Recordaba su primer día en el Campamento Mestizo, cinco años atrás, cuando se había despertado de haber estado inconsciente y se encontró a Annabeth delante de él. Le había dicho: “*Babeas cuando duermes*”.

Era así de romántica.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Hemos llegado?

—No—dijo, en voz baja—. Es medianoche.

—Entonces...—se le aceleró el corazón a Percy. Se dio cuenta de que estaba en pijama, en la cama. Probablemente había estado babeando, o al menos haciendo ruiditos extraños. No había duda de que tenía un severo caso de pelo-almohada (despeinadísimo) y su aliento no olía demasiado bien—. ¿Te has colado en mi camarote?

Annabeth puso los ojos en blanco.

—Percy, tendrás diecisiete en dos meses. No me dirás que puedes estar preocupado por tener problemas con el entrenador Hedge.

—¿Has visto a su bate de béisbol?

—Además, Sesos de Alga, se me acaba de ocurrir que deberíamos ir a dar un paseo. No hemos tenido demasiado tiempo para estar solos. Quiero enseñarte algo, mi lugar preferido en el barco.

El pulso de Percy seguía acelerado, pero no era por el miedo de meterse en problemas.

—Puedo, ya sabes, ¿lavarme los dientes primero?

—Será mejor—dijo Annabeth—. Porque no te voy a besar hasta que lo hagas. Y péinate el pelo mientras te los lavas.

Para ser un trirreme, el barco era enorme, pero aún así era muy acogedor para Percy, como el edificio de dormitorios de la Academia Yancy, o cualquiera de los internados en los que había estado y de los que había sido expulsado. Annabeth y él bajaron de puntillas a la segunda cubierta, la cual Percy no había explorado excepto la enfermería.

Le llevó hasta la sala de motores, que parecía bastante peligrosa, como una jungla mecanizada, con tubos, pistones y tuberías saliendo de una esfera central de bronce. Los cables parecían unos fideos gigantes metálicos serpenteando por todo el suelo hacia las paredes.

—¿Cómo funciona esta cosa? —preguntó Percy.

—Ni idea—dijo Annabeth—. Soy la única además de Leo que puede hacerlo funcionar.

—Eso me deja mucho más tranquilo.

—Debería estar correcto. Sólo ha estado a punto de explotar una vez.

—Bromas, espero.

Ella sonrió.

—Vamos.

Se hicieron paso a través de las bodegas y la armería. En la popa del barco, pasaron bajo unas puertas dobles de madera que llevaban hasta un gran establo. La habitación olía a heno fresco y mantas de lana. Alineados a la izquierda habían tres compartimentos para caballos vacíos como los que usaban para los pegasos en el campamento. A la derecha



habían dos cajas vacías lo suficientemente grandes como para grandes animales de zoológico.

En el centro de la habitación había un panel de siete metros para ver a través. Debajo de ellos, el paisaje nocturno pasaba volando, kilómetros de campos oscuros atravesados con autopistas iluminadas como las líneas de una telaraña.

—¿Un barco con el fondo de cristal? —preguntó Percy.

Annabeth agarró una de las mantas del compartimento más cercano y la extendió por el cristal.

—Siéntate conmigo.

Se relajaron en la manta como si estuvieran teniendo un picnic, y miraban el mundo pasar por debajo de ellos.

—Leo construyó los establos para que los pegajos pudieran ir y venir fácilmente—dijo Annabeth—. Lo único que no se dio cuenta de que los pegajos prefirieran pastar libres, por lo que los establos siempre están vacíos.

Percy se preguntó dónde estaría Blackjack, volando por los cielos en algún lugar, con suerte siguiéndoles el rumbo. La cabeza de Percy seguía un tanto dolorida por el golpe de la pezuña de Blackjack, pero no se la guardaba al caballo.

—¿A qué te refieres, con ir y venir fácilmente? —preguntó—. ¿No querrá que los pegajos tengan que atravesar dos cubiertas con las escaleras y todo?

Annabeth golpeó sus nudillos contra el cristal.

—Estas son las puertas de carga, como en un bombardero.

Percy tragó saliva.

—¿Entonces estás diciendo que estamos sentados en unas puertas? ¿Qué pasaría si se abrieran?

—Supongo que haríamos caída libre sin paracaídas. Pero no se abrirá. Espero.

—Genial.

Annabeth se rió.

—¿Sabes por qué me gusta estar aquí? No es sólo por la vista. ¿A qué te recuerda este lugar?

Percy miró a su alrededor: las cajas y los establos, la lámpara de bronce celestial colgando del techo, el olor a heno, y por supuesto, Annabeth sentada a su lado, con su cara blanquecina y hermosa con la luz de la luna.

—Aquél camión zoológico—dijo Percy—. El que cogimos en Las Vegas.

Su sonrisa le dijo que había acertado.

—Eso fue hace mucho tiempo—dijo Percy—. Estábamos débiles, luchando para atravesar el país para encontrar aquél estúpido relámpago celestial, atrapados en aquél camión con un puñado de animales maltratados. ¿Cómo puedes echar de menos eso?

—Porque, Sesos de Alga, fue la primera vez que hablamos de verdad, tú y yo. Te hablé de mi familia, y...—se sacó su collar del campamento, en el que había el anillo de su padre y las cuentas de colores por cada año en el Campamento Mestizo. Ahora había algo más en la cuerda de cuero: un pendiente de coral rojo que Percy le había dicho cuando comenzaron a salir. Se lo había traído del palacio de su padre en el fondo del mar.

—Y—siguió Annabeth—, me recuerda a todo el tiempo que hace que nos conocemos. Teníamos doce, Percy. ¿Te lo puedes creer?

—No—admitió—. Así, ¿sabías si te gustaba en aquél momento?

Ella soltó una sonrisita.

—Te odié al principio. Me molestabas. Entonces te aguanté durante unos pocos años. Entonces...

—Vale, bien.

Se inclinó hacia él y le besó: un sonoro y rotundo beso sin nadie mirándole, sin romanos alrededor, sin sátiros gritones.

Ella retrocedió.

—Te echaba de menos, Percy.

Percy quería decirle lo mismo, pero entonces le pareció un comentario sin importancia. Mientras había estado en el lado romano, se había mantenido vivo sólo manteniendo con vida el recuerdo de Annabeth. "*Te echaba de menos*" no definía aquello para nada.

Recordó aquella noche, cuando Piper había forzado al eidolón a salir de su mente. Percy no había estado al tanto de su presencia hasta que había usado su hechizo oral. Después de que el eidolón se hubo ido, se sintió como si le hubieran arrancado un clavo ardiente de la frente. Entonces sus pensamientos se aclararon, su alma se sintió cómoda de estar ella sola en su cuerpo.

Estar sentado junto a Annabeth le hacía sentirse de la misma manera. Los pasados meses podrían haber sido uno de sus extraños sueños. Los eventos en el Campamento Júpiter parecían tan difusos e irreales como aquella lucha contra Jason, cuando habían sido controlado por los eidolones. Aún así no se arrepentía del tiempo que había pasado en el Campamento Júpiter. Le había abierto los ojos de muchas maneras.

—Annabeth—dijo, vacilante—, en Nueva Roma, los semidioses pueden vivir sus vidas enteras en paz.

Su expresión se volvió en guardia:

—Reyna me lo explicó. Pero, Percy, tú perteneces al Campamento Mestizo. Esa otra vida...

—Lo sé—dijo Percy—. Pero mientras estaba allí, vi a tantos semidioses vivir sin miedo: niños ir al colegio, parejas casándose y formando familias. No hay nada como el

Campamento Mestizo. Sigo pensando en que tú y yo... quizá algún día cuando esta guerra con los gigantes haya terminado...

Era difícil decirlo a la luz dorada, pero creyó ver a Annabeth sonrojarse:

—Oh—dijo.

Percy tuvo miedo de haber dicho demasiado. Quizá la había asustado con tantos sueños sobre el futuro. Ella era la buena con los planes. Percy se maldijo en silencio.

Desde que conocía a Annabeth, se sentía como si entendiera muy pocas cosas sobre ella. Incluso después de haber estado saliendo con ella durante varios meses, su relación había sido siempre como algo delicado, como una escultura de cristal. Tenía miedo de hacer algo mal y romperlo.

—Lo siento—dijo—. Yo sólo... pensaba en eso para ir hacia adelante. Para darme esperanza. Olvida lo que he dicho...

—¡No! —dijo—. No, Percy. Dioses, eres tan dulce. Es sólo que... puede que hayamos quemado esa opción. Si no podemos arreglar las cosas con los romanos... bueno, los dos grupos de semidioses nunca podremos llevarnos bien. Es por eso por lo que los dioses nos mantienen separados. No sé si alguna vez pudiéramos pertenecer allí.

Percy no quería discutirlo, pero no podía dejar de tener esperanza. Era algo importante, no solo para Annabeth y para él, sino para todos los demás semidioses. Tenía que ser posible pertenecer a dos mundos distintos al mismo tiempo. Después de todo, eso era lo que es ser semidiós, sin pertenecer del todo al mundo mortal ni al monte Olimpo, pero intentando poner paz entre ambos lados.

Por desgracia, eso le llevó a pensar en los dioses, en la guerra a la que se enfrentaban, y en su sueño sobre Efiálfes y Oto.

—He tenido una pesadilla justo antes de despertarme—admitió.

Le dijo a Annabeth lo que había visto. Incluso las partes más turbulentas no parecieron preocuparle. Ladeó la cabeza con tristeza cuando describió el encarcelamiento de Nico en el jarrón de bronce. Puso una mirada furiosa cuando le dijo que los gigantes planeaban algún tipo de espectáculo para destruir a Roma que incluiría sus muertes dolorosas como la obertura.

—Nico es el cebo—murmuró—. Los ejércitos de Gea deben de haberlo capturado de alguna manera. Pero no sabemos exactamente dónde le mantienen cautivo.

—En algún lugar de Roma—dijo Percy—. Algún lugar bajo el suelo. Lo dijeron como si Nico tuviera unos pocos días de vida, pero no sé cómo ha podido aguantar tanto tiempo sin oxígeno.

—Cinco días más según Némesis—dijo Annabeth—. Las calendas de julio. Al menos ahora esa fecha límite tiene sentido.

—¿Qué es una calenda?

Annabeth sonrió, como si estuviera orgullosa de volver a su posición original, Percy siendo ignorante y ella explicando las cosas.

—Es el nombre romano para el primer día del mes. Es de ahí de dónde viene la palabra calendario. ¿Pero cómo ha podido Nico sobrevivir tanto tiempo? Se lo deberíamos decir a Hazel.

—¿Ahora?

Ella vaciló.

—No, puede esperar hasta mañana. No quiero molestarla con estas noticias en medio de la noche.

—Los gigantes mencionaron una estatua—repitió Percy—. Y algo acerca de una amiga talentosa que la estaba custodiando. Fuera quién fuera aquella amiga, le daba miedo a Oto. Y alguien que pueda asustar a un gigante...

Annabeth miró por una autopista que serpenteaba por entre las colinas.

—Percy, ¿has visto últimamente a Poseidón? ¿O has tenido alguna señal suya?

Negó con la cabeza.

—No desde hace... guau. Supongo que ni he pensado en ello. No desde el final de la Titanomaquia. Le vi en el Campamento Mestizo, pero fue el pasado agosto—le recorrió una oleada de miedo—. ¿Por qué? ¿Has visto a Atenea?

Esquivó su mirada.

—Hace unas semanas—admitió—. No... no fue bien. No parecía ella misma. Quizá sea la esquizofrenia griega/romana de la que hablaba Némesis. No estoy segura. Dijo cosas bastante dolorosas. Dijo que la había fallado.

—¿Fallado? —Percy no estaba seguro de haberla oído bien. Annabeth era la perfecta hija semidiosa. Era todo lo que podría ser una hija de Atenea—. ¿Cómo podrías...?

—No lo sé—dijo, tristemente—. A parte de eso, he estado teniendo pesadillas por mi cuenta. No tienen mucho más sentido que las tuyas.

Percy esperó, pero Annabeth no compartió más detalles. Quería hacerla sentirse mejor y decirle que todo iba a ir bien, pero sabía que no podía. Quería arreglar todo entre ellos para que pudieran tener un final feliz. Después de todos aquellos años, incluso los dioses más crueles tendrían que admitir que se lo merecían.

Pero tenía una extraña sensación de que no había nada que pudiera ayudar a Annabeth en aquel momento, nada más que estar allí. *“La hija de la sabiduría anda sola”*.

Se sintió atrapado e inútil igual que cuando se hundió en el cenit.

Annabeth se las arregló para esbozar una sonrisa.

—Pedazo de evento romántico, ¿no? No más noticias hasta mañana—le besó de nuevo—. Ya nos la apañaremos. Te tengo de vuelta. Por ahora, eso es todo lo que me importa.

—Correcto—dijo Percy—. Nada más de hablar sobre Gea acercándose, Nico estando capturado, el mundo acabando, los gigantes...

—Cállate, sesos de alga—le ordenó—. Abrázame.

Estuvieron allí sentados, disfrutando del calor del otro. Antes de que Percy se diera cuenta, el sonido del motor del barco, la tenue luz y la acogedora sensación de estar con Annabeth, le hizo sentirse los párpados más pesados, y se durmió.

Cuando se despertó, la luz del sol atravesaba el suelo de cristal y la voz de un chico dijo:

—Oh, estáis metidos en problemas...

## Capítulo XIV

### Percy

PERCY HABÍA VISTO A FRANK RODEADO por ogros caníbales, enfrentándose a un gigante invencible e incluso desatando a Tánatos, el dios de la muerte. Pero nunca había visto a Frank tan aterrorizado como entonces, encontrándoles en los establos.

—¿Qué? —Percy se frotó los ojos—. Oh, nos hemos quedado dormidos.

Frank tragó saliva. Estaba vestido con deportivas, pantalones militares oscuros y una camiseta de los Juegos Olímpicos de Vancouver con su chapa de centurión romano enganchada en el cuello de la camiseta (lo que le parecía a Percy un poco triste o esperanzador, ahora que eran renegados). Frank apartaba su mirada como si la vista de ellos juntos le pudiera quemar.

—Todo el mundo piensa que os han secuestrado—dijo—. Hemos estado registrando el barco. Cuando el entrenador Hedge os encuentre, oh, dioses, ¿habéis estado aquí toda la noche?

—¡Frank! —las orejas de Annabeth estaban tan rojas como dos fresas—. Bajamos aquí y nos quedamos dormidos por accidente. Nada más.

—Y nos besamos un par de veces—dijo Percy.

Annabeth le miró.

—¡No ayudas!

—Será mejor que...—Frank señaló a las puertas—. Eh, se supone que tenemos que encontrarnos para desayunar. ¿Os importaría explicar lo que habéis hecho, digo, lo que no habéis hecho? Quiero decir... No quiero que ese fauno, sátiro, perdón, me mate.

Frank corrió.

Cuando todo el mundo se reunió en el comedor, no fue tan malo como Frank había temido. Jason y Piper se sintieron aliviados. Leo no podía dejar de sonreír y murmurar:

—Típico, típico.

Sólo Hazel parecía escandalizada, quizá porque era de los años 40. No dejó de apartarle la mirada a Percy.

Obviamente, el entrenador Hedge se puso hecho un basilisco; pero Percy encontró difícil tomarse en serio al sátiro ya que a penas no medía metro y medio.

—¡En mi vida! —berreó el entrenador, agitando su bate y tirando un plato de manzanas—. ¡En contra de las normas! ¡Irresponsables!

—Entrenador—dijo Annabeth—, ha sido un accidente. Estábamos hablando y nos quedamos dormidos.

—Además—dijo Percy—, comienzas a sonar como Término.

Hedge entrecerró los ojos.

—¿Eso es un insulto, Jackson? ¡Porque yo sí que te voy a terminar a ti!

Percy intentó no reírse.

—No sucederá de nuevo, entrenador. Lo prometo. Ahora, ¿no tenemos algo que discutir?

Hedge estaba que echaba humo.

—¡De acuerdo! Pero te vigilaré, Jackson. Y a ti, Annabeth Chase. Creía que tenías un poco más de sentido...

Jason se aclaró la garganta.

—Servíos un poco de comida, gente. Comencemos.

El encuentro fue como un consejo de guerra pero con donuts. De nuevo, en el Campamento Mestizo estaban acostumbrados a tener sus reuniones más serias alrededor de la mesa de Ping-Pong en la sala de juegos con galletitas saladas y nachos con queso, por lo que Percy se sintió como en casa.

Les habló de su sueño, los gemelos gigantes planeando una recepción para ellos en un parking subterráneo con lanzamisiles, Nico di Angelo atrapado en una jarra de bronce, muriéndose lentamente de asfixia con semillas de granadas a sus pies.

Hazel ahogó un sollozo.

—Nico... Oh, dioses. Las semillas.

—¿Sabes lo que son? —preguntó Annabeth.

Hazel asintió.

—Me las enseñó una vez. Son del jardín de nuestra madrastra.

—Vuestra madras... ¡ah! —dijo Percy—. Hablas de Perséfone.

Percy había conocido a Perséfone. No había sido exactamente acogedora y alegre, que digamos. También había estado en el jardín del Inframundo, un lugar tétrico lleno de árboles de cristal y flores que brillaban con el color de la sangre y de un blanco fantasma.

—Esas semillas son como comida de último recurso—dijo Hazel. Percy sabía que estaba nerviosa porque todos los objetos plateados de la mesa comenzaron a moverse hacia ella—. Sólo los hijos de Hades podemos comerlas. Nico siempre ha guardado algunas por si se quedaba atrapado en algún lugar. Pero si de verdad está preso...

—Los gigantes intentan atraernos hacia él—dijo Annabeth—. Presuponen que intentaremos rescatarle.

—Bueno pues, ¡tienen razón! —Hazel miró a los lados, perdiendo la confianza—. ¿No?

—¡Sí! —el entrenador Hedge gritó con la boca llena de servilletas—. ¡Eso conllevará una batalla, ¿verdad?!

—Hazel, por supuesto que le ayudaremos—dijo Fran—. ¿Pero cuánto tenemos hasta que... eh...? Quiero decir, ¿cuánto le queda a Nico?

—Una semilla por día—dijo Hazel, tristemente—. Eso si se pone a sí mismo en trance mortal.

—¿Trance mortal? —Annabeth frunció el ceño—. Eso no suena nada bien.

—Evita que consuma todo su aire—dijo Hazel—. Como hibernar, o entrar en coma. Una semilla le puede mantener con vida a penas un día.

—Le quedan cinco semillas—dijo Percy—. Eso son cinco días, además de hoy. Los gigantes lo han planeado así, por lo que tenemos que llegar el uno de Julio. Suponiendo que Nico esté escondido en Roma...

—No es mucho tiempo—resumió Piper. Puso su mano encima del hombro de Hazel—. Le encontraremos. Al menos ahora sabemos a qué se refiere esa profecía—. "*Los gigantes sofocan el aliento del ángel, que tiene la llave para la muerte infinita*". El apellido de tu hermano, *di Angelo*. *Angelo* es ángel en italiano.

—Oh, dioses—murmuró Hazel—. Nico...

Percy se quedó mirando a su donut. Él tenía una historia rara con Nico di Angelo. El chico que una vez le había engañado una vez para hacerle visitar el palacio de Hades, y Percy había acabado en una celda. Pero la mayor parte del tiempo, Nico apoyaba a los chicos buenos. Él no se merecía una asfixia sofocante y lenta en un jarrón de bronce, y Percy no podía soportar ver a Hazel sufriendo.

—Le rescataremos—le prometió—. Tenemos que hacerlo. La profecía dice que él sujeta la llave para la muerte infinita.

—Es cierto—dijo Piper, animada—. Hazel, tu hermano estaba buscando las Puertas de la Muerte del Inframundo, ¿verdad? Debe de haberlas encontrado.

—Puede decirnos dónde están—dijo Percy—, y cómo cerrarlas.

Hazel respiró hondo.

—Sí. Bien.

—Eh—Leo se removió en su silla—. Una cosa. Los gigantes esperan que hagamos esto, ¿y vamos a ir directos a la trampa?

Hazel miró a Leo como si hubiera hecho un gesto ofensivo.

—¡No tenemos elección!

—No me malentiendas, Hazel. Es que tu hermano, Nico... ¿sabía lo de los dos campamentos?

—Sí, bueno—dijo Hazel.

—Él ha estado yendo y viniendo—dijo Leo—, y no se lo dijo a ninguno de los dos lados.

Jason se respaldó en su silla, con una expresión lúgubre.

—Estás planteándote de si podríamos confiar en el chico. Yo también.

Hazel se puso de pie.



—No me lo puedo creer. Es mi hermano. Me trajo del Inframundo, ¿y no queréis ayudarlo?

Frank puso su mano en su hombro.

—Nadie ha dicho eso—miró a Leo—. Será mejor que nadie haya dicho eso.

Leo parpadeó.

—Chicos, mirad. Todo lo que he querido decir es...

—Hazel—dijo Jason—. Leo está sacando un tema peliagudo. Recuerdo a Nico del Campamento Júpiter. Ahora me encuentro con que también ha estado visitando el Campamento Mestizo. Eso también me deja un tanto... apesadumbrado. ¿Sabemos a ciencia cierta con quién están sus lealtades? Tenemos que ir con cuidado.

Hazel zarandeó sus brazos. Una bandeja de plaza salió volando hacia ella y golpeó la pared detrás de ella, estampando huevos revueltos por todas partes.

—Tú... ¡el gran Jason Grace! ¡El pretor al que yo admiraba! Se suponía que tenías que ser un líder bueno y justo. Y ahora tú...—Hazel se puso de pie de nuevo y salió corriendo del comedor.

—¡Hazel! —la llamó Leo—. Ah, sí. Debería...

—Has hecho bastante—le gritó Frank. Se puso de pie para seguirla, pero Piper le hizo un gesto para que esperara.

—Dale tiempo—le aconsejó Piper. Entonces frunció el ceño a Leo y a Jason—. Chicos, eso ha sido muy cruel.

Jason parecía en shock.

—¿Cruel? ¡Sólo estoy yendo con cuidado!

—Su hermano se está muriendo—dijo Piper.

—Tengo que ir a hablar con ella—insistió Frank.

—No—dijo Piper—. Deja que se relaje. Hazme caso. Iré a ver cómo está en unos minutos.

—Pero...—Frank parecía un oso hambriento—. Bueno. Vale. Esperaré.

De arriba vino un sonido chirriante como un taladro gigantesco.

—Ese es Festus—dijo Leo—. Le he dejado en modo autopiloto, por lo que debemos estar acercándonos a Atlanta. Tengo que ir allí, suponiendo que vayamos a aterrizar.

Todo el mundo se giró hacia Percy.

Jason alzó una ceja.

—Tú eres el capitán Agua Salada. ¿Alguna idea?

¿Había resentimiento en su voz? Percy se preguntó si Jason estaba picado en secreto por su duelo en Kansas. Jason había bromeado sobre eso, pero Percy supuso que ambos tenían una pequeña rencilla.

—No estoy seguro—admitió—. En algún lugar central, lo bastante alto como para que podamos tener una buena vista de la ciudad. ¿Quizá algún parque con unos pocos árboles? No queremos hacer aterrizar un barco de guerra en el medio del centro de la ciudad. Dudo que incluso la Niebla pueda cubrir algo tan grande.

Leo asintió.

—Voy a ello—corrió hacia las escaleras.

Frank se removió en su silla, incómodo. Percy se sintió mal por él. En el viaje a Alaska, había visto a Hazel y Frank acercarse el uno al otro. Sabía lo protector que se sentía Frank por ella. También había notado la mirada ceñuda que le lanzaba Frank a Leo. Decidió que quizá sería buena idea sacar a pasear un rato a Frank.

—Cuando aterricemos, yo daré una vuelta por Atlanta—dijo Percy—. Frank, me irías bien de ayuda.

—¿Te refieres a que me convierta de nuevo en un dragón? En serio, Percy, no quiero pasarme toda la misión siendo el taxi volador de los demás.

—No—dijo Percy—. Quiero que vengas conmigo porque tienes sangre de Poseidón. Quizá puedas ayudarme a encontrar dónde está esa agua salada. Además, eres bueno luchando.

Eso pareció hacer sentir un poco mejor a Frank.

—Claro. Supongo.

—¡Genial! —dijo Percy—. Deberíamos llevarnos a alguien más. Annabeth...

—¡Ah, no! —gruñó el entrenador Hedge—. Jovencita, estás castigada.

Annabeth le miró como si estuviera hablando en un idioma extraño.

—¿Perdón?

—¡Tú y Jackson no vais a ir a ningún lugar juntos! —insistió Hedge. Miró a Percy, retándole a enfrentársele—. Yo iré con Frank y con don Engaños Jackson. El ¡resto de vosotros vigilaréis el barco y os aseguraréis de que Annabeth no se salte más normas!

Maravilloso, pensó Percy. Un día de chicos por la ciudad con Frank y un sátiro sediento de sangre, para encontrar agua salada en una ciudad sin costa.

—Esto—dijo—, va a ser realmente divertido.

## Capítulo XV

### Percy

PERCY SUBIÓ A CUBIERTA Y EXCLAMÓ:

—GUAU.

Habían aterrizado en cerca de la cima de una colina boscosa. Un complejo de edificios blancos, como un museo o una universidad, se acurrucaban entre un bosquecillo de pinos a su izquierda. Debajo de ellos se extendía la ciudad de Atlanta, un grupo de rascacielos céntricos marrones y plateados se alzaban a tres kilómetros de lo que parecía una infinita expansión de autopistas, vías de ferrocarriles, casas y pedazos verdes de bosque.

—Ah, un lugar precioso—el entrenador Hedge respiró el fresco aire de la mañana—. Una buena elección, Valdez.

Leo se encogió de hombros.

—Yo sólo he cogido una colina alta. Eso es una biblioteca presidencial o algo por el estilo. Al menos es lo que me ha dicho Festus.

—¡No hablo de eso! —gruñó Hedge—. ¿Pero te das cuenta de lo que es esta colina? Frank Zhang, ¡tú deberías saberlo!

Frank se estremeció.

—¿Yo?

—¡Un hijo de Ares estuvo aquí! —Hedge gritó, indignado.

—Soy romano... por lo que de hecho soy hijo de Marte.

—¡Lo que sea! ¡Un lugar famoso de la guerra civil americana!

—Soy canadiense, de hecho.

—¡Lo que sea! El general Sherman, líder de la Unión. Estuvo en esta colina observando la ciudad de Atlanta ardiendo. Sembró la destrucción desde aquí hasta el mar. Quemando, saqueando, robando... ¡eso sí que era un semidiós!

Frank se apartó del sátiro.

—Ah, vale.

A Percy no le importaba demasiado la historia, pero se preguntó si el aterrizaje había sido un mal augurio. Había oído que la mayoría de las guerras civiles habían comenzado por luchas entre semidioses griegos y romanos. Ahora estaban de pie en el sitio de tal batalla. La ciudad entera, debajo de ellos había sido quemada por las órdenes de un hijo de Ares. Percy se imaginó que algunos chicos del Campamento Mestizo también habrían podido dar esa orden. Clarisse La Rue, por ejemplo, no habría vacilado. Pero no se podía imaginar a Frank siendo tan duro.

—De todas formas—dijo Percy—, intentemos no quemar esta ciudad esta vez.

El entrenador parecía decepcionado.

—De acuerdo. ¿Pero hacia dónde?

Percy señaló hacia el centro de la ciudad:

—En caso de duda, comencemos por el centro.

Encontrar alguien que los llevara fue más fácil de lo que creían. Fueron a la biblioteca presidencial, que resultó ser el centro Carter, y preguntaron al personal si podían llamar a un taxi o darles indicaciones para la parada de autobús más cercana. Percy podría haber llamado a Blackjack, pero se resistía a pedirles ayuda a los pegasos después de su encuentro reciente. Frank no quería convertirse en nada. Y además, Percy tenía la esperanza de viajar en algo mortal para variar.

Una de las bibliotecarias, que se llamaba Esther, insistió en llevarles ella misma. Fue tan simpática que Percy creyó que podría haber sido un monstruo disfrazado, pero Hedge les apartó y les dijo que Esther olía a humana corriente.

—Con una piza de flores secas aromáticas—dijo—. Dientes de ajo y pétalos de rosa. ¡Delicioso!

Se metieron en el gran Cadillac y les llevó al centro. Esther era tan menuda, que apenas podía agarrar el volante, pero eso no parecía preocuparle. Condujo el coche a través del tráfico mientras les deleitaba con historias sobre familias locas de Atlanta, antiguos dueños de las plantaciones, los fundadores de la Coca-Cola, las estrellas deportivas y la gente de las CNN. Sonaba saber tantas cosas que Percy intentó probar suerte.

—Eh, Esther—dijo—, tengo una pregunta difícil para ti. Agua salada en Atlanta. ¿Qué es lo primero que se te viene a la mente?

La anciana se rió.

—Oh, cielo. Eso es fácil. ¡Tiburones ballena!

Frank y Percy intercambiaron miradas.

—¿Tiburones ballena? —preguntó Frank, nerviosamente—. ¿Tenéis de eso en Atlanta?

—En el acuario, cielo—dijo Esther—. ¡Son muy conocidas! Justo en el centro de la ciudad. ¿Es ahí donde queráis ir?

Un acuario. Percy lo consideró. No sabía qué estaría haciendo el antiguo dios griego del mar en un acuario, pero no tuvieron mejores ideas.

—Sí—dijo Percy—. Es ahí donde queremos ir.

Esther les dejó en la entrada principal, donde ya se había formado una cola. Insistió en darles su número de teléfono para emergencias, dinero para una vuelta en taxi hasta el centro Carter, y un pote de melocotones en almíbar caseros, que por alguna razón los guardaba en una caja en su maletero. Frank se guardó el pote en su mochila y le dio las gracias a Esther, que ya había pasado de llamarles “cielo” a “hijito”.

Mientras se alejó, Frank dijo:

—¿Son así de majos todos los de Atlanta?

Hedge gruñó:

—Espero que no. No puedo luchar contra ellos si son simpáticos. Vamos a darles una tunda a esas tiburones ballena. ¡Suenan peligrosas!

No se le había ocurrido a Percy tener que pagar una entrada, o estar en una cola detrás de un puñado de familias y niños de campamentos.

Mirando a los niños de primaria con sus camisetas de distintos campamentos, Percy se sintió un tanto triste. Debería estar justo entonces en el Campamento Mestizo, acomodándose en su cabaña durante el verano, dando clases de luchas con las espadas en la arena, haciéndoles bromas a los demás consejeros. Aquellos chicos no tenían ni idea de cómo de loco se podía convertir un campamento de verano.

Suspiró.

—Bueno, supongo que tendremos que esperar en la cola. ¿Alguien tiene dinero?

Frank comprobó sus bolsillos.

—Tres denarios del campamento Júpiter y cinco dólares canadienses.

Hedge zarandeo sus pantalones cortos de chándal y sacó lo que había encontrado.

—Tres monedas de veinticinco centavos y dos monedas de diez y una goma de pollo y, ¡ah, premio! ¡Un pedazo de apio!

Comenzó a mordisquear el apio, mirando las monedas y a la gomita como si fueran lo siguiente.

—Genial—dijo Percy. Sus propios bolsillos estaban vacíos a excepción de su bolígrafo/espada, Contracorriente. Estaba preguntándose de si podrían entrar cuando una mujer vestida con una camiseta azul y verde del Acuario de Georgia se les acercó, sonriendo ampliamente.

—¡Ah, visitantes VIP! —tenía dos hoyuelos en las mejillas, gafas de montura gruesa, aparatos dentales y su pelo negro encrespado, parecía la típica empollona de clase, en parte mona y en parte extraña. Además de su camiseta del Acuario de Georgia, vestía pantalones de sport negros y unas deportivas oscuras. Dio saltitos de alegría como si no pudiera contener su alegría. Su tarjeta identificadora decía: Kate.

—Tenéis vuestro pago, por lo que veo—dijo—. ¡Excelente!

—¿Qué? —preguntó Percy.

Kate cogió los tres denarios de la mano de Frank.

—Sí, eso está bien. ¡Por aquí, por favor!

Se dirigió hacia la entrada principal.

Percy miró al entrenador Hedge y a Frank.

—¿Una trampa?

—Probablemente—dijo Frank.

—Ella no es mortal—dijo Hedge, olisqueando el aire—. Probablemente algún tipo de demonio devora-cabras y asesina-semidioses del Tártaro.

—Sin duda—coincidió Percy.

—Increíble—sonrió Hedge—. Vamos.

Kate les llevó por delante de la cola y les hizo pasar por la puerta del acuario sin ningún problema.

—Por aquí, por favor—Kate sonrió a Percy—. Es una exhibición increíble. No os vais a quedar decepcionados. Es muy extraño tener visitantes VIP.

—¿Hablas de semidioses? —preguntó Frank.

Kate le miró con picardía y le puso un dedo en los labios.

—Por aquí está la sala del Ártico, con los pingüinos, las *belugas* y todo eso. Y por aquí, bueno, esos son peces, por supuesto.

Para ser una trabajadora del acuario, no parecía saber mucho o importarle demasiado los peces más pequeños. Pasaron por un gigantesco tanque de especies tropicales y cuando Fran señaló a un pez en particular y le pregunto qué era, Kate dijo:

—Oh, esos son los amarillos.

Pasaron por la tienda de regalos y Frank se detuvo ante una mesa llena de ropa y juguetes.

—Coged lo que queráis—le dijo Kate.

Frank parpadeó.

—¿De verdad?

—¡Por supuesto! ¡Sois VIP!

Frank vaciló. Entonces llenó su mochila con algunas camisetas.

—Tío—dijo Percy—, ¿qué haces?

—Ha dicho que podía—susurró Frank—. ¡Además, necesito más ropa. No hice el equipaje para un viaje largo!

Añadió una bola de nieve a su alijo, lo que a Percy no le pareció ser ropa. Entonces Frank agarró un cilindro tejido del tamaño de una piruleta.

Lo señaló:

—¿Qué es...?

—Una trampa china para dedos—dijo Percy.

Frank, que era chino-canadiense, parecía ofendido.

—¿Esto es chino?

—No lo sé—dijo Percy—. Simplemente se llama así. Es como un regalo de broma.

—¡Por aquí, chicos! —Kate les llamó por el vestíbulo.

—Te lo enseñaré más tarde—le prometió Percy.

Frank puso las trampas chinas para dedos en su mochila y siguieron caminando.

Pasaron a través de un túnel. Había peces nadando por encima de sus cabezas, y Percy sintió el pánico crecer en su garganta, de forma irracional.

“Es una tontería”, se dijo a sí mismo, “He estado bajo el agua millones de veces. Y ni siquiera estoy en el agua”.

La amenaza real era Kate, se recordó a sí mismo. Hedge había detectado que no era humana. En cualquier minuto se convertiría en una horrible criatura y les atacaría. Por desgracia, Percy no tenía más opción que seguirle el rollo con el tour VIP hasta que encontraran al dios del mar Forcis, aunque estuvieran metiéndose de lleno en una trampa. Salieron a una sala de exposición bañada con luz azul. Al otro lado del cristal había el mayor tanque de acuario que Percy había visto nunca. Dando círculos había docenas de peces gigantes, incluyendo dos tiburones moteados, dos veces del tamaño de Percy. Eran gordos y lentos, con las bocas abiertas y sin dientes.

—Tiburones ballena—gruñó el entrenador Hedge—. ¡Quizá deberíamos luchar contra ellas a muerte!

Kate soltó una risita.

—Sátiro tontito. Los tiburones ballena son pacíficos. Sólo comen plancton.

Percy frunció el ceño. Se preguntó cómo había sabido Kate que el entrenador era un sátiro. Hedge vestía sus pantalones y sus zapatos especialmente diseñados con forma de pies por encima de sus pezuñas, igual que el resto de los sátiros hacían para confundirse por entre los mortales. Su gorra de beisbol cubría sus cuernos. Cuanto más reía Kate y actuaba amistosamente, le gustaba menos a Percy, pero el entrenador Hedge no parecía desconcertado.

—¿Tiburones pacíficos? —dijo el entrenador, disgustado—. ¿Qué objetivo tiene eso?

Frank leyó la placa al lado del tanque.

—Los únicos tiburones ballena en cautividad del mundo—murmuró—. Eso es algo increíble.

—Sí, y estas son pequeñas—dijo Kate—. Deberíais ver algunos de mis otros bebés sin capturar.

—¿Tus bebés? —preguntó Frank.

A juzgar por el brillo alocado en los ojos de Kate, Percy estaba seguro de que no quería conocer a los bebés de Kate. Decidió que era hora de ir al grano. No quería adentrarse más en aquel acuario.

—Así que, Kate—dijo—, estamos buscando a un tipo... quiero decir, un dios, llamado Forcis. ¿Le conoces?

Kate sonrió.

—¿Conocerles? Es mi hermano. Es ahí a donde vamos, tontitos. La verdadera exhibición está por aquí.

Señaló a la pared más lejana. La superficie sólida negra se fundió y otro túnel apareció que llevaba a un luminoso tanque morado.

Kate se adentró. Lo último que quería hacer Percy era seguirla, pero si Forcis estaba de verdad al otro lado, y si tenía información de verdad que les ayudaría en la misión... Percy respiró hondo y siguió a sus amigos por el túnel.

En cuanto entraron, el entrenador Hedge silbó.

—Vale, esto sí es interesante.

Nadando por encima de ellos había peces de colores del tamaño de contenedores de basura, cada uno con cientos de tentáculos que parecían cables barbudos. Un pez de colores tenía un pez espada de tres metros atragantado en su garganta. El pez de colores apretaba con sus tentáculos lentamente a su presa.

Kate le sonrió radiantemente al entrenador Hedge.

—¿Ves? ¡Olvídate de los tiburones ballena! ¡Y aún hay mucho más!

Kate les guió a una cámara incluso más grande, llena de acuarios. En una pared, un cartel brillante rojo decía: ¡MUERTE EN LOS MARES PROFUNDOS! Patrocinado por Monster Donut.

Percy tuvo que leer dos veces el cartel a causa de su dislexia, y entonces dos veces más para entenderlo del todo.

—¿Monster Donut?

—Oh, sí—dijo—. Una de nuestras empresas patrocinadoras.

Percy tragó saliva. Su última experiencia con Monster Donut no había sido demasiado agradable. Había involucrado cabezas de serpientes que escupían ácido, griterío y un cañón.

En un acuario, una docena de hipocampos, caballos con colas de peces, nadaban sin ganas. Percy había visto varios hipocampos en libertad. Había incluso cabalgado a un par, pero nunca había visto ninguno en un acuario. Intentó hablarles, pero ellos simplemente flotaban, en ocasiones chocándose contra el cristal. Sus mentes parecían idas.

—Esto no está bien—murmuró Percy.

Se giró y vio algo incluso peor. Al fondo del tanque más pequeño, dos nereidas, espíritus femeninos del mar, estaban sentadas con las piernas cruzadas, mirándose la una a la otra, jugando a un juego de cartas llamado Go Fish. Parecían increíblemente aburridas. Su pelo verde flotaba lánguidamente alrededor de sus caras. Sus ojos estaban medio cerrados.

Percy se sintió tan enfadado, que apenas podía respirar. Miró a Kate:

—¿Cómo puedes mantenerlos ahí?



—Lo sé—suspiró Kate—. No son muy interesantes. Hemos intentado enseñarles algunos trucos, pero no ha habido suerte, me temo. Creo que os gustará este tanque más que los demás.

Percy comenzó a protestar, pero Kate ya se había apartado.

—¡Santa madre de las cabras! —gritó el entrenador Hedge—. ¡Mirad estas bellezas!

Estaba mirando embobado a dos serpientes marinas, monstruos de diez metros con escamas brillantes de color azul y mandíbulas que podrían haber partido un tiburón ballena por la mitad. En otro tanque, observando desde su caverna de cemento, había un calamar del tamaño de un camión, con pico tan grande como el de un gigantesco cúter.

Un tercer tanque guardaba una docena de criaturas humanoides con unos lacios cuerpos de foca, caras perrunas y manos humanas. Estaban sentados en el fondo del tanque, construyendo cosas con Lego, aunque las criaturas parecían estar tan entretenidas como las nereidas.

—¿Eso son...?—Percy comenzó a preguntar.

—¿Telequines? —dijo Kate—. ¡Sí! ¡Los únicos en cautividad!

—¡Pero lucharon contra Cronos durante la última guerra! —dijo Percy—. ¡Son peligrosos!

Kate puso los ojos en blanco.

—Bueno, no podemos llamarlo “Muerte en los mares profundos” si las exhibiciones no son peligrosas. No os preocupéis. Les mantenemos sedados.

—¿Sedados? —preguntó Frank—. ¿Eso es legal?

Kate pareció no haberle oído. Siguió caminando, señalando las demás exhibiciones. Percy miró a los telequines. Uno era obviamente joven. Intentaba hacer una espada con un Lego, pero parecía estar demasiado mareado como para juntar las piezas. A Percy nunca le habían gustado los demonios marinos, pero ahora lo lamentaba por ellos.

—Y estos monstruos marinos—siguió explicando Kate—, puede llegar a medir treinta metros en libertad en el fondo oceánico. Tienen más de cien dientes. ¿Y estos? Su comida preferida son los semidioses...

—¿Semidioses? —gritó Frank.

—Pero también comen ballenas o barcos pequeños—Kate se giró hacia Percy y se sonrojó—. Lo siento... ¡soy una aficionada a los monstruos! Estoy segura de que sabes todo esto muy bien, ya que eres el hijo de Poseidón y tal.

Los oídos de Percy comenzaron a pitar en alarma. No le gustaba que Kate supiera tanto sobre él. No le gustaba la forma en la que les explicaba la información sobre criaturas cautivas sedadas o a cuáles de sus bebés les gustaba comer semidioses.

—¿Quién eres? —le dijo—. ¿Kate significa algo?

—¿Kate? —ella pareció confundida. Entonces miró a su tarjeta identificadora—. Oh...—rió—. No, es...

—¡Hola! —dijo una nueva voz, resonando por todo el acuario.

Un hombre menudo apareció de entre la oscuridad. Caminaba de lado con las piernas arqueadas como un cangrejo, con su espalda encorvada, y con los brazos levantados a cada lado como si estuviera levantando bandejas invisibles.

Vestía un traje de buzo con unos chillones tonos de verde. Unas brillantes letras plateadas estaban imprimidas a un lado y decían: LOS DISPARATES DE PORKY. Tenía un micrófono entre sus pelos rizados y blancos. Sus ojos eran de un azul lechoso, uno más alto que el otro y a pesar de que sonreía, no parecía amistoso, era como si le estuvieran dando justo en la cara con un cañón de aire.

—¡Visitantes! —dijo el hombre, y la palabra resonó por su micrófono. Tenía voz de DJ, profunda y resonante, que no pegaba con su apariencia—. ¡Bienvenidos a Los Disparates de Forcis!

Zarandeo los brazos en una dirección, como dirigiéndoles su atención hacia una explosión. No sucedió nada.

—Maldita sea—murmuró el hombre— ¡Telequines, esa era vuestra entrada! Yo muevo mis manos y saltáis energéticamente en vuestro tanque, hacéis un doble salto sincronizado y aterrizáis en formación de pirámide. ¡Lo hemos estado ensayando!

Los demonios marinos no le prestaron atención.

El entrenador Hedge se inclinó hacia el hombre cangrejo y olisqueó su traje de brujo.

—Bonito traje.

No sonaba como si estuviera bromeando. El sátiro vestía chándales por diversión.

—¡Gracias! —sonrió el hombre—. Soy Forcis.

Frank cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—¿Por qué pone en tu traje Porky?

Forcis rió.

—¡Maldita compañía de uniformes! No pueden hacer nada bien.

Kate golpeó su tarjeta.

—Les dije que mi nombre era Ceto, pero pusieron Kate. Mi hermano, bueno, ahora se ve que se llama Porky.

—¡No me llamo así! —espetó el hombre—. Ni siquiera mi nombre se escribe con Y. El nombre no pega con Disparates. ¿Qué tipo de espectáculo se llama Los disparates de Porky? Pero vosotros, colegas, no queréis oírnos quejar. ¡Contemplad, la maravillosa majestuosidad del gigantesco calamar asesino!

Señaló dramáticamente hacia el tanque del calamar. Esta vez, unos fuegos artificiales salieron disparados del cristal, creando géiseres de chispas doradas. La música resonó por los altavoces. Las luces brillaron y revelaron la maravillosa majestuosidad de un tanque vacío. Al parecer, el calamar había vuelto al interior de su cueva.

—¡Maldita sea! —gritó de nuevo Forcis. Se dio la vuelta a su hermana—. Ceto, ¡entrenar al calamar era tarea tuya! ¡Malabarismos, te dije! Quizá un poco de vueltas para el final. ¿Pido demasiado?

—Es tímido—dijo Ceto a la defensiva—. Además, cada uno de sus tentáculos tiene sesenta y dos púas afiladas como cuchillas que tienen que ser afiladas a diario—se giró hacia Frank—. ¿Sabíais que el calamar monstruoso es la única bestia conocida que se alimenta de semidioses enteros, con armadura y todo, sin tener una indigestión? ¡Es cierto!

Frank retrocedió, agarrándose el cuello, para asegurarse de que seguía allí.

—¡Ceto! —le espetó Forcis, literalmente, ya que hizo chasquear sus dedos como garras de cangrejos—. ¡Aburres a nuestros visitantes con tanta información! ¡Menos educación y más entretenimiento! Ya lo hemos discutido.

—Pero...

—¡No hay peros! ¡Estamos aquí para presentar “Muerte en los Mares Profundos”! Patrocinado por *Monster Donut*.

Las últimas palabras resonaron a través de la sala con eco añadido. Las luces brillaron. Unas nubes de humo salieron del suelo, haciendo anillos con forma de donuts que olían a donuts de verdad.

—Disponibles en la tienda de recuerdos—les aconsejó Forcis— ¡Pero ya habéis gastado vuestros ahorros en denarios para conseguir el tour VIP, y así me gusta! ¡Venid conmigo!

—Eh, espera—dijo Percy.

La sonrisa de Forcis desapareció de forma extraña.

—¿Sí?

—Tú eres un dios del mar, ¿verdad? —preguntó Percy— ¿Hijo de Gea?

El hombre cangrejo suspiró.

—Cinco mil años y sigo siendo conocido como el hijo pequeño de Gea. No importa que sea uno de los más ancestrales dioses del mar de la historia. ¡Más viejo que tú presuntuoso padre, por cierto! ¡Soy el dios de las profundidades ocultas! ¡Padre de cientos de monstruos! Pero, no, nadie sabe nada de mí. Cometí un pequeño error, poniéndome de lado de los titanes en su guerra, y soy exiliado del océano, a Atlanta, de todos los lugares.

—Creímos que los olímpicos habían dicho Atlantis—explicó Ceto—. Creyeron que sería una buena broma, supongo, al enviarnos aquí a cambio.

Percy entrecerró los ojos.

—¿Eres una diosa?

—¡Ceto, sí! —sonrió, felizmente—. ¡Diosa de los monstruos marinos, naturalmente! Tiburones ballena, calamares, y cualquier otra vida gigantesca en el mar, pero mi corazón

siempre ha pertenecido a los monstruos. ¿Sabíais que las serpientes marinas jóvenes pueden regurgitar la carne de sus víctimas para alimentarse durante seis años con la misma comida? ¡Es cierto!

Frank seguía agarrándose el estómago como si fuera a vomitar.

El entrenador Hedge silbó.

—¿Seis años? Eso es fascinante.

—¡Lo sé! —gritó Ceto.

—¿Y cómo exactamente digiere la carne de sus víctimas, el calamar gigante? —preguntó Hedge—. ¡Me encanta la naturaleza!

—Oh, bueno...

—¡Basta! —exigió Forcis—. ¡Estás arruinando el espectáculo! ¡Ahora, sed testigos de nuestras nereidas gladiadoras luchar a muerte!

Una bola de discoteca de espejos descendió del tanque de las nereidas, haciendo el agua bailar con luz multicolor. Dos espadas cayeron al fondo y aterrizaron en la arena. Las nereidas las ignoraron y siguieron jugando a cartas.

—¡Maldita sea! —Forcis se agitó.

Ceto miró ceñuda al entrenador Hedge.

—No hagas caso de Forcis. Es un charlatán. Ven conmigo, mi querido sátiro. Te enseñaré diagramas a todo color de las zonas de caza de los monstruos.

—¡Excelente!

Antes de que Percy pudiera quejarse, Ceto guió al entrenador Hedge hacia un laberinto de tanques, dejando a Frank y a él solos con el dios del mar.

Una gota de sudor bajó por el cuello de Percy. Intercambió una mirada nerviosa con Frank. Se sintió como en una estrategia “divide y vencerás”. No veía la forma en la que aquello podría terminar bien. Parte de él quería atacar a Forcis en aquel momento, al menos aquello podría darles el elemento sorpresa, pero no habían obtenido información útil de momento. Percy no estaba seguro de que poder encontrar al entrenador Hedge de nuevo. Ni siquiera estaba seguro de poder encontrar la salida.

Forcis debió de haber leído su expresión.

—Oh, está bien—le aseguró el dios—. Ceto puede ser un tanto aburrida, pero cuidará de vuestro amigo. Y honestamente, la mejor parte del tour aún está por llegar.

Percy intentó pensar, pero comenzaba a tener dolor de cabeza. No estaba seguro de si era por la herida del día de ayer, por los efectos especiales de Forcis o por las lecciones nauseabundas sobre curiosidades de monstruos marinos.

—Así que...—Percy se las apañó para hablar—, Dioniso nos envió aquí.

—Baco—le corrigió Frank.

—Correcto—Percy intentó mantener su preocupación bajo control. Podía a duras penas recordar un nombre para cada dios. Dos era ya demasiado—. El dios del vino, lo que sea —miró hacia Forcis—. Baco dijo que podrías saber qué tramaba tu madre Gea, y esos gigantes gemelos hermanos tuyos, Efíaltes y Oto. Y si resulta que sabes algo acerca de la Marca de Atenea...

—¿Baco te dijo que yo te podría ayudar? —preguntó Forcis.

—Bueno, sí—dijo Percy—. Quiero decir, tú eres Forcis. Todo el mundo habla de ti. Forcis ladeó la cabeza y sus ojos se alinearon—. ¿Ah, sí?

—Por supuesto. ¿No es verdad, Frank?

—¡Oh, sí! —dijo Frank—. La gente habla de ti, todo el rato.

—¿Qué dicen? —preguntó el dios.

Fran parecía incómodo.

—Bueno, que tienes unos fuegos artificiales geniales. Y que tienes una voz muy de radio. Y una bola de discoteca...

—¡Es cierto! —Forcis hizo chasquear sus dedos, emocionado—. ¡También tengo la mayor colección de monstruos marinos cautivos en el mundo!

—Y sabes muchas cosas—añadió Percy—. Como lo que tramaban los gemelos.

—¡Los gemelos! —Forcis hizo resonar su voz. Unos fuegos artificiales ardieron delante del tanque de las serpientes marinas—. Sí, sé todo sobre Efíaltes y Oto. ¡Esos “quiero y no puedo”! Nunca encajaron con los demás gigantes. Demasiado enclenques, y esas serpientes en vez de pies...

—¿Serpientes por pies? —Percy recordó los largos y rizados zapatos que los gemelos vestían en su sueño.

—Sí, sí—dijo Forcis, impacientemente—. Sabían que no podían hacer nada con su propia fuerza, por lo que decidieron hacer teatro, ilusiones, trucos de magia, esas cosas. Ya veis, Gea moldeó a sus hijos gigantes con específicos enemigos en mente. Cada gigante estaba nacido para matar a un dios específico. Efíaltes y Oto, bueno, juntos son algo como un anti-Dioniso.

Percy intentó encajar aquella idea en su mente.

—¿Y quieren sustituir todo el vino del mundo por zumo de arándanos o qué?

El dios del mar soltó una risotada.

—¡Nada de eso! Efíaltes y Oto siempre querían hacer las cosas mejores, más brillantes y más espectaculares. Oh, por supuesto querían matar a Dioniso. ¡Pero primero querían humillarle haciendo que sus fiestas parecieran patéticas!

Frank miró a los fuegos artificiales.

—¿Usando cosas como fuegos artificiales y bolas de discoteca?

La boca de Forcis formó una sonrisa.

—¡Exactamente! Enseñé a los gigantes todo lo que saben, o al menos eso intenté. Nunca escuchaban. ¿Su primer gran truco? Intentaron llegar al Olimpo juntando montañas una encima de la otra. Era sólo una ilusión, por supuesto. Les dije que era ridículo. ‘Deberíais comenzar inteligentemente’, dije. ‘Cortaros el uno al otro por la mitad, sacad a las gorgonas de un sombrero. Esas cosas. Y unos trajes combinados, los gemelos siempre pegan con trajes conjuntados’.

—Buen consejo—coincidió Percy—. Y ahora los gemelos están...

—Oh, preparando para el espectáculo final en Roma—dijo Forcis, desdeñosamente—. Es una de las estúpidas ideas de Madre. Mantienen prisionero a alguien en un gigantesco jarrón de bronce—se giró hacia Frank—. ¿Eres hijo de Ares, verdad? Hueles a eso. Los gemelos encarcelaron a tu padre una vez de la misma manera.

—Hijo de Marte—le corrigió Frank— espera... ¿esos gigantes atraparon a mi padre en un jarrón de bronce?

—Sí, otra estúpida proeza de las tuyas—dijo el dios del mar—. ¿Cómo puedes mostrar a tu prisionero si está encerrado en un jarrón de bronce? No vale nada para el entretenimiento. ¡No como mis queridos especímenes!

Señaló a los hipocampos, que estaban golpeándose las cabezas contra las paredes del tanque, apáticamente.

Percy intentó pensar. Sintió cómo el mareo de las demás criaturas marinas le comenzaba a afectar.

—¿Has dicho que este espectáculo final ha sido idea de Gea?

—Bueno, los planes de Madre siempre tienen muchas capas—rió—. ¡La tierra tiene muchas capas! ¡Se supone que tiene sentido!

—Ahá—dijo Percy—. Y su plan es...

—Oh, ha puesto una recompensa por un grupo de semidioses—dijo Forcis—. No le importa quién les mate, mientras sean matados. Bueno... fue aún más específica. Dijo que dos debían ser asesinados. Un chico y una chica. El Tártaro sólo sabe por qué. de cualquier manera, los gemelos tienen su propio espectáculo planeado, esperando que atraerán a esos semidioses a Roma. Supongo que el prisionero en el jarrón es amigo de ellos o algo así. Eso, o quizás creen que ese grupo de semidioses son tan tontos como para llegar a su territorio siguiendo la Marca de Atenea—Forcis dio un codazo a Frank en sus costillas—. ¡Ja! ¡Que les vaya bien, eh!

Frank se rió nerviosamente:

—¡Sí, jaja! Eso sería muy tonto porque, eh...

Forcis entrecerró los ojos.

Percy metió su mano en su bolsillo. Cerró sus dedos alrededor de Contracorriente. Incluso aquel viejo dios del mar era lo suficientemente listo como para darse cuenta de que ellos

eran los semidioses de la recompensa. Pero Forcis sonrió y dio un codazo a Frank de nuevo.

—¡Ja! ¡Esa es buena, hijo de Marte! Supongo que tenéis razón. No hay porqué hablar de eso. Aunque los semidioses encontrasen ese mapa en Charleston, nunca llegarían a Roma vivos.

—Sí, MAPA EN CHARLESTON—dijo Frank en voz alta, lanzándole una mirada a Percy para asegurarse de que no se hubiera perdido la información. No podía haber sido más obvio si hubiera sujetado un gran cartel luminoso en el que pusiera: ¡¡¡PISTA!!!

—Pero basta de cosas educativas—dijo Forcis—. Habéis pagado por un trato VIP. ¿Me dejaréis acabar este tour? La entrada de tres denarios no es reembolsable, ya sabéis.

Percy no tenía ganas de más fuegos artificiales, humo con olor a donut, o criaturas marinas cautivas deprimidas, pero miró a Frank y decidieron en silencio, seguirle el rollo al viejo dios marino, al menos hasta que encontrasen al entrenador Hedge y llegaran a salvo a la salida. Además, quizá pudieran sonsacarle más información a Forcis.

—Después—dijo Percy—, ¿podremos preguntar cosas?

—¡Por supuesto! Os diré todo lo que necesitáis saber—Forcis dio dos palmadas. La pared del cartel luminoso se fundió, dejando a la vista un nuevo túnel, que llevaba a otro tanque.

—¡Seguidme! —Forcis corrió de lado como un cangrejo a través del túnel.

Frank se rascó con la cabeza.

—¿Tenemos que...? —se puso de lado.

—¡No, Frank, es una forma de hablar! —dijo Percy—. Vamos.

## Capítulo XVI

### Percy

EL TÚNEL IBA POR TODO un tanque del tamaño de un gimnasio. A excepción del agua y algunas decoraciones baratas, parecía majestuosamente vacío. Percy

supuso que habría unos doscientos metros cúbicos de agua por encima de sus cabezas. Si el túnel se rompía por alguna razón... “No pasaría demasiado”, pensó Percy. “He estado rodeado miles de veces por agua. Es mi hábitat natural.”

Pero su corazón se aceleró. Recordó ahogarse en el frío ceno de Alaska, el lodo negro cubriendo sus ojos, boca y nariz.

Forcis se detuvo en el centro del túnel y extendió sus brazos con orgullo.

—Preciosa exhibición, ¿verdad?

Percy intentó distraerse concentrándose en detalles. En una esquina del tanque, acurrucado en un bosque de algas falsas, había una casa de jengibre de tamaño real con burbujas saliendo de su chimenea. En el lado contrario, había una escultura de plástico de un tipo en un anticuado traje de buzo agachado encima de un cofre del tesoro, que se abría cada pocos segundos, soltando burbujas y se cerraba de nuevo. Esparcidos a través de la arena blanca del suelo había cristales de mármol del tamaño de bolas de bolera, y un extraño surtido de armas como tridentes y lanzas. En el exterior del tanque había un anfiteatro con asientos para varios cientos de personas.

—¿Qué guardas aquí? —preguntó Frank—. ¿Peces de colores gigantes y asesinos?

Forcis levantó sus cejas.

—Oh, ¡eso estaría bien! Pero, no, Frank Zhang, descendiente de Poseidón. Este tanque no es para peces de colores.

Con “descendiente de Poseidón”, Frank se estremeció. Dio un paso atrás, agarrando a su mochila como si estuviera a punto de salir corriendo. Una sensación extraña recorrió la garganta de Percy como si tuviera ganas de toser. Por desgracia, estaba demasiado acostumbrado a ello.

—¿Cómo sabes el apellido de Frank? —pidió—. ¿Y cómo sabes que es descendiente de Poseidón?

—Bueno—Forcis se encogió de hombros, intentando parecer modesto—. Son las descripciones que dio Gea. Ya sabes, Percy Jackson, por la recompensa.

Percy le quitó el tapón a su bolígrafo. Al instante, Contracorriente se materializó en su mano.

—No nos traiciones ahora, Forcis. Nos has prometido respuestas.

—Después del trato VIP, sí—coincidió Forcis—. Prometí contaros todo lo que necesitarais saber. La cosa es que, de todas maneras, nunca necesitaréis saber nada—su sonrisa grotesca se amplió anchamente—. Ya veis, aunque hubierais llegado a Roma, lo que es muy improbable, nunca venceríais a mis hermanos gigantes sin un dios luchando a vuestro lado. ¿Y qué dios os ayudaría? Yo tengo un plan mejor. No os vais a marchar. ¡Sois VIP! ¡Very Important Prisoneros!



Percy embistió. Frank le lanzó la mochila a la cabeza del dios del mar. Forcis desapareció simplemente.

La voz del dios resonó a través del sistema de sonido del acuario, resonando por todo el túnel a su vez.

—¡Sí, bien! ¡Luchar está bien! Ya veis, Madre nunca me confió tareas demasiado grandes, pero ella coincidía conmigo en que yo podía capturar cualquier cosa. Vosotros dos formaréis una exhibición excelente, los únicos semidioses descendientes de Poseidón en cautividad. “Terrores de los semidioses”, ¡sí, me gusta! Acabamos de conseguir el patrocinio con Bargain Mart. Lucharéis entre vosotros cada día a las once de la mañana y a la una de la tarde, con un espectáculo vespertino a las siete de la tarde.

—¡Estás loco! —gritó Frank.

—¡No malgastéis fuerzas tan rápidamente! —dijo Forcis—. ¡Seréis nuestra principal atracción!

Frank corrió a la salida, pero se golpeó contra una pared de cristal. Percy corrió hacia el otro lado y se encontró igual de bloqueado. El túnel se había convertido en una burbuja. Puso su mano contra el cristal y se dio cuenta de que se estaba reblandeciendo, deshaciéndose como el hielo. En poco tiempo el agua entraría a raudales.

—¡No cooperaremos, Forcis! —gritó.

—Oh, soy optimista—resonó la voz del dios marino—. ¡Si no lucháis el uno contra el otro, no hay ningún problema! Os enviaré monstruos marinos cada día. Después de que os acostumbréis a la comida de aquí, estaréis correctamente sedados y seguiréis órdenes. Creedme, acabaréis adorando vuestro nuevo hogar. Por encima de la cabeza de Percy, el techo de cristal se quebró y comenzó a gotear.

—¡Soy hijo de Poseidón! —Percy intentó apartar el miedo de su voz—. No puedes encarcelarme en el agua. ¡Es aquí dónde soy más fuerte!

La risa de Forcis parecía venir de todas partes a su alrededor:

—¡Qué coincidencia! También es aquí dónde soy más fuerte. Este tanque está especialmente diseñado para contener semidioses. Ahora, pasadlo bien, vosotros dos. ¡Os veo a la hora de la comida!

El techo de cristal se rompió y el agua irrumpió.

Percy aguantó la respiración todo lo que pudo. Cuando finalmente llenó sus pulmones con agua, se sintió igual que respirara al aire libre. La presión del agua no le molestaba. Sus ropas ni siquiera estaban mojadas. Sus habilidades bajo el agua eran tan buenas como siempre. “Es una estúpida fobia”, se aseguró a sí mismo, “No me voy a ahogar”.

Entonces se acordó de Frank, y de repente se sintió culpable. Percy había estado tan preocupado sobre sí mismo que se había olvidado de que su amigo era sólo un lejano descendiente de Poseidón. Frank no podía respirar bajo el agua. ¿Pero dónde estaba?

Percy se giró en redondo. Nada. Entonces miró hacia arriba. Nadando cerca de él había un gigantesco pez de colores. Frank se había convertido, con ropa, mochila y todo en una carpa del tamaño de un adolescente.

—Tío—Percy envió sus pensamientos a través del agua, igual que hablaba con otras criaturas marinas—. ¿Un pez de colores?

La voz de Frank le devolvió:

—Me entró el pánico. Estábamos hablando de peces de colores, por lo que es lo primero que se me ocurrió. No te quejes.

—Estoy teniendo una conversación telepática con una carpa gigantesca—dijo PErcy—. Genial. ¿Puedes convertirte en algo más útil?

Silencio. Quizá Frank se estaba concentrando, aunque era imposible de saberlo, ya que la carpa no tenía demasiada expresión facial.

—Lo siento—Frank sonaba avergonzado—. Estoy atascado. Me pasa cuando entro en pánico.

—De acuerdo—Percy sonrió—. Vamos a ver cómo salimos de aquí.

Frank nadó alrededor del tanque e informó de que no había salidas. El techo estaba cubierto de una malla de bronce celestial, como las cortinas metálicas de los escaparates de los centros comerciales. Percy intentó cortarla con Contracorriente, pero no pudo hacerle ni un rasguño. Intento golpear la pared de cristal con el mango de su espada, y de nuevo, no hubo suerte. Entonces repitió sus esfuerzos con varias de las armas que descansaban por el fondo del tanque y se las arregló para romper tres tridentes, una espada y una lanza.

Finalmente intentó controlar el agua. Quería hacerla expandirse y romper el tanque, o hacerla explotar por el tejado. El agua no le obedecía. Quizá estuviera encantada o bajo el poder de Forcis. Percy se concentró hasta que las orejas se le embotaron, pero lo mejor que pudo hacer fue arrancar la tapa de plástico del cofre del tesoro.

Bueno, aquí termina todo, pensó, desesperanzado. Tendré que vivir en una casa de jengibre de plástico durante el resto de mi vida, luchando contra mi amigo el pez de colores gigante y esperando para la hora de la comida.

Forcis había prometido que aprenderían a adorarlo. Percy pensó en los atontados telequines, las nereidas y los hipocampos, todos nadando en aburridos y mareados círculos. El pensamiento de terminar así no le hizo mejorar su nivel de ansiedad.

Se preguntó si Forcis tenía razón. Incluso aunque pudiera escaparse, ¿cómo podría vencer a los gigantes si todos los dioses estaban incapacitados? Baco quizá fuera capaz de ayudar. Había matado a los gigantes una vez, pero sólo se uniría a la lucha si conseguía un tributo imposible, y la idea de dar a Baco cualquier tipo de tributo le hacía querer comerse a Percy un gran Monster Donut.

—¡Mira!—dijo Frank.

En el exterior, Ceto llevaba al entrenador Hedge por el anfiteatro, hablándole mientras el entrenador asentía y admiraba el estadio de butacas.

—¡Entrenador! —gritó Percy. Entonces se dio cuenta de que era inútil. El entrenador no podía oír el grito telepático.

Frank golpeó su cabeza contra el cristal. Hedge no pareció darse cuenta de ello. Ceto le acompañaba enérgicamente por el anfiteatro. Ni siquiera miró por el cristal, probablemente porque asumió que el tanque estaba aún vacío. Señaló al otro lado de la sala como diciendo: “Vamos, hay más monstruos gigantes por aquí”.

Percy se dio cuenta de que sólo tenía unos pocos segundos antes de que el entrenador se hubiera ido. Nadó detrás de ellos, pero el agua no le ayudó a moverse como siempre hacía. De hecho, parecía tirarle para atrás. Agarró Contracorriente y usó ambos brazos.

El entrenador Hedge y Ceto estaban a metro y medio de la salida. En desesperación, Percy cogió un mármol gigante y lo lanzó al cristal como si se tratara de una pelota de bolos de verdad. Golpeó el tanque con un ruido sordo, no lo suficientemente sonoro como para atraer su atención.

El corazón de Percy dio un vuelco.

Pero el entrenador Hedge tenía oídos de sátiro. Miró por encima de su hombro. Cuando vio a Percy, su expresión pasó por distintos cambios en cuestión de segundos: incompreensión, sorpresa, furia y entonces una máscara de calma.

Antes de que Ceto se pudiera dar cuenta, Hedge señaló a lo alto del anfiteatro. Parecía estar gritando: “Oh, dioses del Olimpo, ¿qué es eso?”

Ceto se giró y el entrenador Hedge se sacó su pie falso y le dio una patada ninja en la cabeza con su pezuña de cabra. Ceto se derrumbó en el suelo.

Percy se estremeció. Su cabeza se había quejado, empáticamente, pero nunca había estado tan feliz de tener una carabina a la que le gustaran las artes marciales enjauladas.

Hedge corrió hacia el cristal. Extendió sus manos como diciendo: “¿Qué estás haciendo ahí, Jackson?”

Percy golpeó su puño contra el cristal y dijo con la boca: “¡Rómpelo!”

Hedge gritó una pregunta que podría haber sido: “¿Dónde está Frank?”

Percy señaló hacia la carpa gigante. Frank levantó su aleta dorsal izquierda:

—¿Qué hay?

Detrás de Hedge, la diosa del mar comenzó a moverse. Percy la señaló, frenéticamente.

Hedge movió su pierna como si estuviera preparándose para otra patada de pezuña, pero Percy movió sus brazos: No. No podían dar golpes en la cabeza de Ceto para siempre. Como era inmortal, no estaría inconsciente para siempre, y así no les podría sacar del tanque. Era cuestión de tiempo que Forcis llegara para comprobar si estaban bien.

“A la de tres” articuló Percy, levantando tres dedos y señalando al cristal, “Lo golpeamos todos juntos”

Percy nunca había sido bueno con la mímica, pero Hedge asintió como si lo hubiera entendido. Golpear cosas era un lenguaje que el sátiro conocía muy bien.

Percy cogió otro mármol gigante:

—Frank, te necesitaremos a ti también. ¿Puedes cambiar de forma?

—Quizá puedo volver a ser humano.

—¡Humano está bien! Aguanta la respiración. Si esto funciona...

Ceto se puso de rodillas. No había tiempo que perder. Percy contó con los dedos:

—¡Un, dos, tres!

Frank volvió a su forma humana y golpeó su hombro contra el cristal. El entrenador hizo una patada giratoria de Chuck Norris con su pezuña. Percy usó toda su fuerza para golpear el mármol contra el cristal, pero hizo más que eso. Consiguió que el agua le obedeciera, y negó recibir un no por respuesta. Sintió toda la presión reprimida dentro del tanque, y la usó. Al agua le gustaba ser libre. El agua podía sobrellevar cualquier barrera, y odiaba ser atrapada, como Percy. Pensó en volver con Annabeth. Pensó en destruir aquella terrible cárcel para criaturas marinas. Pensó en meterle el micrófono a Forcis en aquella horrible boca. Ciento cincuenta metros cúbicos de agua respondieron a su furia.

La pared de cristal se resquebrajó. Las grietas zigzaguearon del punto de impacto y de repente, el tanque explotó. Percy fue succionado en un torrente de agua. Irrumpió en el suelo del anfiteatro junto con Frank, algunos mármoles grandes, y un montón de algas de plástico. Ceo estaba levantándose cuando la estatua del buzo chocó contra ella como si quisiera un abrazo. El entrenador Hedge escupió agua salada:

—¡Por las flautas de Pan, Jackson! ¿Qué estabais haciendo ahí?

—¡Forcis! —dijo Percy—. ¡Trampa! ¡Corre!

Las alarmas resonaron mientras corrían por las exhibiciones. Corrieron cerca del tanque de las nereidas, y después de los telequines. Percy quería liberarlos, ¿pero cómo? Estaban drogados e iban lentos, y eran criaturas marinas. No sobrevivirían a no ser que encontrarán una forma de transportarlos al océano.

Además, si Forcis los capturara, Percy estaba muy seguro de que el poder del dios marino sobrepasarían a los suyos. Y Ceto estaría detrás de ellos también, lista para darles de comer a sus monstruos marinos.

“Volveré” prometió Percy, pero si las criaturas de las exposiciones le escucharon, no hicieron ninguna señal.

De los altavoces, la voz de Forcis gritó:

—¡Percy Jackson!

Explotaron bengalas y luces por todas partes. El humo con olor a donut llenaba las salas. Una música dramática, cinco o seis pistas distintas, resonaban al mismo tiempo por los altavoces.

Las luces parpadearon y se encendieron mientras los efectos especiales del edificio funcionaban al mismo tiempo.

Percy, el entrenador Hedge y Frank salieron por el túnel de cristal y se encontraron de nuevo en la sala de los tiburones ballena. La sección mortal del acuario estaba llena de multitudes gritando: familias y grupos de campamentos corriendo en todas direcciones mientras los trabajadores del acuario corrían, intentando asegurar a todo el mundo de que era un fallo del sistema de alarmas. Percy sabía la verdad. Él y sus amigos se unieron a los mortales y corrieron hacia la salida.

## **Capítulo XVII**

### **Annabeth**

ANNABETH INTENTABA ANIMAR A HAZEL, contándole los mejores momentos de Percy Sesos de *Alga*, cuando Frank irrumpió en el comedor y apareció en su camarote.

—¿Dónde está Leo? —tosió—. ¡Despegad! ¡Despegad!

Ambas chicas se pusieron de golpe en pie.

—¿Dónde está Percy? —preguntó Annabeth—. ¿Y la cabra?

Frank se agarró las piernas, intentando respirar. Sus ropas eran húmedas y tibias, como si estuvieran hechas de puro almidón.

—En cubierta. Están bien. ¡Nos están siguiendo!

Annabeth salió por detrás de él y subió las escaleras de tres en tres, con Hazel detrás de ella y Frank siguiéndole, aún boqueando en busca de aire. Percy y Hedge estaban en cubierta, parecían exhaustos. Hedge no tenía sus zapatos. Sonreía al cielo, murmurando:

—Increíble, increíble.

Percy estaba cubierto de rasguños y arañazos, como si acabara de saltar desde una ventana. No quería decir nada, pero agarró la mano de Annabeth débilmente como si quisiera decir: "*Ahora estoy contigo, justo cuando el mundo deje de dar vueltas*".

Leo, Piper y Jason, que habían estado comiendo en el comedor, subieron corriendo las escaleras.

—¿Qué? ¿Qué? —gritó Leo, sujetando un sándwich de queso a medio comer—. ¿Acaso no puedo darme un descanso para comer? ¿Qué sucede?

—¡Nos siguen! —gritó Frank de nuevo.

—¿Seguidos por quién? —preguntó Jason.

—¡No lo sé! —gritó Frank—. ¿Ballenas? ¿Monstruos marinos? ¡Quizá Kate y Porky!

Annabeth quería estrangular al chico, pero estaba segura de que sus manos no alcanzarían a todo su cuello.

—Eso no tiene ningún sentido. Leo, será mejor que nos saques de aquí.

Leo se puso el sándwich entre los dientes, al estilo pirata, y corrió al timón. En un momento, el Argo II se alzaba en el cielo. Annabeth manejaba la ballesta de popa. No vio ninguna señal de que les siguieran ballenas, pero aún así, Percy, Frank y Hedge no comenzaron a recuperarse hasta que la línea del horizonte de Atlanta era una línea difusa en el horizonte.

—Charleston—dijo Percy, agarrándose al pasamanos como un anciano. Seguía sonando conmocionado—. Poned rumbo a Charleston.

—¿Charleston? —Jason dijo la palabra como si le trajera malos recuerdos—. ¿Qué encontrasteis exactamente en Atlanta?

Frank bajó la cremallera de su mochila y comenzó a sacar sus recuerdos.

—Unos melocotones en conserva, un par de camisetas, una bola de nieve y unas trampas no demasiado chinas para dedos.

Annabeth se obligó a mantenerse calmada.

—¿Por qué no comienzas por el principio de la historia, y no por la mochila?

Se reunieron en el puesto de mano para que Leo pudiera escuchar la conversación mientras navegaban. Percy y Frank se turnaron para explicar lo que había pasado en el Acuario de Georgia, con el entrenador Hedge interviniendo de tanto en cuanto, “*¡Eso fue increíble!*” o “*¡Y entonces le pegué una patada en la cabeza!*”

Al menos el entrenador parecía haber olvidado lo de Percy y Annabeth quedándose dormidos en los establos la noche anterior. Pero al juzgar por la historia de Percy, Annabeth tenía peores problemas por los que preocuparse que estar castigada.

Cuando Percy explicó lo de las criaturas marinas cautivas en el acuario, entendió porqué parecía tan preocupado.

—Es horrible—dijo—. Tenemos que ayudarles.

—Lo haremos—le prometió Percy—. En su debido tiempo. Pero tenemos que averiguar cómo. Me gustaría...—negó con la cabeza—. No importa. Primero tenemos que sobrellevar una recompensa por nuestras cabezas.

El entrenador Hedge perdió el interés en la conversación, probablemente porque no era sobre él, y fue hacia la proa del barco, practicando sus patadas mientras entrenaba su técnica.

Annabeth agarró el mango de su daga.

—Una recompensa por nuestras cabezas... como si no tuviéramos bastante con atraer monstruos.

—¿Tenemos carteles de SE BUSCA? —preguntó Leo—. ¿Y tienen nuestras recompensas en, algo como, un tipo de lista de valores?

Hazel arrugó la nariz.

—¿De qué estás hablando?

—Me pregunto cuánto valdré ahora mismo—dijo Leo—. Quiero decir, entiendo que no valga tanto como Percy o Jason, quizá... pero valgo tanto como, por ejemplo, dos Franks o tres.

—¡Eh! —se quejó Frank.

—Dejadlo ya—les ordenó Annabeth—. Al menos sabemos que nuestro próximo paso es ir a Charleston y encontrar ese mapa.

Piper se inclinó hacia el panel de control. Se había hecho las trenzas con plumas blancas y parecían pegarle con su pelo marrón oscuro. Annabeth se preguntaba cómo había podido tener tiempo para ello. Annabeth apenas podía recordar haber podido peinarse ella misma.

—Un mapa—dijo Piper—. ¿Un mapa a qué?

—La Marca de Atenea—Percy miró cautelosamente a Annabeth, como si tuviera miedo de haberse pasado de la raya. Ella debió de haber puesto una cara como diciendo “*No quiero hablar de esto*”.

—Sea lo que sea—siguió—. Sabemos que lleva a algo importante en Roma, algo que puede curar las disputas entre romanos y griegos.

—“*La perdición de los gigantes*” —añadió Hazel.

Percy asintió.

—Y en mi sueño, los gemelos gigantes dijeron algo sobre una estatua.

—Eh—Frank daba vueltas a sus trampas no demasiado chinas para dedos en sus manos—. Según Forcís, tenemos que estar muy locos como para querer encontrarlo. ¿Pero qué es?

Todo el mundo miró a Annabeth. Se le puso la piel de gallina, como si todo su cerebro se estuviera removiendo: una estatua... Atenea... griegos y romanos, sus pesadillas, y su discusión con su madre. Vio cómo las piezas se juntaban, pero no podía creer que fuera cierto. La respuesta era demasiado grande, demasiado importante y demasiado aterradora.

Vio a Jason estudiándola, como si supiera exactamente qué era lo que estaba pensando y que no le gustaba mucho más de lo que le gustaba a ella. De nuevo no hizo más que preguntarse cosas: “*¿Por qué este chico me hace sentir tan nerviosa? ¿Está de mi lado?*” O quizá fuera su madre hablando...

—Estoy... pensando una respuesta—dijo—. Sabré más cosas cuando encuentre ese mapa. Jason, la forma en la que has reaccionado ante el nombre de Charleston... ¿has estado ahí antes?

Jason miró incómodo a Piper, a pesar de que Annabeth no supo por qué.

—Sí—admitió—. Reyna y yo hicimos una misión ahí hace un año. Fuimos a rescatar armas de oro imperial del CSS Hunley.

—¿El qué? —preguntó Piper.

—¡Guau! —dijo Leo—. Ese fue el primer submarino militar fructuoso. De la guerra civil. Siempre lo he querido ver.

—Fue diseñado por semidioses romanos—dijo Jason—. Tenía un almacén secreto de torpedos de oro imperial, hasta que los rescatamos y los devolvimos al Campamento Júpiter.

Hazel se cruzó de brazos.

—¿Así que los romanos lucharon en el lado confederado? Como neta cuya abuela fue una esclava, ¿puedo decir que no fue muy guay?

Jason puso su mano delante de él, con las manos levantadas.



—Yo no estaba vivo entonces. Y no estaban todos los griegos y todos los romanos en el mismo lado. Pero sí, no fue demasiado guay. Algunas veces los semidioses hacemos malas elecciones—miró tímidamente a Hazel—. Como cuando sospechamos cosas. Y hablamos sin pensar.

Hazel se le quedó mirando. Lentamente pareció entender que se estaba disculpando.

Jason le pegó un codazo a Leo.

—¡Au! —gritó Leo—. Quiero decir, sí, malas elecciones. Como no confiar en los hermanos de la gente, quienes necesitan ser rescatados. Hablando hipotéticamente.

Hazel apretó los labios.

—Vale. En cuanto a Charleston. ¿Estás diciendo que quieres volver allí a comprobar ese submarino de nuevo?

Jason se encogió de hombros.

—Bueno... sólo se me ocurren dos lugares de Charleston donde deberíamos mirar. El museo dónde está guardado el Hunley, ese es uno de ellos. Tiene muchas reliquias de la Guerra Civil. Un mapa podría estar escondido ahí. Conozco el territorio. Podría liderar un equipo hacia allí.

—Yo voy—dijo Leo—. Suena guay.

Jason asintió. Se giró hacia Frank, que intentaba sacar sus dedos de las trampas chinas para dedos:

—Tú también deberías venir, Frank. Te podríamos necesitar.

Frank parecía sorprendido.

—¿Por qué? No he hecho demasiado en el acuario.

—Lo hiciste genial—le aseguró Percy—. Fue un trabajo en equipo.

—Además, eres hijo de Marte—dijo Jason—. Los fantasmas de los vencidos te sirven a ti. Y el museo de Charleston está lleno de fantasmas de confederados. Necesitaremos que los mantengas a ralla.

Frank tragó saliva. Annabeth recordó el comentario de Percy sobre Frank convirtiéndose en un pez de colores gigante, y evitó sonreír. Nunca podría volver a mirar al grandullón sin verle como una carpa.

—Vale—dijo Frank—. Claro. —frunció el cejo, intentando librarse de la trampa—. Eh, ¿cómo...?

Leo chasqueó la lengua.

—Tío, ¿nunca has tenido una de esas antes? Hay un truco muy fácil para librarte de ellas.

Frank se removió sin suerte. Incluso Hazel intentaba no reírse.

Frank puso cara de concentración. De repente, desapareció. En cubierta dónde había estado de pie, una iguana verde se paseaba cerca de un par de trampas chinas para dedos vacías.

—Bien hecho, Frank Zhang—dijo Leo, secamente, imitando al centauro Quirón—. Es exactamente así cómo la gente se libra de las trampas chinas para dedos. Convirtiéndose en iguanas.

Todo el mundo echó a reírse. Frank volvió a ser humano, cogió las trampas chinas para dedos y se las guardó en su mochila. Esbozó una leve sonrisa tímida.

—De cualquier manera—dijo Frank, claramente queriendo cambiar de tema—. El museo es un lugar en el buscar. Pero, eh, Jason, ¿no has dicho que habían dos?

La sonrisa de Jason desapareció. Fuera lo que fuera que había pensado, Annabeth diría que no era nada agradable.

—Sí—dijo—. El otro lugar se llama Battery, es un parque cerca del puerto. La última vez estuve allí con... Reyna—miró a Piper y prosiguió—. Vimos algo en el parque. Un fantasma o algún tipo de espíritu, como una dama sureña de la guerra civil, brillando y flotando por allí. Intentamos acercarnos, pero desaparecía siempre que nos acercábamos. Entonces Reyna tuvo una sensación, dijo que debería intentarlo sola. Como si sólo quisiera hablar con una chica. Fue a buscar el fantasma ella sola y estoy seguro de que habló con ella.

Todo el mundo aguardó.

—¿Qué dijo? —preguntó Annabeth.

—Reyna nunca me lo dijo—admitió Jason—. Pero tuvo que ser importante. Parecía... conmovida. Quizá recibió una profecía o malas noticias. Reyna nunca actuó de la misma manera conmigo después de aquello.

Annabeth pensó en aquello. Después de la experiencia con los eidolones, no le gustaba la idea acercarse a un fantasma, especialmente a uno al que cambiaba la opinión de las cosas con malas noticias o profecías. Por otro lado, su madre era la diosa del conocimiento, y el conocimiento era la mayor arma. Annabeth no podía ignorar aquella posible fuente de información.

—Entonces, es una aventura de chicas—dijo Annabeth—. Piper y Hazel pueden venir conmigo.

Ambas asintieron, aunque Hazel parecía nerviosa. No había duda de que su estancia en el Inframundo le había dado bastantes experiencias con fantasmas para dos vidas. Los ojos de Piper brillaron con desafío, como si cualquier cosa que pudiera hacer Reyna, ella también.

Annabeth se dio cuenta de que si seis de ellos iban en aquellas dos misiones, eso dejaba a Percy solo en el barco con el entrenador Hedge, algo por lo que una novia atenta no tendría que hacerle pasar. Tampoco estaba demasiado emocionada por perder de vista a Percy de nuevo, no después de haber estado separados durante tantos meses. Por otro lado, Percy parecía tan preocupado por su experiencia con aquellas criaturas marinas

encarceladas, pensó que quizá podría tomarse un descanso. Buscó su mirada, haciéndole una respuesta silenciosa. Él asintió diciendo:

“Sí. *Estaré bien*”.

—Así que ya está todo preparado—Annabeth se giró a Leo, que estudiaba su consola, escuchando a Festus chirriando y chasqueando por el interfono—. Leo, ¿cuánto tardaremos en llegar a Charleston?

—Buena pregunta—murmuró—. Festus acaba de detectar un gran grupo de águilas detrás de él, con el radar de largo alcance, pero no están a la vista.

Piper se inclinó por encima de la consola.

—¿Estás seguro de que son romanas?

Leo puso los ojos en blanco.

—No, Pipes. Podría ser un grupo aleatorio de águilas gigantes volando en perfecta formación. ¡Por supuesto que son romanas! Supongo que podríamos dar la vuelta al barco y luchar...

—Eso sería muy mala idea—dijo Jason—, y eliminar cualquier duda de que somos enemigos de Roma.

—O tengo otra idea—dijo Leo—. Si fuéramos directos a Charleston, llegaríamos allí en unas pocas horas. Pero las águilas nos alcanzarían y las cosas se pondrían complicadas. En vez de eso, podríamos enviar un señuelo para engañar a las águilas. Podríamos dar una vuelta con el barco, ir por el camino largo hasta Charleston y llegaríamos allí mañana por la mañana...

Hazel comenzó a protestar, pero Leo levantó su mano.

—Lo sé, lo sé. Nico está en problemas y tenemos que darnos prisa.

—Estamos a veintisiete de junio—dijo Hazel—. Después de hoy, tenemos cuatro días más. Entonces morirá.

—¡Lo sé! Pero esto puede apartar a los romanos de nuestra pista. Deberíamos tener suficiente tiempo como para llegar a Roma.

Hazel frunció el ceño.

—Cuando dices “*Deberíamos tener suficiente*”...

Leo se encogió de hombros.

—¿Cómo te sientes si te dijera “*casi casi a tiempo*”?

Hazel puso sus manos sobre su cabeza.

—Suena muy típico de nosotros.

Annabeth decidió tomarlo como una oportunidad para intervenir.

—Vale, Leo. ¿De qué tipo de señuelo estaríamos hablando?

—¡Me alegro de que preguntes! —presionó un par de botones en la consola, rotó la plataforma giratoria, y presionó repetidamente el botón A muy rápido en su mano de la Wii. Llamó por el interfono:

—¿Buford? Ven aquí, por favor.

Frank dio un paso atrás.

—¿Hay alguien más en este barco? ¿Quién es Buford?

Una nube de vapor salió por la escalera, y la mesa automática de Leo llegó a cubierta.

Annabeth no había visto demasiado a Buford durante el viaje. La mayor parte del tiempo se la había pasado en la sala de motores. (Leo insistía en que Buford tenía una relación secreta con el motor). Era una mesa de tres patas con la base de caoba. Su base de bronce tenía varios cajones y engranajes, con una serie de tubitos que expulsaban vapores. Buford cargaba una bolsa como un saco de correo atado a una de sus piernas. Llegó al timón e hizo un sonido como el pitido de un tren.

—Este es Buford—anunció Leo.

—¿Le pones nombre a tu mobiliario? —preguntó Frank.

Leo soltó una risotada.

—Tío, ya te gustaría tener muebles igual de guay que este. Buford, ¿listo para la Operación Fin de Mesa?

Buford soltó vapor. Dio un paso a la barandilla. Su base de caoba se dividió en cuatro partes, que se convirtieron en hojas de madera. Las hélices giraron y Buford despegó.

—Una mesa helicóptero—murmuró Percy—. Tengo que admitirlo, es muy guay. ¿Qué hay en la bolsa?

—Lavandería sucia de semidiós—dijo Leo—. Espero que no te importe, Frank.

Frank se atragantó.

—¿Qué?

—Eso apartará las águilas de nuestro olor.

—¡Esos eran mis pantalones extra!

Leo se encogió de hombros.

—Le he pedido a Buford que los lavara, planchara y doblara mientras esté fuera. Con suerte, lo hará. —se frotó las manos y sonrió—. ¡Bueno! Yo a esto lo llamo un buen día de trabajo. Voy a calcular nuestra ruta de viaje. ¡Os veo para cenar!

Percy se durmió pronto, lo que dejó a Annabeth con nada que hacer a excepción de quedarse mirando su ordenador.

Se había llevado el portátil de Dédalo, por supuesto. Hacía dos años, había heredado la máquina del mayor inventor de todos los tiempos, y estaba lleno de ideas de inventos, esquemas y diagramas, la mayor parte de los cuales Annabeth seguía intentando averiguar cómo funcionaban. Después de dos años, un portátil normal se habría quedado

desactualizado, pero Annabeth supuso que la máquina de Dédalo llevaba cincuenta años fuera de moda. Podía expandirse a un portátil, encogerse a una tablet, o doblarse por la mitad del tamaño de una oblea de metal más pequeña que un móvil de teléfono. Iba más rápido que cualquier ordenador, podía acceder a cualquiera de los programas por satélite de Televisión Hefesto del Monte Olimpo, y programar cualquier tipo de programa que podían hacer cualquier cosa menos atarte los cordones. También debía de haber alguna aplicación para aquello, pero Annabeth aún no lo había encontrado.

Estaba sentada en su litera, usando uno de los programas de representación 3D para estudiar un modelo del Partenón de Atenas. Siempre había querido visitarlo, por que adoraba la arquitectura y porque era uno de los templos más famosos dedicados a su madre.

Ahora que quizá podía conseguir cumplir su deseo, si vivían lo suficiente para llegar a Grecia. Pero cuanto más pensaba en la Marca de Atenea, y la vieja leyenda romana que Reyna había mencionado, más nerviosa se ponía.

No quería, pero recordó su discusión con su madre. Incluso después de tantas semanas, las palabras seguían resonándole. Annabeth había cogido el metro desde el Upper East Side después de visitar la madre de Percy. Durante aquellos largos meses en los que Percy había estado desaparecido. Annabeth había hecho un viaje al menos una vez a la semana, en parte para darle a Sally Jackson y su marido Paul noticias sobre la búsqueda, y en parte porque Annabeth y Sally necesitaban animarse y convencerse la una a la otra de que Percy estaría bien.

La primavera había sido especialmente difícil. Por aquel entonces, Annabeth tenía razones para pensar que Percy seguía vivo, ya que el plan de Hera parecía involucrar enviarle al lado romano, pero no podía estar segura de dónde estaba. Jason había recordado la localización de su viejo campamento más o menos, pero ni toda la magia griega (incluso la de los campistas de la cabaña de Hécate), no podía confirmar que Percy estaba allí, o en cualquier lugar. Parecía haber desaparecido de la faz del planeta. Rachel, la oráculo, había intentado leer el futuro, y mientras que no la viera demasiado, había confiado en que Leo necesitara acabar el Argo II antes de que pudieran contactar con los romanos.

Aún así, Annabeth se había pasado cada rato libre todas las fuentes para cualquier rumor sobre Percy. Había hablado con los espíritus de la naturaleza, había buscado pistas en el ordenador de Dédalo, y se había gastado cientos de dracmas en mensajes Iris con todo espíritu simpático, semidiós, o monstruo que hubiera conocido, todo sin suerte.

Aquella tarde en especial, volviendo de casa de Sally, Annabeth se había sentido más destrozada de lo normal. Ella y Sally habían llorado y se habían intentado calmar, pero tenían los nervios crispados. Finalmente Annabeth cogió el metro en la avenida Lexington hasta Grand Central.

Habían otros caminos para volver a su instituto desde el Upper East Side, pero a Annabeth le gustaba ir a través de la terminal de Grand Central. El hermoso diseño y el gran espacio abierto le recordaba al Monte Olimpo. Los edificios grandes le hacían sentirse mejor, quizá porque estar en un lugar tan permanente, le hacía sentirse más permanente.

Había pasado Sweet on America, la tienda de dulces donde la madre de Percy acostumbraba a trabajar, y estaba pensando en entrar a comprar caramelos azules en honor a los viejos tiempos, cuando vio a Atenea estudiando el mapa del metro en la pared.

—¡Madre! —Annabeth no se lo podía creer. No había visto a su madre en meses, no desde que Zeus había cerrado las puertas del Olimpo y prohibido toda comunicación con los semidioses.

Muchas veces, Annabeth había intentado llamar a su madre, pidiéndole guía, enviando ofrendas ardientes con cada comida del campamento. No había tenido respuesta. Ahora allí estaba Atenea, vestida con tejanos y botas de escalada y una camiseta roja de franela, con su pelo negro cayéndole por encima de sus hombros. Llevaba una mochila y un palo de excursionista como si estuviera preparada para un largo viaje.

—Debo volver a mi hogar—murmuró Atenea, estudiando el mapa—. El camino es complejo. Ojalá Odiseo estuviera aquí. Él me entendería.

—¡Mamá! —dijo Annabeth—. ¡Atenea!

La diosa se giró. Parecía ver a través de Annabeth sin reconocerla.

—Ese era mi nombre—dijo la diosa, soñolienta—. Antes de que saquearan mi ciudad, se llevaran mi identidad, y me hicieran esto—miró sus ropas con disgusto—. Debo volver a mi casa.

Annabeth dio un paso atrás, sorprendida.

—¿Eres... eres Minerva?

—¡No me llames así! —los ojos grises de la diosa brillaban con furia—. También acostumbraba a llevar una lanza y un escudo. Sujetaba la victoria en la palma de mi mano. Yo era mucho más que esto.

—Madre—la voz de Annabeth tembló—. Soy yo, Annabeth. Tu hija.

—Mi hija...—repitió Atenea—. Sí, mis hijos me vengarán. Deben destruir los romanos. Terribles, deshonorosos y copiones romanos. Hera dijo que no deberíamos mantener a los dos campamentos separados. Yo dije: No, dejadles luchar. Dejad que mis hijos destruyan a los usurpadores.

El latido de Annabeth le golpeaba en los oídos.

—¿Tú querías eso? Pero tú eres sabia. Tú sabes mejor que nadie que los enfrentamientos bélicos son...

—¡Tiempo atrás! —dijo la diosa—. Sustituida. Saqueada. Mostrada como un trofeo y expulsada de mi querida tierra. Perdí tantas cosas. Juré que nunca lo olvidaría. Ni tampoco mis hijos—se centró en Annabeth—. ¿Tú eres mi hija?

—Sí.

La diosa sacó algo del bolsillo de su camiseta, un billete de metro antiguo, y lo dejó en la mano de Annabeth.

—Sigue la Marca de Atenea—dijo la diosa—. Véngame.

Annabeth miró la moneda. Mientras la observaba, cambió de billete de metro de Nueva York a un antiguo dracma de plata, el mismo que usaban los atenienses. Tenía un búho, el animal sagrado de Atenea, con una rama de olivo a un lado y una inscripción griega en el otro.

La Marca de Atenea...

En aquél momento, Annabeth no sabía qué quería decir. No entendía por qué su madre actuaba de aquella manera. Minerva o no, no debería estar tan confundida.

—Mamá...—intentó sonar tan razonable como fuera posible—. Percy no está. Necesito tu ayuda—comenzó a explicarle el plan de Hera para juntar a ambos campamentos para la batalla contra Gea y los gigantes, pero la diosa de la sabiduría golpeó su palo contra el suelo de mármol.

—¡Nunca! —dijo—. Todo el mundo que ayuda a Roma debe perecer. Si te unes a ellos, ya no serás nunca más hija mía. Ya me has fallado.

—¡Madre!

—No me importa nada este Percy. Si se ha ido con los romanos, déjale perecer. Mátale. Mata a los romanos. Encuentra la Marca, síguela hasta su origen. Sé testigo de cómo Roma me ha desgraciado y finaliza mi venganza.

—Atenea no es la diosa de la venganza—las uñas de Annabeth se clavaron en sus manos. La moneda de plata parecía calentarse en su mano—. Percy es todo para mí.

—Y la venganza es todo para mí—le espetó la diosa—. ¿Cuál de las dos es más sabia?

—Algo va mal contigo. ¿Qué ha pasado?

—¡Roma ha pasado! —dijo la diosa—. Mira lo que han hecho, romanizándome a mí. ¿Querían que fuera su diosa? Entonces déjales probar su propia medicina. Mátales, hija.

—¡No!

—Entonces no eres nada—la diosa se giró al mapa del metro. Su expresión se suavizó, confundida—. Si pudiera encontrar el rumbo, la forma de volver a casa, entonces quizá... Pero no. Véngame o abandóname. Ya no eres hija mía.

Los ojos de Annabeth le escocían. Pensó en cientos de cosas terribles que quería decir, pero no podía. Se giró y se fue.

Había intentado lanzar la moneda de plata, pero simplemente reaparecía en su bolsillo, igual que Contracorriente lo hacía con Percy. Por desgracia, el dracma de Annabeth no tenía poderes mágicos, al menos nada útil. Sólo le daba pesadillas, y no importaba lo que intentara, no se podía deshacer de él.

Entonces, sentada en su camarote a bordo del Argo II, podía notar calentarse la moneda en su bolsillo. Miraba el modelo del Partenón en la pantalla de su ordenador y pensó en su discusión con Atenea. Frases que había oído en los últimos días le daban vueltas en su cabeza: *“Una amiga talentosa, preparada para su visitante.”*, *“Nadie podrá recuperar aquella estatua”*, *“La hija de la sabiduría anda sola”*.

Tenía miedo de que hubiera entendido finalmente de lo que significaba. Rezó a los dioses para que estuviera equivocada. Un golpe en su puerta la hizo botar en el sitio. Esperó que fuera Percy, pero en vez de él Frank Zhang metió la cabeza en el camarote.

—Eh, perdón—dijo—. ¿Puedo...?!

Ella se sorprendió tanto de verla, que le llevó un momento darse cuenta de que quería pasar.

—Claro—dijo—. Sí.

Entró, mirando por el camarote. No había demasiado que ver. En su escritorio había un montón de libros, un diario y un bolígrafo, una fotografía de su padre volando en su biplano Sopwith Camel, sonriendo y levantándole el pulgar. A Annabeth le gustaba aquella fotografía. Le recordaba a su tiempo en el que se había sentido cerca de él, cuando había destrozado un ejército de monstruos con ametralladoras de bronce celestial para protegerla, mucho mejor de lo que una chica podía esperar de un regalo de su padre.

Colgando de un gancho en la pared estaba su gorra de los Yankees de Nueva York, su posesión más preciada de su madre. En su tiempo, había tenido el poder de convertir en su portador invisible. Desde la discusión de Annabeth con Atenea, la gorra había perdido su magia. Annabeth no estaba segura de por qué, pero se la había llevado a aquella misión. Cada mañana intentaba ponérsela, esperando que funcionara de nuevo. De momento, sólo servía para recordarle la furia de su madre.

A excepción de eso, su camarote estaba vacío. La mantenía limpia y sencilla, lo que le ayudaba a pensar. Percy no se lo creía porque siempre sacaba notas excelentes, pero como la mayoría de los semidioses, tenía TDAH. Cuando había demasiadas distracciones en su espacio personal, nunca era capaz de concentrarse.

—Así que Frank...—preguntó—. ¿Qué puedo hacer por ti?

De todos los chicos del barco, Frank era el único al que no esperaba recibir. No se sintió menos confundida cuando se sonrojó y sacó sus trampas chinas para dedos de sus bolsillos.



—No me gusta estar a oscuras con esto—murmuró—. ¿Puedes enseñarme el truco? No me siento cómo preguntárselo a nadie más.

Annabeth procesó sus palabras con un ligero retraso. Espera... ¿Frank estaba pidiéndole ayuda? Entonces se le ocurrió: Frank estaba avergonzado. Leo había estado metiéndose con él bastante. A nadie le gustaba ser el centro de risas. Por la expresión de Frank de determinación supuso que nunca quería que le pasara de nuevo. Quería entender el puzle, sin la solución de la iguana.

Annabeth se sintió extrañamente honrada. Frank confiaba en que ella no se riera de él. Además, sentía debilidad por todo aquel que fuera en busca de su conocimiento, incluso algo tan simple como las trampas chinas para dedos.

Golpeó con cariño su litera.

—Claro, siéntate.

Frank se sentó al borde del colchón, preparado para una huida rápida. Annabeth cogió las trampas chinas para dedos y las colocó al lado del ordenador. Pulsó el botón del escáner infrarrojo. Unos segundos más tarde un modelo 3D de las trampas chinas para dedos aparecieron en la pantalla. Le giró el portátil a Frank para que pudiera verlo.

—¿Cómo has hecho? —se maravilló.

—Tecnología punta de la Antigua Grecia—dijo—. Vale, mira. La estructura es trenzada biaxial y cilíndrica, por lo que tiene una resistencia excelente—manipuló la imagen para que se contrajera como un acordeón—. Cuando pones tus dedos en su interior, se afloja. Pero cuando intentas sacarlos, la circunferencia se encoge mientras el tejido se endurece. No hay manera de que puedas librarte de ello apretand.

Frank se le quedó mirando.

—¿Pero cuál es la respuesta?

—Bueno...—le mostró algunos cálculos: cómo las trampas podrían resistirse bajo increíbles esfuerzos, dependiendo del material usado en el trenzado—. Es increíble para una estructura tejida, ¿verdad? Los doctores la usan para la tracción y los electricistas...

—Eh, ¿pero y la respuesta?

Annabeth se rió.

—No luches contra las trampas. Pon más adentro tus dedos, no para fuera. Eso relaja el tejido.

—Oh—Frank lo intentó y funcionó—. Gracias, pero... ¿no podrías habérmelo explicado sin el programa 3D y los cálculos?

Annabeth vaciló. Algunas veces la sabiduría venía de los lugares más extraños, incluso de un gigantesco pez de colores adolescente.

—Supongo que tienes razón. Eso ha sido un poco tonto. Yo también he aprendido algo.

Frank intentó librarse de las trampas de nuevo.

—Es fácil cuando sabes la solución.

—Muchas de las mejores trampas son sencillas—dijo Annabeth—. Sólo tienes que reflexionar, esperando que tus víctimas no lo hagan.

Frank asintió. Parecía reacio a salir.

—Ya lo sabes—dijo Annabeth—, Leo no intentaba ser borde. Es un poco bocazas. Cuando la gente le pone nervioso, usa el humor en forma de defensa.

Frank frunció el ceño.

—¿Por qué le pongo nervioso?

—Eres el doble de su tamaño y puedes convertirte en un dragón— “*Y le gustas a Hazel*”, pensó Annabeth, aunque no dijo aquello.

Frank no parecía convencido.

—Leo puede convocar el fuego—giró las trampas—. Annabeth, alguna vez, ¿quizá me podrías ayudar con otro problema que no es tan sencillo? Tengo un... supongo que lo llamas un talón de Aquiles.

Annabeth se sintió como si acabara de beber un trago de chocolate caliente romano. Nunca había sentido los conceptos “*cálido*” y “*acogedor*”, pero Frank le transmitía aquello. Era como un gran osito de peluche. Sabía por qué le gustaba Hazel:

—Me encantaría—dijo—. ¿Alguien sabe acerca sobre este talón de Aquiles?

—Percy y Hazel—dijo—. Y nadie más. Percy... realmente es un buen chaval. Le seguiría a cualquier lugar. Aunque creo que eso ya lo sabes.

Annabeth le dio golpecitos en el brazo.

—Percy tiene buen ojo escogiendo buenos amigos, como tú. Pero, Frank, puedes confiar en cualquiera de este barco. Incluso en Leo. Todos somos un equipo. Tenemos que confiar los unos con los otros.

—Supongo...

—Así que... ¿cuál es esa debilidad por la que estás preocupado?

La campana de la cena sonó y Frank pegó un bote.

—Quizá... quizá más tarde—dijo—. Es difícil hablar sobre ello. Pero gracias, Annabeth— le enseñó las trampas chinas—. No te compliques.

## Capítulo XVIII

### Annabeth

AQUELLA NOCHE, ANNABETH TUVO pesadillas, lo que le hizo sentirse incómoda cuando se levantó, como la calma antes de una tormenta.

Leo atracó el barco en el embarcadero del puerto de Charleston, justo al lado del rompeolas. Por la costa se extendía un distrito histórico con mansiones altas, palmeras y verjas de hierro forjado. Cañones antiguos señalaban al agua.

Cuando Annabeth llegó a cubierta, Jason, Frank y Leo ya habían partido al museo. Según el entrenador Hedge, le habían dicho que volverían al atardecer. Piper y Hazel ya estaban preparadas para salir, pero primero Annabeth se giró a Percy, que estaba inclinado junto al pasamanos, mirando por la bahía.

Annabeth le cogió la mano.

—¿Qué vas a hacer durante todo este tiempo?

—Nadar por el puerto—dijo con tranquilidad, como cualquier otro chico hubiera dicho “Voy a por un tentempié” —. Quiero intentar comunicarme con las nereidas locales. Quizá puedan darme consejos acerca de cómo liberar a esos cautivos en Atlanta. Además, creo que el mar puede ser bueno para mí. Estar en el acuario me hizo sentirme... sucio.

Su pelo estaba oscuro y enmarañado como de costumbre, pero Annabeth recordó el mechón gris que tenía a un lado. Cuando los dos tenían catorce, se habían turnado (a la fuerza) para sujetar el peso del cielo. El mechón había desaparecido para ambos, lo que le había entristecido a Annabeth y en parte preocupado. Se sentía como si se hubiera perdido una marca simbólica con Percy.

Annabeth le besó.

—Buena suerte, Sesos de Alga. Vuelve conmigo, ¿vale?

—Lo haré—le prometió—. Haz lo mismo.

Annabeth intentó quitarse aquel malestar.

Se giró hacia Piper y Hazel.

—De acuerdo, señoritas. Vayamos a encontrar el fantasma del Battery.

Más adelante, Annabeth deseó haber nadado por el puerto con Percy. Incluso habría preferido un museo lleno de fantasmas. No porque le importara pasear con Hazel y Piper. Al principio, tuvieron un buen tiempo paseando por el Battery. Según los carteles, el parque al lado del mar se llamaba Jardines White Point. La brisa del océano quitaba el calor pegajoso del atardecer veraniego, y era bastante refrescante bajo la sombra de las palmeras. Alineados a la carretera, había cañones de la Guerra Civil y estatuas de bronce de figuras históricas, que le hicieron estremecerse a Annabeth. Pensó en las estatuas de Nueva York durante la Titanomaquia, que habían cobrado vida gracias a la secuencia de orden veintitrés de Dédalo. Se preguntó cuántas otras estatuas alrededor del país eran autómatas secretos, esperando a ser vueltas a la vida.

El puerto de Charleston brillaba con el sol. De norte a sur, líneas de tierra se estiraban como brazos cercando la bahía, y asentada en la boca del puerto, a dos kilómetros de la costa, había una isla con un fuerte de piedra. Annabeth tenía un

vago recuerdo de lo importante que había sido el fuerte durante la Guerra Civil, pero no se lo pensó demasiado.

Siempre que respiraba el aire del mar pensaba en Percy. Que los dioses evitaran que algún día tuviera que romper con él. Nunca sería capaz de visitar el mar de nuevo sin acordarse de su corazón roto. Se sintió aliviada cuando dejaron atrás el rompeolas y explorando los jardines.

El parque estaba vacío. Annabeth se imaginó que la mayoría parte de los habitantes locales se habrían ido de vacaciones de verano, o estarían en casa tomando una siesta. Se pasearon por la calle South Battery, que estaba cubierta con mansiones coloniales de cuatro pisos. Las paredes de ladrillo estaban cubiertas de hiedra. Las fachadas tenían decoradas con columnas blancas como los templos romanos. Los jardines frontales estaban llenos de rosales, madre selvas y flores veraneras. Parecía que Deméter había hecho que las plantas crecieran varias décadas atrás y entonces se había olvidado de volver y comprobar su estado.

—Me recuerda en parte a Nueva Roma—dijo Hazel—. Todas las grandes mansiones y jardines, las columnas y los arcos.

Annabeth asintió. Se acordaba de leer cómo el Sur americano se había comparado muchas veces con Roma durante la Guerra Civil. Antiguamente la sociedad había sido toda arquitectura impresionante, honor y códigos de caballería. Por el lado malo, también había sido esclavitud. “Roma tenía esclavos” habían dicho algunos sureños, “¿y entonces por qué no podemos tener nosotros?” Annabeth tuvo un escalofrío. Le encantaba la arquitectura de allí. Las casas y los jardines eran muy hermosos, muy romanos. Pero se preguntaba por qué las cosas hermosas siempre tenían un halo de maldad histórica. ¿O era al revés? Quizá la historia malvada necesitaba construir cosas hermosas, para enmascarar los aspectos más oscuros.

Zarandéó la cabeza. Percy odiaba cuando se ponía tan filosófica. Si intentaba hablar con él sobre cosas como aquellas, su mirada la evitaba. Las otras chicas no dijeron demasiado más.

Piper no dejaba de mirar a ambos lados como si esperar una emboscada. Había dicho que había visto el parque en el reflejo de la hoja de su daga, pero no podía decir mucho más. Annabeth supuso que tenía miedo de ello. Después de todo, la última vez que Piper había intentado interpretar una visión de su cuchillo, Percy y Jason estuvieron a punto de matarse el uno al otro en Kansas.

Hazel también parecía preocupada. Quizá estaba en su ambiente, o quizá estaba preocupada por su hermano. En menos de cuatro días, a no ser que lo encontraran y le liberaran, Nico estaría muerto.

También Annabeth sintió que la fecha límite le pesaba más aún. Siempre había tenido sensaciones extrañas sobre Nico di Angelo. Sospechaba que le había gustado desde que le habían rescatado a él y a su hermana mayor Bianca de la academia militar en Maine; pero Annabeth nunca estado atraída por Nico. Era demasiado joven y taciturno. Había una parte oscura en él que la hacía sentirse incómoda.

Aún así, se sentía responsable por él. Cuando se conocieron, ninguno de ellos conocía a su hermanastra, Hazel. En aquél momento, Bianca había sido la única familia viva de Nico. Cuando murió, Nico se había convertido en un huérfano sin hogar, merodeando por el mundo solo. Annabeth se sentía relacionada con aquello. Estaba tan ensimismada, que podría haber caminado por el parque para siempre, pero Piper le agarró el brazo.

—Allí—señaló a través del puerto. A unos cientos de metros, una blanca figura parpadeante flotaba en el agua. Al principio, Annabeth creyó que podía ser una boya o un bote reflejándose a la luz del sol, pero estaba brillando y se movía más suavemente que un barco, moviéndose en línea recta hacia ellas. Mientras se acercaba, Annabeth dedujo que era una figura femenina.

—El fantasma—dijo.

—Eso no es un fantasma—dijo Hazel—. Ningún tipo de espíritu brilla tanto.

Annabeth decidió aceptar su palabra. No podía imaginarse siendo Hazel, muriendo tan joven y volviendo del Inframundo, sabiendo más acerca de los muertos que de los vivos.

Como si estuviera en estado de trance, Piper cruzó la calle hacia el borde del rompeolas, esquivando por los pelos un carruaje tirado por caballos.

—¡Piper! —la llamó Annabeth.

—Será mejor que la sigamos—dijo Hazel.

Cuando Annabeth y Hazel la alcanzaron, la aparición fantasmagórica estaba a penas a unos metros. Piper la miraba como si su imagen la ofendiera.

—Es ella—refunfuñó.

Annabeth miró al fantasma entrecerrando los ojos, pero brillaba demasiado como para verla bien. Entonces la aparición flotó por el rompeolas y se detuvo ante ellas. El brillo desapareció.

Annabeth contuvo el aliento. La mujer era tan hermosa que quitaba el aliento y extrañamente familiar. Su cara era difícil de describir. Sus facciones parecían ir de una estrella de cine famosa a otra. Sus ojos brillaban juguetones, algunas veces verde, azul o ámbar. Su pelo cambiaba de rubio largo y liso a rizos oscuros con tonos chocolate.

Annabeth se sintió celosa al instante. Siempre había querido tener el pelo oscuro. Se sentía como si nadie se tomara en serio siendo rubia. Había trabajado mucho

para ganarse el reconocimiento de ser una gran estratega, una arquitecta y una consejera sénior, todo lo que tuviera que ver con la inteligencia.

La mujer estaba vestida como una dama sureña, igual que Jason la había descrito. Su vestido tenía un corpiño de corte bajo de seda rosa y una falda de tres aros con lazos blancos festoneados. Vestía unos guantes altos blancos de seda, y sujetaba un abanico de plumas rosa y blanco sobre su pecho.

Todo sobre ella parecía estar hecho para hacerse sentir a Annabeth incompetente: la gracia con la que llevaba el vestido, el perfecto pero ligero maquillaje, la forma en la que irradiaba encanto femenino por la que ningún hombre se podría resistir.

Annabeth se dio cuenta de que sus celos eran irracionales. La mujer la hacía sentir así. Lo había experimentado antes. Reconoció a la mujer, aunque su cara cambiaba al segundo, volviéndose más y más hermosa.

—Afrodita—dijo.

—¿Venus? —preguntó Hazel, asombrada.

—Madre—dijo Piper, sin entusiasmo.

—¡Chicas! —la diosa extendió sus brazos como si quisiera un abrazo grupal.

Las tres semidiosas no se lo dieron, incluso Hazel retrocedió hasta una palmera.

—Me alegro de que estéis aquí—dijo Afrodita—. La guerra se acerca. El baño de sangre es inevitable. Así que sólo hay una cosa por hacer.

—Eh, ¿y qué es? —se aventuró Annabeth.

—¡Un té y una charla! ¿Qué sino? ¡Venid conmigo!

Afrodita sabía cómo hacer el té.

Las llevó hasta el pabellón central de los jardines, una glorieta de pilares blancos, dónde había una mesa con unas tazas chinas de una vajilla de plata y, por supuesto, una tetera de vapor ardiente, con la fragancia cambiando tan fácilmente igual que la apariencia de Afrodita, algunas veces a canela, jazmín o menta. Había platos de bísquets, galletitas, magdalenas, mantequilla fresca y mermelada. Todo engordaba, supuso Annabeth, a no ser que fueras una inmortal diosa del amor.

Afrodita se sentó, o fue el centro de atención, más bien dicho, en una silla de pavo real de mimbre. Sirvió el té y repartió pastelitos sin tener una sola mancha en su ropa, con su postura siempre perfecta y su sonrisa deslumbrante. Annabeth la odió más y más durante todo el tiempo que estuvieron sentadas.

—Oh, mis dulces niñas—dijo la diosa—. ¡Me encanta Charleston! Las bodas en las que he estado en esta glorieta, me hacen llorar y todo. Y los elegantes bailes de los días del Antiguo Sur. Ah, eran encantadores. Muchas de estas mansiones siguen teniendo estatuas de mí en sus jardines, aunque me llaman Venus.

—¿Cuál eres tú? —preguntó Annabeth—. ¿Venus o Afrodita?

La diosa sorbió el té. Sus ojos brillaban con malicia.

—Annabeth Chase, has crecido y te has convertido en una hermosa jovencita. Aunque deberías hacerte algo con ese pelo, querida. Y, Hazel Levesque, tus ropas...

—¿Mis ropas? —Hazel miró a sus vaqueros arrugados e inconscientemente, se sonrojó, como si no pudiera imaginarse qué había de malo en ellos.

—¡Madre! —dijo Piper—. Me avergüenzas.

—Bueno, no veo el por qué—dijo la diosa—. Sólo porque tú no aprecies mis consejos de moda, Piper, no significa que otras no puedan. Podría remodelar rápidamente a Annabeth y Hazel, quizá con unos vestidos de seda como el mío...

—¡Madre!

—Bueno—suspiró Afrodita—. Para responder a tu pregunta, Annabeth, yo soy ambas Afrodita y Venus. A diferencia de mis compañeros olímpicos, no cambié a penas de una época a otra. De hecho, me gusta pensar que no he envejecido a penas—sus dedos pasaron por su cara—. El amor es el amor, después de todo, seas griego o romano. Esta guerra civil no me afecta igual que a los demás.

“Maravilloso”, pensó Annabeth. Su propia madre, la olímpica más racional, había sido reducida a una delirante y despiadada cabeza de chorlito en una estación de metro. Y de todos los dioses que les podrían ayudar, los únicos que no parecían estar afectados por la división griega-romana parecían ser Afrodita, Némesis y Dioniso. Amor, venganza y vino. Muy útil.

Hazel mordisqueó una galletita suiza.

—Aún no estamos en guerra, mi señora.

—Oh, querida Hazel—Afrodita dobló su abanico—. Tienes mucho optimismo, aunque se acercan días desgarradores para ti. Por supuesto, la guerra se acerca. El amor y la guerra siempre están unidos. ¡Siempre sacan lo mejor de las emociones humanas! El mal y el bien, la belleza y la fealdad.

Sonrió a Annabeth como si supiera qué había estado pensando Annabeth sobre el Antiguo Sur.

Hazel dejó la galletita. Tenía unas migas en su barbilla y a Annabeth le gustó el hecho de que a Hazel o no le importaba o no lo sabía.

—¿A qué te refieres—preguntó Hazel—, con días doloroso?

La diosa se rió como si Hazel fuera un cachorro.

—Bueno, Annabeth puede hacerte una idea de ello. Una vez prometí hacer su vida amorosa más interesante, ¿y no lo he hecho?

Annabeth casi arrancó el asa de la taza de té. Durante años, su corazón había estado roto. Primero fue Luke Castellan, su primer amor, que sólo la había visto como una hermana pequeña; entonces se volvió malvado y decidió que le gustaba, justo antes de morir. Después vino Percy, que era irritante, pero dulce, aunque parecía sentir algo por otra chica llamada Rachel, y entonces él casi

murió, varias veces. Finalmente había conseguido salir con Percy, para que él desapareciera durante seis meses y hubiera perdido la memoria.

—Interesante—dijo Annabeth—, es una forma suave de decirlo.

—Bueno, no me otorgo el mérito de todos tus problemas—dijo la diosa—. Pero me encantan estos giros en una historia de amor. Oh, todas vosotras tenéis historiales encantadores, chicas. ¡Me hacéis sentir orgullosa!

—Madre—dijo Piper—, ¿hay alguna razón por la que estés aquí?

—¿Eh? Oh, ¿te refieres además de por el té? Me gusta venir aquí. Adoro la vista, la comida, el ambiente, puedes oler el romance y los corazones rotos en el aire, ¿verdad? Desde hace siglos.

Señaló a la mansión más cercana.

—¿Veis ese balcón en la azotea? Tuvimos una fiesta allí la noche en la que comenzó la guerra civil americana. El bombardeo del Fuerte Sumter.

—Eso es—recordó Annabeth—. La isla en el puerto. Es ahí donde sucedió la primera batalla de la Guerra Civil. Los confederados atacaron a las tropas de la Unión y conquistaron el fuerte.

—¡Oh, vaya fiesta! —dijo Afrodita—. Un cuarteto e cuerdas y todos los hombres vestidos con sus uniformes nuevos. Los vestidos de las mujeres... ¡deberíais haberlos visto! Yo bailé con Ares, ¿o era Marte? Me temo que no lo recuerdo. ¡Y los preciosos estallidos de luz en el puerto, el rugido de los cañones dando una excusa a los hombres para rodear a sus queridas damiselas en apuros!

El té de Annabeth estaba frío. No había comido nada, pero se sentía con ganas de vomitar.

—Estás hablando del principio de la guerra más sangrienta de la historia de Estados Unidos. Más de seiscientos mil personas murieron, más americanos que en la Primera y la Segunda Guerras Mundiales juntas.

—¡Y los refrigerios! —siguió Afrodita—. Ah, eran divinos. El general Beauregard apareció por sorpresa en la fiesta. Era un bribón. Estaba casado por segunda vez, pero deberíais haber visto la forma en la que miraba a Lisbeth Cooper.

—¡Madre! —Piper despedazó su panecillo para dárselo a las palomas.

—Sí, lo siento—dijo la diosa—. En resumen, estoy aquí para ayudaros, chicas. Dudo que vayáis a ver demasiado a Hera. Vuestra pequeña misión ha hecho que no sea muy bienvenida en la sala del trono. Y los otros dioses tampoco están un tanto indispuestos, ya sabéis, separados entre los lados griegos y romanos. Algunos más que otros—Afrodita miró fijamente a Annabeth—. Supongo que les habrás contado a tus amigos tu encontronazo con tu madre.

Las mejillas de Annabeth comenzaron a arder. Hazel y Piper la miraron, cautelosamente.

—¿Encontronazo? —preguntó Hazel.



—Fue una discusión—dijo Annabeth—. No ha sido nada.

—¡Nada! —dijo la diosa—. Bueno, no sé. Atenea era la diosa más griega de todas. La patrona de Atenas, nada menos. Cuando los romanos llegaron, oh, bueno, adoptaron su culto como una moda. Se convirtió en Minerva, diosa de las artes y de la inteligencia. Pero los romanos tenían otros dioses de la guerra que eran más de su gusto, más cien por cien romanos, como Belona...

—La madre de Reyna—murmuró Piper.

—Pues sí—asintió la diosa—. Tuve una encantadora charla con Reyna hace un tiempo, justo en este parque. Y los romanos tenían a Marte, por supuesto. Más tarde, también estaba Mitras, no era demasiado griego ni romano, pero los legionarios se volvían locos con él. Siempre le he encontrado un tanto burdo y un horrible nouveau dieu, por lo personal. De cualquier manera, los romanos dejaron de lado a la pobre Atenea. Le quitaron la mayor parte de su importancia militar. Los griegos nunca perdonaron a los romanos por aquel insulto. Y mucho menos lo hizo Atenea.

Las orejas de Annabeth pitaron.

—La marca de Atenea—dijo—. Lleva a una estatua, ¿verdad? Lleva a... a esta estatua.

Afrodita sonrió.

—Eres lista, como tu madre. Entiende, aún así, que tus hermanastros, los hijos de Atenea, han estado buscándola durante siglos. Ninguno ha podido recuperar la estatua. Mientras tanto, han mantenido viva la enemistad de los griegos con los romanos. Cada guerra civil, tanto baño de sangre y tantos corazones rotos, ha estado provocada, en gran parte, por los hijos de Atenea.

—Eso es...—Annabeth quería decir “imposible”, pero recordó las duras palabras de Atenea en la estación de Grand Central, con el odio ardiendo en sus ojos.

—¿Romántico? —sugirió Afrodita—. Sí, se supone que sí.

—Pero...—Annabeth intentó aclarar su mente—. La Marca de Atenea, ¿cómo funciona? Es un conjunto de pistas, o un camino dejado por Atenea.

—Eh...—Afrodita parecía educadamente aburrida—. No sabría decirlo. No creo que Atenea creara la marca a conciencia. Si hubiera sabido dónde estaba su estatua, ella habría dicho simplemente que fueras a por ella. No... supongo que la Marca es como una vía espiritual de migas de pan. Es una conexión entre la estatua y los hijos de Atenea. La estatua quiere ser encontrada, ya sabéis, pero sólo puede ser liberada por aquellos que lo merezcan.

—Y durante cientos de años—dijo Annabeth—, nadie lo ha conseguido.

—Esperad—dijo Piper—. ¿De qué estatua estamos hablando?

La diosa se rió.

—Oh, estoy segura de que Annabeth os puede ilustrar. De cualquier manera, la pista que necesitas está cerca: un mapa, dejado por los hijos de Atenea en 1861, un souvenir que te abrirá el camino una vez hayas llegado a Roma. Pero como te he dicho, Annabeth Chase, nadie ha tenido éxito en seguir la Marca de Atenea hasta su final. Allí te enfrentarás a tu mayor miedo, el miedo de cada hijo de Atenea. Y aunque sobrevivas, ¿cómo vas a usar tu recompensa? ¿Para la guerra o para la paz?

Annabeth se sintió aliviada por el mantel de la mesa, porque bajo la mesa, sus piernas temblaban.

—Este mapa—dijo—, ¿dónde está?

—¡Chicos! —Hazel señaló al cielo.

Dando vueltas alrededor de las palmeras había dos águilas gigantes. Más arriba, descendiendo rápidamente, había un carruaje volador arrastrado por pegajos. Aparentemente el señuelo de Buford no había funcionado, al menos no demasiado.

Afrodita extendió mantequilla en una magdalena como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Oh, el mapa está en el Fuerte Sumter, por supuesto—señaló con la punta del cuchillo hacia la isla al otro lado del puerto—. Parece que los romanos han llegado para pararos los pies. Si fuera vosotras, volvería corriendo a vuestro barco. ¿Querréis unas pastitas de té para llevar?

## Capítulo XIX

### Annabeth

NO LLEGARON AL BARCO. A mitad de camino por el puerto, tres águilas gigantes descendieron delante de ellas. Cada una llevaba un oficial romano vestido con ropas moradas, una armadura brillante de oro, una espada y un escudo. Las águilas salieron volando y el romano del medio, que era más enclenque que los demás, se levantó el visor del casco.

—¡Rendíos a Roma! —gritó Octavian.

Hazel levantó su espada de caballería y murmuró:

—Buen intento, Octavian.

Annabeth maldijo entre dientes. Él solo, el delgaducho augur no la molestaba, pero los otros dos chicos parecían guerreros veteranos, más grandes y fuertes de lo que podría soportar Annabeth, especialmente ya que Piper y ella estaban sólo armadas con dagas. Piper levantó sus manos con un gesto aplacador.

—Octavian, lo que pasó en el campamento fue un malentendido. Os lo podemos explicar.

—¡No puedo oírte! —gritó Octavian—. Tenemos cera en nuestros oídos, un procedimiento previsor cuando combates contra sirenas malvadas. Ahora, lanzad vuestras armas y giraos cautelosamente para que os podamos encadenar.

—Dejadme ensartarlo—murmuró Hazel—. Por favor.

El barco estaba a penas a quince metros de ellas, pero Annabeth no vio ninguna señal del entrenador Hedge en cubierta. Estaría probablemente abajo, viendo sus estúpidos programas de artes marciales. El grupo de Jason no llegarían hasta el anochecer y Percy estaría bajo el agua, inconsciente de la invasión. Si Annabeth pudiera llegar a bordo, podría utilizar la ballesta; pero no había forma de rodear aquellos romanos.

Se le acababa el tiempo. Las águilas daban vueltas por encima de sus cabezas, gritando como si estuvieran alertando a las de su especie: ¡Eh, semidioses griegos deliciosos por aquí! Annabeth no podía ver ningún otro carruaje volador por ningún lado, pero supuso que estarían cerca. Tenía que arreglárselas antes de que cualquier otro romano llegara. Necesitaba ayuda... algún tipo de señal de advertencia para el entrenador Hedge, o incluso mejor, Percy.

—¿Y bien? —dijo Octavian. Sus dos amigos blandían sus espadas.

Lentamente, usando sólo dos dedos, Annabeth desenfundó su daga. En vez de dejarla caer, la lanzó lo más lejos que pudo en el agua.

Octavian emitió un chillido.

—¿Qué ha sido eso? ¡No he dicho que os deshagáis de ellas! Eso podría haber sido una prueba. ¡O botín de guerra!

Annabeth intentó poner una sonrisa de rubia tonta, como: “Oh, tonta de mí”. Nadie que la conociera podría haber sido engañado. Pero Octavian pareció tragárselo. Resopló, exasperado.

—Y vosotras dos...—señaló con su hoja a Hazel y Piper—. Poned vuestras armas en el suelo. Ningún otro tipo de bro...

Alrededor de los romanos, el puerto de Charleston entró en erupción como una fuente de Las Vegas durante un espectáculo. Cuando la pared de agua marina se calmó, los tres romanos estaban en la bahía, balbuceando e intentando frenéticamente mantenerse a flote con sus armaduras. Percy estaba de pie en el puerto, sujetando la cara de Annabeth.

—Has dejado caer esto—dijo, con cara de estar muy sorprendido.

Annabeth se lanzó a sus brazos.

—¡Te quiero!

—Chicos— les interrumpió Hazel. Sonreía ligeramente—. Tenemos que darnos prisa.

En el agua, Octavian gritaba:

—¡Sacadme de aquí! ¡Os mataré!

—No me tientes—le dijo Percy.

—¿Qué? —gritó Octavian. Estaba agarrando a uno de sus guardias, que ya tenía problemas para mantenerse él a flote como para mantenerlos a ambos.

—¡Nada! —le gritó Percy—. Vamos, chicas.

Hazel frunció el ceño.

—No podemos dejarles que se ahoguen, ¿verdad?

—No lo harán—le prometió Percy—. Tengo agua circulando a sus pies. En cuanto estemos fuera de su alcance, les devolveré a tierra firme.

Piper sonrió.

—Genial.

Subieron a bordo del Argo II y Annabeth corrió hacia el timón.

—Piper, ve abajo. Utiliza el grifo de la cocina para enviar un mensaje Iris. ¡Alerta a Jason para que vuelva!

Piper asintió y corrió hacia la cocina.

—Hazel, ve y encuentra al entrenador Hedge y dile que ponga sus traseros de cabra en cubierta.

—¡De acuerdo!

—Y Percy, tú y yo necesitamos llevar este barco hasta el Fuerte Sumter.

Percy asintió y corrió hacia el mástil. Annabeth cogió el timón. Sus manos volaron por los controles. Tuvo la esperanza de que supiera cómo hacerlos funcionar.

Annabeth había visto a Percy controlar veleros gigantescos sólo con su fuerza de voluntad. Esta vez, no fue mucho menos peor. Las cuerdas volaron solas, desatando las amarras, elevando el ancla. Las velas se desdoblaron y cogieron aire. Mientras tanto Annabeth encendió el motor. Los remos se extendieron con un sonido de escopeta y el Argo II se giró por el puerto, en dirección a la isla en la lejanía.

Las tres águilas seguían volando en círculos por encima de ellos, pero no intentaron aterrizar en el barco, probablemente porque el mástil de proa Festus escupía fuego cada vez que se intentaban acercar. Había más águilas volando en formación hacia el Fuerte Sumter, al menos una docena. Si cada una de ellas llevaba un semidiós romano, eso significaba un montón de enemigos.

El entrenador Hedge llegó corriendo a cubierta con Hazel detrás de él.

—¿Dónde están? —dijo—. ¿A quién tengo que matar?

—¡Nada de matar! —le ordenó Annabeth—. ¡Sólo defiende el barco!

—¡Pero han interrumpido una película de Chuck Norris!

Piper salió del interior.

—Acabo de hablar con Jason. Ha sido todo muy borroso, pero está de camino. Debería estar... ¡oh, allí!

Planeando por encima de la ciudad, en su dirección, había una gigantesca águila calva, a diferencia de las doradas romanas.

—¡Frank! —dijo Hazel.

Leo colgaba de las garras del águila e incluso desde el barco, Annabeth podía oírle gritando y maldiciendo.

Detrás de ellos volaba Jason, cabalgando el viento.

—Nunca había visto a Jason volar antes—murmuró Percy—. Parece un Superman rubio.

—¡No hay tiempo para esto! —le reprendió Piper—. ¡Mirad, tienen problemas!

Un carruaje romano había descendido de una nube e iba directo hacia ellos. Jason y Frank cambiaron de dirección y subieron en el aire para evitar ser atropellados por los pegazos. Los del carruaje usaron sus arcos. Las flechas silbaron bajo los pies de Leo, lo que provocó más griterío y maldiciones. Jason y Frank se vieron obligados a pasar de largo del Argo II y volar por encima del Fuerte Sumter.

—¡Yo los cogeré! —gritó el entrenador Hedge.

Agarró hacia la ballesta. Antes de que Annabeth gritara:

—¡No seas estúpido! —Hedge disparó. Una flecha en llamas disparó hacia el carruaje.

Explotó por encima de las cabezas de los pegazos y les hizo entrar en pánico. Por desgracia, también golpeó las alas de Frank y les hizo que dieran vueltas sin control. Leo se le deslizó de su garra. El carruaje estalló contra el Fuerte Sumter, llevándose a Jason de por medio.

Annabeth vio con horror cómo Jason, obviamente aturdido, embistió a Leo, cogiéndole, y entonces forcejeó para ganar altitud. Sólo consiguió ralentizar su caída. Desaparecieron por entre las murallas del fuerte. Frank dio volteretas detrás de ellos. Entonces el carruaje se cayó en algún lugar del interior con un crujido gigantesco. Una rueda rota salió volando por el aire.

—¡Entrenador! —gritó Piper.

—¿Qué? —preguntó Hedge—. ¡Sólo ha sido un tiro de advertencia!

Annabeth aceleró los motores. El casco se estremeció mientras cogían velocidad. Los puertos de la isla estaban a unos kilómetros pero una docena más de águilas planeaban por encima de ellos, cada una cargando un semidiós romano en sus garras.

La tripulación del Argo II estaría superada en número tres a uno.

—Percy—dijo Annabeth—, se avecinan problemas. Necesito que controles el agua para que no nos choquemos contra los muelles. Una vez allí, vas a tener que mantener a raya a los atacantes. El resto, ayúdame a proteger el barco.

—Pero... Jason—dijo Piper.

—¡Frank y Leo! —añadió Hazel.

—Les encontraré—le prometió Annabeth—. Tengo que encontrar dónde está ese mapa. Y estoy segura de que soy la única que puede hacerlo.

—El fuerte está a rebosar de romanos—la alertó Percy—. Tendrás que abrirte camino luchando, encontrar a nuestros amigos, suponiendo que están bien, encontrar este mapa, y traer con vida a todo el mundo. ¿Todo tú sola?

—Un día normal en mí—Annabeth le besó—. Hagas lo que hagas, no dejes que tomen el barco.

## Capítulo XX

### Annabeth

LA NUEVA GUERRA CIVIL ACABABA DE COMENZAR.

Leo había escapado de alguna manera de su caída ileso. Annabeth le vio agachado de pórtico a pórtico, lanzando fuego a las águilas gigantes abalanzándose hacia él. Los

semidioses romanos intentaron atraparlo, tropezándose por encima de balas de cañón y esquivando turistas, que gritaban y corrían en círculos.

Los guías turísticos gritaban:

—¡Es sólo una recreación! —a pesar de que no sonaban demasiado seguros. La niebla hacía todo lo que podía para cambiar lo que veían los mortales.

En el centro del patio, un elefante gigantesco, (¿podría ser Frank?), lo arrasaba todo alrededor de los mástiles, tumbando guerreros romanos. Jason estaba de pie a unos metros, luchando con la espada con un bajo y fornido centurión cuyos labios estaban manchados de rojo cereza, como si fuera sangre. ¿Un aspirante a vampiro o un aficionado a los Kool-Aid?

Mientras Annabeth miraba, Jason gritó:

—¡Lo siento por esto, Dakota!

Hizo una voltereta por encima de la cabeza del cinturón como si fuera un acróbata y golpeó el mango de su gladius en la parte trasera de la cabeza del romano. Dakota se derrumbó.

—¡Jason! —le llamó Annabeth.

Observó el campo de batalla hasta que la vio. Annabeth señaló hacia el lugar dónde estaba el Argo II atracado.

—¡Haz que los demás suban a bordo! ¡Retirada!

—¿Y tú? —le llamó.

—¡No me esperéis!

Annabeth salió corriendo antes de que él pudiera protestar.

Tuvo dificultades maniobrando a través de las masas de turistas. ¿Por qué había tanta gente que quería ver el fuerte Sumter en un caluroso día de verano? Pero Annabeth se dio cuenta rápidamente de que las multitudes habían salvado sus vidas. Sin todo aquél caos de los mortales aterrorizados, los romanos ya habrían rodeado a su tripulación superada en número.

Annabeth se escabulló hasta una sala pequeña que debía haber sido una armería. Intentó contener su respiración. Se imaginó lo que sería ser un soldado de la Unión en aquella isla durante el año 1861, rodeada de enemigos, reduciendo suministros y provisiones, sin recibir refuerzos.

Alguno de los defensores de la Unión habían sido hijos de Atenea. Habían escondido algún mapa importante allí, algo que no querían que cayera en manos enemigas. Si Annabeth hubiera sido uno de esos semidioses, ¿dónde lo habría puesto?

De repente las paredes brillaron. El aire se volvió cálido. Annabeth se preguntó si estaba alucinando. Estaba a punto de salir corriendo por la salida cuando la puerta se cerró de golpe. El argamasa entre los ladrillos formó burbujas. Las burbujas explotaron, y cientos de pequeñas arañas negras comenzaron a salir de todas partes.

Annabeth no podía moverse. Su corazón parecía haberse parado. Las arañas cubrían las paredes, atropellándose entre ellas, extendiéndose por el suelo y gradualmente a su alrededor. Era imposible. Aquello no podía ser real.

El horror hizo que se sumergiera en sus recuerdos. Volvía a tener siete años, sola en su habitación en Richmond, Virginia. Las arañas vinieron de noche. Se arrastraban en oleadas desde su armario y esperaban en las sombras. Gritó llamando a su padre, pero su padre estaba fuera por trabajo. Siempre parecía estar fuera por trabajo. En vez de él vino su madrastra.

—No me importa ser el poli malo—le había dicho ella una vez al padre de Annabeth, cuando creía que Annabeth no podía oírla.

—Es sólo tu imaginación—le había dicho su madrastra acerca de las arañas—. Estás asustando a tus hermanos pequeños.

—No son mis hermanos—le discutió Annabeth, lo que hizo que la expresión de su madrastra se endureciera. Sus ojos daban casi tanto miedo como las arañas.

—Vete a dormir ahora—insistió su madrastra—. No grites más.

Las arañas volvían en cuanto su madrastra se iba de la habitación. Annabeth intentaba esconderse bajo las sábanas, pero no funcionaba. Lentamente caía dormida de puro cansancio. Se despertaba por la mañana, llena de mordiscos y telarañas cubriendo sus ojos, nariz y boca.

Los mordiscos desaparecían en cuanto se vestía, por lo que no tenía nada que mostrar a su madrastra excepto las telarañas, lo que su madrastra creía que eran trucos inteligentes.

—No quiero oír nada más acerca de esas arañas—le había dicho firmemente su madrastra—. Eres una chica mayor.

La segunda noche, las arañas vinieron de nuevo. Su madrastra seguía siendo el poli malo. Annabeth no tenía permitido llamar a su padre y molestarle con aquél sinsentido. No, él no vendría a casa pronto.

La tercera noche, Annabeth huyó de casa.

Más tarde, en el campamento Mestizo, había aprendido que todos los hijos de Atenea tenían miedo de las arañas. Tiempo atrás, Atenea había enseñado a la tejedora Aracne una dura lección, maldiciéndola por su orgullo y convirtiéndola en la primera araña. Desde entonces, las arañas han odiado a los hijos de Atenea.

Pero aquello no le servía para sobrellevar su miedo. Una vez, casi había matado a Connor Stoll en el campamento por haber puesto una tarántula en su litera. Años después, había tenido un ataque de pánico en un parque acuático de Denver, cuando Percy y ella habían sido asaltados por arañas mecánicas. Y durante las últimas semanas, Annabeth había soñado con arañas casi cada noche, persiguiéndola, sofocándola, rodeándola con telarañas.



Ahora, de pie en los cuarteles del fuerte Sumter, estaba rodeada. Sus pesadillas se habían hecho realidad.

Una voz durmiente murmuró en su cabeza: “Pronto, cielo. Pronto conocerás a la tejedora”. —¿Gea? —murmuró Annabeth. Tuvo miedo de la respuesta, pero preguntó—. ¿Quién... quién es la tejedora?

Las arañas se emocionaron, removiéndose por las paredes, agitándose alrededor de los pies de Annabeth como una brillante piscina negra. Sólo la esperanza de que fuera una ilusión mantuvo a Annabeth a salvo de desmayarse del miedo.

—Espero que sobrevivas, chica—dijo la voz de la mujer—. Te prefiero a ti como mi sacrificio. Pero debemos dejar que la tejedora cumpla su venganza...

La voz de Gea desapareció. En la pared más lejana, en el centro de la oleada de arañas, un símbolo rojo cobró vida: la figura de un búho como el del dracma de plata, mirando justo a Annabeth. Entonces, justo como en sus pesadillas, la Marca de Atenea ardía a través de las paredes, incinerando a todas las arañas hasta que la habitación estuvo vacía a excepción del olor de cenizas.

—Ve—dijo una nueva voz, la madre de Annabeth esta vez—. Véngame. Sigue la Marca.

El símbolo ardiente del búho desapareció. La puerta de la habitación se abrió de golpe. Annabeth estaba de pie, asombrada en el centro de la habitación, sin estar segura de que lo que acababa de ver era real o sólo una visión.

Una explosión golpeó el edificio. Annabeth recordó que sus amigos estaban en peligro. Se habría quedado allí durante mucho tiempo. Pero se forzó a moverse. Aún temblando, salió al exterior. El aire del océano le ayudó a aclararse la mente. Miró a través del patio, por entre los turistas aterrorizados y los semidioses luchando, al borde de las batallas, había un gran mortero señalando hacia el mar.

Debía de ser la imaginación de Annabeth, pero la vieja pieza de artillería parecía brillar de color rojo. Corrió hacia ello. Un águila pasó volando cerca de ella, pero la esquivó y siguió corriendo. Nada podría asustarla más que aquellas arañas.

Los semidioses romanos habían formado filas y estaban avanzando hacia el Argo II, pero una tormenta en miniatura se había formado encima de sus cabezas. Aunque el día era claro a su alrededor, los truenos retumbaban y los relámpagos brillaban por encima de los romanos. La lluvia y el viento les hacían retroceder.

Annabeth no se detuvo a pensárselo.

Alcanzó al mortero y puso la mano en la boca del arma. En el tapón que bloqueaba la obertura, la Marca de Atenea comenzó a brillar, la forma roja de un búho.

—En el mortero—dijo—. Por supuesto.

Curioseó por entre la obertura con sus dedos. No hubo suerte. Maldiciendo, sacó su daga. En cuanto el bronce celestial tocó el tapón, éste se encogió y se amplió. Annabeth lo apartó y metió su mano dentro del cañón.

Sus dedos tocaron algo frío, liso y metálico. Sacó un pequeño disco de bronce del tamaño de una tetera con letras e ilustraciones delicadas grabadas en él. Decidió examinarlo más tarde. Lo depositó en su mochila y se giró.

—¿Huyendo? —preguntó Reyna.

La pretor estaba de pie a unos metros, vestida con toda la armadura, sujetando una jabalina dorada. Sus dos sabuesos metálicos gruñían a su lado.

Annabeth observó la zona. Estaban más o menos a solas. La mayor parte del combate se había movido hasta los muelles. Con suerte, sus amigos habrían llegado todos a bordo, pero ahora tenían que zarpar de inmediato o podrían ser invadidos. Annabeth tenía que darse prisa.

—Reyna—dijo—, lo que pasó en el Campamento Júpiter fue culpa de Gea. Los eidolones son unos espíritus poseedores que...

—Ahórrate tus explicaciones—dijo Reyna—. Las necesitarás para el juicio.

Los perros gruñeron y avanzaron lentamente. Aquella vez, no parecía importarles si Annabeth estuviera diciendo la verdad. Intentó pensar un plan de escape. Dudó de que pudiera ganar a Reyna en un combate uno contra uno. Con aquellos perros metálicos, no tenía ninguna oportunidad.

—Si dejas que Gea separe nuestros campamentos—dijo Annabeth—, los gigantes ya han ganado. Destruirán a romanos, griegos, los dioses y a todo el mundo mortal.

—¿No crees que lo sé? —la voz de Reyna era tan dura como el acero—. ¿Qué opción me queda? Octavian quiere sangre. Ha instigado a la legión hacia un frenesí, y no puedo detenerlo. Ríndete. Te llevaré a Nueva Roma para un juicio. No será justo. Serás dolorosamente ejecutada. Pero pueda que sea suficiente para parar más violencia. Octavian no estará satisfecho, por supuesto, pero puedo convencer a los demás para frenar.

—¡No he sido yo!

—¡No importa! —le espetó Reyna—. Alguien debe pagar por lo que ha pasado. Deja que seas tú. Es la mejor opción.

La piel de Annabeth se puso de punta.

—¿Mejor que qué?

—Usa esa sabiduría tuya—dijo Reyna—. Si escapáis hoy, no os seguiremos. Te lo he dicho, ni siquiera un loco cruzaría el mar hasta los territorios ancestrales. Si Octavian no tomará su venganza en vuestro barco, irá hacia el Campamento Mestizo. La legión marchará hasta tu territorio. Lo arrasaremos y echaremos sal a la tierra. (Nota del traductor: echar sal a la tierra es una tradición ancestral después de haber conquistado una ciudad para echar una maldición con tal de evitar su reconstrucción).

—Mata a los romanos—oyó Annabeth a su madre—. Nunca podrán ser aliados tuyos.

Annabeth quería sollozar. El campamento Mestizo era el único hogar que había conocido y en un ataque de amistad, le había dicho a Reyna exactamente dónde encontrarlo. No podía dejarlo a merced de los romanos y viajar hasta el otro extremo del mundo.

Pero su misión, y todo lo que había sufrido por tener de vuelta a Percy... si no iba a los territorios ancestrales, todo aquello no habría servido para nada. Además, la Marca de Atenea no tenía que llevar a la venganza.

“Si pudiera encontrar el camino... el camino a casa” le había dicho su madre.

“¿Cómo usarás tu recompensa? ¿Para la guerra o para la paz?” le había preguntado Afrodita.

Tenía que haber una respuesta. La Marca de Atenea tenía que llevarla a ella, si sobrevivía.

—Me voy—le dijo a Reyna—. Voy a seguir la Marca de Atenea hasta Roma.

La pretor negó con la cabeza.

—No tienes ni idea de lo que te espera allí.

—Sí, ya lo creo—dijo Annabeth—. Esta enemistad entre los dos campamentos... yo puedo arreglarla.

—Nuestra enemistad tiene cientos de años. ¿Cómo puede una sola persona arreglarla?

Annabeth deseó haberle podido dar una respuesta convincente, enseñarle a Reyna un diagrama 3-D o un esquema brillante, pero no pudo. Ella sólo sabía que tenía que intentarlo. Recordaba aquella mirada perdida de su madre: Debo volver a casa.

—La misión tiene que tener éxito—dijo—. Puedes intentar detenerme, en ese caso lucharemos por nuestras vidas. O puedes dejarme ir, e intentaré salvar ambos campamentos. Si vais hasta el campamento Mestizo, al menos intenta retrasarlos. Párale los pies a Octavian.

Los ojos de Reyna se entrecerraron.

—De una hija de la guerra a otra, respeto tu osadía. Pero si te marchas ahora, condenas a tu campamento a la destrucción.

—No menosprecies al Campamento Mestizo—le advirtió Annabeth.

—Nunca has visto a la legión en guerra—le refutó Reyna.

De los muelles, les llegó una voz familiar que chillaba por encima del viento:

—¡Matadles! ¡Matadles!

Octavian había sobrevivido a su estancia en el puerto. Estaba agachado detrás de sus guardias, mientras animaba a los otros semidioses romanos mientras ellos luchaban contra el barco, levantando sus escudos como si pudieran detener la tormenta que les caía encima.

En la cubierta del Argo II, Percy y Jason estaban de pie juntos, con sus espadas cruzadas. Annabeth tuvo un escalofrío cuando se dio cuenta de que los chicos trabajaban

como uno solo, convocando el cielo y el mar para hacer su voluntad. El viento y el agua se agitaban juntos. Las olas golpeaban los muros del fuerte y los relámpagos brillaban. Las águilas gigantes habían desaparecido del cielo. Había los restos de un carruaje quemado en el agua y el entrenador Hedge sujetaba una ballesta, disparando al azar a los pájaros romanos mientras volaban por encima de sus cabezas.

—¿Ves? —dijo Reyna implacablemente—. La lanza ha sido lanzada. Nuestra gente está en guerra.

—No si lo logro—dijo Annabeth.

La expresión de Reyna era la misma que tenía en el campamento Júpiter cuando se dio cuenta de que Jason había encontrado otra chica. La pretor estaba demasiado sola, demasiado resentida y traicionada para creer que cualquier cosa podría ir bien de nuevo. Annabeth esperó a que atacara.

En vez de eso, Reyna movió su mano. Los perros de metal retrocedieron:

—Annabeth Chase—dijo—, cuando nos volvamos a encontrar, seremos enemigas en el campo de batalla.

La pretor se giró y caminó hacia las murallas, con sus sabuesos detrás de ella.

Annabeth tuvo miedo de que fuera algún tipo de truco, pero no tuvo tiempo para preguntárselo. Corrió hacia el barco.

Los vientos que frenaban los romanos parecían no tener efecto en ella. Annabeth corrió por entre sus filas. Octavian gritó:

—¡Detenedla!

Una lanza pasó volando cerca de su oreja. El Argo II estaba casi despegando del muelle. Piper estaba en la pasarela, con la mano estirada hacia ella.

Annabeth saltó y agarró la mano de Piper. La pasarela se cayó al agua, y las dos chicas se derrumbaron contra cubierta.

—¡Vamos! —gritó Annabeth—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Los motores rugieron por debajo de ella. Los remos se agitaron. Jason cambió el rumbo del viento y Percy convocó una ola gigantesca, que levantó el barco más arriba que las paredes del fuerte y lo empujó hasta el mar. Cuando el Argo II alcanzó toda su velocidad, el Fuerte Sumter era sólo un borrón en la distancia, y estaban atravesando las olas hacia los territorios de antaño.

## **Capítulo XXI**

### **Leo**

DESPUÉS DE ASALTAR UN MUSEO LLENO DE fantasmas confederados, Leo no creía que aquel día pudiera ponerse peor. Estaba equivocado.

No habían encontrado nada en la sala de la Guerra Civil ni en todo el museo; sólo un par de turistas ancianos y un adormecido guardia de seguridad, y cuando

intentaron inspeccionar los artefactos, un batallón completo de tipos zombies brillantes con uniformes grises.

¿La idea de que Frank pudiera ser capaz de controlar los espíritus? Sí... todo aquello fracasó. Cuando Piper hubo enviado su mensaje Iris advirtiéndoles del ataque romano, estaba ya de camino al barco, siendo perseguidos por el centro de Charleston por un montón de confederados muertos y enfadados.

Entonces, ¡oh, chico!, Leo se vio obligado a montar a Frank el Águila Simpática para que pudieran combatir contra un puñado de romanos. El rumor de que Leo había sido el que había disparado su pequeña ciudad debía de haberse extendido, porque los romanos parecían especialmente ansiosos de matarle a él.

¡Pero esperad! ¡Aún hay más! El entrenador Hedge les disparó y les sacó del cielo; Frank le había soltado (aquello no había sido un accidente); y habían aterrizado estrepitosamente en el fuerte Sumter.

Ahora, mientras el Argo II navegaba por entre las olas, Leo tenía que usar toda su capacidad para mantener al barco de una pieza. Percy y Jason eran demasiado buenos creando tormentas gigantescas.

Hubo un momento en el que Annabeth estaba de pie a su lado, gritándole por encima del rugido del viento:

—¡Percy dice que ha hablado con una nereida en el puerto de Charleston!

—¡Bien por él! —gritó Leo.

—La nereida dice que deberíamos buscar ayuda de los hermanos de Quirón.

—¿Eso qué significa? ¿Los Ponis fiesteros? —Leo nunca había conocido a los familiares alocados de Quirón, pero había oído rumores de luchas de espadas, concursos de eructos cervecedores y pistolas de agua rellenas de crema.

—No estoy segura—dijo Annabeth—. Pero tenemos coordenadas. ¿Puedes ponerle latitudes y longitudes a esta cosa?

—¡Puedo hasta poner coordenadas estelares y pedirte un batido, si quieres! Por supuesto que puedo poner longitudes y latitudes.

Annabeth le dijo los números. Leo se las arregló de alguna manera para introducirlos mientras sujetaba el timón con una mano. un punto rojo apareció en su pantalla.

—La localización está en el medio del Atlántico—dijo—. ¿Los Ponis fiesteros tienen un yate?

Annabeth se encogió de hombros.

—Tú lleva el barco hasta esa dirección y aléjanos de Charleston. Jason y Percy juntarán los vientos.

—¡Qué divertido es todo!

Pareció ser una eternidad, pero finalmente el mar se calmó y los vientos cesaron.

—Valdez—dijo el entrenador Hedge, con una gentileza sorprendente—. Déjame el timón. Has estado llevándolo durante dos horas.

—¿Dos horas?

—Sí. Dame el timón.

—¿Entrenador?

—¿Sí, chico?

—No puedo relajar los puños.

Era cierto. Los dedos de Leo parecían haberse hecho piedra. Le picaban los ojos de mirar el horizonte. Sus rodillas parecían ser de gelatina. El entrenador Hedge se las arregló para sacarle del timón.

Leo miró por última vez la consola, escuchando a Festus cruzando un informe. Leo se sintió como si se olvidara de algo. Miró a los controles, intentando pensar pero no se le ocurría nada. Sus ojos a penas se podían concentrar.

—Vigila con los monstruos—le dijo el entrenador—. Y ten cuidado con el estabilizador de daños. Y...

—Lo tengo cubierto—le prometió el entrenador Hedge—. ¡Ahora, vete!

Leo asintió. Cruzó la cubierta hacia sus amigos.

Percy y Jason estaban sentados contra el mástil, cabizbajos de cansancio. Annabeth y Piper intentaban hacerles beber agua.

Hazel y Frank estaban de pie fuera del alcance del oído, teniendo una discusión que involucraba movimientos de brazos y zarandeos de cabeza. Leo no pudo evitar sentirse contento por aquello, pero parte de él se sentía culpable por ello.

La discusión se detuvo de golpe cuando Hazel vio a Leo. Todo el mundo se reunió en el mástil.

Frank frunció el ceño como si estuviera intentando duramente convertirse en un bulldog.

—No hay señal de que nos persigan—dijo.

—Ni tampoco de tierra—añadió Hazel. Parecía tener un tono un tanto verde, aunque Leo no estaba seguro de si era por el zarandeo del barco o por discutir.

Leo oteó el horizonte. No había nada excepto el océano en todas direcciones. Eso no debería sorprenderle. Se había pasado seis meses construyendo un barco que sabía que tendría que cruzar el Atlántico. Pero hasta entonces, su embarco en un viaje hacia las tierras de antaño no parecía real. Leo nunca había estado antes fuera de los Estados Unidos, a excepción de un rápido vuelo de dragón a Quebec. Ahora estaban en el medio del mar, completamente solos, navegando hacia el Mare Nostrum, dónde todos los monstruos terroríficos y los gigantes peleones les perseguirían. Los romanos podrían no seguirles, pero tampoco podrían contar con ayuda del Campamento Mestizo.

Leo se tocó la cintura para comprobar que su cinturón de herramientas continuaba en su sitio. Por desgracia aquello le recordó la galletita de la fortuna de Némesis, metida en uno de sus bolsillos.

“Siempre serás un extraño”. La voz de la diosa le seguía resonando en su cabeza. “La séptima rueda”.

“Olvídala” se dijo Leo a sí mismo, “Concéntrate en cosas que puedas arreglar.” Se giró hacia Annabeth.

—¿Has encontrado el mapa que buscabas?

Asintió, aunque parecía un poco pálida. Leo se preguntó qué había visto en el fuerte Sumter que la había conmovido tanto.

—Tendré que examinarlo—dijo, como si fuera el final de la discusión—. ¿Estamos lejos de esas coordenadas?

—A velocidad de crucero, a una hora—dijo Leo—. ¿Alguna idea de lo que buscamos?

—No—admitió—. ¿Percy?

Percy levantó su mano. Sus ojos verdes estaban rojos y caídos.

—La nereida me dijo que los hermanos de Quirón estaban allí, y querrían saber sobre ese acuario en Atlanta. No sé qué significa, pero...—se detuvo, como si hubiera gastado toda su energía diciendo aquello—. También me dijo que fuéramos con cuidado. Ceto, la diosa del acuario, es la madre de los monstruos marinos. Puede que esté en Atlanta, pero ella puede seguir enviándonos a sus hijos detrás de nosotros. La nereida me dijo que deberíamos esperar un ataque.

—Maravilloso—murmuró Frank.

Jason intentó ponerse en pie, pero no fue una buena idea. Piper le agarró para evitar que se cayera, y volvió a apoyarse contra el mástil.

—¿Podemos hacer volar al barco? —preguntó—. Si pudiéramos volar...

—Eso sería genial—dijo Leo—. Aunque Festus me dice que el puerto estabilizador aéreo se ha pulverizado cuando el barco se golpeó contra el puerto del fuerte Sumter.

—Teníamos prisa—dijo Annabeth—. Intentando salvarte.

—Y salvarme es una causa muy noble—coincidió Leo—. Yo solo digo, que nos llevará algún tiempo arreglarlo. Hasta entonces, no vamos a volar a ningún lugar.

Percy flexionó sus hombros e hizo una mueca de dolor.

—Por mí, bien. El mar está bien.

—Habla por ti—Hazel observó el sol del atardecer, que ya estaba en el horizonte—. Tenemos que ir más deprisa. Ya hemos gastado otro día, y a Nico sólo le quedan tres.

—Podemos hacerlo—le prometió. Esperaba que Hazel le hubiera perdonado por no confiar en su hermano (eh, a Leo le había parecido una sospecha muy



razonable), pero no quería reabrir aquella herida—. Podemos llegar a Roma en tres días, suponiendo, ya sabéis, que nada inesperado suceda.

Frank gruñó. Parecía como si siguiera trabajando en su transformación en bulldog.

—¿Hay buenas noticias?

—De hecho, sí—dijo Leo—. Según Festus, nuestra mesa voladora, Buford, ha vuelto sano y salvo mientras estábamos en Charleston, por lo que las águilas no le capturaron. Por desgracia, ha perdido la lavandería con tus calzoncillos.

—¡Mecachis! —espetó Frank, lo que Leo supuso que sería una gran blasfemia para él. No había duda de que Frank habría estado maldiciendo un rato más, sacando a relucir los recórcholis y los jolines, pero Percy le interrumpió doblándose y quejándose.

—¿Acaso el mundo se ha puesto del revés? —preguntó.

Jason se apretó las manos contra la cabeza.

—Sí, y no deja de girar. Todo está amarillo. ¿Se supone que tiene que ser amarillo?

Annabeth y Piper intercambiaron miradas de preocupación.

—Convocar aquella tormenta os ha absorbido seriamente vuestras fuerzas—les dijo Piper a los chicos—. Tenéis que descansar.

Annabeth asintió estando de acuerdo.

—Frank, ¿puedes ayudarnos a llevar a los chicos abajo?

Frank miró a Leo, siendo reacio a dejarle solo con Hazel.

—No pasa nada, tío—dijo Leo—. Sólo intenta no dejarles caer bajando las escaleras.

Cuando los demás estuvieron abajo, Hazel y Leo se miraron el uno al otro, incómodos. Estaban solos excepto por el entrenador Hedge, que estaba en el puesto de mando cantando la canción de Pokémon. El entrenador había cambiado la letra por “Mátalos a todos” y Leo no quería saber por qué. La canción no parecía ayudar a las náuseas de Hazel.

—Ug...—se inclinó y se apretó las sienes. Tenía el pelo bonito, encrespado y de un tono marrón dorado como rizos de canela. Su pelo le recordaba a Leo un lugar en Houston que hacían churros excelentes. El recuerdo le hizo sentirse hambriento.

—No te inclines—le aconsejó—. No cierres los ojos. Hace que te sientas peor.

—¿Sí? ¿También estás mareado?

—No me mareo en el mar. Pero los coches me hacen sentir náuseas, y...

Se detuvo. Quería decir “y hablar con chicas”, pero decidió guardárselo para sí mismo.

—¿Coches? —Hazel se irguió con dificultad—. Puedes hacer navegar un barco o hacer volar a un dragón, ¿pero los coches te marean?

—Lo sé, ¿vale? —Leo se encogió de hombros—. Soy especial en ese sentido. Mira, mantén tus ojos en el horizonte. Es un punto fijo. Te ayudará.

Hazel respiró hondo y miró hacia la distancia. Sus ojos eran de un color del oro brillante, como los discos de cobre y bronce en la cabeza mecánica de Festus.

—¿Mejor? —preguntó.

—Un poco—sonó como si simplemente estuviera siendo educada. Mantuvo sus ojos en el horizonte, pero Leo tenía la sensación de que estaba evaluando su estado de ánimo, considerando qué decir.

—Frank no te dejó caer a propósito—dijo—. Él no es así. A veces es un poco patoso.

—¡Ups! —dijo Leo, con su mejor imitación de la voz de Fran—. He dejado caer a Leo en el medio de un batallón de soldados enemigos. ¡Mecachis!

Hazel intentó forzar una sonrisa. Leo supuso que sonreír era mejor que vomitar.

—Relájate un poco con él—dijo Hazel—. Tú y tus bolas de fuego le hacéis sentirse nervioso.

—El chico se puede convertir en un elefante, ¿y yo le hago ponerse nervioso?

Hazel mantuvo sus ojos en el horizonte. No parecía tan mareada, a excepción del hecho de que el entrenador Hedge seguía cantando la cancioncita de Pokémon al timón.

—Leo—dijo—, sobre lo que ha pasado en el lago Great Salt...

“Aquí viene” pensó Leo.

Recordó su encuentro con la diosa de la venganza Némesis. La galletita de la fortuna en su cinturón parecía comenzar a pesar más. La última noche, mientras volaban de Atlanta, Leo había estado estirado en su camarote pensando en lo enfadada que había estado Hazel por su culpa. También había pensado en la cantidad de cosas que podría haber hecho para arreglarlo.

“Pronto te enfrentarás a un problema que no podrás resolver”, le había dicho Némesis, “aunque podría ayudarte a cambio... de un precio.”

Leo había sacado su galletita de la fortuna de su cinturón de herramientas y le había dado vueltas en sus manos, preguntándose qué precio tendría que pagar si la rompiera. Quizá entonces no fuera el momento.

—Me gustaría—le dijo a Hazel—, poder usar la galletita de la fortuna para encontrar a tu hermano.

Hazel parecía estar aturdida.

—¿Qué? ¡No! Quiero decir, nunca te pediría que lo hicieras. No después de que Némesis te haya dicho que te supondrá un coste terrible. ¡A penas nos conocemos!

El comentario de “A penas nos conocemos” le había herido de alguna manera, aunque Leo sabía que era cierto.

—Así que... ¿No es de eso de lo que querías hablar? —preguntó—. Eh, ¿querías hablar del momento de sujetarnos las manos? Porque...

—¡No! —dijo ella rápidamente, aireándose la cara con las manos de la forma en la que siempre hacía cuando se sonrojaba—. No, sólo estaba pensando en la forma en la que engañaste a Narciso y a aquellas ninfas...

—Oh, cierto—Leo miró inconscientemente a su brazo. El tatuaje de CHICO DURO de su brazo no se había borrado por completo—. Me pareció una buena idea.

—Estuviste impresionante—dijo Hazel—. He estado dándole vueltas a lo mucho que me recordabas a...

—Sammy—supuso Leo—. Me gustaría que me dijeras quién es él.

—Quién fue. —le corrigió Hazel. El aire del atardecer era cálido, pero tuvo un escalofrío—. He estado pensando... quizá sea capaz de mostrártelo.

—¿Con una foto?

—No. A veces tengo como un tipo de flashback. No he tenido uno desde hace mucho tiempo, pero nunca he intentado provocarme uno. Pero una vez compartí uno con Frank, por lo que he pensado que...

Hazel centró su mirada en él. Leo comenzó a sentirse nervioso, como si le hubieran inyectado café. Si aquél flashback era algo que habían compartido Frank y Hazel... bueno, al mismo tiempo Leo quería no formar parte de aquello pero también quería intentarlo. No estaba seguro de qué escoger.

—Cuando dices flashback...—tragó saliva—. ¿De qué estás hablando exactamente? ¿Es seguro?

Hazel le tendió la mano.

—No te pediría que hicieras esto si no estuviera segura de que es importante. No puede haber sido una coincidencia de que nos hayamos encontrado. Si esto funciona, quizá podamos finalmente entender porqué estamos conectado.

Leo miró al puesto de mano. Tenía una ligera sospecha de que se estaba olvidando de algo, pero el entrenador Hedge parecía estar haciéndolo bien. El cielo por encima de ellos era claro. No había ninguna señal de problemas.

Además, lo del flashback sonaba como algo bastante breve. No podía ser malo dejar al entrenador a cargo del barco durante unos pocos minutos, ¿verdad?

—De acuerdo—cedió—. Muéstramelo.

Cogió la mano de Hazel, y el mundo se disolvió.

## **Capítulo XXII**

**Leo**

ESTABAN DE PIE EN EL PATIO de un antiguo edificio, como un monasterio. Unas paredes rojas de ladrillos estaban cubiertas de viñas. Unos grandes magnolios habían agrietado el pavimento. El sol pegaba fuerte, y la humedad estaba al doscientos por cien, incluso más pegajosa que en Houston. En algún lugar cercano, Leo olía a pescado frito. Por encima de sus cabezas, estaba cubierto de nubes bajas y grises, rayando el cielo como el pelaje de un tigre.

El patio era del tamaño de una cancha de baloncesto. Había una pelota de fútbol deshinchada en una esquina, en la base de una estatua de la Virgen María.

A los lados de los edificios, las ventanas estaban abiertas. Leo podía ver movimiento en su interior, pero estaba todo espeluznantemente silencioso. No vio ninguna señal de aire acondicionado, lo que significaba que debían de estar a unas cuantas de decenas de grados allí dentro.

—¿Dónde estamos?—preguntó Leo.

—En mi antiguo colegio—dijo Hazel a su lado—. La academia Santa Inés para los niños de color e indios.

—¿Qué tipo de nombre es...?

Se giró hacia Hazel y contuvo el aliento. Ella era un fantasma, una silueta vaporosa en aire humeante. Leo miró hacia abajo y se dio cuenta de que él también formaba parte de la niebla.

Todo a su alrededor parecía sólido y real pero él era un espíritu. Después de haber estado poseído por un eidolón hacía tres días, no apreció demasiado aquella sensación.

Antes de que pudiera comenzar a preguntar, un timbre resonó, no un sonido moderno eléctrico, sino que el repiqueteo anticuado de un martillo chocando contra el metal.

—Eso es un recuerdo—dijo Hazel—, por lo que nadie nos puede ver. Mira, aquí venimos nosotros.

—¿Nosotros?

De cada puerta, docenas de niños salieron hacia el patio, gritando y empujándose. La mayoría eran afroamericanos con un puñado de niños de apariencia hispana, algunos tan jóvenes como preescolares y otros tan mayores como universitarios. Leo pudo deducir que estaba en el pasado, porque todas las chicas llevaban vestidos antiguos y zapatos de cuero. Los chicos vestían camisas blancas de cuello y se sujetaban los pantalones con tirantes. Varios llevaban gorras parecidas a las de los jockeys. Otros niños comían el almuerzo. La gran mayoría no comía nada. Sus ropas estaban limpias, pero desgastadas y desteñidas. Algunos llevaban agujeros en las rodillas de sus pantalones, o zapatos con la suela despegada.

Unas cuantas chicas comenzaron a jugar a la cuerda con un pedazo de tela trenzada. Las chicas mayores se pasaban una pelota de beisbol raída y los niños con almuerzos se sentaban juntos y comían y charlaban.

Nadie prestó atención a los fantasmas de Hazel y Leo.

Entonces Hazel, la Hazel del pasado, entró en el patio. Leo la reconoció sin ningún problema, a pesar de que parecía dos años más joven de lo que era ahora. Su pelo estaba recogido en un moño. Sus ojos dorados se pasearon por el patio, incómodos. Llevaba un vestido oscuro, a diferencia de las otras chicas con sus estampados color pastel y flores algodonosas, por lo que parecía estar más en un entierro que en una boda, como las demás.

Agarraba una fiambarrera y se movía pegada a la pared, como si intentara pasar desapercibida.

No funcionó. Un chico gritó:

—¡Chica bruja!

Se arrastró hacia ella, arrinconándola en una esquina. El chico podría haber tenido catorce o diecinueve. Era difícil de decir porque era tan algo y grande, que era fácilmente el chico más grande del patio. Leo supuso que debía de haber sido retenido un par de veces. Vestía una camiseta sucia del color de un trapo grasiento, unos pantalones de pana (con aquel calor, no debían de ser demasiado cómodos) y no llevaba zapatos. Quizá los profesores estaban demasiado asustados como para insistir en que aquel chico llevara zapatos, o quizá simplemente no tenía.

—Ese es Rufus—dijo el fantasma de Hazel con disgusto.

—¿En serio? No es posible que se llame Rufus. —dijo Leo.

—Vamos—dijo el fantasma de Hazel. Ella fluctuó hacia la pelea. Leo la siguió. No estaba acostumbrado a fluctuar, pero una vez había llevado un Segway y era algo parecido. Simplemente se inclinó hacia la dirección en la que quería ir y se deslizó hacia allí.

El grandullón Rufus tenía rasgos planos, como si hubiera pasado toda su vida plantando cara a la gente en la calle. Su pelo estaba rapado por arriba, por lo que unos aviones en miniatura no habrían tenido ningún problema en aterrizar en su cabeza.

Rufus extendió la mano.

—Tu comida.

La Hazel del pasado no protestó. Le pasó la fiambarrera como si fuera un hábito diario.

Unas pocas chicas se acercaron para observarles. Una rió tontamente mirando a Rufus.

—No te comas eso—le advirtió—. Probablemente sea veneno.

—Tienes razón—dijo Rufus—. ¿Ha hecho esto tu madre la bruja, Levesque?

—Ella no es una bruja—murmuró Hazel.

Rufus dejó caer la bolsa y le pegó un pisotón, aplastando el contenido bajo su pie descalzo.

—Toma, aquí lo tienes. Aún así, quiero un diamante. He oído que tu madre puede hacerlos de la nada. Dame un diamante.

—No tengo diamantes—dijo Hazel—. Lárgate.

Rufus apretó sus puños. Leo había estado en bastantes escuelas y casas de acogida como para percibir cuando las cosas estaban a punto de volverse feas. Quería dar un paso adelante y ayudar a Hazel, pero era un fantasma. Además, todo aquello había sucedido décadas atrás.

Entonces otro chaval apareció a la luz del sol. Leo se atragantó. El chico se parecía exactamente a él.

—¿Ves? —le preguntó el fantasma de Hazel.

El falso Leo era de la misma altura que el Leo de verdad, queriendo decir que era bajito. Tenía la misma energía nerviosa, golpeando sus dedos contra sus pantalones, limpiándose su camisa blanca de algodón, ajustándose la gorra de jockey por encima de su pelo castaño rizado. “En serio” pensó Leo, “la gente bajita no debería de vestir gorras de jockey a no ser que fueran jockeys”. El falso Leo tenía la misma sonrisa demoníaca que sonreía al Leo de verdad siempre que miraba en el espejo, una expresión, una expresión que había hecho que los profesores gritaran de inmediato: “¡Ni se te ocurra!”, y le pusieran siempre en primera fila.

Aparentemente el falso Leo acababa de ser castigado por un profesor. Sujetaba un gorro de burro, un cono de papel de periódico con las letras en negro que ponían: BURRO. Leo pensó que aquellos gorros eran algo que sólo aparecía en los dibujos.

Entendía por qué el falso Leo no lo llevaba. Ya era bastante con parecer un jockey. Con aquél cono en su cabeza, habría parecido un gnomo.

Algunos niños retrocedieron cuando el falso Leo entró en escena. Los demás se dieron codazos y corrieron hacia él como si estuvieran esperando un espectáculo. Mientras tanto, el cabeza rapada de Rufus seguía intentando sonsacar un diamante a Hazel, ignorando la llegada del falso Leo.

—Vamos, chica—Rufus se inclinó hacia Hazel con sus puños cerrados—. ¡Dámelo!

Hazel se apretó contra la pared. De repente el suelo a sus pies hizo pop, como una burbuja rompiéndose. Un diamante perfecto del tamaño de un pistacho brilló entre sus pies.

—¡Ja! —Rufus ladró cuando lo vio. Comenzó a agacharse, pero Leo gritó:

—¡No, por favor! —como si estuviera verdaderamente preocupada por el matón. Entonces fue cuando el falso Leo entró en acción.

“Aquí viene” pensó Leo, “, el falso Leo va a hacer un movimiento de lucha al estilo del entrenador Hedge y salvar el día.

En vez de eso, el falso Leo se puso la punta del gorro en su boca como un megáfono y gritó:

—¡CORTEN!

Lo dijo con tal autoridad que los otros chicos se congelaron momentáneamente. Incluso cuando Rufus se puso de pie y retrocedió, confuso. Uno de los chicos más jóvenes dijo susurrando:

—Sammy el bromista.

Sammy... Leo tuvo un escalofrío. ¿Quién demonios es este chico?

Sammy/el falso Leo corrió hacia Rufus con su gorro de burro en su mano, pareciendo enfadado.

—¡No, no, no! —anunció, moviendo su mano salvajemente hacia los otros niños, que estaban reuniéndose para observar el espectáculo.

Sammy se giró hacia Hazel.

—Señorita Lamarr, su frase es...—Sammy miró a su alrededor, exasperado—. ¡Guión! ¿Cuál es la frase de la Hedy Lamarr?

—¡No, por favor, pérfido villano! —gritó uno de los niños.

—¡Gracias! —dijo Sammy—. Señorita Lamarr, se supone que tiene que decir “No, por favor, pérfido villano! Y tú, Clark Gable...”

El patio entero irrumpió en carcajadas. Leo sabía vagamente que Clark Gable era un antiguo actor, pero no sabía mucho más. Aparentemente, de todas maneras, la idea de que el cabeza rapada de Rufus pudiera ser Clark Gable les pareció muy gracioso a los niños.

—Señor Gable...

—¡No! —gritó una de las niñas—. ¡Haz que sea Gary Cooper!

Hubo más risas. Rufus parecía como si fuera una válvula a punto de explotar. Agitó sus puños como si quisiera golpear a alguien, pero no pudiera atacar al colegio entero. Odiaba ser el centro de las risas, pero su corta mente no podía deducir qué preparaba Sammy. Leo asintió en reconocimiento. Sammy era como él. Leo había hecho el mismo tipo de cosas a los matones durante años.

—¡De acuerdo! —Sammy gritó con autoridad—. Señor Cooper, usted diga, “Oh, pero el diamante es mío, mi traicionera querida! ¡Y entonces recoges el diamante así!

—¡Sammy, no! —protestó Hazel, pero Sammy le arrebató la piedra y se la metió en el bolsillo con un movimiento ligero.

Sammy se giró hacia Rufus.



—¡Quiero emoción! ¡Quiero que las señoritas de la audiencia se derritan! Señoritas, ¿acaso el señor Cooper les hace derretirse en estos momentos?

—No—gritaron varias de ellas.

—¿Ve? —gritó Sammy—. ¡Ahora, desde el principio! —gritó con su gorro de burro—. ¡Acción!

Rufus comenzaba a salir de su confusión. Dio un paso hacia Sammy y dijo:

—¡Valdez, te voy a...!

El timbre sonó. Los chicos corrieron hacia las aulas. Sammy empujó a Hazel para sacarla del camino mientras los más pequeños, que actuaban como si fueran los guardaespaldas de Sammy, arrastraron a Rufus en una marea de preescolares.

Al rato, Sammy y Hazel estaban solos a excepción de los fantasmas.

Sammy recogió la comida aplastada de Hazel, desempolvó la fiambra y se la presentó con una reverencia, como si fuera su corona.

—Señorita Lamarr...

La Hazel del pasado cogió su fiambra aplastada. Parecía estar a punto de llorar, pero Leo no podía decir si era por alivio, tristeza o admiración.

—Sammy... Rufus te va a matar.

—Ah, él sabe mejor que nadie cómo liarme— Sammy se colocó el gorro de burro en lo alto de su gorro de jockey. Se puso erguido y sacó pecho. El gorro se cayó. Hazel se rió.

—Estás ridículo.

—Oh, gracias, señorita Lamarr.

—De nada, mi traicionero querido.

La sonrisa de Sammy desapareció. El aire se volvió extrañamente cargado. Hazel miró hacia el suelo.

—No deberías haber tocado el diamante. Es peligroso.

—¡Oh, vamos! —dijo Sammy—. ¡No para mí!

Hazel le estudió atentamente, como si intentara creérselo.

—Puede que pasen cosas malas. No deberías...

—No lo venderé—dijo Sammy—. ¡Lo prometo! Sólo me lo quedaré como acuerdo tuyo.

Hazel forzó una sonrisa.

—Querrás decir “como recuerdo tuyo”.

—¡Eso! Creo que deberíamos ir yendo. Es hora de nuestra próxima escena: Hedy Lamarr casi muere de aburrimiento en clase de Lengua.

Sammy hizo una reverencia como un caballero, pero Hazel le empujó gentilmente.

—Gracias por estar ahí, Sammy.

—Señorita Lamarr, siempre estaré ahí por usted—le dijo sonriente. Los dos salieron corriendo hacia el colegio.

Leo se sintió más fantasma que nunca. Quizá simplemente hubiera sido un eidolón toda su vida, porque aquel chico que acababa de ver podría haber sido el Leo real. Era más listo, más guay y más divertido. Ligaba tan bien con Hazel que le había arrebatado el corazón.

No era de extrañar que Hazel hubiera mirado a Leo de forma tan extraña cuando se conocieron. No era de extrañar que hablara de Sammy con tanta emoción. Pero Leo no era Sammy, de la misma manera que el cabeza rapada de Rufus no era Clark Gable.

—Hazel—dijo—, yo... yo no...

El patio del colegio se disolvió en una escena distinta. Hazel y Leo seguían siendo fantasmas, pero ahora estaban de pie delante de una casa destartada al lado de una zanja de drenaje cubierta de maleza. Un puñado de plataneros crecían en el patio. Colocada en los escalones de entrada, había una radio anticuada reproduciendo música norteña, y en la sombra del porcho, sentado en una mecedora había un delgado anciano observando el horizonte.

—¿Dónde estamos? —preguntó Hazel. Seguía siendo vapor, pero su voz sonaba alarmada—. ¡Esto no es mi vida!

Leo sintió como si su forma fantasmal fuera más densa, como si se hiciera real. El lugar le era extrañamente familiar.

—Es Houston—se dio cuenta—. Conozco estas vistas. Esa zanja de drenaje... Es el antiguo barrio de mi madre, dónde se crió. El aeropuerto William Hobby está por allí.

—¿Esto es tu vida? —dijo Hazel—. ¡No lo entiendo! ¿Cómo...?

—¿Y tú me lo estás preguntando? —preguntó Leo.

De repente el anciano murmuró:

—Ah, Hazel...

Un escalofrío recorrió la espina de Leo. Los ojos del anciano seguían fijados en el horizonte. ¿Cómo podía saber que estaban allí?

—Supongo que se nos acaba el tiempo—siguió el anciano—. Bueno...

No terminó la frase.

Hazel y Leo se quedaron muy juntos. El anciano no mostraba señales de que les viera o escuchara. Era obvio que el anciano había estado hablando para sí mismo. ¿Pero entonces por qué había dicho el nombre de Hazel?

Tenía la piel arrugada, el pelo rizado y blanco, las manos retorcidas, como si hubiera pasado toda la vida trabajando en un taller. Vestía una camisa amarilla lisa, impoluta y limpia, con unos pantalones grises holgados aguantados por tirantes y unos zapatos negros pulidos.

A pesar de su edad, sus ojos eran afilados y claros. Estaba sentado con una pose digna. Parecía estar en paz, aunque parecía estar pensando: “Rayos, ¿he vivido todo este tiempo? ¡Genial!”

Leo estaba seguro de que no había visto a aquel hombre antes. ¿Entonces por qué le era tan familiar? Entonces se dio cuenta de que el hombre daba golpecitos con sus dedos en el brazo de su silla, pero el golpeteo no era aleatorio. Estaba usando código Morse, igual que la madre de Leo hacía con él... y el anciano usaba el mismo mensaje: Te quiero.

La puerta principal se abrió. Una mujer joven salió del interior. Vestía unos tejanos y una blusa turquesa. Su pelo estaba cortado en forma de cuña. Era hermosa, pero no delicada. Tenía unos brazos musculosos y manos llenas de callos. Igual que el anciano, sus ojos marrones brillaban. En sus brazos había un bebé, arropado en una sábana azul.

—Mira, mijo—le dijo al bebé—. Este es tu bisabuelo. Bisabuelo, ¿quieres cogerle? Cuando Leo escuchó su voz, sollozó.

Era su madre... más joven de lo que la recordaba, pero muy viva. Aquello significaba que el bebé en sus brazos...

El anciano sonrió ampliamente. Tenía una dentadura perfecta, tan blanca como su pelo. Su cara se arrugó al sonreír.

—¡Un chico! ¡Mi bebito, Leo!

—¿Leo? —susurró Hazel—. ¿Ese eres tú? ¿Él es tu bisabuelo?

Leo no pudo hablar. Quería decirle que sí, pero no podía.

El anciano cogió en brazos al bebé Leo, haciendo ruiditos cariñosos y acariciando la barbilla del bebé, y el fantasma Leo finalmente se dio cuenta de qué estaba viendo.

De alguna manera, el poder de Hazel de revivir el pasado había encontrado el momento que conectaba ambas vidas, dónde la línea temporal de Leo tocaba la de Hazel.

Aquél anciano...

—Oh...—Hazel pareció darse cuenta de quién era al mismo tiempo. Su voz se fue callando, al borde de las lágrimas...—Oh, Sammy, no...

—Ah, pequeño Leo—dijo Sammy Valdez, con unos setenta años—. Tendrás que ser mi doble, ¿eh? Es así como lo llaman, creo. Díselo a ella por mí. Espero que esté viva, pero, ay, ¡la maldición no lo dejará!

Hazel sollozó.

—Gea... Gea me dijo que había muerto por un ataque al corazón en los años sesenta. Pero esto no... no puede ser...

Sammy Valdez siguió hablando al bebé, mientras la madre de Leo, Esperanza, les observaba con una sonrisa de dolor, quizá un tanto preocupada porque el

bisabuelo de Leo estaba chocheando, entristecida porque había perdido la cabeza.

—Aquella mujer, Doña Callida, me advirtió— Sammy negó con la cabeza, entristecido—. Dijo que el gran peligro de Hazel no tendría lugar mientras yo estuviera vivo. Pero prometí que estaría ahí para ella. Tendrás que decirle que lo siento, Leo. Ayúdala si puedes.

—Bisabuelo—dijo Esperanza—, debes de estar cansado.

Extendió sus brazos para coger al bebé, pero el anciano lo sujetó un instante más, el bebé Leo parecía estar genial con él.

—Dile que lamento haber vendido el diamante, ¿vale? —dijo Sammy—. Rompí mi promesa. Cuando desapareció en Alaska... ah, hace tanto tiempo, finalmente usé el diamante, me mudé a Tejas como siempre había soñado. Comencé mi taller. ¡Comencé una familia! Ha sido una buena vida, pero Hazel tenía razón. El diamante tenía una maldición. Nunca la volví a ver.

—Oh, Sammy—dijo Hazel—. No, una maldición no me mantuvo alejada de ti. ¡Quise volver! ¡Me morí!

El anciano parecía no escucharla. Sonrió hacia el bebé, le besó en la cabeza.

—Te doy mi bendición, Leo. ¡Mi primer nieto chico! Tengo la sensación de que eres especial, igual que lo fue Hazel. Eres algo más que un chico normal, ¿verdad? Tú seguirás por mí. La verás algún día. Dile hola de mi parte.

—Bisabuelo—dijo Esperanza, insistente.

—Sí, sí—dijo Sammy—. El viejo loco ya chochea. Estoy cansado, Esperanza. Tienes razón. Pero pronto descansaré. Ha sido una buena vida. Críale bien, nieta. La escena desapareció.

Leo estaba de pie en cubierta del Argo II, sujetando la mano de Hazel. El sol se había puesto y el barco estaba iluminado por las antorchas de bronce. Los ojos de Hazel estaban hinchados de haber llorado.

Lo que habían visto había sido demasiado. El océano entero resonaba bajo sus pies, y ahora por primera vez Leo se sintió como si estuvieran a la deriva.

—Hola, Hazel Levesque—dijo, con su voz más grave.

La barbilla de Hazel tembló. Retrocedió y abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera hacerlo, el barco se tambaleó hacia un lado.

—¡Leo! —gritó el entrenador Hedge.

Festus chirriaba alarmante y escupía llamas hacia el cielo nocturno. La campana del barco sonaba.

—¿Recuerdas aquellos monstruos por los que os preocupabais? —gritó Hedge—. ¡Uno de ellos nos ha encontrado!

## Capítulo XXIII

## Leo

LEO SE MEREÍA UN GORRO DE BURRO.

Si hubiera pensado con claridad, habría cambiado el sistema de detección del barco de radar a sonar en cuando hubieron dejado el puerto de Charleston. Aquello era lo que se olvidaba. Había diseñado el casco para que resonara cada pocos segundos, emitiendo ondas a través de la Niebla y alertando a Festus de cualquier monstruo cercano, pero sólo podía funcionar en un medio distinto en cada modo: agua o aire.

Había estado tan nervioso con los romanos, luego la tormenta, después Hazel que se había olvidado por completo. Ahora, un monstruo estaba justo debajo de ellos.

El barco se ladeó a estribor. Hazel se agarró a unas jarcias. Hedge gritó:

—Valdez, ¿qué botón hace falta para cargarse a los monstruos? ¡Coge el timón!

Leo subió por la cubierta inclinada y se las arregló para agarrar los pasamanos. Comenzó a trepar por las escaleras hasta el mando, pero cuando vio el monstruo salir a la superficie, se olvidó de cómo caminar.

La cosa era del tamaño del barco. A la luz de la luna, parecía una fusión entre una gamba gigante y una cucaracha, con un caparazón de quitina rosa, una cola plana como la de una langosta marina y patas de ciempiés ondulando hipnóticamente mientras el monstruo se peleaba contra el casco del Argo II.

Lo último en aparecer en la superficie fue su cabeza, una cara rosa y viscosa de un enorme siluro con unos ojos vidriosos, unas abiertas fauces sin dientes, y un bosque de tentáculos le salía de cada aleta de la nariz, haciendo la nariz más poblada de pelos que Leo hubiera tenido el dudoso placer de contemplar.

Leo recordó aquellas cenas los viernes por la noche que él y su madre compartían en la marisquería local en Houston. Siempre comían gambas y siluro. Ahora la mera idea de aquello, le entraban ganas de vomitar.

—¡Vamos, Valdez! —gritó Hedge—. ¡Coge el timón para que pueda agarrar mi bate de beisbol!

—¡Un bate no nos va a ayudar! —dijo Leo, pero se hizo camino hasta el timón.

Detrás de él, el resto de sus amigos salieron del interior de la cubierta.

Percy gritó:

—¿Qué está pasando? ¡AH! ¡GAMBADZILLA!

Frank corrió al lado de Hazel. Ella estaba agarrada a los pasamanos, aún algo atontada por su flashback, pero hizo una señal como que estaba bien.

El monstruo embistió el barco de nuevo. El casco retronó. Annabeth, Piper y Jason se cayeron hacia estribor y casi se cayeron por la borda.

Leo alcanzó el timón. Sus manos volaron por los controles. A través del interfono, Festus crujió y chasqueó sobre goteras en las cubiertas inferiores, pero el barco no parecía tener peligro de hundimiento, al menos no de momento.

Leo activó los remos. Podían convertirse en lanzas, lo que debía de ser suficiente como para poder mantener alejado al monstruo. Por desgracia, estaban atascados. Gambadzilla debía de haberlos dejado fuera de combate, y el monstruo estaba demasiado cerca, lo que significaba que Leo no podría usar las ballestas sin hacer arder al mismo tiempo al Argo II.

—¿Cómo se ha acercado tanto? —gritó Annabeth, moviéndose agarrada al pasamanos.

—¡No lo sé! —le espetó el entrenador Hedge. Miró alrededor buscando su bate, que había caído rodando por cubierta.

—¡Soy estúpido! —se castigaba a sí mismo Leo—. ¡Estúpido, estúpido! ¡Me he olvidado del sonar!

El barco se inclinó más aún a estribor. O bien el monstruo intentaba darles un abrazo, o lo que intentaba era hacerles volcar.

—¿Sonar? —preguntó Hedge—. ¡Por las flautas de Pan, Valdez! Quizá si no te hubieras pasado tanto tiempo agarrándole las manos a Hazel, mirándoos a los ojos...

—¿Qué? —gritó Frank.

—¡No ha sido así! —protestó Hazel.

—¡No importa! —dijo Piper—. Jason, ¿puedes convocar algún relámpago?

Jason se puso con dificultad en pie.

—Yo...

Él sólo tuvo fuerzas como para negar con la cabeza. Leo dudó que el pobre chico fuera capaz siquiera de hacer una chispa en el estado en el que estaba.

—¡Percy! —dijo Annabeth—. ¿Puedes hablar con esa cosa? ¿Sabes qué es?

El hijo del dios del mar negó con la cabeza, desconcertado.

—Quizá sólo sienta curiosidad por el barco. Quizá...

Los tentáculos del monstruo azotaron cubierta tan rápido que Leo no tuvo ni tiempo para gritar: "¡Cuidado!".

Uno golpeó a Percy en el pecho y le envió volando por las escaleras. Otro rodeó las piernas de Piper y la arrastró hasta los pasamanos, mientras ella gritaba. Docenas de tentáculos se agarraron por los mástiles, rodeando las ballestas y haciendo astillas los pasamanos.

—¡Ataque de pelo nasal! —Hedge se hizo con su bate y lo hizo entrar en acción; pero sus golpes rebotaban contra los tentáculos sin causar ningún daño.

Annabeth desenfundó su daga. Salió corriendo a través de la maraña de tentáculos, esquivando y golpeando a cualquier objetivo que se le pusiera de por medio. Frank sacó

su arco. Disparó por el lado del cuerpo de la criatura, introduciendo flechas por entre las aberturas de su caparazón; pero eso sólo parecía molestar mínimamente al monstruo. Soltó un bramido e hizo balancearse el barco. El mástil crujió como si fuera a partirse por la mitad.

Necesitaban más capacidad de disparo, pero no podrían usar las ballestas. Necesitaban lanzar un proyectil que no destruyera el barco. Pero, ¿cómo?

Los ojos de Leo se fijaron en una caja de suministros cerca de los pies de Hazel.

—¡Hazel! —gritó— ¡La caja! ¡Ábrela!

Ella vaciló, entonces vio la caja de la que hablaba. La etiqueta decía: ATENCIÓN, NO ABRIR.

—¡Ábrela! —Leo gritó de nuevo—. ¡Entrenador, coge el timón! ¡Gíralo hacia el monstruo, o nos tumbaremos!

Hedge dio saltos a través de los tentáculos con sus ágiles pezuñas de cabra, apartándolos con brío. Saltó hacia el timón y cogió los controles.

—¡Espero que tengas un plan! —gritó.

—Uno muy malo. —Leo corrió hacia el mástil.

El monstruo empujó contra el Argo II. La cubierta se tambaleaba en una inclinación de cuarenta y cinco grados. A pesar de los esfuerzos de todo el mundo, los tentáculos eran demasiados como para poder combatirlos. Parecían ser capaces de alargarse a placer. En poco tiempo tuvieron enredado el Argo II por completo. Percy no había aparecido de su caída. Los demás luchaban por sus vidas contra el pelo nasal.

—¡Frank! —le llamó Leo mientras corría hacia Hazel—. ¡Consíguenos algo de tiempo! ¿Puedes convertirte en un tiburón o algo?

Frank se giró hacia él, con el ceño fruncido, y en ese momento un tentáculo golpeó contra el grandullón, tirándole por la borda.

Hazel gritó. Había abierto la caja de suministros y casi dejó caer los dos frascos de cristal que sujetaba.

Leo los cogió. Cada uno era del tamaño de una manzana, y el líquido de su interior brillaba con un tono verde veneno. El cristal era caliente al tacto. El pecho de Leo estuvo a punto de explotar de culpabilidad: acababa de distraer a Frank y posiblemente le hubiera matado, pero no podía pensar en ello. Tenía que salvar al barco.

—¡Vamos! —le pasó a Hazel uno de los frascos—. ¡Podemos matar al monstruo y salvar a Frank!

Él mismo esperaba que tuviera razón. Llegar hasta el puente de mando fue más escalar que anda, pero finalmente lo alcanzaron.

—¿Qué es esto? —Hazel lo miró fijamente, meciendo su frasco de cristal.

—¡Fuego griego!



Los ojos de Hazel se abrieron de par en par.

—¿Estás loco? Si se rompen, ¡haremos arder el barco entero!

—¡Su boca! —dijo Leo—. ¡Hay que hacérselo tragar...!

De repente Leo chocó contra Hazel, y el mundo se volvió del revés. Mientras eran levantados por el aire, se dio cuenta de que estaban envueltos juntos en un tentáculo. Los brazos de Leo estaban liberados, pero era todo lo que podía hacer para sujetar el frasco de fuego griego. Hazel luchaba para liberarse. Sus brazos estaban sujetos, lo que significaba que en cualquier momento el frasco atrapado entre ellos podría romperse... y eso sería increíblemente malo para su salud.

Entonces se alzaron unos tres, cinco y diez metros por encima del monstruo. Leo vio un atisbo de sus amigos en una batalla perdida, gritando y chocándose contra los tentáculos nasales del monstruo. Vio al entrenador Hedge forcejeando para mantener el barco a flote. El mar era oscuro, pero a la luz de la luna vio un objeto brillante flotando cerca del monstruo: quizá el cuerpo inconsciente de Frank Zhang.

—Leo—exclamó Hazel—. ¡No puedo...! ¡Mis brazos...!

—Hazel—dijo—. ¿Confías en mí?

—¡No!

—Yo tampoco—confesó Leo—. Cuando esta cosa nos deje caer, aguanta la respiración. Hagas lo que hagas, intenta tirar el frasco lo más lejos posible del barco.

—¿Por qué... por qué nos iba a dejar caer?

Leo miró hacia la cabeza del monstruo. Sería un tiro difícil, pero no tenía elección. Levantó el frasco con su mano izquierda. Apretó su mano derecha contra el tentáculo y convocó el fuego con su palma, una llama pequeña pero potente.

Eso capturó la atención del monstruo. Un temblor recorrió el tentáculo mientras la carne se ampollaba bajo la mano de Leo. El monstruo levantó su cabeza, bramando de dolor, y Leo lanzó su fuego griego directamente por su garganta.

Después de eso, todo se volvió borroso. Leo sintió cómo el tentáculo les liberaba. Ellos cayeron. Oyó una explosión amortiguada y vio un flash verde de luz dentro de lo que parecía la forma rosa del monstruo. El agua golpeó la cara de Leo como un ladrillo envuelto en papel de lija y se hundió en la oscuridad. Mantuvo su boca cerrada, intentando no respirar, pero pudo notar cómo perdía el conocimiento.

A través del escozor del agua salada en sus ojos, creyó ver la confusa silueta del casco del barco por encima de ellos, un óvalo oscuro rodeado por una corona verde y abrasadora, pero no podía decir si el barco estaba realmente en llamas.

“Derrotado por una gamba gigante”, pensó Leo, “Al menos dejad que el Argo II sobreviva, dejad que mis amigos estén sanos y salvos.”

Su visión comenzó a oscurecerse. Sus pulmones ardieron.

Justo cuando estuvo a punto de rendirse, una extraña cara se cernió sobre él, un hombre que parecía Quirón, el jefe de actividades del Campamento Mestizo. Tenía el mismo pelo rizado, la misma barba enmarañada y ojos inteligentes, una apariencia entre un hippie salvaje y un profesor paternal, a excepción de que la piel del hombre era de color lima. El hombre alzó una daga en silencio. Su expresión era sombría y llena de reproche, como si dijera: “Ahora, quédate quieto o te mataré como es debido.” Y Leo se desmayó.

.....  
.....

Cuando Leo se despertó, se preguntó si era de nuevo un fantasma en un flashback, porque flotaba, ingravido. Sus ojos se ajustaron lentamente a la luz oscura.

—Ya era hora—la voz de Frank era difusa, como si estuviera hablando a través de varias capas de plástico.

Leo se incorporó... o mejor dicho, flotó hacia arriba. Estaba bajo el agua, en una cueva del tamaño de un garaje doble. Un musgo fosforescente cubría el techo, bañando la estancia con un brillo azul y verde. El suelo estaba cubierto de erizos de mar, algo que habría sido bastante incómodo para caminar, por lo que Leo se alegró de estar flotando. No entendía cómo podía estar respirando sin aire. Frank levitó cerca de él en una postura de meditación. Con su cara regordeta y su expresión malhumorada, parecía un Buda que había alcanzado a iluminación y no estuviera muy emocionado con ello.

La única salida de la cueva estaba bloqueada por una gran concha con la superficie brillando con colores perla, rosa y turquesa. Si la cueva era una prisión, lo mínimo era tener una puerta increíble.

—¿Dónde estamos? —preguntó Leo—. ¿Dónde está todo el mundo?

—¿Todo el mundo? —murmuró Frank—. No lo sé. Todo lo que sé es que sólo somos tú, yo y Hazel aquí abajo. Los tipos caballo-pezu se han llevado a Hazel hace una hora, dejándome a mí contigo.

El tono de Frank dejó claro que no aprobaba aquellas medidas. No parecía estar herido, pero Leo se dio cuenta de que no tenía ni su arco y ni su carcaj. Asustado, Leo se tocó la cintura. Su cinturón de herramientas no estaba en su sitio.

—Nos han registrado—dijo Frank—. Se han llevado todo lo que pudiera ser un arma.

—¿Quiénes? —preguntó Leo—. ¿Quiénes son esos tipos caballo...?

—Tipos caballo-pezu—aclaró Frank, aunque no fuera demasiado claro—. Nos debieron coger cuando caímos en el océano y nos arrastraron donde quiera que estemos.

Leo recordó lo último que había visto antes de desmayarse: la cara del color de la lima del hombre barbudo con su daga.

—El monstruo gamba. El Argo II, ¿está bien el barco?

—No lo sé—dijo Frank, sombríamente—. Los demás pueden estar en problemas, heridos o peor. Pero supongo que te importa más tu barco que tus amigos.

La cara de Leo se sintió como si le hubiera golpeado el agua de nuevo.

—¿Qué tipo de estupidez...?

Entonces se dio cuenta de por qué Frank estaba tan enfadado: el flashback. Las cosas habían pasado tan rápido con el ataque del monstruo, que Leo casi se había olvidado. El entrenador Hedge había hecho aquél estúpido comentario acerca de Leo y Hazel sujetándose las manos y mirándose el uno al otro. Probablemente no hubiera ayudado demasiado que hubieran tirado de cubierta a Frank por culpa de Leo.

De repente Leo encontró difícil el cruzarse la mirada con Frank.

—Mira, tío... Siento mucho habernos metido en este lío. No he hecho más que empeorarlo todo—respiró hondo, algo que era sorprendentemente normal, considerando que estaba bajo el agua—. Hazel y yo cogiéndonos de las manos... no es lo que piensas. Me estaba enseñando un flashback de su pasado, intentando encontrar mi conexión con Sammy.

La cara de enfado de Frank cambió a confusión, y luego a curiosidad.

—¿Ella ha... quiero decir, vosotros lo habéis averiguado?

—Sí—dijo Leo—. Bueno, algo así. No hemos tenido la oportunidad de hablar porque después llegó Gambadzilla, pero Sammy era mi bisabuelo.

Le dijo a Frank lo que habían visto. Ya había sido bastante extraño vivirlo, pero ahora, intentando decirlo en voz alta, Leo apenas podía creerlo. Hazel había flirteado con su bisabuelo, un tipo que había muerto cuando Leo era un bebé. Leo no había hecho la conexión antes, pero tenía un vago recuerdo de sus familiares llamando a su abuelo Sam Hijo. Lo que significaba Sam Padre era Sammy, el bisabuelo de Leo. En algún momento, Tía Callida, Hera misma, había hablado con Sammy, consolándole y dándole una visión del futuro, lo que significaba que Hera había estado modelando las generaciones anteriores a Leo incluso antes de que él mismo naciera. Si Hazel se hubiera quedado en los años cuarenta, si se hubiera casado con Sammy, Leo podría haber sido su bisnieto.

—Oh, tío—dijo Leo cuando terminó su historia—. No me siento bien. Pero juro sobre el río Estigio, que eso es lo que vimos.

Frank tenía la misma expresión que el monstruo con cabeza de siluro, grandes ojos vidriosos con la boca abierta:

—A Hazel... ¿a Hazel le gustaba tu bisabuelo? ¿Igual que le gustas tú?

—Frank, sé que todo esto es raro. Créeme. Pero no me gusta Hazel... no de esa manera. No te voy a quitar la chica.

Frank levantó las cejas.

—¿No?

Leo esperó que no estuviera sonrojado. En realidad, no sabía a ciencia cierta cómo se sentía con Hazel. Era increíble y mona, y Leo sentía debilidad por las chicas monas. Pero

el flashback había complicado los sentimientos mucho. Además, su barco estaba en problemas.

“Supongo que te importa más tu barco que tus propios amigos” le había dicho Frank.

Eso no era cierto, ¿verdad? El padre de Leo, Hefesto, le había admitido una vez que no se le daba bien las formas de vida orgánica. Y sí, Leo siempre se había sentido más cómodo con las máquinas que con las personas. Pero sí le importaban sus amigos. Piper y Jason... a ellos los conocía más que a los demás, pero los demás también eran importantes para él. Incluso Frank. Eran como su familia.

El problema era que, había pasado mucho tiempo desde que Leo había tenido una familia, que ni siquiera podía recordar cómo era. Por supuesto, el pasado invierno se había convertido en consejero jefe de la cabaña de Hefesto; pero la mayor parte de su tiempo se la había pasado construyendo el barco. Le gustaban sus compañeros de cabaña. Sabía cómo trabajar con ellos, ¿pero les conocía?

Si Leo tuviera una familia, eran los semidioses del Argo II, y quizá el entrenador Hedge, aunque eso Leo nunca lo admitiría en voz alta.

“Siempre serás el extraño”, le advirtió la voz de Némesis; pero Leo intentó apartar aquel pensamiento de su mente.

—Vale, pues...—miró a su alrededor—. Tenemos que hacer un plan. ¿Cómo estamos respirando? Si estamos bajo el océano, ¿no deberíamos estar aplastados por la presión del agua?

Frank se encogió de hombros.

—Supongo que es cosa de los caballos-pep. Recuerdo que el tipo verde me tocó la cabeza con la punta de su daga, entonces pude respirar.

Leo estudió la puerta de concha.

—¿Puedes sacarnos de aquí? ¿Convertirte en un tiburón martillo o algo?

Frank negó con la cabeza.

—Mi metamorfismo no funciona. No sé por qué. Quizá me han maldecido o quizá estoy demasiado estresado como para centrarme.

—Hazel puede estar en problemas—dijo Leo—. Tenemos que salir de aquí.

Nadó hasta la puerta y recorrió con sus dedos la concha. No percibió ningún tipo de mecanismo o tuerca. O bien la puerta se abría con magia o pura fuerza, pero ninguna de las dos era la especialidad de Leo.

—Ya lo he intentado—dijo Fran—. Aunque salgamos de aquí, no tenemos armas.

—Hmmm...—Leo levantó la mano—. Me pregunto...

Se concentró, y el fuego se encendió en sus manos. Durante un segundo, Leo se emocionó, porque no se había esperado que funcionara bajo el agua. Entonces su pla comenzó a funcionar un poco demasiado bien. El fuego recorrió su brazo y su cuerpo

hasta que estuvo completamente rodeado de un fino velo de llamas. Intentó respirar, pero inhalaba puro calor.

—¡Leo! —Frank retrocedió como si se hubiera caído de un taburete cojo. En vez de correr en ayuda de Leo, se había pegado a la pared más lejana posible.

Leo se obligó a mantenerse tranquilo. Entendía qué estaba pasando. El fuego mismo no podía herirle. Obligó a las llamas a extinguirse y contó hasta cinco. Respiró hondo. Tenía oxígeno de nuevo.

Frank paró de intentar fusionarse con la pared de la cueva.

—¿Estás... estás bien?

—Sí—murmuró Leo—. Gracias por la ayuda.

—Lo... lo siento—Frank parecía tan aterrorizado y avergonzado que a Leo le costó enfadarse con él—. Yo solo... ¿qué acaba de pasar?

—Magia inteligente—dijo Leo—. Hay una fina capa de oxígeno a nuestro alrededor, como una piel extra. Debe de regenerarse automáticamente. Es así cómo respiramos y nos mantenemos secos. El oxígeno hace que el fuego se propague...

—Yo no...—Frank tragó saliva—. No me gusta todo eso de convocar el fuego que haces.

Leo no lo hizo a propósito, pero no puedo evitar reírse.

—Tío, no te voy a atacar.

—Fuego—repitió Frank, como si una palabra lo explicara todo.

Leo recordó lo que Hazel le había dicho, que su fuego hacía sentir nervioso a Frank. Había visto la cara de disconformidad de Frank antes, pero Leo no se la había tomado en serio. Frank parecía mucho más poderoso y terrorífico que Leo.

Leo cayó en que quizá Frank hubiera tenido una mala experiencia con el fuego. La misma madre de Leo había muerto en el incendio de su taller. Leo se había culpado por aquello. Había crecido siendo llamado bicho raro o pirómano, porque siempre que se enfadaba, todo salía ardiendo.

—Lo siento por reírme—dijo, sinceramente—. Mi madre murió en un incendio. Entiendo que le tengas miedo. ¿Te ha... eh, te ha pasado algo a ti con el fuego?

Frank parecía estar midiendo sus palabras.

—Mi casa... la casa de mi abuela. Fue reducida a cenizas. Pero hay algo más...—miró hacia los erizos de mar del suelo—. Annabeth dijo que podía confiar en la tripulación. Incluso en ti.

—Incluso en mí, ¿eh? —Leo se preguntó cómo habría sido aquella conversación—. Guau, gracias por el piropo.

—Mi debilidad es...—comenzó Frank, como si las palabras le dolieran—. Hay un trozo de leño...

La puerta de concha rodó hacia un lado y se abrió.

Leo se giró y se encontró a sí mismo cara a cara con un hombre de lima, que no era del todo un hombre. Ahora que Leo le podía ver con claridad, el tipo era de lejos la criatura más rara que había conocido nunca, y eso era decir mucho.

De cintura para arriba, era más o menos humano: un tipo delgado y con el pecho desnudo con una daga en su cinturón y una banda de conchas cruzada por su pecho como un bandolero. Su piel era verde, su barba era desaliñada y marrón, y su pelo largo estaba echado para atrás con un pañuelo de algas. Un par de garras de cangrejo le salían de la cabeza como si fueran cuernos. Leo decidió que no se parecía en nada a Quirón. Le recordaba más al póster que la madre de Leo tenía en su escritorio, de aquel bandido mexicano llamado Pancho Villa, a excepción de las conchas y los cuernos de cangrejo.

De cintura para abajo, el tipo era más complicado. Tenía las patas delanteras de un caballo azul verdoso, como un centauro, pero por la parte trasera su cuerpo de caballo cambiaba a una cola de pez de unos tres metros de largo, con una aleta con forma de V y del color del arcoíris.

Ahora Leo entendía lo que Frank había querido decir con lo de los tipos caballo-pez.

—Yo soy Bitos—dijo el hombre verde—. Yo interrogaré a Frank Zhang.

Su voz era relajada y firme, no dejando opción para debate.

—¿Por qué nos habéis capturado? —preguntó Leo—. ¿Dónde está Hazel?

Bitos entrecerró los ojos. Su expresión parecía decir: “¿Esta pequeña criatura me acaba de hablar?”.

—Tú, Leo Valdez, irás con mi hermano.

—¿Tu hermano?

Leo se dio cuenta de que había una figura más grande brillando detrás de Bitos, con una sombra tan grande que ocupaba toda la cueva.

—Sí—dijo Bitos con una sonrisa seca—. Intenta que Afros no se vuelva loco.

## Capítulo XXIV

### Leo

AFROS SE PARECÍA A SU HERMANO, a excepción de que él era azul en vez de verde y era mucho más grande. Tenía unos abdominales y unos brazos de Terminator y una cabeza cuadrada y salvaje. Una espada del tamaño de la de Conan el bárbaro estaba atada a su espalda. Incluso su pelo era más grande, un globo gigantesco de pelo

encrespado azul y negro tan grueso que sus cuernos de cangrejo parecían estar ahogándose mientras nadaban para mantenerse en la superficie.

—¿Es por eso por lo que te llaman Afros? —preguntó Leo mientras se arrastraban por el camino de salida de la cueva—, ¿por lo del afro?

Afros frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Nada—dijo Leo rápidamente. Al menos no tendría problemas para recordar qué tipo pescado era cuál—. Así que vosotros, ¿qué sois exactamente?

—Ictiocentauros—dijo Afros, como si fuera una pregunta de la que estaba harto de responder.

—¡Qui, ¿qué?

—Peces centauros. Somos medio hermanos de Quirón.

—¡Oh, ese es amigo mío!

Afros entrecerró los ojos.

—La que se llama Hazel nos lo ha dicho, pero nosotros determinaremos la verdad. Ven.

Lo de “nosotros determinaremos la verdad” no le gustaba cómo sonaba. Le hacía pensar en torturas y atizadores al rojo vivo.

Siguió al pez centauro a través de un gigantesco bosque de algas. Leo se habría lanzado hacia un lado y se podría haber perdido entre las plantas muy fácilmente, pero no lo intentó. Para comenzar, suponía que Afros podía ir más rápido que él en el agua, y que el tipo podría ser capaz de lanzar magia que dejase a Leo inmobilizado e incapaz de respirar. Dentro o fuera de la cueva, Leo seguía siendo un cautivo.

Además, Leo no tenía ni idea de dónde estaba.

Nadaron por entre hileras de algas tan altas como edificios de apartamentos. Las plantas verdes y amarillas oscilaban ingravidas, como columnas de globos de helio. Por encima de ellos, Leo vio una tenue luz blanca que debía de ser el sol.

Supuso que eso significaría que la noche había terminado. ¿Estaba bien el Argo II? ¿Habría partido sin ellos o les estaban buscando sus amigos?

Leo ni siquiera podía estar seguro de dónde estaban. Las plantas crecían en aquella zona, entonces no estaban demasiado hondos. Aún así, sabía que no podría nadar hasta la superficie. Había oído hablar de gente que había ascendido tan rápido a la superficie que habían desarrollado burbujas de oxígeno en su sangre. Leo quería evitar la sangre carbonatada.

Nadaron por lo que debió de ser un quilómetro. Leo estuvo tentado de preguntarle a Afros dónde le llevaba, pero la gran espada atada en la espalda del centauro no ayudaba demasiado para la interacción.

Finalmente el bosque de algas se abrió. Leo contuvo el aliento. Estaban de pie (nadando, de hecho) en la cima de una alta colina submarina. Bajo ellos se extendía una ciudad entera con edificios griegos por toda la llanura.

Los tejados estaban llenos de perlas. Por los jardines crecían corales y anémonas de mar. Los hipocampos pastaban en un campo de algas. Un equipo de cíclopes estaba colocando una cúpula nueva en un templo, usando una ballena azul como grúa. Y nadando a través de las calles, paseando por los patios, practicando combates con tridentes y espadas en la arena había docenas de sirenos y sirenas, gente del mar de verdad.

Leo había visto cosas así, pero siempre había creído que la gente del mar eran criaturas de ficción, como los pitufos o los teleñecos.

No había nada de tonto o bonito en aquellas gentes del mar, de todas maneras. Incluso desde lejos, parecían fieros y no demasiado humanos. Sus ojos brillaban con un tono amarillo. Tenían dientes de tiburón y piel escamosa en colores variados desde el rojo coral hasta el negro azabache.

—Es un campamento de entrenamiento—se dio cuenta Leo. Miró a Afros, sorprendido—. ¿Entrenáis héroes, igual que lo hace Quirón?

Afros asintió, con un brillo de orgullo en sus ojos.

—¡Hemos entrenado a todos los famosos héroes submarinos! ¡Nombra a un héroe submarino y le habremos entrenado aquí!

—Ah, sí...—dijo Leo—. Como, eh... por ejemplo, ¿Ariel, la Sirenita?

Afros frunció el ceño.

—¿Quién? ¡No! ¡Como Tritón, Glauco, Weissmuller y Bill!

—Oh. —Leo no tenía ni idea de quiénes eran todos aquellos—. ¿Has entrenado a Bill? No me lo puedo creer.

—¡Por supuesto! —Afros levantó su barbilla—. He entrenado a Bill yo mismo. Un gran hombre submarino.

—Enseñas a luchar, supongo.

Afros alzó las manos, exasperado.

—¿Por qué todo el mundo presupone eso?

Leo miró a la gigantesca espada de su espalda.

—Oh, no sé.

—¡Yo enseño música y poesía! —dijo Afros—. ¡Habilidades vitales! ¡Cosas del cada día! Esas cosas son importantes para los héroes.

—Por supuesto—Leo intentó mantener una cara seria—. ¿Coser? ¿Hornear galletitas?



—Sí. Me alegro de que lo entiendas. Quizá más tarde, si no tengo que matarte, comparte conmigo mi receta de brownies— Afros señaló hacia atrás—. Mi hermano Bitos, él enseña a luchar.

Leo no estaba seguro de si sentirse aliviado o insultado porque el entrenador de combate estuviera interrogando a Frank, mientras Leo tenía que llevarse al profesor de las tareas del hogar—. Bueno, genial. Este es el Campamento... ¿cómo lo llamáis? ¿Campamento Pescado-mestizo?

Afros frunció el ceño.

—Espero que eso sea una broma. Esto es el campamento \_\_\_\_\_.—hizo un sonido que eran una serie de pitidos sónicos y siseos.

—¡Claro, qué tonto he sido! —dijo Leo—. Y debes saber que me encantaría tomar uno de esos brownies. ¿Así que, qué tengo que hacer para que no me mates?

—Cuéntame tu historia—dijo Afros.

Leo vaciló, pero no durante mucho. De alguna manera percibía que podría decirle la verdad. Comenzó desde el principio, cómo Hera había sido su niñera y le había puesto en las llamas, cómo su madre había muerto por culpa de Gea, que había identificado a Leo como su futuro enemigo. Habló de cómo se había pasado su infancia de casa de acogida en casa de acogida, hasta que él, Jason y Piper habían sido llevados hasta el Campamento Mestizo. Le explicó la Profecía de los Siete, la construcción del Argo II, y su misión para llegar a Grecia y vencer a los gigantes antes de que Gea despertara.

Mientras hablaba, Afros sacó unas varas metálicas de apariencia extraña de su cinturón. Leo tuvo miedo de que hubiera dicho algo malo, pero Afros sacó un hilo de algas de su bolsa y comenzó a hacer punto.

—Sigue—le apremió—. No te detengas.

Cuando Leo hubo explicado los eidolones, el problema con los romanos, y todos los problemas que el Argo II había tenido cruzando los Estados Unidos y embarcándose en Charleston, Afros ya había tejido un gorro de bebé completo.

Leo esperó mientras el centauro-pez guardó sus cosas. Los cuernos de cangrejo de Afros seguían nadando por entre su grueso pelo, y Leo se resistió a ir en ayuda de sus cuernecitos.

—Muy bien—dijo Afros—. Te creo.

—¿Y ya está?

—Soy bueno sabiendo cuándo miente la gente. No te he oído ninguna. Tu historia también encaja con la que Hazel Levesque nos ha contado.

—¿Ella está...?

—Por supuesto—dijo Afros—. Está bien—puso sus dedos en su boca y silbó, algo que sonó extraño bajo el agua, como el grito de un delfín—. Mi gente la traerá aquí en breve. Debes entender... nuestra localización está guardada en secreto. Tú y tus amigos

aparecisteis en un barco de guerra, perseguidos por uno de los monstruos marinos de Ceto. No sabíamos de qué lado estabais.

—¿El barco está bien?

—Dañado—dijo Afros—, pero no demasiado. La escolopendra lo soltó cuando recibió el fuego. Buen ataque, por cierto.

—Gracias. ¿Escolopendra? Nunca había oído hablar de ella.

—Considérate afortunado. Son criaturas molestas. Al parecer Ceto os debe de odiar mucho. De cualquier manera, te hemos rescatado a ti y a tus otros dos amigos de los tentáculos de la criatura mientras huía hacia las profundidades. Vuestros amigos siguen arriba, buscándoos; pero hemos oscurecido su visión. Tenemos que asegurarnos de que no son una amenaza. De otra forma, tendríamos que... tomar medidas.

Leo tragó saliva. Estaba seguro de que eso de “tomar medidas” no significaba llevarse brownies de más. Y si aquellos tipos eran tan poderosos que podían mantener el campamento escondido de Percy, con todos aquellos poderes de agua de Poseidón, no eran tipos pez con los que querrías enfrentarte:

—Así que, ¿podremos irnos?

—Pronto—le prometió Afros—. Debo de hablar con Bitos. Cuando termine de hablar con tu amigo Gank...

—Frank.

—Frank. Cuando estén listos, os llevaremos de vuelta a vuestro barco. Y también tenemos algunas advertencias para vosotros.

—¿Advertencias?

—Ah—Afros señaló. Hazel emergió del bosque de algas, escoltada por dos sirenas de mirada salvaje, que enseñaban sus colmillos y siseaban. Leo creyó que Hazel podría estar en peligro. Entonces vio que estaba relajada, sonriendo y hablando con sus escoltas, y Leo se dio cuenta de que las sirenas estaban riendo.

—¡Leo! —Hazel nadó hacia él—. ¿No es increíble este lugar?

Se quedaron solos en el arrecife, lo que debía de significar que Afros confiaba de verdad en ellos. Mientras el centauro y las sirenas fueron a por Frank, Leo y Hazel flotaban alrededor de la colina y observaban el campamento submarino.

Hazel le habló de cómo las sirenas la habían animado. Afros y Bitos habían estado fascinados por su historia, ya que nunca habían conocido a ningún hijo (ni hija) de Plutón con anterioridad. Además de eso, habían oído muchas leyendas sobre el caballo Arión, y estaban impresionados de que Hazel se hubiera hecho amiga suya.

Hazel les había prometido volverles a visitar con Arión. Las sirenas le habían escrito sus números de teléfono con tinta sumergible en el brazo de Hazel para que pudiera mantenerse en contacto. Leo ni siquiera se preguntó cómo unas sirenas podían tener cobertura telefónica en el medio del Atlántico.

Mientras Hazel hablaba, su pelo flotaba alrededor de su cara como una nube, como la tierra marrón y el polvo dorado de una mina. Parecía muy segura de sí misma y muy hermosa, no como la tímida y nerviosa chica del patio de Nueva Orleans con su fiambarrera aplastada a sus pies.

—No hemos podido hablar—dijo Leo. Era reacio a sacar el tema, pero sabía que aquella, sería su única oportunidad para hablar a solas—. Me refiero a Sammy.

Su sonrisa desapareció.

—Lo sé... sólo necesito un poco de tiempo para asimilarlo. Es extraño pensar que tú y él...

No terminó la frase, pero Leo también sabía lo extraño que era.

—No estoy seguro de que pueda explicárselo a Frank—añadió—. Sobre lo de tú y yo sujetándonos las manos.

No cruzó la mirada con la de Leo. Abajo, en el vallo, la masa de cíclopes ovacionaron cuando la cúpula estuvo instalada correctamente.

—He hablado con él—dijo Leo—. Le he dicho que yo no intentaba... ya sabes. Separaros.

—Ah. Bien.

¿Acababa de sonar decepcionada? Leo no estaba seguro, pero tampoco estaba seguro de querer saberlo.

—Frank, eh, parecía bastante asustado cuando usé el fuego—Leo le explicó lo que había pasado en la cueva.

Hazel parecía sorprendida.

—Oh, no. Eso le debe de haber aterrorizado.

Su mano se puso sobre su chaqueta tejana, como si estuviera buscando algo en su bolsillo interior. Siempre vestía aquella chaqueta, aunque hiciera calor en el exterior. Leo había supuesto que era porque sería buena para cabalgar, como una chaqueta de motero. Ahora comenzó a cuestionárselo.

Su cerebro encajó las piezas. Recordó lo que Frank había dicho acerca de su debilidad... un pedazo de leño. Pensó en el por qué de que aquél chico pudiera tener miedo al fuego, y por qué Hazel estuviera tan unida a aquellos sentimientos. Leo recordó algunas historias que había oído en el campamento Mestizo. Por razones obvias, solía prestar atención en las leyendas acerca del fuego. Entonces recordó una en la que no había pensado hacía meses.

—Existe una leyenda sobre un héroe—recordó—. Su vida estaba atada a una madera una chimenea, y cuando aquella madera ardió del todo...

La expresión de Hazel se oscureció. Leo sabía que había dado en el clavo.

—Frank tiene ese problema—supuso—. Y ese pedazo de leño...—señaló a la chaqueta de Hazel—. Te lo ha dado a ti para que se lo guardes.

—Leo, por favor, no... no puedo hablar de ello.

Los instintos de Leo entraron en acción. Comenzó a pensar en las propiedades de la madera y en la corrosividad del agua salada.

—¿Está bien el leño en un océano como este? ¿La capa de aire también lo protege?

—Está bien—dijo Hazel—. La madera ni siquiera se ha mojado. Además, está envuelta en varias capas de tela y plástico y...—se mordió el labio en frustración—. Y se supone que no debo de hablar de ello contigo. Leo, la cosa es que Frank parece tenerte miedo, o se siente incómodo, así que tienes que entenderlo...

Leo se alegró de estar flotando, porque probablemente se habría mareado. Se imaginó estando en el lugar de Frank, con una vida tan frágil, que podría, literalmente, arder en cualquier momento. Se imaginó el grado de confianza que comportaba confiar toda su vida, todo su destino, en otra persona.

Frank había escogido a Hazel, por supuesto. Entonces cuando había visto a Leo, un chico que podía usar el fuego a su placer, acercarse a aquella chica...

Leo pensó en su menos favorita frase de la Profecía de los Siete:

“Bajo tormenta o fuego el mundo deberá caer”. Durante mucho tiempo, había supuesto que Jason o Percy eran la tormenta, quizá ambos juntos. Leo era el chico del fuego. Nadie lo había dicho, pero era bastante claro. Leo era uno de los quids de la cuestión. Si hacía algo mal, el mundo caería. No... “debía de caer”. Leo se preguntó si Frank y su leño tendrían algo que ver con aquella frase. Leo ya había cometido algunos errores bastante importantes. Sería tan fácil para él hacer arder a Frank Zhang...

—¡Ahí estáis! —la voz de Bitos trajo de vuelta a Leo.

Bitos y Afros se acercaron flotando con Frank entre ellos. Frank estaba muy pálido, pero parecía estar bien. Frank estudió a Hazel y Leo con cuidado, como si intentara saber de qué habían estado hablando.

—Sois libres para iros—dijo Bitos. Abrió sus alforjas y les devolvió los objetos confiscados. Leo nunca había estado tan aliviado de volver a tener su cinturón de herramientas de vuelta en su cintura.

—Dile a Percy Jackson que no se preocupe—dijo Afros—. Hemos entendido vuestra historia sobre las criaturas marinas encarceladas en Atlanta. Ceto y Forcis deben ser detenidos. Enviaremos una misión de héroes submarinos para vencerles y liberar a los cautivos. ¿Quizá Ciro?

—O Bill—ofreció Bitos.

—¡Sí! Bill sería perfecto—coincidió Afros—. De cualquier manera, nos sentimos agradecidos de que Percy nos haya avisado de esto.

—Deberíais decírselo en persona—sugirió Leo—. Quiero decir, es el hijo de Poseidón y todo eso.

Ambos centauros negaron sus cabezas con solemnidad.

—A veces es mejor no interactuar con la prole de Poseidón—dijo Afros—. Tenemos amistad con el dios del mar, por supuesto; pero las políticas de las deidades submarinas son... complicadas. Y valoramos nuestra independencia. Sin embargo, decidle a Percy que gracias. Haremos lo que podamos para remolcaros rápidamente a través del Atlántico para evitar cualquier otra interferencia de los monstruos de Ceto, pero sed advertidos: en el mar ancestral, el Mare Nostrum, os esperan más peligros.

Frank suspiró.

—Como no.

Bitos le dio una palmada en la espalda.

—Estarás bien, Frank Zhang. Sigue practicando en esas transformaciones submarinas. La carpa china está bien, pero intenta la carabela portuguesa. Recuerda lo que te he enseñado, está todo en la respiración.

Frank parecía mortalmente avergonzado. Leo se mordió el labio, intentando no sonreír.

—Y tú, Hazel—dijo Afros—, ven a visitarnos de nuevo, y trae a ese caballo tuyo. Sé que eres consciente del tiempo que habéis perdido, pasando la noche en nuestro territorio. Estás preocupada por tu hermano, Nico...

Hazel agarró el mango de su espada.

—¿Está él...? ¿Sabéis dónde está?

Afros negó con la cabeza.

—No exactamente. Pero en cuanto te acerques, podrás ser capaz de percibir su presencia. ¡No tengas miedo! Debéis llegar a Roma pasado-mañana si quieres salvarle, pero aún hay tiempo. Y tenéis que salvarle.

—Sí—coincidió Bitos—. Será esencial en vuestro viaje. No estoy seguro cómo, pero percibo que es cierto.

Afros puso su mano sobre el hombro de Leo.

—Y en cuanto a ti, Leo Valdez, mantente cerca de Hazel y Frank cuando lleguéis a Roma. Percibo que os enfrentaréis... a dificultades mecánicas que solo tú puedes sobrellevar.

—¿Dificultades mecánicas? —preguntó Leo.

Afros sonrió como si fueran noticias muy buenas.

—Y tengo regalos para ti, el bravo navegante del Argo II.

—Me gusta llamarme capitán—dijo Leo—. O comandante supremo.

—¡Brownies! —dijo Afros, orgulloso, dejando una cesta de picnic anticuada en los brazos de Leo. Estaba rodeada de una burbuja de aire, por lo que Leo supuso que eso mantendría a los brownies de convertirse en una masa de agua salada.

—En la cesta encontraréis la receta. ¡No echéis demasiada mantequilla! Ese es el truco. Y también va una carta de recomendación a Tíber, el dios del río Tíber. Una vez lleguéis a Roma, tu amiga, la hija de Atenea, lo necesitará.

—Annabeth...—dijo Leo—. Vale, ¿pero por qué?

Bitos rió.

—¿Ella sigue la Marca de Atenea? Tíber podrá guiarla en su búsqueda. Es un dios muy antiguo y orgulloso que puede ser... difícil; pero las cartas de recomendación lo son todo para los espíritus romanos. Esto convencerá a Tíber para ayudarla, con suerte.

—Con suerte—repitió Leo.

Bitos sacó tres pequeñas perlas rosas de sus alforjas.

—Y ahora, ¡nos despedimos de vosotros, semidioses! ¡Buen viaje!

Les lanzó una perla a cada uno y tres burbujas de energía rosa se formaron a su alrededor.

Comenzaron a ascender por el agua y Leo solo tuvo tiempo para pensar: “¿Un ascensor con forma de bola de hámster?”. Entonces ganó velocidad y se disparó hacia el lejano brillo del sol encima de él.

## Capítulo XXV

### Piper

PIPER TENÍA UNA NUEVA OCASIÓN para añadir en su lista de “Las 10 veces en las que Piper se ha sentido más inútil”. ¿Combatir contra Gambadzilla con una daga y una voz bonita? No demasiado efecto. Entonces el monstruo se había hundido en las

profundidades y desaparecido junto con tres de sus amigos, y ella había sido incapaz de hacer nada por ellos.

Después de aquello, Annabeth, el entrenador Hedge y la mesa Buford recorrieron el barco arreglando las cosas rotas para que éste no se hundiera. Percy, a pesar de estar exhausto, buscó en el océano en busca de sus amigos desaparecidos. Jason, también exhausto, comenzó a volar por entre las jarcias como un Peter Pan rubio, apagando los fuegos de la segunda explosión verde que había encendido el cielo y parte de las maderas cerca del mástil.

En cuanto a Piper, todo lo que pudo hacer fue mirar la hoja de su cuchillo Katoptris, intentando localizar a Leo, Hazel y Frank. Las únicas imágenes que le aparecieron fueron las únicas que no quería ver: tres deportivos conduciendo fuera de Charleston, llenos de semidioses romanos con Reyna sentada en el volante del coche guía. Unas águilas gigantes les escoltaban por encima de ellos. De tanto en cuanto, unos espíritus morados aparecían a sus lados por el campo subidos en unos carruajes también fantasmales, recorriendo la Interestatal 95 hacia Nueva York y el campamento Mestizo.

Piper se concentró aún más. Vio las imágenes de pesadilla que había visto antes: el toro con cabeza de persona emergiendo del agua y entonces la sala oscura llenándose de agua oscura mientras Jason, Piper y ella se esforzaban por mantenerse a flote.

Enfundó Katoptris, preguntándose cómo Helena de Troya se había mantenido a salvo durante la guerra de Troya, si aquella hoja había sido su única fuente de información. Entonces recordó que todo el mundo alrededor de Helena había sido asesinado durante la invasión del ejército griego. Quizá ella no se hubiera mantenido a salvo.

Cuando salió el sol, ninguno de ellos había dormido. Percy se había recorrido todo el fondo marino y no había encontrado nada. El Argo II ya no estaba en peligro de hundirse, aunque sin Leo, no podían reparar nada del todo. El barco era capaz de navegar, pero nadie sugirió dejar la zona, no sin sus amigos desaparecidos.

Piper y Annabeth enviaron un mensaje Iris al campamento Mestizo, advirtiendo a Quirón de lo que había pasado con los romanos en el fuerte Sumter. Annabeth explicó el intercambio de palabras con Reyna. Piper transmitió la visión de su cuchillo sobre los coches deportivos yendo hacia el norte. La cara amable del centauro pareció envejecer treinta años durante el transcurso de su conversación, pero les aseguró que las defensas del campamento aguantarían. Tyson, la señorita O'Leary y Ella habían llegado a salvo. Si era necesario, Tyson podría convocar un ejército de cíclopes para defender el campamento y Ella y Rachel Dare ya estaban comparando profecías, intentando desentramar lo que el futuro les guardaba. El trabajo de los siete semidioses a bordo del Argo II, les recordó Quirón, era terminar la misión y volver sanos y salvos.

Después del mensaje Iris, los semidioses se pasearon por cubierta en silencio, mirando el agua, esperando un milagro.

Cuando éste finalmente tuvo lugar: tres burbujas gigantes de color rosa saliendo a la superficie y dejando a Frank, Hazel y Leo, Piper se volvió loca. Comenzó a llorar de alegría y saltó al agua sin pensárselo. ¿En qué estaba pensando? No cogió ninguna cuerda ni ningún salvavidas o algo. Pero entonces, estaba tan feliz que simplemente nadó hacia Leo y le besó en la mejilla, algo que le sorprendió a él.

—¿Me echabas de menos? —se rió Leo.

De repente, Piper se sintió furiosa.

—¿Dónde habéis estado? ¿Cómo estáis vivos?

—Es una historia muy larga—dijo. Una cesta de picnic emergió a la superficie a su lado—.

¿Quieres un brownie?

Una vez subieron a cubierta y se pusieron ropa seca (el pobre Frank tuvo que ponerse unos pantalones de Jason que le iban pequeños), la tripulación se reunió en el comedor para un desayuno de celebración, a excepción del entrenador Hedge, que había murmurado que el ambiente se había vuelto demasiado cursi para él y se había ido a su camarote a ver un poco de lucha libre. Mientras Leo recorría los paneles del timón, Hazel y Frank contaron la historia de los centauros-pep y su campamento de entrenamiento.

—Increíble—dijo Jason—. Estos brownies sí que son buenos.

—¿Ese es tu único comentario? —preguntó Piper.

Él pareció sorprendido.

—¿Qué? He oído la historia. Centauros-pep. Gente submarina. Una carta de recomendación para el dios del río Tíber. Lo entiendo. Pero estos brownies...

—Lo sé—dijo Frank, con la boca llena—. Pruébalos con los melocotones en almíbar de Esther.

—Eso—dijo Hazel—, es increíblemente asqueroso.

—Pásame el pote, tío—dijo Jason.

Hazel y Piper intercambiaron una mirada de exasperación. “Chicos”.

Percy, por su parte, quería oír todos los detalles del campamento acuático. Aunque seguía volviendo a una parte de la historia.

—¿No querían conocerme?

—No es eso—dijo Hazel—. Es sólo por... las políticas submarinas, supongo. Las gentes submarinas son territoriales. Las buenas noticias son que se van a encargar de las criaturas del acuario de Atlanta. Y que protegerán al Argo II por el Atlántico.

Percy asintió, pensativo.

—¿Pero no me querían conocer?

Annabeth le cogió el brazo.

—¡Vamos, Sesos de Alga! Tenemos otras cosas por las que preocuparnos.



—Tiene razón—dijo Hazel—. Después de hoy, Nico sólo tiene dos días. Los centauros dijeron que tenemos que rescatarlo. Es esencial en nuestra misión en alguna manera.

Miró a su alrededor, a la defensiva, como si esperase que alguien se lo discutiera. Nadie lo hizo. Piper intentó imaginarse lo que Nico di Angelo estaba sintiendo, encerrado en un jarrón con sólo dos semillas de granada para sobrevivir, sin idea de si algún día iba a ser rescatado. Eso le hacía tener muchas ganas a Piper de llegar a Roma, aunque tuviera la sensación de que estuviera navegando hasta su propia prisión, una sala oscura llena de agua.

—Nico debe de tener información sobre las Puertas de la Muerte—dijo Piper—. Tenemos que rescatarlo, Hazel. Podemos llegar a tiempo. ¿Verdad, Leo?

—¿Qué? —Leo apartó sus ojos de los controles—. Oh, sí. Deberíamos llegar al Mediterráneo mañana por la mañana. Entonces nos pasaremos el resto del día navegando o volando hacia Roma, si consigo arreglar el estabilizador para entonces...

De repente Jason parecía como si sus brownies y sus melocotones en almíbar no supieran tan bien.

—Lo que nos deja un solo día en Roma para encontrar a Nico. Veinticuatro horas para encontrarlo, como máximo.

Percy cruzó sus piernas.

—Y eso es una parte del problema. También está la Marca de Atenea.

Annabeth no pareció demasiado contenta de cambiar de tema. Puso su mano sobre su mochila, la que, desde que habían dejado Charleston, siempre parecía llevar encima.

Abrió su mochila y sacó un disco de bronce del diámetro de un donut.

—Este es el mapa que he encontrado en el Fuerte Sumter. Es...

Se detuvo de golpe, mirando la pulida superficie de bronce.

—¡Está en blanco!

Percy lo cogió y examinó ambos lados.

—¿No ha sido así siempre?

—¡No! Lo he estado mirando en mi camarote y...—Annabeth bajó el tono de golpe—. Debe de ser como la Marca de Atenea. Sólo puedo verla cuando estoy sola. No se mostrará a otros semidioses.

Frank se apartó como si el disco pudiera explotar. Tenía un bigote de zumo de naranja y una barba de migas de brownie que hizo que Piper le quisiera dar una servilleta.

—¿Qué tenía? —preguntó Frank, nervioso—. ¿Y qué es la Marca de Atenea? Sigo sin entenderlo.

Annabeth cogió el disco de las manos de Percy. Lo giró hacia la luz del sol, pero seguía en blanco.

—El mapa fue difícil de leer, pero mostraba un lugar en el río Tíber de Roma. Creo que es ahí dónde comienza mi misión... el camino que tengo que seguir para llegar a la Marca.

—Quizá es ahí donde encuentres al dios del río—dijo Piper—. Pero, ¿qué es la Marca?

—La moneda—murmuró Annabeth.

Percy frunció el ceño.

—¿Qué moneda?

Annabeth rebuscó en su bolsillo y sacó un dracma de plata.

—La he estado llevando desde que vi a mi madre en la estación Grand Central. Es una moneda ateniense.

Se la pasó a todo el mundo. Mientras cada semidiós la examinaba, Piper tuvo el ridículo recuerdo de una clase de ciencias dónde una profesora pasa una piedra a todo el mundo para que se asombre de ella.

—Un búho—notó Leo—. Bueno, eso tiene sentido. Supongo que la rama es de una rama de olivo. Pero, ¿y la inscripción? AΘE, ¿Alterar Otro Elemento?

—Es una alfa, una zeta y una épsilon—dijo Annabeth—. En griego significa “De los atenienses”, o también se puede leer como “Los hijos de Atenea”. Es como un lema ateniense.

—Como el SPQR para los romanos—supuso Piper.

Annabeth asintió.

—De cualquier manera, la Marca de Atenea es un búho, como este de aquí. Se me aparece de un color rojo. Lo he visto en mis sueños. Entonces lo vi otra vez en el fuerte Sumter.

Describió lo que había pasado en el fuerte, la voz de Gea, las arañas y la Marca haciéndolas retroceder con su fuego. Piper vio que era difícil para ella hablar sobre aquello.

Percy cogió la mano de Annabeth.

—Debería de haber estado ahí contigo.

—Pero esa es la cuestión—dijo Annabeth—. Nadie puede estar ahí conmigo. Cuando llegue a Roma, tendré que apañármelas yo sola. De otra manera, la Marca no se aparecerá. Tengo que seguirla... hasta su origen.

Frank cogió la moneda de las manos de Leo. Miró el búho.

—“La perdición de los gigantes se mantiene dorada y pálida, la victoria a través del dolor de una jaula tejida”—miró hacia Annabeth—. ¿Qué es... qué es ese origen?

Antes de que Annabeth pudiera responder, Jason habló.

—Una estatua—dijo—. Una estatua de Atenea. Al menos... eso supongo.

Piper frunció el ceño.

—Dijiste que no lo sabías.

—Y no lo sé. Pero cuanto más pienso en ello... sólo hay algo que puede encajar en la leyenda—se giró hacia Annabeth—. Lo siento. Debería haberte dicho todo lo que había oído, mucho más antes. Pero sinceramente, tenía miedo. Si esta leyenda es cierta...

—Lo sé—dijo Annabeth—. Ya lo he supuesto, Jason. Y no te culpa. Pero si conseguimos rescatar la estatua, los griegos y los romanos juntos... ¿No lo ves? Podría curar la rencilla inicial.

—Esperad—interrumpió Percy—. ¿Qué estatua?

Annabeth cogió de nuevo su moneda plateada y se la metió en el bolsillo.

—La Atenea Partenos—dijo—. La estatua griega más famosa de todos los tiempos. Medía unos trece metros de alto y estaba cubierta de marfil y oro. Estaba erigida en el centro del Partenón de Atenas.

El barco se quedó en silencio, a excepción de las olas chocando contra el casco.

—Vale, yo rompo el hielo—dijo Leo al final—. ¿Qué le pasó a la estatua?

—Desapareció—dijo Annabeth.

Leo frunció el ceño:

—¿Cómo puede una estatua de trece metros en el medio del Partenón desaparecer así como así?

—Esa es una buena pregunta—dijo Annabeth—. Es uno de los mayores misterios de la historia. Algunos dicen que la estatua fue fundida por su oro, o destruida por los invasores. Atenas ha sido saqueada varias veces. Algunos creen que la estatua fue robada por los...

—Por los romanos—acabó Jason—. Al menos, hay una teoría y encaja con la leyenda que he oído en el Campamento Júpiter. Para destrozarse los espíritus griegos, los romanos se llevaron la estatua de Atenea Partenos cuando invadieron la ciudad de Atenas. La escondieron en un templo subterráneo de Roma. Los semidioses romanos juraron que nunca vería la luz del día. Literalmente, robaron a Atenea, para que nunca pudiera ser nunca más un símbolo militar de Grecia. Ella se convirtió en Minerva, una diosa mucho más mansa.

—Y los hijos de Atenea han estado buscándola durante generaciones— dijo Annabeth—. No se sabe demasiado acerca de la leyenda, a excepción de que cada tantos años un hijo de Atenea es elegido para buscarla. Se les da una moneda como la mía. Siguen la Marca de Atenea... un tipo de camino mágico que les conecta con la estatua... esperando encontrar el lugar de escondite de la Atenea Partenos para devolverla a los griegos.

Piper observó a los dos, Annabeth y Jason, con asombro silencioso. Hablaban como un equipo, sin ninguna hostilidad ni culpa. Ambos nunca habían confiado del todo en el otro. Piper estaba bastante unida a ambos como para saberlo. Pero ahora... pudiendo discutir un problema tan grave con tanta calma, la fuente de las disputas entre griegos y romanos, quizá, al fin y al cabo, sí que había esperanza para ambos campamentos.

Percy parecía pensar algo parecido, juzgando su expresión de sorpresa.

—Entonces si nosotros, quiero decir, tú, encuentras la estatua... ¿qué tendríamos que hacer con ella? ¿Podríamos moverla?

—No estoy segura—admitió Annabeth—. Pero si podemos salvarla de alguna manera, podrá unir a ambos campamentos. Podrá curar el odio de mi madre y unir ambos lados (griego y romano). Y quizá... quizá la estatua tenga algún tipo de poder para ayudarnos a combatir a los gigantes.

Piper miró con sorpresa a Annabeth, comenzando a medir la gigantesca responsabilidad que su amiga llevaba encima. Y Annabeth quería hacerlo sola.

—Esto podría cambiarlo todo—dijo Piper—. Podría significar el final de cientos de años de enemistad. Podría ser la clave para vencer a Gea. Pero si no podemos ayudarte...

No terminó la frase, pero la pregunta parecía colgar en el aire: ¿Era posible salvar la estatua?

Annabeth relajó los hombros. Piper sabía que debía de estar aterrorizada, pero que se esforzaba por ocultarlo.

—Tengo que conseguirlo—dijo Annabeth, simplemente—. El riesgo lo merece.

Hazel se daba vueltas con los dedos a un mechón del pelo:

—No me gusta la idea de que te arriesgues sola, pero tienes razón. Vimos lo que hizo el recuperar el águila dorada para la legión. Si esta estatua es el símbolo más poderoso que Atenea ha creado nunca...

—Podría patear un par de culos—se ofreció Leo.

Hazel frunció el ceño.

—Yo no lo habría dicho así, pero sí.

—Lo único que...—Percy volvió a coger la mano de Annabeth—, ningún hijo de Atenea la ha encontrado jamás. Annabeth, ¿qué ahí allí abajo? ¿Qué te espera? ¿Tiene algo que ver con las arañas?

—“La victoria a través del dolor de una jaula tejida” —repitió Frank—. Tejida, ¿con redes? La cara de Annabeth se volvió tan pálida como una hoja de papel. Piper sospechó que Annabeth sabía qué le esperaba... o al menos tenía una gran sospecha. Estaba intentando ocultar la oleada de terror que le había asaltado.

—Ya nos encargaremos de eso cuando llegemos a Roma—sugirió Piper, añadiendo un poco de hechizo oral a su voz para relajar los nervios de sus amigos—. Todo va a salir bien. Annabeth también va a patear un par de culos, ya lo veréis.

—Sí—dijo Percy—. Yo ya lo aprendí tiempo atrás: nunca apuestes contra Annabeth.

Annabeth les miró, agradecida.

A juzgar por sus desayunos a medio terminar, los demás seguían sintiéndose incómodos, pero Leo se las arregló para sacarlos de su estado. Pulsó un botón y una gran nube de vapor salió de la boca de Festus, haciendo que todos botaran en su sitio.

—¡Bueno! —dijo—. Habéis estado todos geniales intentando subirnos los ánimos, pero hay una tonelada de cosas por arreglar en este barco antes de llegar al Mediterráneo. ¡Por favor pónganse en contacto con el Comandante Supremo Leo para comprobar su lista de tareas!

Piper y Jason se encargaron de limpiar la cubierta inferior, que había sido convertida en un caso durante el ataque del monstruo. Reorganizar la enfermería y asegurando el almacén les llevó gran parte del día, pero a Piper no le importó. Para comenzar, quería pasar tiempo con Jason y para terminar, la explosión de la última noche le había dado a Piper un gran respeto por el fuego griego. No quería que frascos de ese material rodaran por el barco libremente.

Mientras arreglaban los establos, Piper pensó en la noche que Annabeth y Percy habían pasado allí por accidente. Piper deseó que ella pudiera pasar toda la noche hablando con Jason, simplemente acurrirse en los establos y disfrutar estando con él. ¿Por qué no rompían las reglas?

Pero Jason no era así. Era un líder innato y siempre tenía que estar dando buen ejemplo. Romper las reglas no le era natural en él.

No había duda de que eso era lo que Reyna admiraba de él. Piper también... en parte.

La vez que la convenció para ser una rebelde fue en la Escuela de la Salvajería, donde se habían escabullido hasta el tejado del colegio una noche para ver una lluvia de meteoritos. Allí fue dónde se dieron el primer beso.

Por desgracia, el recuerdo era un truco de la Niebla, una vida implantada mágicamente en su cabeza por Hera. Piper y Jason estaban juntos ahora, en la vida real, pero su relación se había fundado en una ilusión. Si Piper le pedía a Jason que se escaparan una noche, ¿lo haría?

Barrió el heno en montoncitos. Jason arregló una puerta rota de uno de los establos. El suelo de cristal brillaba con el océano por debajo de ellos, una verde y gran expansión de luz y sombras que parecía no tener fondo. Piper se quedó embobada, temiendo que la cara del monstruo apareciera en cualquier momento, o que los caníbales marinos de las historias de su abuelo aparecieran, pero todo lo que vio fueron un par de bancos de arenques.

Mientras observaba a Jason trabajar, admiraba lo fácil que le era todo, o bien arreglar una puerta o engrasar las sillas de montar. No eran sólo sus brazos fuertes o sus manos habilidosas, y no era que a Piper no le gustaran (que sí), sino la forma en la que actuaba tan seguro y optimista. Hacía lo que tenía que hacer sin quejarse. Mantenía su sentido del humor, a pesar del hecho de que el chico tenía que estar muerto porque no había dormido

en una noche. Piper no podía culpar a Reyna por enamorarse de él. En cuanto a trabajo y deber se refería, Jason era romano hasta la médula.

Piper pensó en la fiesta de té de su madre en Charleston. Se preguntó lo que la diosa le habría dicho a Reyna años atrás, y por qué cambió en la forma en la que Reyna trataba a Jason. ¿Afrodita habría animado o desanimado a Reyna con Jason?

Piper no estaba segura, pero deseaba que su madre no se hubiera aparecido en Charleston. Las madres normales ya son muy embarazosas, pero madres divinas y glamurosas que invitaban a sus amigas a un té y a una charla sobre chicos, era mortal de necesidad.

Afrodita había prestado tanta atención a Annabeth y a Hazel, que había hecho sentir a Piper incómoda. Cuando su madre se interesaba por la vida amorosa de alguien, normalmente era mala señal. Significaba que se acercaban problemas. O como Afrodita diría, “enredos y giros”.

Pero además, Piper estaba secretamente herida de no haber tenido a su madre para ella, ya que Afrodita a penas la había mirado. No le había dicho ni una palabra acerca de Jason. Ni siquiera se había molestado en explicar su conversación con Reyna.

Era como si Afrodita ya no encontrara a Piper interesante. Piper había conseguido a su chico, ahora era cosa suya hacer que las cosas funcionara y Afrodita se había ido a un cotilleo más nuevo igual de fácil que se desharía de una desfasada copia de una revista del corazón.

“Todas vosotras sois historias excelentes”, había dicho Afrodita, “Quiero decir, chicas.”

Piper no apreció aquello, pero parte de ella había pensado: “Vale, no quiero ser una historia. Quiero una bonita y tranquila vida con un bonito y tranquilo novio.”

Si al menos supera algo más acerca de cómo funcionaban las relaciones. Se suponía que tenía que ser una experta, ya que era la jefa de la cabaña de Afrodita. Otros campistas del Campamento Mestizo se le acercaban en busca de consejo todo el tiempo. Piper había intentado dar lo mejor de sí, pero con su propio novio, ella era una negada. Estaba constantemente haciendo suposiciones, leyendo demasiado las expresiones de Jason, sus estados de ánimo y leyendo entre líneas sus comentarios. ¿Por qué tenía que ser tan duro? ¿No podría ser siempre una sensación de “y fueron felices y comieron perdices y cabalgaron hacia el atardecer”?

—¿En qué piensas? —preguntó Jason.

Piper se dio cuenta de que estaba poniendo mala cara. En el reflejo del cristal, parecía como si se hubiera tragado una cucharadita de sal.

—En nada—dijo—. Quiero decir... en muchas cosas. Pero en ninguna al mismo tiempo.

Jason rió. La cicatriz de su labio desaparecía cuando sonreía. Considerando por todo lo que había pasado, era increíble que pudiera estar de tan buen humor.

—Va a salir bien—le prometió—. Lo has dicho tú misma.

—Sí—coincidió Piper—. Aunque lo he dicho para hacer sentir mejor a Annabeth.  
Jason se encogió de hombros.

—Aún así, es cierto. Estamos casi en los territorios ancestrales. Hemos dejado atrás a los romanos.

—Y ahora están de camino hacia el Campamento Mestizo para atacar a nuestros amigos.  
Jason vaciló, como si fuera difícil para él sacar algo bueno de aquello.

—Quirón encontrará una manera para detenerles. Los romanos pueden tardar semanas en encontrar el campamento y planear su ataque. Además, Reyna hará lo que pueda para ralentizar las cosas. Está de nuestro lado. Sé que lo está.

—Confías en ella—la voz de Piper sonó hueca, incluso para ella.

—Mira, Pipes, te lo he dicho, no tienes por qué estar celosa.

—Ella es guapa y es poderosa. Es muy... romana.

Jason bajó su martillo. Le cogió de la mano, lo que hizo recorrerle una chispa por el brazo. El padre de Piper la había llevado una vez al Acuario del Pacífico y le había enseñado una anguila eléctrica. Le había dicho que las anguilas enviaban calambres que noqueaba y paralizaban a sus presas. Cada vez que Jason la miraba o le tocaba la mano, Piper se sentía así.

—Tú eres hermosa y poderosa—dijo—. Y no quiero que seas romana. Quiero que seas Piper. Además, tú y yo somos un equipo.

Quería creerle. Habían estado juntos, en la vida real, durante meses. Aún así, no podía deshacerse de sus dudas, igual que Jason no podía deshacerse de su tatuaje del SPQR en su antebrazo.

Por encima de ellos, la campana del barco sonó llamando a cenar.

Jason sonrió.

—Será mejor que subamos. No quiero que el entrenador Hedge nos tenga que poner cascabeles en el cuello.

Piper se estremeció. El entrenador Hedge había amenazado de hacer aquello después del escándalo Percy/Annabeth, por lo que sabría si alguien se escabullía por la noche.

—Sí—dijo a su pesar, mirando el cristal debajo de sus pies—. Supongo que necesitamos cenar... y un sueño reconfortante.

## Capítulo XXVI

### Piper

A LA MAÑANTA SIGUIENTE, PIPER SE LEVANTÓ con la bocina de un barco distinto, un sonido tan alto que literalmente la sacó de la cama. Se preguntó si Leo estaba gastando otra broma. Entonces escuchó la bocina de nuevo. Sonaba como si estuviera bastantes kilómetros lejos, como si fuera de otro barco.

Se apresuró a vestirse. En cuanto estuvo en cubierta, los demás ya se habían reunido: todos vestidos a duras penas excepto el entrenador Hedge, que se había encargado de la guardia nocturna.

La camiseta de Frank de los Juegos Olímpicos de Vancouver estaba del revés. Percy vestía unos pantalones de pijama y una coraza de bronce, lo que era una extraña combinación. El pelo de Hazel estaba echado para un lado, como si hubiera pasado por un huracán; y Leo se había incendiado por accidente. Su camiseta estaba hecha jirones quemados y sus brazos humeaban.

A unos cien metros, un gigantesco crucero navegaba cerca de ellos. Los turistas les saludaban desde unas quince o dieciséis hileras de balcones. Algunos saludaban y hacían fotografías. Ninguno de ellos parecía sorprendido de ver un trirreme de la Antigua Grecia. Quizá la Niebla les hiciera parecer un barco pesquero o quizá los turistas creían que el Argo II era una atracción turística.



El crucero hizo sonar su bocina de nuevo, y el Argo II se removió.

El entrenador Hedge se apretó las orejas.

—¿Tienen que hacer tanto ruido?

—Estarán diciendo hola—supuso Frank.

—¿QUÉ? —le gritó Hedge.

El barco pasó cerca de ellos, yendo hacia el mar. Los turistas seguían saludando con la mano. Si encontraron extraño que el Argo II estuviera lleno de adolescentes medio dormidos vestidos con armaduras y pijamas y un hombre con piernas de cabra, no dieron señales de ello.

—¡Adiós! —gritó Leo, levantando sus brazos humeantes.

—¿Puedo apuntarles con la ballesta? —preguntó Hedge.

—No—dijo Leo forzando una sonrisa.

Hazel se desperezó los ojos y miró hacia el horizonte de agua verdosa y brillante.

—¿Dónde están los...? Oh. Guau.

Piper siguió su mirada y contuvo el aliento. Sin el crucero bloqueando su vista, vio una montaña emergiendo del mar a menos de cincuenta metros al norte.

Piper había visto acantilados increíbles antes. Había conducido por la autopista 1 por la costa de California. Había caído por el Gran Cañón con Jason y lo había sobrevolado. Pero nada de aquello era tan increíble como aquel gigantesco conjunto de roca blanca cegadora que se elevaba hacia el cielo. Por un lado, los acantilados lisos estaban completamente lisos, cayendo hacia un mar a unos pares de kilómetros hacia abajo, por lo que Piper pudo calcular. Por el otro lado, la montaña se inclinaba en niveles, cubierta de bosques, por lo que todo entero recordaba a Piper a una esfinge colosal, desgastada por el tiempo durante milenios, con una gigantesca cabeza y pecho blancos, y una capa verde a su espalda.

—El Peñón de Gibraltar—dijo Annabeth, sobrecogida—. En la punta de España. Y por ahí —señaló hacia el sud, a un puñado de colinas rojas y ocres más alejadas—. Eso debe de ser África. Estamos en la boca del Mediterráneo.

La mañana era cálida, pero Piper tuvo un escalofrío. A pesar del amplio mar por delante de ellos, se sintió como si estuviera delante de una barrera infranqueable. Una vez en el Mediterráneo, el Mare Nostrum, estarían en los territorios ancestrales. Si las leyendas eran ciertas, su misión se volvería diez veces más peligrosa.

—¿Ahora qué? —preguntó—. ¿Simplemente tenemos que navegar hacia dentro?

—¿Y por qué no? —dijo Leo—. Es un gran canal de navegación. Los barcos van y vienen constantemente.

“Pero no los trirremes llenos de semidioses”, pensó Piper.

Annabeth observó el Peñón de Gibraltar. Piper reconoció aquella expresión pensativa en su amiga. Casi siempre significaba que se avecinaban problemas.

—En la antigüedad—dijo Annabeth—, llamaban a esta zona las Columnas de Hércules. El Peñón se suponía que era una columna. El otro eran las montañas de África. Nadie sabe cuál es cuál.

—¿Hércules, eh? —Percy frunció el ceño—. Ese tipo era como el Starbucks de la Antigua Grecia. Allá donde fueras, siempre estaba.

Una explosión resonó por el Argo II, aunque Piper no estaba segura de dónde vino aquella vez. No vio ningún otro barco, y el cielo era claro.

De repente su boca se secó.

—Así que... esas Columnas de Hércules... ¿son peligrosas?

Annabeth seguía observando los acantilados blancos, como si esperase que la Marca de Atenea les diera vida.

—Para los griegos, las columnas marcaban el final del mundo conocido. Los romanos decían que las columnas tenían escritas una advertencia en latín que decía...

—Non plus ultra—dijo Percy.

Annabeth parecía sorprendida.

—Sí. "Nada más allá". ¿Cómo lo sabes?

Percy señaló.

—Porque la estoy leyendo.

Justo delante de ellos, en el medio del estrecho, una isla había aparecido de la nada. Piper estaba segura de que allí no había habido ninguna isla antes. Era una pequeña colina de tierra, cubierta de bosques y rodeada de playas blancas. No demasiado impresionante comparada con Gibraltar, pero en la isla, chocando contra las olas a unos cuantos metros de la costa, había dos columnas griegas tan altas como el mástil del Argo II. Entre las columnas, unas gigantescas palabras plateadas brillaban bajo el agua: quizá fuera una ilusión o quizá cambios de color en la arena. NON PLUS ULTRA.

—Chicos, ¿doy media vuelta? —Leo parecía nervioso—. O...

Nadie respondió, quizá porque, igual que Piper, acaban de ver la silueta de pie en la playa. Mientras el barco se acercaba a las columnas, vio un hombre con el pelo negro vestido con ropas moradas, los brazos cruzados, mirando directamente al barco como si les esperara. Piper no pudo decir mucho más de él desde la distancia, pero al juzgar por su postura, no estaba demasiado contento.

Frank respiró con dificultad.

—¿Ese no será...?

—Hércules—dijo Jason—. El semidiós más poderoso de todos los tiempos.

El Argo II estaba a penas a unos metros de las columnas.

—Necesito una respuesta—dijo Leo—. Puedo girar, o podemos pasar de largo. Los estabilizadores funcionan. Pero tengo que darme prisa para...

—Tenemos que seguir adelante—dijo Annabeth—. Creo que está guardando el estrecho. Si ese es Hércules, pasar de largo por aire o por mar no nos hará ningún bien. Quiere hablar con nosotros.

Piper se resistió a usar su hechizo oral. Quería gritarle a Leo: ¡VUELA! ¡SÁCANOS DE AQUÍ! Pero por desgracia, tenía la sensación de que Annabeth tenía razón. Si querían llegar al Mediterráneo, no podían evitar su encuentro.

—¿Hércules estará de nuestro lado? —preguntó—. Quiero decir, es uno de nosotros, ¿no?

Jason soltó un gruñido.

—Es hijo de Zeus, pero cuando murió, se convirtió en dios. Nunca puedes estar seguro con un dios.

Piper recordó su encuentro con Baco en Kansas... otro dios que era un semidiós. Y no había sido de demasiada ayuda.

—Genial—dijo Percy—. Siete de nosotros contra Hércules.

—¡Y un sátiro! —añadió Hedge—. Podemos con él.

—Tengo una idea mejor—dijo Annabeth—. Enviamos unos embajadores a la costa. Un grupo reducido, de uno o dos. Que intenten hablar con él.

—Yo iré—dijo Jason—. Él es hijo de Zeus. Yo soy hijo de Júpiter. Quizá sea amable conmigo.

—O quizá te odie—sugirió Percy—. Los hermanastros no siempre se llevan bien.

Jason frunció el ceño.

—Gracias, don Optimismo.

—Merece la pena intentarlo—dijo Annabeth—. Al menos Jason y Hércules tienen algo en común. Y necesitamos a nuestra mejor diplomática. Alguien que es buena con las palabras.

Todas las miradas se giraron hacia Piper.

Intentó evitar gritar y saltar hacia el otro lado. Una mala premonición le había atascado la garganta. Pero si Jason iba a la costa, ella quería ir con él. Quizá aquél gigantesco y poderoso semidiós podría querer ayudarles. Tendrían que tener buena suerte por una vez, ¿no?

—Vale—dijo—. Dejad que me cambie de ropa.

Una vez Leo hubo anclado el Argo II entre las columnas, Jason convocó el viento para llevarle a él y a Piper a la costa.

El hombre vestido de morado les esperaba.

Piper había oído cientos de historias acerca Hércules. Había visto varias películas y dibujos de mala calidad. Hasta entonces, si hubiera pensado en él, habría puesto los ojos en blanco y se habría imaginado a algún tipo peludo estúpido en sus treinta sacando pecho y con una espesa barba de hippie, con su piel de león por encima de su cabeza y una gran porra, como un cavernícola. Se imaginó que debería de oler mal, y rascarse bastante y hablar con gruñidos.

Lo que no esperaba era aquello.

Iba descalzo, cubierto de arena blanca. Sus ropas le hacían parecer un monje, aunque Piper no podía pensar en ninguna hermandad que vistiera de morado. ¿Eran los cardenales? ¿Los obispos? ¿Y acaso el color morado significaba que era la versión romana de Hércules y no la griega? Su barba estaba cortada a la moda, como el padre de Piper y sus colegas actores llevaban las suyas, las del tipo “Me acabo de dar cuenta de que no me he afeitado desde hace dos días pero me queda igual de genial”.

Estaba musculoso, pero no demasiado. Su cabello de ébano estaba cortado al estilo romano. Tenía unos ojos azules brillantes como los de Jason, pero su piel era morena, como si se hubiera pasado toda su vida en un centro de bronceado. Lo más sorprendente: tenía unos veinte. Definitivamente no era mucho más mayor. Era apuesto en una forma no demasiado cavernícola.

Llevaba un garrote, que descansaba en la playa a su lado, pero era más como un bate de béisbol extragrande, un cilindro de metro y medio de caoba pulida con un mango forrado de bronce. El entrenador Hedge habría estado celoso.

Jason y Piper aterrizaron al borde de la playa. Se acercaron lentamente, con cuidado de no hacer movimientos violentos. Hércules les observó sin ninguna emoción en particular, como si fueran algún tipo de pájaro marino del que no se había dado cuenta.

—Hola—dijo Piper. Siempre comenzando bien.

—¿Qué hay? —dijo Hércules. Su voz era grave pero casual, muy moderna. Podría haber estado saludándoles desde su taquilla del instituto.

—No demasiado—respondió Piper—. Bueno, de hecho, bastante. Yo soy Piper. Él es Jason. Nosotros...

—¿Dónde está tu piel de león? —le interrumpió Jason.

Piper quiso darle un codazo, pero Hércules pareció más sorprendido que molesto.

—Estamos a cuarenta grados—dijo—. ¿Por qué debería llevar mi piel de león? ¿Llevarías un abrigo de piel a la playa?

—Supongo que tiene sentido—Jason sonaba decepcionado—. Es sólo que en todas las imágenes que había visto de ti, llevabas la piel de león.

Hércules miró hacia el cielo, acusador, como si quisiera tener unas palabras con su padre, Zeus.

—No te creas todo lo que oyes acerca de mí. Ser famoso no es tan divertido como te imaginas.

—Dímelo a mí—suspiró Piper.

Hércules fijó sus brillantes ojos azules en ella.

—¿Eres famosa?

—Mi padre... sale en películas...

Hércules rió.

—No me hables de películas. Dioses del Olimpo, nunca hacen nada bien. ¿Has visto alguna película sobre mí en la que me parezca?

Piper tuvo que admitir que tenía razón.

—Me sorprende de que seas tan joven.

—¡Ja! Ser inmortal ayuda. Pero, sí, no era tan mayor cuando morí. No según los estándares modernos. Hice muchas cosas durante mis años de héroe... demasiadas, de hecho—sus ojos cambiaron hacia Jason—. Hijo de Zeus, ¿eh?

—Júpiter—dijo Jason.

—No hay demasiada diferencia—murmuró Hércules—. Padre es molesto en cualquier forma. ¿Yo? Me llamaban Heracles. Entonces vinieron los romanos y me llamaron Hércules. No cambié demasiado, aunque últimamente pensar en ello me da dolores de cabeza...

El lado izquierdo de su cara parpadeó. Sus ropas vibraron, cambiando momentáneamente por un color blanco, y luego volvieron a ser moradas.

—De cualquier manera—dijo Hércules—. Si eres hijo de Júpiter, tú me entenderás. Demasiada presión. Nada es suficiente. Te acaba chafando.

Se giró hacia Piper. Se sintió como si cientos de hormigas estuvieran subiendo por su espalda. Había una mezcla de tristeza y oscuridad en sus ojos que no parecía del todo sana y definitivamente no segura.

—En cuanto a ti, querida mía—dijo Hércules—, ten cuidado. Los hijos de Zeus pueden ser... bueno, no importa.

Piper no estaba segura de lo que significaba aquello. De repente quiso alejarse todo lo posible del dios, pero intentó mantener la calma con una expresión educada.

—Entonces, señor Hércules—dijo—, estamos en una misión. Nos gustaría que nos diera su permiso para cruzar al Mediterráneo.

Hércules se encogió de hombros.

—Es por eso por lo que estoy aquí. Después de mi muerte, Padre me hizo el guardián de las puertas del Olimpo. Dije: “¡Genial! ¡Deberes de palacio! ¡Estaré de fiesta todo el día!”. No mencionó que me tocaría guardar las puertas de las tierras ancestrales, encerrado en una isla durante el resto de la eternidad. Muy divertido todo.

Señaló hacia las columnas que se levantaban en la costa.

—Estúpidas columnas. Algunas personas dicen que yo creé todo el Estrecho de Gibraltar al partir una montaña en dos. Otros dicen que las montañas son las columnas. ¡Menudo montón de estiércol de Augías! Las columnas son las columnas.

—Claro—dijo Piper—. Naturalmente. Entonces... ¿podemos pasar?

El dios se rascó su barba a la última moda.

—Bueno, tengo que daros la típica advertencia de lo peligrosas que son las tierras ancestrales. No cualquier semidiós puede sobrevivir al Mare Nostrum. Por lo tanto, tengo que daros una misión que completar. Para probar vuestra valía, bla, bla, bla. Honestamente, no le hago demasiado caso. Normalmente doy a los semidioses algo sencillo como una misión de compras, cantar una canción divertida y ese tipo de cosas. Después de todas las tareas que tuve que completar para mi primo malvado Euristeo, bueno... no quiero ser él, ¿sabéis?

—Lo aprecio—dijo Jason.

—Eh, no pasa nada—Hércules sonaba relajado y tranquilo, pero seguía haciendo sentir a Piper nerviosa. Aquel brillo oscuro en sus ojos le recordaba al carbón encendido con queroseno, listo para prender en cualquier momento.

—Bueno, de cualquier manera—dijo Hércules—, ¿cuál es vuestra misión?

—Los gigantes—dijo Jason—. Vamos hacia Grecia para detenerles de despertar a Gea.

—Los gigantes—murmuró Hércules—. Odio a esos tipos. Cuando era un héroe semidiós... ah, no importa. Así que qué dios os lo ha encomendado, ¿Padre? ¿Atenea? ¿Quizá Afrodita? —levantó una ceja hacia Piper—. Siendo tan bonita como eres, supongo que será tu madre.

Piper podría haber pensado más rápido, pero Hércules la había desencajado. Se dio cuenta demasiado tarde de que la conversación se había convertido en un campo de minas.

—Hera nos ha enviado—dijo Jason—. Nos ha juntado para...

—Hera— de repente la expresión de Hércules se había vuelto como los acantilados de Gibraltar, una capa de sólida e imperdonable piedra.

—Nosotros también la odiamos—dijo Piper, de repente. Dioses, ¿por qué no se le había ocurrido? Hera había sido la enemiga mortal de Hércules—. No queríamos ayudarla. No nos dio demasiada elección, pero...

—Pero estáis aquí—dijo Hércules, con toda la simpatía desaparecida—. Lo siento por vosotros dos. no me importa lo importante que sea vuestra misión. No hago nada de lo que Hera quiere. Nunca.

Jason parecía desconcertado.

—Pero creía que hiciste las paces con ella cuando te convertiste en dios.

—Como he dicho—murmuró Hércules—, no creas nada de lo que oyes. Si queréis pasar al Mediterráneo, me temo que voy a tener que daros una misión más difícil de lo normal.

—Pero somos hermanos—protestó Jason—. Hera también ha liado mi vida. Entiendo que...

—No entiendes nada—dijo Hércules con frialdad—. Mi primera familia está muerta. Mi vida ha sido gastada en misiones ridículas. Mi segunda mujer está muerta, después de haber sido engañada para que me envenenara y me dejara una muerte dolorosa. ¿Y mi compensación? Me convertí en un dios menor. Inmortal, para que nunca pudiera olvidar mi dolor. Atrapado aquí como portero, guardián de puertas... un mayordomo de los Olímpicos. No, no lo entiendes. El único dios que me entiende un poco es Dioniso. Y al menos él inventó algo útil. Yo no tengo nada que enseñar a excepción de malas adaptaciones de mi vida.

Piper usó hechizos vocales.

—Eso es terriblemente triste, señor Hércules. Pero por favor, sea amable con nosotros. No somos malas personas.

Pensó que quizá había tenido éxito. Hércules vaciló. Entonces su mandíbula se endureció y negó con la cabeza.

—En el lado contrario de esta isla, por encima de esas colinas, encontraréis un río. En el medio del río vive el antiguo dios Aqueloo.

Hércules esperó, como si la información debiera infundirles terror.

—¿Y...?—preguntó Jason.

—Y—dijo Hércules—, quiero le arranquéis el otro cuerno y que me lo traigáis.

—Tiene cuernos—dijo Jason—. Espera... ¿su otro cuerno? ¿Qué...?

—Ya lo averiguaréis—les espetó el dios—. Esto debería ayudar.

Dijo la palabra “ayudar” como si quisiera decir “doler”. De debajo de sus ropas, Hércules sacó un libro pequeño y se lo pasó a Piper. Ella a duras penas lo cogió.

La cubierta brillante del libro mostraba un montaje fotográfico de templos griegos y monstruos sonrientes. El minotauro tenía los pulgares levantados. El título decía: “La Guía Hércules para el Mare Nostrum”.

—Traedme ese cuerno al atardecer—dijo Hércules—. Sólo vosotros dos. No contactéis con vuestros amigos. vuestro barco se quedará donde está. Si tenéis éxito, podréis pasar al Mediterráneo.

—¿Y si no lo conseguimos? —preguntó Piper, muy segura de no querer la respuesta.

—Bueno, Aqueloo os matará, obviamente—dijo Hércules—. Y yo romperé por la mitad vuestro barco con mis manos desnudas y enviaré a vuestros amigos a una muerte segura.

Jason cambió de peso.

—¿No podríamos simplemente cantar una canción divertida?

—Yo iría yendo—dijo Hércules con frialdad—. El atardecer. O vuestros amigos están muertos.

## Capítulo XXVII

### Piper

LA GUÍA HÉRCULES PARA EL MARE NOSTRUM no ayudaba demasiado con las serpientes y los mosquitos.

—Si esta es una isla mágica—murmuró Piper—, ¿no podría ser una bonita isla mágica?

Subieron por una colina y bajaron por un valle poblado de árboles, con cuidado de evitar las serpientes anilladas rojas y negras serpenteando entre las rocas. Los mosquitos se arremolinaban por encima de los estanques estancados en las áreas más bajas. Los árboles eran básicamente olivos, cipreses y pinos. El chirrido de los grillos y el calor opresivo recordaba a Piper de su casa en Oklahoma durante el verano.

Por el momento aún no habían encontrado ningún río.

—Podríamos volar—sugirió Jason de nuevo.



—Podríamos perdernos algo—dijo Piper—. Además, no estoy segura de querer caer en el interior de un dios poco amistoso. ¿Cuál era su nombre? Ángel.

—Aqueloo—Jason intentaba leer la guía mientras caminaban, por lo que seguía chocándose con árboles y tropezándose con las rocas—. Aquí dice que es un pótamo.

—¿Es un hipopótamo?

—No. Pótamo. Un dios del río. Según esto, es el espíritu de algún río en Grecia.

—Ya que no estamos en Grecia, podremos asumir que se ha movido—dijo Piper—. No es un buen presagio de lo útil que va a sernos de ayuda el libro. ¿Algo más?

—Dice que Hércules luchó contra él una vez—ofreció Jason.

—Hércules luchó contra el noventa y nueve por ciento de todo en la Antigua Grecia.

—Sí. Veamos. Las columnas de Hércules...—Jason pasó una página—. Dice que la isla no tiene hoteles, restaurantes ni transporte. Atracciones: Hércules y las dos columnas. Eh, esto es interesante. Se supone que el símbolo del dólar, ya sabes. ¿La S con las dos líneas atravesadas? Pues venía del escudo de España que mostraba las columnas de Hércules con un estandarte entre ellas.

“Genial”, pensó Piper. “Jason finalmente ha encajado con Annabeth y sus tendencias maníacas de conocimiento para sacarla de quicio.”

—¿Algo útil? —preguntó.

—Espera. Aquí hay una pequeña referencia a Aqueloo: Este dios del río luchó contra Hércules por la mano de la hermosa Deyanira. Durante la reyerta, Hércules arrancó uno de los cuernos del dios del río, que se convirtió en la primera cornucopia.

—¿Cuerno de qué?

—Es esa decoración del día de Acción de Gracias—dijo Jason—. ¿El cuerno con todas esas frutas y verduras? Tenemos unas cuantas en el comedor del Campamento Júpiter. No sabía que la original viniera del cuerno de un tipo.

—Y se supone que tenemos que arrancarle la otra—dijo Piper—. Supongo que no será tan fácil. ¿Quién era Deyanira?

—Hércules se casó con ella—dijo Jason—. Creo... no dice nada aquí. Pero creo que algo malo le pasó.

Piper recordó lo que Hércules les había dicho: su primera familia muerta, su segunda mujer muerta después de haber sido engañada para que le envenenara. Le gustaba cada vez menos aquél desafío.

Caminaron a través de una cresta entre dos colinas, intentando mantenerse en la sombra; pero Piper ya estaba empapada en sudor. Los mosquitos le dejaban marcas rojas en sus tobillos, brazos y cuello por lo que debería parecer una víctima de sarampión.

Cuando finalmente conseguí pasar un tiempo con Jason, era así cómo lo pasaba.

Estaba molesta con Jason por haber mencionado a Hera, pero sabía que no podía culparle. Quizá ella estaba simplemente molesta con él en general. Desde el Campamento Júpiter, había estado cargando mucha preocupación y resentimiento. Se preguntó sobre lo que Hércules le había dicho acerca de los hijos de Zeus. ¿No se podía fiar de ellos? ¿Estaban bajo demasiada presión? Piper intentó imaginarse a Jason convirtiéndose en un dios cuando muriera, estando de pie en alguna playa protegiendo las puertas de un océano mucho después de que Piper y todo el mundo que hubiera conocido en su vida mortal hubieran muerto.

Se preguntó si Hércules había sido tan positivo como Jason, más alegre, confiado, animado de espíritu. Era difícil de imaginárselo.

Mientras bajaban hacia el siguiente valle, Piper se preguntó qué estaría pasando en el Argo II. Había estado tentada de enviar un mensaje Iris, pero Hércules les había advertido de que no se pusieran en contacto con sus amigos. Esperó que Annabeth pudiera suponer qué estaba pasando y que no intentara enviar más gente a la costa. Piper no estaba segura de qué haría Hércules si le molestaban más. Se imaginó al entrenador Hedge impacientándose y apuntando una ballesta hacia el hombre de morado, o los eidolones poseyendo la tripulación y obligándoles a suicidarse luchando contra Hércules.

Piper sintió un escalofrío. No sabía qué hora era, pero el sol estaba comenzando a ponerse. ¿Cómo era posible que el día hubiera pasado tan rápidamente? Le habría encantado recibir la puesta del sol por las temperaturas más frescas, lo único que era su fecha límite. Una brisa fresca y nocturna significaba que estaban muertos. Además, mañana sería 1 de julio, las calendas de Julio. Si su información era correcta, ee sería el último día de vida de Nico di Angelo, y el día en el que Roma sería destruida.

—Detente—dijo Jason.

Piper no estaba segura de qué iba mal. Entonces se dio cuenta de que podía oír el agua corriendo cerca de ellos. Caminaron por entre los árboles y se encontraron en las orillas de un río. Era de unos doce metros de ancho pero sólo unos pocos centímetros de profundidad, una capa plateada de agua corriendo por un ligero cauce de cantos rodados. A unos metros más hacia abajo, los rápidos confluían en un agujero oscuro.

Algo acerca del río le molestaba. Los grillos en los árboles habían callado. No había más pájaros chirriando. Era como si el agua hiciera un ruido que sólo permitía hacer sonar su propia voz.

Pero cuanto más lo escuchaba Piper, más atrayente parecía el río. Quería beber un trago. Quizá pudiera sacarse los zapatos. Sus pies necesitaban un baño. Y aquel cauce tranquilo... sería genial nadar con Jason y relajarse a la sombra de los árboles, flotando en el agua fresquita. Tan romántico...

Piper negó con la cabeza. Aquellos pensamientos no eran suyos. Algo iba mal. Era como si el mismo río le estuviera haciendo hechizo oral.

Jason se sentó en una roca y comenzó a quitarse los zapatos. Sonrió hacia el río como si no pudiera esperar para meterse.

—¡Detente! —Piper gritó hacia el río.

Jason parecía aturdido.

—¿Detener qué?

—Tú no—dijo Piper—. Él.

Se sintió estúpida por señalar hacia el agua, pero tenía la certeza de que estaba teniendo lugar algún tipo de magia, confundiendo sus sensaciones.

Entonces cuando pensó que había perdido la cabeza y que Jason se lo iba a decir, el río habló:

—Perdonadme. Cantar es uno de los pocos placeres que tengo.

Una figura emergió del río como si estuviera subiendo en un ascensor.

Los hombros de Piper se tensaron. Era la criatura que había visto en la hoja de su daga, el toro con la cara de hombre. Su piel era tan azul como el agua. Sus pezuñas levitaban en la superficie del río. En la punta de su cuello bovino había la cabeza de un hombre con el pelo corto y negro, una barba cortada al estilo de la Antigua Grecia y unos profundos y lastimeros ojos detrás de unas gafas, y una boca que parecía estar en una continua mueca. Sobresaliéndole del lado izquierdo de su cabeza había un único cuerno de toro, uno curvado de colores blancos y negros como los que usaban los guerreros para beber. El desequilibrio hacía que su cabeza se ladeara hacia la izquierda por lo que parecía estar sacándose agua de su oreja.

—Hola—dijo tristemente—. Venís a matarme, supongo.

Jason se puso sus pies de nuevo y se puso de pie lentamente:

—Eh, bueno...

—¡No! —intervino Piper—. Lo siento. Es embarazoso. No queríamos molestarte, pero Hércules nos envía,

—¡Hércules! —el hombre-toro suspiró. Sus pezuñas patearon el agua como si estuviera listo para atacar—. Para mí, siempre será Heracles. Es su nombre griego, ya sabéis, “la gloria de Hera”.

—Bonito nombre—dijo Jason—, ya que la odia.

—Pues sí—dijo el hombre toro—. Quizá es por eso por lo que no protestó cuando los romanos le llamaron Hércules. Por supuesto, ese es el nombre por el que la mayoría de la gente le conoce, más que nada por su... por su marca, si lo queréis llamar así. Hércules no es nada más que una imagen.

El hombre toro hablaba con una amargura familiar, como si Hércules fuera un viejo amigo que había perdido el rumbo.

—¿Eres Aqueloo? —preguntó Piper.

El hombre toro se agachó y bajó su cabeza en una reverencia, lo que Piper encontró dulce pero a la vez triste.

—A tu servicio. El extraordinario dios del río. Una vez fui el espíritu del río más grandioso de toda Grecia. Ahora me han sentenciado a morar este lugar, en el lado contrario de la isla de mi antiguo enemigo. ¡Oh, los dioses son crueles! Pero no sé nunca si nos han puesto tan cerca para castigarme a mí o a Hércules.

Piper no estaba segura de lo que quería decir, pero el ruido de fondo del río le estaba nublando los sentidos de nuevo, recordándole lo sudada y cansada que estaba, y lo maravilloso que sería nadar un ratito. Intentó centrarse.

—Soy Piper—dijo—. Este es Jason. No queremos luchar. Es solo que... Heracles, Hércules, quienquiera que sea, se ha vuelto loco con nosotros y nos ha enviado aquí.

Le explicó acerca de su misión hacia las tierras ancestrales para detener a los gigantes de despertar a Gea. Describió cómo su equipo de griegos y romanos se habían juntado y cómo Hércules había perdido los nervios cuando había descubierto que Hera estaba detrás de aquello.

Aqueloo seguía ladeando su cabeza hacia la izquierda, por lo que Piper no sabía exactamente si estaba medio dormido o tenía fatiga del cuerno que le faltaba.

Cuando hubo acabado, Aqueloo la miró como si hubiera desarrollado una piel extra.

—Ah, querida... las leyendas son ciertas. Los espíritus, los caníbales del agua.

Piper tuvo que luchar para no parecer sorprendida. No le había dicho a Aqueloo nada de aquello.

—¿Cómo...?

—Los dioses del río conocemos muchas cosas—dijo—. Además, te estás centrando en la historia equivocada. Si hubieras llegado hasta Roma, la historia de la inundación te habría ayudado mejor.

—¿Piper? —preguntó Jason—. ¿De qué está hablando?

Sus pensamientos se hubieron convertido de repente en un cristal caleidoscopio. “La historia de la inundación... Si hubierais llegado hasta Roma...”

—No... no estoy segura—dijo, aunque la mención de la historia de la inundación hizo encajar una historia en su cabeza—. Aqueloo, no entiendo...

—No, por supuesto que no—se simpatizó el dios del río—. Pobrecita. Otra chica cautivada por un hijo de Zeus.

—Espera un minuto—dijo Jason—. De hecho, es Júpiter. ¿Y cómo que “pobrecita”? Aqueloo le ignoró.

—Querida, ¿sabes la causa de mi lucha contra Hércules?

—Era acerca de una mujer—recordó Piper—. ¿Deyanira?

—Sí—Aqueloo suspiró—. ¿Y sabes qué le pasó?

—Eh...—Piper miró a Jason.

Sacó su guía y comenzó a hojear las páginas.

—De hecho no...

Aqueloo soltó un gruñido de indignación.

—¿Qué es eso?

Jason parpadeó.

—Es... La Guía Hércules para el Mare Nostrum. Nos dio una guía para que...

—Eso no es un libro—insistió Aqueloo—. Os lo ha dado para que me matéis psicológicamente, ¿verdad? Sabe que odio estas cosas.

—¿Tú odias a los libros? —preguntó Piper.

—¡Bah! —la cara de Aqueloo se enrojeció, volviendo su cara azul a un tono más morado

—. Eso no es un libro.

Removió el agua. Un pergamino enrollado salió del río como un pequeño cohete y aterrizó cerca de él. Lo desenrolló con sus pezuñas. El envejecido y amarillento pergamino se desplegó, cubierto de escrituras apagadas en latín con dibujos hechos a manos muy elaborados.

—¡Esto es un libro! —dijo Aqueloo—. ¡Oh, el olor de la piel de oveja! ¡El elegante tacto del pergamino desenrollándose bajo mis pezuñas! Nunca podréis duplicar con tanta facilidad esto como lo vuestro.

Indicó con la cabeza, indignado, hacia la guía en las manos de Jason.

—Vosotros, jovencitos de hoy en día y vuestros inventos de última generación. Páginas encuadernadas. Pequeños cuadrado compactos de texto que no van bien para mis pezuñas. Eso es un libro encuadernado, un e-libro, si lo queréis llamar. Pero no es un libro tradicional. ¡Nunca sustituirá a los anticuados pergaminos!

—Eh, será mejor que lo guarde—dijo Jason mientras metía la guía en su mochila como si estuviera manejando un arma peligrosa.

Aqueloo pareció más relajado, lo que fue un descanso para Piper. No quería ser aplastada por un toro de un solo cuerno obsesionado por los pergaminos.

—Por cierto—dijo Aqueloo, señalando hacia una imagen en el pergamino—, esta es Deyanira.

Piper se agachó para observarla. El retrato hecho a mano era pequeño, pero podía decir que la mujer había sido muy hermosa, con el pelo largo y negro, sus ojos oscuros y una sonrisa juguetona que probablemente habría vuelto locos a los hombres de su época.

—La princesa de la Calidonia—dijo el dios del río, afligido—. Estaba prometida a mí, hasta que apareció Hércules. Insistió en luchar.

—¿Y te arrancó el cuerno? —supuso Jason.

—Sí—dijo Aqueloo—. Nunca se lo podré perdonar. Es terriblemente incómodo, lo de tener un solo cuerno. Pero la situación fue peor para la pobre Deyanira. Podría haber tenido una larga y feliz vida casada conmigo.

—Un toro con cabeza de hombre—dijo Piper—, que vive en un río.

—Exacto—coincidió Aqueloo—. Parece imposible de que lo pudiera rechazar, ¿eh? En vez de eso, se largó con Hércules. Escogió al apuesto y llamativo héroe por encima del bueno y fiel marido que la habría podido tratar bien. ¿Qué pasó luego? Bueno, ella debería de haberlo sabido. Hércules estaba demasiado liado con sus propios asuntos como para ser un buen marido. Ya había matado a su primera mujer, ya sabéis. Hera le maldijo, por lo que enloqueció y mató a toda su familia. Algo terrible. Es por eso por lo que tuvo que hacer los doce trabajos como penitencia.

Piper se sintió golpeada.

—Espera... ¿Hera le hizo enloquecer, y Hércules tuvo que hacer la penitencia?

Aqueloo se encogió de hombros.

—Los Olímpicos nunca pagan por sus crímenes. Y Hera siempre ha odiado a los hijos de Zeus... o Júpiter—miró con desconfianza a Jason—. De cualquiera manera, mi pobre Deyanira tuvo un trágico final. Se puso celosa de todas las aventuras de Hércules. Él iba flirteando todo el mundo, igual que su padre Zeus, flirteando con cada mujer que conocía. Finalmente Deyanira se volvió tan desesperada que escuchó un mal consejo. Un astuto centauro llamado Neso le dijo que si quería que Hércules le fuera fiel para siempre, debería de extender un poco de sangre de centauro por el interior de la túnica preferida de Hércules. Por desgracia Neso mentía porque buscaba venganza en Hércules. Deyanira siguió sus instrucciones, pero en vez de hacer de Hércules un marido fiel...

—La sangre de centauro es como el ácido—dijo Jason.

—Sí—dijo Aqueloo—. Hércules murió de una forma terrible. Cuando Deyanira se dio cuenta de lo que había hecho, ella...—el dios del río dibujó una línea por su cuello.

—Eso es horrible—dijo Piper.

—¿Y la moraleja, querida? —dijo Aqueloo—. Teme a los hijos de Zeus.

Piper no podía mirar a su novio. No estaba segura de poder enmascarar el desasosiego de sus ojos. Jason nunca sería como Hércules. Pero la historia encajaba con todos sus miedos. Hera había manipulado su relación, igual que había manipulado a Hércules. Piper quería creer que Jason nunca podría cometer tal atrocidad como Hércules había hecho con su familia. Pero de nuevo, hacía solo cuatro días había sido controlado por un eidolón y casi había matado a Percy Jackson.

—Hércules es ahora un dios—dijo Aqueloo—. Se casó con Hebe, la diosa de la juventud, pero apenas está en casa. Merodea esta isla, guardando esas estúpidas columnas. Dice que Zeus le hace hacer esto, pero creo que prefiere estar aquí que en el monte Olimpo, acrecentando su amargura y arrepintiéndose por su vida mortal. Mi presencia aquí le

recuerda a sus errores, especialmente a la mujer que finalmente mató. Y su presencia me recuerda a la pobre Deyanira, que podría haber sido mi esposa.

El hombre toro dio un latigazo al pergamino, que se enrolló de nuevo y se hundió en el agua.

—Hércules quiere mi otro cuerno para humillarme—dijo Aqueloo—. Quizá eso le haga sentirse mejor consigo mismo, sabiendo que yo también estoy amargado. Además, mi cuerno se podría convertir en una cornucopia. Buena comida y bebida saldría de él, igual que mi poder hace que el río fluya. No hay duda de por qué Hércules quiere la cornucopia para sí. Sería una tragedia y un gasto.

Piper sospechó que el ruido del río y el sonido somnoliento de la voz de Aqueloo seguían afectando sus pensamientos, pero no pudo evitar coincidir con el dios del río. Comenzaba a odiar a Hércules. Aquél pobre hombre toro parecía triste y solo.

Jason se removió.

—Lo siento, Aqueloo. honestamente, te han fastidiado mucho durante toda tu vida. Pero quizá... bueno, sin el otro cuerno, puede que no estés tan torcido. Quizá te sientas mejor.

—¡Jason! —protestó Piper.

Jason levantó las manos.

—Es sólo una idea. Además, no veo que tengamos muchas más opciones. Si Hércules no consigue ese cuerno, nos matará a nosotros y a nuestros amigos.

—Tiene razón—dijo Aqueloo—. No tenéis elección. Y es por eso por lo que espero que me perdonéis.

Piper frunció el ceño. El dios del río sonaba tan hundido, que ella quería darle un abrazo.

—¿Perdonarte por qué?

—Yo tampoco tengo elección—dijo Aqueloo—. Tengo que deteneros.

El río explotó, y una pared de agua estalló contra Piper.

## Capítulo XXVIII

### Piper

LA CORRIENTE LA ATRAPÓ COMO UN PUÑO y la hundió en las profundidades. Retorcerse era inútil. Se obligó a mantener la boca cerrada, obligándose a no respirar, pero apenas podía hacer nada más que entrar en pánico. No podía ver nada más que un torrente de burbujas. Sólo podía oír su propia respiración y el rugido de los rápidos.

Estaba a punto de decidir que aquella era la forma en la que quería morir: ahogada en un río en una isla que no existía. Entonces, igual de rápido que había sido hundida, la sacaron a la superficie. Se encontró a sí misma en el centro del río, siendo capaz de respirar pero incapaz de liberarse.

A unos metros, Jason emergió a la superficie y jadeó para respirar, con su espada en una mano. La brandaba con fuerza, pero no había nada a lo que atacar.

A un metro a la izquierda de Piper, Aqueloo salió del agua:

—Lo siento mucho por esto—dijo.

Jason se lanzó hacia él, usando los vientos para salir del río, pero Aqueloo era más rápido y poderoso. Un bucle de agua chocó contra Jason y le envió hacia abajo una vez más.

—¡Para! —gritó Piper.

Usar el hechizo oral no era fácil cuando estaba luchando para mantenerse a flote en el río, pero captó la atención de Aqueloo.

—Me temo que no puedo parar—dijo el dios del río—. No puedo dejar que Hércules consiga mi otro cuerno. Eso sería mortificador.



—¡Hay otra forma! —dijo Piper—. No tienes que matarnos.

Jason se abrió camino hacia la superficie de nuevo. Una pequeña tormenta en miniatura se creó encima de su cabeza. Un trueno resonó.

—Nada de eso, hijo de Júpiter—le reprendió Aqueloo—. Si convocas un relámpago, electrocutarás a tu novia.

El agua arrastró hacia abajo a Jason de nuevo.

—¡Déjale ir! —Piper puso en su voz toda la persuasión que pudo—. Prometo que no dejaré que Hércules consiga el cuerno.

Aqueloo vaciló. Galopó hacia ella, con su cabeza girada hacia la izquierda.

—Me gustaría creer que lo dices de verdad.

—¡Lo hago! —prometió Piper—. Hércules es despreciable. Pero, por favor, deja ir a mi amigo.

El agua se agitó dónde Jason se había hundido. Piper quería gritar. ¿Cuánto tiempo podría aguantar la respiración?

Aqueloo miró hacia ella con sus gafas. Su expresión se relajó.

—Ya veo. Tú podrías ser mi Deyanira. Serías mi mujer para compensar mi pérdida.

—¿Qué? —Piper no estaba segura de que le hubiera oído bien. El agua le hacía dar vueltas a la cabeza—. De hecho, estaba pensando...

—Oh, ya veo—dijo Aqueloo—. Eres demasiado modesta como para sugerir esto delante de tu novio. Tienes razón, por supuesto. Te trataría mucho mejor que cualquier otro hijo de Zeus. Podría hacer que todo fuera bien después de siglos. No pude salvar a Deyanira, pero te podría salvar.

¿Habían pasado treinta segundos? ¿Un minuto? Jason no podría aguantar mucho más.

—Podrías dejar que tus amigos murieran—siguió Aqueloo—. Hércules estaría enfadado, pero yo te podría proteger de él. Podríamos ser felices juntos. Podríamos comenzar por dejar que Jason se ahogara, ¿te parece?

Piper apenas sabía qué hacer, pero tenía que concentrarse. Enmascaró su miedo y su enfado. Era hija de Afrodita. Tenía que usar las herramientas que le habían dado.

Sonrió lo más dulcemente que pudo y levantó sus brazos.

—Levántame, por favor.

La cara de Aqueloo se volvió más feliz. Agarró las manos de Piper y la sacó del agua.

Nunca había cabalgado ningún toro antes, pero había practicado hípica con los pegasos en el Campamento Mestizo, y recordaba qué hacer. Usó la velocidad, poniendo una pierna por encima de la espalda de Aqueloo. Entonces apretó sus tobillos alrededor de su cuello, rodeó su cuello con un brazo y sacó su cuchillo con el otro. Apretó la hoja bajo la garganta del dios del río.

—Deja. Ir. A. Jason. —puso toda su fuerza en la orden—. ¡AHORA!

Piper se dio cuenta de todos los fallos que tenía su plan. El dios del río se podría simplemente disolver en agua. O podría ahogarla y esperar a que dejara de respirar. Pero aparentemente su hechizo oral funcionó. O quizá Aqueloo estaba simplemente demasiado sorprendido como para pensar en frío. Probablemente no estaba acostumbrado a que las chicas guapas le amenazaran con cortarle el cuello.

Jason salió del agua como una bala de cañón humana. Aterrizó rompiendo un par de ramas de olivo y cayendo contra la hierba. Eso no le habría ido bien, pero se puso en pie, tosiendo y jadeando. Levantó su espada, y las nubes oscuras se arremolinaron por encima del río.

Piper le lanzó una mirada de advertencia: Aún no. Aún tenía que salir del río sin ahogarse o ser electrocutada.

Aqueloo arqueó su espalda como si estuviera esperando un truco. Piper apretó su cuchillo bajo su garganta.

—Sé un buen toro—le advirtió.

—Lo prometiste—dijo Aqueloo—. Prometiste que Hércules nunca tendría mi cuerno.

—Y no lo tendrá—dijo Piper—. Pero yo sí.

Levantó su cuchillo y cortó el cuerno del toro. El bronce celestial cortó su base como si fuera arcilla húmeda. Aqueloo gritó furioso. Antes de que pudiera recuperarse, Piper se puso en pie sobre su espalda. Con el cuerno en una mano y su daga en la otra, saltó hacia la orilla.

—¡Jason! —gritó.

Gracias a los dioses, lo entendió. Una ráfaga de aire la atrapó y empujó hacia la otra orilla. Piper aterrizó en el suelo mientras los pelos de su nuca se erizaban. Un olor metálico llenó el aire. Se giró hacia el río a tiempo para quedarse ciega.

¡BOOOM! Un relámpago chocó contra el agua y lo hizo entrar en erupción, haciendo vapor y brillando con la electricidad. Piper parpadeó y vio manchas amarillas mientras el dios Aqueloo se removió y se disolvió bajo la superficie. Su expresión aterrorizada parecía estar preguntando: ¿Cómo has podido?

—¡Corre, Jason! —seguía mareada y aterrorizada, pero ella y Jason corrieron hacia los árboles.

Mientras subía por la colina, apretando el cuerno de toro contra su pecho, Piper se dio cuenta de que estaba sollozando, aunque no estaba segura de si por miedo, descanso o por pena por lo que le había hecho al dios del río.

No aflojaron el ritmo hasta que llegaron al otro lado de la colina.

Piper se sentía mareada, pero seguía llorando mientras le decía a Jason lo que había pasado mientras estaba bajo el agua.

—Piper, no tuviste elección—le puso su mano sobre el hombro—. Has salvado mi vida.

Se limpió los ojos e intentó controlarse a sí misma. El sol estaba a punto de ponerse por el horizonte. Tenían que llegar donde Hércules en breve, o sus amigos morirían.

—Aqueloo te obligó—siguió Jason—. Además, dudo que el relámpago le haya matado. Es un dios antiguo. Tendrías que destruir su río para destruirle a él. Y puede vivir sin el cuerno. Si tuviste que mentir acerca de lo que de que no ibas a dárselo a Hércules, bueno...

—No mentía.

Jason la miró, boquiabierto.

—Pipes... no tenemos elección. Hércules matará...

—Hércules no se lo merece—Piper no estaba segura de dónde venía su enfado, pero nunca había sentido algo con tanta fuerza en su vida.

Hércules era un capullo integral y egoísta. Había hecho daño a muchas personas, y quería seguir haciendo daño a aún más personas. Quizá había hecho algunas cosas bien, quizá los dioses se habían cebado con él. Pero no era una excusa. Un héroe no podía controlar a los dioses, pero debería ser capaz de controlarse a sí mismo.

Jason nunca sería como él. Nunca podría culpar a los demás de sus problemas o hacer de una rencilla algo más importante que lo correcto.

Piper no iba a repetir la historia de Deyanira. No iba a hacer lo que Hércules quisiera simplemente porque era apuesto, fuerte y siniestro. No podría conseguirlo aquella vez, no después de haber amenazado sus vidas y enviarle para amargar a Aqueloo por el placer de fastidiar a Hera. Hércules no se merecía un cuerno de comida y bebida. Piper iba a ponerle en su lugar.

—Tengo un plan—dijo.

Le dijo a Jason qué tenían que hacer. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba usando el hechizo oral hasta que apartó la mirada.

—Haré todo lo que digas—le prometió él. Entonces parpadeó un par de veces—. Vamos a morir, pero estoy contigo.

Hércules les esperaba justo donde les habían dejado. Estaba mirando al Argo II, atracado entre las columnas mientras el sol se ponía detrás de él. El barco parecía estar bien, pero el plan de Piper comenzaba a parecerle una locura.

Demasiado tarde como para pensárselo dos veces. Ya había enviado un mensaje Iris a Leo. Jason estaba preparado. Y viendo a Hércules de nuevo, se sintió más centrada que antes para no darle lo que quería.

Hércules ni siquiera se alegró cuando vio a Piper cargando el cuerno del toro, pero sus arrugas se relajaron.

—Bien—dijo—. Lo tenéis. En ese caso, sois libres de ir.

Piper miró a Jason.

—Le has oído. Nos ha dado permiso—se giró hacia el dios—. ¿Eso quiere decir que nuestro barco puede ir al Mediterráneo?

—Sí, sí—Hércules hizo chasquear sus dedos—. Ahora, el cuerno.

—No—dijo Piper.

El dios frunció el ceño.

—¿Perdón?

Ella levantó la cornucopia. Desde que la había cortado de la cabeza de Aqueloo, el cuerno se había ahuecado, volviéndose más suave y oscuro por su interior. No parecía mágico, pero Piper notaba su poder.

—Aqueloo tenía razón—dijo—. Tú eres su maldición igual que él lo es para ti. Tú eres un héroe patético.

Hércules la miró como si estuviera hablando en japonés.

—Te das cuenta de que podría matarte con un movimiento de mi meñique, ¿verdad? —dijo—. Podría lanzar mi bate hacia tu barco y partir todo su casco. Podría...

—Podrías callarte—dijo Jason. Levantó su espada—. Quizá Zeus sí que sea distinto de Júpiter. Porque yo no trataría así a nadie, y mucho menos a un hermano.

Las venas del cuello de Hércules se volvieron tan moradas como sus ropas.

—Tú no serías el primer semidiós al que he matado.

—Jason es mejor que tú—dijo Piper—. Pero no te preocupes. No vamos a luchar contigo. Vamos a dejar esta isla con el cuerno. No te lo mereces como premio. Me lo voy a quedar, para recordarme cómo no hay que ser como semidiós, y para acordarme de la pobre Deyanira y el pobre Aqueloo.

Las aletas de la nariz del dios se hincharon.

—¡No me menciones ese nombre! No podrás pensar de verdad que me preocupo por tu enclenque novio. Nadie es más fuerte que yo.

—No he dicho que sea más fuerte—le corrigió Piper—. He dicho que es mejor.

Piper señaló con la boca del cuerno a Hércules. Dejó ir todo su resentimiento, su duda y su furia que había estado llevando desde el campamento Júpiter. Se concentró en todas las cosas buenas que había compartido con Jason Grace, planeando hacia arriba por el Gran Cañón, caminando por la playa en el campamento Mestizo, sujetándose las manos en las canciones de la hoguera y observando las estrellas, sentados cerca de los campos de fresas juntos viendo el atardecer y escuchando a los sátiros tocar sus flautas.

Pensó en el futuro después de que los gigantes fueran vencidos. Gea estaría dormida, y podrían vivir juntos para siempre, sin celos, sin monstruos contra los que luchar. Lleno su corazón todos aquellos pensamientos, y sintió crecer la cornucopia.

El cuerno escupió toneladas y toneladas de comida tan fuertes como el río de Aqueloo. Un torrente de fruta fresca, comida horneada, jamones cocidos enterrando por completo a Hércules. Piper no entendía cómo toda aquella comida podía salir por la boca del cuerno, pero pensó que los jamones eran especialmente apropiados para Hércules.

Cuando hubo escupido suficiente comida como para llenar una casa, el cuerno se detuvo. Piper oyó a Hércules gritando y luchando en algún lugar por debajo. Aparentemente incluso el dios más fuerte del mundo podía ser pillado con la guardia baja cuando se veía enterrado bajo un montón de productos frescos.

—¡Vamos! —le dijo a Jason, que se había olvidado de su parte del plan y estaba observando asombrado al montón de frutas—. ¡Vamos!

Agarró la muñeca de Piper y convocó el viento. Salieron disparados de la isla con rapidez. Piper casi tuvo un tirón en el cuello; pero no fue mucho más que un segundo.

Mientras la isla desaparecía de la vista, la cabeza de Hércules apareció por encima del montón de comida. Medio coco estaba encasquetado en su cabeza como si fuera un casco de guerra.

—¡MORID! —berreó, como si tuviera mucha práctica diciéndolo.

Jason aterrizó en la cubierta del Argo II. Gracias a los dioses, Leo había hecho su parte. Los remos del barco ya estaban en el modo aéreo. El ancla estaba subida. Jason convocó un vendaban tan fuerte, que les empujó por el aire, mientras Percy enviaba una ola de tres metros a la costa, noqueando a Hércules por un segundo, en una cascada de agua marina y pilas.

Cuando el dios se hubo puesto en pie y comenzó a lanzarles cocos desde lejos, el Argo II ya estaba navegando por entre las nubes por encima del Mediterráneo.

## Capítulo XXIX

### Percy

PERCY NO SENTÍA EL ENCANTO MEDITERRÁNEO.

Ya era suficientemente malo como para haber salido corriendo por un par de dioses marinos. Entonces había fallado al detener a una gamba gigantesca que había atacado al Argo II. Después los Ictiocentauros, los hermanos de Quirón, ni siquiera habían querido conocerle.

Después de todo aquello, habían llegado a las Columnas de Hércules, y Percy había tenido que quedarse a bordo mientras Jason el Más Guay visitaba a su medio hermano. Hércules, el semidiós más famoso de todos los tiempos, y Percy no había podido conocerle. Vale, sí, por lo que dijo Piper cuando volvieron, Hércules era un capullo, pero aún así... Percy comenzaba a sentirse cansado de quedarse a bordo y pasearse por el barco. El mar abierto se suponía que era su territorio. Percy se suponía que tenía que ofrecerse, tomarse cargo y mantener a todo el mundo seguro. En vez de eso, durante toda la travesía por el Atlántico, no había hecho mucho más que pequeñas charlas con tiburones y escuchar al entrenador Hedge cantar melodías de series de televisión.

Para empeorar las cosas, Annabeth había sido distante desde que habían dejado Charleston. Ella se había pasado la mayor parte de su tiempo en su camarote, estudiando el mapa de bronce que había conseguido del fuerte Sumter, o buscando información en el portátil de Dédalo.

Siempre que Percy se paraba para verla, ella estaba tan perdida en sí misma que la conversación era algo así:

Percy: Eh, ¿qué hay?

Annabeth: Eh, no gracias.

Percy: Vale... ¿has comido algo hoy?

Annabeth: Creo que Leo está de guarda. Pregúntale a él.

Percy: Bueno, pues mi pelo está ardiendo.

Annabeth: De acuerdo, en un ratito.

Se ponía así a veces. Era uno de los desafíos de salir con una hija de Atenea. Percy se preguntaba qué tendría que hacer para conseguir su atención. Estaba preocupado acerca

de su encuentro con las arañas en el Fuerte Sumter, y no sabía cómo ayudarla, sobre todo si le ignoraba.

Después de abandonar las Columnas de Hércules, ilesos a excepción de unos cuantos cocos en cubierta, el barco había volado por el aire durante unos cientos de kilómetros.

Percy esperaba que las tierras ancestrales no fueran tan malas como había oído que eran. Pero parecía un anuncio: ¡Notarás la diferencia de inmediato!

Varias veces en una sola hora, algo atacaba el barco. Una bandada de pájaros del Estínfalo devoradores de hombres salieron de la noche nocturna, y Festus les hizo arder. Espíritus de las tormentas se arremolinaron alrededor del mástil y Jason les hizo explotar con un relámpago. Mientras el entrenador Hedge cenaba en la cubierta de proa, un pegaso salvaje apareció de la nada, pateó por encima de las enchiladas del entrenador, y salió volando, dejando huellas de queso por toda la cubierta.

—¿Para qué ha sido eso? —preguntó el entrenador.

La vista del pegaso le hizo desear a Percy que Blackjack estuviera por allí. No había visto a su amigo en varios días. Tempestad y Arión tampoco se habían pasado por allí. Quizá no se quisieran aventurar por el Mediterráneo. Si era así, Percy no les podía culpar.

Finalmente alrededor de la medianoche, después del noveno o décimo ataque aéreo. Jason se giró hacia él.

—¿Qué tal si te echas un rato? Yo seguiré sacando del cielo a todo lo que se pase mientras pueda. Entonces podremos ir por mar un rato y entonces, me relevas.

Percy no estaba seguro de que fuera capaz de dormir con el barco navegando por las nubes mientras era atacado por espíritus del viento furiosos, pero la idea de Jason tenía sentido. Fue a su camarote y se dejó caer en su cama.

Sus pesadillas, por supuesto, no fueron para nada relajadas.

Soñó que estaba en la cueva oscura. Sólo podía ver a unos metros a su alrededor, pero el espacio debía de ser amplio. Goteaba agua de algún lugar cercano, y el sonido resonaba por las paredes lejanas. La forma en la que el aire se movía hizo sospechar a Percy que el techo de la cueva estaba lejos, muy lejos.

Oía pisadas fuertes, y los gigantes gemelos Efíaltes y Oto se arrastraron hasta la luz.

Percy podía distinguirlos sólo por el pelo, Efíaltes tenía las rastas verdes trenzadas con monedas plateadas y doradas, Oto tenía la coleta morada trenzada con... ¿eran petardos?

Aparte de eso iban vestidos de forma idéntica, y sus trajes definitivamente pertenecían a una pesadilla. Vestía sendas camisas blancas y doradas anchas como piratas con cuellos en forma de V que dejaban ver demasiado pelo en el pecho. Una docena de dagas envainadas alineadas en sus cinturones de estrás. Sus zapatos eran sandalias sin punteras enseñando que, afirmativamente, sus pies eran serpientes. Las correas estaban atadas alrededor de los cuellos de las serpientes. Sus cabezas se amontonaban igual que

los dedos de los pies. Las serpientes sacaban sus lenguas con emoción y giraban sus ojos dorados hacia todas las direcciones, como los perros cuando sacan la cabeza por la ventanilla de un coche. Quizá había pasado mucho tiempo desde la última vez que habían tenido zapatos con vistas. Los gigantes estaban de pie delante de Percy, pero no le prestaban demasiada atención. En vez de eso, miraban hacia la oscuridad.

—Estamos aquí—anunció Efíaltes. A pesar de su voz resonante, sus palabras se disiparon en la caverna, resonando hasta que sonó minúscula e insignificante.

Por encima, alguien respondió.

—Sí, ya lo veo. Esos trajes son difíciles de no ver.

Aquella voz le hizo a Percy que su estómago se encogiera hasta la mitad de su tamaño normal. Sonaba ligeramente femenina, pero no demasiado humana. Cada palabra estaba llena de tonos siseantes, como si un enjambre de abejas africanas asesinas hubiera aprendido a hablar al unísono.

No era Gea. Percy estaba seguro de ello. Pero fuera lo que fuera, a los gigantes gemelos les puso nerviosos. Cambiaron el peso del cuerpo de un lado a otro e inclinaron sus cabezas con respeto.

—Por supuesto, señora—dijo Efíaltes—. Traemos noticias de...

—¿Por qué estáis vestidos así? —preguntó desde la oscuridad. No parecía querer acercarse más, hecho que iba bien para Percy.

Efíaltes lanzó a su hermano una mirada incómoda.

—Se suponía que mi hermano iba a vestir algo distinto. Pero por desgracia...

—Dijiste que yo iba a vestir de lanzador de cuchillos hoy...—protestó Oto.

—¡Yo dije que yo lo iba a vestir! ¡Se suponía que tú ibas a vestir de mago! Ah, perdóneme, señora. No quiere oírnos discutir. Hemos venido tal y cómo nos lo pidió, trayéndole noticias. El barco se acerca.

La Señora, fuera lo que fuera, hizo una serie de siseos violentos como un neumático siendo pinchado varias veces. Con un estremecimiento, Percy se dio cuenta de que estaba riéndose.

—¿A cuánto están? —preguntó.

—Deberían aterrizar en Roma justo después del amanecer, creo—dijo Efíaltes—. Por supuesto, tienen que pasar por el chico de oro.

Tuvo un escalofrío, como si el chico de oro no fuera su persona preferida.

—Espero que lleguen sanos y salvos—dijo la Señora—. Fastidiaría nuestra diversión si les capturan demasiado pronto. ¿Está todo listo?

—Sí, Señora—Oto se adelantó, y la caverna tembló. Una grieta se abrió debajo de la posición de Oto.

—¡Cuidado, imbécil! —gritó la Señora—. ¿Quieres volver al Tártaro de la forma difícil?



Oto retrocedió, con la cara llena de terror. Percy se dio cuenta de que el suelo, que parecía de piedra sólida, era como aquél glaciar de Alaska, en algunas partes sólido, en otras... no tanto. Estaba orgulloso de no pesar nada en sueños.

—Queda muy poco uniendo este lugar—advirtió la señora—. A excepción, por supuesto, mi propia habilidad. Siglos de la furia de Atenea pueden ser contenidos tan bien, y la gran Madre Tierra se agita por debajo de nosotros en su sueño. Entre esas dos fuerzas, bueno... mi nido ha sido erosionado. Debemos esperar que esta hija de Atenea pruebe ser una víctima digna. Puede que sea mi último juguete.

Efíaltes tragó saliva. Mantuvo sus ojos en la grieta del suelo.

—No importará eso, señora. Gea se alzaré y todos seremos recompensados. Usted no tendrá que guardar este lugar, o mantener sus trabajos escondidos.

—Quizás—dijo la voz en la oscuridad—. Pero echaré de menos la dulzura de mi venganza. Hemos trabajado bien juntos durante siglos, ¿verdad?

Los gemelos se inclinaron. Las monedas tintinearón en el pelo de Efíaltes, y Percy se dio cuenta, con náuseas, de que algunas de ellas eran dracmas plateados, iguales que el que Annabeth había obtenido de su madre.

Annabeth le había dicho que cada generación, unos cuantos hijos de Atenea eran enviados en aquella misión para recuperar la estatua perdida del Partenón. Ninguno había tenido éxito.

“Hemos trabajado bien juntos durante siglos...”

El gigante Efíaltes tenía monedas de hace siglos en sus trenzas, cientos de trofeos. Percy se imaginó a Annabeth de pie allí, sola, en aquel lugar oscuro. Se imaginó al gigante quitándole la moneda que llevaba y añadiéndola a su colección. Percy quería sacar su espada y darle al gigante un corte de pelo comenzando por el cuello, pero no podía hacer nada. Sólo podía observar.

—Eh, Señora—dijo Efíaltes nervioso—. Me gustaría recordarle que Gea desea que la chica debe de ser capturada con vida. Puede atormentarla, hacerla enloquecer. Lo que quiera, por supuesto. Pero su sangre debe de ser derramada en las piedras ancestrales. La señora siseó.

—Los demás podrían ser usados para el mismo propósito.

—Sí...—dijo Efíaltes—. Pero esta chica es la escogida. Y el chico, el hijo de Poseidón. Ya sabe por qué son los más adecuados para la tarea.

Percy no estaba seguro de qué significaba, pero quería saltar sobre el suelo y destruirlo y enviar a aquellos estúpidos gemelos vestidos de dorado a la nada. Nunca dejaría que Gea derramara su sangre para ninguna tarea, y tampoco dejaría que nadie hiriera nunca a Annabeth.

—Ya veremos—murmuró la Señora—. Dejadme. Tengo que hacer mis propias preparaciones. Tendréis vuestro propio espectáculo y yo... yo trabajaré en la oscuridad.

El sueño se disolvió y Percy se despertó de golpe.

Jason golpeaba su puerta.

—Hemos amerizado—dijo, pareciendo completamente exhausto—. Te toca.

Percy no quería despertar a Annabeth, pero tuvo que hacerlo. Supuso que incluso al entrenador Hedge no le importaría una conversación con ella después del toque de queda si era por darle información que pudiera salvar su vida.

Estuvieron de pie en cubierta solos, a excepción de Leo, quién seguía controlando el timón. El chico debía de estar destrozado, pero no quería irse a dormir.

—No quiero ninguna otra sorpresa como la de Gambadzilla—insistía.

Todos habían intentado convencer a Leo de que el ataque de la escolopendra no había sido culpa suya, pero no les escuchaba. Percy sabía cómo se sentía. No perdonarse a sí mismo por sus errores era uno de los mayores talentos de Percy.

Eran las cuatro de la mañana. El tiempo era horrible. La niebla era tan densa que Percy no podía ver a Festus al final de proa y una fina llovizna caía por el aire como una cortina de agua. Mientras navegaban a veintidós nudos, el mar ondeaba por debajo de ellos.

Percy podía oír a la pobre Hazel teniendo arcadas en su camarote.

A pesar de todo, Percy se sentía agradecido por estar devuelta al agua. Prefería aquello a volar a través de nubes de tormenta y siendo atacado por pájaros caníbales y pegasos ladrones de enchiladas.

Estuvo de pie con Annabeth cerca del pasamanos mientras le hablaba sobre su sueño.

Percy no estaba seguro de cómo se tomaría las noticias. Su reacción fue incluso más preocupante de lo que había supuesto: no parecía sorprendida.

Observó la niebla.

—Percy, tienes que prometerme algo. No les digas nada a los demás sobre este sueño.

—¿Que no qué? Annabeth...

—Lo que viste era acerca de la Marca de Atenea—dijo—, y no ayudará nada a los demás, sólo a preocuparles, y será más difícil para mí irme sola por la ciudad.

—Annabeth, no puedes hablar en serio. Esa cosa en la oscuridad, la gran cámara con el suelo frágil...

—Lo sé—su cara parecía extrañamente pálida, y Percy sospechaba que no era sólo por la niebla—. Pero tengo que hacer esto a solas.

Percy se tragó su furia. No estaba seguro si se había enfadado con Annabeth, si con su sueño con todo el mundo grecorromano que había endurecido y había dado forma a la historia de la humanidad durante cinco siglos para un único propósito: hacer que la vida de Percy Jackson apestara todo lo posible.

—Tú sabes lo que hay en la cueva—supuso—. ¿Tiene que ver con arañas?

—Sí—dijo en voz baja.

—Entonces, ¿cómo puedes...?—se detuvo a sí mismo.

Cuando Annabeth se centraba en algo, discutir con ella no tendría ningún resultado. Recordó la noche de hace tres años y medio, cuando habían salvado a Nico y Bianca di Angelo en Maine. Annabeth había sido capturada por el titán Atlas. Durante un tiempo, Percy no sabía si estaba viva o muerta. Había viajado a través del país para salvarla del titán. Habían sido los días más duros de su vida, no por los monstruos o por la lucha, sino por la preocupación.

¿Cómo podría dejarla ir intencionalmente, sabiendo que iba hacia algo incluso más peligroso?

Entonces se dio cuenta de algo: la forma en la que se había sentido allí, durante unos pocos días, era probablemente cómo Annabeth se había sentido durante los seis meses que se había pasado él con amnesia.

Eso le hizo sentir culpable, y un poco egoísta, queriendo discutir con ella. Tenía que ir en aquella misión. El destino del mundo podía depender en ello. Pero parte de él quería decir: “Olvídate del mundo”. No quería estar sin ella.

Percy observó la niebla. No podía ver nada a su alrededor, pero tenía un perfecto conocimiento del mar. Sabía exactamente su latitud y longitud. Sabía la profundidad del océano y la forma en la que las corrientes fluían. Sabía la velocidad del barco, y podía percibir ninguna roca, bancos de arena y otros peligros naturales a su camino. Aún así, estar ciego era incómodo.

No habían sido atacados desde que habían amerizado, pero el mar parecía diferente. Percy había estado en el Atlántico, en el Pacífico, incluso en el golfo de Alaska, pero aquél mar era más antiguo y poderoso. Percy podía percibir sus capas arremolinándose por debajo de ellos. Cada héroe griego o romano que había navegado por aquellas aguas, desde Hércules a Eneas. Los monstruos moraban las profundidades, tan profundamente arropados por la Niebla que pasaban durmiendo la mayor parte del tiempo; pero Percy podía notarles removerse, respondiendo al casco de bronce celestial del trirreme griego y la presencia de sangre semidiós. “Han vuelto”, parecían decir los monstruos, “Finalmente, sangre fresca.”

—No estamos lejos de la costa italiana—dijo Percy, en parte para romper el silencio—. Quizá a unos cientos de millas náuticas para la boca del Tíber.

—Bien—dijo Annabeth—. Al amanecer, deberíamos...

—Parar—la piel de Percy parecía haber sido bañada en hielo—. Tenemos que parar.

—¿Por qué? —preguntó Annabeth.

—¡Leo, para! —gritó.

Era demasiado tarde. El otro barco apareció de la niebla y chocó contra ellos. En un segundo, Percy había registrado detalles aleatorios: otro trirreme; velas negras pintadas

con la cabeza de la gorgona; guerreros descomunales, no demasiado humanos, llenando la cubierta del otro barco vestidos con sus armaduras griegas y las lanzas preparadas; y el ariete chocando contra el casco del Argo II.

Annabeth y Percy casi fueron sacados de cubierta.

Festus escupió fuego, enviando una docena de guerreros sorprendidos gritando y saltando al mar, pero la mayor parte de ellos se aglomeraban a bordo del Argo II. Se arremolinaban alrededor de los pasamanos y del mástil, clavando sus garras de acero en las placas del casco.

Cuando Percy hubo recuperado su agudeza, el enemigo estaba por todas partes. No podía ver bien a través de la niebla y la oscuridad, pero los invasores parecían ser delfines que se parecían a humanos, o humanos que parecían delfines. Algunos tenían morros grises. Otros sujetaban sus espadas con aletas húmedas. Otros caminaban con piernas parcialmente fundidas en una, mientras que otros tenían aletas en vez de pies, lo que le recordaba a Percy a los zapatos de un payaso.

Leo hacía sonar la campana de alerta. Corrió hacia la ballesta más cercana pero acabó justo en el centro de un grupo de delfines guerreros.

Annabeth y Percy se pusieron espalda con espalda, como habían hecho cientos de veces antes, con sus armas preparadas. Percy intentó convocar las olas, esperando poder apartar los dos barcos o incluso hacer naufragar al barco enemigo, pero no sucedió nada. Era como si algo estuviera empujando en contra de su voluntad, apartando al mar de su control.

Alzó Contracorriente, listo para luchar, pero estaban superados en número. Varias docenas de guerreros bajaron sus lanzas e hicieron un anillo a su alrededor, manteniéndose apartados sabiamente de la espada de Percy. Los hombres delfines abrieron sus morros y emitieron silbidos y sonidos extraños. Percy nunca había considerado lo sanguinarios que parecían los dientes de un delfín.

Intentó pensar. Quizá podría romper el círculo y vencer a un par de invasores, pero no sin los otros atravesándoles a él y a Annabeth.

Al menos los guerreros no parecían interesados en matarles de inmediato. Mantuvieron a Percy y a Annabeth contenidos mientras otros camaradas suyos investigaban en los pisos inferiores y aseguraban el casco. Percy podía oírles irrumpiendo en los camarotes y despertando a sus amigos. Incluso aunque los demás semidioses no hubieran estado dormidos, no habrían podido tener demasiadas oportunidades frente a tantos.

Leo fue arrastrado por cubierta, semiinconsciente y murmurando, y lanzado a un montón de cuerdas. Por debajo, los sonidos de una refriega les llegaban a arriba. O bien los otros habían sido sometidos o... Percy rechazó la simple idea de aquello.

A un lado del anillo de lanzas, los guerreros delfines se abrieron para dejar pasar a alguien. Parecía ser completamente humano, pero por la forma en la que los delfines le

dejaban pasar, él era claramente el líder. Vestía una armadura griega de combate, sandalias, falda, hombreras y coraza decorada con diseños elaborados de monstruos marinos, y todo lo que vestía era de oro. Incluso su espada, una hoja griega como Contracorriente, era de oro en vez de bronce.

“El chico dorado” pensó Percy, recordando su sueño. “Tendrán que conseguir pasar por el chico dorado”.

Lo que realmente le ponía nervioso a Percy era su yelmo. Su visor era una máscara como la cabeza de una gorgona, con colmillos curvos, y horribles facciones haciendo una mueca de gruñido, y un pelo de serpientes doradas arremolinándose alrededor de su cara. Percy había conocido a gorgonas antes. El parecido era bastante, demasiado para su gusto.

Annabeth se giró para ponerse hombro a hombro con Percy. Quería poner su brazo a su alrededor en forma de protección, pero dudó de que apreciara el gesto, y no quería darle al chico dorado ningún gesto de que Annabeth era su novia. No tenía sentido darle al enemigo más ventaja de la que ya tenía.

—¿Quién eres? —preguntó Percy—. ¿Qué quieres?

El guerrero dorado se rió. Con un destello de su hoja, más rápido de lo que Percy pudiera seguir, fue arrancada de las manos de Percy y salió volando hasta hundirse en el agua. También debería de haber mandado los pulmones de Percy al agua, pues de repente él no pudo respirar. Nunca había sido desarmado tan fácilmente.

—Hola, hermano—la voz del guerrero dorado era rica y aterciopelada, con un acento exótico, quizá del este, que le era vagamente familiar—. Siempre es genial asaltar a un hijo de Poseidón. Soy Crisaor, la Espada Dorada. Y en cuanto a lo que quiero...—giró su máscara de metal hacia Annabeth—. Bueno, eso es simple. Quiero todo lo que tenéis.

## Capítulo XXX - Percy

EL CORAZÓN DE PERCY HACÍA PARONES mientras Crisaor iba de un lado a otro, inspeccionándoles como si fueran un premio. Una docena de hombres delfines se mantuvieron en formación de anillo a su alrededor, con las lanzas alzadas a la altura del pecho de Percy, mientras otra docena saqueaban el barco, yendo de un lado a otro por las cubiertas inferiores. Uno cargaba una caja de ambrosía escaleras arriba. Otro llevaba todas las flechas de ballesta que podía en sus brazos y un frasco de fuego griego.

—¡Cuidado con eso! —gritó Annabeth—. ¡O harás explotar a ambos barcos!

—¡Ja! —dijo Crisaor—. Sabemos todo acerca del fuego griego, chica. No te preocupes. Hemos estado saqueando barcos en el Mare Nostrum durante eones.

—Tu acento me suena familiar—dijo Percy—. ¿Nos hemos conocido antes?

—No he tenido tal placer—la máscara dorada de la gorgona de Crisaor le gruñó, aunque era difícil decir cuál era su expresión real porque estaba bajo el visor—. Pero he oído hablar acerca de ti, Percy Jackson. Oh, sí, el joven que salvó al Olimpo. Y su fiel secuaz, Annabeth Chase.

—Yo no soy la secuaz de nadie—gruñó Annabeth—. Y, Percy, su acento suena familiar porque suena como su madre. La matamos en Nueva Jersey.

Percy frunció el ceño.

—Estoy bastante seguro de que su acento no es de Nueva Jersey. ¿Quién es su...? Ah.

Al final todo encajó. El emporio de gnomos de la tía Em, la morada de Medusa. Ella hablaba con el mismo acento, al menos hasta que Percy le había cortado la cabeza.

—¿Medusa es tu madre? —preguntó—. Tío, eso es horrible.

A juzgar por la garganta de Crisaor, ahora él también estaba riéndose bajo la máscara.

—Eres igual de arrogante que el primer Perseo—dijo Crisaor—. Pero, sí, Percy Jackson. Poseidón era mi padre. Medusa era mi madre. Después de que Medusa fuera convertida en un monstruo por la renombrada diosa de la sabiduría...—la máscara de oro se giró hacia Annabeth—. Esa sería tu madre, creo... Los dos hijos de Medusa fueron atrapados en su interior, incapaces de nacer. Cuando el Perseo original cortó la cabeza de Medusa...

—Dos hijos salieron de ella—recordó Annabeth—. Pegaso y tú.

Percy parpadeó.

—Por lo que tu hermano es un caballo alado. Pero también eres mi medio hermano, lo que significa que todos los caballos alados del mundo son mis... ¿sabes qué? Olvídalo.

Había aprendido años atrás que era mejor no enfrascarse en quién estaba relacionado con quién en el lado divino de las cosas. Después de que el cíclope Tyson le hubiera adoptado como su hermano, Percy había decidido que aquello era todo lo lejos que quería llegar en su familia.

—Pero si tú eres el hijo de Medusa—dijo—, ¿por qué no he oído hablar de ti? Crisaor suspiró en exasperación.

—Cuando tu hermano es Pegaso, te acostumbras a ser olvidado. Oh, mirad, ¡un caballo alado! ¿A alguien le importo? ¡No! —levantó la punta de su espada hasta la altura de los ojos de Percy—. Pero no me subestimes. Mi nombre significa Espada Dorada por alguna razón.

—¿Oro imperial? —supuso Percy.

—¡Bah! Oro encantado, sí. Después, los romanos le llamaron oro imperial, pero yo fui el primero en sujetar una hoja de ese material. ¡Yo debería de haber sido el héroe más famoso de todos los tiempos! Pero como los contadores de historias decidieron ignorarme, me convertí en villano. Decidí usar mi herencia. Como hijo de Medusa, yo debería inspirar el terror. Como hijo de Poseidón, ¡yo domino los mares!

—Y te convertiste en piratas—resumió Annabeth.

Crisaor extendió los brazos, lo que hizo sentir mejor a Percy pues así conseguía que la espada fuera apartada de sus ojos.

—El mejor pirata—dijo Crisaor—. He navegado estas aguas durante siglos, asaltando a todos los semidioses lo suficientemente estúpidos como para navegar por el Mare Nostrum. Este es ahora mi territorio. Y todo lo que tenéis es mío. Uno de los guerreros delfines arrastró al entrenador Hedge a cubierta.

—¡Dejadme ir, malditos atunes! —berreó Hedge. Intentó pegarle una patada al guerrero, pero su pezuña rebotó contra la coraza de su captor. A jugar por las muescas con forma de pezuña en su coraza, el entrenador Hedge había intentado liberarse ya varias veces.

—Ah, un sátiro—murmuró Crisaor—. Uno viejo y fibroso, pero los cíclopes pagarán bien por un bocado como ese.

—¡No soy la cena de nadie! —protestó Hedge.

—Amordazadle—decidió Crisaor.

—Tú, maldito...—el insulto de Hedge fue ahogado cuando el delfín puso una tela grasienta alrededor de la boca del entrenador. En un instante, el entrenador fue

atado y cargado con los demás suministros, cajas de comida, armas extras e incluso congeladores mágicos del comedor.

—¡No puedes hacer esto! —gritó Annabeth.

La risa de Crisaor resonó dentro de su yelmo de oro. Percy se preguntó si estaría terriblemente desfigurado allí dentro, o si su mirada petrificaría a la gente igual que podía hacer su madre.

—Puedo hacer lo que quiera—dijo Crisaor—. Mis guerreros han sido entrenados a la perfección. Son unos fieros, asesinos...

—Delfines—comentó Percy.

Crisaor se encogió de hombros.

—Sí, ¿y? han tenido algo de mala suerte hace unos milenios, pues secuestraron a la persona equivocada. Parte de la tripulación fueron convertidos por completo en delfines. Otros enloquecieron. Pero estos... estos sobrevivieron como criaturas híbridas. Cuando les encontré bajo el mar y les ofrecí una nueva vida, se convirtieron en mi tripulación leal. ¡No temen a nada!

Uno de los guerreros chachareó hacia él nerviosamente.

—Sí, sí—gruñó Crisaor—. Sólo tienen miedo de una cosa, pero no importa. Él no está aquí.

Una idea comenzó a formarse en lo más recóndito de la mente de Percy. Antes de que pudiera explotarla, más guerreros delfines subieron por las escaleras, llevando al resto de sus amigos. Jason estaba inconsciente. A juzgar por sus nuevas heridas en su cara, había intentado luchar. Hazel y Piper estaban atadas por las manos y los pies. Piper tenía una mordaza en la boca, por lo que aparentemente los delfines habían descubierto que Piper podía usar el hechizo oral. Frank era el único que faltaba, aunque dos de los delfines tenían picaduras de abejas en sus caras.

¿Podría Frank convertirse en un enjambre de abejas? Percy lo esperaba. Si él estaba libre a bordo del barco en algún lugar, eso podría ser una ventaja, asumiendo que Percy pudiera comunicarse con él.

—¡Excelente! —dijo Crisaor. Dirigió sus guerreros para que descargaran a Jason cerca de su ballesta. Entonces examinó a las chicas como si fueran regalos de Navidad, lo que hizo a Percy apretar sus dientes.

—El chico no me es útil—dijo Crisaor—. Pero tenemos un acuerdo con la bruja Circe. Ella comprará a las mujeres, o bien como esclavas o como criadas, dependiendo de sus habilidades. Pero no tú, mi querida Annabeth.

Annabeth retrocedió.

—Tú no me vas a llevar a ningún lugar.



La mano de Percy rebuscó en su bolsillo. Su bolígrafo había reaparecido en sus tejanos. Sólo necesitaba una distracción para sacar su espada. Quizá si pudiera desarmar rápidamente a Crisaor, su tripulación entraría en pánico.

Deseó saber algo acerca de las debilidades de Crisaor. Normalmente Annabeth le daba esa información, pero aparentemente Crisaor no tenía ninguna leyenda, ya que ambos estaban sin saber nada.

El guerrero dorado chasqueó la lengua.

—Por desgracia, mi querida Annabeth, no te quedarás conmigo. Me encantaría eso. Pero tú y tu amigo Percy ya estáis tratados. Una diosa en particular ofrece una gran recompensa por vuestra captura, vivos, si es posible, aunque no dijo que tuvierais que estar ilesos.

En ese momento, Piper provocó la distracción que necesitaban. Gimió tan fuerte que pudo hacerse oír a través de su mordaza. Entonces se derrumbó contra el guardia más cercano, dejándole fuera de combate. Hazel entendió la idea y se tumbó en cubierta, pegando patadas y golpeando como si estuviera teniendo una rabieta.

Percy sacó a Contracorriente y atacó. La hoja debería haber ido a través del cuello de Crisaor, pero el guerrero dorado era increíblemente rápido. Esquivaba y rechazaba sus ataques mientras los guerreros delfines retrocedían, manteniendo a los demás cautivos mientras le daban espacio a su capitán para luchar. Ellos hacían ruiditos y chachareaban, animándole, y Percy tuvo la ligera sensación de que la tripulación estaba acostumbrada a aquél tipo de espectáculo. No creyeron en ningún momento que su líder estuviera en peligro.

Percy no había luchado con la espada con un oponente como aquel desde... bueno, desde que se había enfrentado contra el dios de la guerra Ares. Crisaor era igual de bueno. Varios de los poderes de Percy se habían vuelto mejores a lo largo de los años, pero ahora, demasiado tarde, Percy se dio cuenta de que la esgrima no era uno de ellos.

Estaba oxidado, al menos contra un adversario como Crisaor.

Luchaban de un lado a otro, empujándose y esquivando. Sin quererlo, Percy oyó la voz de Luke Castellan, su primer mentor en lucha de espadas en el campamento Mestizo, dándole sugerencias. Pero no ayudó.

La máscara dorada de la gorgona le ponía demasiado nervioso. La cálida niebla, el balanceo de un lado a otro de la cubierta, los sonidos de los guerreros, nada de ello ayudaba. Y por el rabillo del ojo, Percy podía ver a los hombres delfines sujetar un cuchillo contra la garganta de Annabeth en caso de que la chica intentara algo.

Hizo una finta e intentó atacar el estómago de Crisaor, pero éste se anticipó al movimiento. Desarmó a Percy de nuevo, y de nuevo, Contracorriente cayó al agua.

Crisaor rió alegremente. Ni siquiera estaba cansado. Presionó la punta de su espada dorada contra el esternón de Percy.

—Buen intento—dijo el pirata—. Pero ahora serás encadenado y transportado hasta los subalternos de Gea. Ellos querrán mucho más que yo derramar tu sangre y despertar a la diosa.

## Capítulo XXXI

### Percy

NADA COMO UN COMPLETO ERROR para generar ideas geniales.

Mientras Percy se levantaba, desarmado y vencido, el plan se formó en su cabeza. Estaba acostumbrado a que Annabeth le diera informaciones acerca de los mitos de Grecia cuando ya estaba lo suficientemente noqueado como para recordar algo útil, pero tenía que actuar con velocidad. No podía dejar que les pasara nada a sus amigos. No iba a perder a Annabeth, no de nuevo.

Crisaor no podía ser vencido. Al menos no en un combate uno contra uno. Pero sin su tripulación... quizá entonces podría ser vendido si suficientes semidioses le atacaban al mismo tiempo.

¿Cómo vencer a la tripulación de Crisaor? Percy juntó las pistas: los piratas habían sido convertidos en hombres delfines hacía milenios cuando secuestraron a la persona equivocada. Percy conocía aquella historia. Demonios, la persona equivocada le había amenazado a él con convertirle en un delfín. Y cuando Crisaor había dicho que la tripulación no temía a nada, uno de los delfines le había corregido nerviosamente. “Sí. Pero él no está aquí”, había dicho el capitán.

Percy miró hacia popa y atisbó a Frank, en su forma humana asomándose por detrás de una ballesta, esperando. Percy se aguantó la sonrisa. El grandullón parecía ser torpe e inútil, pero siempre parecía estar en el sitio correcto cuando Percy le necesitaba.

Las chicas... Frank... el congelador.

Era una idea loca. Pero, como siempre, era todo lo que tenía.

—¡De acuerdo! —gritó Percy, tan alto como para que consiguiera la atención de todo el mundo—. Llévanos, si nuestro capitán te deja.

Crisaor giró su máscara dorada.

—¿Qué capitán? Mis hombres han mirado por todo el barco. No hay nadie más. Percy levantó sus manos dramáticamente.

—El dios sólo se aparece cuando lo desea. Pero es nuestro líder. Él dirige nuestro campamento para semidioses. ¿No es así, Annabeth?

Annabeth fue rápida.

—¡Sí! —asintió, entusiasmadamente—. ¡El señor D! ¡El gran Dioniso!

Una ola de incomodidad recorrió los hombres delfines. Uno dejó caer su espada.

—¡No les hagáis caso! —gritó Crisaor—. ¡No hay ningún dios en este barco! Intentan asustaros.

—¡Deberíais de estarlo! —Percy miró a la tripulación pirata con simpatía—. Dioniso estará de muy malhumor por haber atrasado nuestro viaje. Os castigará a todos vosotros. ¿No habéis notado a las chicas cayendo en la locura del dios del vino?

Hazel y Piper habían parado sus rabietas. Estaban sentadas en cubierta, mirando a Piper, pero cuando él las miró, comenzaron a temblar de nuevo, revolviéndose y teniendo espasmos como pescados. Los hombres delfines se cayeron al intentar apartarse de las cautivas.

—¡Mentiras! —rugió Crisaor—. Cállate, Percy Jackson. Vuestro director del campamento no está aquí. Fue llamado al Olimpo. Todo el mundo lo sabe.

—Así que admites que Dioniso es nuestro director—dijo Percy.

—Lo era—le corrigió Crisaor—. Todo el mundo lo sabe.

Percy señaló al guerrero dorado como si se hubiera traicionado a sí mismo:

—¿Lo veis? ¡Estamos sentenciados! Si no me creéis, dejadme comprobar el congelador.

Percy corrió hacia el congelador mágico. Nadie intentó detenerle. Abrió la puerta y metió la mano en el hielo. Tenía que haber una. Por favor. Fue recompensado con una lata roja y plateada de soda. La mostró a los hombres delfines como si les echara insecticida.

—¡Temed! —gritó Percy—. ¡El brebaje escogido por el dios! ¡Temblad bajo el terror de la Cola sin azúcar!

Los hombres delfines comenzaron a entrar en pánico. Estaban al borde de la retirada. Percy podía percibirlo.

—El dios tomará vuestro barco—les advirtió Percy—. ¡Terminará vuestras transformaciones en delfines, u os hará enloquecer, u os transformará en delfines locos! Vuestra única esperanza es salir nadando de aquí, ¡ahora! ¡Rápido!

—¡Ridículo! —la voz de Crisaor sonaba aguda. No parecía estar seguro de a dónde dirigir su espada: si bien a Percy o a su tripulación.

—¡Salvaos ahora mismo! —advirtió Percy—. ¡Es demasiado tarde para nosotros! Entonces se aclaró la garganta y señaló hacia dónde Frank estaba escondido.

—¡Oh, no! ¡Frank se está convirtiendo en un delfín loco!

No sucedió nada.

—He dicho—repitió Percy—, ¡que Frank se está convirtiendo en un delfín loco! Frank apareció de la nada, haciendo un gran espectáculo al agarrarse de la garganta.

—¡Oh, no! —dijo, como si lo estuviera leyendo—, me estoy convirtiendo en un delfín loco.

Comenzó a cambiar, con su nariz alargándose hasta convertirse en un morro, y su piel volviéndose lacia y gris. Cayó en cubierta como un delfín, con su cola golpeando las tablas.

La tripulación pirata huyó aterrorizada, haciendo sonidos mientras dejaban sus espadas, se olvidaban de los cautivos, ignoraban las órdenes de Crisaor y saltaban por la borda. En la confusión, Annabeth se movió rápidamente para desatar a Hazel, Piper y al entrenador Hedge.

En unos segundos, Crisaor estaba solo y rodeado. Percy y sus amigos no tenían armas a excepción de las pezuñas de Hedge y la daga de Annabeth, pero las miradas asesinas en sus caras convencieron obviamente al guerrero dorado de que estaba sentenciado.

Retrocedió hasta el pasamanos.

—Esto no ha terminado, Jackson—gruñó Crisaor—. Tomaré mi venganza...

Sus palabras fueron cortadas por Frank, que había cambiado de nuevo. Un oso pardo de varios cientos de kilos puede terminar una conversación de golpe. Atacó a Crisaor y con la garra le arrancó la máscara dorada de la cabeza. Crisaor gritó, cubriéndose al instante la cara con las manos y cayendo al agua.

Corrieron hacia el pasamanos, pero Crisaor había desaparecido. Percy pensó en perseguirle, pero no conocía aquellas aguas y no quería volver a tener que enfrentarse contra aquel tipo a solas más.

—¡Eso ha sido brillante! —Annabeth le besó, lo que le hizo sentir algo mejor.

—Ha sido desesperado—le corrigió Percy—. Y necesitamos deshacernos de ese trirreme pirata.

—¿Lo quemamos? —preguntó Annabeth.

Percy miró su lata de Cola sin azúcar en su mano.

—No, tengo otra idea.

Le llevó más de lo que Percy quería. Mientras trabajaban, no dejó de mirar hacia el mar, esperando a que Crisaor o sus hombres delfines volvieran, pero no lo hicieron.

Leo volvió a estar en pie, gracias a un poco de néctar. Piper vendó a Jason de nuevo, pero no estaba tan mal herido como parecía. En gran parte estaba avergonzado de haber sido dejado fuera de juego tan fácilmente de nuevo, y Percy en parte le entendía.

Volviéron a poner a los suministros en su lugar y limpiaron todos los rastros de la invasión mientras el entrenador Hedge se lo pasaba en grande en el barco enemigo, rompiendo todo lo que encontraba con su bate de beisbol.

Cuando hubo terminado, Percy cargó las armas enemigas en el barco pirata. Su almacén estaba lleno de tesoros, pero Percy insistió en no tocar nada de ello.

—Puedo percibir tesoros por el valor de seis millones de dólares a bordo—dijo Hazel—, además de diamantes, rubíes...

—¿Seis millones? —preguntó Frank—. ¿Dólares canadienses o americanos?

—Déjalo—dijo Percy—. Es parte de la ofrenda.

—¿Ofrenda? —preguntó Hazel.

—Oh—Piper asintió—, Kansas.

Jason sonrió. Había estado allí también cuando se habían encontrado con el dios del vino.

—Alocado, pero me gusta.

Finalmente Percy subió a bordo del barco pirata y abrió las válvulas del agua.

Pidió a Leo que hiciera algunos agujeros extras en lo más hondo del casco con sus herramientas y Leo estuvo encantado de ello.

La tripulación el Argo II arregló el pasamanos y cortó las cuerdas de abordaje.

Piper sacó su nuevo cuerno de la abundancia y, bajo la dirección de Percy, hizo que de él saliera cola sin azúcar, que salió con la fuerza de un geiser, llenando la cubierta enemiga. Percy pensó que tardaría horas, pero el barco se hundió increíblemente rápido, llenándose con cola sin azúcar y agua del mar.

—Dioniso—le llamó Percy, sujetando la máscara de Crisaor—. O Baco, da igual.

Tú has hecho esta victoria posible, aunque no estuvieras aquí. Tus enemigos temblaron al oír tu nombre... o con tu cola sin azúcar, o algo. Así que, eso, gracias

— le costó sacar las palabras, pero las dijo intentando no reírse—. Te damos este barco como ofrenda. Esperemos que te plazca.

—Seis millones en oro—murmuró Leo—. Será mejor que le plazca.

—Sh—le chistó Hazel—. Los metales preciosos no son tan geniales. Créeme.

Percy no sabía que pasaría, pero había hecho lo que podía. No tenía fe de que Dioniso les oyera o le importara, pero necesitaban toda la ayuda posible en su lucha contra los gemelos gigantes, y tenía que intentarlo.

Mientras el Argo II iba hacia el este atravesando la niebla, Percy decidió que al menos una cosa buena había salido de su enfrentamiento contra Crisaor. Se sentía humilde, incluso lo suficientemente humilde como para hacer una ofrenda al dios del vino.

Después de su encuentro con los piratas, decidieron volar el resto del camino hasta Roma. Jason insistió que estaba lo suficientemente bien como para hacer la guardia, junto con el entrenador Hedge, que estaba tan cargado de adrenalina que cada vez que el barco topaba con una turbulencia, zarandeaba su bate y gritaba:

—¡Morid!

Tuvieron un par de horas antes del amanecer, por lo que Jason sugirió a Percy que tuviera unas cuantas horas más de sueño.

—Está bien, tío—dijo Jason—. Dale a los demás la oportunidad de salvar el barco, ¿vale?

Percy accedió, a pesar de que una vez en su camarote, tuvo problemas para quedarse dormido.

Miró la lámpara de bronce colgando del techo y pensó en lo fácilmente que Crisaor le había vencido en su duelo. El guerrero de oro le podría haber matado sin siquiera sudar. Sólo le había mantenido con vida porque alguien había pagado para tener el privilegio de matarle más tarde.

Percy se sintió como si una flecha se hubiera colado por entre las juntas de su armadura, como si siguiera teniendo la bendición de Aquiles y alguien hubiera encontrado su punto débil. Cuanto más mayor se volvía, más sobrevivía como semidiós, y sus amigos más le admiraban. Dependían de él y confiaban en sus poderes. Incluso los romanos le habían levantado en un escudo y le habían hecho pretor, y eso que le conocían de hacía un par de semanas.

Pero Percy no se sentía apoderoso. Cuantas más cosas heroicas hacía, más se daba cuenta de los límites que tenía. Se sentía como un fraude. “No soy tan genial como creéis” quería advertir a sus amigos. Sus errores, como el de aquella noche, parecían probarlo. Quizá era por eso por lo que comenzaba a tener sofocos. No era acerca de ahogarse en el agua o la tierra, sino de que la sensación de ahogarse entre tantas expectativas, literalmente sobrepasándole por encima. Guau, cuando comenzaba a pensar de aquella manera, sabía que había comenzado a pasar demasiado tiempo con Annabeth.

Atenea le había dicho una vez a Percy su punto débil: se suponía que era demasiado leal a sus amigos. No podía ver a escala superior. Tendría que salvar a un amigo aunque eso significara destruir el mundo.

En su momento, le había quitado importancia. ¿Cómo podría ser la lealtad algo malo? Además, las cosas salieron bien contra los titanes. Había salvado a sus amigos y había vencido a Cronos.

Pero entonces, a pesar de todo, comenzaba a replantearse las cosas. Él se lanzaría con orgullo contra cualquier monstruo, dios o gigante que pudiera herir a sus amigos. ¿Pero qué pasaba si no era capaz de hacerlo? ¿Qué pasaba si alguien tenía que hacerlo por él? Eso era tan duro para él que no quería ni pensarlo. Había tenido problemas con cosas simples como dejar que Jason le relevara en la guardia. No quería confiar en nadie más su protección, alguien que podría salir herido por su culpa.

La madre de Percy había hecho lo mismo por él. Había estado en una mala relación con un burdo tipo mortal porque creía que eso salvaría a Percy de los monstruos. Grover, su mejor amigo, había protegido a Percy casi durante un año

antes de que él mismo se diera cuenta de que era un semidiós, y Grover casi había sido matado por el minotauro.

Percy ya no era un niño. No quería que nadie al que amara tuviera que ponerse en riesgo por su culpa. Tenía que ser lo suficientemente fuerte como para ser él el protector. Pero ahora se suponía que tenía que dejar ir a Annabeth a su merced para que siguiera la marca de Atenea, sabiendo que podría morir. Si tuviera que elegir: salvar a Annabeth o hacer que la misión tuviera éxito... ¿podría Percy escoger?

Al final el cansancio le sobrepasó. Cayó dormido, y en su pesadilla, el sonido del trueno se convirtió en la risa de la diosa de la tierra Gea.

Percy soñó que estaba de pie frente al porche de la Casa Grande en el campamento Mestizo. La cara durmiente de Gea apareció en lo alto de la Colina Mestiza, con sus gigantescos rasgos creándose a partir de las sombras en la hierba. Sus labios no se movían, pero su voz resonó por el valle.

—Así que esta es tu casa—murmuró Gea—. Obsérvalo por última vez, Percy Jackson. Deberías haber vuelto aquí. Al menos podrías haber muerto con tus compañeros cuando lo invadan los romanos. Ahora tu sangre será derramada lejos de tu hogar, en las piedras ancestrales y yo me alzaré.

El suelo retumbó. En lo alto de la colina Mestiza, el pino de Thalía ardió en llamas. Una perturbación recorrió el valle, la hierba se convertía en arena, el bosque era reducido a polvo. El río y el lago de las canoas se secaron. Las cabañas y la Casa Grande se redujeron a cenizas. Cuando el temblor cesó, el campamento Mestizo parecía un páramo después de una bomba atómica. Lo único que quedaba era el porche en el que Percy estaba.

A su lado, el polvo se arremolinó y se solidificó formando la figura de una mujer. Sus ojos estaban cerrados, como si estuviera sonámbula. Sus ropas eran del color del verde del bosque, moteado con oro y blanco como la luz del sol colándose por entre las ramas de los árboles. Su pelo era tan negro como el azabache. Su cara era hermosa, pero incluso con la sonrisa soñolienta en sus labios parecía fría y distante. Percy tuvo la sensación de que podría ver a los semidioses morir o ciudades arder y su sonrisa no desaparecería.

—Cuando reclame la tierra—dijo Gea—. Dejaré este lugar yermo para siempre, para recordarme de los de tu calaña y lo completamente inútiles que fuisteis para detenerme. No importa cuándo caigas, mi dulce y pequeño peón, bajo Forcis, Crisaor o bajo mis queridos gemelos. Caerás, y yo estaré allí para devorarte. Tú única oportunidad ahora... ¿caerás solo? Ven a mí por tu propia voluntad, trae a la chica. Quizá deje este lugar que amas libre. Sino...



Gea abrió los ojos. En su interior se arremolinó con colores verdes y negros, tan profundos como el interior de la tierra. Gea veía todo. Su paciencia era infinita. Era lenta para despertar, pero una vez despertara, su poder sería imparable.

La piel de Percy se puso de punta. Sus manos se entumecieron. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que estaba convirtiéndose en polvo, como todos los monstruos a los que había vencido.

—Disfruta del Tártaro, mi pequeño peón—susurró Gea.

Un sonido metálico sacó a Percy de su sueño. Sus ojos se abrieron de golpe. Se dio cuenta de que acababa de oír el mecanismo de aterrizaje.

Alguien llamaba a la puerta, y Jason asomó la cabeza por la puerta. Las heridas de su cara habían desaparecido. Sus ojos azules brillaban de emoción.

—Eh, tío—dijo—. Estamos descendiendo hacia Roma. Deberías ver esto.

El cielo era azul claro, como si la tormenta eléctrica nunca hubiera tenido lugar. El cielo salía por las colinas lejanas, por lo que todo por debajo de ellos brillaba como si la entera ciudad de Roma hubiera salido de un lavado de coches.

Percy había visto ciudades grandes antes. Era de Nueva York, al fin y al cabo.

Pero la pura enormidad de Roma le sobrecogió por la garganta e hizo que no pudiera respirar. La ciudad parecía no tener respeto hacia los límites geográficos.

Se extendía a través de las colinas y los valles, sobrepasaba por el Tíber que era cruzado por docenas de puentes, y aún así seguía extendiéndose hacia el

horizonte. Las calles y los callejones zigzagueaban sin ritmo ni razón a través de los montones de barrios. Edificios de oficinas de cristal se alzaban al lado de

yacimientos arqueológicos. Una catedral se alzaba al lado de una línea de columnas romanas, que estaban al lado de un estadio de fútbol. En algunos

barrios, antiguas casas estucadas con tejados de tejas rojas poblaban las calles de adoquines, por lo que si Percy se concentraba solo en aquellas zonas, podía

imaginarse como si estuviera en la antigüedad. Allí donde mirara, había grandes plazas y calles llenas de tráfico. Los parques cortaban las ciudades con una

alocada colección de palmeras, pinos, enebros y olivos, como si Roma no hubiera decidido a qué parte del mundo pertenecía, o quizá era porque el mundo seguía

perteneciendo a Roma.

Era como si la ciudad supiera sobre el sueño de Percy acerca de Gea. Sabía que la diosa de la tierra quería destruir toda la civilización humana y aquella ciudad,

que había estado en pie durante cientos de años, le respondía a ella: “¿Quieres destruir esta ciudad, cara de Polvo? Inténtalo”.

En otras palabras era como el entrenador Hedge en ciudad, lo único que en grande.

—Vamos a aterrizar en ese parque—anunció Leo, señalando a un gran espacio verde con palmeras—. Esperemos que la Niebla nos haga parecer como si fuéramos una paloma gigantesca o algo.

Percy deseó que la hermana de Jason, Thalía, estuviera allí. Siempre había sabido moldear la Niebla para hacer ver a la gente lo que ella quería. Percy nunca había sido demasiado bueno en eso. No dejaba de pensar: “No me miréis”, y esperaba que los romanos debajo de ellos no se dieran cuenta de que el gigantesco trirreme de bronce descendiera en su ciudad en el medio de la hora punta a primera hora de la mañana.

Parecía funcionar. Percy no vio ningún coche huyendo o a los romanos señalando hacia el cielo y gritando:

—¡Alienígenas!

El Argo II aterrizó en el campo lleno de hierba y los remos se retrajeron.

El ruido del tráfico estaba a su alrededor, pero el parque en sí parecía pacífico y desértico. A su izquierda, un césped verde se extendía hacia una hilera de árboles. Una casa antigua se acurrucaba en la sombra de unos extraños pinos con finos y curvos troncos que medían unos diez o doce metros, y de su copa colgaban unos toldos. Le recordaban a Percy a unos árboles como los que salían en los libros del doctor Seuss que su madre acostumbraba a leerle cuando era pequeño.

A su derecha, serpenteando a lo largo de la colina, había una gran pared de ladrillos con agujeros en lo alto para arqueros, quizá una pared de defensa medieval, quizá de la Antigua Roma. Percy no estaba seguro.

Al norte, a unos cuantos kilómetros a través de la ciudad, lo alto del Coliseo se alzaba por entre los tejados, igual que lo hacía en las postales. Entonces fue cuando las piernas de Percy comenzaron a temblar. Estaba allí. Había creído que su viaje a Alaska había sido bastante exótico, pero ahora estaba en el corazón del antiguo Imperio Romano, territorio enemigo para un semidiós griego. De alguna manera, aquél lugar había moldeado su vida igual que lo había hecho Nueva York.

Jason señaló a la base de la pared de los arqueros, donde unos escalones llevaban a un tipo de túnel.

—Creo que sé dónde estamos—dijo—. Es la Tumba de los Escipiones.

Percy frunció el ceño.

—¿Escipión? ¿El pegaso de Reyna?

—No—añadió Annabeth—. Eran una familia noble romana y, guau... este lugar es increíble.

Jason asintió.

—He estudiado mapas de Roma antes. Siempre he querido venir aquí, pero...

Nadie se preocupó de terminar la frase. Al juzgar por las caras de sus amigos, Percy podía deducir que estaban todos sin habla igual que él. Lo habían conseguido. Habían llegado a Roma. Roma...

—¿Planes? —preguntó Hazel—. Nico tiene hasta el atardecer, como mucho. Y toda esta ciudad se supone que es destruida hoy.

Percy se sacó de sí mismo del asombro.

—Tienes razón. Annabeth... ¿recuerdas desde dónde salía el camino que tenías que seguir con tu mapa de bronce?

Sus ojos grises se volvieron más oscuros, algo que Percy interpretó como:

“Recuerda qué te dije, colega. Guárdate ese sueño para ti”.

—Sí—dijo ella con cautela—. Es en el río Tíber. Creo que puedo encontrarlo, pro debería...

—Llévame contigo—acabó Percy—. Sí, tienes razón.

Annabeth le clavó la mirada.

—Eso no es...

—Seguro—le ayudó—. Una semidiosa caminando a través de Roma sola, quiero decir. Iré contigo hasta el Tíber. Podremos usar la carta de recomendación, con suerte encontraremos al dios del río Tíber. Quizá pueda darte ayuda o consejo. Entonces podrás ir sola a partir de ahí.

Tuvieron un combate de miradas en silencio, pero Percy no retrocedió. Cuando él y Annabeth comenzaron a salir, su madre no había dejado de repetirle una y otra vez: “Es de buena educación acompañar a tu novia hasta la puerta”. Si aquello era cierto, tenía que ser de buena educación acompañarla hasta su misión solitaria hacia una muerte segura.

—De acuerdo—murmuró Annabeth—. Hazel, ahora que estamos en Roma, ¿puedes que puedes localizar a Nico?

Hazel parpadeó, como si hubiera salido del trance de ver la competición entre Percy y Annabeth.

—Eh, con suerte, si me acerco lo suficiente. Tendré que dar una vuelta por la ciudad. Frank, ¿te vienes conmigo?

Frank sonrió.

—Por supuesto.

—Ah, y... Leo—añadió Hazel—. Puede que sea buena idea que vengas con nosotros. Los peces-centauro dijeron que necesitaríamos tu ayuda con algo mecánico.

—Sí—dijo Leo—. Pues claro.

La sonrisa de Frank se convirtió en algo parecido al gesto de la máscara de Crisaor.

Percy no era un genio cuando tenía que ver con las relaciones, pero incluso él pudo sentir que había tensión entre ellos tres. Desde que habían salido del Atlántico no habían actuado igual. No era que los dos chicos compitieran por Hazel, era como si los tres estuvieran unidos, actuando en algún tipo de serie de asesinatos, pero como si aún no hubieran descubierto cuál de ellos era la víctima. Piper sacó su daga y la apoyó contra el pasamanos.

—Jason y yo podemos vigilar el barco por ahora. Veré qué me puede mostrar Katoptris. Pero, Hazel, si conseguís encontrar a Nico, no vayáis solo. Volved e iremos con vosotros. Para combatir a los gigantes nos necesitaréis a todos. No dijo lo obvio: incluso aunque estuvieran todos juntos, no sería suficiente, a no ser que tuvieran a un dios de su parte. Percy decidió no comentarlo.

—Buena idea—dijo Percy—. ¿Cuándo nos encontraremos de vuelta aquí?

—¿A las tres de la tarde? —sugirió Jason—. Es probablemente lo más tarde que podemos encontrarnos y seguir esperando luchar contra los gigantes y salvar a Nico. Si algo pasa para tener que cambiar el plan, intentad enviar un mensaje Iris. Los demás asintieron en acuerdo, pero Percy vio que varios de ellos miraban a Annabeth. Otra cosa que nadie quiso decir: Annabeth tendría un horario distinto. Podría volver a las tres, o más tarde, o nunca. Pero tendría que estar sola, buscando la Atenea Partenos.

El entrenador Hedge gruñó.

—Eso me dará tiempo para comerme los cocos... quiero decir, para sacar los cocos del casco. Percy, Annabeth. No me gusta que vosotros dos vayáis solos por ahí. Pero recordad: comportaos. Si oigo que pasa cualquier cosa, os enterraré hasta que la Estigia se congele.

La idea de ser enterrado cuando estaban a punto de arriesgar sus vidas era demasiado ridícula. Percy no pudo evitar sonreír.

—Volveremos pronto—prometió. Miró alrededor, a sus amigos, intentando no pensar en que podría ser la última vez que estarían todos juntos—. Buena suerte a todo el mundo.

Leo bajó la pasarela, y Percy y Annabeth fueron los primeros en bajar del barco.

## Capítulo XXXII

### Percy

BAJO OTRAS CIRCUNSTANCIAS, pasear por Roma con Annabeth habría sido genial. Se cogían de las manos mientras se paseaban por entre las anchas calles, los coches humeantes y los alocados motoristas de Vespa, apretándose por entre las multitudes de turistas y atravesando océanos de palomas. El día era cálido. Una vez se alejaron de la asfixia de los coches, el aire olía a pan recién horneado y flores recién cortadas.

Fueron hacia el Coliseo porque era un lugar reconocible, pero llegar hasta allí fue más difícil de lo que Percy había creído. Tan grande y confusa como había parecido la ciudad desde lo alto, lo era incluso más desde el suelo. Varias veces se hubieron perdidos por los callejones sin salida. Encontraron fuentes hermosas y grandes monumentos por accidente.

Annabeth comentaba la arquitectura, pero Percy mantuvo sus ojos en otras cosas. Una vez vio un fantasma morado brillante, un lar, mirándoles por la ventana de un bloque de pisos. Otra vez vio a una mujer con unas ropas blancas, quizá una ninfa o una diosa, sujetando un cuchillo de apariencia peligrosa, escondiéndose por entre las columnas en ruinas de un parque público. Nada les atacó, pero Percy se sintió como si les observaran, y que los observadores no fueran amigos.

Finalmente llegaron al Coliseo, donde una docena de chicos con disfraces baratos de gladiadores estaban peleándose con la policía: espadas de plástico contra porras. Percy no estaba seguro de qué iba todo aquello, pero él y Annabeth decidieron seguir caminando. Algunas veces los mortales eran incluso más raros que los monstruos.

Fueron hacia el oeste, parándose de tanto en cuanto para pedir direcciones. Percy no había pensado en que... eh... bueno, que los italianos hablaban italiano, cuando él no lo hacía. De todas formas, a pesar de eso, no fue un problema. Las pocas veces en las que se les acercaba alguien por la calle y preguntaba algo, Percy les miraba con confusión y entonces cambiaban al inglés.

Siguiente descubrimiento: los italianos usaban los euros, y Percy no tenía. Se arrepintió de eso cuando encontró una tienda turística en la que vendían sodas.

Entonces ya era casi al mediodía, y hacía mucho calor y Percy comenzaba a desear tener un trirreme lleno de cola sin azúcar.

Annabeth arregló el problema. Rebuscó en su mochila, sacó el portátil de Dédalo y tecleó un par de órdenes. Una tarjeta de plástico salió de un compartimento en un lado del portátil.

Annabeth se la mostró, triunfante.

—Tarjeta de crédito internacional. Para emergencias.

Percy la miró asombrado.

—¿Cómo has...? No. No importa. No quiero saberlo. Sigue siendo increíble.

Las sodas ayudaron, pero seguía haciendo calor y estaban cansados cuando llegaron al río Tíber. La ribera estaba llena de piedras. Un conjunto de almacenes, apartamentos, tiendas y cafeterías llenaban el paseo.

El Tíber era ancho, lento y del color del caramelo. Unos cuantos cipreses altos poblaban las ribas. El puente más cercano parecía nuevo, hecho de vigas de metal, pero al lado había una hilera de arcos de piedra que se detenían a mitad del río, unas ruinas que podrían datar de los días del César.

—Ahí es—Annabeth señaló hacia el antiguo puente de piedra—. Lo reconozco del mapa. ¿Pero qué hacemos ahora?

Percy se alegró de que lo hubiera dicho en plural. No quería dejarla aún. De hecho, no estaba seguro de que pudiera hacerlo llegada la hora. Las palabras de Gea no dejaban de resonarle en la cabeza: “¿Caerás solo?”

Miró el río, preguntándose cómo se pondrían en contacto con el dios del río. No quería tener que lanzarse al río. El Tíber no parecía mucho más limpio que el río East en casa, dónde había tenido un par de encuentros con algún que otro espíritu cascarrabias.

Señaló hacia una cafetería cercana con tablas mirando hacia el agua.

—Es la hora del almuerzo. ¿Qué tal si volvemos a usar la tarjeta de crédito?

Aunque era el mediodía, el lugar estaba vacío. Escogieron una mesa en el exterior, y un camarero se acercó. Parecía un poco sorprendido de verles especialmente cuando dijeron que querían almorzar.

—¿Americanos? —preguntó, con una sonrisa llena de dolor.

—Sí—dijo Annabeth.

—Y me gustaría una pizza—dijo Percy.

El camarero parecía estar intentando tragarse una moneda de un euro.

—Por supuesto, signor. Y déjeme suponer: ¿Una Coca-Cola? ¿Con hielo?

—Increíble—dijo Percy. No entendía por qué el camarero le estaba poniendo una cara tan mala. Ni que Percy hubiera pedido una Coca Cola azul.

Annabeth pidió un panini y agua con gas. Después de que el camarero se fuera, sonrió a Percy.

—Creo que los italianos comen mucho más tarde. Tampoco ponen hielo en sus bebidas y sólo hacen pizzas para los turistas.

—Oh—Percy arqueó los hombros—. La mejor comida italiana, ¿y ni siquiera se la comen?

—No diría eso delante de los camareros.

Se cogieron las manos a través de las mesas. Percy estaba feliz de mirar a Annabeth a la luz del sol. Siempre hacía que su pelo brillara y pareciera cálido. Sus ojos tomaban el color del cielo y de los adoquines, cambiando del marrón al azul.

Se preguntó si debería contarle a Annabeth acerca de su sueño sobre Gea destruyendo el campamento Mestizo. Decidió que sería mejor no hacerlo. No necesitaba nada más en lo que preocuparse, no con lo que tenía por delante. Pero le hizo preguntarse... ¿qué habría pasado si no hubieran asustado a los piratas de Crisaor? Percy y Annabeth habrían sido encadenados y llevados a los subalternos de Gea. Su sangre habría sido derramada en las piedras ancestrales. Percy supuso que aquello significaba que serían llevados a Grecia para algún tipo de sacrificio horrible. Pero Annabeth y él habían estado en muchísimas situaciones juntos. Podrían haber hecho un plan de escape, haber salvado al día... y Annabeth no tendría que enfrentarse a aquella misión solitaria en Roma. “No importa cuándo caigas”, dijo Gea.

Percy sabía que era un deseo horrible, pero casi se arrepintió que no hubieran sido capturados en el mar. Al menos Annabeth y él habrían estado juntos.

—No deberías estar apenado—dijo Annabeth—. Estás pensando en Crisaor, ¿verdad? Las espadas no arreglan todos los problemas. Al final nos salvaste. A pesar de sus pensamientos, sonrió.

—¿Cómo haces eso? Siempre sabes en lo que estoy pensando.

—Te conozco—dijo.

“¿Y aún así te gusta?”, quería preguntar Percy, pero se aguantó.

—Percy—dijo—, no cargues el peso de toda la misión. Es imposible. Es por eso por lo que estamos aquí los siete. Y tú tendrás que dejarme buscar la Atenea Partenos por mi cuenta.

—Te eché de menos—confesó—. Durante meses. Un pedazo de nuestras vidas nos fue arrebatado. Si te pierdo de nuevo...

El almuerzo llegó. El camarero parecía más calmado. Haber aceptado que eran americanos despistados, le parecía haber hecho decidir que tendría que perdonarles y tratarles con educación.

—Es una vista hermosa—dijo, señalando con la cabeza hacia el río—. Disfrútenla, por favor.

Una vez se hubo ido, comieron en silencio. La pizza era insulsa, una masa cuadrada sin demasiado queso. “Quizá es por eso por lo que los romanos no la comen. Pobres romanos” pensó Percy.

—Tienes que confiar en mí—dijo Annabeth. Percy casi pensó en que estaría hablando a su sándwich, porque no buscó su mirada—. Tienes que creer en que volveré.

Se tragó otro mordisco de su pizza.

—Creo en ti. Ese no es el problema. ¿Pero volver de dónde?

El sonido de una Vespa les interrumpió. Percy miró hacia el río y tuvo que volver a mirar. La scooter era un modelo anticuado: grande y de color celeste. El conductor era un tipo con un traje gris de seda. Detrás de él estaba sentada una mujer con un pañuelo, con sus manos alrededor de la cintura del hombre. Condujeron por entre las mesas de la cafetería y se detuvieron frente Percy y Annabeth.

—Hola, buenas—dijo el hombre. Su voz era profunda, casi ronca, como la de un actor de películas. Incluso sus ropas parecían anticuadas. Cuando se levantó de su moto, la cintura de sus pantalones estaba más alta de lo normal, pero de alguna manera seguía pareciendo viril y elegante y no un anticuado. Percy tuvo problemas para deducir su edad, quizá unos treinta, a pesar de la moda del hombre y sus modales parecían los de un anciano.

La mujer salió de la moto.

—Hemos tenido la mañana más encantadora de todas—dijo sin aliento.

Parecía tener unos veintiún años, también vestida con ropas anticuadas. Su falda de caléndulas que le llegaba hasta el tobillo y una blusa blanca juntos con un cinturón de cuero, dándole la cintura más estrecha que Percy había visto nunca. Cuando se apartó el pañuelo, su pelo negro corto y rizado tenía el peinado perfecto. Tenía ojos juguetones y oscuros y una sonrisa brillante. Percy había visto náyades con rasgos que parecían menos de elfo que los de aquella mujer.

El sándwich de Annabeth cayó de sus manos.

—Oh, dioses. ¿Cómo... cómo?

Parecía tan sorprendida que Percy supuso que debería de haber sabido quién eran aquellos dos.

—Vosotros me sonáis—dijo. Creyó que podría haberles visto en la televisión.

Parecía como si hubieran salido de alguna serie antigua, pero no podría ser cierto. No habían crecido. Aún así, señaló al chico y dijo—. ¿Tú eres el tipo de Mad Men?

—¡Percy! —Annabeth parecía aterrorizada.

—¿Qué? —protestó—. No veo la televisión.

—¡Es Gregory Peck! —los ojos de Annabeth se abrieron, y su boca formó una O—. y, oh, ¡dioses! ¡Audrey Hepburn! Conozco esta película Vacaciones en Roma. Pero era de los años cincuenta. ¿Cómo es posible que...?



—¡Oh, querida! —la mujer se movió como un espíritu del aire y se sentó en la mesa—. ¡Me temo que me has confundido con otra persona! Me llamo Rea Silvia. Yo era la madre de Rómulo y Remo, hace siglos. Pero es amable por tu parte pensar que estoy igual de joven que en los años cincuenta. Y este es mi marido...

—Tíber—dijo Gregory Peck, tendiéndole la mano a Percy de una forma muy viril—. Dios del río, el Tíber.

Percy le dio la mano. El tipo olía a loción de afeitar. Claro, si Percy fuera el río Tíber también le gustaría camuflar el olor con colonia.

—Oh, hola—dijo Percy—. ¿Siempre parecéis dos estrellas del cine americano?

—¿Lo parecemos? —Tíber frunció el ceño y estudió sus ropas—. No estoy seguro, de hecho. La migración de la civilización occidental va a ambos lados, ya sabes. Roma afectó al mundo, pero el mundo también afecta a Roma. Supongo que esto parece ser influencia americana. He perdido la cuenta a lo largo de los siglos.

—Vale—dijo Percy—, ¿pero estáis aquí para ayudarnos?

—Mis náyades me han dicho que estabais aquí—los ojos oscuros de Tíber se pusieron sobre Annabeth—. ¿Tienes el mapa, querida? ¿Y tu carta de recomendación?

—Eh...—Annabeth le pasó la carta y el disco de bronce. Miraba al dios del río tan efusivamente que Percy comenzó a sentirse celoso.

—E-e-entonces...—tartamudeó—, ¿has ayudado antes a hijos de Atenea en esta misión?

—Oh, querida—la mujer guapa, Rea Silvia, puso su mano sobre el hombro de Annabeth—. Tíber siempre es muy servicial. Salvó a mis hijos Rómulo y Remo, ya sabes y los llevó hasta la diosa loba Lupa. Después, cuando el viejo rey Numen me intentó matar, Tíber sintió lástima por mí y me hizo su esposa. He estado llevando el reino fluvial con él desde entonces. ¡Es encantador!

—Gracias, querida—dijo Tíber con una sonrisa seca—. Y, sí, Annabeth Chase. He ayudado a muchos de tus hermanos... al menos a comenzar su travesía de forma segura. Una lástima que todos murieran dolorosamente más adelante. Bueno, tus documentos parecen estar en orden. Deberíamos ir yendo. ¡La Marca de Atenea nos espera!

Percy agarró la mano de Annabeth, probablemente demasiado fuerte.

—Tíber, déjame ir con ella. Un poco más.

Rea Silvia rió con dulzura.

—Pero no puedes, tontín. Debes volver a tu barco y reunir a tus otros amigos. ¡Enfréntate a los gigantes! La forma en la que deberéis hacerlo aparecerá en el cuchillo de tu amiga Piper. Annabeth seguirá un camino distinto. Debe andar sola.

—Así es—dijo Tíber—. Annabeth se enfrentará a la guardiana del altar por ella misma. Es la única manera. Y Percy Jackson, tienes menos tiempo de lo que creéis para rescatar a vuestro amigo en el jarrón. Debéis apresuraros.

La pizza de Percy parecía ser de cemento en su estómago.

—Pero...

—Todo está bien, Percy—Annabeth le apretó la mano—. Tengo que hacer esto. Comenzó a protestar. La expresión de ella le detuvo. Estaba aterrorizada pero hacía todo lo que podía para ocultarlo, por su bien. Intentó discutir, pero sólo haría las cosas más difíciles para ella. O peor, quizá la convenciera de quedarse. Entonces tendría que vivir con el conocimiento de haber dejado atrás su mayor desafío... suponiendo que sobrevivían a Roma a punto de ser aplastados por Gea que se alzaba e iba a destruir el mundo. La estatua de Atenea tenía la llave para vencer a los gigantes. Percy no sabía por qué o cómo, pero Annabeth era la única que podría encontrarla.

—Tienes razón—dijo, forzando las palabras—. Ten cuidado.

Rea Silvia rió como si fuera un comentario ridículo:

—¿Cuidado? ¡No estará demasiado cuidado! Pero bueno, es necesario. Ven, Annabeth, querida. Te mostraremos dónde comienza tu camino. Después de todo, estás sola.

Annabeth besó a Percy. Ella vaciló, como si estuviera preguntándose qué más decir. Entonces se puso a su mochila sobre sus hombros y subió a la moto.

Percy lo odió. Prefería tener que luchar contra cualquier monstruo en el mundo.

Habría preferido una revancha con Crisaor. Pero se obligó a sí mismo a quedarse sentado y observar cómo Annabeth se iba en moto por las calles de Roma con Gregory Peck y Audrey Hepburn.

## Capítulo XXXIII

### Annabeth

ANNABETH HABÍA SUPUESTO QUE SERÍA PEOR. Si tenía que ir en una misión en solitario, al menos había podido almorzar con Percy a orillas del río Tíber.

Ahora iba dando una vuelta en moto con Gregory Peck.

Sólo conocía aquella vieja película gracias a su padre. Durante los últimos años, desde que habían hecho las paces pasaban más tiempo juntos, y había aprendido que su padre tenía un lado sensiblero. Sí, le gustaba la historia militar, las armas y los biplanos, pero también adoraba las películas antiguas, especialmente las comedias románticas de los años cuarenta y cincuenta. “Vacaciones en Roma” era una de sus preferidas. Había hecho que Annabeth la viera.

Ella pensaba que la trama era tonta, una princesa escapa de sus guardaespaldas y se enamora de un periodista americano en Roma, pero ella sospechaba que su padre le gustaba la película porque le recordaba a su propio romance con la diosa Atenea: otra relación imposible que no había terminado felizmente. Su padre no se parecía en nada a Gregory Peck. Atenea tampoco no era, digamos, una Audrey Hepburn. Pero Annabeth sabía que la gente veía lo que quería ver. No necesitaban la Niebla para modelar sus percepciones.

Mientras la scooter celeste se escurría por entre las calles de Roma, la diosa Rea Silvia le dio a Annabeth un comentario rápido de cómo la ciudad había cambiado a lo largo de los siglos.

—El puente Sublicio estaba aquí—dijo, señalando un meandro del Tíber—. Ya sabes, dónde Horacio y sus dos amigos defendieron la ciudad de un ejército invasor. ¡Ese sí que era un romano valiente!

—Y mira, querida—añadió Tíber—, ese es el lugar en el que Rómulo y Remo acabaron.

Parecía estar hablando de un lugar en la riba dónde algunos patos hacían un nido con bolsas de plástico y envoltorios de caramelos.

—Ah, sí—Rea Silvia suspiró felizmente—. Fuiste muy amable por subir la marea y hacer que mis bebés llegaran a la costa para que les encontraran los lobos.

—No fue nada—dijo Tíber.

Annabeth se sentía mareada. El dios del río estaba hablando de algo que había pasado hacía siglos, cuando aquella zona no era más que marismas y quizá tuviera chabolas. Tíber había salvado a dos bebés, uno de los cuales había acabado fundando uno de los imperios más grandes de todos los tiempos. Y “no fue nada”.

Rea Silvia señaló hacia un gran edificio de apartamentos moderno.

—Eso era un templo de Venus. Luego fue una iglesia. Después un palacio. Después un edificio de apartamentos. Se quemó tres veces. Y después otro edificio de apartamentos, de nuevo. Y ese lugar ahí...

—Por favor—dijo Annabeth—. Me estáis mareando.

Rea Silvia rió.

—Lo siento, querida. Capas y capas de historia, pero no es nada comparado con Grecia. Atenas era vieja cuando Roma era un puñado de chozas cochambrosas. La verás, si sobrevives.

—No ayudas—murmuró Annabeth.

—Aquí estamos—anunció Tíber. Frenó frente a un gran edificio de mármol la fachada del cual estaba cubierta con mugre de la ciudad, pero aún así era hermosa. Relieves que representaban a los dioses romanos decoraban la azotea. La gigantesca entrada estaba barrada con puertas de acero y cerradas con cerrojos.

—¿Voy ahí dentro? —Annabeth deseó haber llevado a Leo, o al menos haber cogido algunos de los corta-alambres de su cinturón de herramientas.

Rea Silvia se cubrió la boca y rió.

—No, querida. No ahí dentro, sino debajo.

Tíber señaló hacia unos escalones a un lado del edificio, los escalones que habrían llevado al sótano de un edificio si estuvieran en Manhattan.

—Roma es caótica en superficie—dijo Tíber—, pero no es nada comparado con cómo es por debajo. Debes descender a la ciudad enterrada, Annabeth Chase. Encuentra el altar del dios extranjero. Los errores de tus predecesores te guiarán. Después de eso... no sé nada más.

La mochila de Annabeth pesó de repente en sus hombros. Había estudiado el mapa de bronce durante días y había registrado de arriba abajo el portátil de Dédalo en busca de información. Por desgracia, las pocas cosas que había aprendido hacían parecer aquella misión mucho más imposible.

—Mis hermanos... ninguno de ellos han podido llegar al altar, ¿verdad?

Tíber negó con la cabeza:

—Pero conoces el premio que te aguarda, si puedes liberarlo.

—Sí—dijo Annabeth.

—Podrás traer la paz a los hijos de Grecia y Roma—dijo Rea Silvia—. Podrías cambiar el curso de la guerra que se avecina.

—Si sobrevivo—dijo Annabeth.

Tíber asintió tristemente.

—¿Conoces a la guardiana que te espera?

Annabeth recordó las arañas del fuerte Sumter, y el sueño que Percy había descrito, la voz silbante en la oscuridad.

—Sí.

Rea Silvia miró a su marido.

—Es valiente. Quizá sea más poderosa que los demás.

—Eso espero—dijo el dios del río—. Adiós, Annabeth Chase. Y buena suerte.

Rea Silvia sonrió.

—Tenemos una encantadora tarde por delante. ¡Vayamos de compras!

Gregory Peck y Audrey Hepburn arrancaron y se fueron en su moto celeste.

Entonces Annabeth se giró y descendió por los escalones a solas.

Había estado bajo tierra muchísimas veces. Pero a mitad de la bajada, se dio cuenta del tiempo que había pasado desde que había ido de aventuras ella sola. Se quedó congelada.

Dioses... no había hecho algo así desde que era niña. Después de huir de su casa, había pasado varias semanas sobreviviendo ella sola, viviendo en los callejones y escondiéndose de los monstruos hasta que Thalía y Luke la acogieron bajo su protección. Entonces, una vez llegó al campamento Mestizo, había vivido allí hasta que cumplió los doce. Después de eso, todas sus misiones habían sido con Percy o con sus otros amigos.

La última vez que se había sentido así de asustada y sola, tenía siete años.

Recordó el día en el que Thalía, Luke y ella se habían adentrado en un hogar de cíclopes en Brooklyn. Thalía y Luke habían sido capturados, y Annabeth tuvo que cortar sus cuerdas para liberarles. Aún recordaba estar temblando en una esquina en aquella mansión derrumbada, escuchando a los cíclopes imitando las voces de sus amigos, intentando engañarla para salir al claro.

¿Qué pasaba si aquello también era un truco? ¿Qué pasaba si aquellos otros hijos de Atenea morían porque Tíber y Rea Silvia les llevaban a una trampa? ¿Harían Gregory Peck y Audrey Hepburn algo como aquello?

Se obligó a sí misma a seguir andando. No tenía elección. Si la Atenea Partenos estaba de verdad allí abajo, decidiría el destino de la guerra. Lo que era más importante, podría ayudar a su madre y Atenea la necesitaba.

Al final de las escaleras llegó a una vieja puerta de madera con un asa de acero. Por encima del anillo había un disco de metal con una cerradura. Annabeth comenzó a preguntarse en cómo podría abrir el cerrojo, pero en cuanto tocó el asa, una forma fiera ardió en el centro de la puerta: la silueta del búho de Atenea. Salió humo del cerrojo. La puerta se abrió hacia dentro.

Annabeth miró hacia arriba por última vez. En lo alto de la escalinata, el cielo era un cuadrado de azul brillante. Los mortales disfrutarían de aquella cálida tarde. Las parejas sujetarían sus manos en las cafeterías. Los turistas irían de tiendas y museos. Los romanos normales harían sus tareas diarias, probablemente sin pensar en los cientos de años de historia bajo sus pies, y definitivamente inconscientes de los espíritus, dioses y monstruos que seguían morando allí, o el hecho de que su ciudad podría ser destruida en aquel día a no ser que un cierto grupo de semidioses consiguieran detener a los gigantes.

Annabeth cruzó el umbral.

Se encontraba en un sótano que era un ciborg arquitectónico. Paredes de ladrillos antiguos estaban mezclados con cables eléctricos modernos y tuberías. El techo estaba sujeto por una combinación de andamios metálicos y columnas romanas de granito.

A un lado del sótano había cajas. Por curiosidad, Annabeth abrió un par. Algunas estaban llenas con bobinas multicolores de cintas, como las de una cometa o las de los trabajos de las clases de Arte. Otras cajas estaban llenas de espadas baratas de plástico para gladiadores. Quizá en algún momento aquello habría sido el almacén de una tienda para turistas.

Al fondo del sótano, el suelo había sido excavado, revelando otros escalones, aquellos de piedra blanca, que llevaban a un lugar incluso más oscuro.

Annabeth se acercó por el borde. Incluso con el brillo que emanaba de su daga, era demasiado oscuro como para ver por allí. Descansó su mano sobre la pared y encontró un interruptor.

Lo pulsó y unos fluorescentes blancos iluminaron las escaleras. Por debajo, vio un suelo de mosaico decorado con ciervos y faunos, quizá una sala de una antigua domus romana, enterrada bajo el sótano moderno junto con las cajas de cintas y espadas de plástico.

Bajó por las escaleras. La sala era de unos seis metros cuadrados. Las paredes habrían estado pintadas con colores brillantes en algún momento, pero la mayor parte de los frescos habían sido arrancados o estaban borrados. La única salida era un agujero excavado en una esquina del suelo donde el mosaico había sido arrancado. Annabeth se agachó por la abertura. Iba directamente a una cueva más grande, pero Annabeth no podía ver el fondo.

Oía el agua correr por debajo de ella a unos cuantos metros. El aire no olía a alcantarillas, sino a viejo, mustio y ligeramente dulce, como a flores secas. Quizá era un antiguo canal de agua de los acueductos. No había forma de bajar.

—No pienso saltar—se murmuró a sí misma.

Como si fuera una respuesta algo brilló en la oscuridad. La marca de Atenea cobró vida al final de la cueva, revelando un enladrillado alrededor de un canal subterráneo a unos veinte metros por debajo. El búho ardiente parecía estar tentándola: Bueno, es por aquí, será mejor que pienses en algo.

Annabeth consideró sus opciones. Era demasiado peligroso saltar. No había escalerillas ni cuerdas. Pensó en coger algo de los andamios para usarlo de polea, pero todo estaba fijo en su lugar. Además, no quería causar que el edificio se derrumbara encima de ella.

La frustración la inundó como un ejército de termitas. Se había pasado su vida observando a otros semidioses usando poderes increíbles. Percy podía controlar el agua. Si estuviera allí, haría levantar el nivel del agua y bajar flotando en ella. Hazel, por lo que había dicho, podía hacerse camino bajo el suelo con una seguridad sin margen de error e incluso crear o cambiar el curso de los túneles. Podía hacer fácilmente un nuevo camino. Leo sacaría las herramientas adecuadas de su cinturón y construir algo que hiciera el trabajo. Frank se podría convertir en pájaro. Jason simplemente podría controlar el viento y flotar hacia abajo. Incluso Piper con su hechizo oral, habría podido convencer a Tíber y a Rea Silvia de ser algo más útiles.

¿Qué tenía Annabeth? Una daga de bronce que no hacía nada especial, y una moneda de plata maldita. Tenía en su mochila el portátil de Dédalo, unos pedazos de ambrosía para emergencias, una caja de cerillas (probablemente sin uso, pero su padre la había obsesionado con tener algo con lo que poder hacer fuego).

No tenía poderes increíbles. Incluso su único objeto mágico, su gorra de invisibilidad de los Yankees de Nueva York, había dejado de funcionar y se había quedado en su camarote en el Argo II.

“Tienes tu inteligencia” dijo una voz. Annabeth se preguntó si Atenea se lo había dicho o simplemente era un pensamiento esperanzado.

“La hija de la sabiduría anda sola”.

Aquello no significaba que fuera sin gente, se dio cuenta Annabeth, sino que significaba que no tenía poderes especiales.

Vale... ¿cómo podría bajar de forma segura y asegurarse de poder volver si fuera necesario?

Volvió al sótano y observó las cajas. Cintas de cometas y espadas de plástico. La idea que le vino era demasiado ridícula, que casi se echó a reír: pero era mejor que nada.

Se puso manos a la obra. Sus manos parecían saber exactamente qué hacer. Algunas veces sucedía aquello, como cuando ayudaba a Leo con la maquinaria del barco o dibujaba mapas arquitectónicos en el ordenador. Nunca había hecho nada con cintas de cometa y espadas de plástico, pero parecía sencillo y natural. En cuestión de minutos había usado una docena de bobinas de cintas y una caja llena de espadas para crear una escalerilla artesanal: una línea atada, tejida a la fuerza pero no demasiado gruesa, con espadas atadas que servían de agarre para pies y manos.

Como prueba, la ató alrededor de una columna de apoyo y se apoyó contra la cuerda con todo su peso. Las espadas de plástico se dobló bajo su peso, pero le daba resistencia extra a los nudos de la cuerda, por lo que al menos la aguantaría. La escalerilla no ganaría ningún concurso de diseño, pero la ayudaría a llegar al fondo de la cueva sana y salva. Para comenzar, llenó su mochila con los restos de las bobinas de cintas. No estaba segura por qué, pero podrían ser de ayuda y tampoco no pesaban demasiado.

Fue hacia el agujero del suelo del mosaico. Aseguró un extremo de la escalerilla hacia la parte más cercana del andamio y lanzó la cuerda por la cueva y bajó por ella.



## Capítulo XXXIV

### Annabeth

MIENTRAS ANNABETH COLGABA EN EL AIRE, descendiendo paso a paso con la escalerilla yendo de un lado a otro bruscamente, agradeció a Quirón por todos aquellos años de entrenamiento en los cursillos de escalada en el campamento Mestizo. Siempre se quejaba en voz alta de que la escalada de cuerda nunca sería de ayuda para vencer a los monstruos y Quirón siempre sonreía, como si supiera que algún día llegaría aquél momento.

Finalmente Annabeth llegó al final. Esquivó el enladrillado y aterrizó en el cana, pero resultó ser de unos centímetros de profundidad. El agua helada inundó sus deportivas.

Alzó su daga brillante. El estrecho canal recorría el centro del túnel enladrillado. Cada pocos metros, unas tuberías de cerámica se fundían en las paredes. Supuso que las tuberías serían desagües, parte del sistema de tuberías de la Antigua Roma, aunque era increíble que un túnel como aquél hubiera sobrevivido, metido entre medio tuberías, sótanos y alcantarillas de otros siglos.

Un repentino pensamiento le vino a la cabeza incluso más rápido que el agua. Hacía unos años, Percy y ella habían ido en una misión al laberinto de Dédalo, una red secreta de túneles y habitaciones, altamente encantada que recorría todo el subsuelo del continente americano.

Cuando Dédalo murió en la Batalla del Laberinto, el laberinto completo se derrumbó, o eso creía Annabeth. ¿Pero qué pasaba si sólo había pasado en América? ¿Qué pasaba si aquello era una versión más antigua del laberinto? Dédalo le dijo una vez que su laberinto tenía vida propia. Crecía y cambiaba constantemente. Quizá el laberinto se podría regenerar, como los monstruos.

Aquello tendría sentido. Era una fuerza arquetípica, como diría Quirón, algo que nunca podría morir.

Si aquello formaba parte del laberinto...

Annabeth decidió no obcecarse con aquello, pero también decidió asumir que sus direcciones no serían precisas. El laberinto hacía que las distancias perdieran el significado. Si no iba con cuidado, podría andar dos metros en la dirección equivocada y acabar en Polonia.

Para asegurarse, ató una bobina de cinta al final de su escalerilla improvisada. Podría ir desenrollándola detrás de ella mientras exploraba. Un truco antiguo, pero funcionaba.

Se cuestionó a dónde ir. El túnel parecía ir en todas direcciones. Entonces, a unos cinco metros a su izquierda la marca de Atenea ardió contra la pared. Annabeth pudo jurar que aquellos grandes y ardientes ojos la miraban, como diciendo, "¿Qué te pasa? ¡Date prisa!".

Comenzaba a odiar a aquél búho.

Cuando llegó al lugar, la imagen había desaparecido, y se había quedado sin cinta en su primera bobina.

Mientras ataba una nueva, miró por el túnel. Había una sección rota del enladrillado, como si un mazo hubiera abierto un agujero en la pared. Se atrevió a mirar en el interior. Metiendo su daga en el agujero para iluminarse, Annabeth podía ver una cámara más baja, larga y estrecha, con suelo de mosaico, paredes pintadas y bancos pegados a lo largo de las paredes. Tenía la forma de algún tipo de aparcamiento de supermercado.

Metió su cabeza por el agujero, esperando que nada saltara a por ella. En el extremo más cercano de la sala había un umbral tapiado. En el extremo más lejano había una mesa de piedra, o quizá un altar.

El túnel acuático seguía recto, pero Annabeth estaba segura de que aquél era su camino. Recordó lo que Tíber le había dicho: "Encuentra el altar del dios extranjero". No parecía que hubiera salidas por la sala del altar, pero era una caída baja en el banco de debajo. Podría ser capaz de subir de nuevo sin problemas.

Aún sujetando su cinta, se introdujo por el agujero.

El techo de la sala estaba poblado de arcos de ladrillos, pero a Annabeth no le gustó el aspecto de aquellos apoyos. Justo por encima de su cabeza, el arco más cercano a la salida tapiada, estaba partido por la mitad. Unas grietas recorrían el techo. El lugar había estado probablemente abandonado durante dos mil años, pero decidió no pasar demasiado tiempo allí dentro. Con su suerte, seguro que se derrumbaría en dos minutos.

El suelo era un mosaico estrecho con siete imágenes en hilera. A los pies de Annabeth había un cuervo. A su lado había un león. Otros representaban guerreros romanos con distintas armas. Los demás estaban dañados o demasiado cubiertos con polvo como para que Annabeth pudiera distinguir las características. Los bancos a cada lado estaban poblados con cerámica rota. Las paredes estaban pintadas con escenas de un banquete: un hombre vestido con una túnica y un gorro puntiagudo, sentado al lado de un tipo que irradiaba rayos de sol. A su lado y de pie habían portadores de antorchas y sirvientes y varios animales como cuervos y leones se paseaban por el fondo. Annabeth no estaba segura de lo que representaba la imagen, pero no le recordaba a ninguna de las leyendas griegas que conocía.

En el extremo más lejano de la habitación, el altar estaba elaboradamente esculpido con un friso que mostraba un hombre con un gorro puntiagudo como un cucurucho sujetando un cuchillo al lado del cuello de un toro. En el altar había una estatua de piedra de un hombre arrodillado en la roca, con una daga y una antorcha en sus manos alzadas. De nuevo, Annabeth no tenía ni idea de lo que significaban las imágenes.

Dio un paso hacia el altar. Su pie hizo un crujido. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que había puesto su pie en unas costillas humanas.

Annabeth ahogó un grito. ¿De dónde había salido aquello? Había mirado por el suelo hacía un momento y no había visto ningunos huesos. Ahora el suelo estaba cubierto de ellos. Las costillas eran obviamente antiguas. Se redujeron a polvo cuando apartó el pie. A su lado había una daga de bronce oxidado muy parecida a la suya. O bien aquella persona muerta había estado llevando el arma o le habían matado con ella.

Sacó su hoja para ver delante de ella. Un poco más lejos en la sala extendidos por toda la sala había un esqueleto completo introducido en los restos de un traje rojo bordado, como si el vestido de un hombre del Renacimiento. Su collar de volantes y su calavera habían sido quemadas pobremente, como si hubiera decidido lavarse el pelo con una antorcha.

Maravilloso, pensó Annabeth. Miró hacia la estatua del altar, que sujetaba una daga y una antorcha.

“Yo no seré un esqueleto más en el suelo” decidió Annabeth. Aquellos dos tipos habían fallado. Corrección: no sólo dos chicos. Había más huesos y más harapos de ropas que se extendían por todo el suelo hasta el altar. No podía saber cuántos esqueletos había, pero apostaría lo que fuera para decir que todos eran semidioses del pasado, hijos de Atenea en la misma misión.

—Yo no seré un esqueleto más en tu suelo—le dijo a la estatua, esperando sonar valiente.

—Una chica—dijo una voz llorosa, resonando por toda la sala—. Las chicas no son permitidas.

—Una semidiosa—dijo una segunda voz—. Inexcusable.

La cámara retumbó. Cayó polvo del techo agrietado. Annabeth retrocedió hasta el suelo por el que había venido, pero había desaparecido. Su cinta había sido cortada. Se subió en el banco y tocó la pared dónde había estado el agujero, esperando que su desaparición fuera sólo una ilusión, pero la pared era sólida. Estaba atrapada.

A lo largo de los bancos, una docena de fantasmas aparecieron: eran hombres morados brillantes vestidos con togas romanas, como los lares que había visto en el Campamento Júpiter. La miraban como si hubiera interrumpido su reunión. Hizo lo que pudo. Bajó del banco y puso su espalda contra el umbral tapiado. Intentó parecer segura de sí misma, a pesar de que los fantasmas con los ceños fruncidos y los esqueletos de los semidioses le hacían querer esconderse en su propia camiseta y gritar.

—Soy una hija de Atenea—dijo, todo lo segura de sí misma que pudo.

—Griega—dijo uno de los fantasmas con disgusto—. Eso es incluso peor.

En el otro extremo de la sala, un fantasma anciano se levantó con dificultad (¿los fantasmas podían tener artritis?) y se puso detrás del altar, con sus oscuros ojos fijados en Annabeth. Su primer pensamiento fue que parecía un obispo. Tenía una ropa brillante, un gorro puntiagudo y el cayado de un pastor.

—Esta es la cueva de Mitras—dijo el anciano fantasma—. Has trastornado nuestro ritual sagrado. No puedes observar nuestros misterios y sobrevivir.

—Yo no quiero observar vuestros misterios—le aseguró Annabeth—. Estoy siguiendo la Marca de Atenea. Mostradme la salida y seguiré mi camino.

Su voz sonaba relajada, lo que le sorprendió. No tenía ni idea de cómo salir de allí, pero sabía que tenía que conseguir completar lo que sus hermanos no habían podido. Su camino la llevaba más allá, más profundo en las capas subterráneas de Roma.

“Los errores de tus predecesores te guiarán” había dicho Tíber, “Después de eso, no lo sé”.

Los fantasmas murmuraron entre ellos en latín. Annabeth entendió algunas palabras hostiles acerca de las semidiosas y Atenea.

Finalmente el fantasma con el gorro de obispo golpeó su cayado de pastor contra el suelo. Los otros lares se callaron.

—Tu diosa griega no tiene potestad aquí—dijo el obispo—. ¡Mitras es el dios de los guerreros romanos! ¡Él es el dios de la legión, el dios del imperio!

—Ni siquiera era romano—protestó Annabeth—. ¿No era persa o algo?

—¡Sacriléga! —gritó el anciano, golpeando su cayado contra el suelo unas cuantas veces más—. ¡Mitras nos protege! Yo soy el *pater* de nuestra fraternidad...

—¿El padre? —tradujo Annabeth.

—¡No interrumpas! Como el *pater*, debo proteger nuestros misterios.

—¿Qué misterios? —preguntó Annabeth—. ¿Una docena de tipos muertos vestidos con togas sentados en una cueva?

Los fantasmas murmuraron y se quejaron, hasta que el *pater* les puso bajo control con un silbido de pastor. El anciano tenía un buen par de pulmones.

—Tú eres claramente una infiel. Como los demás, debes morir.

“Los demás”, Annabeth tuvo que esforzarse para no mirar hacia los esqueletos.

Su mente funcionaba con furia, rebuscando todo lo que sabía acerca de Mitras.

Tenía un secreto culto para los guerreros. Era muy popular en la legión. Era uno de los dioses que habían suplantado a Atenea como diosa bélica. Afrodita le había mencionado durante su fiesta del té en Charleston. Además de eso, Annabeth no tenía ni idea. Mitras no era uno de los dioses de los que se habla en el Campamento Mestizo. Dudaba de que los fantasmas pudieran esperar hasta que sacara el portátil de Dédalo e hiciera un par de búsquedas.

Miró por el suelo de mosaico, siete imágenes en hilera. Observó los fantasmas y se dio cuenta de que todos llevaban algún tipo de broche en su toga: un cuervo, una antorcha, un arco...

—Tenéis rituales de entrada—soltó—. Siete niveles de miembros. Y el rango más alto es el *pater*.

Los fantasmas contuvieron un aliento colectivo. Entonces todos comenzaron a gritar al unísono.

—¿Cómo sabe esto? —preguntó uno.

—¡La chica ha descubierto nuestros secretos!

—¡Silencio! —ordenó el *pater*.

—¡Pero puede que sepa también acerca de las pruebas! —gritó otro.

—¡Las pruebas! —dijo Annabeth—. ¡Sé acerca de ellas!

Otra ronda de alientos contenidos.

—¡Ridículo! —gritó el *pater*—. ¡La chica miente! Hija de Atenea, escoge tu forma de morir. Si no escoges, el dios escogerá por ti.

—Fuego o daga—supuso Annabeth.

Incluso el *pater* sonó sorprendido. Apparentemente no había recordado que habían víctimas de sus castigos pasados en el suelo.

—¿Cómo... cómo has? —tragó saliva—. ¿Quién eres tú?

—Una hija de Atenea—dijo Annabeth de nuevo—. Pero no cualquier hija. Soy... eh... la *mater* en mi hermandad femenina. La *magna mater*, de hecho. No hay misterios para mí. Mitras no puede esconder nada de mi vista.

—¡La *magna mater*! —un fantasma gimió desesperado—. ¡La gran madre!

—¡Matadla! —uno de los fantasmas atacó, con sus manos alzadas para estrangularla, pero simplemente la atravesó.

—Estás muerto—le recordó Annabeth—. Siéntate.

El fantasma parecía avergonzado y volvió a su sitio.

—No necesitamos mataros nosotros mismos—gruñó el *pater*—. ¡Mitras lo hará por nosotros!

La estatua en el altar comenzó a brillar.

Annabeth apretó sus manos contra el umbral tapiado a su espalda. Tenía que ser la salida. La argamasa se estaba derruyendo, pero no era lo suficientemente débil como para romperlo con la fuerza bruta.

Miró desesperadamente a través de la sala, el techo agrietado, el mosaico en el suelo, las paredes pintadas y el altar esculpido. Comenzó a hablar, haciendo deducciones a partir de lo que se le venía a la mente.

—No es necesario todo esto—dijo—. lo sé todo. Probáis a vuestros iniciados con fuego porque la antorcha es el símbolo de Mitras. Su otro símbolo es la daga, por lo que también los probáis con la hoja de la daga. Queréis matar, igual que... igual que Mitras mató al toro sagrado.

Era toda una suposición, pero el friso del altar mostraba a Mitras matando a un toro, por lo que Annabeth supuso que sería importante. Los fantasmas gimieron y se cubrieron los oídos. Algunos se azotaron las caras como si quisieran despertar de una pesadilla.

—¡La gran madre sabe! —dijo uno—. ¡Es imposible!

“A no ser que mires por la sala”, pensó Annabeth, mientras su confianza crecía.

Miró al fantasma que había hablado. Tenía una insignia de un cuervo atada en su toga, el mismo símbolo que había en el suelo bajo sus pies.

—Tú eres sólo un cuervo—le reprendió—. Es el rango más bajo. Así que cállate y déjame hablar con el *pater*.

El fantasma lloró.

—¡Piedad! ¡Misericordia!

En el extremo de la habitación, el *pater* tembló o bien por furia o miedo, pero Annabeth no pudo saberlo. Su gorro episcopal se había ladeado como un globo deshinchándose.

—De verdad que sabes mucho, gran madre. Tu sabiduría es grande, pero es por eso por lo que no puedes salir de aquí. La tejedora nos avisó de que vendrías.

—La tejedora...—Annabeth se dio cuenta de que comenzó a inundarla un sentimiento acerca de lo que estaba hablando: la cosa en la oscuridad del sueño de Percy, el guardián del altar. Aquella era una de las veces que Annabeth no

quería saber la respuesta correcta, pero intentó mantener la calma—. La tejedora me teme. No quiere que siga la Marca de Atenea. Pro me dejaréis pasar.

—¡Debes escoger una prueba! —insistió el *pater*—. ¡Fuego o daga! Sobrevive a una, y quizá, entonces.

Annabeth miró los esqueletos de sus hermanos. “Los errores de tus predecesores te guiarán”.

Todos habían cogido uno de los dos: fuego o daga. Quizá habían pensado que podrían superar la prueba. Pero todos habían muerto. Annabeth necesitaba una tercera opción.

Miró hacia la estatua del altar, que brillaba con colores rojos cada vez más. Podía notar el calor por la sala. Su instinto era centrarse en la daga o en la antorcha, pero no pudo evitar concentrarse en la base de la estatua. Se preguntó por qué sus piedras estaban hundidas en la piedra. Entonces se le ocurrió: quizá la pequeña estatua de Mitras no estaba hundida en la piedra, sino que emergiendo de ella.

—Ni por antorcha ni por daga—dijo Annabeth con firmeza—. Hay una tercera prueba, la cual pasaré.

—¿Una tercera prueba? —preguntó el *pater*.

—Mitras nació de la roca—dijo Annabeth, esperando tener razón—. Emergió completamente crecido de la piedra, sujetando una daga y una antorcha.

El griterío y los gemidos le confirmaron su suposición.

—¡La gran madre lo sabe todo! —gritó el fantasma—. ¡Ese es nuestro secreto mejor guardado!

“Entonces quizás no deberíais poner una estatua de ello en vuestro altar” pensó Annabeth. Pero agradeció a aquellos estúpidos hombres fantasmas por ello. Si hubieran dejado entrar a mujeres en su culto, podrían haber aprendido un poco de sentido común.

Annabeth señaló dramáticamente hacía la pared por la que había venido.

—¡Yo he nacido de la estatua, igual que Mitras! ¡Por lo tanto, ya he pasado vuestra prueba!

—Bah—le espetó el *pater*—. ¡Has venido de un agujero en la roca! No es lo mismo.

De acuerdo. Aparentemente el *pater* no era tan tonto como parecía, pero Annabeth siguió confiada. Miró hacia el techo y otra idea le vino. Todos los detalles comenzaron a encajar en su mente.

—Yo controlo las piedras—dijo alzando los brazos—. Yo probaré que mi poder es superior al de Mitras. Con un solo golpe, haré que se derrumbe esta sala.

Los fantasmas gimieron y temblaron y miraron al tejo, pero Annabeth sabía que no veían lo que ella. Aquellos fantasmas eran guerreros, no ingenieros. Los hijos de

Atenea tenían varias habilidades, y no sólo en combate. Annabeth había estudiado arquitectura durante años. Sabía que aquella cámara antigua estaba al borde del derrumbamiento. Reconoció lo que las grietas del techo significaban, todas saliendo de un único punto, lo alto del arco de piedra por encima de ella. El arco estaba a punto de derrumbarse y cuando eso sucediera, suponiendo que podría cronometrarlo todo correctamente...

—¡Imposible! —gritó el *pater*—. La tejedora nos paga tributos para destruir a todos los hijos de Atenea que osen entrar en este altar. Nunca podemos fallarle. No podemos dejarte pasar.

—¡Entonces temed mi poder! —dijo Annabeth—. ¡Debes admitir que puedo destruir vuestra cámara secreta!

El *pater* frunció el ceño. Se irguió el gorro, incómodo. Annabeth sabía que le había puesto en una situación peliaguda. No podía retroceder sin parecer cobarde.

—Haz lo que quieras, hija de Atenea—decidió—. Nadie pudo derrumbar la cueva de Mitras, especialmente con un solo golpe. ¡Y mucho menos una chica!

Annabeth levantó su daga. El techo era bajo. Podía llegar al arco con facilidad pero tenía que conseguir que funcionara.

El umbral detrás de ella estaba bloqueado, pero en teoría, si la habitación comenzaba a derrumbarse, los ladrillos se debilitarían y se caerían. Debería de ser capaz de hacerse camino a través de ellos antes de que todo el techo se cayera, suponiendo, por supuesto, que hubiera algo detrás de la pared de ladrillos, no sólo tierra sólida y suponiendo que Annabeth fuera lo suficientemente rápida y fuerte y tuviera bastante suerte. De otra forma, sería tortita de semidiós.

—Bueno, chicos—dijo—. Parece que habéis escogido el dios de la guerra equivocado.

Golpeó el arco. La hoja de bronce celestial se hundió como si fuera un terrón de azúcar. Por un momento, nada sucedió.

—¡Ja! —rió el *pater*—. ¿Ves? ¡Atenea no tiene poder aquí!

La habitación tembló. Una grieta recorrió todo el techo y el extremo alejado de la cueva se derrumbó, enterrando el altar y el *pater*. Se abrieron más grietas. Caían ladrillos de los arcos. Los fantasmas gritaron y corrieron, pero parecía que no podían pasar a través de las paredes. Aparentemente estaban atados a aquella cámara incluso después de la muerte.

Annabeth se giró. Se lanzó contra la entrada bloqueada con toda su fuerza, y los ladrillos se cayeron. Mientras la cueva de Mitras se derrumbaba detrás de ella, se lanzó contra la oscuridad y se encontró a sí misma cayendo.



## Capítulo XXXV

### Annabeth

ANNABETH CREYÓ QUE SABÍA LO QUE ERA EL DOLOR. Había caído por la pared de lava en el campamento Mestizo. Le habían clavado en el brazo una hoja envenenada en el puente Williamsburg. Incluso había soportado el peso del cielo en sus hombros.

Pero no era nada comparado con aterrizar sobre su tobillo.

De inmediato supo que se lo había roto. El dolor era como acero hirviendo subiendo por su pierna y llegar hasta su cintura. El mundo se redujo a ella, su tobillo y la agonía.

Casi se desmayó. Le dolía la cabeza. Su respiración se volvió entrecortada y rápida.

«No» se dijo, «No puedes entrar en shock».

Intentó respirar más poco a poco. Descansó hasta que el dolor se redujo de una absoluta tortura a un sencillo dolor punzante.

Parte de ella quería gritarle al mundo por ser tan injusto. ¿Después de todo aquél camino, y se detenía por algo tan común como un tobillo roto?

Forzó a sus emociones a relajarse. En el campamento, le habían entrenado para sobrevivir a todo tipo de situaciones, incluyendo a heridas como aquella.

Miró a su alrededor. Su daga había caído a unos metros. Con su tenue luz podía ver las características de la sala. Estaba descansando en un suelo frío de arenisca. El techo era de dos pisos de altura. El umbral por el que había caído estaba a unos cinco metros del suelo, ahora completamente bloqueado con escombros que habían caído en cascada de la cámara, haciendo una rampa de piedras. Esparcidas a su alrededor había piezas de madera, algunas rotas y desecadas y otras rotas en astillas.

“Estúpida», se reprendió. Se había lanzado contra el umbral, suponiendo que habría un pasillo u otra sala. Nunca se le ocurrió que pudiera lanzarse al vacío. Las astillas probablemente habrían sido una escalera, hecha astillas hacía tiempo. Inspeccionó su tobillo. Su pie no parecía demasiado torcido. Podía notar los dedos de los pies. No veía sangre. Todo estaba bien.

Cogió un pedazo de madera. Incluso aquel pequeño movimiento le hizo gritar.

La tabla se rompió en su mano. La madera podía tener siglos de antigüedad, incluso milenios. No tenía ni idea de si aquella sala era más antigua que el altar de Mitras, o si, como el laberinto, las habitaciones eran una mezcla de distintas épocas juntadas al azar.

—De acuerdo—dijo en voz alta, para oír su voz—. Piensa, Annabeth. Prioriza.

Recordó un tonto curso de supervivencia que Grover había impartido en el campamento. Al menos le había parecido tonto en su momento. Primer paso: observa tus alrededores para amenazas inmediatas.

La única salida estaba en la pared más lejana, un umbral con forma de arco que llevaba hacia la oscuridad. Entre ella y el umbral, había un pequeño enladrillado que recorría el suelo, llevando el agua fluyendo a través de la sala de izquierda a derecha. ¿Quizá la tubería de tiempos romanos de antes? Si el agua era potable, sería genial.

Amontonados en una esquina había vasos de cerámica rotos, de los que caía algo marrón que en su momento habrían sido fruta. Puaj. En otra esquina había cajas que parecían intactas, pero había otras cajas de aspecto más extraño con tiras de cuero.

—Es decir, no hay peligro inmediato—se dijo a sí misma—. A no ser que algo salga del túnel oscuro.

Miró hacia el umbral, casi desafiando a su suerte a ponerse peor. No pasó nada.

—De acuerdo—dijo—. Siguiendo paso: recoge inventario.

¿Qué podría usar? Tenía su botella de agua, y más agua del conducto si podía llegar. Tenía su daga. Su mochila estaba llena de cintas de colores (genial), su portátil, su mapa de bronce, algunas cerillas y un poco de ambrosía para emergencias.

Ah, sí... Aquello era una emergencia. Sacó la comida divina de su mochila y la devoró. Como era normal, sabía a recuerdos reconfortantes. Esta vez eran palomitas de mantequilla, una noche de cine con su padre en su casa en San Francisco, sin madrastra ni hermanastros, simplemente ella y su padre acurrucados en el sofá viendo comedias románticas pastelosas.

La ambrosía calentó todo su cuerpo. El dolor de su pierna se volvió en un zumbido. Annabeth sabía que seguía teniendo problemas. Incluso la ambrosía no podía curar huesos rotos. Podía acelerar el proceso, pero en el mejor de los casos, no podría apoyar el peso en su pie durante un día o más.

Intentó coger su cuchillo, pero estaba demasiado lejos. Se movió hacia allí. El dolor se intensificó de nuevo, como si fueran uñas clavándose en su pie. Su cara estaba cubierta de sudor, pero después de otro intento, consiguió alcanzar la daga.

Se sintió mejor al tenerla en sus manos, no sólo por la luz y la protección, pero también porque le era familiar.

¿Y a continuación? Las clases de supervivencia de Grover habían mencionado algo acerca de quedarse quieta y esperar para el rescate, pero eso no iba a pasar. Incluso si Percy de alguna manera se las arreglaba para seguir sus pasos, la cueva de Mitras se había derrumbado.

Podía intentar contactar con alguien con el portátil de Dédalo, pero dudó que consiguiera encontrar una señal allí abajo. Además, ¿a quién podría llamar? No podría enviar ningún mensaje a nadie lo suficientemente cerca como para poder ayudar. Los semidioses nunca llevaban móviles, porque las señales atraían la atención de los monstruos., y ninguno de sus amigos estaría por allí mirando sus bandejas de entrada de sus correos.

¿Un mensaje Iris? Tenía agua, pero dudaba de que pudiera haber la suficiente luz como para hacer un arcoíris. La única moneda que tenía era un dracma de plata ateniense, que no era un buen tributo.

Había otro problema con llamar en busca de ayuda: se suponía que era una misión en solitario. Si Annabeth era rescatada, tendría que admitir haber sido vencida. Algo le decía que la Marca de Atenea no le ayudaría más. Podría estar allí para siempre y nunca encontraría la Atenea Partenos.

Así que... no era nada bueno estar allí esperando ayuda. Lo que significaba era que tenía que encontrar una forma de seguir en solitario.

Abrió su botella de agua y bebió. No se había dado cuenta de lo sedienta que estaba. Cuando la botella estuvo vacía, se arrastró hasta el canal y lo rellenó.

El agua estaba fría y corría rápidamente, buenas señales de que pudiera ser segura para beber. Llenó su botella, entonces ahuecó las manos y derramó un

poco de agua en ellas y se la puso por la cara. De inmediato se sintió más despierta. Se lavó y se limpió las heridas lo mejor que pudo.

Annabeth se incorporó y observó su tobillo.

—Tenías que romperte, ¿eh? —le reprendió.

El tobillo no respondió. Tenía que inmovilizarlo con algún tipo de escayola. Esa era la única forma en la que sería capaz de moverse.

Levantó su daga e inspeccionó la habitación de nuevo con su luz de bronce. Ahora estaba más cerca del umbral, le gustaba mucho menos. Llevaba a un silencioso y oscuro pasillo. El aire que salía olía ligeramente dulce y de alguna forma parecía malvado. Por desgracia, Annabeth no veía otra forma de avanzar que por el pasillo.

Con muchos jadeos y lágrimas contenidas, gateó hasta los restos de las escaleras. Encontró dos tablas que estaban en buena forma y aguantarían lo suficiente como para un torniquete. Entonces se acercó hasta las cajas de aspecto extraño y usó su cuchillo para cortar las tiras de cuero.

Mientras intentaba desesperadamente inmovilizar su tobillo, se dio cuenta de unas palabras borradas en una de las cajas de madera: HERMES EXPRESS.

Annabeth se acercó con emoción hacia la caja.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo allí, pero Hermes repartía todos los tipos de cosas útiles a dioses, espíritus e incluso a semidioses. Quizá había dejado aquella caja allí hacia años para ayudar a los semidioses como ella en su misión.

La abrió y sacó varias láminas de papel de burbujas para envolver, pero fuera lo que fuera lo que hubiera habido dentro, ya no estaba.

—¡Hermes! —protestó.

Miró embobada hacia el papel de burbujas para envolver. Entonces su mente encajó todo, y se dio cuenta de que el papel era un regalo.

—Oh, ¡es perfecto!

Annabeth se cubrió el tobillo roto con el papel de burbujas. Lo cubrió con las maderas y lo ató con las cintas de cuero.

Hacía tiempo, en una práctica de primeros auxilios, había entablillado una falsa pierna rota a un campista, pero nunca se imaginó que tendría que hacérselo a sí misma.

Era un trabajo duro y doloroso, pero finalmente terminó. Buscó por entre los escombros de las escaleras hasta que encontró parte de la barandilla, una tabla estrecha de un metro y medio que le serviría como muleta. Puso su espalda contra la pared, con su pierna buena preparada y se levantó.

—Guau—unas chispas negras aparecieron en su vista, pero se mantuvo de pie—. La próxima vez—murmuró hacia la sala oscura—, dejadme combatir contra un monstruo. Es mucho más fácil.

Por encima del umbral, la marca de Atenea cobró vida contra el arco.

El búho ardiente parecía estar observándola, expectante, como si dijera: «A tiempo. ¿Quieres monstruos? ¡Por aquí!».

Annabeth se preguntó si la marca ardiente estaba basada en un búho sagrado de verdad. Si era así, cuando sobreviviera, iba a encontrar aquél búho y pegarle un puñetazo en toda la cara.

Ese pensamiento la animó. Consiguió pasar por el canal y cojeó lentamente por el pasillo.

## Capítulo XXXVI

### Annabeth

EL TÚNEL ERA RECTO Y LISO, pero después de su caída, Annabeth decidió no tentar a su suerte. Usó la pared como soporte y comprobaba el suelo con su muleta para ver si no había trampas.

Mientras andaba, el ligero olor dulce se intensificó y la sacó de quicio. El sonido del agua corriente desapareció detrás de ella. En su lugar apareció un seco coro de susurros como si fueran un millón de vocecitas. Parecían venir de las paredes y se volvían cada vez más fuertes.

Annabeth intentó acelerar el ritmo, pero no podía ir mucho más rápido sin perder el equilibrio o agitar el tobillo roto. Cojeó adelante, creyendo que algo le perseguía. Las pequeñas voces eran apabullantes todas juntas, acercándose.

Tocó la pared, y su mano volvió llena de telarañas.

Gritó, entonces se maldijo por haber hecho un ruido.

«Es solo una tela de araña», se dijo a sí misma. Pero no dejó de oír el rumor en sus orejas.

Había esperado arañas. Sabía lo que le esperaba: «La tejedora, la Señora, la voz en la oscuridad». Pero las telas de arañas le hicieron darse cuenta de lo cerca que estaba.

Su mano tembló mientras se la limpiaba en las piedras. ¿En qué había estado pensando? No podía hacer aquella misión sola.

«Demasiado tarde» se dijo a sí mismo, «Sigue adelante».

Se abrió camino por el pasillo dando pasos dolorosos. Los sonidos susurrantes se volvieron más fuertes detrás de ella hasta que sonaba como cientos de miles de hojas cayendo por el aire. Las telarañas se volvieron más gruesas, llenando el túnel. En nada estuvo quitándose las de la cara, cortando cortinas vaporosas que la cubrían como el spray pegajoso.

Su corazón quería salir de su pecho y echar a correr. Siguió caminando mientras cojeaba precipitadamente, intentando ignorar el dolor de su tobillo. Finalmente el pasillo acababa en un umbral llenado hasta la altura de la cintura con madera antigua. Parecía como si alguien hubiera querido tapiar la entrada. Era una mala señal, pero Annabeth usó su muleta para apartar las tablas lo mejor que pudo. Subió por las restantes, consiguiendo unas cuantas docenas de astillas en su mano libre.

En el otro lado de la barricada había una cámara del tamaño de una pista de baloncesto. El suelo estaba hecho con mosaicos romanos. Los restos de unos tapices colgaban en las paredes. Dos antorchas apagadas descansaban en los candelabros de la pared a cada lado del umbral, ambos cubiertos con telarañas.

En el extremo más alejado de la habitación, la Marca de Atenea ardía por encima de otro umbral. Por desgracia, entre Annabeth y la salida, el suelo estaba partido por un abismo de unos quince metros. Cruzando el abismo habían dos tablas de madera, demasiado apartados para ambos pies, pero demasiado estrechos como para andar por encima a no ser que Annabeth fuera una acróbata, que no lo era, y si no tuviera un tobillo roto, que sí lo tenía.

El pasillo del que había venido se llenó de sonidos silbantes. Las telarañas temblaron y bailaron mientras las primeras arañas aparecieron: no más grandes que unas gominolas, pero rechonchas y negras, arrastrándose por las paredes y el suelo.

¿Qué tipo de arañas eran? Annabeth no tenía ni idea. Sólo sabía que venían a por ella, y que tenía varios segundos para averiguar un plan.

Annabeth quería sollozar. Quería alguien, cualquiera, que estuviera allí para ella. Quería a Leo con sus habilidades ígneas, o Jason con su relámpago o Hazel para

que derrumbara el túnel. Pero sobre todo quería a Percy. Siempre se sentía más valiente cuando Percy estaba con ella.

«No voy a morir aquí» se dijo a sí misma, «Voy a volver a ver a Percy».

Las primeras arañas estaban casi en la puerta. Detrás de ellas le llegó el rumor de un ejército, un mar negro de patitas peludas. Annabeth cojeó hacia uno de los candelabros de la pared y le sacó la antorcha. El extremo estaba lleno de grasa para encenderlo fácilmente. Sus dedos parecían de plomo, pero rebuscó por su mochila para encontrar las cerillas. Sacó una y encendió la antorcha.

La lanzó hacia el conjunto de arañas. La vieja madera prendió de inmediato. Las llamas hicieron arder las telarañas y se extendieron por todo el pasillo en cuestión de segundos, tostando las arañas a cientos.

Annabeth se apartó de la hoguera. Había conseguido un poco de tiempo, pero dudó que hubiera matado a todas las arañas. Se reagruparían y formarían otro grupo en cuanto el fuego muriera.

Se acercó al borde del abismo. Intentó iluminar el pozo, pero no podía ver el fondo. Saltar sería un suicidio. Podría intentar cruzar por una de las barras con las manos, pero no confiaba en la fuerza de sus brazos, y no sabía cómo sería capaz de poder subir cargando una mochila y con un tobillo roto cuando llegase al otro lado.

Se agachó y estudió los travesaños. Cada uno tenía un conjunto de ganchos de acero por el interior, puestos a intervalos de pasos. Quizá las tablas habían sido los lados de un puente y las placas del medio habían sido quitadas o destruidas. ¿Pero ganchos? No eran para soportar placas. Eran como...

Miró hacia las paredes. El mismo tipo de ganchos habían sido usados para colgar los tapices hechos jirones.

No se había dado cuenta de que los travesaños no eran un puente. Eran algún tipo de telar.

Annabeth lanzó su antorcha al otro lado del vacío. No tenía fe en que su plan funcionara, pero sacó las cintas de su mochila y comenzó a tejer entre los travesaños, tejiendo con formas geométricas, como si jugara a los hilos de un lado a otro, de gancho a gancho, doblando y triplicando la línea.

Sus manos se movieron a una velocidad repentina. Dejó de pensar en la tarea y simplemente lo hacía, dando vueltas y atando las líneas, lentamente extendiendo su red tejida por el vacío.

Olvidó el dolor en su pierna y la barricada de arañas arremolinándose detrás de ella. Se puso por encima del vacío. La tela resistió su peso. Antes de darse cuenta, ya estaba a mitad de camino.

¿Cómo había aprendido aquello?

«Es Atenea», se dijo a sí misma. «Las habilidades de mi madre con las artes útiles». Tejer nunca le había parecido particularmente útil a Annabeth, hasta ahora.

Miró a su espalda. La barricada de fuego estaba cesando. Unas pocas arañas se acercaron a los bordes del umbral.

Siguió tejiendo desesperadamente, y finalmente acabó cruzando. Cogió la antorcha y se la lanzó al puente tejido. Las llamas corrieron por toda la cinta. Incluso los travesaños ardieron como si hubieran sido manchados con aceite.

Durante un momento, el puente ardió en un patrón claro, una hilera ardiente de bûhos idénticos. ¿Los había tejido Annabeth o era algún tipo de magia? No lo sabía, pero cuando las arañas comenzaron a cruzarlo, los travesaños se hundieron y se derrumbaron contra el abismo.

Annabeth contuvo el aliento. No vio ninguna razón por la que las arañas pudieran alcanzarla subiendo las paredes o por el techo. Si comenzaban a hacer eso, tendría que correr, y estaba segura de que no podría moverse lo suficientemente rápido.

Por alguna razón, las arañas no la siguieron. Se arremolinaron al borde del abismo, una profunda alfombra negra de terror. Entonces se dispersaron, volviendo al corredor quemado, casi como si Annabeth ya no fuera interesante.

—O como si hubiera pasado la prueba—dijo en voz alta.

Su antorcha se apagó, dejándola con la única luz de su daga. Se dio cuenta de que se había dejado su muleta improvisada al otro lado del abismo.

Se sintió exhausta y sin trucos, pero su mente estaba despejada. Su miedo parecía haber ardido junto con el puente tejido.

«La tejedora» pensó. «Debe de estar cerca. Al menos sé lo que me espera».

Se abrió paso a través del siguiente pasillo, evitando apoyar el peso en su pie malo. No tuvo que andar mucho. Después de unos cinco metros, el túnel se abrió a una cueva tan grande como una catedral, tan majestuosa que Annabeth tuvo problemas para procesar todo lo que vio. Supuso que aquella sala era la del sueño de Percy, pero no estaba oscura. Braseros de bronce de luz mágica, como los que los dioses usaban en el Monte Olimpo, brillaban alrededor de la circunferencia de la sala, intercalados con tapices preciosos. El suelo de piedra estaba lleno de fisuras como si fuera una capa de hielo. El techo era tan alto, que se perdía en el brillo y con capas y capas de telas de arañas.

Hebras de seda tan gruesas como pilares corrían por el techo por toda la sala, juntando las paredes y el suelo como cables de un puente suspendido.

Las telas de arañas también rodeaban el centro del altar, que era tan intimidante que Annabeth tuvo problemas alzando sus ojos para mirarlo. Brillando por encima de ella había una estatua de unos doce metros de altura de Atenea, con una piel



de marfil luminoso y un vestido de oro. En su mano extendida, Atenea sujetaba una estatua de Nike, la diosa alada de la victoria, una estatua que parecía pequeña desde allí, pero debería ser probablemente tan alta como una persona real. La otra mano de Atenea descansaba en un escudo tan grande como una valla publicitaria, con una serpiente esculpida asomándose desde atrás, como si Atenea la estuviera protegiendo.

La cara de la diosa era serena y gentil... y se parecía a Atenea. Annabeth había visto varias estatuas que no se parecían en nada a su madre, pero aquella versión gigante, hecha siglos antes, le hacía pensar que el artista debía de haber conocido a Atenea en persona. La había representado a la perfección.

—Atenea Partenos—murmuró Annabeth—. Está aquí.

Durante toda su vida, había querido visitar el Partenón. Ahora estaba viendo la atracción principal que había estado allí, y era la primera hija de Atenea en hacerlo en milenios.

Se dio cuenta de que estaba boquiabierta. Se obligó a sí misma a tragar saliva. Annabeth podría haber estado allí de pie durante todo el día mirando la estatua, pero ella sólo había cumplido la mitad de su misión. Había encontrado la Atenea Partenos, ¿cómo podría rescatarla de la cueva?

Hebras de telas de araña la cubrían como una malla. Annabeth sospechaba que sin esas redes, la estatua se habría caído por el suelo debilitado mucho tiempo atrás. Mientras andaba por la sala, podía ver que las grietas bajo sus pies eran tan anchas, que casi podría haber perdido el pie en su interior. Bajo las grietas, no veía nada más que oscuridad.

De repente le recorrió un escalofrío. ¿Dónde estaba la guardiana? ¿Cómo podría Annabeth liberar la estatua sin romper el suelo? No podía empujar simplemente la Atenea Partenos por el pasillo por el que había venido.

Observó la cámara, esperando ver algo que pudiera ayudar. Sus ojos se detuvieron frente a los tapices, que eran desgarradoramente hermosos. Uno mostraba una escena pastoril tan tridimensionalmente, que podría haber sido una ventana. Otro tapiz mostraba los dioses combatiendo a los gigantes. Annabeth vio un paisaje del Inframundo. A su lado había el paisaje de la actual Roma. Y en el tapiz de la izquierda...

Contuvo el aliento. Era el retrato de dos semidioses besándose bajo el agua: Annabeth y Percy el día en el que sus amigos les habían tirado al lago de las canoas en el campamento. Era tan realista que se preguntó si la tejedora habría estado allí, merodeando por el lago con una cámara acuática.

—¿Cómo es esto posible? —murmuró.

Por encima del brillo, una voz habló:

—Durante siglos he sabido que vendrías, querida mía.

Annabeth se estremeció. De repente volvía a tener siete años, escondiéndose bajo sus sábanas, esperando a que las arañas la atacaran durante la noche. La voz sonaba exactamente como Percy la había descrito: un furioso zumbido de múltiples tonos, femeninos pero no humanos.

En las redes por encima de la estatua, algo se movió, algo oscuro y enorme.

—Te he visto en mis sueños—dijo la voz, enloquecidamente dulce y malvada, como el olor de los pasillos—. Tenía que asegurarme de que fueras merecedora, la única hija de Atenea lo suficientemente lista como para pasar mis pruebas y llegar a este lugar con vida. De hecho, tú eres su hija con más talento. Esto hará que tu muerte sea mucho más dolorosa para mi vieja enemiga cuando tú fracasases totalmente.

El dolor en el tobillo de Annabeth no era nada comparado con el ácido helado que ahora llenaba sus venas. Quería correr. Quería rogar piedad. Pero no podía mostrar debilidad, no ahora.

—Tú eres Aracne—gritó—. La tejedora que fue convertida en araña.

La figura descendió, volviéndose más clara y terrible.

—Maldita por tu madre—dijo—. despreciada por todos y convertida en algo odioso... porque yo era la mejor tejedora.

—Pero perdiste el certamen—dijo Annabeth.

—¡Esta es la historia escrita por el ganador! —gritó Aracne—. ¡Mira mis trabajos! ¡Míralos tú misma!

Annabeth no tuvo que hacerlo. Los tapices eran los mejores que había visto nunca, mejores que los de la bruja Circe y sí, incluso mejores que los que había visto en el Monte Olimpo. Se preguntó si su madre habría perdido de verdad, si había escondido a Aracne y había reescrito la verdad. Pero entonces, no importaba.

—Has estado guardando esta estatua desde la Antigüedad—supuso Annabeth—. Pero no pertenece a aquí. La voy a devolver.

—Ja—dijo Aracne.

Incluso Annabeth tuvo que admitir que aquella amenaza sonaba ridícula. ¿Cómo podía una chica con un tobillo envuelto en papel de burbujas llevarse aquella gigantesca estatua de su cámara subterránea?

—Me temo que tendrás que vencerme primero a mí, querida mía—dijo Aracne—. Y además, eso es imposible.

La criatura apareció de las cortinas de redes, y Annabeth se dio cuenta de que su misión no tenía ninguna esperanza. Estaba a punto de morir.

Aracne tenía el cuerpo de una gigantesca viuda negra, con una marca roja con la forma de un reloj de arena en la parte inferior de su abdomen y un par de hileras supurantes. Sus ocho patas larguiruchas estaban pobladas de púas curvas tan

grandes como las dagas de Annabeth. Si la araña se acercaba, sólo su dulce hedor habría sido suficiente como para hacer desmayarse a Annabeth. Pero lo más terrible era su cara deforme.

Podría haber sido en su día una mujer hermosa. Ahora unas mandíbulas negras le sobresalían de su boca como si fueran colmillos. Sus demás dientes le habían crecido con la forma de finas agujas blancas. Unos bigotes oscuros y finos le poblaban las mejillas. Sus ojos eran grandes, sin párpados y puramente negros, con dos ojos más pequeños saliéndole de las sienes.

La criatura hizo un violento rip-rip-rip que podría haber sido una risa.

—Ahora me deleitaré contigo, querida mía—dijo Aracne—. Pero no temas. Haré un hermoso tapiz representando tu muerte.

## Capítulo XXXVII

### Leo

LEO DESEÓ NO SER TAN BUENO.

De verdad, a veces simplemente era embarazoso. Si no hubiera tenido un buen ojo para las cosas mecánicas, nunca habrían podido encontrar el conducto secreto, haberse perdido en el subsuelo y no habrían sido atacados por los tipos metálicos. Pero él no podía dejar de ser él mismo.

En parte era por la culpa de Hazel. Para una chica con super-sentidos subterráneos no era demasiado buena en Roma. No dejaba de darles vueltas por la ciudad, mareándoles y volviendo sobre sus pies.

—Lo siento—dijo—. Es sólo que... hay demasiado subsuelo aquí, demasiadas capas, es sobrecogedor. Es como estar en medio de una orquesta e intentar concentrarte en un único elemento. Me voy a volver loca.

Gracias a ello consiguieron un tour por Roma. Frank parecía estar feliz por pasear a su alrededor como un perrito faldero (Leo se preguntó si podría convertirse en uno, o algo mejor: un caballo que Leo pudiera cabalgar). Pero Leo comenzó a volverse impaciente. Sus pies estaban doloridos, el día era caluroso, y las calles estaban abarrotadas de turistas.

El foro romano estuvo bien, pero la mayoría estaba en ruinas con arbustos y árboles demasiado crecidos. Tuvo que juntar mucha imaginación para poder verlo como el flamante centro de la Antigua Roma. Leo sólo pudo hacerlo porque había visto Nueva Roma en California.

Pasaron por grandes iglesias, arcos sin apoyos, tiendas de ropa, y restaurantes de comida rápida. Una estatua de un tipo de la Antigua Roma parecía estar señalando a un McDonald's cercano.

En las calles más anchas, el tráfico estaba chalado, y Leo creía que la gente de Houston conducía alocadamente, pero se pasaron la mayor parte del tiempo por pequeños callejones, cruzándose con fuentes y pequeñas cafeterías donde Leo no pudo descansar.

—Nunca creí que visitaría Roma—dijo Hazel—. Cuando estaba viva, me refiero a la primera vez, Mussolini estaba al cargo de todo esto. Estábamos en guerra.

—¿Mussolini? —Leo frunció el ceño—. ¿No era el mejor colega de Hitler?

Hazel le miró como si fuera un alienígena:

—¿Colega?

—Déjalo.

—Me gustaría ver la Fontana de Trevi—dijo ella.

—Hay una fuente en cada manzana—murmuró Leo.

—O la escalinata que lleve a la Piazza di Spagna—dijo Hazel.

—¿Por qué alguien vendría a Italia para ver la plaza de España? —preguntó Leo

—. Es como ir a China para ir a restaurantes mexicanos.

—No tienes remedio—se quejó Hazel.

—Eso me han dicho.

Se giró hacia Frank y le agarró de la mano, como si Leo hubiera dejado de existir.

—Vamos. Creo que deberíamos ir por aquí.

Frank le lanzó a Leo una sonrisa confusa: como si no pudiera decidirse entre presumir o agradecerle a Leo por ser un memo, pero dejó alegremente que Hazel le arrastrara.

Después de caminar una eternidad, Hazel se detuvo delante de una iglesia. Al menos, Leo supuso que era una iglesia. La sección principal tenía una gran

cúpula. La entrada tenía un tejado triangular, columnas romanas típicas y una inscripción en lo alto que decía: M. AGRIPPA no sé qué.

—¿Es así cómo se dice gripe en latín o algo? —preguntó Leo.

—Aquí es—Hazel sonaba más confiada que antes—. Tiene que haber un pasaje secreto en algún lugar.

Los grupos de turistas poblaban los escalones. Las guías sujetaban letreros de colores con distintos números y hablaban docenas de lenguas mientras jugaban a algún tipo de bingo internacional.

Leo escuchó a la guía española durante unos segundos, y entonces se lo retransmitió a sus amigos.

—Este es el Panteón. Fue originalmente construido por Marcus Agrippa como templo a los dioses. Después de que lo quemaran, el emperador Adriano lo reconstruyó y aquí ha estado durante doscientos años. Es uno de los edificios romanos mejor preservados del mundo.

Frank y Hazel le miraron boquiabiertos.

—¿Cómo has sabido eso? —preguntó Hazel.

—Soy de naturaleza inteligente.

—Excremento de centauro—dijo Frank—. Se lo has oído a la guía turística.

Leo sonrió.

—Quizá. Vamos. Encontremos ese pasaje secreto. Espero que este lugar tenga aire acondicionado.

Por supuesto que no había de eso.

Siendo positivos, no había colas ni había que pagar entrada, por lo que simplemente se colaron pasando cerca de los grupos de turistas.

El interior era bastante impresionante, considerando que lo habían construido hacía dos mil años. El suelo de mármol estaba decorado con cuadrados y círculos como si fuera un tres en raya romano. El espacio principal era una cámara enorme con una rotunda circular, como el edificio del Capitolio en Estados Unidos. En las paredes había distintos altares y estatuas con tumbas y esas cosas. Pero lo más llamativo era la cúpula por encima de sus cabezas. Toda la luz en el edificio entraba por una abertura circular justo en lo alto. Un rayo de luz solar entraba en el edificio y hacía brillar el suelo, como si Zeus estuviera arriba con una lupa, intentando freír a los pobres humanos.

Leo no era un arquitecto igual que Annabeth, pero podía apreciar la ingeniería. Los romanos habían hecho una cúpula con grandes paneles de piedra, pero habían llenado los paneles con un diseño de dos cuadrados concéntricos. Parecía estar guay. Leo también supuso que haría que la cúpula fuera más luminosa y más fácil de contener.

No se lo mencionó a sus amigos. Dudó que les importara, pero si Annabeth hubiera estado allí se habría pasado el día entero hablando sobre ello. Pensar en aquello le hizo a Leo recordar que estaba en la búsqueda de la Marca de Atenea. Leo nunca había creído que se sentiría así, pero estaba preocupado por aquella chica rubia asustada.

Hazel se detuvo en el medio de la sala y dio una vuelta.

—Esto es increíble. En la antigüedad, los hijos de Vulcanos venían aquí en secreto a consagrar las armas de los semidioses. Aquí es dónde el oro imperial era encantado.

Leo se preguntó cómo funcionaba aquello. Se imaginó a un puñado de semidioses con ropas oscuras intentando pasar en silencio una ballesta de escorpión por las puertas principales.

—Pero no estamos aquí por eso—supuso.

—No—dijo Hazel—. Hay una entrada... un túnel que nos llevara a Nico. Puedo notar que está cerca. Pero no estoy segura por dónde.

Frank gruñó.

—Si este edificio tiene dos mil años, tiene sentido que haya un pasaje secreto de la época romana.

Entonces es cuando Leo cometió el error de ser simplemente demasiado bueno.

Examinó el interior del templo, pensando: «Si yo hubiera diseñado un pasaje secreto, ¿dónde lo pondría? ».

A veces podía averiguar cómo funcionaba una máquina con sólo poner la mano encima. Había aprendido a pilotar un helicóptero. Había arreglado al dragón Festus así (antes de que Festus se estrellara y ardiera). Una vez había reprogramado los carteles electrónicos de Times Square para que dijeran: TODAS LAS CHICAS ADORAN A LEO, por accidente, por supuesto.

Ahora intentó percibir el funcionamiento de aquel edificio antiguo. Se giró hacia un algo parecido a un altar de mármol rojo con una estatua de la Virgen María en lo alto.

—Por aquí—les dijo a sus amigos.

Caminó con seguridad hasta el altar. Tenía la forma de una chimenea, con un recoveco en forma de arco al final. La repisa tenía inscrito un nombre, como si fuera una tumba.

—El pasaje está por aquí—dijo—. La tumba de este tipo está en medio. ¿Alguien conoce a Rafael?

—Creo que era un pintor famoso—dijo Hazel.

Leo se encogió de hombros. Tenía un primo llamado Rafael, y no pensaba demasiado en ese nombre. Se preguntó si podría producir un pedazo de dinamita

de su cinturón de herramientas y hacer una discreta demolición; pero supuso que los guardias del lugar seguramente no lo aprobarían.

—Esperad un minuto...—Leo miró a su alrededor para asegurarse de que no estaban siendo observados.

La mayor parte de los grupos turísticos estaban mirando embobados a la cúpula, pero un trío le hizo sentir a Leo incómodo. A unos quince metros de ellos, unos tipos con sobrepeso y acentos americanos estaban hablando entre ellos en voz alta, quejándose sobre el calor. Parecían manatíes con ropa de playa: sandalias, pantalones cortos, camisetas turísticas y gorros de verano. Sus piernas eran grandes y pálidas y cubiertas con varices. Los tipos actuaban como si estuvieran extremadamente aburridos, y Leo se preguntó por qué estaban por allí merodeando. No le estaban mirando a él. Leo no estaba seguro por qué le ponían nerviosos. Quizá era porque no le gustaban los manatíes.

«Olvídale» se dijo Leo a sí mismo.

Se deslizó hasta un costado de la tumba. Recorrió su mano por el reverso de una columna romana, hacia abajo hasta la base. Justo al final, una serie de líneas habían sido inscritas en el mármol, números romanos.

—Eh—dijo Leo—, no muy elegante, pero efectivo.

—¿Qué es? —preguntó Frank.

—La combinación para un candado—siguió palpando el extremo de la columna y descubrió un agujero cuadrado del tamaño de un enchufe—. El candado mismo ha sido arrancado, probablemente por algún vándalo en algún momento en los últimos siglos. Pero debería ser capaz de controlar el mecanismo interior, si puedo...

Leo tocó con su mano el suelo de mármol. Podía percibir los antiguos engranajes de bronce bajo la superficie de la piedra. El bronce normal se habría oxidado y haberse vuelto inservibles tiempo atrás, pero aquellos eran de bronce celestial, obra de un semidiós. Con un poco de fuerza de voluntad, Leo les forzó a moverse, usando los números romanos para guiarles. Los cilindros giraron: click, click, click. Entonces click y click.

En el suelo cerca de la pared, una sección de una losa de mármol se deslizó debajo de otra, revelando un cuadrado oscuro abriéndose lo suficiente como para poder deslizarse por allí.

—Los romanos debieron de ser pequeños—Leo miró a Frank con aprensión—. Necesitarás convertirte en algo más pequeño para poder pasar por aquí.

—¡Eso no ha sido nada bonito! —le reprendió Hazel.

—¿Qué? Sólo lo comentaba...

—No te preocupes—murmuró Frank—. Deberíamos ir a por los demás antes de explorar. Eso es lo que dijo Piper.

—Están al otro lado de la ciudad—le recordó Leo—. Además, eh, no estoy seguro de poder cerrar esto de nuevo. Los engranajes son viejos.

—Genial—dijo Frank—. ¿Cómo sabemos si estar ahí abajo es seguro?

Hazel se arrodilló. Puso su mano por la abertura como si comprobara la temperatura.

—No hay nada vivo... al menos a unos cuantos metros. Los túneles van hacia abajo, entonces se anivelan y van hacia el sur, más o menos. No percibo ninguna trampa...

—¿Cómo puedes saber eso? —preguntó Leo.

Ella se encogió de hombros.

—De la misma manera que tú puedes abrir cerrojos en las columnas de mármol, supongo. Me alegro de que no robes bancos.

—Oh, cajas de seguridad—dijo Leo—. Nunca había pensado en ello.

—Olvida todo lo que he dicho—suspiró Hazel—. Mira, aún no son las tres en punto. Al menos podemos explorar un poco, intenta rastrear la localización de Nico antes de contactar a los demás. Vosotros quedaos aquí hasta que pueda llamaros. Quiero comprobar unas cosas, asegurarme de que el túnel es estructuralmente seguro. Seré capaz de decirlo una vez esté ahí abajo.

Frank frunció el ceño.

—No podemos dejarte ir sola. Podrías salir herida.

—Frank, puedo cuidarme yo sola—dijo—. El subsuelo es mi especialidad. Es lo más seguro para todos que yo vaya primera.

—A no ser que Frank se quiera convertir en un topo—sugirió Leo—. O un perrito de las praderas. Son increíbles.

—Cállate—murmuró Frank.

—O un tejón.

Frank extendió un dedo hacia la cara de Leo.

—Valdez, juro que...

—Vosotros dos, silencio—les regañó Hazel—. Ahora vuelvo. Dadme diez minutos. Si no sabéis nada de mí hasta entonces... No importa. Estaré bien. Intentad no mataros entre vosotros mientras estoy ahí abajo.

Bajó por el agujero. Leo y Frank la cubrieron lo mejor que pudieron. Se pusieron hombro con hombro, intentando parecer normales, como si fuera completamente natural que dos adolescentes estuvieran merodeando por la tumba de Rafael.

Los grupos turísticos iban y venían. La mayoría ignoraron a Leo y a Frank. Unas cuantas personas les miraban con aprensión y seguían caminando. Quizá los turistas pensaban que pedían limosna. Por alguna razón, Leo podía poner nerviosa a la gente cuando sonreía.



Los tres manatíes americanos seguían paseándose por el centro de la sala. Uno de ellos vestía una camiseta que decía: ROMA, como si se olvidara de la ciudad que visitaba si no la vestía. De tanto en cuanto, éste miraba a Leo y a Frank como si encontrara su presencia ofensiva.

Algo acerca aquél tipo molestaba a Leo. Deseó que Hazel se diera prisa.

—He estado hablando con ella antes—dijo Frank, abruptamente—. Hazel me dijo que has averiguado lo de mi sustento vital.

Leo se revolvió. Casi se había olvidado de que Frank estaba a su lado.

—Tu sustento vital... oh, el leño quemado. Sí. —Leo resistió la necesidad de hacer que su mano ardiera y gritar: MUAJAJAJAJA. La idea era muy divertida, pero él no era demasiado cruel.

—Mira, tío—dijo—. No pasa nada. Nunca haría nada que te pusiera en peligro. Estamos en el mismo equipo.

Frank toqueteaba inquieto su chapa de centurión.

—Siempre sabía que el fuego me podría matar, pero desde que la mansión de mi abuela quedó reducida a cenizas en Vancouver... me parece mucho más real.

Leo asintió. Sentía simpatía por Frank, pero el tipo no hacía fácil cuando comenzaba a hablar sobre la mansión de su familia. Era como si dijera: «He estrellado mi Lamborghini» y esperase que la gente dijera: «¡Oh, pobrecito!».

Por supuesto, Leo o le diría nada de eso.

—Tu abuela... ¿murió en el incendio?

—No lo sé. Estaba enferma y era muy vieja. Dijo que ella moriría a su tiempo y a su modo. Pero creo que consiguió escapar del incendio. Vi un agujero saliendo de las llamas.

Leo reflexionó en aquello.

—¿Así que toda tu familia tiene eso de metamorfosearse?

—Supongo—dijo Frank—. Mi madre lo tenía. La abuela pensaba que es lo que la mató en Afganistán, en la guerra. Mamá intentó ayudar a unos tipos y... no sé exactamente qué pasó. Hubo un bombardeo.

Leo le miró con simpatía.

—Así que los dos perdimos a nuestras madres en un incendio.

No lo había planeado, pero le explicó a Frank toda la historia acerca de la noche en el taller cuando Gea se le había aparecido, y su madre había muerto.

Los ojos de Frank se volvieron vidriosos.

—Nunca me gusta cuando la gente me dice: «Lo siento por tu madre».

—Nunca suena sincero—coincidió Leo.

—Pero lo siento por tu madre.

—Gracias.

No había señal de Hazel.

Los turistas americanos seguían dando vueltas por el Panteón. Parecían estar rodeándoles más cerca, como si intentaran acercarse a la tumba de Rafael sin que se dieran cuenta.

—En el campamento Júpiter—dijo Frank—, nuestro Iar del cuartel, Reticulus, me dijo que yo tenía más poder que los demás semidioses, al ser un hijo de Marte, además de tener la habilidad de metamorfosearme gracias al lado de mi madre. Dijo que es por eso por lo que mi vida está atada a un leño quemado. Tal debilidad equilibra las cosas.

Leo recordó su conversación con la diosa de la venganza Némesis en el gran Salt Lake. Había dicho algo parecido acerca de querer que las balanzas se equilibraran. «La buena suerte es una farsa. El éxito verdadero requiere sacrificio».

La galletita de la fortuna seguía en el cinturón de herramientas de Leo, queriendo ser abierta. «Pronto te enfrentarás a un problema que no puedas resolver, a pesar de que puedo ayudarte... por un precio».

Leo deseó poder sacarse el recuerdo de la cabeza y guardarlo en lo más hondo del cinturón de herramientas. Ocupaba demasiado espacio.

—Todos tenemos debilidades—dijo—. Yo, por ejemplo. Soy trágicamente divertido y demasiado guapo.

Frank soltó una risotada.

—Puede que tengas debilidades. Pero tu vida no depende de un leño en una chimenea.

—No—admitió Leo. Comenzó a pensar: si el problema de Frank era su problema, ¿cómo podría resolverlo? Casi cualquier fallo de diseño podría ser arreglado—. Me pregunto si...

Miró por la habitación y vaciló. Los tres turistas americanos se acercaban; sin rodearles o acercándose como quien no quiere la cosa. Iban directamente hacia la tumba de Rafael, y los tres miraban a Leo.

—Eh... ¿Frank? —preguntó Leo—. ¿Han pasado diez minutos?

Frank siguió su mirada. La cara de los americanos eran enfadadas y confundidos, como si fueran sonámbulos y estuvieran teniendo pesadillas.

—Leo Valdez—le llamó el tipo de la camiseta de ROMA. Su voz había cambiado. Era hueca y metálica. Hablaba inglés como si fuera su segunda lengua—. Nos vemos de nuevo.

Los tres turistas parpadearon y sus ojos se volvieron de oro sólido.

Frank gritó:

—¡Eidolones!

Los manatíes apretaron sus gruesos puños. Normalmente, Leo no se habría preocupado por ser asesinado por tipos con sobrepeso con gorros de verano, pero

sospechaba que los eidolones eran peligrosos incluso con esos cuerpos, especialmente ya que a los espíritus no les importaría si los huéspedes sobrevivían o no.

—No caben por el agujero—dijo Leo.

—Cierto—dijo Frank—. Ahora el subsuelo comienza a sonar bien.

Se convirtió en una serpiente y se deslizó por el borde. Leo saltó detrás de él mientras los espíritus comenzaban a protestar.

—¡VALDEZ! ¡MATAR A VALDEZ!

## Capítulo XXXVIII

### Leo

UN PROBLEMA ARREGLADO: la trampilla por encima de ellos se cerró de forma automática, aislando a sus perseguidores. También aisló toda la luz, pero Leo y Frank podían sobrellevarlo. Leo deseó que no necesitaran salir por el mismo sitio por el que habían entrado. No estaba seguro de si podría abrir la losa desde abajo.

Al menos los manatíes poseídos estaban al otro lado. Por encima de la cabeza de Leo, el suelo de mármol tembló, como si los gordos pies de los turistas estuvieran pegándole patadas.

Frank debía de haber vuelto a su forma humana. Leo podía oírle respirando en la oscuridad.

—¿Y ahora qué?—preguntó Frank.

—Vale, no hay que entrar en pánico—dijo Leo—. Voy a hacer un poco de fuego, para que podamos ver.

—Gracias por la advertencia.

El dedo índice de Leo ardió como una vela de cumpleaños. Delante de ellos se alargaba un túnel de piedra con un techo bajo. Como Hazel había predicho, se inclinaba hacia abajo, entonces se anivelaba e iba hacia el sur.

—Bueno—dijo Leo—. Sólo va en una dirección.

—Encontremos a Hazel—dijo Frank.

Leo no discutió aquella sugerencia. Se abrieron paso por el pasillo Leo yendo primero con el fuego. Estaba orgulloso de tener a Frank a su espalda, grande y fuerte y siendo capaz de convertirse en animales escalofriantes en caso de que los turistas poseídos consiguieran de alguna manera hacerse paso por la trampilla, se introdujeron a dentro y les siguieran. Se preguntó si los eidolones podrían simplemente dejar sus cuerpos atrás, filtrarse bajo el suelo y poseerles a uno de ellos en vez de eso.

«Oh, ahí va mi pensamiento feliz del día», se reprendió Leo a sí mismo.

Después de unos cien metros o así, giraron una esquina y encontraron a Hazel. A la luz de su espada dorada de caballería, estaba observando una puerta. Estaba tan absorta, que ni les vio hasta que Leo dijo:

—Hola.

Hazel se dio la vuelta, intentando ensartarle con su spatha. Por suerte para la cara de Leo, la espada era demasiado larga como para dar una vuelta entera en el pasillo.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Hazel.

Leo tragó saliva.

—Lo siento. Corrimos huyendo de unos turistas cabreados—le dijo lo que había pasado.

Ella silbó frustrada.

—Odio a los eidolones. Creía que Piper les había hecho prometer mantenerse al margen.

—Oh...—dijo Frank, como si acabara de tener su propio pensamiento feliz del día—. Piper les hizo prometer de mantenerse alejados del barco y no poseer a ninguno de nosotros. Pero si nos siguen, y usan a otros cuerpos para atacarnos, entonces no están rompiendo técnicamente su juramento...

—Genial—murmuró Leo—. Los eidolones también son abogados. Ahora sí que quiero matarles.

—Vale, olvidaos de ellos por ahora—dijo Hazel—. Esta puerta me está volviendo loca. Leo, ¿puedes intentar usar tu habilidad con el cerrojo?

Leo crujió sus nudillos.

—Haceos un lado para dejar al maestro, por favor.

La puerta era interesante, mucho más complicada que la combinación del candado de los números romanos de arriba. Toda la puerta estaba cubierta de oro imperial. Una esfera mecánica del tamaño de una bola de bolera estaba incrustada en el centro. La esfera estaba construida con cinco anillos concéntricos, cada una inscrita con símbolos del zodiaco, el toro, el escorpión, etcétera, y números y letras aparentemente aleatorios.

—Estas letras son griegas—dijo Leo, sorprendido.

—Bueno, muchos romanos hablaban griego—dijo Hazel.

—Eso supongo—dijo Leo—. Pero esta calidad... no os ofendáis, chicos del campamento Júpiter, pero es demasiado complicada para ser romana.

Frank resopló.

—Mientras que a vosotros los griegos, os encanta hacer las cosas complicadas.

—Eh—protestó Leo—. Solo digo que esta maquinaria es delicada, sofisticada. Me recuerda a...—Leo miró la esfera, intentando recordar dónde había leído u oído algo acerca una máquina antigua similar—. Es un tipo de cerrojo más avanzado—decidió—. Alineas los símbolos en los diferentes anillos en el orden correcto y eso abre la puerta.

—¿Pero cuál es el orden correcto? —preguntó Hazel.

—Buena pregunta. Esferas griegas... astronomía, geometría...—Leo sintió un sentimiento cálido en su interior—. Oh, no puede ser. Me pregunto si... ¿cuál es el valor de pi?

Frank frunció el ceño.

—¿Qué tipo de pitido?

—Habla del número—supuso Hazel—. Lo aprendí una vez en clase de matemáticas, pero...

—Se usa para medir círculos—dijo Leo—. Esta esfera, si está hecha por el tipo que creo...

Hazel y Frank le miraron boquiabiertos.

—No importa—dijo Leo—. Estoy seguro de que pi es, eh, 3,1415 bla, bla, bla. Los números siguen para siempre, pero la esfera esta sólo tiene cinco anillos, por lo que creo que sería suficiente, si tengo razón.

—¿Y si no? —preguntó Frank.

—Bueno, entonces, Leo caerá y esto hará bum. ¡Averigüémoslo!

Giró los anillos, comenzando por el exterior y moviéndolo. Ignoró los signos del zodiaco y las letras, alineando los números correctos para que hicieran el valor de pi. No pasó nada.

—Soy estúpido—murmuró Leo—. Pi se expande hacia el exterior, porque es infinito.

Cambió el orden de los números, comenzando por el centro y yendo hacia los bordes. Cuando alineó el último anillo, algo en el interior de la esfera hizo click. La puerta se abrió.

Leo sonrió a sus amigos.

—¡Y así, buena gente, es cómo se hacen las cosas en el Mundo de Leo! ¡Todo el mundo a dentro!

—Odio el mundo de Leo—murmuró Frank.

Hazel rió.

El interior habían las suficientes cosas guays como para mantener a Leo ocupado durante años. La sala era del tamaño de una forja del campamento Mestizo, con mesas de trabajo cubiertas de bronce por las paredes, y cestas llenas de herramientas metálicas antiguas. Docenas de esferas de bronce y oro como pelotas de baloncesto descansaban en varias estanterías. Engranajes sueltos y cables estaban esparcidos por el suelo. Las escaleras llevaban a ambos lados de la sala. Todos los cables parecían ir hacia allí. Al lado izquierdo de las escaleras, una hilera de armaritos estaban llenos de cilindros de cuero, probablemente cajas de antiguos pergaminos.

Leo estaba a punto de ir hacia las mesas cuando vio algo a su izquierda y estuvo a punto de pegar un bote. Flanqueando el umbral había dos maniqués con armadura, como espantapájaros esqueléticos hechos con tuberías de bronce, vestidos con armaduras completas romanas, escudo y espada.

—Tío—Leo se acercó a uno de ellos—. Serían increíbles si funcionaran.

Frank se apartó de los maniqués.

—¿Estas cosas van a cobrar vida y nos van a atacar?

Leo rió.

—No creo. No están acabadas—toqueteó por el cuello del maniquí, dónde unos cables de cobre sueltos colgaban de debajo de su coraza—. Mirad, el cableado de la cabeza ha sido desconectado. Y aquí, en el codo, el sistema de polea para esta junta está salido. ¿Lo que creo que ha pasado? Los romanos intentaban duplicar un diseño griego, pero no pudieron.

Hazel arqueó las cejas.

—Los romanos no eran demasiado buenos en ser complicados, supongo.

—O delicados—añadió Frank—, o sofisticados.

—Eh, yo sólo hablo de lo que veo—Leo meneó la cabeza del maniquí, haciéndole asentir como si estuviera de acuerdo con él—. Aún así... es un intento muy impresionante. He oído leyendas acerca de que los romanos confiscaron los escritos de Arquímedes, pero...

—¿Arquímedes? —Hazel parecía desconcertada—. ¿No era un matemático de la antigüedad o algo?

Leo rió.

—Él era mucho más que eso. Él sólo fue el hijo de Hefesto más famoso de todos los tiempos.

Frank se rascó la oreja.

—He oído este nombre antes, pero ¿cómo puedes estar seguro de que este maniquí es diseño suyo?

—¡Tiene que serlo! —dijo Leo—. Mirad, he leído todo acerca de Arquímedes. Es un héroe para la cabaña Nueve. El tipo era griego, ¿vale? Vivió en una de las colonias griegas al sur de Italia, antes de que Roma se hiciera tan grande y lo conquistara todo. Finalmente los romanos llegaron y destruyeron su ciudad. El general romano quería mantener a Arquímedes con vida, porque era demasiado valioso, un Einstein de la antigüedad, pero un estúpido soldado romano vino y le mató.

—Y vuelves otra vez—murmuró Hazel—. Estúpido y romano no siempre van juntos, Leo.

Frank gruñó en acuerdo.

—¿Cómo puedes saber todo esto? —preguntó—. ¿Hay una guía española por aquí?

—No, tío—dijo Leo—. No puedes ser un semidiós que sabe de construcción y no saber nada de Arquímedes. El tipo era muy de la élite. Calculó el valor de pi. Hizo todas estas matemáticas que seguimos usando para la ingeniería. Inventó un tornillo hidráulico que podía mover el agua a través de las tuberías.

Hazel frunció el ceño.

—Un tornillo hidráulico. Perdonadme por no saber nada acerca de ese increíble descubrimiento.

—También construyó un rayo de la muerte construido con espejos para poder hacer arder a los barcos enemigos—dijo Leo—. ¿Es lo suficientemente increíble para ti?

—Vi algo sobre eso en la tele—admitió Frank—. Comprobaron que no funcionaba.

—Ah, es porque los mortales modernos no saben cómo usar el bronce celestial—dijo Leo—. Esa es la clave. Arquímedes también inventó una garra gigante que podía colgar de una grúa y arrastrar a los barcos enemigos del agua.

—Vale, eso es guay—admitió Frank—. Me encantan esos minijuegos.

—Bueno, ahí lo tienes—dijo Leo—. De cualquier manera, todas sus invenciones no fueron suficientes. Los romanos destruyeron su ciudad. Arquímedes fue asesinado. Según las leyendas, el general romano era un gran fan de su trabajo, por lo que cogió el trabajo de Arquímedes y se trajo un par de recuerdos a Roma. Desaparecieron de la historia, aunque...—Leo extendió las manos hacia las cosas en la mesa—... aquí están.

—¿Pelotas de baloncesto metálicas? —preguntó Hazel.

Leo no podía creer que no apreciaran lo que estaban viendo, pero intentó contener su irritación.

—Tíos, Arquímedes construía esferas. Los romanos no pudieron entenderlas. Creían que eran para saber el tiempo o seguir las constelaciones, porque estaban cubiertas con dibujos de estrellas y planetas. Pero es como encontrar un rifle y creer que es un bastón.

—Leo, los romanos eran ingenieros de primera—le recordó Hazel—. Construyeron acueductos, carreteras...

—Armas de asedio—añadió Frank—, la sanidad pública.

—Sí, bueno—dijo Leo—, pero Arquímedes era único en su especie. Sus esferas podían hacer todo tipo de cosas, sólo que nadie sabe...

De repente Leo tuvo una idea tan increíble que su nariz se incendió. Se la apagó lo más rápido posible. Tío, era embarazoso cuando aquello pasaba.

Corrió hacia los armaritos y observó las marcas en las cajas de los pergaminos.

—Oh, dioses. ¡Aquí está!

Sacó cautelosamente uno de los pergaminos. No era bueno con el griego antiguo, pero podía saber por la inscripción en la caja que era: «De la construcción de esferas».

—Tíos, ¡este es el libro perdido! —sus manos temblaban—. Arquímedes escribió esto, describiendo sus métodos constructivos, pero todas las copias se perdieron en la Antigüedad. Si pudiera traducir esto...

Las posibilidades eran infinitas. Para Leo, la misión había adquirido una nueva dimensión. Leo tenía que sacar las esferas y los pergaminos a salvo de allí. Tenía que proteger aquellas cosas hasta que pudiera volver al Búnker 9 y estudiarlas.

—Los secretos de Arquímedes—murmuró—. Tíos, esto es mejor que el portátil de Dédalo. Si hay un ataque romano en el campamento Mestizo, estos secretos podrían ayudar a salvar al campamento. ¡Esto incluso puede darnos una ventaja frente a Gea y los gigantes!

Hazel y Frank se miraron el uno al otro, escépticos.

—Vale—dijo Hazel—. No hemos venido buscando el pergamino, pero supongo que podemos llevárnoslo.



—Suponiendo—añadió Frank—, que no te importase compartir tus secretos con nosotros, los simples romanos.

—¿Qué? —Leo le miró con cara de póker—. No. mira, no quería insultaros... Ah, no importa. ¡La cosa es que esto son buenas noticias!

Por primera vez en días, Leo se sintió esperanzado.

Naturalmente, entonces es cuando las cosas comenzaban a ir mal.

En la mesa al lado de Hazel y Frank, uno de los orbes hizo ruiditos y chirrió. Una hilera de patas larguiruchas salió de la esfera. El orbe se puso de pie, y dos cables de bronce salieron de lo alto, golpeando a Hazel y a Frank como si fueran cables de electroshock. Ambos amigos de Leo se derrumbaron en el suelo.

Leo se agachó a ayudarlos, pero los dos maniquíes armados que no se moverían, lo hicieron. Alzaron sus espadas y dieron un paso hacia Leo.

El de la izquierda giró su yelmo torcido, que tenía la forma de la cabeza de un lobo. A pesar del hecho de que no tenía cara ni boca, una voz hueca familiar habló de detrás del visor.

—No puedes escapar de nosotros, Leo Valdez—dijo—. No nos gusta poseer máquinas, pero son mejores que los turistas. No saldrás de aquí con vida.

## Capítulo XXXIX

### Leo

LEO COINCIDÍA CON NÉMESIS EN UNA COSA: la buena suerte era una farsa. Al menos cuando tenía que ver con la suerte de Leo.

El último invierno había visto con terror cómo una familia de cíclopes se preparaban para tostar a Jason y a Piper con salsa picante. Había salido de

aquello y había salvado a sus amigos él mismo, pero al menos había tenido tiempo para pensar. Pero en aquel momento, no tuvo demasiado. Hazel y Frank habían sido dejados fuera de combate por unos tentáculos de una bola de bolera poseída que expulsaba vapor. Dos trajes de armadura con malos modales estaban a punto de matarle.

Leo no podía dispararles fuego. Los trajes de armadura no saldrían heridos. Además, Hazel y Frank estaban demasiado cerca. No quería quemarles, o accidentalmente tocar el leño que controlaba la vida de Frank.

A la derecha de Leo, el traje de armadura con el yelmo de la cabeza de león hizo crujir su cuello cableado y observó a Hazel y a Frank, que seguían descansando inconscientes.

—Una semidiosa y un semidiós—dijo el León—. Estos dos servirán, si los demás mueren—. Su hueca máscara se giró hacia Leo—. No te necesitamos, Leo Valdez.

—Oh, eh—Leo intentó sonreír—. ¡Siempre necesitáis a Leo Valdez!

Extendió sus manos y deseó parecer seguro y útil, no demasiado desesperado y aterrorizado. Se preguntó si era demasiado tarde como para escribir «EQUIPO LEO» en su camiseta.

Por desgracia, los trajes de armadura no fueron tan fácilmente convencidos como el club de fans de Narciso.

El del yelmo de la cabeza de lobo gruñó.

—He estado en tu mente, Leo. Yo te ayudé a comenzar la guerra.

La sonrisa de Leo desapareció. Dio un paso atrás.

—¿Fuiste tú?

Ahora entendió porqué esos turistas le habían molestado desde un principio, y por qué la voz de aquella cosa le sonaba familiar. La había oído en su mente.

—¿Tú me hiciste disparar la ballesta? —preguntó Leo—. ¿Tú lo llamas a eso ayudar?

—Sé cómo piensas—dijo el Lobo—. Conozco tus límites. Eres pequeño y solitario. Necesitas amigos para protegerte. Sin ellos, eres incapaz de resistirme. Juré no volver a poseerte, pero aún puedo matarte.

Los tipos con armadura se adelantaron. Las puntas de sus espadas se alejaban unos cuantos centímetros de la cara de Leo.

El miedo de Leo dejó pasar de repente al enfado. Aquél eidolón con la cabeza de lobo le había abochornado, controlado y le había hecho atacar Nueva Roma. Había puesto en peligro a sus amigos y había convertido su misión en una chapuza.

Leo miró hacia las esferas inactivas de las mesas de trabajo. Consideró su cinturón de herramientas. Pensó en la buhardilla detrás de él, la zona que parecía un estudio de snoido. En un segundo la operación cachivache había nacido.

—Primero, no me conoces—le dijo al Lobo—. Y segundo: adiós.

Corrió hacia las escaleras y subió hasta el final. Los trajes de armadura eran terroríficos, pero no demasiado rápidos. Como Leo había sospechado, la buhardilla tenía puertas a cada lado, unas puertas metálicas plegables. Los trabajadores habrían querido protección en caso de que sus creaciones se volvieran un caos... como ahora. Leo golpeó ambas puertas e hizo fuego con sus manos, fundiendo los cerrojos.

Las armaduras se cerraron a cada lado. Agitaron las puertas, golpeándolas con sus espadas.

—Esto es insensato—dijo el León—. Sólo atrasas tu muerte.

—Atrasar mi muerte es uno de mis hobbies favoritos—Leo observó su nuevo hogar. Mirando por encima del taller había una única mesa como una tabla de control. Estaba poblada con cachivaches, pero Leo desechó la mayor parte de ellos: un diagrama para una catapulta humana que nunca funcionaría; una extraña espada negra (Leo nunca había sido bueno para las espadas); un gran espejo de bronce (el reflejo de Leo tenía una pinta terrible) y un conjunto de herramientas que alguien había roto, quizá por frustración o por torpeza.

Se centró en el proyecto principal. En el centro de la mesa, alguien había desmontado una esfera de Arquímedes. Engranajes, muelles, palancas y varillas estaban tirados por allí. Todos los cables de bronce de la habitación habían sido conectados a una placa metálica bajo la esfera. Leo podía percibir el bronce celestial corriendo a través del taller como las arterias de un corazón, lista para conducir energía metálica desde allí.

—Una pelota para controlarlos a todos—citó Leo.

La esfera era un controlador maestro. Estaba de pie ante un controlador de la Antigua Roma.

—¡Leo Valdez! —aulló el espíritu—. ¡Abre esta puerta o te mataré!

—¡Una oferta justa y generosa! —dijo Leo, con sus ojos aún en la esfera—. Dejarme terminar esto. Mi última petición, ¿vale?

Aquello debió de confundir a los espíritus, porque momentáneamente dejaron de golpear las puertas.

Las manos de Leo volaron por la esfera, montando las piezas perdidas. ¿Por qué los estúpidos romanos tenían que haber destruido una preciosa máquina como aquella? Habían matado a Arquímedes, robado sus cosas, y entonces habían trabajado en una pieza que nunca entenderían. Por otra parte, al menos habían

tenido el sentido común de mantenerlo cerrado durante dos siglos para que Leo pudiera reencontrarlo.

Los eidolones comenzaron a golpear las puertas de nuevo.

—¿Quién es? —preguntó Leo.

—¡Valdez! —aulló el Lobo.

—¿Valdez quién? —preguntó Leo.

Gradualmente los eidolones se darían cuenta de que no podían entrar. Entonces, si el Lobo de verdad conocía la mente de Leo, decidiría que había otras formas de obligar su cooperación. Leo tenía que trabajar más rápido.

Conectó los engranajes, uno no encajaba y tuvo que volver a comenzar. Por los guantes usados de Hefesto, ¡esto era difícil!

Finalmente colocó la última pieza en su lugar. Los romanos con puños como jamones casi habían arruinado el ajustador de tensión, pero Leo sacó unas herramientas de relojero de su cinturón e hizo algunas calibraciones finales. Arquímedes era un genio, suponiendo que aquella cosa funcionara de verdad. Presionó el botón de inicio. Los engranajes comenzaron a girar. Leo cerró el extremo de la esfera y estudió sus círculos concéntricos, parecidos a los de la puerta del taller.

—¡Valdez! —Lobo aporreó la puerta—. ¡Nuestro tercer camarada matará a tus amigos!

Leo maldijo entre dientes. «Nuestro tercer camarada». Miró hacia abajo hacia la bola eléctrica con patitas que había dejado fuera de combate a Hazel y a Frank. Había supuesto que el eidolón número tres se estaba escondiendo dentro de aquella cosa. Pero Leo aún tenía que deducir la secuencia de activación de la esfera de control.

—Sí, vale—gritó—. Me habéis pillado. Dadme un... solo segundo.

—¡Ninguno más! —gritó el Lobo—. Abre ahora esta puerta, o muere.

La bola poseída hizo chasquear sus tentáculos y envió otra onda eléctrica a Hazel y a Frank. Sus cuerpos inconscientes se encogieron de dolor. Aquella cantidad de electricidad debía de haber detenido sus corazones.

Leo se aguantó las lágrimas. Aquello era demasiado duro. No podía hacerlo.

Se quedó mirando la cara de la esfera, siete anillos, cada uno cubierto con pequeñas letras griegas, números y símbolos del zodiaco. La respuesta no podría ser pi. Arquímedes nunca haría lo mismo dos veces. Además, con solo poner una mano en la esfera Leo pudo percibir que la secuencia había sido generada al azar. Era algo que Arquímedes podía saber.

Se suponía que las últimas palabras de Arquímedes habían sido: «No molestéis a mis círculos».

Nadie sabía qué significaba aquello, pero Leo podía aplicarlo a la esfera. El cerrojo era demasiado complicado. Quizá si Leo tuviera unos cuantos años, podría descifrar las marcas y averiguar la combinación correcta, pero ni siquiera tenía unos pocos segundos.

Se quedaba sin tiempo y sin suerte. Y sus amigos iban a morir.

«Un problema que no podrás descifrar», dijo una voz en su mente.

Némesis... ella le había dicho que iba a llegar aquel momento. Leo metió su mano en su bolsillo y sacó la galletita de la fortuna. La diosa le había advertido de que pediría un gran precio por su ayuda, algo como perder un ojo. Pero si no lo intentaba, sus amigos morirían.

—Necesito el código de acceso para esta esfera—dijo.

Y rompió la galletita.

## Capítulo XL

## Leo

LEO DESENRROLLÓ LA PEQUEÑA TIRA DE PAPEL, DECÍA:

«¿Esa es tu petición? ¿En serio? (Dale la vuelta)»

En el reverso, el papel decía:

«Tus números agraciados son: doce, Júpiter, Orión, delta, tres, theta, omega (destroza a Gea, Leo Valdez)».

Con los dedos temblorosos, Leo hizo girar los anillos.

En el exterior de las puertas, el Lobo gruñó con frustración.

—Si tus amigos no te importan, quizá necesites más incentivos. Quizá deba de destruir todos estos pergaminos, ¡los trabajos inestimables de Arquímedes!

El último anillo encajó en su lugar. La esfera zumbó con poder. Leo recorrió sus manos por la superficie, percibiendo pequeños botones y palancas esperando sus órdenes.

Unas ondas eléctricas y mágicas recorrían los cables de bronce celestial, y se expandieron por toda la sala. Leo nunca había tocado un instrumento musical, pero se imaginó que debía de ser como aquello, sabiendo cada tecla o nota tan bien que ni siquiera necesitabas pensar en lo que estaban haciendo tus manos. Simplemente te concentrabas en el tipo de sonido que querías crear.

Comenzó en pequeño. Se centró en una razonablemente intacta esfera dorada en la sala central. La esfera dorada se estremeció. Creció hasta ser un trípode de patas y se lanzó contra la bola de los electroshocks. Una pequeña sierra circular salió del extremo de la esfera dorada y comenzó a cortar la superficie de la otra esfera.

Leo intentó activar otro orbe. El segundo explotó en una pequeña nube de polvo con forma de champiñón y humo.

—Ups—murmuró—. Perdón, Arquímedes.

—¿Qué haces? —preguntó el Lobo—. ¡Déjate de tonterías y ríndete!

—Oh, sí, ¡me rindo! —dijo Leo—. Me estoy rindiendo por completo.

Intentó tomar control de un tercer orbe. Ese también se rompió. Leo se sintió mal por destrozar todos aquellos inventos antiguos, pero era cuestión de vida o muerte. Frank le había acusado de que le importaban más las máquinas que la gente, pero si tenía que elegir entre salvar esferas antiguas o sus amigos, no tenía elección.

El cuarto intento fue mejor. Un orbe con rubíes incrustados abrió su extremo y de él salieron unas hélices de helicóptero. Leo se alegró de que la mesa Buford no estuviera allí, porque se habría enamorado al instante. El orbe de rubíes despegó y fue directo hacia las estanterías con los pergaminos. Unos finos brazos dorados se extendieron de su centro y agarraron las cajas de los pergaminos.

—¡Basta! —gritó el Lobo—. Destruiré...

Se giró a tiempo para ver la esfera de rubíes salir con los rubíes. Sobrevoló la habitación y aterrizó en la esquina más alejada.

—¿Qué? —gritó el Lobo—. ¡Mata a los prisioneros!

Debía de estar hablando a la bola de los electroshocks. Por desgracia, la bola no estaba en forma como para cumplir la orden. La esfera dorada de Leo estaba descansando en lo alto de la otra esfera, cortada como si fuera una calabaza en Halloween.

Gracias a los dioses, Hazel y Frank comenzaron a moverse.

—¡Bah! —el Lobo se giró hacia el León en la puerta contraria—. ¡Ven! ¡Destruiremos a los semidioses por nuestra propia cuenta!

—No lo creo, chicos—Leo se giró hacia el León. Sus manos recorrieron la esfera de control, y sintió cómo una onda recorría el suelo.

El León se estremeció y bajó su espada.

Leo sonrió.

—Ahora estás en el mundo de Leo.

El León se giró y bajó por las escaleras. En vez de avanzar hacia Hazel y Frank, fue hacia las escaleras opuestas y se enfrentó a su compañero.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el Lobo—. Tenemos que...

¡BONG!

El León golpeó con su escudo en el pecho del Lobo. Hizo repiquetear el mando de su espada contra el casco de su compañero y el Lobo se convirtió en el Lobo llano, deforme y no demasiado contento.

—¡Basta! —gritó el Lobo.

—¡No puedo! —gimió el León.

Leo había cambiado el curso de la batalla. Tomó control de ambas armaduras e hizo que dejaran caer las espadas y sus escudos y se golpearan entre ellos repetidamente.

—¡Valdez! —gritó el Lobo con una voz aguda—. ¡Morirás por esto!

—Sí, seguro—le llamó Leo—. ¿Quién está poseyendo a quién ahora, eh, Casper? Los hombres mecánicos se cayeron por las escaleras, y Leo les obligó a bailar el swing entre ellos como dos bailarines de los años 20. Sus juntas comenzaron a humear. Las otras esferas de la sala comenzaron a cobrar vida. Había demasiada energía recorriendo el sistema antiguo. La esfera de control en la mano de Leo había comenzado a calentarse demasiado.

—¡Frank, Hazel! —gritó Leo—. ¡Poneos a cubierto!

Sus amigos seguían sorprendidos, mirando alucinados a los tipos metálicos bailando, pero se pusieron a cubierto. Frank empujó a Hazel bajo la mesa más cercana y la escudó con su propio cuerpo.

Un último giro de la esfera, y Leo envió una orden masiva a través del sistema. Los guerreros con las armaduras explotaron. Varas, pistones y esquirlas de bronce volaron por todas partes. En todas las mesas, las esferas explotaron como latas de refrescos. La esfera dorada de Leo se quedó congelada en el sitio. Su orbe de rubíes volador se cayó al suelo con los pergaminos.

La habitación se quedó momentáneamente callada a excepción por unas cuantas chispas y unos chisporroteos. El aire olía a motores de coche quemados. Leo bajó las escaleras corriendo y encontró a Frank y a Hazel a salvo bajo la mesa. Nunca había estado tan feliz de ver a aquellos dos abrazándose.

—¡Estáis vivos! —dijo.

El ojo izquierdo de Leo tuvo un calambre, quizá por el electroshock. Aún así, parecía estar bien.

—Eh, ¿exactamente qué ha pasado?

—¡Arquímedes se ha pasado por aquí! —dijo Leo—. Había el suficiente poder como para que esas viejas máquinas tuvieran un último espectáculo. Una vez tuve el código de acceso, fue fácil.

Tocó la esfera de control, que estaba humeando de forma mala. Leo no sabía si podría arreglarla, pero por el momento estaba demasiado aliviado como para que le importara.

—Los eidolones—dijo Frank—, ¿se han ido?

Leo sonrió.

—Mi última orden sobrecargó sus funciones asesinas, básicamente bloqueé todos los circuitos y derretí sus núcleos.

—¿En inglés? —pidió Frank.

—He atrapado a los eidolones en estos cables—dijo Leo—. Después los he fundido. No nos molestarán ni a nosotros ni a nadie nunca más.

Leo ayudó a sus amigos a ponerse de pie.

—Nos has salvado—dijo Frank.

—No te hagas el sorprendido—Leo miró el taller destruido—. No me gusta que todo esto se haya roto, al menos he salvado los pergaminos. Si los puedo llevar al campamento Mestizo, quizá pueda aprender a recrear las invenciones de Arquímedes.

Hazel se rascó el lado de su cabeza.

—Pero no lo entiendo. ¿Dónde está Nico? Este túnel se suponía que nos llevaba hacia él.

Leo casi se había olvidado por qué habían venido allí en primer lugar. Nico, obviamente, no estaba allí. Aquél lugar no tenía salida. Entonces, ¿por qué...?



—Oh—se sintió como si hubiera una esfera con una sierra partiéndole su propia cabeza por la mitad y sacándoles los cables y los engranajes—. Hazel, ¿cómo rastreabas a Nico? Quiero decir, ¿podías percibirle porque era tu hermano?

Ella frunció el ceño, aún estando un poco mareada por su “tratamiento” eléctrico.

—No... del todo. A veces, puedo saber cuándo está cerca, pero, como he dicho, Roma es demasiado confusa, demasiadas interferencias por todos estos túneles y cuevas...

—¿Le has rastreado con tus sentidos detectores de metales? —supuso Leo—. ¿Su espada?

Ella parpadeó.

—¿Cómo lo has sabido?

—Será mejor que veas esto—guió a Frank y a Hazel a la planta de arriba y señaló hacia la espada oscura.

—Oh. Oh, no—Hazel se habría desmayado si Frank no la hubiera sostenido—. ¡Pero eso es imposible! La espada de Nico estaba con él en su jarrón de bronce! Percy la vio en su sueño.

—O el sueño estaba mal—dijo Leo—, o los gigantes la han movido para dejarla como cebo.

—Entonces esto era una trampa—dijo Frank—. Nos han traído aquí.

—¿Pero por qué? —gritó Hazel—. ¿Dónde está mi hermano?

Un silbido llenó la sala de control. Al principio, Leo creía que los eidolones habían vuelto. Entonces se dio cuenta de que el espejo de bronce de la mesa estaba echando humo.

—Ah, mis pobres semidioses—la cara durmiente de Gea apareció en el espejo. Como siempre, habló sin siquiera mover su boca, lo que habría sido más inquietante si hubiera tenido un títere de ventriloquía. Leo odiaba aquel tipo de cosas.

—Habéis tenido vuestra elección—dijo Gea. Su voz resonó por toda la sala. Parecía no venir sólo del espejo, sino también de las paredes de piedra.

Leo se dio cuenta de que ella estaba a su alrededor. Por supuesto. Estaban bajo tierra. Habían tenido tantos problemas para hacer que el Argo II sólo pudiera ir por aire y mar, y habían acabado bajo tierra.

—Os ofrecí la salvación a todos vosotros—dijo Gea—. Podríais haber vuelto atrás. Pero ahora es demasiado tarde. Habéis venido a las tierras ancestrales, el lugar en el que soy más poderosa, dónde despertaré.

Leo sacó un martillo de su cinturón de herramientas. Golpeó el espejo. Al ser metal, se estremeció como una bandeja para el té, pero se agradeció poder golpearle la nariz a Gea.

—En caso de que no te hayas dado cuenta, cara de polvo—dijo—, tu pequeña emboscada ha fracasado. Tus tres eidolones se han fundido en el bronce, y estamos bien.

Gea rió levemente.

—Oh, mi dulce Leo. Vosotros tres habéis sido separados de vuestros amigos. Esa era la principal razón.

La puerta del taller se cerró de golpe.

—Estáis atrapados en mi territorio—dijo Gea—. Mientras tanto, Annabeth Chase se enfrenta a su muerte en solitario, aterrorizada y paralizada, en manos de la mayor enemiga de su madre.

La imagen del espejo cambió. Leo vio a Annabeth tumbada en el suelo de una cueva oscura, sujetando su cuchillo de bronce como si esperara un monstruo. Su cara estaba demacrada. Su pierna estaba envuelta en algún tipo de vendaje. Leo no podía ver a lo que estaba mirando, pero era obviamente algo horrible. Quería creer que la imagen era una mentira, pero tenía el mal presentimiento de que era real y que estaba teniendo lugar en ese mismo instante.

—Los demás—dijo Gea—, Jason Grace, Piper McLean y mi querido amigo Percy Jackson, perecerán en unos minutos.

La escena cambió de nuevo. Percy estaba sujetando a Contracorriente, guiando a Jason y a Piper por una escalera de caracol hacia la oscuridad.

—Sus poderes les traicionarán—dijo Gea—. Morirán en sus propios elementos. Yo tuve la esperanza de que sobrevivieran. Podrían haber sido un mejor sacrificio. Pero en vez de eso, Hazel y Frank, vosotros lo seréis. Mis súbditos os recogerán en breves y os traerán a mi lugar sagrado. Vuestra sangre me despertará al fin. Hasta entonces, os voy a permitir ver a vuestros amigos perecer. Por favor... disfrutad de los últimos atisbos de vuestra misión fracasada.

Leo no pudo aguantarlo. Su mano brillaba de puro calor. Hazel y Frank retrocedieron mientras él apretaba la palma de la mano contra el espejo y lo fundía en un montón de líquido de bronce.

La voz de Gea se silenció. Leo sólo podía oír el repiqueteo de la sangre bombeando en sus orejas. Respiró hondo.

—Lo siento—le dijo a sus amigos—. Se estaba volviendo muy molesta.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Frank—. Tenemos que salir de aquí y ayudar a los demás.

Leo observó el taller ahora lleno de piezas humeantes de esferas rotas. Sus amigos seguían necesiéndole. Aquello era aún su terreno. Mientras tuviera el cinturón de herramientas, Leo Valdez no iba a sentarse a ver el canal Semidioses al filo de la muerte sin poder hacer nada para evitarlo.

—Tengo un plan—dijo—. Pero tendremos que hacerlo juntos.

Y comenzó contarles el plan.

## Capítulo XLI

### Piper

PIPER INTENTÓ SACAR LO MEJOR DE LA SITUACIÓN.

Cuando ella y Jason se cansaron de dar vueltas por cubierta, escuchando al entrenador Hedge cantando “*La granja de Pepito*” (con armas en vez de animales), decidieron hacer un picnic en el parque.

Hedge accedió a regañadientes.

—Quedaos dónde os pueda ver.

—¿Qué somos, niños? —preguntó Jason?

Hedge resopló.

—Niños son los cabritillos. Son monos y tienen un valor social importante. Definitivamente, vosotros no sois niños.

Extendieron su sábana bajo un sauce cerca un estanque. Piper dio la vuelta a su cornucopia y ésta expulsó una comida entera: sándwiches limpiamente envueltos, latas de bebida, fruta fresca y (por alguna razón) un pastel de cumpleaños con azúcar glasé morado y velas ya encendidas.

Ella frunció el ceño.

—¿Es el cumpleaños de alguien?

Jason hizo una mueca.

—No quería que nadie se enterase.

—¡Jason!

—Hay demasiadas cosas en marcha—dijo—. Y, sinceramente... hasta el mes pasado, no sabía si quiera cuándo era mi cumpleaños. Me lo dijo Thalía la última vez que se pasó por el campamento.

Piper se preguntó cómo sería, sin siquiera saber qué día naciste. Jason había sido entregado a Lupa cuando sólo tenía dos años. Nunca había conocido a su madre mortal. Y se acababa de reunir con su hermana el último invierno.

—Uno de Julio—dijo Piper—. Las calendas de Julio.

—Sí—Jason sonrió ligeramente—. Los romanos lo encuentran afortunado, el primer día del mes llamado en honor a Julio César. El día sagrado de Juno. Chachi guay.

Piper no quería obligarle o hacer una celebración si no le apetecía celebrarlo.

—¿Dieciséis? —preguntó.

Él asintió.

—Oh, tío. Ya puedo sacarme el carné de conducir.

Piper se rió. Jason había matado tantos monstruos y salvado el mundo tantas veces que la idea de verle haciendo prácticas de conducir parecía demasiado ridícula. Se le imaginó detrás de un volante de algún Lincoln viejo con una señal que pusiera CONDUCTOR EN PRÁCTICAS y un profesor gruñón en el asiento del copiloto con un freno de emergencia.

—¿Y bien? —le apremió—. Sopla las velas.

Jason lo hizo. Piper se preguntó si había pedido algún deseo, con suerte que él y Piper sobrevivieran a la misión y estuvieran juntos para siempre. Decidió no preguntarle. No quería gafar aquél deseo, igual que tampoco no quería averiguar si había pedido algo distinto.

Desde que habían dejado las Columnas de Hércules la tarde anterior, Jason parecía estar distraído. Piper no podía culparle. Hércules había sido una gran decepción como hermano mayor, y el antiguo dios del río Aqueloo había dicho bastantes cosas decepcionantes sobre los hijos de Júpiter.

Piper miró a la cornucopia. Se preguntó si Aqueloo se acabaría acostumbrando a no tener cuernos. Ella esperó que así fuera. Claro, él había intentado matarles, pero Piper se seguía sintiendo mal por el antiguo dios. No entendía cómo un espíritu tan solo y deprimido podía producir un cuerno de la abundancia que expulsaba piñas y pasteles de cumpleaños.

¿Podría ser que la cornucopia absorbía toda la bondad de él? Quizá ahora que el cuerno se había ido, Aqueloo sería capaz de llenarse con un poco de felicidad para él mismo.

También seguía pensando en el consejo de Aqueloo: Si llegas hasta Roma, la historia sobre la inundación te habría ido mejor. Conocía la historia de la que hablaba. Lo único que no entendía en cómo podría ayudarle.

Jason extrajo una vela apagada de su pastel.

—He estado pensando.

Eso trajo de vuelta a Piper al presente. Viniendo de tu novio, “He estado pensando” era algo como una frase terrorífica.

—¿Sobre? —preguntó ella.

—Sobre el campamento Júpiter—dijo—. Sobre todos los años que he entrenado allí. Siempre éramos un equipo dinámico, trabajando como una unidad. Creía que entendía lo que significaba. Pero, ¿sinceramente? Yo siempre era el líder. Incluso cuando era más joven...

—El hijo de Júpiter—dijo Piper—. El niño más poderoso de la legión. Tú eras la estrella.

Jason parecía incómodo, pero no lo negó.

—Estando en esta tripulación de siete... no estoy seguro de qué hacer. No estoy acostumbrado a ser uno de tantos, uno entre iguales. Me siento como si no hiciera nada.

Piper cogió su mano.

—Sí que haces cosas.

—Me sentí así cuando Crisaor atacó—dijo Jason—. Me he pasado la mayor parte de este viaje desmayado e inútil.

—Vamos—le animó—, ser un héroe no significa ser invencible. Sólo significa que eres lo suficientemente valiente como para levantarte y hacer lo que tienes que hacer.

—¿Y qué pasa si no sé qué tengo que hacer?

—Es por eso para lo que están tus amigos. Todos tenemos distintas fuerzas. Juntos, lo conseguiremos.

Jason la estudió. Piper no estaba segura de que hubiera entendido lo que le decía, pero estaba orgullosa de que pudiera confiar en ella. Le gustaba que tuviera un poco de desconfianza en sí mismo. Como no tenía siempre éxito, no creía que el universo le debía una disculpa siempre cada vez que algo iba mal, a diferencia de otro hijo del dios del cielo que habían conocido últimamente.

—Hércules era un capullo—dijo, como si leyera sus pensamientos—. No quiero acabar nunca así. Pero yo no habría tenido coraje de enfrentarme a él sin que tú me hubieras ayudado. Tú fuiste la heroína aquella vez.

—Podemos cambiarnos las posiciones—sugirió ella.

—No te merezco.

—No te permito decir eso.

—¿Y por qué no?

—Es una frase típica de las separaciones. A no ser que quieras romper conmigo... Jason se inclinó hacia ella y la besó. Los colores del atardecer de Roma se volvieron más agudos, como si el mundo se hubiera vuelto en alta definición.

—No voy a romper contigo—le prometió—. Puede que me haya golpeado un par de veces en la cabeza pero no soy tan estúpido.

—Bien—dijo—. Ahora, en cuanto a lo del pastel...

Su voz flaqueó. Percy Jackson corría hacia ellos, y Piper pudo decir por su expresión que traía malas noticias.

Se reunieron en cubierta para que el entrenador Hedge pudiera escuchar la historia. Cuando Percy acabó, Piper no podía creérselo.

—Así que Annabeth ha sido secuestrada en moto—resumió—, por Gregory Peck y Audrey Hepburn.

—Secuestrada no, exactamente—dijo Percy—. Tengo un mal presentimiento...— respiró hondo, como si estuviera intentando no asustarse demasiado—. De cualquier manera, se ha ido. Quizá no debí dejarla, pero...

—Tenías que hacerlo—dijo Piper—. Sabes que tenía que ir sola. Además, Annabeth es dura y lista. Estará bien.

Piper puso un poco de hechizo oral en su voz, que quizá no estuvo demasiado bien, pero Percy necesitaba centrarse. Si entraban en batalla, Annabeth no querría que le hirieran porque estaba distraído pensando en ella.

Sus hombros se relajaron un poco.

—Quizá tengas razón. De cualquier manera, Gregory, quiero decir Tíber dijo que teníamos menos tiempo para rescatar a Nico del que creíamos. ¿Hazel y los chicos han vuelto ya?

Piper miró la hora en el puente de mando. No se había dado cuenta de lo tarde que era.

—Son las dos de la tarde. Dijimos a las tres, la reunión.

—Como mucho—dijo Jason.

Percy señaló hacia la daga de Piper.

—Tíber dijo que podrías encontrar la localización de Nico, ya sabes, con eso.

Piper se mordió el labio. Lo último que quería era mirar Katroptis en busca de más imágenes aterradoras.

—Lo he intentado—dijo—. la daga no siempre muestra lo que quiero ver. De hecho, a duras penas lo hace.

—Por favor—dijo Percy—. Inténtalo de nuevo.

La observó con sus ojos verde mar, como la cría de una foca que necesitaba ayuda. Piper se preguntó cómo Annabeth había ganado alguna discusión con aquel chico.

—De acuerdo—suspiró, y sacó su daga.

—Ya que estás—dijo el entrenador Hedge—, mira a ver si puedes conseguirlos últimos resultados de beisbol. Los italianos no son demasiado partidarios del beisbol.

—Sh—Piper estudió la hoja de bronce. La luz parpadeó. Vio una buhardilla llena de semidioses romanos. Una docena de ellos estaban de pie alrededor de una mesa de comedor mientras Octavian hablaba y señalaba a un gran mapa. Reyna se paseaba cerca de las ventanas, observando el Central Park.

—Eso no es bueno—murmuró Jason—. Ya han establecido una base en Manhattan.

—Y ese mapa muestra Long Island—dijo Percy.

—Están registrando el territorio—supuso Jason—. Discutiendo rutas de invasión.

Piper no quería ver aquello. Se concentró aún más. La luz recorrió la hoja de bronce. Vio unas ruinas, unas cuantas paredes derruidas, una sola columna y un suelo de piedras cubierto de musgo y viñas secas, todo agrupado en una colina de hierba con algunos pinos.

—He estado ahí—dijo Percy—. Es el antiguo foro.

La vista se acercó. A un lado del suelo de piedra, habían sido excavadas unas escaleras, que iban hacia abajo hacia una puerta moderna de hierro con un cerrojo. La imagen de la hoja se acercó aún más a través de la puerta, por una escalera de caracol, hacia una cámara oscura y cilíndrica como el interior de un granero.

Piper dejó caer la hoja.

—¿Qué pasa? —preguntó Jason—. Nos estaba mostrando algo.

Piper se sintió como si el barco volviera a estar en el océano, yendo de un lado a otro bajo sus pies.

—No podemos ir ahí.

Percy frunció el ceño.

—Piper, Nico se está muriendo. Tenemos que encontrarle. Y sin mencionar, que Roma está a punto de ser destruida.

Ella se había quedado sin voz. Se había callado durante tanto tiempo la visión de la sala circular que ahora le era imposible hablar de ella. Tenía el horrible presentimiento de que explicárselo a Percy y a Jason no cambiaría nada. No podría evitar lo que tenía que pasar.

Recogió el cuchillo de nuevo. Su mango parecía más frío de lo habitual.

Se obligó a volver a mirar la hoja. Vio dos gigantes con armaduras de gladiador sentados en unas sillas de pretor de su tamaño. Los gigantes brindaban con dos cálices de oro como si hubieran ganado una batalla importante. Entre ellos había un jarrón de bronce.

La visión se acercó de nuevo. En el interior del jarrón, Nico di Angelo estaba acurrucado en una bola, sin moverse, con todas las semillas de granada comidas.

—Es demasiado tarde—dijo Jason.

—No—dijo Percy—. No, no me lo puedo creer. Quizá ha entrado en un trance más profundo para conseguir tiempo. Tenemos que darnos prisa.

La hoja de la daga se volvió oscura. Piper se la enfundó, intentando que sus manos no temblaran. Esperó que Percy tuviera razón y Nico siguiera con vida. Por otra parte, no veía cómo aquella imagen conectaba con la visión de la sala inundada. Quizá los gigantes estaban brindando porque Jason y Percy estaban muertos.

—Deberíamos esperar a los demás—dijo—. Hazel, Fran y Leo volverán pronto.

—No podemos esperar—insistió Percy.



El entrenador Hedge gruñó.

—Son sólo dos gigantes. Si queréis me puedo encargar de ellos.

—Eh, entrenador—dijo Jason—, es una gran oferta, pero necesitamos que te encargues del barco.

Hedge frunció el ceño.

—¿Y dejar que vosotros os llevéis toda la diversión?

Percy agarró el brazo del sátiro.

—Hazel y los demás te necesitan aquí. Cuando vuelvan necesitarán que les ayudes. Serás su apoyo.

—Sí—Jason intentó no reírse—. Leo siempre dice que tú eres su apoyo. Puedes decirles dónde hemos ido y llevar el barco hacia el foro para reunirnos.

—Y aquí—Piper desenfundó Katoptris y se lo puso al entrenador Hedge entre las manos.

Los ojos del sátiro se abrieron de par en par. Se suponía que un semidiós nunca debería dejar atrás un arma, pero Piper estaba harta de las visiones terroríficas. Preferiría enfrentarse a la muerte sin anticipos.

—Échale un ojo a la hoja para ver cómo estamos—sugirió—. Y también podrás comprobar los resultados de beisbol.

Aquello selló el trato. Hedge asintió sonriente, listo para hacer su parte de la misión.

—De acuerdo—dijo—. Pero si algún gigante se acerca...

—Siéntete libre de dispararle—dijo Jason.

—¿Y a los turistas molestos?

—No—dijeron los tres al unísono.

—Bah. De acuerdo, pero no tardéis demasiado, o iré detrás de vosotros con la ballesta del barco.

## Capítulo XLII

### Piper

ENCONTRAR EL LUGAR FUE FÁCIL. Percy les llevó directamente allí, en la ladera abandonada de una colina desde la que se veía el foro de la ciudad en ruinas.

Entrar también fue fácil. La espada de oro de Jason cortó el cerrojo, y la puerta de hierro se abrió chirriando. No les vio ningún mortal. Ninguna alarma saltó. Unos escalones de piedra iban en espiral hacia la oscuridad.

—Yo iré primero—dijo Jason.

—¡No! —gritó Piper.

Ambos chicos se giraron hacia ella.

—Pipes, ¿qué pasa? —preguntó Jason—. Esa imagen en la hoja... la has visto antes, ¿verdad?

Ella asintió con sus ojos empañados.

—No sabía cómo decirlo. He visto esa sala de ahí abajo llenándose de agua. Nos vi a nosotros tres ahogándonos.

Jason y Percy fruncieron los ceños.

—Yo no me puedo ahogar—dijo Percy, aunque sonó como si lo estuviera preguntando.

—Quizá el futuro haya cambiado—especuló Jason—. En la imagen que nos has enseñado antes, no había agua.

Piper deseó que tuviera razón, pero sospechó que no tendrían tanta suerte.

—Mirad—dijo Percy—. Yo iré primero. Todo irá bien. Ahora vuelvo.

Antes de que Piper pudiera objetar cualquier cosa, desapareció por la escalera.

Ella contó en silencio mientras esperaran a que volviera. Cuando iba por el treinta y cinco, oyó sus pisadas y apareció en la escalera, pareciendo más confundido que aliviado.

—Buenas noticias: no hay agua—dijo—. Malas noticias: no veo ninguna otra salida por allí. Ah, y noticias inquietantes: bueno, deberías de ver esto...

Descendieron con cuidado. Percy iba primero, con Contracorriente alzada. Piper le seguía y Jason caminaba detrás de ella, guardándoles las espaldas. La escalera era una escalera de caracol con forma de espiral hecha con ladrillos, de unos tres metros de diámetro. Aunque Percy había dicho que todo «*estaba limpio*», Piper vigiló por si había alguna trampa. En cada giro de la escalera, esperaba una emboscada. No tenía armas, sólo la cornucopia en una cuerda de cuero colgando

de su espalda. Si sucedía lo peor, las espadas de los chicos no harían demasiado en aquel espacio tan cerrado. Quizá Piper podría disparar jamones ahumados a los enemigos.

Mientras se abrían camino hasta el subsuelo, Piper vio pintadas antiguas en las piedras: números romanos y nombres y frases en italiano. Eso significaba que otras personas habían estado allí abajo después del imperio Romano, pero Percy no se sintió aliviada. Si había monstruos allí abajo, habrían ignorado a los mortales, esperando para que unos jugosos semidioses llegaran.

Finalmente, llegaron al final.

Percy se giró.

—Vigilad con el último escalón.

Él saltó al suelo de la sala cilíndrica, que estaba unos metros más debajo de la escalera de caracol. ¿Por qué alguien habría diseñado unas escaleras como aquellas? Piper no tenía ni idea. Quizá la sala y la escalera habían sido construidas en distintas épocas.

Quería girarse y salir de allí, pero no podía hacerlo con Jason a su espalda, y tampoco no podía dejar a Percy allí. Saltó hasta el suelo de la sala y Jason hizo lo mismo.

La sala era como la había visto en la hoja de Katoptris, lo único que no había agua. Las paredes curvas habrían estado pintadas en su día con frescos, pero ahora estaban borrados y convertidos en un color blanco huevo con unas tiras decolores difuminados. La cúpula que hacía de techo estaba a unos diez metros de altura.

Al otro extremo de la sala, opuesto a la escalera de caracol había nueve alcobas excavadas en la pared. Cada nicho estaba a unos tres metros del suelo y tenía el tamaño como para que cupiera una estatua a tamaño real de una persona, pero estaban vacíos.

El aire era frío y seco. Como Percy había dicho, no había más salidas.

—De acuerdo—Percy levantó las cejas—. Aquí viene la parte inquietante. Mirad.

Caminó hacia el centro de la sala.

Al instante, una luz verde y azul llenó la sala. Piper oía el ruido de una fuente, pero no se veía agua. Tampoco no parecía haber otra fuente de luz a excepción de las hojas de Percy y Jason.

—¿Oléis el océano? —preguntó Percy.

Piper no se había dado cuenta al principio. Estaba de pie al lado de Percy y él siempre olía a mar. Pero tenía razón. El olor a agua salada y tormenta se volvía cada vez más fuerte, como si se acercara un huracán de verano.

—¿Una ilusión? —preguntó ella. De repente, se sintió sedienta.

—No lo sé—dijo Percy—. Es como si hubiera agua aquí, mucha agua. Pero no la hay. Nunca he estado en un lugar como este.

Jason se acercó a la hilera de nichos. Tocó la base del más cercano, que estaba a nivel de su vista.

—Esta piedra... tiene conchas incrustadas. Esto es un ninfeo.

La boca de Piper se estaba secando.

—¿Un qué?

—Tenemos uno en el campamento Júpiter—dijo Jason—, en la Colina de los Templos. Es un altar a las ninfas.

Piper recorrió su mano por la base de otro nicho. Jason tenía razón. La alcoba tenía incrustadas distintas conchas, cauris y vieiras. Las conchas marinas parecían bailar con la luz acuosa. Estaban heladas al tacto.

Piper siempre había pensado en las ninfas como espíritus simpáticos, tontas y ligonas, en general inofensivas. Se llevaban bien con los hijos de Afrodita. Les encantaba cotillear y los consejos de belleza. Aquel lugar, aún así, no parecía el lago de canoas del campamento Mestizo, ni los torrentes de los bosques dónde Piper se encontraba normalmente con las ninfas. Aquel lugar parecía antinatural, hostil y muy seco.

Jason retrocedió y observó la hilera de alcobas.

—Los altares como estos estaban en todas partes en la Antigua Roma. La gente rica los tenía en los exteriores de sus casas en honor a las ninfas, para asegurarse de que el agua local siempre fuera fresca. Algunos altares estaban construidos en manantiales naturales, pero la mayoría eran hechos por el hombre.

—Así que... ¿ninguna ninfa vivió aquí? —preguntó Piper, esperanzada.

—No estoy seguro—dijo Jason—. Este lugar en el que estamos podría haber sido un estanque con una fuente. Muchas veces, si el ninfeo pertenecía a un semidiós, él o ella invitaban a las ninfas a vivir aquí. Si los espíritus lo acogían como hogar, se consideraba buena suerte.

—Para el dueño—supuso Percy—. Pero también ataría a las ninfas a esta nueva fuente de agua, que sería genial si la fuente estuviera en un parque soleado con agua fresca corriendo a través de los acueductos...

—Pero este lugar lleva enterrado siglos—supuso Piper—. Seco y enterrado. ¿Qué les habrá pasado a las ninfas?

El sonido del agua cambió a un coro de silbidos, como serpientes fantasmales. La luz ondeante pasó de ser azul marino y verde a morado y lima empalagoso. Por encima de ellos, los nueve nichos brillaron. Ya no estaban vacíos.

De pie en cada uno había una anciana marchita, tan seca y quebradizas que a Piper le recordó a las momias, lo único que las momias no se movían normalmente. Sus ojos eran de un color morado oscuro, como si el agua azul claro

de su fuente de vida se hubiera condensado y espesado en su interior. Sus finos vestidos de seda estaban hechos harapos y desdibujados. Sus cabellos habrían estado en su día peinados en un moño, decorados con joyas al estilo de las mujeres nobles romanas, pero ahora sus moños estaban despeinados y secos como la paja. Si los caníbales del agua existían, pensó Piper, era así cómo tendrían que ser.

—«¿Qué les habrá pasado a las ninfas?»—repitió la criatura del nicho central.

Ella estaba incluso en peor forma que las demás. Su espalda estaba encorvada como el lado de un jarrón. Sus manos esqueléticas tenían únicamente la capa más fina de piel. En su cabeza, una corona de laureles dorados destellaba en su pelo de animal atropellado.

Fijó sus ojos morados en Piper.

—Qué pregunta más interesante, querida. Quizá las ninfas se habrán tenido que quedar aquí, sufriendo, esperando para su venganza.

La próxima vez que tuviera una oportunidad, Piper juró que fundiría a Katoptris y lo vendería al chatarrero. El estúpido cuchillo nunca mostraba toda la historia. Claro, sí, se había visto ahogándose. Pero si hubiera sabido que nueve ninfas zombi secas la estarían esperando, nunca habría ido allí abajo.

Consideró salir corriendo por las escaleras, pero cuando se giró, el umbral había desaparecido. Algo obvio. No había nada más que una pared vacía. Piper sospechó que no era sólo una ilusión. Además, nunca llegaría al otro lado de la sala antes de que las ninfas zombi la atacaran.

Jason y Percy estaba a cada lado de ella, con sus espadas preparadas. Piper se alegró de tenerles cerca, pero sospechó que sus armas no servirían para nada. Había visto lo que pasaría en aquella sala. De alguna manera, aquellas cosas iban a vencerles.

—¿Quiénes sois? —preguntó Percy.

La ninfa central giró su cabeza.

—Ah... nombres. Una vez tuvimos nombres. Yo era Hagnó, la primera de las nueve.

Piper pensó que era una crueldad llamar a una ninfa Hagnó, pero decidió no decir nada.

—Las nueve—repitió Jason—. Las ninfas de este altar. Siempre hay nueve nichos.

—Por supuesto—Hagnó mostró sus dientes con una sonrisa malvada—. Pero nosotras somos las nueve originales, Jason Grace, las que presenciamos el nacimiento de tu padre.

La espada de Jason bajó.

—¿Hablas de Júpiter? ¿Estabais allí cuando él nació?

—Nosotras le llamábamos Zeus—dijo Hagnó—. Qué bebé más irritante. Ayudamos a Rea en su labor. Cuando llegó el bebé, le escondimos para que su padre, Cronos, no le comiera. Ah, tenía pulmones, aquel bebé. Hicimos todo lo que pudimos para ahogar el sonido para que Cronos no le encontrara. Cuando Zeus creció, fuimos honradas con honores eternos. Pero eso era en nuestro antiguo país, en Grecia.

Las otras ninfas gimieron y arañaron sus nichos. Piper se dio cuenta de que parecían estar atrapadas en ellos, ya que sus pies estaban pegados a la piedra igual que las conchas decorativas.

—Cuando Roma se alzó poderosa, nos invitaron aquí—dijo Hagnó—. Un hijo de Júpiter nos tentó con favores. «*Un nuevo hogar*» nos dijo. «*¡Más grande y mejor! Sin pagas ni señales, un barrio excelente. ¡Roma durará para siempre!*».

—Para siempre...—silbaron las demás.

—Sucumbimos a la tentación—dijo Hagnó—. Dejamos nuestros sencillos pozos y nuestros arroyos en el monte Liqueo y nos mudamos a aquí. ¡Durante siglos, nuestras vidas fueron maravillosas! Fiestas, sacrificios en nuestro honor, nuevos vestidos y joyas cada semana. Todos los semidioses de Roma ligaban con nosotras y nos honraban.

Las ninfas gimieron y suspiraron.

—Pero Roma no duró—gruñó Hagnó—. Los acueductos se desviaron. La casa de nuestro amo fue abandonada y derruida. Fuimos olvidadas, enterradas bajo la tierra, pero no podíamos irnos. Nuestras fuentes de vida estaban atadas a este lugar. Nuestro antiguo amo nunca dio señales de querer dejarnos ir. Durante siglos, nos hemos marchitado aquí en la oscuridad, sedientas... muy sedientas.

Las otras se arañaron las bocas.

Piper sintió cómo se le cerraba la garganta.

—Lo siento por ti—dijo, intentando usar su hechizo oral—. Debe de haber sido horrible. Pero nosotros no somos vuestros enemigos. Si podemos ayudaros...

—¡Oh, una voz encantadora! —gritó Hagnó—. Unos rasgos muy hermosos. Yo una vez fui joven igual que tú. Mi voz era tan suave como un arroyo. ¿Pero sabes lo que le pasa a la mente de una ninfa cuando está atrapada en la oscuridad, sin nada con lo que alimentarse más que el odio, nada de lo que beber más que pensamientos violentos? Sí, querida. Puedes ayudarnos.

Percy levantó su mano.

—Eh... yo soy hijo de Poseidón. Quizá pueda convocar una nueva fuente de agua.

—¡JA! —gritó Hagnó, y las otras ocho lo repitieron.

—De hecho, hijo de Poseidón—dijo Hagnó—. Conozco bien a tu padre. Efiltes y Oto nos prometieron que vendríaís.

Piper puso su mano en el brazo de Jason en busca de equilibrio.

—Los gigantes—dijo—. ¿Trabajáis para ellos?

—Son nuestros vecinos—sonrió Hagnó—. Sus cámaras están por debajo de aquí, dónde el acueducto de agua fue desviado para los juegos. Una vez hayamos acabado con vosotros, una vez nos hayáis “ayudado”, los gemelos nos prometieron que no sufriríamos más.

Hagnó se giró hacia Jason.

—Tú, hijo de Júpiter... por la horrible traición de tu antecesor que nos trajo aquí, pagarás. Conozco los poderes del dios del cielo, ¡yo le crié! Una vez, nosotras las ninfas controlábamos la lluvia por encima de nuestros pozos y arroyos. Cuando haya acabado contigo, tendremos nuestro poder de nuevo. Y Percy Jackson, hijo del dios del mar... de ti, conseguiremos el agua, una fuente infinita de agua.

—¿Infinita? —los ojos de Percy iban de una ninfa a otra—. Eh, mirad. No sé si seré infinito. Pero quizá pueda traeros unos cuantos litros...

—Y tú, Piper McLean—los ojos morados de Hagnó brillaron—. Tan joven, tan encantadora, tan dotada con tu dulce voz. De ti, reclamaremos nuestra belleza. Hemos reservado nuestra última fuerza vital para este día. Estamos muy sedientas. De vosotros tres, ¡nosotras beberemos!

Y los nueve nichos brillaron. Las ninfas desaparecieron, y el agua salió de sus alcobas, un agua extrañamente oscura, como el aceite.

## Capítulo XLIII

### Piper

PIPER NECESITABA UN MILAGRO, no un cuento. Pero justo entonces, estando en shock mientras el agua negra se agazapaba bajo sus piernas, recordó la leyenda que Aqueloo había mencionado, la historia de la inundación.

No la historia de Noé, sino la versión Cherokee que su padre le explicaba, con los fantasmas bailarines y el perro esqueleto.

Cuando era pequeña, se acurrucaba junto a su padre en su gran mecedora. Miraba por las ventanas la costa de Malibú y su padre le explicaba la historia que había oído del abuelo Tom en la reserva de Oklahoma.

—Un hombre que tenía un perro—siempre comenzaba su padre.

—¡No puedes comenzar una historia así! —protestó Piper—. Tienes que decir «*Érase una vez...*».

Papá rió.

—Pero esto es una historia Cherokee. Son muy directas. Así, de cualquier manera este hombre tenía un perro. Cada día el hombre llevaba a su perro al borde del lago para conseguir agua, y el perro ladraba con furia al lago, como si le enloqueciera.

—¿Y estaba loco?

—Paciencia, cariño. Finalmente el hombre se preocupó por su perro que ladraba tanto, y le reprendió: «*¡Mal perro! Deja de ladrar al agua. ¡Es sólo agua!*». Para su sorpresa, el perro le miró a los ojos y comenzó a hablar.

—Nuestro perro puede decir «*Gracias*»—se ofreció Piper—. Y también ladra: «*Au*».

—Más o menos—coincidió su padre—. Pero este perro decía frases enteras. El perro dijo: «*Muy pronto, un día vendrán las tormentas. Las aguas se alzarán, y todo el mundo se ahogará. Puedes salvar a tu familia y a ti mismo construyendo un arca, pero primero tendrás que sacrificarme. Debes ahogarme en este agua*».

—¡Eso es horrible! —dijo Piper—. ¡Yo nunca ahogaría a nuestro perro!

—Ese hombre probablemente dijo lo mismo. Pensó que el perro mentía, quiero decir, después de haber salido del shock al descubrir que su perro hablaba. Cuando protestó el perro dijo: «*Si no me crees, mira mi nuca. Ya estoy muerto*».

—¡Eso es triste! ¿Por qué me cuentas esto?



—Porque tú me lo has pedido—le recordó su padre. Y de hecho, algo acerca aquella historia le fascinaba a Piper. La había oído docenas de veces, pero seguía dándole vueltas.

—De cualquier forma—dijo su padre—, el hombre agarró al perro por la nuca y vio que se le levantaba el pelaje y la piel. Bajo de aquello, sólo había huesos. El perro era un perro esqueleto.

—Asqueroso.

—Coincido. Así que con lágrimas en los ojos, el hombre le dijo adiós a su inquietante perro esqueleto y lo lanzó en el agua, dónde al cabo de segundos se hundió. El hombre construyó un arca y cuando vino la inundación, él y su familia sobrevivieron.

—Sin el perro.

—Sí. Sin el perro. Cuando las lluvias bajaron y el arca se posó en tierra, el hombre y su familia eran los únicos con vida. El hombre oyó ruidos del otro lado de una colina, como si cientos de personas estuvieran riendo y bailando, pero cuando llegó a lo alto, lo único que vio no fue nada más que huesos descansando en el suelo, cientos de esqueletos de toda la gente que había muerto durante la inundación. Se dio cuenta de que los fantasmas de los muertos habían estado bailando. Aquel era el ruido que había oído.

Piper esperó.

—¿Y?

—Y, nada. Fin.

—¡No puedes acabar de esa manera! ¿Por qué estaban bailando los fantasmas?

—No lo sé—dijo papá—. Tu abuelo nunca quiso explicármelo. Quizá los fantasmas se alegraban de que una sola familia hubiera sobrevivido. Quizá estaban disfrutando en el más allá. Son fantasmas. ¿Quién sabe?

Piper no se sintió satisfecha con aquello. Tenía demasiadas preguntas sin respuesta. ¿La familia había encontrado a otro perro? Obviamente no todos los perros se habían ahogado, ya que ella tenía un perro.

No podía encajar la historia. Nunca volvió a mirar a los perros de la misma manera, preguntándose si uno sería un perro esqueleto. Y tampoco entendía por qué la familia había tenido que sacrificar a su propio perro para salvarse. Sacrificarse para salvar a tu familia parecía una cosa muy noble, algo que un perro haría.

Ahora, en el ninfeo de Roma, mientras el agua oscura llegaba al nivel de su cintura, Piper se preguntó por qué el dios del río Aqueloo había mencionado aquella historia.

Deseó tener un arca, pero por desgracia era como el perro esqueleto. Ya estaba muerta.

## Capítulo XLIV

### Piper

LA BASE SE LLENÓ CON UNA VELOCIDAD ALARMANTE. Piper, Jason y Percy buscaron por las paredes, buscando una salida, pero no encontraron nada. Subieron a las alcobas para ganar altura, pero con agua saliendo de cada nicho, era como intentar mantener el equilibrio en el borde de una cascada. Incluso cuando Piper estuvo de pie en un nicho el agua le llegaba por las rodillas. En el suelo, habrían unos dos metros de profundidad y subiendo.

—Puedo intentar un relámpago—dijo Jason—. Quizá pueda abrir un agujero en el techo.

—Eso podría hacer derrumbarse toda la sala y aplastarnos—dijo Piper.

—O electrocutarnos—añadió Percy.

—No tenemos muchas más opciones—dijo Jason.

—Dejadme mirar en el fondo—dijo Percy—. Si este lugar fue construido como fuente, tiene que haber una forma de drenar esta cosa. Chicos, mirad los nichos en busca de salidas secretas. Quizá las conchas sean picaportes o algo—era una idea desesperada, pero Piper se alegró de poder hacer algo.

Percy saltó al agua. Jason y Piper fueron de nicho en nicho, dando patadas y pegando manotazos, toqueteando todas las conchas incrustadas en las piedras: no tuvieron suerte.

Más pronto de lo que esperaba Piper, Percy llegó a la superficie, jadeando y agitándose. Le ofreció su mano y él estuvo a punto de arrastrarla antes de que pudiera sacarle.

—No podía respirar—se atragantó—. El agua... no es normal. A penas he podido volver.

La fuerza vital de las ninfas, pensó Piper. Estaba tan envenenada y era tan maligna, que incluso un hijo del dios del mar no podía controlarla.

Mientras el agua subía a su alrededor, Piper sintió cómo la afectaba. Los músculos de sus piernas temblaron como si hubiera estado corriendo durante horas. Sus manos se volvieron secas y arrugadas, a pesar de estar en medio de una fuente.

Los chicos se movían lentamente. La cara de Jason estaba pálida. Parecía tener problemas sujetando su espada. Percy estaba empapado y temblaba. Su pelo no parecía tan oscuro, como si el color se estuviera diluyendo.

—Nos están quitando nuestra fuerza—dijo Piper—. Nos están consumiendo.

—Jason—tosió Percy—. Haz lo del relámpago.

Jason levantó su espada. La habitación retumbó, pero no apareció ningún relámpago. El techo no se rompió. En vez de eso, una tormenta en miniatura se formó en el techo de la sala. Caía lluvia, llenando la fuente incluso más rápido, pero no era lluvia normal. El líquido era tan oscuro como el agua de la sala. Cada gota hacía que la piel de Piper ardiera.

—No es lo que quería—dijo Jason.

El agua les llegaba por el cuello. Piper podía sentir su fuerza desapareciendo. La historia del abuelo Tom sobre los caníbales acuáticos era cierta. Las ninfas malas le quitarían la vida.

—Sobreviviremos—se murmuró a sí misma, pero no podía hechizarse oralmente a sí misma. En segundos, el agua envenenada les sobrepasaría. Tendrían que nadar y aquella cosa ya les paralizaba.

Se ahogarían, igual que en las visiones que había tenido.

Percy comenzó a apartar el agua como si estuviera castigando a un perro malo con el reverso de su mano.

—¡No puedo controlarla!

«*Tendrás que sacrificarme*» había dicho el perro esqueleto en la historia, «*tendrás que lanzarme al agua*».

Piper sintió como si alguien la hubiera agarrado por la nuca y le había mirado los huesos. Agarró su cornucopia.

—No podemos luchar contra esto—dijo—. Pero si la retenemos, eso sólo nos debilita aún más.

—¿Qué quieres decir? —gritó Jason por encima del ruido de la lluvia.

El agua les llegaba por las barbillas. Unos centímetros más y tendrían que nadar. Pero el agua aún estaba a mitad de camino del techo. Piper esperó que eso significara que aún tenían tiempo.

—El cuerno de la abundancia—dijo—. Tenemos que sobrecoger a las ninfas con agua fresca, darles más de lo que puedan usar. Si podemos diluir esto envenenado...

—¿Puede hacer eso tu cuerno? —Percy luchó por mantener su cabeza a flote, algo que era una nueva experiencia para él. Parecía estar enloquecido.

—Sólo con vuestra ayuda— Piper comenzaba a entender cómo funcionaba el cuerno. Las cosas no se producían de la nada. Sólo había sido capaz de enterrar a Hércules en verduras cuando se concentró en todas las experiencias buenas que había tenido con Jason.

Para crear la suficiente agua fresca para llenar aquella sala, necesitaría ir más allá, explotar más sus emociones. Por desgracia, estaba perdiendo su habilidad para concentrarse.

—Necesito que vosotros dos canalicéis todo lo que tenéis en la cornucopia—dijo—. Percy, piensa en el mar.

—¿Agua salada?

—¡No importa! Mientras sea limpia. Jason, piensa en las tormentas, mucha más lluvia. Sujetad la cornucopia.

Se juntaron mientras el agua les hacía salir de los nichos. Piper intentó recordar todas las clases de seguridad que su padre le había dado al empezar a surfear. Para ayudar a alguien que se ahoga, hay que poner tu brazo a su alrededor por detrás y tus piernas delante, moviéndote hacia atrás como si estuvieras haciéndole la respiración asistida. No estaba segura de si aquello iba a funcionar con dos personas, pero puso un brazo alrededor de cada chico e intentó mantenerles a flote mientras sujetaban la cornucopia entre los dos.

No pasó nada. La lluvia caía a ráfagas, igual de oscura y ácida.

Las piernas de Piper se sintieron mustias. El agua se arremolinaba por debajo de ella, arrastrándola hacia el fondo. Podía sentir cómo se le iba la fuerza.

—¡No funciona! —gritó Jason, escupiendo agua.

—No estamos yendo a ningún lugar—coincidió Percy.

—Tenemos que trabajar juntos—gritó Piper, esperando tener razón—. Pensad en agua fresca, una tormenta de agua. No os quedéis nada. Pensad en todo vuestro poder, toda vuestra fuerza yéndose.

—¡Eso no es difícil! —gritó Percy.

—¡Pero fuérsalo! —dijo ella—. Ofrece todo, como... si ya estuvieras muerto, y tu único objetivo es contener a las ninfas. Tiene que ser un regalo... un sacrificio.

Se callaron en aquella palabra.

—Intentémoslo de nuevo—dijo Jason—. Juntos.

Aquella vez Piper concentró todo su poder en la cornucopia. ¿Las ninfas querían su juventud, su vida y su voz? De acuerdo. La daría de buen grado y se imaginó todo su poder fluyendo.

«*Ya estoy muerta*» se dijo a sí misma, igual que relajada que el perro esqueleto, «*ésta es la única forma*».

Agua clara salió del cuerno con tanta fuerza que les empujó contra la pared. La lluvia se convirtió en un torrente claro, tan limpio y frío que hizo jadear a Piper.

—¡Funciona! —gritó Jason.

—Demasiado bien—dijo Percy—. ¡Estamos llenando la sala incluso más rápido! Tenía razón. El agua subía tan rápido, que el techo estaba a unos centímetros. Piper podía levantar el brazo y tocar las nubes en miniatura.

—¡No paréis! —dijo—. Tenemos que diluir el veneno hasta que las ninfas estén limpias.

—¿Y qué pasa si no se pueden limpiar? —preguntó Jason—. Han estado aquí abajo volviéndose malvadas durante siglos.

—Simplemente no lo retengas—dijo Piper—. Dalo todo. Aunque vayamos bajo... Su cabeza golpeó el techo. Las nubes se disiparon y se convirtieron en agua. El cuerno de la abundancia seguía expulsando torrentes limpios.

Piper se acercó a Jason y le besó.

—Te quiero—le dijo.

Las palabras salieron de ella, igual que el agua de la cornucopia. No pudo saber cuál fue su reacción, porque estaban bajo el agua.

Aguantó la respiración. La corriente rugía en sus orejas. Las burbujas se arremolinaban a su alrededor. La luz seguía ondeando en la sala, y Piper se sorprendió de que pudiera verla. ¿Estaba volviéndose el agua cada vez más clara?

Sus pulmones estaban ardiendo, pero Piper centró sus últimos esfuerzos en la cornucopia. El agua seguía saliendo, aunque no había sitio para más. ¿Estallarían las paredes con la presión?

La visión de Piper se oscureció.

Pensó que el rugido en sus orejas era su propio corazón dejando de latir. Entonces se dio cuenta de que toda la sala estaba temblando. El agua se arremolinaba cada vez más rápido. Piper sintió cómo se hundía.

Con su último esfuerzo, se impulsó hacia arriba. Su cabeza irrumpió en la superficie y tosió en busca de respiración. La cornucopia se detuvo. El agua estaba drenando tan rápido como había llenado la sala.

Con un grito de alarma, Piper se dio cuenta de que las caras de Percy y Jason estaban bajo el agua. Les ayudó a subir. Al instante, Percy tosió y comenzó a respirar, pero Jason no se movía.

Piper se aferró a él. Gritó su nombre, le zarandeó y le golpeó la cara. A penas se dio cuenta cuando toda el agua se había ido y les había dejado en el suelo.

—¡Jason! —intentó pensar desesperadamente. ¿Le podría poner de lado y golpear su espalda?

—Piper—dijo Percy—, yo puedo ayudar.

Se arrodilló a su lado y tocó la frente de Jason. El agua salió a borbotones de su boca. Sus ojos se abrieron y un relámpago empujó a Piper y a Percy hacia atrás.

Cuando la visión de Piper se aclaró, vio a Jason incorporándose, aún jadeando, pero el color estaba volviéndole a la cara.

—Lo siento—tosió—. No quería hacerlo.

Piper le abrazó. Le habría besado, pero no quería agobiarle.

Percy sonrió.

—En caso de que te lo estés preguntando, eso era agua limpia en tus pulmones. La he hecho salir sin problemas.

—Gracias, tío—Jason le dio la mano con dificultad—. Pero creo que Piper es la heroína real. Nos ha salvado.

—Sí, ella lo ha hecho—resonó una voz por la cámara.

Los nichos brillaron. Nueve figuras aparecieron, pero ya no eran criaturas marchitas. Eran jóvenes y hermosas ninfas con vestidos azules brillantes, con sus rizos oscuros peinados en un moño y vestidas con broches de plata y oro. Sus ojos eran sombras amables de azul y verde.

Mientras Piper las observaba, ocho de las ninfas se disolvieron en vapor y flotaron hacia arriba. Sólo la ninfa del centro se quedó.

—¿Hagnó? —preguntó Piper.

La ninfa sonrió.

—Sí, querida. No creía que tal altruismo existiera en los mortales y mucho menos en los semidioses. No os ofendáis.

Percy se puso en pie:

—¿Cómo nos íbamos a ofender? Sólo acabas de intentar ahogarnos y absorbernos las vidas.

Hagno hizo una mueca.

—Lo siento por eso. No era yo. Pero me habéis recordado lo que es el sol y la lluvia y las corrientes de los campos. Percy y Jason, gracias a vosotros he recordado el mar y el cielo. Me habéis purificado. Pero sobre todo gracias a ti, Piper. Tú has compartido conmigo algo mejor incluso que el agua limpia—Hagnó se giro hacia ella—. Tienes un buen espíritu, Piper. Y yo soy un espíritu de la naturaleza, sé de lo que hablo.

Hagnó señaló hacia el otro lado de la sala. Las escaleras hacia la superficie aparecieron. Justo por debajo, una abertura circular cobró existencia, como un desagüe, lo suficientemente grande como para colarse por allí. Piper sospechó que era por allí por dónde se había ido el agua.

—Podéis volver a la superficie—dijo Hagnó—. O, si insistís, podéis seguir el canal hacia los gigantes. Pero escoged rápidamente, porque ambas puertas desaparecerán en cuanto me haya ido. La tubería conecta con la antigua línea del acueducto, que alimenta el ninfeo y el hipogeo que los gigantes llaman hogar.

—Uf—Percy se apretó las sienes—. Por favor, no más palabras raras.

—Oh, hogar no es una palabra rara—Hagnó sonaba sincera—. Creía que lo era, pero ahora nos habéis desatado de este lugar. Mis hermanas se han ido a encontrar nuevos hogares... un arroyo de montaña, quizás, o un lago en un

bosque. Las seguiré. No puedo esperar a ver los bosques y las praderas de nuevo, y el agua corriente y fresca.

—Eh—dijo Percy, nervioso—, las cosas han cambiado un poco allí arriba en los últimos siglos.

—Imposible—dijo Hagnó—. ¿Tan malo es? Pan no dejaría que la natura se contaminase. Tampoco no puedo esperar a verle.

Percy parecía querer decir algo, pero se detuvo.

—Buena suerte, Hagnó—dijo Piper—. Y gracias.

La ninfa sonrió por última vez y se vaporizó.

Por poco tiempo, el ninfeo brilló con una luz más suave, como si fuera luna llena. Piper olió a especias exóticas y rosas en flor. Escuchó música lejana y voces felices hablando y riendo. Supuso que estaba oyendo siglos de fiestas y celebraciones que habían tenido lugar en aquel altar en la antigüedad, como si los recuerdos hubieran sido liberados junto con los espíritus.

—¿Qué es eso? —preguntó Jason, nervioso.

Piper le cogió la mano.

—Los fantasmas están bailando. Vamos, será mejor que vayamos al encuentro de los gigantes.

## Capítulo XLV

### Percy

PERCY ESTABA HARTO DEL AGUA.

Si hubiera dicho aquello en voz alta, le habrían expulsado probablemente del grupo escolta Junior de Poseidón, pero no le importaba.

Después de sobrevivir a duras penas al ninfeo, quería volver a la superficie. Quería estar seco y sentarse a la cálida luz del sol durante mucho tiempo, a poder ser con Annabeth.

Por desgracia, no sabía dónde estaba Annabeth. Frank, Hazel y Leo estaban perdiéndose la acción. Él aún tenía que salvar a Nico di Angelo, suponiendo que el chico no estaba muerto. Y también tenían que evitar que los gigantes destruyeran Roma, despertaran a Gea y destruyeran el mundo.

En serio, aquellos monstruos y dioses tenían cientos de siglos. ¿No podían simplemente entrar en acción unas décadas después de la vida de Percy? Al parecer no.

Percy les guió mientras bajaban por la cañería de desagüe. Después de unos diez metros, se abría a un túnel más ancho. A su izquierda, en algún lugar en la distancia, Percy oía un sonido estruendoso y chirriante, como si una gran máquina necesitara engrasarse. No quería para nada descubrir qué estaba haciendo aquel sonido, pero supuso que tendría que ser hacia dónde se dirigieran.

Varios cientos de metros después, llegaron a una curva en el túnel. Percy levantó la mano, señalando a Jason y a Piper para que esperaran. Se agachó al borde de la esquina.

El pasillo se abría a una gran sala con un techo a unos seis metros de altura e hileras de columnas de apoyo. Parecía la misma sala que se parecía al aparcamiento de un supermercado que Percy había visto en sus sueños, pero ahora estaba más plagado de cosas.

El estruendo y los chirridos venían de unos gigantescos engranajes y sistemas de poleas que subían y bajaban secciones del suelo sin razón aparente. El agua corría a través de las zanjas abiertas (oh, genial, más agua), dándole poder a los molinos de agua que hacían funcionar algunas de las máquinas. Otras máquinas estaban conectadas con unas gigantescas ruedas de hámster con sabuesos del



infierno en su interior. Percy no pudo evitar en la señorita O'Leary y en lo mucho que odiaría estar allí atrapada en una de esas.

Suspendidas desde el techo había cajas que contenían animales vivos: un león, varias cebras, una manada entera de hienas e incluso una hidra de ocho cabezas. Unas cintas transportadoras de cuero y bronce de apariencia antigua corrían por la sala con montones de armas y armaduras, como el almacén de las Amazonas en Seattle, lo único que este lugar era mucho más antiguo y no tan bien organizado. A Leo le encantaría, pensó Percy. La sala entera era una máquina gigantesca, terrorífica y poco fiable.

—¿Qué es esto? —susurró Piper.

Percy no estaba seguro de qué responder. No veía a los gigantes, por lo que hizo señas a sus amigos para que le siguieran y echar un vistazo.

A unos seis metros pasada la entrada, una talla de madera a tamaño real de un gladiador salió del suelo. Chasqueó y crujió por una de las cintas transportadoras, fue pescado por una cuerda y ascendió a través de una ranura en el techo.

Jason murmuró:

—¿Qué demonios?

Pasaron el umbral. Percy observó la sala. Había cientos de cosas que ver, la mayor parte de ellas en movimiento, pero una de las ventajas de ser un semidiós con TDAH era que Percy se sentía cómodo con el caos. A unos cientos de metros, atisbó una tarima con dos sillas descomunales vacías de pretor. Entre ellas había un jarrón de bronce lo suficientemente grande como para que cupiera una persona.

—Mirad—señaló a sus amigos.

Piper frunció el ceño.

—Es demasiado fácil.

—Por supuesto—dijo Percy.

—Pero no tenemos elección—dijo Jason—. Tenemos que salvar a Nico.

—Sí—Percy comenzó a cruzar la puerta, haciéndose paso a través de las cintas transportadoras y las plataformas que se movían.

Los mastines del infierno en las ruedas de hámster no les prestaron atención. Estaban demasiado ocupados corriendo y jadeando con sus ojos rojos brillando como faros de coche. Percy deseó que Hazel estuviera con ellos para que pudiera ayudarles con sus habilidades en el subsuelo (y por supuesto para que pudiera reunirse con su hermano).

Saltaron por una zanja de agua y se agacharon bajo una hilera de lobos enjaulados. Habían llegado a la mitad de camino hasta el jarrón de bronce cuando el techo se abrió por encima de ellos. Una plataforma descendió. De pie en ella

como un actor, con una mano levantada y con la cabeza en alto, estaba el gigante del pelo morado, Efiates.

Igual que Percy le había visto en sus sueños, el gran F era pequeño para ser un gigante, de unos tres metros y medio de altura, pero había intentado sobrellevarlo con su extravagante vestuario. Se había cambiado la armadura de gladiador y ahora vestía una camisa hawaiana que hasta Dioniso habría encontrado vulgar. Tenía los chillones dibujos de distintas muertes de héroes, terribles torturas y leones comiéndose esclavos en el Coliseo. El pelo del gigante estaba trenzado con monedas de oro y plata. Tenía una lanza de unos tres metros atada a su espalda, cosa que no pegaba demasiado con su camisa. Vestía unos tejanos blancos y llevaba unas sandalias de cuero en sus... bueno, no eran pies, sino que eran cabezas de serpientes. Las serpientes hacían chasquear sus lenguas y silbaban como si no apreciaran el tener que soportar el peso del gigante.

Efiates sonrió a los semidioses como si estuviera muy, muy contento de verles.

—¡Al fin! —les gritó—. ¡Estoy muy feliz! Sinceramente, no creía que conseguiríais vencer a las ninfas, pero me alegro de que lo hicierais. Mucho más entretenido. ¡Justo a tiempo para el evento principal!

Jason y Piper se pusieron a los lados de Percy. Tenerles a su lado le hizo sentir un poco mejor. Aquel gigante era más pequeño que la mayoría de los monstruos a los que se había enfrentado, pero algo de él hacía que la piel de Percy se erizara. Los ojos de Efiates bailaban con una luz inquietante.

—Estamos aquí—dijo Percy, algo que sonó demasiado obvio una vez lo hubo dicho—. Suelta a nuestro amigo.

—¡Por supuesto! —dijo Efiates—. Aunque me temo que ha pasado de su fecha de expiración. Oto, ¿dónde estás?

A un tiro de piedra, el suelo se abrió, y otro gigante subió en una plataforma.

—¡Oto, al fin! —su hermano gritó con alegría—. ¡No te has vestido igual que yo! Tú...—la expresión de Efiates pasó a aterrorizada—. ¿Qué, en nombre del Inframundo, llevas puesto?

Oto parecía el bailarín de ballet más grande y cascarrabias del mundo. Vestía un leotardo ajustado celeste que para Percy, podría haber dejado algo más a la imaginación. Los dedos de sus gigantescas zapatillas de baile estaban cortados para que sus serpientes pudieran asomar. Una corona de diamantes (Percy decidió ser amable y pensar que era la corona de un rey) estaba acurrucada en su cabello verde y trenzado con petardos. Parecía triste e incómodo, pero se las apañó para hacer la reverencia de un actor, algo que no debía de haber sido fácil para tener serpientes en vez de pies y una lanza atada a la espalda.

—¡Dioses y titanes! —gritó Efiates—. ¡Es la hora del espectáculo? ¿En qué estás pensando?

—No quería vestir el traje de gladiador—se quejó Oto—. Sigo creyendo que un ballet sería perfecto, ya sabes, mientras está en marcha el Armageddon—alzó una ceja esperanzada hacia los semidioses—. Tengo unos disfraces extra...

—¡No! —le espetó Efiates, y por una vez Percy estuvo de acuerdo con él.

El gigante del pelo morado miró a Percy. Sonrió tan dolorosamente que parecía estar siendo electrocutado.

—Por favor, perdonad a mi hermano—dijo—. Su presencia en el escenario es horrible, y no tiene para nada sentido del estilo...

—Bueno—Percy decidió no comentar acerca de su camisa hawaiana—. Ahora, en cuanto a nuestro amigo...

—Oh, él—se burló Efiates—. Le íbamos a dejar morir en público, pero no tiene ningún valor para el espectáculo. Se ha pasado días acurrucado durmiendo. ¿Qué tipo de espectáculo es ese? Oto, vuelca el jarrón.

Oto caminó fatigosamente hacia la tarima, deteniéndose ocasionalmente para hacer un plié de ballet. Golpeó el jarrón, la tapa salió y Nico di Angelo cayó del interior. La vista de su cara pálida cadavérica y de su complexión demasiado delgada hizo que el corazón de Percy se detuviera. Percy no podía saber si estaba vivo o muerto. Quería correr a comprobarlo, pero Efiates estaba en el medio.

—Ahora tendríamos que darnos prisa—dijo el Gran F—. Deberíamos repasar vuestras direcciones de escena. ¡El hipogeo está preparado!

Percy sí que estaba preparado para partir a aquel gigante por la mitad y salir de allí, pero Oto estaba al lado de Nico. Si comenzaba una batalla, Nico no estaba en condiciones de defenderse a sí mismo. Percy necesitaba conseguirle tiempo para recuperarse.

Jason levantó su gladius dorada.

—No vamos a formar parte de ningún tipo de espectáculo—dijo—. ¿Y qué es un hipo... lo que sea?

—¡Hipogeo! —dijo Efiates—. ¿Y tú eres un semidiós romano? ¡Deberías saberlo! Ah, pero supongo que si hemos hecho nuestro trabajo correctamente, no habríais podido saber que el hipogeo existe.

—Conozco esa palabra—dijo Piper—. Es la zona bajo la arena del anfiteatro. Es dónde había las piezas y la maquinaria para crear los efectos especiales.

Efiates aplaudió con entusiasmos.

—¡Así es! ¿Eres estudiante de teatro, querida?

—Eh... mi padre es actor.

—¡Maravilloso! —Efiates se giró hacia su hermano—. ¿Has oído eso, Oto?

—Actor—murmuró Oto—. Todo el mundo es actor. Nadie puede bailar.

—¡Sé amable! —le reprendió Efiates—. De cualquier manera, querida, tienes toda la razón, pero este hipogeo es mucho más que el almacén de un anfiteatro.

¿Habrás oído que en la antigüedad los gigantes eran encarcelados bajo la tierra, y que, de tanto en tanto causaban terremotos cuando intentaban liberarse? Bueno, ¡nosotros hemos hecho más que eso! Oto y yo hemos estado encarcelados bajo Roma durante eones, pero hemos estado constriyendo nuestro propio hipogeo. Ahora estamos listos para crear el espectáculo más grande que Roma ha visto, ¡y el último!

A los pies de Oto, Nico se removi6. Percy sintió c6mo una rueda de hámster para mastines del infierno comenzaba a moverse en su interior. Al menos Nico estaba con vida. Ahora s6lo tenían que vencer a los gigantes, preferiblemente sin destruir la ciudad de Roma, y salir de allí para encontrar a sus amigos.

—Así que—dijo Percy, esperando centrar la atención de los gigantes en él—. Direcciones de escena, ¿habéis dicho?

—¡Sí! —dijo Efiates—. Ahora, ya sé que el contrato estipula que tú y la chica Annabeth debéis ser mantenidos con vida si es posible, pero honestamente, la chica ya está condenada, por lo que espero que no te importe si nos desviamos del plan.

La boca de Percy sabía a agua de ninfa.

—¿Ya está condenada? ¿No querrás decir que está...?

—¿Muerta? —preguntó el gigante—. No, aún no. ¡Pero no te preocupes! Tenemos a vuestros otros amigos encerrados.

Piper hizo un sonido estrangulado.

—¿Leo? ¿Hazel y Frank?

—Esos son—coincidió Efiates—. Así que podemos usarlos para el sacrificio. Podemos dejar que la chica de Atenea muera, lo que complacerá a la Señora. ¡Y podemos usaros a vosotros tres para el espectáculo! Gea estará un poco decepcionada, pero todos salimos ganando. Vuestras muertes serán mucho más entretenidas.

Jason rió socarronamente.

—¿Queréis entretenimiento? Yo os daré entretenimiento.

Piper dio un paso adelante. De alguna manera se las arregló para esbozar una sonrisa dulce.

—Tengo una idea mejor—le dijo a los gigantes—. ¿Por qué no nos dejáis escapar? Eso sería un giro increíble. Un valor maravilloso para el entretenimiento y probaría al mundo lo geniales que sois.

Nico se revolvió. Oto le miró. Sus pies serpentiles chasquearon sus lenguas hacia la cabeza de Nico.

—¡Además! —gritó rápidamente Piper—. Además, podemos hacer algunos pasos de baile mientras escapamos. ¡Quizá un número de ballet!

Oto olvidó a Nico. Se movió pesadamente y extendió un dedo señalando a Efiates.

—¿Ves? ¡Eso es lo que yo te decía! ¡Sería increíble!

Durante un segundo, Percy creyó que Piper lo había conseguido. Oto miró a su hermano, implorante. Efiates se rascaba la barbilla como si lo estuviera considerando.

Al fin, negó con la cabeza.

—No... no. Me temo que no. Ya ves, querida. Soy el anti-Dioniso. Tengo una reputación que mantener. ¿Dioniso cree que conoce las fiestas? Sus guateques son sosos comparados con lo que yo puedo hacer. Esa vieja estratagema que hicimos, por ejemplo, cuando juntamos montañas para llegar al Olimpo...

—Te dije que nunca funcionaría—murmuró Oto.

—Y cuando mi hermano se cubrió con carne y corrió por una carrera de obstáculos con dragones...

—Dijiste que Hefesto-TV lo mostraría en prime time—dijo Oto—. Nadie me vio nunca.

—Bueno, este espectáculo es incluso mejor—prometió Efiates—. Los romanos siempre han querido pan y juegos de circo, ¡comida y entretenimiento! Mientras destruiremos esta ciudad, les ofreceremos ambas cosas. ¡Observad un ejemplo!

Algo cayó del techo y aterrizó a los pies de Percy: una rebanada de pan de sándwich en un envoltorio de papel blanco con topos amarillos y rojos.

Percy lo recogió.

—¿Pan Bimbo?

—Es magnífico, ¿verdad? —los ojos de Efiates bailaban con emoción enloquecida—. Puedes guardarte esa rebanada. Planeo distribuir millones a la gente de Roma mientras les destruyo.

—El pan Bimbo está bueno—admitió Oto—. Aunque los romanos bailarían por ello.

Percy miró a Nico, que comenzaba a moverse. Percy quería que al menos estuviera consciente como para poderse apartar cuando comenzara la refriega. Y Percy necesitaba más información de los gigantes acerca de Annabeth, y dónde estaban encerrados sus otros amigos.

—Quizá—se aventuró Percy—, deberíais traer a nuestros otros amigos aquí. Ya sabéis, cuantos más muertos seamos, más reiremos, ¿no?

—Mmm—Efiates jugueteó con un botón de su camisa hawaiana—. No. Ya es demasiado tarde como para cambiar la coreografía. Pero no temáis. Los juegos de circo serán maravillosos. Y no como los circos modernos, por si os lo preguntáis. Eso requeriría de payasos y odio a los payasos.

—Todo el mundo odia a los payasos—dijo Oto—. Incluso los demás payasos odian a los payasos.

—Exacto—coincidió su hermano—. ¡Pero tenemos mucho más entretenimiento planeado! Vosotros tres moriréis en agonía, arriba, dónde todos los dioses y mortales os puedan ver. ¡Pero eso sólo será la ceremonia de apertura! En la antigüedad, los juegos duraban días o semanas. Nuestro espectáculo... la destrucción de Roma, durará un mes entero hasta que Gea despierte.

—Esperad—dijo Jason—. ¿Un mes y Gea despierta?

Efialtes hizo señas como si no le diera importancia a la pregunta.

—Sí, sí. No sé qué de que el uno de agosto era la mejor fecha para destruir a toda la humanidad. ¡No es importante! En su infinita sabiduría, la madre Tierra ha accedido a que Roma sea destruida en primer lugar, lenta y espectacularmente. ¡Es genial!

—Así que—Percy no podía creerse que estuviera hablando del fin del mundo con una rebanada de pan Bimbo en la mano—. Sois los teloneros de Gea.

La cara de Efialtes se oscureció.

—¡No hay teloneros, semidiós! Liberaremos a los animales salvajes y a los monstruos por las calles. Nuestro departamento de efectos especiales producirá incendios y terremotos. ¡Arenas movedizas y volcanes aparecerán al azar por la ciudad! Los fantasmas correrán en estampida.

—Lo de los fantasmas no funcionará—dijo Oto—. Nuestro departamento de ventas dice que no hará subir la audiencia.

—¡Herejes! —dijo Efialtes—. Este hipogeo puede hacer que todo funcione.

Efialtes corrió hacia la gran mesa cubierta con una sábana. Apartó la sábana, revelando una colección de manivelas y picaportes que parecía tan complicado como el panel de control de Leo en el Argo II.

—¿Este botón? —dijo Efialtes—. ¡Este libera a una docena de lobos rabiosos en el foro! ¡Y este hará que unos autómatas gladiadores luchen contra los turistas en la Fontana de Trevi! ¡Este hará que el Tíber se salga del curso para que podamos recrear una batalla naval en el medio de la Piazza Navona! ¡Percy Jackson, tú deberías apreciar eso, como hijo de Poseidón!

—Eh... sigo creyendo que la idea de dejarnos marchar es mejor—dijo Percy.

—Tiene razón—intentó Piper de nuevo—. De otra manera, nos veremos obligados a meternos en eso de la confrontación. Lucharemos contra vosotros. Vosotros contra nosotros. Destrozaremos vuestros planes. Ya sabéis, ya hemos vencido a unos cuantos gigantes últimamente. Odio que las cosas se vuelvan descontroladas.

Efialtes asintió, pensativo.

—Tienes razón.

Piper parpadeó.

—¿Ah, sí?

—No podemos dejar que las cosas se vuelvan descontroladas—coincidió el gigante—. Todo tiene que estar cronometrado a la perfección. Pero no os preocupéis. Hemos coreografiado vuestras muertes. Os encantará.

Nico comenzó a arrastrarse, gruñendo. Percy quería que se moviera más rápido y que gruñera menos. Consideró lanzarle su rebanada de pan Bimbo.

Jason cambió su espada de mano.

—¿Y si rechazamos en cooperar con vuestro espectáculo?

—Bueno , no podéis matarnos—Efialtes rió, como si la idea fuera ridícula—. No tenéis ningún dios con vosotros, y esa es la única manera que podéis tener éxito. Así que, la verdad sería mucho más sensato morir dolorosamente. Lo siento, pero el espectáculo debe continuar.

Percy se dio cuenta de que el gigante era incluso peor que el dios del mar Forcis de Atlanta. Efialtes no era el anti-Dioniso. Era Dioniso sobrealimentado con esteroides. Sí, claro, Dioniso era el dios del goce y de las fiestas descontroladas. Pero a Efialtes lo único que le gustaba era destruir cosas por placer.

Percy miró a sus amigos.

—Me estoy cansando de la camisa de este tipo.

—¿Hora de combatir? —Piper agarró su cuerno de la abundancia.

—Odio el pan Bimbo—dijo Jason.

Juntos, atacaron.

## Capítulo XLVI

### Percy

LAS COSAS FUERON MAL DE INMEDIATO. Los gigantes se desvanecieron en dos humaredas gemelas. Reaparecieron en otra punta de la sala, cada uno en un lugar distinto. Percy corrió hacia Efiates, pero las zanjas del suelo se abrieron bajo sus pies, y unas paredes de metal aparecieron a cada lado, apartándole de sus amigos.

Las paredes comenzaron a cerrarse como si fuera un tornillo de banco. Percy saltó y agarró la base de la jaula de la hidra. Echó un vistazo y vio a Piper saltar por un conjunto de pozos como si fueran una rayuela, intentando llegar dónde estaba Nico, que estaba aturdido e indefenso mientras era acechado por un par de leopardos.

Mientras tanto Jason atacaba a Oto, que había sacado su lanza y suspiraba pesadamente, como si hubiera preferido bailar El lago de los cisnes a matar a otro semidiós.

Percy registró todo en un segundo, pero no había mucho más que pudiera hacer. La hidra le pisó las manos. Saltó, aterrizando en un claro de árboles contrachapados falsos que habían aparecido de la nada. Los árboles cambiaban de sitio mientras intentaba atravesarlos, por lo que los partió por la mitad con Contracorriente.

—¡Maravilloso!—gritó Efiates. Estaba en su panel de control a unos dieciocho metros a la izquierda de Percy—. Consideraremos esto como un ensayo de vestuario. ¿Debo de desatar a la hidra en la Piazza di Spagna ahora?



Levantó una manivela, y Percy miró detrás de él. La jaula en la que había estado colgando ahora estaba yendo hacia un agujero en el tejado. En tres segundos se habría ido. Si Percy atacaba al gigante, la hidra arrasaría la ciudad.

Maldiciendo, lanzó a Contracorriente como un boomerang. La espada no estaba diseñada para eso, pero el bronce celestial cortó las cadenas que sostenían a la hidra. La caja se ladeó. La puerta se abrió y el monstruo salió de la jaula, justo delante de Percy.

—Oh, ¡eres un aguafiestas, Jackson! —le gritó Efiates—. Muy bien. Combate aquí, si quieres, pero tu muerte no será lo mismo sin la multitud animadora.

Percy dio un paso hacia adelante para enfrentarse al monstruo, entonces se dio cuenta de que había lanzado su arma. Por su parte, un mal plan.

Rodó hacia un lado mientras las ocho cabezas de la hidra escupían ácido, convirtiendo el suelo en el que había estado en un cráter humeante y piedra fundida. Percy odiaba las hidras. En parte estaba bien que hubiera perdido su espada, ya que sus instintos de héroe habrían sido cortar los cuellos, y la hidra sencillamente habría hecho crecer dos nuevos por cada uno perdido.

La última vez que se había enfrentado a una hidra, había sido salvado por un barco bélico con cañones de bronce que habían hecho pedazos al monstruo. Aquella estrategia no le podría ayudar en aquel momento, ¿o sí?

La hidra atacó. Percy se agachó detrás de una rueda de hámster gigantesca y observó la sala, buscando las cajas que había visto en su sueño. Recordó algo acerca de unos lanzamisiles.

En la tarima, Piper estaba al lado de Nico mientras los leopardos avanzaban. Apunto con su cornucopia y disparó una olla de puchero hacia la cabeza de los felinos. Debía de oler bastante bien, porque los leopardos salieron corriendo detrás de ella.

A unos veinte metros a la derecha de Piper, Jason combatía contra Oto, espada contra lanza. Oto había perdido su corona de diamantes y parecía enfadado por ello. Probablemente habría empalado a Jason varias veces, pero el gigante insistía en hacer piruetas en cada ataque, lo que le ralentizaba bastante.

Mientras tanto Efiates reía mientras pulsaba botones en su tabla de control, haciendo funcionar las cintas transportadoras y abriendo jaulas al azar.

La hidra cargó contra la rueda gigantesca. Percy se escondió detrás de una columna, agarró una bolsa de basura llena de pan Bimbo y se la lanzó al monstruo. La hidra escupió ácido, lo que fue un error. La bolsa y los envoltorios se disolvieron en el medio del aire. El pan Bimbo absorbió el ácido como si fuera espuma de extintor y se estampó contra la hidra, cubriéndola con una capa pegajosa y humante de mejunje ácido de muchas calorías.

Mientras el monstruo se tambaleaba, zarandeando sus cabezas y limpiándose el ácido Bimbo de los ojos, Percy observó a su alrededor, desesperado. No vio las cajas de lanzamisiles, pero se apoyado contra la pared había un artilugio extraño como el caballete de un artista, poblado con hileras de lanzamisiles. Percy vio un bazooka, un lanza-granadas, una gran bengala y una docena de armas de apariencia extraña. Todas parecían estar conectadas juntas, señalando hacia la misma dirección y conectadas a una única plataforma a un lado. En lo alto del caballete, escrito con claveles había las palabras: ¡FELIZ DESTRUCCIÓN, ROMA! Percy corrió hacia los aparatos. La hidra silbó y atacó detrás de él.

—¡Ya sé! —gritó Efiates con alegría—. ¡Podemos comenzar las explosiones por la via Labicana! N podemos hacer que nuestra audiencia espere para siempre.

Percy se lanzó detrás del caballete y lo giró hacia Efiates. No tenía las habilidades de Leo con las máquinas, pero sabía cómo apuntar un arma.

La hidra salió disparada hacia él, bloqueándole la vista del gigante. Percy esperó que aquel artilugio tuviera la suficiente pólvora como para poder matar a dos pájaros de un tiro. Intentó hacer funcionar la plataforma con una palanca que había en ella, pero no se movió.

Las ocho cabezas de la hidra se aproximaron hacia él, listas para fundirle en un charco de lodo. Tiró de la palanca de nuevo. Esta vez el caballete tembló y las armas comenzaron a silbar.

—¡Agachaos y cubríos! —gritó Percy, esperando que sus amigos recibieran el mensaje.

Percy se lanzó a un lado mientras el caballete disparaba. El sonido era como una fiesta en el medio de una fábrica de pirotecnia. La hidra se vaporizó al instante. Por desgracia, la hidra hizo que el caballete se girara hacia un lado y enviara misiles por toda la sala. Un pedazo del techo se derrumbó y cayó contra un molino de agua. Más jaulas cayeron, liberando dos cebras y una manada de hienas. Una granada explotó por encimad de la cabeza de Efiates, pero sólo le hizo caer de culo. La tabla de controles parecía estar intacta.

Por la sala, sacos de arena cayeron cerca de Piper y Nico. Piper intentó apartar a Nico de la caída de uno, pero éste le dio en el hombro y la dejó inconsciente.

—¡Piper! —gritó Jason. Corrió hacia ella, olvidando por completo a Oto, que apuntó su lanza hacia la espalda de Jason.

—¡Cuidado! —gritó Percy.

Jason tenía reflejos rápidos. Cuando Oto disparó, Jason rodó hacia un lado. La punta le pasó rozando y Jason levantó su mano, convocando una ráfaga de viento que cambió la dirección de la lanza. Voló por la sala y se clavó justo a través del costado de Efiates mientras se estaba intentando poner en pie.

—¡Oto! —Efialtes se derrumbó por encima de su mesa de control, agarrándose a la lanza mientras comenzaba a convertirse en polvo de monstruo—. ¿Podrías, por favor, dejar de matarme?

—¡No ha sido culpa mía!

Oto apenas había acabado de hablar cuando el artilugio de Percy lanzó la última esfera de bengala. La fiera bola rosa mortal (por supuesto, tenía que ser rosa), golpeó el techo por encima de Oto y explotó en una hermosa explosión de luz. Unas chispas de colores hicieron piruetas por encima del gigante. Entonces una sección de unos cinco metros se derrumbó y le aplastó.

Jason corrió al lado de Piper. Ella gritó cuando le tocó el brazo. Su hombro parecía estar torcido de forma antinatural, pero ella murmuró:

—Estoy bien. Estoy bien.

A su lado, Nico se incorporó, mirando a su alrededor con perplejidad como si acabara de darse cuenta de que se había perdido una batalla.

Por desgracia, los gigantes no habían terminado. Efialtes ya estaba rehaciéndose, con su cabeza y sus hombros levantándose del montón de polvo. Estiró sus brazos y miró hacia Percy.

Al otro lado de la sala, el montón de escombros explotó y Oto salió de debajo. Su cabeza estaba un tanto hundida. Todos los petardos de su pelo habían explotado, y sus trenzas estaban humeando. Sus leotardos estaban hechos jirones, algo que era la única manera con la que podría parecer menos atractivo vestido con ellos.

—¡Percy! —gritó Jason—. ¡Los controles!

Percy se descongeló. Encontró de nuevo a Contracorriente en su bolsillo, le quitó el tapón a su espada y corrió hacia la tabla de control. Hizo que la hoja de su espada recorriera toda la tabla, decapitando los controles en un espectáculo de chispas de bronce.

—¡No! —gritó Efialtes—. ¡Has arruinado todo el espectáculo!

Percy se giró lentamente. Efialtes le atacó con su lanza y le golpeó justo en el pecho. Cayó de rodillas, mientras el dolor convertía su estómago en lava.

Jason corrió a su lado, pero Oto fue hacia él. Percy se las arregló para levantarse y se encontró a sí mismo hombro a hombro con Jason. Por encima de la tarima, Piper seguía en el suelo, incapaz de levantarse. Nico estaba a duras penas consciente.

Los gigantes estaban curando, volviéndose más fuertes segundo a segundo. Percy no tanto.

Efialtes sonrió como disculpándose.

—¿Cansado, Percy Jackson? Como te he dicho, no nos puedes matar. Por lo que supongo que estamos en un callejón sin salida. ¡Ah, espera! ¡Que no lo estamos! ¡Porque nosotros sí que podemos mataros a vosotros!

—Eso—murmuró Oto, recogiendo su lanza caída—, es la primera cosa sensata que has dicho en todo el día, hermano.

Los gigantes les apuntaron con sus armas, listos para convertir a Percy y a Jason en dos brochetas de semidiós.

—No nos rendiremos—gruñó Jason—. Os cortaremos en pedazos igual que Júpiter hizo con Saturno.

—Eso es—dijo Percy—. Estáis muertos. No me importa si tenemos a un dios de nuestro lado o no.

—Bueno, eso es una lástima—dijo una nueva voz.

A su derecha, otra plataforma descendió del techo. Apoyado de manera informal en un bastón decorado con una piña a un extremo había un hombre vestido con una camiseta morada de campamento, unos pantalones cortos de color caqui y unas sandalias con calcetines blancos. Levantó su gorro de ala ancha y un fuego morado brillaba en sus ojos.

—Odio tener que hacer viajes especiales para nada.

## Capítulo XLVII

### Percy

PERCY NUNCA HABRÍA PENSADO EN EL SEÑOR D como una influencia relajante, pero de repente todo se silenció. Las máquinas callaron y los animales dejaron de gruñir.

Los dos leopardos se acercaron trotando, aún relamiéndose por la comida que les había lanzado Piper y golpearon sus morros con afecto contra las piernas del dios. El señor D les rascó las orejas.

—De verdad, Efialtes—le reprendió—. Matar semidioses es una cosa. ¿Pero usar leopardos para vuestro espectáculo? Eso está fuera de lugar.

El gigante hizo un sonido chirriante.

—Esto... esto es imposible. Di...Dioni...

—De hecho, soy Baco, mi viejo amigo—dijo el dios—. Y por supuesto que es posible. Alguien me dijo que por aquí había una fiesta.

Parecía el mismo que en Kansas, pero Percy seguía sin poder soportar las diferencias entre Baco y su viejo no-demasiado-amigo el señor D.

Baco era más insoportable y más delgado, con menos barriga. Tenía el pelo más largo, más elasticidad al andar, y mucha más furia en sus ojos. Incluso se las apañaba para hacer que su bastón con piña parecía intimidante.

La lanza de Efiates tembló.

—¡Vosotros... vosotros los dioses estáis condenados! ¡Vete, en nombre de Gea!

—Mmm—Baco sonó poco impresionado. Se paseó por entre los decorados en ruinas, las plataformas y los efectos especiales.

—Hortera—señaló con su mano a un gladiador pintado de madera, entonces se giró hacia una máquina que parecía un rodillo de amasar con cuchillos—. Barato. Aburrido. Y esto...—inspeccionó el artilugio de lanzamisiles, que seguía humeando—. Hortera, barato y aburrido. Sinceramente, Efiates, no tienes sentido del estilo.

—¿Estilo? —la cara del gigante se enrojeció—. Tengo montañas de estilo. Yo defino el estilo. Yo... yo...

—Mi hermano rezuma estilo—sugirió Oto.

—¡Gracias! —gritó Efiates.

Baco dio un paso hacia adelante con los ojos entrecerrados y los gigantes retrocedieron a trompicones.

—¿Habéis encogido? —preguntó el dios.

—Oh, eso es un golpe bajo—gruñó Efiates—. Soy lo bastante alto como para destruirte, Baco. Vosotros, los dioses, siempre os escondéis detrás de vuestros héroes mortales, confiando el destino del Olimpo en unos como esos.

Señaló a Percy.

Jason alzó su espada.

—Señor Baco, ¿vamos a matar a estos gigantes o qué?

—Bueno, en realidad eso espero—dijo Baco—. Por favor, adelante.

Percy le miró.

—¿No has venido a ayudar?

Baco se encogió de hombros.

—Oh, aprecié vuestro sacrificio en el mar. Un barco entero lleno de Cola sin azúcar. Muy bonito, aunque hubiera preferido Pepsi sin azúcar.

—Y seis millones en oro y joyas—murmuró Percy.

—Sí—dijo Baco—, aunque con fiestas de cinco o más semidioses la gratificación ya viene incluida, por lo que no era necesario.

—¿Qué?

—No importa—dijo Baco—. De cualquier manera, tenéis mi atención. Estoy aquí. Ahora necesito ver si merecéis mi ayuda. Adelante, luchad. Si me impresionáis, participaré en el gran final.

—Le hemos clavado la lanza a uno—dijo Percy—. Le hemos derrumbado el techo encima al otro. ¿Qué es lo que tú consideras impresionante?

—Ah, una buena pregunta...—Baco toqueteó su tirso. Entonces sonrió de la forma en la que Percy pensó «oh-oh»—. ¡Quizá necesitéis inspiración! Este escenario no

es el adecuado. ¿A esto lo llamas espectáculo, Efiáltes? Prepárate para ver cómo se hace.

El dios se disolvió en niebla morada. Piper y Nico desaparecieron.

—¡Pipes! —gritó Jason—. Baco, ¿dónde ha...?

El suelo entero tembló y comenzó a subir. El techo se abrió en una serie de paneles. La luz del sol entró. El aire brillaba como si fuera un milagro, y Percy escuchó el rugido de una multitud por encima de él.

El hipogeo ascendía a través de un árbol de columnas de piedras, en el medio de un anfiteatro en ruinas.

El corazón de Percy dio un vuelco. Aquél no era cualquier anfiteatro, era el anfiteatro Flavio, el Coliseo. Las máquinas de efectos especiales de los gigantes se habían apartado, extendiendo tablas a través de las vigas de soporte para que la arena tuviera un suelo en condiciones de nuevo. Las gradas se habían reparado ellas mismas hasta que brillaban de color blanco. Un toldo gigantesco rojo y dorado se extendía por todo el techo para proteger de la luz del atardecer. La grada del emperador estaba envuelta en seda, flanqueada por estandartes y águilas doradas. El rugido de los aplausos venía de cientos de fantasmas morados parpadeantes, los lares de Roma se habían reunido para una última actuación.

Unos conductos se abrían en el suelo y llenaban el suelo por toda la arena. Unos decorados se alzaban del suelo: montañas de yeso del tamaño de un aparcamiento, columnas de piedra y (por alguna razón) un corral con animales de plástico de tamaño real. Un pequeño lago apareció a un lado. Unas zanjas se entrecruzaban por el suelo de la arena en caso de que a alguien le apeteciera una guerra de trincheras. Percy y Jason estaban frente a los gigantes gemelos.

—¡Esto sí es un escenario adecuado! —resonó la voz de Baco. Estaba sentado en la silla del emperador vistiendo ropas moradas y laureles dorados. A su izquierda estaban Nico y Piper, con su hombro sientto atendido por una ninfa vestida con un uniforme de enfermera. A la derecha de Baco se agachaba un sátiro, ofreciéndole Doritos y uvas. El dios levantó una lata de Pepsi sin azúcar y la multitud se calló con respeto.

Percy le miró.

—¿Te vas a quedar ahí sentado?

—¡El semidiós tiene razón! —gritó Efiáltes—. Lucha contra nosotros tú mismo, ¡cobarde! Eh, sin los semidioses.

Baco sonrió vagamente.

—Juno dice que ha reunido un equipo de dignos semidioses. Mostrádmelo. Entretenedme, héroes del Olimpo. Dadme una razón para ayudaros. Ser un dios tiene sus privilegios.

Abrió su lata y la multitud le ovacionó.

## Capítulo XLVIII

### Percy

PERCY HABÍA LUCHADO EN MUCHAS BATALLAS. Incluso había luchado en un par de arenas, pero nada era como aquello. En aquel gigantesco Coliseo, con cientos de fantasmas ovacionándole, el dios Baco mirándole justo a él y dos gigantes tres metros y medio encarándole, Percy se sintió tan pequeño e insignificante como un bicho. También se sentía muy enfadado.

Luchar contra gigantes era una cosa. Baco convirtiéndolo en un juego era algo distinto.

Percy recordó lo que Luke Castellan le había dicho años atrás, cuando Percy había vuelto de su primera misión: «¿No te das cuenta de lo inútil que es todo esto? Todos los héroes somos peones de los dioses del Olimpo».

Percy tenía casi la misma edad que Luke tenía por aquel entonces. Podía entender cómo Luke se había vuelto tan vengativo. En los últimos cinco años, Percy había sido un peón demasiadas veces. Los dioses del Olimpo parecían turnarse para usarle en sus planes.

Quizá los dioses eran mejores que los titanes, o los gigantes, o Gea, pero aquello no les hacía buenos ni sabios. No hacía que Percy se sintiera estúpido en aquella arena.



Por desgracia, no tenía demasiada elección. Si iba a salvar a sus amigos, tendría que vencer a los gigantes. Tenía que sobrevivir y encontrar a Annabeth.

Efialtes y Oto hicieron su decisión más sencilla atacándole. Juntos, los gigantes cogieron una montaña falsa tan grande como el apartamento de Percy en Nueva York y se la lanzaron a los semidioses.

Percy y Jason se apartaron saltando. Cayeron en la trinchera más cercana y la montaña se hizo añicos por encima de ellos, bañándoles con metralla de yeso. No era nada letal, pero hería una locura.

La multitud abucheó y gritó pidiendo sangre.

—¡Luchad! ¡Luchad! ¡Luchad!

—¿Me encargo de Oto de nuevo? —le llamó Jason por encima del ruido—. ¿O lo quieres tú esta vez?

Percy intentó pensar. Dividirse era algo natural, luchar contra los gigantes uno a uno, pero aquello no había funcionado bien la última vez. Era obvio que necesitaban una nueva estrategia.

Durante todo el viaje, Percy se había sentido responsable de liderar y proteger a sus amigos. Estaba seguro de que Jason se sentía igual. Trabajaban en pequeños grupos, esperando que fuera más seguro. Luchaban individualmente, cada semidiós haciendo lo mejor que él o ella hacía. Pero Hera había hecho un equipo de siete por alguna razón. Las pocas veces que Percy y Jason habían trabajado juntos, convocando la tormenta en el fuerte Sumter, ayudando al Argo II a escapar de las Columnas de Hércules, incluso llenando el ninfeo, Percy se había sentido más seguro, siendo más capaz de resolver problemas, como si hubiera sido un cíclope toda su vida y de repente se hubiera despertado con dos ojos.

—Atacaremos juntos—dijo—. A Oto primero, porque es más débil. Le liquidamos rápidamente y nos movemos a Efialtes. El bronce y el oro juntos, quizá eso les mantengan de reconvertirse un poco más.

Jason sonreía secamente, como si acabara de descubrir que iba a morir en una forma embarazosa.

—¿Por qué no? —coincidió—. Pero Efialtes no va a estar ahí de pie esperando hasta que matemos a su hermano. A no ser que...

—Hace viento hoy—se ofreció Percy—. Y hay algunas tuberías de agua corriendo debajo de la arena.

Jason lo entendió de inmediato. Se rió, y Percy sintió la chispa de la amistad. Aquel chico pensaba de la misma manera que él en muchas cosas.

—¿A la de tres? —dijo Jason.

—¿Por qué esperar?

Salieron de la trinchera. Como Percy sospechaba, los gemelos habían cargado otra montaña de yeso y estaban esperando para un buen ataque. Los gigantes la

habían levantado por encima de sus cabezas, listos para lanzarla, y Percy hizo que una tubería explotara a sus pies, haciendo temblar el suelo. Jason lanzó una ráfaga de viento contra el pecho de Efiates. El gigante del pelo morado se vino abajo y Oto perdió la sujeción de su montaña, la cual se acabó cayendo encima de su hermano. Sólo los pies de serpientes de Efiates sobresalían, con sus cabezas dando vueltas, como si se preguntaran a dónde había ido el resto de su cuerpo. La multitud rugió en aprobación, pero Percy sospechaba que Efiates sólo se había quedado aturdido. Como mucho tenían unos pocos segundos.

—¡Eh, Oto! —gritó—. ¡El Cascanueces apesta!

—¡AAAAAAH! —Oto recogió su lanza y la lanzó, pero estaba demasiado enfadado como para apuntar correctamente. Jason la desvió por encima de la cabeza de Percy y acabó en el lago.

Los semidioses retrocedieron hasta el agua, lanzando insultos acerca del ballet, algo que era un desafío, ya que Percy no sabía demasiado sobre aquello.

Oto salió disparado hacia ellos con las manos vacías, antes aparentemente de darse cuenta de que a) tenía las manos vacías, y b) ir hacia una gran masa de agua para luchar contra un hijo de Poseidón quizá no fuera una buena idea.

Demasiado tarde, intentó detenerse. Los semidioses rodaron hacia ambos lados, y Jason convocó el viento, usando el propio impulso del gigante para lanzarle contra el agua. Mientras Oto batallaba para levantarse, Percy y Jason atacaron como uno solo. Se lanzaron contra el gigante y le clavaron las hojas de las espadas en la cabeza de Oto.

El pobre tipo no tuvo ni siquiera la oportunidad de hacer una pirueta. Explotó en una masa de pólvora sobre la superficie del lago como un gran paquete de zumo en polvo.

Percy convirtió el lago en un jacuzzi. La esencia de Oto intentó reconvertirse, pero mientras su cabeza aparecía de entre el agua, Jason convocó un relámpago y le redujo a polvo de nuevo.

Muy bueno y muy guay, pero Oto no podía quedarse así para siempre. Percy ya estaba cansado de su anterior lucha bajo el suelo. Su barriga le dolía de haber sido golpeada con la lanza. Podía sentir sus fuerzas disminuyendo, y aún tenían otro gigante al que enfrentarse.

Como para dar pie, la montaña de yeso explotó detrás de ellos. Efiates se levantó, gritando con furia.

Percy y Jason esperaron hasta que se movió atropelladamente hacia ellos, con su lanza en la mano. Al parecer, ser aplastado bajo una montaña de yeso sólo le había dado energías. Sus ojos bailaban con una luz maligna. El sol del atardecer brillaba en su pelo trenzado con monedas. Incluso sus pies de serpientes parecían enfadados, mostrando los colmillos y silbano.

Jason convocó otro relámpago, pero Efiates lo absorbió con su lanza y desvió el golpe, fundiendo una vaca de plástico de tamaño real. Apartó una columna de piedra de su camino como un montón de Legos.

Percy intentó evitar que el lago se agitara. No quería que Oto se levantara para unirse a la lucha, pero mientras Efiates se acercaba los últimos metros, Percy tuvo que cambiar de objetivo.

Jason y él se encontraron con el ataque del gigante. Embistieron rodeando a Efiates, clavando sus hojas y cortando en un borrón de oro y bronce, pero el gigante paraba cada golpe.

—¡No pienso ceder! —rugió Efiates—. ¡Podréis haber destruido mi espectáculo, pero Gea destruirá el mundo!

Percy se descargó, cortando la lanza del gigante por la mitad. Efiates ni siquiera parecía perturbado. El gigante siguió atacando con el extremo puntiagudo y empujó a Percy y le hizo saltar por los aires. Aterrizó con dificultad en el brazo de su espada, y Contracorriente salió de su mango.

Jason intentó tomar ventaja. Dio un paso adelante hacia el alcance del gigante y le golpeó en el pecho, pero de alguna manera Efiates paró el golpe. Hizo bajar la punta de su lanza contra el pecho de Jason, cortando su camiseta morada en un chaleco. Jason tropezó hacia atrás, mirando la fina línea de sangre que bajaba por su pecho. Efiates le hizo caer de espaldas.

En la grada del emperador, Piper gritó, pero su voz fue ahogada por el rugido de la multitud. Baco lo observaba con una sonrisa sorprendida, comiendo de una bolsa de Doritos.

Efiates se levantó frente a Percy y Jason, con ambas mitades de su lanza rota equilibradas por encima de sus cabezas. El brazo bueno de Percy estaba insensible y la gladius de Jason había caído al otro lado de la arena. Su plan había fracasado.

Percy miró hacia Baco, decidiendo qué último insulto lanzaría al dios del vino, cuando vio una silueta en el cielo por encima del Coliseo, un gran oscuro óvalo descendiendo rápidamente.

Desde el lago, Oto gritó, intentando advertir a su hermano, pero su media cara disuelta sólo pudo decir:

—¡EEEEEE-MAAAAAAAAA-OOOOOOO!

—¡No te preocupes, hermano! —dijo Efiates, con sus ojos fijos en los semidioses

—. ¡Les haré sufrir!

El Argo II dio una vuelta en el cielo, mostrando el lado de babor, y un fuego verde salió disparado de la ballesta.

—De hecho—dijo Percy—. Mira detrás de ti.

Él y Jason rodaron hacia los lados mientras Efiates se giraba y gritaba incrédulo.

Percy cayó en una trinchera mientras la explosión retumbaba por todo el Coliseo. Cuando volvió a subir, el Argo II estaba aterrizando. Jason sacó su cabeza por detrás de un caballo de plástico que servía de refugio nuclear improvisado. Efiates estaba tirado chamuscado y gruñendo en el suelo de la arena, con la arena a su alrededor convertida en un oasis de vidrio por el calor del fuego griego. Oto trastabillaba en el lago, intentando reconvertirse, pero de brazos para abajo parecía un pudding de comida sobrecalentada.

Percy se acercó a Jason y le dio una palmada en el hombro. La multitud fantasmal les dio una ovación en pie mientras el Argo II extendía su tabla de aterrizaje y se posaba en el suelo de la arena. Leo estaba de pie en cubierta, Hazel y Frank sonriendo a su alrededor. El entrenador Hedge bailaba por la plataforma de disparo, golpeando su puño en el aire y gritando:

—¡Eso es lo que hablaba!

Percy se giró hacia la grada del emperador.

—¿Y bien? —le gritó a Baco—. ¿Eso ha sido bastante entretenido para ti, maldito bebe-vinos de...

—Eso no será necesario—de repente el dios estaba de pie a su lado en la arena. Se limpió las migas de Doritos de sus ropas moradas—. He decidido que sois compañeros dignos de mí en este combate.

—¿Compañeros? —gruñó Jason—. ¡No has hecho nada!

Baco anduvo por el borde del lago. El agua se drenó al instante, dejando el amasijo de Oto con su cabeza a la vista. Baco se abrió camino hasta el fondo y miró a la multitud. Levantó su tirso.

La multitud le ovacionó y dio voces mientras ponían el pulgar hacia abajo. Percy nunca había estado seguro de si aquello significaba «muerte» o «vida». Lo había oído como ambos.

Baco escogió la opción más entretenida. Golpeó la cabeza de Oto con su tirso y el montón de Oto se desintegró por completo.

La multitud enloqueció. Baco salió del lago y trotó hacia Efiates, que seguía espatarrado en el suelo, chamuscado y cocinado.

De nuevo, Baco levantó su tirso.

—¡HAZLO! —rugía la multitud.

—¡NO LO HAGAS! —gritó Efiates.

Baco tocó el gigante en la nariz, y Efiates se redujo a cenizas.

Los fantasmas ovacionaron y lanzaron confeti espectral mientras Baco daba zancadas por el estadio con sus brazos levantados triunfalmente, estando maravillado con su adoración. Sonrió a los semidioses:

—Eso, amigos míos, ¡es un espectáculo! Y por supuesto, yo he hecho algo, ¡he matado a dos gigantes!

Mientras los amigos de Percy desembarcaban del barco, la multitud de fantasmas parpadearon y desaparecieron. Piper y Nico bajaron de la grada del emperador mientras las renovaciones mágicas del Coliseo se convertían en niebla. El suelo de arena siguió siendo sólido, pero por otro lado el estadio parecía como si no hubiera albergado una buena masacre de gigantes en eones.

—Bueno—dijo Baco—. Ha sido divertido. Tenéis mi permiso para continuar vuestro viaje.

—¿Tu permiso? —preguntó Percy.

—Sí—Baco levantó una ceja—. Aunque tu viaje puede que sea un poco más difícil de lo que esperas, hijo de Neptuno.

—Poseidón—le corrigió Percy automáticamente—. ¿Qué quieres decir con mi viaje?

—Podéis probar con el aparcamiento de detrás del edificio Emmanuel—dijo Baco—. Es el mejor lugar para... «avanzar». Ahora, adiós, amigos míos. Ah, y buena suerte con eso otro que tenéis entre manos.

El dios se vaporizó en una nube de niebla que olía ligeramente a zumo de uvas. Jason corrió al encuentro de Piper y Nico.

El entrenador Hedge se acercó trotando hacia Percy con Hazel, Frank y Leo justo detrás.

—¿Ese era Dioniso? —preguntó Hedge—. ¡Me encanta ese tipo!

—¡Estáis vivos! —les dijo Percy a los demás—. ¡Los gigantes nos han dicho que habíais sido capturados! ¿Qué ha pasado?

Leo se encogió de hombros.

—Oh, sólo otro plan brillante de Leo Valdez. Te impresionaría lo que puedes hacer con una esfera de Arquímedes, una chica que puede rastrear cosas subterráneas y una comadreja.

—Yo era la comadreja—dijo Frank con tristeza.

—Básicamente—explicó Leo—. Activé un tornillo hidráulico con el aparato de Arquímedes, que va a ser increíble en cuanto lo instale en el barco, por cierto. Hazel percibió el camino más sencillo para taladrar la superficie. Hicimos un túnel lo suficientemente grande como para que cupiera una comadreja, y Frank subió con un sencillo transmisor que le di. Después de eso, fue cuestión de hackear los canales por satélite favoritos del entrenador Hedge y decirle que traiga el barco para rescatarnos. Después de que nos cogiera, encontraros fue fácil, gracias a la luz del espectáculo divino del Coliseo.

Percy entendió un diez por ciento de la historia de Leo, pero decidió que era bastante ya que tenía una pregunta más apremiante.

—¿Dónde está Annabeth?

Leo parpadeó.

—Sí, sobre eso... creemos que sigue en problemas. Herida, con la pierna rota, quizá, al menos según la visión que Gea nos mostró. Rescatarla es nuestra próxima parada.

Dos segundos antes, Percy habría estado listo para desmayarse. Ahora una nueva oleada de adrenalina recorrió su cuerpo. Quería estrangular a Leo y preguntarle por qué el Argo II no había ido a rescatar a Annabeth primero, pero creyó que podría sonar un poco desagradecido.

—Háblame de tu visión—dijo—. Cuéntamelo todo.

El suelo tembló. Las plataformas de madera comenzaron a desaparecer, creando arena en los agujeros del hipogeo por debajo.

—Hablemos a bordo—sugirió Hazel—. Será mejor que despeguemos mientras podamos.

Salieron del Coliseo y fueron hacia el sur por encima de los tejados de Roma.

Alrededor de la Piazza del Colosseo, el tráfico se había vuelto loco. Una multitud de mortales se había reunido, probablemente preguntándose por qué unas extrañas luces y sonidos salían de las ruinas. Por lo que Percy podía ver, ninguno de los espectaculares planes de los gigantes para la destrucción había tenido éxito. La ciudad parecía la misma que antes. Nadie parecía haberse dado cuenta de que un gigantesco trirreme griego se alzaba en el cielo.

Los semidioses se reunieron a cubierto. Jason vendaba el hombro de Piper mientras Hazel estaba sentada en popa, junto a Nico, al que daba de comer ambrosía. El hijo de Hades apenas podía levantar su cabeza. Su voz era tan floja, que Hazel tenía que agacharse para oírle.

Frank y Leo explicaron lo que había pasado en la habitación con las esferas de Arquímedes, y las visiones que Gea les había mostrado en el espejo de bronce. Decidieron rápidamente que la mejor pista para encontrar a Annabeth era el mensaje encriptado que Baco les había dado: el edificio Emmanuel, fuera lo que fuera. Frank comenzó a teclear en el ordenador de mando mientras Leo toqueteaba con furia los controles, murmurando:

—Edificio Emmanuel, edificio Emmanuel.

El entrenador Hedge intentó ayudar peleándose con un callejero del revés de Roma.

Percy se arrodilló junto a Jason y a Piper.

—¿Cómo está tu hombro?

Piper sonrió.

—Se curará. Vosotros dos lo hicisteis genial.

Jason dio un codazo a Percy.

—No formamos mal equipo, tú y yo.

—Mejor que la justa en el campo de trigo de Kansas—coincidió Percy.

—¡Ahí está! —señaló Leo, mirando a su pantalla—. ¡Frank, eres increíble! Estoy poniendo rumbo.

Frank encorvó los hombros.

—Sólo he leído el nombre en la pantalla. Algún turista chino lo marcó en Google Maps.

Leo le sonrió a los demás.

—Lee chino.

—Sólo un poco—dijo Frank.

—¿No es genial?

—Chicos—les interrumpió Hazel—. Odio interrumpir vuestra sesión de admiración, pero deberíais oír esto.

Ayudó a ponerse en pie a Nico. Siempre había sido pálido, pero ahora su piel parecía leche en polvo. Sus ojos oscuros y hundidos le recordaban a Percy las fotos que había visto de los prisioneros liberados de la guerra, algo que Percy supuso que era Nico.

—Gracias—rechinó Nico. Sus ojos viajaron por todo el grupo—. Había perdido la esperanza.

La semana pasada o así Percy se habría imaginado un montón de cosas crueles que le habría querido decir a Nico cuando se volvieran a ver, pero el chico parecía tan frágil y triste, que Percy no pudo ni enfadarse.

—Sabías lo de los dos campamentos—dijo Percy—. Podrías haberme dicho quién era desde el primer día que llegué al campamento Júpiter, pero no lo hiciste.

Nico se desplomó contra el yelmo.

—Percy, lo siento. Descubrí el campamento Júpiter el año pasado. Mi padre me llevó hacia allí, aunque no estuve seguro de por qué. Me dijo que los dioses habían mantenido a los campamentos separados durante siglos y que no se lo podía decir a nadie. Me dijo que no era el momento. Pero dijo que sería importante para mí saber...—se dobló al toser.

Hazel sujetó sus hombros hasta que pudo erguirse de nuevo.

—Creí que Padre lo decía por Hazel—siguió Nico—. Necesitaba un lugar seguro al que llevarla. Pero ahora... creo que quería que supiera sobre los dos campamentos para que entendiera lo importante que era vuestra misión, y para que así pudiera buscar las Puertas de la Muerte.

El aire se volvió eléctrico, literalmente, ya que Jason comenzó a soltar chispas.

—¿Has encontrado las puertas? —preguntó Percy.

Nico asintió.

—Fui un tonto. Creía que podría ir a cualquier lugar en el Inframundo, pero caminé justo hacia la trampa de Gea. Era como escapar corriendo de un agujero negro.

—Eh...—Frank se mordió el labio—. ¿De qué tipo de agujero negro estás hablando?

Nico comenzó a hablar, pero fuera lo que fuera que tenía que haber dicho debió de ser demasiado terrorífico, pues se giró hacia Hazel.

Ella puso su mano en el brazo de su hermano.

—Nico me ha dicho que las Puertas de la Muerte tienen dos lados, uno en el mundo mortal y otro en el Inframundo. El lado mortal de las puertas está en Grecia. Está altamente protegido por las fuerzas de Gea. Es ahí por dónde sacaron a Nico al mundo mortal. Luego le transportaron hasta Roma.

Piper debía de estar nerviosa, porque su cornucopia expulsó una hamburguesa con queso.

—¿Dónde exactamente en Grecia está ese umbral?

Nico respiró hondo.

—En la Casa de Hades. Es un templo subterráneo en el Epiro. Puedo señalarlo en el mapa, pero... pero el lado mortal de las puertas no es el problema. En el Inframundo, las Puertas de la Muerte están en... en...

Un par de manos frías provocaron un hormigueo por la columna vertebral de Percy.

Un agujero negro. Una parte inescapable del Inframundo dónde ni siquiera Nico ni Angelo podía ir. ¿Por qué Percy no lo había pensado antes? Había estado en el borde de aquel lugar. Aún tenía pesadillas sobre ello.

—El Tártaro—supuso—, la parte más profunda del Inframundo.

Nico asintió.

—Me arrastraron hasta el abismo, Percy. Las cosas que vi allí abajo...—su voz se quebró.

Hazel se mordió los labios.

—Ningún mortal ha estado antes en el Tártaro—explicó—. Al menos, nadie ha entrado y ha vuelto con vida. Es la prisión de máxima seguridad de Hades, dónde los antiguos titanes y otros enemigos de los dioses son encerrados. Es ahí donde los monstruos van cuando mueren en la tierra. Es... bueno, nadie sabe cómo es.

Sus ojos se posaron en su hermano. El final de la frase no tuvo que ser dicha en voz alta: Nadie excepto Nico.

Hazel le dio su espada negra.

Nico se apoyó en ella como si fuera el bastón de un anciano.

—Ahora entiendo por qué Hades no ha sido capaz de cerrar las puertas—dijo—. Incluso los dioses no van al Tártaro. Incluso el dios de la muerte, Tánatos mismo, no se acercaría a ese lugar.

Leo se asomó desde detrás del timón.

—Déjame suponer. Tenemos que ir ahí.



Nico negó con la cabeza.

—Es imposible. Soy hijo de Hades e incluso yo he sobrevivido a duras penas. Las fuerzas de Gea me abrumaron al instante. Son tan poderosos ahí abajo que... ningún semidiós tendría una oportunidad. Casi me volví loco.

Los ojos de Nico parecían como el cristal fragmentado. Percy se preguntó con tristeza si algo en su interior se habría roto permanentemente.

—Entonces vamos hacia el Epiro—dijo Percy—. Cerraremos las Puertas por este lado.

—Ojalá fuera tan fácil—dijo Nico—. Las puertas deben de estar controladas en ambos lados para cerrarse. Es como un doble sellamiento. Quizá, sólo quizá, si todos los siete trabajáis juntos podríais vencer las fuerzas de Gea por el lado mortal, en la Casa de Hades. Pero a no ser que tuvierais un equipo luchando simultáneamente en el lado del Tártaro, un equipo lo suficientemente poderoso como para vencer legiones de monstruos en su territorio natal...

—Tiene que haber una forma—dijo Jason.

Nadie ofreció ninguna idea brillante.

Percy creyó que su estómago se hundía. Entonces se dio cuenta de que el barco entero descendía hacia un gran edificio parecido a un palacio.

«Annabeth». Las noticias de Nico eran tan horribles que Percy había olvidado por un momento que ella seguía en peligro, lo que le hizo sentir increíblemente culpable.

—Ya averiguaremos más tarde lo del problema del Tártaro—dijo—. ¿Ese es el Edificio Emmanuel?

Leo asintió.

—¿Baco dijo algo acerca de un aparcamiento de detrás? Bueno, aquí está. ¿Ahora qué?

Percy recordó su sueño en una cámara oscura, la malvada voz silbante que los monstruos llamaban La Señora. Recordó lo sobrecogida que había vuelto Annabeth cuando había vuelto del fuerte Sumter después de su encuentro con las arañas. Percy había comenzado a sospechar qué podría ser lo que le esperaba en ese altar... literalmente, la madre de todas las arañas. Si tenía razón, y Annabeth estaba atrapada allí abajo sola con aquella criatura durante horas, con la pierna rota... En aquel momento, no le importó si su misión se suponía que ser en solitario o no.

—Tenemos que sacarla de ahí—dijo.

—Bueno, sí—coincidió Leo—. Pero, eh...

Parecía querer decir: «¿Qué pasaría si llegamos tarde?».

Gracia al Olimpo, dijo otra cosa.

—Hay un aparcamiento de por medio.

Percy miró al entrenador Hedge.

—Baco dijo algo de «avanzar». Entrenador, ¿sigues teniendo ganas de usar las ballestas?

El sátiro sonrió como una cabra salvaje.

—Creí que nunca lo dirías.

## Capítulo XLIX

### Annabeth

ANNABETH HABÍA LLEGADO A SU LÍMITE DE TERROR.

Había sido asaltada por fantasmas machistas. Se había roto el tobillo. Había sido perseguida por un abismo por un ejército de arañas. Ahora, con un dolor agudo, con su tobillo envuelto en tablas y papel de burbujas, y cargando sólo su daga, se tenía que enfrentar a Aracne, una monstruosa mujer mitad araña que quería matarla y hacer un tapiz conmemorativo sobre ello.

En las últimas horas, Annabeth había tiritado, sudado, lloriqueado y contenido tantas lágrimas que su cuerpo quería sencillamente dejar de estar asustada. Su mente quería decir algo como:

«Vale, lo siento. No puedo estar más aterrorizada más de lo que estoy».

Así que en vez de eso, Annabeth comenzó a pensar.

La criatura monstruosa se abrió camino desde lo alto de la estatua cubierta de tela de araña. Se movía de hilo en hilo, silbando de placer, con sus cuatro ojos brillando en la oscuridad. O no tenía prisa o era lenta.

Annabeth esperó que fuera lenta.

No es que importara, es que Annabeth no estaba en condiciones de correr, y no le gustaban sus oportunidades en el combate. Aracne probablemente pesaba varios

cientos de kilos. Aquellas piernas peludas eran perfectas para capturar y matar a su presa. Además, Aracne probablemente tendría otros terribles poderes, una mordedura venenosa, o unas habilidades de colgarse por las telas de araña como una Spiderman de la Antigua Grecia.

No. El combate no era la respuesta.

Aquello sólo dejaba los engaños y los cerebros.

En las antiguas leyendas, Aracne había tenido problemas por su orgullo. Había presumido que sus tapices eran mejores que los de Atenea, lo que la llevo directa al primer reality de castigo del Monte Olimpo: «¿Te crees mejor tejedora que una diosa?». Aracne había perdido a lo grande.

Annabeth sabía algo acerca de ser orgullosa. Era su mayor debilidad. A veces se recordaba a ella misma que no podía hacerlo todo sola. No siempre era la mejor para cada trabajo. Algunas veces se ponía una venda metafórica en los ojos y se olvidaba de lo que necesitaba el resto de la gente, incluso de Percy. Y también se podía distraer fácilmente hablando de sus proyectos preferidos.

¿Pero cómo podría usar esa debilidad contra la araña? Quizá si la entretuviese un poco de tiempo... aunque no estaba segura de cómo podría entretenerla. Sus amigos no serían capaces de llegar a dónde ella estaba, incluso aunque supieran dónde ir. No vendría la caballería. Aún así, entretenerla era mejor que morir.

Intentó mantener una expresión relajada, algo que no era fácil con un tobillo roto. Se inclinó hacia el tapiz más cercano, el horizonte de la Antigua Roma.

—Maravilloso—dijo—. Háblame acerca de este tapiz.

Los labios de Aracne se enroscaron encima de sus mandíbulas.

—¿Por qué te importa? Estás a punto de morir.

—Bueno, sí—dijo Annabeth—. Pero la forma en la que has capturado la luz es increíble. ¿Has usado hilo dorado para los rayos de sol?

El tejido era verdaderamente imponente. Annabeth no tuvo que pretender estar impresionada.

Aracne se permitió una sonrisa petulante.

—No, niña. No es oro. He fundido los colores, contrastando amarillo claro con tonos más oscuros. Es eso lo que le da un efecto tridimensional.

—Precioso—la mente de Annabeth se dividió en dos niveles: uno llevaba la conservación, el otro arañaba alocadamente un esquema para sobrevivir. No le venía nada. Aracne sólo había sido vencida una vez, por Atenea misma, y había tenido que usar magia divina y unas habilidades increíbles para un concurso de tejido.

—Así que...—dijo—. ¿Viste esta escena tú misma?

Aracne silbó con su boca echando espuma en una forma no demasiado atractiva.

—Intentas retrasar tu muerte. No funcionará.

—No, no—insistió Annabeth—. Sólo me parece una lástima que estos hermosos tapices no puedan ser vistas por nadie. Pertenecen a un museo, o...

—¿O qué? —preguntó Aracne.

Una idea alocada le vino a la mente de Annabeth, como su madre saltando de la cabeza de Zeus. ¿Pero cómo podría hacerla funcionar?

—Nada—suspiró con nostalgia—. Es un pensamiento alocado. Demasiado malo.

Aracne recorrió la estatua hasta que llegó a la altura del escudo de la diosa. Incluso desde la lejanía, Annabeth podía oír la peste de araña, como una panadería llena de panecillos que se habían puesto malos después de un mes.

—¿Qué? —urgió la araña—. ¿Qué pensamiento alocado?

Annabeth tuvo que obligarse a no retroceder. Con el tobillo roto o no, cada nervio de su cuerpo le estremecía de miedo, diciéndole que se apartara de aquella gigantesca araña cerniéndose sobre ella.

—Oh... es sólo que estoy al cargo de rediseñar el monte Olimpo—dijo—. Ya sabes, después de la Titanomaquia. He completado casi la mayoría de mi trabajo, pero necesitamos un montón de arte público. La sala del trono de los dioses, por ejemplo... Estaba pensando en que tu trabajo sería perfecto para ser mostrado allí. Los dioses del Olimpo podrían ver finalmente el talento que tienes. Como he dicho, sólo es un pensamiento alocado.

El abdomen peludo de Aracne se agitó. Sus cuatro ojos brillaron como si cada uno tuviera un pensamiento distinto e intentara unirlos en una red coherente.

—Estás rediseñando el monte Olimpo—dijo—. Mi trabajo... en la sala del trono.

—Bueno, también hay otros lugares—dijo Annabeth—. El pabellón central podría usar varios de estos. Ese del paisaje griego, le encantaría a las musas. Y estoy segura de que los demás dioses se pelearían por tu trabajo también. Competirían por tener tus tapices en sus palacios. Supongo, además de Atenea, ¿ninguno de los dioses ha visto lo que puedes hacer?

Aracne chasqueó sus mandíbulas.

—No lo creo. En la antigüedad, Atenea destrozó todos mis mejores trabajos. Mis tapices mostraban los dioses en distintas formas poco favorecedoras. Tu madre no lo apreció.

—Qué hipócrita—dijo Annabeth—, ya que los dioses se ríen entre ellos todo el rato. Creo que el truco sería ir de dios en dios. Ares, por ejemplo, adoraría un tapiz riéndose de mi madre. Siempre ha estado resentido con Atenea.

La cabeza de Aracne se ladeó en un ángulo poco natural.

—¿Trabajarías en contra de tu propia madre?

—Sólo te estoy diciendo lo que le gustaría a Ares—dijo Annabeth—. Y Zeus adoraría algo que se riera de Poseidón. Oh, estoy seguro de que si los dioses del Olimpo vieran tu trabajo, se darían cuenta de lo increíble que eres, y yo tendría

que negociar en una guerra entre hermanos. Y en cuanto a trabajar en contra de mi madre, ¿por qué no lo debería de hacer? Ella me ha enviado aquí ¿no? La última vez que la vi fue en Nueva York, ella básicamente renegó de mí.

Annabeth le explicó su historia. Compartió su amargor y su melancolía, y también debió de haber sonado sincera. La araña no saltó hacia ella.

—Es la naturaleza de Atenea—silbó Aracne—. Hace a un lado hasta a su propia hija. La diosa nunca permitiría que mis tapices fueran mostrados en los palacios de los dioses. Siempre ha tenido celos de mí.

—Pero me imagino que podrías tener tu venganza al final.

—¡Matándote!

—Supongo—Annabeth se rascó la cabeza—. O... dejándome ser tu agente. Podría poner tu trabajo en el monte Olimpo. Podría arreglar una exposición para los demás dioses. Cuando mi madre se enterara, sería demasiado tarde. Los dioses del Olimpo verían finalmente que tu trabajo es mejor.

—¡Entonces lo admites! —gritó Aracne—. ¡Una hija de Atenea admite que soy mejor! Oh, esto es muy dulce para mis oídos.

—Pero matarme no te hará bien—señaló Annabeth—. Si muero aquí abajo, vivirás en la oscuridad. Gea destruirá a los dioses, y nunca se darán cuenta de que fuiste mejor tejedora.

La araña silbó.

Annabeth tenía miedo de que su madre apareciera de repente y .la maldijera con una terrible aflicción. La primera lección que cada hijo de Atenea aprendía era que Madre siempre era la mejor en todo, y nunca, nunca deberías siquiera sugerir lo contrario.

Pero nada pasó. Quizá Atenea entendía que Annabeth sólo estaba diciendo aquellas cosas para intentar salvar su vida. O quizá Atenea estaba en tan mala forma, dividida entre sus personalidades griega y romana, que ni siquiera prestaba atención.

—Eso no pasará—gruñó Aracne—. No lo permitiré.

—Bueno...—Annabeth cambió de lado su peso, intentando apartar el peso de su tobillo roto. Una nueva grieta apareció en el suelo, y cojeó retrocediendo.

—¡Cuidado! —espetó Aracne—. ¡Las bases de este altar han sido carcomidas durante siglos!

El corazón de Annabeth flaqueó.

—¿Carcomidas?

—No tienes ni idea de cuánto odio hierva debajo de nosotras—dijo la araña—. Los pensamientos malignos de tantos monstruos intentando llegar hasta la Atenea Partenos y destruirla. Mi red es la única cosa que mantiene junta esta sala, niña. Un paso en falso, y caerás directa al Tártaro, y créeme, a diferencia de las Puertas

de la Muerte, sería un viaje con una sola dirección, ¡una caída muy dura! No te mataré hasta que no me cuentes tu plan para mis obras de arte.

La boca de Annabeth sabía a óxido. «¿Directa hacia el Tártaro?». Intentó mantenerse centrada, pero no era fácil mientras oída cómo el suelo crujía y chirriaba, soltando escombros en el vacío de abajo.

—Vale, el plan—dijo Annabeth—. Eh... como he dicho, me encantaría llevar tus tapices al Olimpo y colgarlos por todas partes. Podrías restregarle tus obras de arte en la cara de Atenea durante toda la eternidad. Pero la única forma en la que podrías hacer eso... No. Es difícil. También podrías seguir adelante y matarme.

—¡No! —gritó Aracne—. Eso es inaceptable. Ya no me aporta nada pensármelo. ¡Debo tener mi trabajo en el monte Olimpo! ¿Qué debo de hacer?

Annabeth negó con la cabeza.

—Lo siento, no debería de haber dicho nada. Arrástrame hacia el Tártaro o algo.

—¡No quiero!

—No seas ridícula. Mátame.

—¡No acato órdenes de nadie! Dime qué debo hacer o...O... O...

—¿O me matarás?

—¡Sí! ¡No! —la araña presionó sus patas delanteras contra su cabeza—. Yo debo de mostrar mi trabajo en el monte Olimpo.

Annabeth intentó contener su emoción. Su plan podría llegar a funcionar... pero aún tenía que convencer a Aracne de hacer algo imposible. Recordó un buen consejo que Frank Zhang le había dado: «No te compliques».

—Supongo que podría tirar de un par de hilos—admitió ella.

—¡Soy muy buena tirando hilos! —dijo Aracne—. ¡Soy una araña!

—Sí, pero para conseguir que expongan tu trabajo en el monte Olimpo, necesitaremos una audiencia adecuada. Estos tapices son excelentes. Pero los dioses necesitarán algo realmente especial, algo que muestre tu verdadero talento.

Aracne rió socarronamente.

—¿Estás sugiriendo que estos no son mis mejores trabajos? ¿Me estás desafiando a un concurso?

—¡Oh, no! —rió Annabeth—. ¿Contra mí? Dioses, no. No soy tan buena. Sólo sería un concurso contra ti misma, para ver si de verdad tienes lo que hay que tener para mostrar tu trabajo en el monte Olimpo.

—¡Por supuesto que lo tengo!

—Bueno, yo también lo creo. Pero la audiencia, sabes... es una formalidad. Me temo que será bastante difícil. ¿Estás segura de que no me quieres matar?

—¡Deja de decir eso! —chilló Aracne—. ¿Qué debo de hacer?

—Te lo mostraré—Annabeth bajó la cremallera de su mochila. Sacó el portátil de Dédalo y lo abrió. El logo delta brilló en la oscuridad.

—¿Qué es eso? —preguntó Aracne—. ¿Algún tipo de telar?

—Digámoslo así—dijo Annabeth—. Es para ideas textiles. Mostrará un diagrama de la obra que tienes que hacer.

Sus dedos recorrieron el teclado. Aracne bajó hasta posicionarse por encima del hombro de Annabeth. Ella no pudo evitar pensar lo fácilmente que aquellos dientes puntiagudos como agujas podrían clavarse en su cuello.

Abrió un programa de reproducciones 3-D. Su último diseño seguía abierto, la clave del plan de Annabeth, inspirado por la musa más improbable de todas: Frank Zhang.

Annabeth hizo algunos cálculos rápidos. Incrementó las dimensiones del modelo, y después le mostró a Aracne cómo podría ser creado, hebras de material tejido en tiras, y después tejidas en un largo cilindro.

La luz dorada de la pantalla iluminó la cara de la araña.

—¿Quieres que haga eso? ¡Pero esto no es nada! ¡Es pequeño y sencillo!

—El tamaño real debe de ser mucho más grande—le advirtió Annabeth—. ¿Ves estas medidas? Naturalmente tiene que ser lo suficientemente grande como para impresionar a los dioses. Puede parecer sencillo, pero la estructura tiene propiedades increíbles. Tu tela de araña puede ser el material perfecto, suave y flexible, aunque duro como el acero.

—Ya veo...—Aracne frunció el ceño—. Pero esto no es ni siquiera un tapiz.

—Por eso es un desafío. Está fuera de tu alcance. Una pieza como esta, una escultura abstracta, es lo que los dioses buscan. Lo pondría en el centro del vestíbulo de entrada de la sala del trono del Olimpo para que cada visitante lo pudiera ver. ¡Serías famosa para siempre!

Aracne hizo un tarareo que no parecía provenir de su garganta. Annabeth habría dicho que no le gustaba la idea. Sus manos comenzaron a sentirse frías y sudadas.

—Esto conllevará una gran cantidad de tela—se quejó la araña—. Más de lo que puedo hacer en un año.

Annabeth había esperado eso. Había calculado la masa y el tamaño al dedillo.

—Tendrás que desenvolver la estatua—dijo—. Reutilizar la tela.

Aracne parecía estar a punto de objetar algo, pero Annabeth señaló hacia la Atenea Partenos como si no fuera nada.

—¿Qué es más importante? ¿Cubrir esta vieja estatua o probar que tu arte es el mejor? Por supuesto, tendrás que ir con un cuidado extremo. Necesitarás dejar la tela justa para mantener junta la sala. Y si crees que es demasiado difícil...

—¡No he dicho eso!

—Vale. Es sólo que... Atenea dijo que la creación de esta estructura tejida sería imposible para cualquier tejedora, incluso para ella. Así que si crees que no puedes...

—¿Atenea dijo eso?

—Bueno, sí.

—¡Ridículo! ¡Yo puedo hacerlo!

—¡Genial! Pero tendrás que comenzar cuanto antes, antes de que los dioses del Olimpo escogan a otro artista para sus instalaciones.

Aracne gruñó.

—Si me estás engañando, niña...

—Me retendrás aquí como rehén—le recordó Annabeth—. No es que pueda ir a demasiados lugares. Una vez haya acabado esta escultura, tendrás que estar de acuerdo conmigo de que será la pieza más increíble que hayas hecho jamás. Si no, moriré con orgullo.

Aracne vaciló. Sus piernas barbudas estaban tan cerca, que podría haber empalado a Annabeth con un ligero movimiento.

—De acuerdo—dijo la araña—. El último desafío... ¡contra mí misma!

Aracne subió por sus telas y comenzó a desenvolver la Atenea Partenos.



## Capítulo L

### Annabeth

ANNABETH PERDIÓ LA NOCIÓN DEL TIEMPO.

Podía notar la ambrosía que había comido antes comenzando a reparar su pierna, pero seguía doliendo tanto que el dolor iba directo hacia su cuello. Por las paredes, unas pequeñas arañas se acurrucaban en la oscuridad, como si esperaran a las órdenes de su ama. Cientos de ellas se arremolinaban detrás de los tapices, haciendo que las escenas tejidas se movieran como si fueran viento.

Annabeth se sentó en el suelo que se desmoronaba e intentó preservar su fuerza. Mientras Aracne no miraba, intentó conseguir algún tipo de señal en el portátil de Dédalo para contactar con sus amigos, pero por supuesto no tuvo suerte. Aquello solo le dejó sin nada que hacer excepto observar impresionada y horrorizada mientras Aracne trabajaba, con sus ocho patas moviéndose con una velocidad hipnótica, desenvolviendo lentamente las tiras de tela alrededor de la estatua.

Con sus ropas doradas y su luminosa cara de marfil, la Atenea Partenos daba incluso más miedo que Aracne. Miraba hacia abajo severamente como si dijera: «Tráeme algo para comer que esté delicioso». Annabeth podía imaginarse

un griego de la Antigüedad, entrando en el Partenón y viendo aquella diosa gigantesca con su escudo, su lanza y su pitón, con su mano libre sujetando a Niké, el espíritu alado de la victoria. Habría sido bastante como para callar a cualquier mortal.

Más que eso, la estatua irradiaba poder. Mientras Atenea era desenvuelta, el aire a su alrededor se volvió más cálido. Su piel de marfil brillaba con vida. Por toda la sala, las arañas más pequeñas se inquietaron y comenzaron a retroceder hasta la entrada.

Annabeth supuso que las telas de Aracne habían, de alguna manera, enmascarado y contenido la magia de la estatua. Ahora que era libre la Atenea Partenos llenaba la cámara con energía mágica. Siglos de plegarias mortales y ofrendas crematorias habían sido hechas en su presencia. Estaba infundida con el poder de Atenea.

Aracne no parecía darse cuenta. Seguía murmurando para sí misma, contando los metros de tela y calculando el número de tiras que necesitaría para su proyecto. Siempre que vacilaba, Annabeth le gritaba palabras de ánimo y le recordaba lo maravillosos que se verían los tapices en el monte Olimpo.

La estatua se volvió tan cálida y brillante que Annabeth pudo ver más detalles del altar, el trabajo romano que habría brillado en su día con un tono blanco, los oscuros huesos de las víctimas pasadas de Aracne y comidas que colgaban de la tela, y los gigantescos cables de tela que conectaban el suelo con el techo. Annabeth ahora veía lo frágiles que estaban las losas de mármol bajo sus pies. Estaban cubiertos de una fina capa de redes como una red que sujetaba un espejo roto. Siempre que la Atenea Partenos se movía lo más mínimo, más grietas se extendían y se abrían por el suelo. En algunos lugares, había agujeros tan grandes como tapas de alcantarillas. Annabeth casi deseó que estuviera de nuevo oscuro. Incluso si el plan tenía éxito y vencía a Annabeth, no estaba segura de cómo podría salir de aquella cámara con vida.

—Con toda esta seda—murmuró Aracne—. Podría hacer veinte tapices.

—¡Sigue adelante! —le gritó Annabeth—. Vas a hacer un trabajo maravilloso.

La araña siguió trabajando. Después de lo que pareció una eternidad, una montaña de seda brillante estaba amontonada a los pies de la estatua. Las paredes de la cámara seguían cubiertas con telas de araña. Los cables de apoyo sujetando la habitación no habían sido tocados. Pero la Atenea Partenos estaba libre.

«Por favor despierta», le suplicó Annabeth a la estatua, «ayúdame».

No sucedió nada, pero las grietas parecieron extenderse por el suelo cada vez más rápido. Según Aracne, los malvados pensamientos de los monstruos habían carcomido las bases del altar durante siglos. Si era cierto, ahora que estaba libre,

la Atenea Partenos podría estar atrayendo más atención de los monstruos del Tártaro.

—El diseño—dijo Annabeth—. Deberías darte prisa.

Le pasó a Aracne la pantalla del ordenador para que pudiera verlo, pero la araña le espetó:

—La he memorizado, niña. Tengo el ojo de una artista para el detalle.

—Por supuesto que sí. Pero deberías darte prisa.

—¿Por qué?

—Bueno... ¡para que podamos presentar tu trabajo al mundo!

—Mmm... Muy bien.

Aracne comenzó a tejer. Era un trabajo lento, convirtiendo las tiras de redes en largas tiras de tela. La cámara retumbó. Las grietas por debajo de los pies de Annabeth se engrandecieron.

Si Aracne se dio cuenta, no le pareció importar. Annabeth consideró intentar tirar a la araña al agujero de alguna manera, pero desechó la idea. No había ningún agujero lo bastante grande, y a demás, si el suelo se derrumbaba, Aracne probablemente colgaría de su tela y escaparía mientras que Annabeth y la antigua estatua se irían de cabeza hacia el Tártaro.

Lentamente, Aracne acabó las largas tiras de tela y las juntó. Su habilidad era impoluta. Annabeth no pudo evitar sentirse impresionada. Sintió otra oleada de duda acerca de su madre. ¿Qué pasaba si Aracne era mejor tejedora que Atenea? Pero la habilidad de Aracne no era la cuestión. Había sido castigada por orgullosa y tosca. No importaba lo increíble que fuera, no podías ir por ahí insultando a los dioses. Los dioses del Olimpo eran un recordatorio de que siempre hay alguien mejor que tú, por lo que no te puedes hacer el chulo. Aún así... ser convertida en una monstruosa araña inmortal parecía un castigo demasiado duro para haberse pavoneado.

Aracne trabajó más rápido, juntando cada vez más tiras. En instantes, la estructura estuvo lista. A los pies de la estatua descansaba un cilindro tejido de tiras de seda, de metro y medio de diámetro y tres metros de longitud. La superficie brillaba como una concha de nácar, pero no parecía hermoso para Annabeth. Era sólo funcional: una trampa. Sería hermosa si funcionaba.

Aracne se giró hacia ella con una sonrisa hambrienta.

—¡Hecho! Ahora, mi premio. Demuéstrame que puedes cumplir tus promesas.

Annabeth estudió la trampa. Frunció el ceño y dio vueltas a su alrededor, inspeccionando el tejido desde cada ángulo. Entonces, con cuidado de su tobillo roto, puso sus manos y sus rodillas en el suelo y gateó hasta el interior. Había hecho las medidas en su cabeza. Si lo había hecho mal, su plan estaba condenado. Pero se deslizó a través del túnel de seda sin tocar los lados. La red

estaba pegajosa, pero no de una manera insoportable. Gateó hasta el otro extremo y negó con la cabeza.

—Hay un fallo—dijo.

—¿Qué? —gritó Aracne—. ¡Imposible! He seguido tus instrucciones...

—En el interior—dijo Annabeth—. Métete dentro y compruébalo. Está justo en el medio, un fallo en el tejido.

Aracne sacó espuma por la boca. Annabeth tuvo miedo de que se hubiera pasado, y que la araña la matara allí mismo. Sería otro conjunto de huesos en las redes.

En vez de eso, Aracne dio golpes en el suelo con sus ocho patas de mal humor.

—Yo no cometo errores.

—Oh, es uno muy pequeño—dijo Annabeth—. Probablemente puedas arreglarlo. Pero no quiero mostrar a los dioses nada que no sea tu mejor trabajo. Mira, entra y compruébalo. Si puedes arreglarlo, entonces se lo mostraré a los dioses del Olimpo. Serás la artista más famosa de todos los tiempos. Seguramente despedirán a las nueve Musas y te contratarán para supervisar todas las artes. La diosa Aracne... sí, no me sorprendería.

—La diosa...—la respiración de Aracne se volvió profunda—. Sí, sí. Arreglaré este error.

Acercó la cabeza hasta el túnel tejido.

—¿Dónde está?

—Justo en el medio—urgió Annabeth—. Adelante. Puede ser un poco incómodo para ti.

—¡Estoy bien! —le espetó y se escurrió.

Como Annabeth esperó, el abdomen de la araña entró, pero sólo a penas. Mientras se abría camino, las tiras tejidas de seda se expandieron para acomodarla. Aracne se metió hasta las hiladoras.

—¡No veo ningún fallo! —anunció ella.

—¿De verdad? —preguntó Annabeth—. Bueno, es extraño. Sal y échale otro vistazo.

El momento de la verdad. Aracne se removió, intentando salir. El túnel tejido se contrajo a su alrededor y la sujetó con fuerza. Intentó zafarse, pero la trampa ya estaba a su alrededor. No podía ir al otro lado. Annabeth había temido que las patas barbudas de la araña hicieran agujeros en la tela, pero las patas de Aracne estaban apretadas tan fuertemente contra su cuerpo que apenas las podía mover.

—¿Qué... qué es esto? —gritó—. ¡Estoy atrapada!

—Ah—dijo Annabeth—. Me he olvidado de decírtelo. Esta obra de arte se llama trampas de dedos chinas. Al menos, es una variación más grande de la misma idea. Yo la llamo trampa para arañas china.

—¡Traición! —Aracne dio vueltas y rodó y se retorció, pero la trampa la atrapó fuertemente.

—Es cuestión de supervivencia—le corrigió Annabeth—. Ibas a matarme de cualquier manera, te ayudara o no, ¿verdad?

—Bueno, ¡por supuesto! Eres hija de Atenea—la trampa se quedó en silencio—. Quiero decir... no, por supuesto que no. Respeto mis promesas.

—Ahá—Annabeth retrocedió mientras el cilindro de tejido comenzaba a retorcerse de nuevo—. Normalmente estas trampas están hechas de bambú tejido, pero la tela de araña es incluso mejor. Te sujeta rápida y fuertemente y es muy difícil de romper, incluso para ti.

—¡GAH! —Aracne dio vueltas y se retorció, pero Annabeth se apartó del camino. Incluso con su tobillo roto, pudo arreglárselas para esquivar la trampa para dedos gigantesca.

—¡Te destruiré! —le prometió Aracne—. Quiero decir... no. Seré muy maja contigo si me dejas salir.

—Ahorraría energía si fuera tú—Annabeth respiró hondo, relajándose por primera vez en horas—. Voy a llamar a mis amigos.

—Tú... ¿tú vas a llamarles para hablarles de mi obra de arte? —preguntó Aracne, esperanzada.

Annabeth observó la sala. Tenía que haber una forma de enviar un mensaje Iris al Argo II. Aún le quedaba un poco de agua en su botella, pero ¿cómo podría crear la suficiente luz y niebla como para hacer un arcoíris en una cueva oscura?

Aracne comenzó a rodar de nuevo.

—¡Vas a llamar a tus amigos para matarme! —chilló ella—. ¡No moriré! ¡No así!

—Relájate—dijo Annabeth—. Vamos a dejarte con vida. Sólo queremos la estatua.

—¿La estatua?

—Sí—Annabeth no debería de haberlo soltado de golpe, pero su miedo se convertía en enfado y resentimiento—. ¿El arte que mostraré por todo lo grande en el monte Olimpo? No será tuyo. La Atenea Partenos pertenece a aquel lugar, justo en el parque central de los dioses.

—¡No! ¡No, eso es horrible!

—Oh, eso no pasará justo ahora—dijo Annabeth—. Primero nos llevaremos la estatua a Grecia. Una profecía nos dijo que tenía el poder para vencer a los gigantes. Después de eso... bueno, no podemos simplemente devolverla al Partenón. Eso levantaría demasiadas preguntas. Estará más segura en el monte Olimpo. Reunirá a los hijos de Atenea y traerá la paz a los romanos y a los griegos. Gracias por mantenerla a salvo durante todos estos siglos. Has hecho a Atenea un gran servicio.

Aracne gritó y se agitó. Una tira de red salió disparada de las hiladoras de la araña y se pegó a un tapiz en la pared más lejana. Aracne contrajo su abdomen y lanzaba tela a ciegas. Siguió dando vueltas, disparando tela al azar, tirando braseros de fuego mágico y sacando losas del suelo. La cámara retumbó. Los tapices comenzaron a arder.

—¡Detente! —Annabeth intentó apartarse del camino de la tela de araña—. ¡Harás derrumbar toda la cueva y nos matarás a ambas!

—¡Mejor que verte ganar! —gritó Aracne—. ¡Hijas mías! ¡Ayudadme!

Oh, genial. Annabeth había esperado que el aura magia de la estatua mantuviera a las pequeñas arañas, pero Aracne comenzaba chillando, implorándoles para que la ayudaran. Annabeth consideró matar a la mujer araña para que se callara. Sería fácil para usar su cuchillo entonces. Pero vacilaba para matar a cualquier monstruo cuando estaba indefenso, incluida Aracne. Además, si se escurría por entre la tela tejida, la trampa podría deshacerse. Y era posible de que Aracne se liberara antes de que Annabeth pudiera terminar con ella.

Todos aquellos pensamientos le vinieron demasiado tarde. Las arañas comenzaron a inundar la cámara. La estatua de Atenea brilló aún más. Las arañas no querían acercarse, pero la rodearon como si estuvieran reuniendo valor. Su madre estaba pidiendo ayuda a gritos. Lentamente acabarían entrando, sobrepasando a Annabeth.

—Aracne, detente—le gritó—. O te...

De alguna manera, Aracne se dio la vuelta en su prisión, apuntando su abdomen hacia el lugar de la voz de Annabeth. Una tira de seda la golpeó en el pecho como una pesa.

Annabeth cayó, con su pierna ardiéndole de dolor. Se cortó salvajemente la tira de tela con su daga mientras Aracne la perseguía con sus hiladoras.

Annabeth se las apañó para cortar la tira y apartarse gateando, pero las pequeñas arañas se le acercaban.

Se dio cuenta de que sus mayores esfuerzos habían sido en vano. No podría salir de allí. Las hijas de Aracne la matarían a los pies de la estatua de su propia madre.

«Percy» pensó «, lo siento».

En ese momento, la cámara rugió y el techo de la cueva explotó en una explosión de luz violenta.

## Capítulo LI

### Annabeth

ANNABETH HABÍA VISTO ALGUNAS COSAS EXTRAÑAS ANTES, pero nunca había visto que llovieran coches.

Mientras el techo de la cueva se derrumbaba, la luz del sol la cegó. Vio una imagen del Argo II irrumpiendo por arriba. Debía de haber usado la ballesta para abrir un agujero a través del suelo.

Pegotes de asfalto tan grandes como puertas de garaje cayeron, junto con seis u ocho coches italianos. Uno habría caído justo encima de la Atenea Partenos, pero el aura brillante de la estatua actuó como escudo de fuerza, y el coche se apartó hacia un lado. Por desgracia, cayó justo hacia donde estaba Annabeth.

Saltó hacia un lado, torciéndose el pie malo. Una ola de agonía casi le hizo desmayarse, pero cayó de espaldas justo a tiempo para ver un Fiat 500 rojo caer

justo encima de la trampa de seda de Aracne, empujándola a través del suelo de la caverna y desapareciendo con la trampa para arañas china.

Mientras Aracne caía, gritó como si fuera el silbido de un tren en un choque de trenes, pero su grito rápidamente desapareció. Alrededor de Annabeth, más pegotes de escombros se estrellaron contra el suelo, poblándolo de agujeros.

La Atenea Partenos se mantuvo intacta, aunque el mármol bajo su pedestal era un conjunto de grietas. Annabeth estaba cubierta de telas de araña. Se quitó las tiras de los restos de las telas de arañas de sus brazos y piernas como si fueran los hilos de una marioneta, pero de alguna manera, de forma increíble, ninguno de los escombros la había golpeado. Quería creer que la estatua la había protegido, aunque sospechaba que debería de haber sido nada más que suerte.

El ejército de arañas había desaparecido. O bien habían retrocedido a la oscuridad, o habían caído por el abismo. Mientras la luz del sol inundaba la caverna, los tapices de Aracne junto con las paredes se redujeron a polvo, algo que Annabeth a punas tuvo el valor suficiente de ver, sobre todo el tapiz que representaba a ella y a Percy.

Pero nada de eso importó cuando oyó la voz de Percy de arriba.

—¡Annabeth!

—¡Aquí! —sollozó ella.

Todo el miedo pareció haberla abandonada en un único grito. Mientras el Argo II descendía, vio a Percy inclinándose por encima del pasamanos. Su sonrisa era incluso mejor que cualquier tapiz que hubiera visto jamás.

La sala seguía temblando, pero Annabeth se las arregló para levantarse. El suelo a sus pies parecía estable por el momento. Su mochila se había perdido, junto con el portátil de Dédalo. Su cuchillo de bronce, que había tenido desde que tenía siete años, también había desaparecido, probablemente habrían caído por el abismo. Pero a Annabeth no le importaba. Estaba viva.

Se acercó más al agujero hecho por el Fiat 500. Unas paredes de roca que acababan en la oscuridad era todo lo que Annabeth podía ver. Unas cuantas tiras de seda corrían de pared a pared, pero Annabeth no vio nada colgando de ellas, sólo tiras de seda yendo a ambos lados como si fueran guirnaldas de Navidad.

Annabeth se preguntó si Aracne le habría dicho la verdad acerca del abismo. ¿Habría caído la araña en el Tártaro? Intentó sentirse satisfecha con la idea, pero eso la hizo entristecer. Aracne había hecho muchas cosas bonitas. Ya había sufrido durante eones. Ahora sus últimos tapices se habían destruido. Después de todo aquello, caer al Tártaro parecía demasiado duro para su final.

Annabeth estaba a duras penas consciente de que el Argo II había parado a unos cincuenta metros por encima de ella. Dejó caer una escalerilla, pero Annabeth



estuvo de pie, aturdida, observando la oscuridad. Entonces, de repente, Percy estaba a su lado, enlazando sus dedos con los suyos.

La giró con gentileza y la apartó del abismo y la envolvió con sus brazos. Ella enterró su cara en su pecho y rompió a llorar.

—Está bien—dijo—. Estamos juntos.

No dijo «Estás bien» o «Estamos vivos». Después de todo lo que habían pasado durante el último año, sabía que lo más importante era que estuvieran juntos. Le quería por decir aquello.

Sus amigos se reunieron a su alrededor. Nico di Angelo estaba allí, pero los pensamientos de Annabeth estaban tan difusos que no le pareció sorprenderle. Sólo le pareció correcto que estuviera con ellos.

—Tu pierna—Piper se arrodilló a su lado y examinó el vendaje de papel de burbujas—. Oh, Annabeth, ¿qué ha pasado?

Ella comenzó a explicarlo. Hablar era difícil, pero mientras lo intentaba, sus palabras salieron con facilidad. Percy no le soltó de la mano, lo que le hizo sentir más segura de sí misma. Cuando terminó, las caras de sus amigos se aflojaron con asombro.

—Dioses del Olimpo—dijo Jason—. Tú has hecho todo eso. Con un tobillo roto.

—Bueno... parte de ello con un tobillo roto.

Percy sonrió.

—¿Has hecho que Aracne tejiera su propia trampa? Sabía que eras buena, pero santa Hera, Annabeth, lo has conseguido. Generaciones de hijos de Atenea lo han intentado y han fracasado. ¡Tú has encontrado la Atenea Partenos!

Todo el mundo miró asombrado a la estatua.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Frank—. Es enorme.

—Tendremos que llevarla con nosotros a Grecia—dijo Annabeth—. La estatua es poderosa. Algo sobre ella nos ayudará a detener a los gigantes.

—«La perdición de los gigantes se mantiene dorada y pálida»—recitó Hazel—. «La victoria a través del dolor de una jaula tejida» —miró a Annabeth con admiración—. Era la jaula de Aracne. La engañaste para que la tejiera.

«Con mucho dolor», pensó Annabeth.

Leo levantó las manos. Encuadró con los dedos la Atenea Partenos como si estuviera midiéndola.

—Bueno, puede que tenga que hacer algunos reajustes, pero creo que podemos hacerla encajar a través de las puertas inferiores en el establo. Si está pegada por el extremo, puede que tenga que envolverla con algo alrededor de los pies o algo. Annabeth se encogió de hombros. Se imaginó a la Atenea Partenos navegando en su trirreme con una señal a través del pedestal que decía: CARGA PESADA.

Entonces pensó en otros versos de la profecía: «Los gemelos sofocan el aliento del ángel, aquel que sujeta las llaves de la muerte infinita».

—¿Y qué hay de vosotros, chicos? —preguntó—. ¿Qué ha pasado con los gigantes?

Percy le habló del rescate de Nico, la aparición de Baco, y la lucha contra los gigantes en el Coliseo. Nico no dijo demasiado. El pobre chico parecía como si hubiera estado vagabundeando por un páramo durante seis semanas. Percy le explicó lo que Nico había descubierto acerca de las Puertas de la Muerte, y cómo tenían que ser cerradas por ambos lados. Incluso con la luz del sol cayendo por encima de ellos, las noticias de Percy hicieron que la cueva volviera a ser oscura.

—Así que el lado mortal está en el Epiro—dijo—. Al menos ese es un lugar al que podemos llegar.

Nico hizo una mueca.

—Pero el otro lado es el problema. El Tártaro.

La palabra parecía resonar por la cámara. El pozo detrás de ellos exhalaba una ráfaga de aire frío. Entonces fue cuando Annabeth lo supo con certeza. El abismo sí iba directamente hacia el Inframundo.

Percy también debió de sentirlo. La llevó un poco más lejos del borde. Sus brazos y piernas arrastraban tela de araña como si fuera una cola de novia. Deseaba que hubiera tenido su daga para cortarla. Estuvo a punto de pedirle a Percy que hiciera los honores con Contracorriente, pero antes de que pudiera, él dijo:

—Baco mencionó algo acerca de que mi viaje sería más difícil de lo que esperaba. No estoy seguro de por qué...

La cámara rugió. La Atenea Partenos se ladeó a un lado. Su cabeza estaba atrapada en uno de los cables de apoyo de Aracne, pero la base de mármol bajo el pedestal se estaba hundiendo. Una náusea subió por el pecho de Annabeth. Si la estatua caía en el abismo, todo su trabajo habría sido en vano. Su misión podría fracasar.

—¡Aseguradla! —chilló Annabeth.

Sus amigos lo entendieron de inmediato.

—¡Zhang! —gritó Leo—. Llévame a cubierta, de inmediato! El entrenador está allí arriba solo.

Frank se transformó en un águila gigante, y los dos salieron volando hacia el barco.

Jason rodeó a Piper con su brazo. Se giró hacia Percy.

—Vuelvo a por vosotros en un segundo.

Convocó en viendo y salió disparado por el aire.

—¡El suelo no durará demasiado! —advirtió Hazel—. Los demás, id hacia la escalerilla.

Unas columnas de polvo y telas de araña cayeron por los agujeros en el suelo. Los cables de tela de araña temblaron como unas gigantescas cuerdas de una guitarra eléctrica y comenzaron a temblar. Hazel se agarró al extremo de la escalerilla y apremiaba a Nico para que la siguiera, pero Nico no estaba en condiciones de correr.

Percy agarró la mano de Annabeth más fuerte.

—Todo irá bien—le murmuró.

Mirando hacia arriba, vio unas cuerdas que salían del Argo II y envolvían la estatua. Una enlazó el cuello de Atenea como si fuera una res. Leo gritó órdenes desde el casco mientras Jason y Frank volaban frenéticamente de cuerda en cuerda, intentando asegurarla.

Nico acababa de alcanzar la escalerilla cuando un dolor agudo recorrió la pierna mala de Annabeth. Tosió y se derrumbó.

—¿Qué pasa? —preguntó Percy.

Intentó tambalearse hacia la escalerilla. ¿Por qué se movía hacia atrás? Sus piernas no le respondían y cayó de cara.

—¡Su tobillo! —gritó Hazel desde la escalerilla—. ¡Cortadlo! ¡Cortadlo!

La mente de Annabeth había enloquecido por el dolor. ¿Que le cortaran el tobillo, decía?

Aparentemente Percy no se daba cuenta de lo que Hazel quería decir. Entonces algo tiró de Annabeth hacia atrás y la empujó contra el abismo. Percy se resistió. La agarró por el brazo, pero el impulso le arrastró a él también.

—¡Ayudadles! —gritó Hazel.

Annabeth atisbó a Nico cojeando en su dirección y a Hazel intentando desenredar su espada de caballería de la escalerilla. Sus otros amigos seguían centrados en la estatua y el grito de Hazel se perdió en el griterío general y el derrumbamiento de la cueva.

Annabeth sollozó mientras golpeaba el borde del abismo. Sus piernas estaban al otro lado. Se dio cuenta demasiado tarde de lo que sucedía, estaba atada a la tela de araña. Debería de haberla cortado de inmediato. Había pensado que era una cuerda muy fina, pero con todo el suelo cubierto de telas de arañas, no se había dado cuenta de que una de las tiras estaba envuelta alrededor de su pie, y que el otro extremo caía directamente hacia el abismo. Estaba atado a algo pesado abajo en la oscuridad, algo que la estiraba hacia abajo.

—No—murmuró Percy, con la luz apagándosele de los ojos—. Mi espada...

Pero no podía alcanzar a Contracorriente sin soltar el brazo de Annabeth, y la fuerza de Annabeth había desaparecido. Se deslizo por el borde. Percy cayó con ella.

Su cuerpo chocó contra algo. Se desmayó por el dolor. Cuando pudo volver a ver, se dio cuenta de que había caído por el borde y que estaba balanceándose por el vacío. Percy se las había arreglado para agarrar un saliente a unos cuatro metros por debajo del borde del abismo. Se estaba sujetando con una mano, agarrando la muñeca de Annabeth con la otra, pero el peso de su pierna era demasiado fuerte. —No hay escapatoria—dijo una voz en la oscuridad—. Yo iré al Tártaro y tú vendrás conmigo.

Annabeth no estaba segura de que hubiera oído de verdad la voz de Aracne o que se lo hubiera imaginado. El abismo tembló. Percy era lo único que le evitaba de caerse. Se sujetaba a duras penas por el saliente del tamaño de una estantería.

Nico estaba inclinado por el borde del abismo, tendiéndoles una mano, pero estaba demasiado lejos como para poder ayudar. Hazel gritaba a los demás, pero aunque la escucharan por encima del caos, nunca llegarían a tiempo.

La pierna de Annabeth parecía estar separándose del cuerpo. El dolor lo convertía todo en rojo. La fuerza del Inframundo la empujaba hacia la oscuridad como si fuera la gravedad. No tenía fuerza para luchar. Sabía que estaba demasiado abajo para ser salvada.

—Percy, déjame ir—gritó—. No me puedes subir.

La cara de Percy estaba blanca del esfuerzo. Podía ver en sus ojos que todo era inútil.

—Nunca—dijo. Miró hacia arriba a Nico, a unos cuatro metros por encima—. ¡El otro lado, Nico! Nos veremos allí. ¿Lo entiendes?

Los ojos de Nico se abrieron de par en par.

—Pero...

—¡Llévalos hacia allí! —gritó Percy—. ¡Prométemelo!

—Lo... lo haré.

Debajo de ellos, la voz rió en la oscuridad.

—Sacrificios. Hermosos sacrificios para despertar a la diosa.

Percy endureció el agarre en la muñeca de Annabeth. Su cara estaba demacrada, arañada y ensangrentada, su pelo lleno de polvo y telas de arañas, pero cuando fijó sus ojos en los de ella, Annabeth creyó que nunca había estado más guapo.

—Vamos a estar juntos—le prometió él—. No vas a ir a ninguna parte sin mí. Nunca más.

Sólo entonces entendió qué iba a pasar. «Un viaje de una única dirección. Una caída muy dura».

—Siempre que estemos juntos—dijo ella.

Oyó a Nico y a Hazel aún gritando en busca de ayuda. Vio la luz del sol muy por encima de ellos, quizá el último rayo de sol que vería jamás.

Entonces Percy se soltó del estrecho saliente, y juntos, cogidos de las manos, él y Annabeth cayeron a la oscuridad infinita.

## **Capítulo LII**

### **Leo**

LEO SEGUÍA EN ESTADO DE SHOCK.

Todo lo que había pasado, había ido muy rápido. Habían asegurado las cuerdas de la Atenea Partenos mientras el suelo se derrumbaba, y las últimas columnas de tejido se habían soltado. Jason y Frank fueron hacia abajo para salvar a los toros, pero sólo habían encontrado a Hazel y a Nico colgando de la escalerilla. Percy y Annabeth se habían ido.

El abismo hacia el Tártaro había sido enterrado bajo varias toneladas de escombros. Leo sacó el Argo II de la cueva segundos antes de que todo el lugar se derrumbara, llevándose el resto del aparcamiento con ellos.

El Argo II ahora estaba aparcado en una colina que gobernaba la ciudad. Jason, Hazel y Frank habían vuelto a la escena de la catástrofe, esperando hacerse camino por entre las piedras para encontrar un camino para salvar a Percy y a Annabeth, pero habían vuelto desmoralizados. La cueva había desaparecido. La escena estaba rodeada por policías y bomberos. Ningún mortal había sido herido, pero los italianos se estarían rascando las cabezas durante meses, preguntándose cómo un gigantesco pozo había sido abierto en el medio de un aparcamiento y se había tragado una docena de coches caros en perfecto buen estado.

Aturdidos y dolidos, Leo y los demás cargaron cuidadosamente la Atenea Partenos en la bodega usando los cabestrantes hidráulicos del barco con la ayuda de Frank Zhang, elefante a tiempo partido. La estatua encajó, aunque Leo no tenía ni idea de lo que iban a hacer con ella.

El entrenador Hedge estaba demasiado triste como para poder ayudar. No dejaba de dar vueltas por cubierta con lágrimas en los ojos, estirándose de la perilla y dándose golpes a ambos lados de la cabeza sin dejar de repetir:

—¡Podría haberles salvado! ¡Podría haber destruido más cosas!

Finalmente Leo le dijo que fuera para abajo y asegurara todo para el despegue. No hacía nada bueno si no dejaba de culparse a sí mismo. Los seis semidioses se reunieron en cubierta y observaron la lejana columna de polvo que seguía levantándose desde el sitio de la explosión.

Leo tenía sus manos sobre la esfera de Arquímedes, que ahora descansaba en el timón, lista para ser instalada. Debería de estar emocionado. Era el mayor descubrimiento de su vida, incluso mayor que el Búnker 9. Si podía descifrar los pergaminos de Arquímedes, podría hacer cosas increíbles. A penas tenía ganas de tener esperanza, pero incluso podría ser capaz de construir un nuevo disco de control para cierto dragón amigo suyo.

Aún así, el precio había sido demasiado alto.

Aún podía escuchar a Némesis riéndose. «Te dije que podríamos hacer negocios, Leo Valdez.»

Había abierto la galletita de la fortuna. Había conseguido el código de acceso para la esfera y había salvado a Frank y a Hazel. Pero el sacrificio había sido Percy y Annabeth. Leo estaba seguro de ello.

—Es culpa mía—dijo, con tristeza.

Los otros le miraron. Sólo Hazel pareció entenderlo. Había estado con él en el Great Salt Lake.

—No—insistió ella—. No, esto es culpa de Gea. No tiene nada que ver contigo.

Leo quiso creer aquello, pero no pudo. Había comenzado el viaje con Leo liándola, disparando Nueva Roma. Habían acabado en la antigua Roma con Leo rompiendo una galletita y pagando un precio peor que un ojo.

—Leo, escúchame—Hazel le cogió de la mano—. No permitiré que cargues con la culpa. No lo podría soportar después de que Sammy... Sammy...

Tragó saliva, pero Leo supo lo que quiso decir. Su bisabuelo se había culpado a sí mismo por la desaparición de Hazel. Sammy había vivido una buena vida, pero se había ido a la tumba creyendo que había gastado un diamante maldito y condenado a la chica a la que amaba.

Leo no quiso que Hazel se sintiera triste de nuevo, pero aquello era distinto. «El éxito verdadero requiere de sacrificios». Leo había escogido romper la galletita. Percy y Annabeth habían caído al Tártaro. No podría ser una coincidencia.

Nico di Angelo se acercó cojeando, apoyándose en su espada oscura.

—Leo, no están muertos. Si lo estuvieran, lo percibiría.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó Leo—. Si ese abismo lleva de verdad a... ya sabes, ¿cómo puedes percibirles desde tan lejos?

Nico y Hazel compartieron una mirada, quizá comparando apuntes en sus radares mortales de Hades/Plutón. Leo tuvo un escalofrío. Hazel nunca le había parecido una hija del Inframundo, pero Nico di Angelo... aquél tipo era escalofriante.

—No podemos estar al cien por cien seguros—admitió Hazel—. Pero creo que Nico tiene razón. Percy y Annabeth siguen vivos... al menos, hasta ahora.

Jason pegó un puñetazo contra el pasamanos.

—Debería de haber estado prestando atención. Podría haberme acercado volando y les habría salvado.

—Yo también—sollozó Frank. El grandullón parecía estar al borde de las lágrimas.

Piper puso su mano en la espalda de Jason.

—No es tu culpa, no es de ninguno de los dos. Estabais intentando salvar la estatua.

—Tiene razón—dijo Nico—. Aunque el abismo no hubiera quedado enterrado, no podríais haberos acercado volando sin ser arrastrados. Soy el único que ha estado en el Tártaro. Es imposible describir lo poderoso que es ese lugar. Una vez te acerca, te absorbe. Nunca tuve oportunidad.

Frank sollozó.

—¿Entonces Percy y Annabeth tampoco tienen oportunidades?

Nico dio vueltas a su anillo de plata con forma de calavera.

—Percy es el semidiós más poderoso que he conocido nunca. No os ofendáis, chicos, pero es cierto. Si alguien puede sobrevivir es él, sobre todo si tiene a Annabeth a su lado. Van a poder hacerse camino a través del Tártaro.

Jason se giró.

—Hacia las Puertas de la Muerte, querrás decir. Pero tú has dicho que están protegidas por las fuerzas más poderosas de Gea. ¿Cómo podrían dos semidioses...?

—No lo sé—admitió Nico—. Pero Percy me dijo que os guiara hasta el Epiro, el lado mortal del umbral. Está planeando encontrarse con nosotros allí. Si sobrevivimos hasta la Casa de Hades, nos abrimos camino a través de las fuerzas de Gea, entonces quizá podamos trabajar junto con Percy y Annabeth y sellar las Puertas de la Muerte por ambos lados.

—¿Y traeríamos de vuelta a Percy y a Annabeth a salvo? —preguntó Leo.

—Quizás.

A Leo no le acababa de gustar la forma en la que Nico dijo aquello, como si no estuviera compartiendo todas sus dudas. Además, Leo sabía algo acerca de cerrojos y puertas. Si las Puertas de la Muerte necesitaban ser selladas desde ambos lados, ¿cómo podrían hacerlo sin que alguien se quedara en el Inframundo, atrapado?

Nico respiró hondo.

—No sé cómo lo conseguirán, pero Percy y Annabeth encontrarán una forma. Viajarán a través del Tártaro y encontrarán las Puertas de la Muerte. Cuando lo hagan, tenemos que estar preparados.

—No será fácil—dijo Hazel—. Gea pondrá todo lo que tenga en el tablero para mantenernos apartados del Epiro.

—¿Y eso es nuevo? —suspiró Jason.

Piper asintió.

—No tenemos elección. Tenemos que sellar las Puertas de la Muerte antes de que podamos detener a los gigantes de despertar a Gea. De otra forma, sus ejércitos nunca morirán. Y tenemos que darnos prisa. Los romanos están en Nueva York. Muy pronto, atacarán el campamento Mestizo.

—Tenemos un mes como mucho—añadió Jason—. Efiates dijo que Gea despertaría justo en un mes.

Leo se irguió.

—Podemos hacerlo.

Todo el mundo le miró.

—La esfera de Arquímedes puede mejorar el barco—dijo, esperando tener razón—. Voy a estudiar esos pergaminos antiguos que hemos conseguido. Tienen que haber todo tipo de nuevas armas que pueda hacer. Vamos a golpear a los ejércitos de Gea con un nuevo arsenal de dolor.

En la proa del barco, Festus hizo crujir su mandíbula y escupió fuego, desafiante.

Jason esbozó una sonrisa. Dio un golpe en el hombro de Leo.



—Suenan a plan, Almirante. ¿Quieres establecer el rumbo?

Bromeaban con él, llamándole Almirante, pero por una vez Leo aceptó el título. Aquel era su barco. No había llegado tan lejos como para abandonar ahora.

Encontrarían aquella Casa de Hades. Llegarían hasta las Puertas de la Muerte. Y por los dioses, si Leo tenía que diseñar un brazo mecánico lo suficientemente largo como para sacar a Annabeth y a Percy del Tártaro, entonces es lo que haría.

¿Némesis quería que se vengara de Gea? Leo no tendría que resistirse a hacerlo. Iba a hacer que Gea lamentara haberse metido con Leo Valdez.

—Sí—lanzó una última mirada al paisaje de Roma, volviéndose del color de la sangre con el atardecer—. Festus, iza las velas. Tenemos amigos a los que salvar.

## Fin

## GLOSARIO

AΘE: alfa, theta, épsilon. En griego significa: “de los atenienses”, o “de los hijos de Atenea”.

ADRIANO (*Publius Helius Hadrianus*): emperador romano que mandó entre el 117 y el 138 dC. Se le conoce por el Muro de Adrián, que marcó el límite del imperio romano en Bretaña. En roma, reconstruyó el Partenón y construyó el Templo de Venus de Roma.

AFRODITA (Αφροδίτη): diosa griega del amor y de la belleza. Está casada con Hefesto, pero ama a Ares, el dios de la guerra. Su equivalente romano es Venus.

ALCIONEO (Άλκυονεύς): el mayor de los gigantes hijos de Gea, destinado a luchar contra Plutón.

AMAZONAS (Αμαζόνες): una nación de guerreras.

AQUELOO (Αχελώος): un espíritu del río, un *pótamos*.

ARACNE (‘Αράχνη): una tejedora que decía tener unas habilidades superiores a las de Atenea. Esto enfureció a la diosa, que destruyó su tapiz y su telar. Aracne se suicidó colgándose de una biga, pero Atenea la resucitó con la forma de una araña.

ARES (Άρης) : dios griego de la guerra, hijo de Zeus y Hera y medio-hermano de Atenea. Su equivalente romano es Marte.

**ARGENTUM:** plata.

ARGO II (Άργώ II) : barco fantástico construido por Leo, que bien puede volar o navegar y tiene la cabeza del dragón metálico *Festus* como mascarón de proa. El barco se llama así por el Argo, el velero que usó un grupo de héroes griegos que acompañaron a Jasón en su búsqueda del Vello de Oro.

ARQUÍMEDES (Αρχιμήδης): matemático, físico, ingeniero, inventor y astrónomo griego que vivió entre el 287 y el 212 aC y es conocido por ser uno de los mayores científicos de la antigüedad clásica.

ATENEA PARTENOS (Παρθένος Ἄθηνᾶ): una estatua gigantesca de la diosa Atenea, la estatua griega más famosa de todos los tiempos.

ATENEA (Αθηνά): la diosa griega de la sabiduría. Su equivalente romano es Minerva.

AUGURIO (*augurium*): señal de algo que está por venir, un presagio, la práctica de adivinar el futuro.

**AURUM:** oro.

BACO (*Bacchus*): el dios romano del vino y del jolgorio. Su equivalente griego es Dioniso.

BALLESTA (*ballista*): un arma de asedio dispara-proyectiles romana que puede disparar a grandes distancias.

BELONA (*Bellona*): diosa romana de la guerra.

BRONCE CELESTIAL (ουράνια χάλκινο): un escaso metal mortal para los monstruos.

CALENDAS DE JULIO (*Calendae Iulii*): el primer día de julio, que estaba dedicado a Juno.

CAMPAMENTO JÚPITER (*Castra Iovis*): terreno de entrenamiento para los semidioses romanos, situado entre las colinas de Oakland y las colinas de Berkeley en California.

CAMPAMENTO MESTIZO (Στρατόπεδο Ημίαιμος): terreno de entrenamiento para los semidioses griegos, situado en Long Island, Nueva York.

CASA DE HADES (Το σώμα του ᾀδη): templo subterráneo en el Epiro, Grecia, dedicado a Hades y Perséfone, a veces llamado “*necromanteón*”, u “oráculo de la muerte”. Los antiguos griegos creían que marcaba una de las entradas al Inframundo y los peregrinos iban ahí para comunicarse con los muertos.

CASA DEL LOBO (*Domus Lupi*): una mansión en ruinas, que perteneció a Jack London cerca de Sonoma en California dónde Percy Jackson fue entrenado como semidiós romano por Lupa.

CENTAURO (Κένταυρος): una raza de criaturas mitad humano, mitad caballo.

CENTURIÓN (*centurio*): oficial del ejército romano.

CERES (*Ceres*): diosa romana de la agricultura. Su equivalente griego es Deméter.

CETO (Κητώ): diosa griega de los monstruos marinos y de las grandes criaturas del océano, como las ballenas y los tiburones. Es hija de Gea y hermana y esposa de Forcis, dios de los peligros del mar.

CÍCLOPES (Κύκλωπες): miembros de una raza de gigantes primigenios, cada uno con un único cojo en su cara.

CIRCE (Κίρκη): hechicera griega. En la Antigüedad, convirtió a la tripulación de Odiseo en cerdos salvajes.

COLISEO (*Colosseum*): también llamado Anfiteatro Flavio, es un anfiteatro elíptico en el centro de Roma, Italia. Tiene una capacidad de 50,000 espectadores. El coliseo se usaba para luchas de gladiadores y espectáculos públicos como recreaciones navales, cacerías animales, ejecuciones, recreaciones de batallas famosas y obras de teatro.

CONTRACORRIENTE (Ανακλούσμος): el nombre de la espada de Percy Jackson (*Anaklusmos* en griego).

CORNUCOPIA (*cornucopia*): un contenedor con la forma de un cuerno rebosante de comestibles saludables. La cornucopia fue creada cuando Heracles (Hércules, para los romanos) luchó contra el dios del río Aqueloo y le arrancó uno de sus cuernos.

CRISAOR (Χρυσάωρ): hermano de Pegaso, hijo de Poseidón y Medusa, conocido como "Espada Dorada".

CRONOS (Κρόνος): dios griego de la agricultura, hijo de Urano y Gea y padre de Zeus. Su equivalente romano es Saturno.

DÉDALO (Δαίδαλος): en la mitología griega, un hábil artesano que creó el Laberinto de Creta en el que estaba el minotauro (mitad hombre, mitad toro).

DEMÉTER (Δημήτηρ): la diosa griega de la agricultura e hija de los titanes Rea y Cronos. Su equivalente romano es Ceres.

DENARIO (*denarium*): la moneda más común en el sistema económico romano.

DEYANIRA (Δηϊάνειρα): la segunda esposa de Heracles. Era tan hermosa que tanto Heracles como Aqueloo querían casarse con ella y hubo un certamen para obtener su mano. El centauro Neso la engañó para que matara a Heracles hundiendo su túnica en lo que ella creía que era un filtro amoroso pero que en realidad era la sangre ponzoñosa de Neso.

DIONISO (Διώνυσος): dios griego del vino y del jolgorio, hijo de Zeus. Su equivalente romano es Baco.

**DRACMA** (δραχμή): moneda de plata de la Antigua Grecia.

**DRAKÓN** (*drakon*): serpiente gigantesca.

**EFÍALTES Y OTO**: (Εφιάλτες και Ότος) gigantes gemelos, hijos de Gea.

**EIDOLÓN**: (ειδωλον) espíritu poseedor.

**EL EPIRO** (Ἠπειρος): región que hoy en día está en el noroeste de Grecia y al sur de Albania.

**ENVIDIA** (*Invidia*): diosa romana de la venganza. Su equivalente griega es Némesis.

**ERISTEO** (Εριστεος) : nieto de Perseo, quién, con el favor de Hera, heredó el reino de Micenas, que Zeus quiso para Heracles.

**ESCOLOPENDRA** (*Scolopendra*): monstruo marino con forma de miriápodo con aletas de la nariz peludas, una delgada cola como la de una langosta, e hileras de pies a ambos lados.

**ESTÍNFALO** (Εστιμφαλος): pájaros de la mitología griega, pájaros devoradores de hombre con picos de bronce y alas afiladas de acero con las que despedazaban a sus víctimas. Dedicadas a Ares, el dios de la guerra.

**FAUNO** (*Faunus*): dios romano del bosque, mitad cabra, mitad humano. Su equivalente griego es el sátiro.

**FONTANA DE TREVI** (*Fontana Trevii*): una fuente en el barrio de Trevi de Roma. Mide unos cuarenta metros de alto, es la fuente barroca más grande de toda la ciudad y una de las más famosas de todo el mundo.

**FORCIS** (Φόρκος): en la mitología griega, dios primigenio de los peligros marinos; hijo de Gea; hermano y marido de Ceto.

**FORO** (*forum*): el foro romano era el centro de la Antigua Roma, una plaza donde los romanos trataban sus negocios, tenían lugar sus juicios y sus actividades religiosas.

**FORTUNA** (*Fortuna*): diosa romana de la suerte y la fortuna. Su equivalente griega es Tique.

**FUEGO GRIEGO** (Ελληνική φωτιά): un arma incendiaria usada en batallas navales porque arde incluso sobre el agua.

**GEA** (Γαῖα): diosa griega de la tierra, madre de los titanes, los gigantes, los cíclopes y otros monstruos. Su equivalente romana es Terra.

**GLADIUS**: una espada corta.

**GORGONAS** (γοργών ): tres hermanas monstruosas que tienen el pelo de serpientes venenosas y vivas. La más famosa, Medusa, tenía ojos que convertían a todo aquél que la mirara en piedra.

**HADES** (Άδης): dios griego de la muerte y de las riquezas. Su equivalente romano es Plutón.

HAGNÓ: ninfa que se dice que crió a Zeus. En el monte Liceo, en Arcadia, hay un ritual llamado en su honor.

HARPÍA (Ἄρπυια): una criatura femenina alada que agarra cosas.

HEBE (Ἥβη): diosa de la juventud, hija de Zeus y Hera, casada con Heracles. Su equivalente romana es Juventas.

HECHIZO ORAL (προφορική μορφή): una bendición de los hijos de Afrodita que les permite persuadir a los demás con su voz.

HEFESTO (Ἥφαιστος): dios griego del fuego, de la forja y de los herreros. Hijo de Zeus y Hera. Casado con Afrodita. Su equivalente romano es Vulcano.

HERA (Ἥρα): diosa griega del matrimonio; esposa y hermana de Zeus. Su equivalente romana es Juno.

HERACLES (Ἡρακλῆς): el equivalente griego de Hércules, hijo de Zeus y Alcmena, el más fuerte de todos los mortales.

HÉRCULES (*Hercules*): equivalente romano de Heracles, hijo de Júpiter y Alcmena, nacido con una gran fuerza.

HIPOCAMPOS (ἵπποκάμπος): criaturas que de cintura para arriba tienen el cuerpo de un caballo y de cintura para abajo tienen el cuerpo de un pez, con brillantes escamas y aletas de pez. Llevan el carruaje de Poseidón y la espuma del mar es creada por su movimiento.

HIPÓDROMO (ἵπποδρομος) : estadio griego para las carreras de caballos y carruajes.

HIPOGEO (ὑπόγειον): área bajo el coliseo que guardaba las entrañas del edificio y la maquinaria para los efectos especiales.

ICTIOCENTAURO (ψάρια Κένταυρος): centauro marino que tenía las patas delanteras de un caballo, el cuerpo de un humano y la cola de un pez. A veces es descrito con un par de tenazas de langosta.

IRIS (Ἴρις): diosa griega del arcoíris y mensajera de los dioses; hija de Taumante y Electra. Su equivalente romana es Iris.

JUNO (*Iuno*): diosa griega de las mujeres, las bodas y la fertilidad. Esposa y hermana de Júpiter. Madre de Marte. Su equivalente griego es Hera.

JÚPITER (*Iuppiter*): rey romano de los dioses; también conocido como Júpiter Optimus Maximus (el mejor y el mayor). Su equivalente griego es Zeus.

JUVENTAS (*Iuventas*): diosa romana de la juventud. Su equivalente griego es Hebe.

KARPOI (Καρποί): espíritus del grano.

KATOPTRIS (Κατροππίς): daga de Piper, que en su día fue posesión de Helena de Troya. Significa "cristal para mirar".

LAR (*Iar*): dios del hogar, espíritu ancestral de Roma.

**LIBROS DE LA SIBILA** (*Libri Sibillae*): una colección de profecías en verso escritas en griego. Tarquinio el Soberbio, séptimo rey de Roma, las obtuvo de una profetisa llamada Sibila y las consultaba en momentos de gran peligro.

**LÍNEA POMERIANA** (*pomerium*): la frontera de Nueva Roma, en la antigüedad, los límites de la ciudad de Roma.

**LUPA**: loba sagrada romana que crió a los abandonados gemelos Rómulo y Remo.

**MARCUS AGRIPPA** (*Marcus Vipsanius Agrippa*): político y general romano, ministro de defensa de Octavio, y responsable de la mayoría de sus victorias militares. Hizo construir el Panteón como templo dedicado a todos los dioses de la Antigua Roma.

**MARE NOSTRUM**: en latín, Nuestro Mar. Era el nombre que usaban los romanos para designar el mar Mediterráneo.

**MARTE** (*Mars*): el dios romano de la guerra, también llamado Marte Ultor. Patrón del imperio, padre divino de Rómulo y Remo. Su equivalente griego es Ares.

**MINERVA** (*Minerva*): diosa romana de la sabiduría. Su equivalente griega es Atenea.

**MINOTAURO** (*Μινόταυρος*): monstruo con la cabeza de un toro y el cuerpo de un hombre.

**MITRAS** (*Mitras*): originalmente dios persa del sol, Mitra fue usado por los guerreros romanos como guardián de armas y patrón de los soldados.

**NARCISO** (*Νάρκισσος*): cazador griego que era conocido por su belleza. Era excepcionalmente orgulloso y trataba con desdén a todos los que le amaban. Némesis vio esto y atrajo a Narciso a un estanque donde vio su reflejo en el agua y se enamoró de él. Incapaz de dejar de ver la belleza de su reflejo, Narciso murió.

**NÉMESIS** (*Νέμεσις*): diosa griega de la venganza. Su equivalente romano es Envidia.

**NEPTUNO** (*Neptunus*): dios romano del mar. Su equivalente romano es Poseidón.

**NEREIDAS** (*Νηρείδες*): cincuenta espíritus femeninos del mar, patronas de los marineros, los pescadoras y cuidadores del fondo marino.

**NESO** (*Νεσσος*): centauro que engañó a Dejanira para que matara a Hércules.

**NIEBLA** (*nebula* o *Ομίχλη*): una fuerza mágica que disfraza cosas de los mortales.

**NIKÉ** (*Νίκη*): diosa griega de la fuerza, la velocidad y la victoria. Su equivalente romano es Victoria.

**NINFAS** (*νύμφα*): deidad femenina de la naturaleza que da vida a la naturaleza.

**NINFEO** (*nimpheum*): altar a las ninfas.

**NUEVA ROMA** (*Nova Roma*): comunidad cerca del Campamento Júpiter donde los semidioses pueden vivir en paz, sin interferencias del mundo mortal o los monstruos.

**ORO IMPERIAL** (*aurum imperiali*): un metal raro mortal para los monstruos, consagrado en el Panteón; su existencia está secretamente guardada con los emperadores.

**PANTEÓN** (*Pantheon*): un edificio en la ciudad de Roma, Italia. Pagado por Marcus Agrippa como templo para todos los dioses de la Antigua Roma, y reconstruido por el emperador Adrián sobre el 126 dC.

**PATER**: en latín, padre. También el nombre de un dios antiguo romano del Inframundo, absorbido más tarde por Plutón.

**PEGASO** (Πήγασος): en la mitología griega, un caballo alado. Hijo de Poseidón y Medusa. Hermano de Crisaor.

**PERSÉFONE** (Περσεφόνη): diosa griega del Inframundo y de la primavera; esposa de Hades, hija de Zeus y Deméter. Su equivalente romana es Proserpina.

**PIAZZA NAVONA**: una plaza de la ciudad de Roma, construida en el lugar del circo de Domiciano, donde los antiguos romanos iban a ver los deportes de competición.

**PLUTÓN** (*Pluto*): dios romano de la muerte y las riquezas. Su equivalente griego es Hades.

**POLIBOTES** (Πολυβώτης): gigante hijo de Gea, la madre tierra.

**PORFIRIÓN** (Πορφυρίων): el rey de los gigantes en la mitología grecolatina.

**POSEIDÓN** (Ποσειδών): dios griego del mar; hijo de los titanes Cronos y Rea; y hermano de Zeus y Hades. Su equivalente romano es Neptuno.

**PRETOR** (*praetor*): magistrado electo romano y comandante del ejército.

**PROSERPINA** (*Proserpina*): reina romana del Inframundo. Su equivalente griego es Perséfone.

**PUERTAS DE LA MUERTE** (οι θύρες του θανάτου o *lanuae mortis*): un pasaje escondido que cuando se abre permite que todas las almas viajen entre el Inframundo y el mundo de los mortales.

**QUÍONE** (Χιονη): diosa griega de la nieve, hija de Bóreas.

**QUITÓN** (χιτών): vestido griego, una pieza sin mangas de lino o lana asegurada sobre los hombros con broches y en la cintura con un cinturón

**REA SILVIA**: sacerdotisa y madre de los gemelos Rómulo y Remo que fundaron Roma.

**RÍO TÍBER** (*flumen Tiberi*): el tercer río más largo de Italia. Roma se fundó a sus orillas. En la Antigua Roma, se ejecutaban a los criminales lanzándoles al río.

**RÓMULO Y REMO** (*Romulus et Remus*): hijos gemelos de Marte y la sacerdotisa Rea Silvia. Fueron lanzados al río Tíber por su padre humano, Amulio, y rescatados y criados por una loba. Una vez adultos, fundaron Roma.

**SÁTIRO** (Σάτυροι): dios del bosque griego, mitad cabra y mitad hombre. Su equivalente romano es el fauno.

**SATURNO** (*Saturnus*): dios romano de la agricultura; hijo de Urano y Gea y padre de Júpiter. Su equivalente griego es Cronos.

**SENATUS POPULUSQUE ROMANUS** (SPQR): significa “el senado y el pueblo romano”. Se refiere al gobierno de la República Romana y es usado como el emblema oficial de Roma.

TÁNATOS (Θάνατος): dios griego de la muerte. Su equivalente romano es Leto.

TÁRTARO (Τάρταρος): esposo de Gea, espíritu del abismo, padre de los gigantes.

TELEQUINES (τηλεκύνησ ): misteriosos demonios marinos y herreros nativos de las islas de Caos y Rodas, hijos de Talasa y Ponto.

TÉRMINO (*Terminus*): dios romano de las fronteras y los límites.

TERRA (*Terra*): diosa romana de la tierra. Su equivalente griego es Gea.

TIBERIO (*Tiberius Claudius Nero*): emperador romano des del 14 al 37 dC. Fue uno de los mayores generales romanos, pero es recordado como un estricto y reservado militar que nunca quiso ser emperador.

TIQUE (Τύχη): diosa griega de la buena suerte. Hija de Hermes y Afrodita. Su equivalente romana es Fortuna.

TIRSO (*tirsus*): el arma de Baco, un bastón que en la punta tiene una piña y está rodeado de hiedra.

TITANES (Τιτάν): raza de poderosas deidades griegas, descendientes de Gea y Urano, que mandaron durante la Edad de Oro y fueron derrocados por dioses más jóvenes, los Olímpicos.

TRIRREME (τριήρης): barco de guerra grecolatino, con tres filas de remos a cada lado.

VENUS (*Venus*): diosa romana del amor y la belleza. Está casada con Vulcano aunque ama a Marte, dios de la guerra. Su equivalente griego es Afrodita.

VÍA LABICANA (*Via Labicanae*): una antigua calle de Italia, que lleva del este al sudoeste de Roma.

VÍA PRINCIPAL (*Via Principalis*): la calle principal de un campamento romano.

VICTORIA (*Victoria*): diosa romana de la fuerza, la velocidad y la victoria. Su equivalente griega es Nike.

VÍRGENES VESTALES (*Virgines Vestales*): sacerdotisas romanas de Vesta, diosa del hogar. Las vestales eran libres de las obligaciones sociales de casarse y criar a los hijos y aceptaban un voto de castidad para poder dedicarse a sí mismas al estudio y la observación de los rituales.

VULCANO (*Vulcanus*): dios romano del fuego, la forja y los herreros. Hijo de Júpiter y Juno. Marido de Venus. Su equivalente griego es Hefesto.

ZEUS (Ζεύς): dios griego del cielo y rey de los dioses. Su equivalente romano es Júpiter.